



**Universidad Nacional
de San Martín**

Universidad Nacional de San Martín
Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales
Doctorado en Antropología Social

EN LOS SENDEROS DEL TIEMPO.

Una etnografía sobre las experiencias temporales de un balneario bonaerense (Villa Gesell 2015-2020)

Autora: Lucía de Abrantes

Tesis de Doctorado presentada a la Carrera de Antropología Social, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctora en Antropología Social.

Director: Gabriel Noel

Buenos Aires
Octubre 2021

de Abrantes, Lucía.

En los senderos del tiempo. Una etnografía sobre las experiencias temporales de un balneario bonaerense (Villa Gesell 2015-2020) / Lucía de Abrantes; director Gabriel Noel. San Martín: Universidad Nacional de San Martín, 2021, 456 p.

Tesis de Doctorado, UNSAM, EIDAES, Antropología Social, 2021.

1. Tiempo 2. Temporalidades 3. Experiencias 4. Ciudades balnearias – Tesis.

I. Noel, Gabriel (Director). II. Universidad Nacional de San Martín, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales. III. Doctorado.

RESUMEN

Autora: Lucía de Abrantes

Director: Gabriel Noel

Resumen de la Tesis de Doctorado presentada al Doctorado en Antropología Social, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín - UNSAM, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctora en Antropología Social.

La presente tesis aborda la relación entre el tiempo y la experiencia en una ciudad turística del corredor atlántico de la Provincia de Buenos Aires. A partir de la caracterización de los tiempos que coexisten en el mundo social de esta localidad, y recuperando las temporalidades concomitantes, su objetivo principal consiste en analizar los modos en que los habitantes experimentan el transcurrir de las actividades cotidianas, los movimientos, los acontecimientos y los procesos; lo que cambia y lo que permanece. Para llevar a cabo este propósito, la tesis propone una tríada analítica articulada sobre la base de tres tiempos –el estacional, el cotidiano y el futuro–, que permiten problematizar la emergencia de experiencias temporales cíclicas, rítmicas y cronológicas; esto es, experiencias sobre los tiempos que se superponen, se tensionan y se bifurcan. La investigación fue realizada entre 2015 y 2020 en Villa Gesell, uno de los principales destinos balnearios de la Argentina. En dicha ciudad el tiempo no sólo se revela como un objeto fructífero para la investigación social, sino que emerge como un objeto de reflexión y preocupación por parte de los propios nativos. Su especialización económica –el turismo de sol y playa–, su escala –de tamaño medio– y su historia –mítica, potenciada y visibilizada–, convierten a Villa Gesell en un caso de estudio paradigmático para reflexionar sobre las experiencias temporales. Estas condiciones, en definitiva, iluminan la agencia de los tiempos en un conjunto de situaciones sociales, permitiendo capturar esta coordenada tan arraigada en las prácticas y representaciones de los sujetos. Por todo lo dicho, esta tesis realiza sus principales contribuciones dentro del campo de la antropología del tiempo y, en este sentido, postula a las dimensiones temporales de la experiencia como una materia constituida y constituyente de lo social. A su vez, dado que el tiempo no puede pensarse por fuera del espacio, los argumentos centrales de este trabajo dialogan con diversas perspectivas de los estudios urbanos; en particular, en torno a cómo las temporalidades se espacializan y las espacialidades se temporalizan. Finalmente, al indagar una ciudad turística de oferta estival que, desde su origen, se ha dedicado a brindar servicios recreativos para los veraneantes, esta tesis presenta diversos aportes para pensar en las particularidades temporales de esta clase de escenarios. La aproximación metodológica de esta investigación es la etnografía, esto es, una estrategia de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde las perspectivas de los actores involucrados. A partir de un trabajo de campo prolongado y sostenido, los datos fueron construidos mediante entrevistas en profundidad, observación en el espacio público de la ciudad, participaciones en una diversidad de eventos cotidianos o extraordinarios y un extenso trabajo en el Museo y Archivo Histórico Municipal.

Palabras-claves: Tiempo, Experiencia, Temporalidades, Estacionalidad, Ritmo, Futuro, Ciudades turísticas.

Buenos Aires
Octubre 2021

ABSTRACT

Autora: Lucía de Abrantes

Director: Gabriel Noel

Abstract de la Tesis de Doctorado presentada al Doctorado en Antropología Social, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín - UNSAM, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctora en Antropología Social.

This thesis addresses the relationship between time and experience in a tourist city located in the Atlantic corridor of Buenos Aires Province. From the characterization of the different times that coexist in the social world of this locality, and recovering the concomitant temporalities, the main goal of this work is to analyse the ways in which the inhabitants experience their daily activities, the movements, the events and the processes; what changes and what remains the same. To carry out this purpose, the thesis proposes an analytical triad articulated on the basis of three times –the seasonal, the daily and the future–, which contribute to questioning the emergence of cyclical, rhythmic and chronological temporal experiences; that is, experiences about times that overlap, tense each other, and bifurcate. The research was carried out between 2015 and 2020 in Villa Gesell, one of the main seaside destinations in Argentina. In that city, time is not only revealed as a fruitful object for social research, but also emerges as an object of reflection and concern by the locals themselves. Its economic specialization –sun-and-beach tourism–, scale –medium in size– and history –mythical, boosted and made visible–, make Villa Gesell a paradigmatic case study for reflecting on temporal experiences. These conditions, in short, illuminate the agency of the times in a set of social situations, which allows for capturing this coordinate so deeply rooted in the practices and representations of the subjects. Considering the aforementioned, this thesis makes its main contributions within the field of Anthropology of Time and, in this sense, it postulates the temporal dimensions of experience as a constituted and constituent matter of the social sphere. Moreover, since time cannot be separated from space, the central arguments of this work interact with diverse perspectives of urban studies; in particular, related to how temporalities are spatialized and spatialities are temporalized. Finally, as this thesis investigates a tourist city with a summer offer that, since its origins, has been dedicated to providing recreational services for vacationers, it makes several contributions to reflect upon the temporal peculiarities of this kind of scenarios. The methodological approach of this research is the ethnography, that is, a knowledge strategy that seeks to understand social phenomena from the perspectives of the involved actors. Based on prolonged and sustained field work, data has been constructed through in-depth interviews, observation at the city's public spaces, participation in a variety of everyday or extraordinary events, and extensive research in the Municipal Historical Archive and Museum.

Keywords: Time, Experience, Temporalities, Seasonality, Rhythm, Future, Touristic cities.

Buenos Aires
Octubre 2021

ÍNDICE

| | |
|-----------------|----|
| Agradecimientos | 8 |
| Los inicios | 11 |

CAPÍTULO I. EL TIEMPO CERO

| | |
|---|----|
| 1. El tiempo fuera de tiempo | 30 |
| 2. El tiempo de los clásicos | 37 |
| 3. El tiempo del espacio | 43 |
| 4. El tiempo situado | 46 |
| 5. El tiempo del turismo | 54 |
| 6. Los senderos del tiempo | 59 |
| 7. Construcción del objeto de estudio | 64 |
| 7.1. Los balnearios argentinos en perspectiva | 65 |
| 7.2. El caso etnográfico | 69 |
| 8. Estrategia metodológica | 77 |
| 8.1. Seguir las situaciones sociales | 83 |

PARTE I. EL TIEMPO ESTACIONAL

| | |
|----------------------------------|----|
| La experiencia temporal circular | 92 |
|----------------------------------|----|

CAPÍTULO II. LA CIUDAD TRAVESTIDA

| | |
|---|-----|
| 1. De proyectos, funciones, formas y paisajes | 95 |
| 2. Concebidas para el placer de otros | 99 |
| 3. Fundar una ciudad imposible | 110 |
| 4. Montar una ciudad turística | 120 |
| 5. El estancamiento del balneario | 130 |
| 6. La máscara hecha piel | 138 |
| 7. Reflexiones finales | 145 |

CAPÍTULO III. LA CIUDAD MERCADER

| | |
|---|-----|
| 1. Mercados estacionales | 149 |
| 2. Antes que nada: “romper la estacionalidad” | 154 |
| 3. La salida es una puerta de entrada | 161 |
| 4. “En verano somos todos Gardel” | 167 |
| 5. Los tiempos del trabajo estacional | 172 |

| | |
|---|-----|
| 6. Empleos estables y movimientos migratorios atravesados por la estacionalidad | 180 |
| 7. El mercado que empuja hacia atrás | 184 |
| 8. Reflexiones finales | 199 |

PARTE II. EL TIEMPO COTIDIANO

| | |
|--|-----|
| La experiencia temporal cotidiana de la mediana escala | 204 |
|--|-----|

CAPÍTULO IV. EL RITMO DE LOS QUE SE VAN

| | |
|---|-----|
| 1. El paraíso de la juventud y las libertades | 210 |
| 2. Una ciudad sin jóvenes | 220 |
| 3. La encrucijada se narra a dos voces | 227 |
| 4. A ritmo lento | 233 |
| 5. Todos saben quién es quién | 242 |
| 6. Reflexiones finales | 252 |

CAPÍTULO V. EL RITMO DE LOS QUE LLEGAN

| | |
|--|-----|
| 1. El tiempo empuja los movimientos | 255 |
| 2. La metrópolis en crisis. Características generales del movimiento de salida | 265 |
| 3. Una constelación de motivos | 276 |
| 4. Elogio de la lentitud. Entre encuentros y desencuentros | 290 |
| 5. Reflexiones finales | 300 |

PARTE III. EL TIEMPO FUTURO

| | |
|--|-----|
| La experiencia temporal de la historia | 304 |
|--|-----|

CAPÍTULO VI. LA CALIDAD DE VIDA EN PERSPECTIVA FUTURA: ENTRE ESPACIOS DE EXPERIENCIA Y HORIZONTES DE EXPECTATIVAS

| | |
|---|-----|
| 1. Algunos datos, un mapa, una posición y un debate | 309 |
| 2. Todo tiempo pasado fue mejor | 314 |
| 2.1. El tiempo biográfico | 318 |
| 2.2. El tiempo del arribo | 323 |
| 3. El quiebre | 328 |
| 4. El pasado como utopía | 336 |
| 5. Reflexiones finales | 345 |

CAPÍTULO VII. LA NATURALEZA EN PERSPECTIVA FUTURA: ENTRE LA EXPLOTACIÓN Y LA PRESERVACIÓN

| | |
|--|-----|
| 1. La lucha entre la naturaleza y la cultura | 348 |
| 2. El discurso ambientalista en Villa Gesell | 354 |
| 3. Causas y estrategias | 361 |
| 4. Las vueltas del Parque Nacional Faro Querandí | 373 |
| 4.1. Primera vuelta | 373 |
| 4.2. “Una vuelta de tuerca” | 377 |
| 5. El parque del futuro | 385 |
| 6. Reflexiones finales | 393 |
| | |
| Los desenlaces | 397 |
| Referencias bibliográficas | 431 |
| Anexo I: Referencias de los entrevistados | 454 |

La playa es a la vez lo que estuvo antes y lo que vino después, el principio y el fin, lo todavía intacto y lo ya arrasado, la promesa y la nostalgia.

Alan Pauls, *La vida descalzo*, (2006).

AGRADECIMIENTOS

A todos los geselinos que me brindaron su tiempo, sus experiencias y sus relatos para que esta investigación pudiese llevarse a cabo. A quienes me abrieron las puertas de sus casas, me compartieron sus secretos, me contaron sus trayectorias, me mostraron sus fotografías y cartas, me invitaron a comer asados en familia, recorrieron conmigo la ciudad y discutieron, junto a mí, los distintos hallazgos. Son ellos, en última instancia, los verdaderos protagonistas de las historias, las hipótesis, los argumentos y las teorías que esta tesis resguarda. Son ellos quienes me mostraron que el tiempo podía constituirse en una categoría analítica capaz de develar los senderos –visibles e invisibles– de su ciudad.

A Eduardo y a Karina, que con todo el afecto me recibieron tantas noches en su casa geselina para compartir largos y gratos intercambios. A ellos les agradezco enormemente haberme hecho sentir como en casa durante cada viaje que realicé a la ciudad balnearia. A Eduardo, en especial, quiero agradecerle por haberme mostrado, cuando yo tenía tan sólo diecisiete años, la potencia que anida en la imaginación sociológica.

A Gabriel Noel –director de esta tesis– por haber ayudado a convertirme en antropóloga y por enseñarme el oficio del etnógrafo. También, por compartir conmigo cada descubrimiento sobre nuestros campos, por su generosidad, su confianza, su acompañamiento académico, sus lecturas críticas y sus aportes. Fue un honor transitar todo este proceso junto a él.

A la universidad pública por todas las oportunidades. A mis casas de estudio –la Universidad Nacional de Buenos Aires y la Universidad Nacional de San Martín– por formarme como intelectual y, sobre todo, por transformarme. Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), por haberme otorgado una beca doctoral que me permitió dedicarme de tiempo completo a la formación y a la investigación.

A Pablo Ali, lector incondicional de esta tesis quien, con paciencia, cariño y entusiasmo, realizó valiosos aportes de corrección y edición. También, por haberme guiado en la realización de la estructura argumentativa sobre la que se sustenta este trabajo. Sin su mirada y su imaginación narrativa, esta tesis no hubiese tomado el mismo rumbo, ni hubiese desembarcado en el mismo puerto.

A todos los espacios de investigación de la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (EIDAES) en los que participé durante estos años: al Núcleo de Estudios Urbanos, al Programa de Migraciones y Transformaciones Sociales en Aglomeraciones Medianas y Pequeñas y al Centro de Estudios Socioterritoriales, de Identidades y de Ambiente (CESIA). Aquí, junto a grandes colegas y maestros, discutimos y compartimos el interés por los territorios y sus múltiples escalas. Gracias por las enseñanzas, los comentarios y los debates de los tantos encuentros.

A los profesores del Doctorado en Antropología Social (EIDAES) que aportaron sugerencias, referencias bibliográficas y lecturas en torno a mis trabajos sobre Villa Gesell: Luis Ferreira, Pablo Semán, Gustavo Ludueña, Juan Suriano, Silvina Merenson, Máximo Badaró, Luisina Perelmiter, José Garriga, Mariana Heredia, Alejandro Grimson y Silvia Hirsch. A Santiago Canevaro, Ramiro Segura y Santiago Bachiller, en especial, por los valiosos aportes que realizaron sobre mi tesis de maestría.

A los trabajadores y trabajadoras del Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell, por permitirme trabajar sin restricciones con todos los documentos de la institución. Por la confianza, las charlas, las entrevistas y las explicaciones necesarias para contextualizar la producción de las fotografías, las cartas, los folletos turísticos y las ordenanzas municipales.

A los viejos amigos que siempre están. A Silvina Montaña y a toda su familia. A ellos, gracias por el aguante, los abrazos, las conversaciones inspiradoras y el amor de todos los días. A Sol Yascenzen, Florencia Menéndez, Florencia Geréz y María Paula Iturrería –amigas de la infancia y la adolescencia– quienes me acompañaron desde el comienzo en este sinuoso camino por el que transité como investigadora social. A María José Miner Jaume y a Matías Morán por ser el refugio y la alegría.

A mi cómplice, Luciana Trimano, por los intereses compartidos que se fortalecen al unísono. Por la escritura a “dos teclados”, las reflexiones, el diálogo, los viajes, las preguntas sin respuestas y las teorías sin conclusiones. A María Florencia Blanco Esmoris, Yanina Faccio y Juliana Verdenelli –mis compañeras del doctorado y mis grandes amigas– con quienes nos embarcamos en este proceso desafiante de la conversión hacia la antropología. A ellas, gracias por tanto cariño, compromiso, contención, escucha y lectura; gracias por enseñarme sobre danzas, casas y pueblos rurales; gracias por hacer de la investigación un acto de disfrute. Mi gratitud, también, hacia Ricardo Greene, quien me alentó a seguir visibilizando aquellos escenarios no-metropolitanos tan poco

explorados por las agendas locales de investigación.

A mis compañeros y amigos con quienes compartí ámbitos de formación y diversas instancias de intercambio durante el desarrollo de esta investigación. Entre ellos, a Luciana Denardi, Santiago Battezzati, Melina Fischer, Johana Kunin, Leticia D'Ambrosio, Maximiliano Marantes, Magdalena Felice, Rodrigo González Tizón, Hernán Confino, Esteban Pontoriero, Anaclara Raffaele y María Paula Luciani. A todos, gracias por el estímulo intelectual, la pasión por lo que hacemos, las discusiones, la contención y el empuje. La realización de una tesis implica un ejercicio solitario, pero gracias a ellos he podido descubrir que detrás de los *papers*, los congresos, las calificaciones y las noches de escritura, existe una comunidad humana con fuertes lazos de camaradería.

A mi familia: abuelos, tíos, primos y sobrinos por recordarme siempre que la vida es mejor si es compartida. A mi papá Daniel y a mi mamá Adriana, por haberme hecho crecer entre libros, canciones y militancia política. Por enseñarme a luchar por mis sueños, por la libertad, el apoyo, la confianza, el estímulo, la paciencia y, sobre todo, por el afecto incondicional. A mi hermana Paula, por invitarme a descubrir otros mundos y por desenredar todas mis estructuras. A ella, a Markus, a Camilo y a Alva, por el cariño y la fraternidad transatlántica. Sin el amor y el sostén de todos ellos, esta tesis no hubiese sido posible.

A Pablo, mi gran compañero, quien todos los días me contagia la pasión por la investigación y me recuerda dónde radica el valor de lo que hacemos. A él le agradezco por el empuje, el diálogo y la escucha; por el hogar, el presente compartido y el futuro proyectado. Sin su apoyo incondicional hubiese sido difícil, sino imposible, terminar de escribir una tesis de doctorado mientras el mundo –impactado por la crisis del COVID-19– parecía derrumbarse a nuestro alrededor. A Etna, mi compañera perruna, quien junto a Pablo fueron los testigos, pacientes y amorosos, de la construcción de todas las ideas y argumentos que este texto contiene.

Finalmente, quiero dedicarle esta tesis a Tita, quien me enseñó sobre la importancia de la ternura. Esta tesis, entonces, es toda tuya, abuela. Gracias por una infancia feliz cuyos recuerdos siguen siendo uno de los motores más importantes de mi vida.

LOS INICIOS

Los balnearios, tal como solemos conocerlos, no siempre han estado allí. Las playas fueron descubiertas mediante un proceso paulatino y sinuoso cargado de representaciones y prácticas encontradas. Durante siglos la costa fue concebida como la prolongación última del mar: algo que inspiraba temores y repulsión. Colonos, piratas, monstruos marinos, naufragios, pescadores, traficantes, epidemias y catástrofes naturales dibujaban un paisaje que no era utilizado más allá de una serie de objetivos exclusivamente económicos y productivos (Corbin y Richard, 2005).

No obstante, hacia principios del siglo XVIII el vínculo de los seres humanos con los territorios costeros comenzó a transformarse y, bajo esta premisa, surgieron nuevas sensibilidades, representaciones y experiencias asociadas al ocio, el disfrute e, incluso, a las capacidades curativas de los recursos naturales (Corbin, 1993). En definitiva, comenzó a emerger una nueva forma de apropiación del tiempo y del espacio que desembocó en la creación de la playa, primero, como un escenario propicio para la regeneración del cuerpo y la mente y, luego, como un lugar capaz de brindar los servicios necesarios para pasar el tiempo libre, es decir, vacacionar.

El Corredor Turístico Atlántico de la Provincia de Buenos Aires comenzó a configurarse hacia fines del siglo XIX cuando la legislatura bonaerense comenzó a cimentar la necesidad de fundar pueblos y delimitar partidos tendientes a consolidar los avances de la frontera desde la costa hacia el interior de la llanura pampeana (Bruno, 2019; Pastoriza y Torre, 2019; Pastoriza, 2002; Perelman, 2011). Este corredor está constituido por un conjunto de ciudades balnearias –de distinto tamaño y alcance turístico nacional– que fueron concebidas bajo el objetivo de ofrecer diversos servicios recreativos a los viajantes argentinos (Dadon, 2011). Entre sombrillas, lobos marinos, trajes de baño, balnearios, hoteles, cafeterías, alternancia estacional, casinos y ramblas, las ciudades costeras de la Provincia de Buenos Aires se postulan como los destinos turísticos más demandados durante la temporada estival –entre diciembre y marzo– pero constituyen un campo escasamente explorado por las disciplinas sociales locales.

En el año 2012 comencé a investigar algunas de las tensiones sociales que surcan la materialidad y los modos de habitar las ciudades balnearias bonaerenses. En ese año,

también, empecé a viajar a la ciudad de Villa Gesell, con el objetivo de explorar etnográficamente las particularidades de esta espacialidad y sus modos de vida. Este trabajo –que involucró entrevistas en profundidad, archivo, recorridos comentados y observaciones– derivó en la producción de una tesis de maestría en Antropología Social que tuvo la intención de reponer sentidos anudados al proceso de urbanización del pueblo balneario.

Con el título *Habitar entre polos. Una etnografía de las experiencias de transformación urbana en una ciudad media bonaerense* (Abrantes, 2018), aquella tesis realizó sus principales aportes en el campo disciplinar de la antropología urbana. No obstante, se postuló como una investigación alternativa debido a que el caso de estudio seleccionado para pensar las implicancias de la urbanización fue un tipo de espacio poco frecuentado por esta subdisciplina, en particular, y por los estudios urbanos, en general.

En términos amplios, el eje que estructuró gran parte de esa investigación fue la problematización de una de las dicotomías más relevantes y constitutivas de las ciencias sociales: aquella que se dirime entre la sociedad y la comunidad, la aldea y la ciudad, la persona y el individuo. Una dicotomía que ha tendido, mediante una forma esquemática y clasificatoria, a tipificar los espacios y a sus habitantes bajo una modalidad dual. Los principales resultados de la investigación se inscribieron en esta línea reflexiva, al hallar en Villa Gesell un caso capaz de resquebrajar los distintos elementos tradicionalmente asociados a ambos polos.

La tesis se focalizó en abordar las paradojas del habitar en una ciudad media que se vio interpelada por un proceso acelerado de crecimiento. Así, con esta propuesta no sólo busqué recuperar las causas sino también los efectos materiales, simbólicos y sociales de tales transformaciones. Si bien el turismo apareció como uno de los vectores centrales del proceso de transformación urbana local –Villa Gesell es, esencialmente, uno de los destinos más demandados por los turistas argentinos–, en esa investigación focalicé mis esfuerzos en comprender aquella ciudad que se levanta por fuera de la temporada turística; esa ciudad que comienza a organizarse en el mes de marzo cuando los restaurantes cierran sus puertas, los hoteles ofrecen sus habitaciones con hasta un 70 % de descuento, los habitantes encuentran un sinnúmero de dificultades para conseguir trabajo y el espacio se presenta como deshabitado o, mejor dicho, habitado solamente por los geselinos. En efecto, en estrecho diálogo con la investigación de Gabriel Noel (2020), mi trabajo buscó posicionar a Villa Gesell como un objeto de indagación antropológica, más

allá de su “popularidad como destino turístico estival” y como escenario emblemático de la “primavera contracultural argentina” de los años setenta.

Esa decisión no fue caprichosa sino deliberada. En una de mis primeras inserciones en el campo un taxista –interlocutor privilegiado al momento de medir “el termómetro social”– halagó mis intenciones de investigación, destacando la necesidad de descubrir a “la ciudad real, esa ciudad que no aparece en los folletos ni en las postales turísticas, esa ciudad que nadie conoce y que pocos quieren conocer”.

Además de estos primeros enunciados que me indicaban que Villa Gesell era algo más que una ciudad turística, sentía –siguiendo, de alguna manera, los posicionamientos de las ciencias sociales locales– que el “tiempo libre” no era una meta solvente para ser abordada por la antropología, disciplina que siempre parece tener que correr atrás de “causas” más justas y nobles. Intuía que existían problemáticas sociales más urgentes y que el turismo podía concebirse como una suerte de banalidad. Lo que hacían los turistas en una ciudad balnearia no terminaba de convocarme.

Bajo estas consignas, emprendí mi trabajo de campo durante más de cinco años, resistiendo a la tentación de penetrar en esas lógicas turísticas que organizan la vida de esta ciudad. A pesar de mis esforzados intentos, el fenómeno apareció una y otra vez en las representaciones y prácticas de mis informantes: “Vos tenés que venir en verano para ver cómo cambia todo”, “Acá nos acostamos el 20 de diciembre con una ciudad y el 21 amanecemos en otro lugar”, “A vos, que te interesa saber por qué la ciudad creció así, tenés que hablar con los hoteleros, los comerciantes; ahí está respuesta. Nunca pudimos escapar de la lógica del verano”, “De abril a noviembre esta ciudad está muerta”, “Acá no pasa nada, no sé cómo hacemos para sobrevivir al invierno”, “El cambio es muy grande: en verano no se puede ni caminar por la Avenida 3 y ahora mirá... no hay un alma”. Incluso, los mapas y documentos que utilicé como uno de los recursos capaces de complejizar el desarrollo urbano de la ciudad se encuadraban, casi siempre, en una serie de movimientos de promoción turística del espacio.

Pese a la resistencia inicial, estos hallazgos etnográficos motivaron el desarrollo de nuevas inquietudes: por un lado, sobre el rol que desempeñaba el turismo en las disputas de sentido arraigadas a los modos de narrar la historia urbana de la ciudad y, por el otro, sobre la pregnancia de la temporalidad en la vida cotidiana de los geselinos y en los usos del espacio. Con estos nuevos interrogantes, comencé a organizar mi trabajo de campo sobre el cual se sustenta la presente investigación.

El viernes 14 de diciembre del 2018 decidí que ya era momento de volver a Villa Gesell. A pesar de llevar unos cuantos años investigando esta localidad balnearia, nunca antes había estado en verano: ni como turista, ni como antropóloga. Como mi nueva pregunta de investigación buscaba específicamente reponer las derivas de la temporalidad, sabía que tenía que comenzar a relevar algunos datos hasta ese entonces desentendidos. La elección de la fecha para concretar el regreso no fue azarosa. Los medios de comunicación locales, las redes sociales e incluso algunos mensajes de WhatsApp –que fueron enviados por informantes con los que seguía manteniendo contacto– me advertían que ese día se daría por inaugurada la temporada alta, es decir, la temporada turística.

Con la antelación necesaria, empecé a organizar mi campo que, bajo la consigna de la antropología más clásica, involucra siempre un desplazamiento físico, un salirse de los límites del espacio conocido para movilizarme más de 300 kilómetros hacia el encuentro con un otro. Dadas estas características, tenía que definir una gran cantidad de variables: cómo viajar, dónde dormir, cuántos días permanecer, qué presupuesto utilizar, a quién entrevistar, qué observar.

Esta etapa de la investigación tiende a ser romantizada por los antropólogos, pero a mí suele generarme una mezcla de hastío y ansiedad; una combinación letal de estados de ánimos que sólo encuentra su punto de fuga en la lectura, como no podía ser de otro modo, de un texto antropológico. Las experiencias de quienes han practicado esta profesión –aunque la mayoría de las veces incomparables con la propia– brindan algunas claves tranquilizadoras.

Siguiendo un procedimiento ya habitual y recurriendo a una suerte de cábala capaz de sumergirme en la más profunda de las irracionalidades –como quien suele esquivar una escalera o apoyar el salero en la mesa– tomé el libro de Nigel Barley (2015) y me dispuse a leer las 20 páginas en las que se inscriben los preparativos del viaje de campo a las tierras dowayas. Este libro me lo habían recomendado cuando recién comenzaba a familiarizarme con las técnicas de recolección de datos antropológicos y desde ese entonces funciona como un faro en el medio del caos, como una puerta de escape, como un modo de apaciguar la incertidumbre. Al igual que las veces anteriores, Nigel me recordó que el campo tenía que sorprenderme y que de nada servía orquestar todo desde mi departamento situado en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El asombro, el desvío, la extrañeza, lo imprevisto; en fin, algo de lo que Bronisław Malinowski alguna vez llamó

“los imponderables de la vida cotidiana” son, en definitiva, las situaciones que tienden a desencadenar en verdaderos hallazgos etnográficos.

Efectivamente, la organización previa al viaje se vio trastocada por una situación particular: mi familia había decidido pasar unos días de vacaciones en Costa Esmeralda, un barrio privado situado a unos 40 kilómetros de Villa Gesell. Considerando estas nuevas circunstancias, el 10 de diciembre me embarqué en el plan familiar y salimos desde Buenos Aires tomando el camino habitual: Autopista Buenos Aires/La Plata, Ruta Provincial 2, 63, 11, 56, 63, 74 y nuevamente 11. El plan, entonces, era acercarme ese 14 de diciembre a Villa Gesell, realizar una observación del evento inaugural, juntarme con Natalia y con Jorge¹ –dos periodistas e informantes claves–, pasar por el archivo histórico para consultar si podía volver a trabajar con los documentos y regresar esa misma tarde. En febrero, me dije, volvería al campo para permanecer unos cuantos días y recuperar datos sobre la dinámica turística.

El evento al que tenía intención de asistir estaba proyectado para el 14 de diciembre a las 8 de la mañana. Sin embargo, Jorge (67 años, periodista) y Natalia (38 años, periodista) me avisaron que debido a cuestiones climáticas se había postergado para el sábado 18 en ese mismo horario de la mañana. Por suerte, ya me encontraba en las inmediaciones y esa reprogramación no desencadenó demasiados inconvenientes.

Si bien la costa atlántica bonaerense cuenta con un servicio de transporte que conecta los diversos balnearios, el barrio Costa Esmeralda no tiene una parada “oficial”. Aquí apareció el primer obstáculo: ¿cómo llegaría a tiempo a la inauguración? Luego de insistir telefónicamente durante todo un día, una trabajadora de la empresa me indicó que para poder subirme al micro tenía que pararme sobre la ruta, en un punto algo confuso, y realizar una seña al chofer para que se detuviera. Así lo hice, el sábado a las 06:00 me coloqué en una parada fantasma esperando avistar *El rápido de la Costa Atlántica*.

Como era de suponer, el primero que pasó a las 06:05 no paró: hice las señales, grité, me moví, pero el micro siguió de largo. Después de varios minutos –cuando ya

¹ En esta tesis decidí cambiar los nombres propios de las personas entrevistadas y sustituirlos por otros ficticios con el objetivo de resguardar la confidencialidad de los datos. Opté por mantener los nombres reales en algunos casos particulares y aislados como en aquellas entrevistas realizadas a algunos funcionarios municipales. Estas personas fueron consultadas, específicamente, sobre la posibilidad de publicar sus nombres y las ideas que intercambiamos en el marco de diversos encuentros y todos ellos me han autorizado a realizar las publicaciones pertinentes. También resulta necesario indicar que las referencias de las entrevistas que encontrarán en este texto, contienen aquellos datos que, considero, logran otorgar sentido a las representaciones trabajadas en esta investigación (edad, género, profesión, etc.).

comenzaba a desesperarme pensando en otros modos posibles de trasladarme hacia Villa Gesell (en Costa Esmeralda tampoco hay remises)—, empecé a distinguir a lo lejos la figura de otro *Rápido*. Esta vez el chofer respondió a mis efusivas señas; me subí y me senté en las primeras butacas. Lo primero que observé fue que el micro se encontraba en dudosas condiciones de mantenimiento e higiene: migas en los asientos, restos de paquetes de productos comestibles en el piso, cortinas de terciopelo bordó con una variada superposición de manchas, apoyabrazos y tapizados rotos.

Dado que no había mucha gente —claramente, el horario no resultaba ser muy convocante para el conjunto de turistas que eligen estos escenarios para “descansar”—, decidí entablar una conversación con el chofer. El puntapié fue el clima, así como suele suceder en muchas situaciones etnográficas y sociales. Luego de lanzar una serie de comentarios estereotipados sobre la benevolencia de los 20 grados y las maravillas del sol, le pregunté por la condición de los micros, su frecuencia y el movimiento de pasajeros entre los balnearios durante la temporada alta. Miguel, así se llamaba, hablaba con entusiasmo y no paraba de elaborar teorías, siempre reforzando un mismo argumento: “La culpa de todo la tiene el porteño². El porteño que viene a la costa y piensa que puede hacer todo como quiere. No les importa nada. Así está todo. Es una invasión” (Miguel, 42 años, chofer de colectivo).

La charla con Miguel comenzó a aburrirme; sus comentarios se me figuraban reiterativos y circulares, además de estereotipados. Más allá de las derivas, Miguel repetía una y otra vez que los porteños son la encarnación de todos los males que aquejan a estos escenarios durante los meses de verano. Después de escuchar varias veces la misma hipótesis, decidí intervenir: “Claro, te entiendo, Miguel, pero ustedes también viven de ese turismo que tanto estás cuestionando”. Miguel se quedó callado por unos segundos, el tiempo suficiente como para generar incomodidad entre nosotros. Entonces, justo cuando me disponía a aclarar mi comentario y despejar malos entendidos, él retomó la palabra: “Tenés razón: en verano nos vivimos quejando, pero en invierno, cuando la cosa se pone muy dura, porque acá no hay nada de laburo, nos queremos matar. Nada nos viene

² En Argentina, el término “porteño” remite a las personas oriundas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). Sin embargo, su uso suele trascender los límites de esta delimitación geográfica y —dependiendo del contexto espacial y temporal en el que sea utilizado— puede designar a aquellas personas que habitan en la totalidad del Área Metropolitana de Buenos Aires o incluso en otras áreas metropolitanas del país. Se utiliza, en este sentido, para marcar cierto contraste entre los modos de habitar escenarios de diversas escalas y con distinta “centralidad” geográfica, económica, cultural, política y social.

bien. Sobrevivir al invierno es difícilísimo, pero bancarse al turista en verano no sé si es peor”. Ambos reímos y Miguel volvió a intervenir: “¿vos sos psicóloga o algo así?” (Miguel, 42 años, chofer de colectivo).

Luego de otra tanda de risas, le comenté que era antropóloga y que estaba investigando algunas problemáticas de las ciudades balnearias. También le conté que justamente me interesaba abordar esas contradicciones que despliega la estacionalidad. Miguel se mostró entusiasmado e insistió en darme su teléfono para que lo contactara ante cualquier imprevisto. Me preguntó, incluso, si había pagado el boleto de regreso porque podía hablar con “sus amigos” para que me llevaran y me trajeran gratis: “Necesitamos jóvenes como ustedes que quieran investigar estas cosas sociales. ¡Qué bien, qué bien!” (Miguel, 42 años, chofer de colectivo).

Miguel me contó que tenía 42 años y que vivía con su mujer, Cecilia, y sus cuatros hijos en Valeria del Mar, Partido de Pinamar, otra ciudad costera ubicada al este de la Provincia de Buenos Aires. Había nacido en Burzaco, en la zona sur del Área Metropolitana de Buenos Aires, donde vivió hasta sus 27 años, pero la falta de empleo lo obligó a buscar un “nuevo medio de vida”. Fue en ese entonces que Cecilia y Miguel decidieron, junto a sus dos hijos más grandes, migrar hacia a la ciudad balnearia.

En Valeria del Mar la abuela de Miguel, italiana, había comprado una casa en los años cincuenta para utilizar durante las “esperadas vacaciones”. Cuando ellos llegaron, la casa estaba en muy malas condiciones y era bastante chica para albergar a su familia, según me explicó. Sin embargo, frente a la ausencia de oportunidades experimentadas en el Conurbano bonaerense³, les pareció que mudarse era una buena opción. En Valeria no conocían a nadie, pero la simpatía de Miguel –un dato que pude corroborar durante mi viaje– logró revertir la situación a los pocos meses de su arribo. Llegaron en septiembre y en diciembre Miguel ya había conseguido trabajo.

Al principio pensamos que esto era el paraíso: el mar, el clima, los chicos que podían salir a la calle en bicicleta, teníamos casa y trabajo... pero después nos chocamos con la realidad [...] Para que te des una idea, Cecilia cuida a los chicos y en verano limpia algunas casas, pero más allá de eso nunca pudo conseguir algo estable. Sobrevivimos con mi trabajo, que en invierno baja un montón. Es muy difícil. (Miguel, 42 años, chofer de colectivo).

³ Se conoce como Conurbano Bonaerense a los 24 partidos de la Provincia de Buenos Aires que rodean en forma de cordones a la ciudad capital. Aunque esta categoría es utilizada desde hace décadas para identificar una realidad geográfica y social, lo cierto es que no posee un claro estatuto jurisdiccional, político ni administrativo (Segura, 2015b).

El micro arribó a la terminal geselina a las 7:35, tan sólo cinco minutos antes del horario previsto. Me despedí de Miguel, le agradecí por la charla y, mientras descendía del transporte, empecé a percibir cierta extrañeza en el paisaje; ese mismo paisaje que tantas otras veces me había recibido me resultaba extraño. Me senté en un bar de la terminal a escribir algo de lo que había conversado con Miguel y empecé a identificar con detalle cuáles eran esos elementos disruptivos: la luz; el movimiento de autos; la cantidad de taxis; los bolsos multicolores y las valijas de tamaño mediano y grande acumuladas sobre las plataformas; el ruido de bocinas, cajas registradoras, máquinas de café; los 20 grados de temperatura; todos los negocios abiertos; la ausencia de camperas, gorros y bufandas frente a la preminencia de shorts, ojotas y musculosas.

También observé a los primeros turistas que se congregaban en torno a la terminal. Durante el mes de diciembre, como me indicaron luego los funcionarios municipales que relevaban este tipo de datos, no se registran demasiados ingresos turísticos: “La temporada fuerte empieza en enero, pero en diciembre ya podés empezar a ver cómo se va perfilando el verano”.

En la terminal una pareja, con mate en mano, se abrazaba al bajar del micro mientras chequeaban no haberse olvidado nada: “Lo trajiste, ¿no?”, preguntó ella y él se dispuso a abrir el bolsillo exterior de su mochila para responder con un gesto afirmativo. Hablaban de la cabaña que habían alquilado, de los metros que la separaban de la playa, de las ganas de descansar y de la cantidad de asados que comerían durante la estadía. Por su parte, una madre, a unos pocos metros de la pareja, trataba de contener el desborde de tres niños que correteaban entre bolsos y valijas. “Camila, quedate acá, quedate quieta”, le decía la mujer a la niña más pequeña mientras hablaba por teléfono para pedir un taxi.

En simultáneo, un grupo de amigas caminaba hacia la parada del colectivo –uno de los cuatro ramales que conectan la ciudad– mientras charlaban sobre el clima y las ganas de estar en la playa. Discutían, también, sobre el vestuario veraniego que habían empacado y se reían al imaginar los modos en que iban a usarlo; particularmente, intercambiaban opiniones sobre las bondades de algunos modelos de traje de baño y los inconvenientes que presentaban otros. Dos abuelos respondían –en la misma escena que yo observaba– al pedido de su nieto y compraban los víveres requeridos: papas fritas, Coca Cola, caramelos y dos alfajores, el botín del niño.

A un costado, apoyados contra una pared, tres treintañeros cargaban bolsos, guitarras, una pelota de fútbol y unos *tuppers*. Esperaban, al parecer, que alguien fuese a

buscarlos. A su lado, una mujer –con varias bolsas y paquetes– tomaba Coca Cola cero y hablaba por teléfono: “Por favor, cerrá todo con llave. Fijate de ponerle comida al perro, no te olvides, Manuel. El teléfono de Claudia está pegado en la heladera, cualquier cosa la llamás... Sí, quedate tranquilo, que traje la tabla para barrenar”, le decía a Manuel antes de cortar la comunicación. En una esquina, un joven, retirado de la muchedumbre, fumaba un cigarrillo y parecía estar observando la dinámica de la terminal.

Un padre cargaba a su niño dormido y charlaba con su mujer sobre las instalaciones del hotel que los recibiría. Ella expresaba su preocupación sobre el alojamiento: “Ojalá que sea parecido a las fotos. La pileta parece que está buenísima”. Finalmente, otra pareja aguardaba en un banco. Ambos llevaban puestos anteojos de lectura: ella, con los pies sobre su valija de mano, deslizaba su dedo en la pantalla del celular para navegar por un conjunto de publicaciones de *Facebook*; él parecía estar atento al ingreso de automóviles y sostenía entre sus manos un libro de mitos griegos de Editorial Planeta. Además del equipaje, esta pareja cargaba dos sillas playeras, una sombrilla y un tejo⁴. Otros pasajeros dispersos deambulaban consumiendo en los negocios, hablando por teléfono y realizando consultas al personal de la terminal.

La población distribuida sobre el espacio era bien heterogénea y, de alguna manera, sus posturas, diálogos y prácticas develaban –sin demasiado esfuerzo interpretativo– algunas de las expectativas turísticas que traían consigo. Villa Gesell, sin dudas, representaba para cada uno de ellos distintas cosas. Sin embargo, todos parecían estar queriendo encontrar un lugar capaz de albergar sus prácticas ociosas y recreativas. Las vacaciones se dibujaban entre guitarras, fútbol, asados, trajes de baño, lecturas, juegos, sombrillas, mar, arena, familias y amigos.

Las primeras instantáneas estivales me hicieron experimentar con fuerza aquel contraste entre el invierno y el verano del que tanto me habían hablado los geselinos. Claro que las estaciones son más que dos, pero los geselinos hablan del invierno y del verano, como si los 365 días del año pudieran sintetizarse en estos dos polos que organizan a la ciudad de modos tan diversos. Pensé en los esquimales de Marcel Mauss y Henri Beuchat (1979 [1905]) y también en los Nuer de Edward Evan Evans-Pritchard

⁴ El tejo es un juego playero de precisión que comenzó a popularizarse en la Argentina a mediados del siglo XX. El juego consiste en lanzar un primer disco pequeño de madera que sirve de guía. Luego los equipos van tirando, alternadamente, sus propios discos buscando acercarse todo lo que sea posible al disco guía. La cercanía y la distancia entre los discos de los equipos y el disco guía es lo que determina el conteo de los tantos.

1992 [1940]; pensé en la fuerza simbólica del tiempo, hice anotaciones en mi cuaderno de campo y me fui de la terminal.

Tomé un taxi y me dirigí hacia el Muelle de Pescadores situado en Playa y Paseo 129. Villa Gesell es una ciudad sinuosa y serpenteante que fue urbanizada siguiendo el patrón de los médanos. Su fundador, Carlos Gesell, decidió respetar la topografía del lugar y, al menos en la zona turística, las calles no se despliegan de manera recta (Castellani, 1997, 2011). Esta sinuosidad puede generar desconcierto en los turistas; quizás debido a este motivo hayan optado, en ese contexto fundacional, por organizarlas a partir de un criterio numérico.

El medio de transporte, una vez más, ofició de contexto para entablar una conversación: “¿Qué se dice de la inauguración de la temporada?”, deslicé a las dos cuadras del recorrido. La taxista, a quien no le pregunté el nombre, no dudó en desplegar su plegaria: “Esperemos que esta temporada repunte. Venimos de temporadas malísimas. Ojalá que sea un buen verano. Necesitamos trabajar”. Asentí y le pregunté si ya habían arribado los turistas, me dijo que “venía muy flojo”, pero que todos estaban esperando que “el *boom* de enero” revirtiera esta primera sensación desalentadora.

Llegué al lugar previsto para la inauguración diez minutos antes de que comenzara. El muelle de pescadores de Villa Gesell es, realmente, muy pequeño. Probablemente, esto sea así porque los habitantes de esta ciudad no suelen dedicarse a la pesca; el muelle, como sostienen los geselinos, “es más de facha que para otra cosa”. No había mucha gente, pero entre los concurrentes no pude identificar a ningún conocido hasta que llegó Jorge –periodista e informante clave–, quien me ayudó a ubicar dentro del mapa local a los participantes del evento.

Con su ayuda, pude detectar a un puñado de periodistas con celulares dispuestos para grabar y filmar, algunos habitantes de Villa Gesell, al secretario de Turismo, al subdirector de Seguridad en Playa, a los responsables de algunas instituciones emblemáticas de la localidad (los geselinos siempre dicen que las instituciones de la sociedad civil son muy convocantes), al jefe y al equipo de guardavidas conformado para esta temporada. Unos minutos después llegó el intendente. Jorge me confirmó que entre los presentes no había ningún turista.

Los 20 grados y el sol veraniego se vieron opacados por el viento característico que sopla en la costa atlántica, incluso en verano. El muelle de pescadores, por supuesto

al aire libre, no parecía ser el mejor escenario para recibirnos. Mientras esperaba a que el acto comenzase y trataba de resguardarme de aquel viento, me pregunté si sacar un cuaderno, si grabar con el celular o si mejor observar sin ningún elemento en mano. Me decidí por el celular, arriesgándome a romper con la condición de anonimato. Saqué el celular, me paré al lado de Jorge y, ni bien dieron inicio al acto, comencé a grabar.

Pensé que se trataría de un simple acto institucional. No había investigado en detalle sobre el evento y muchos de los elementos con los que me encontré reforzaron este primer pensamiento: un micrófono, un conjunto de oradores en semicírculo, un locutor municipal que anunciaría el turno de quienes hablarían y el público. Sin embargo, un elemento llamó mi atención: un arreglo floral se ubicaba a los pies del micrófono con una cinta y una frase. El sol me pegaba de tal manera que no pude interpretar el contenido de aquel escrito y decidí olvidarme, por algunos minutos, de ese llamativo adorno.

Para mi sorpresa la ronda de discursos comenzó con un cura párroco. Volví a pensar en el arreglo floral y me desplazé lo suficiente como para alcanzar a leer: “A los guardavidas caídos”. Pensé, algo apresuradamente, que las palabras de este representante de la institución católica estarían dirigidas a rendir homenaje a quienes cuidan a los turistas en las playas. Si bien esto fue así, la situación prosiguió dándole un sentido inesperado al acto. El cura, entonces, recurrió a sus formas discursivas habituales y sostuvo que era necesario “depositar en las manos de Dios nuestras tareas cotidianas y nuestra esperanza”. Explicitó, también, la importancia de llevar “una vida de santidad”, ya que este hábito, en consonancia con los mandamientos divinos, iba a verse reflejado en aquellos veraneantes que visitasen la ciudad. En sus propias palabras, los turistas “se van a ir llenos de alegría gracias a nosotros y nuestros actos”.

La ceremonia –ya se trataba de una ceremonia y poco quedaba de aquel acto político que yo había imaginado– continuó con un bautismo. “El agua bendita, el agua de Dios, para limpiarnos y purificarnos. Que el agua nos limpie y nos dé la fuerza necesaria para tener una buena temporada para el beneficio de todos”. Efectivamente, se estaba bendiciendo el mar, la temporada, el verano y todo lo que implica esa etapa del año para los geselinos.

El cura prosiguió: “Te pedimos que bendigas esta temporada, que bendigas nuestras playas y este hermoso mar fruto de tu creación. Pero, sobre todo, te pedimos que bendigas nuestro corazón y nuestra mente”. A continuación, pidió que rezáramos un

Padre Nuestro y, mientras la mayoría de los presentes se hacía eco de ese pedido, comenzó a desparramar agua bendita con un hisopo.

El segundo en tomar la palabra fue la autoridad máxima de una de las iglesias evangélicas locales; evidentemente, la inauguración de la temporada incluía a las voces religiosas más representativas de la comunidad. El pastor comenzó a hablar y a delinear, a su estilo, la bendición. Con tonos más efusivos y mediante los característicos ademanes de quienes predicán este culto –en particular, la gestualidad de sus manos–, habló del mar, del verano y de los turistas. Sin embargo, a diferencia de su antecesor, y fiel a la postura que distingue a esta denominación, hizo hincapié en la necesidad de contar con una buena temporada “para que los trabajadores puedan trabajar y llevar el pan a sus mesas”. La Biblia se hizo presente, simbólica y físicamente, a través de la lectura de un fragmento que señalaba las virtudes de una vida austera y dedicada al trabajo. Para terminar, se refirió a las flores y a la importancia de esta ceremonia para la comunidad.

Yo lo miraba a Jorge, incrédula y sin poder hacer todas las preguntas que necesitaba. Él, por su parte, no parecía encontrar en este despliegue ningún motivo para el asombro. La ronda continuó con el jefe de guardavidas, quien desplegó un discurso más corporativista refiriéndose, puntualmente, al sacrificio de quienes asumen la profesión de salvar y cuidar la vida de los turistas. Sostuvo que la playa de Villa Gesell iba a ser “la playa más segura de esta temporada con una cobertura horaria mayor”. Este comentario le sirvió de puntapié para hablar sobre el esfuerzo de la municipalidad al momento de ayudar al cuerpo de guardavidas en sus tareas de prevención y rescate. “Una nueva temporada para comenzar, veo a muchos colegas de muchos años y guardavidas nuevos que van a ingresar [...] Esperemos tener una temporada tranquila, en armonía y en paz”.

El locutor le dio la bienvenida al secretario de Turismo, Emiliano Felice, quien comenzó con un saludo para todas las instituciones presentes. Destacó, luego, que existen dos momentos muy marcados en Villa Gesell. El primero, “el que vamos atravesando, que es el comienzo de la temporada”. Para reafirmar la relevancia de su comentario, sostuvo:

Los invito [...] a tomar conciencia del lugar en el que vivimos [...] a mirar un poquito más allá y ver este entorno. Y si nos encanta ver lo que estamos viendo en este momento, imaginen a aquellos que están deseando volver todos los años para encontrarse con este paisaje. [...] La invitación es a creérsola: somos uno de los destinos más lindos de la Argentina, tenemos uno de los balnearios con mejores servicios, uno de los más grandes y más importantes.

Agregó que esto no lo decían “ellos mismos”, sino “... los medios nacionales y eso, indudablemente, atrae a mayor cantidad de turistas”. Su comentario me pareció un dato relevante para reflexionar sobre los canales para promover los destinos turísticos nacionales.

El segundo momento del año clave de Villa Gesell, continuó Felice, se dibuja “... allá por Semana Santa, donde tal vez nos invade un poco la melancolía de que todo terminó, que volvemos a esa tranquilidad que a muchos nos gusta, pero que también nos hace extrañar ese momento de trabajo y de ser anfitriones”. Entonces recordé las palabras de Miguel, el chofer. El secretario estaba hablando de la estacionalidad y de los contrastes que desencadena esta lógica particular, asociando, en este caso, un conjunto de emociones a cada momento. Además, estableció la necesidad de romper la dinámica estacional al invitar a los geselinos a extender la temporada –la alegría, la abundancia y el bienestar que parece asociarse con ella– todo lo que fuera posible.

Emiliano Felice no dudó en remarcar la crudeza del último invierno y en señalar que se necesitaba a la comunidad unida para enfrentar los problemas y proponer soluciones. “Todos juntos: instituciones, cámaras, hoteleros, los prestadores y los guardavidas para brindar buenos servicios y tarifas”. Para continuar, supo instalar una duda entre el público: “Capaz que este verano se presenta como una oportunidad única [...] no la desaprovechemos”. Entre esperanza, incertidumbre, crítica y desilusión, con el verano parecían reactivarse múltiples expectativas cíclicas.

La crisis económica –profundicé luego con Natalia– podía atraer a nuevos veraneantes; es decir, a aquellos argentinos que ya no podían seguir eligiendo un destino internacional, debido a la fuerte devaluación del peso. Esto representaba, sin dudas, una oportunidad “que había que saber aprovechar”. “Hay que fidelizar a los nuevos”, me dijo Natalia (38 años, periodista). Pero también la crisis podía afectar a los tradicionales turistas de Villa Gesell, ya que las vacaciones forman parte de aquellos presupuestos que suelen recortarse. Ese “capaz”, entonces, representaba una suerte de incógnita que se iría resolviendo a medida que avanzara el verano. “Hay que ver cuál es el saldo de la balanza”, cerró mi informante.

Para finalizar, el representante municipal de Turismo nombró el título de una película que había visto hacía algunos días –*La boya*⁵– y que había sido filmada, producida e incluso interpretada íntegramente por geselinos. Entre las escenas de este filme, remarcó un pasaje que tiene como protagonistas a los guardavidas y muestra de qué manera estos profesionales despliegan un vínculo tan particular con el entorno: “sobre el afecto que tienen por la playa y el mar”. En ese momento decidió proclamar su última invitación: “Los invito a que vean esta película y a que sigamos sosteniendo vínculos fuertes con este entorno tan hermoso que nos rodea”.

El último orador fue el intendente Gustavo Barrera, quien recuperó unas palabras de Matilde Ontiveros, la primera guardavida mujer, fallecida recientemente y pionera de Villa Gesell. Estas palabras generaron un clima emotivo, rápidamente desactivado al retomar “la necesidad” de “una buena temporada”. El jefe comunal señaló, en este sentido, que Villa Gesell es “el segundo destino más elegido de la costa atlántica”⁶ y “que el sector público y el privado tienen que trabajar mancomunadamente” para que el “verano sea un éxito”. Agradeció a los presentes y, como un capitán que manda a sus soldados a la guerra o un director técnico que arenga a sus jugadores, decidió –elevando el tono y cambiando su posición corporal– concluir su discurso con la siguiente frase: “Mucha fuerza, mucha voluntad y apostemos a Villa Gesell porque seguramente vamos a tener una muy buena temporada. Vamos que se puede”.

⁵ *La boya* es una película autobiográfica del cineasta argentino Fernando Spiner. Fue estrenada en diciembre del 2018 y, durante varios meses, reproducida en distintas salas del país. El filme narra la historia de dos amigos –Fernando y Anibal– que año tras año repiten el mismo ritual: adentrarse en el mar y nadar hasta alcanzar una boya. Filmada en la ciudad de Villa Gesell, esta producción reflexiona sobre los vínculos, las distancias, las permanencias y las salidas. El Capítulo IV de esta tesis se adentra en una reflexión más profunda sobre esta película y recupera la voz de uno de sus protagonistas.

⁶ Los dichos del intendente se sustentan en una serie de datos producidos, anualmente, por el Ministerio de Turismo y Deportes de la Argentina que indican que Villa Gesell es, desde hace tiempo, el segundo destino bonaerense más visitado durante el verano, después de Mar del Plata. Tras concluir la temporada turística, este ministerio realiza diversos tipos de informes e instrumentos de alcance público con el objetivo de evaluar el desempeño de cada destino turístico del país. Las herramientas más relevantes para producir estos análisis son dos encuestas: la Encuesta de Viajes y Turismos de los Hogares (EVyTH) y la Encuesta de Ocupación Hotelera (EOH). La primera, se implementa trimestralmente desde el año 2006 y releva los perfiles de viajeros y gastos realizados por los hogares residentes en viajes y turismo dentro y fuera del país. La segunda, fue realizada por primera vez en el año 2002, tiene una periodicidad mensual, y se focaliza en medir el impacto del turismo interno e internacional en el sector hotelero y parahotelero nacional. Ambas encuestas son realizadas entre Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) y el Ministerio de Turismo y Deportes de la Nación. En el siguiente link se puede acceder a los informes y los resultados de las encuestas, así como observar el posicionamiento de la ciudad de Villa Gesell en el *ranking* de destinos: <https://www.yvera.tur.ar/estadistica/>

Asumí que el acto ya había finalizado. Sin embargo, la gente permanecía en sus lugares, los celulares de los periodistas continuaban grabando y el arreglo floral seguía generando atención entre los concurrentes: lo miraban, hablaban sobre “las flores”, le sacaban fotos. A los pocos minutos, el intendente –que había salido de escena– regresó con un traje de neopreno junto con los y las guardavidas que lucían sus trajes de baño. “Ahora sí”, dijo el locutor, “estamos en condiciones de realizar el cierre de la bendición de las aguas y presenciar el famoso salto”.

En ese preciso momento entendí que aquello que estaba observando era un auténtico ritual que combinaba elementos profanos y sagrados. Se trataba de un evento repetitivo que se organiza todos los años y que involucra un tiempo y un espacio específico: una fecha que se define más allá del calendario tradicional (en la Argentina el verano comienza el 21 de diciembre) y un espacio de reunión peculiar que invita a la contemplación de la playa. Involucra, además, una serie de actos formalizados, expresivos y portadores de una dimensión simbólica. Refuerza, por último, el sentido de pertenencia de la comunidad local. Las referencias al entorno y al patrimonio “propio”, así como las intervenciones sobre la necesidad de trabajar mancomunadamente para el “bien de todos”, dan cuenta de esta última dimensión ritual (Segalen, 2005).

Los objetos simbólicos y la performance del ritual (Turner, 1997) terminaron de definirse con lo que tuve oportunidad de contemplar luego de las palabras del locutor. Los guardavidas, junto con el intendente, se pusieron en hilera y en paralelo a uno de los laterales del muelle. Bajo el sol, el viento de diciembre y los gritos de los presentes que alentaban, los alineados (“a la una, a las dos y a las tres”) saltaron desde el muelle y se zambulleron en el mar. Arriba, y mientras el salto se desplegaba, los testigos de aquel episodio gritaban, aplaudían y silbaban.

Dos personas tomaron “la ofrenda floral” y la hicieron descender hacia las aguas. Abajo, un guardavidas esperaba para recibirla, tomarla y alejarla unos metros de la costa. Una lancha y una moto de agua se disponían a custodiar lo que ocurría en el mar: los guardavidas, junto al intendente, realizaban una ronda para recibir las flores. Cuando llegaron a destino, todos desarmaron de forma ordenada ese abrazo acuático e impulsaron la ofrenda hacia al mar abierto. Llegaron juntos a la orilla, el público aplaudió efusivamente y el locutor invitó a los presentes a compartir un desayuno.

Le pregunté a Jorge si quería participar del desayuno grupal o si prefería que nosotros dos tomáramos un café; se decidió por la segunda opción. Así, en una de las

cafeterías más tradicionales de Villa Gesell, ubicada sobre la conocida Avenida 3, nos sentamos a intercambiar algunos comentarios sobre el evento. Jorge, además, me ayudó a definir lo que sería mi próxima inserción al campo y me explicó que durante el verano –yo tenía intención de volver en febrero– “es casi imposible encontrar a un geselino con tiempo, están todos a las corridas. Te recomiendo que no hagas entrevistas en esa época” (Jorge, 67 años, periodista). Tomé la sugerencia y hablamos sobre posibles lugares para hacer observaciones.

Se fue Jorge y llegó Natalia. A ella también le hablé sobre lo sorprendida que estaba con el evento:

Claro, para nosotros este ritual es muy importante. No va todo el mundo a la ceremonia, pero todos sabemos que ese día se inaugura la temporada. Y, bueno, de alguna manera, los creyentes y los no creyentes, medio que todos le pedimos al mar que nos traiga un buen verano. (Natalia, 38 años, periodista)

Conversamos un rato más y Natalia me acompañó hasta el Museo. Una vez allí, nos reunimos con la nueva responsable de la institución –a quien yo no conocía personalmente– y organizamos un cronograma de trabajo con los archivos y documentos.

Ya era momento de emprender la vuelta, así que decidí caminar y tomarme el colectivo más adelante. En esa caminata, entrando por la costa y saliendo a la Avenida 3, pude observar de qué manera la ciudad se iba montando, o transformando, para recibir el verano: los balnearios comenzaban a armar sus carpas y a poner en condiciones sus paradores; los propietarios cortaban el pasto, pintaban los frentes de sus casas o hacían arreglos en sus interiores; las sábanas y las toallas, recién lavadas, le daban al paisaje sus colores; algunos trabajadores cargaban y descargaban mercadería de diversos camiones; los empleados de los comercios adornaban y limpiaban sus vidrieras; los bares extendían los sectores de mesas al aire libre y ponían en condiciones las sombrillas; los hoteleros realizaban cambios en sus establecimientos: colchones, mesitas de luz, acolchados, artefactos de iluminación, manteles. Como me dijo Natalia, todo parecía indicar que “la fiesta estaba por comenzar [...]. Se vienen otros tiempos, los tiempos del verano, del frenesí, de las corridas, pero también los tiempos del trabajo” (Natalia, 38 años, periodista).

Estos apuntes, registrados en mi diario de campo ese diciembre del 2018, fueron los pilares sobre los cuales, finalmente, se levantó mi proyecto de investigación. Aquellas impresiones iniciales en torno al ritual para bendecir los meses en los cuales, en palabras

nativas, la “ciudad entra en otro tiempo” me permitieron delimitar un campo de indagación fértil para desarrollar una pregunta de investigación, definir un conjunto de objetivos y delinear una estrategia metodológica para alcanzarlos. Sin embargo, si bien el turismo, ahora, desempeñaría un rol central en mi abordaje, continué escuchando a mis interlocutores y Villa Gesell siguió presentándose como algo más que una mera ciudad turística.

En efecto, esta ciudad se volvió un lugar fecundo para abordar un proceso social complejo: la espacialidad del tiempo y la temporalidad del espacio. Procesos sobre los cuales esta tesis pretende realizar sus principales aportes.

El tiempo y el espacio son dos categorías que sirven para explicar toda realidad, dos coordenadas que se entrecruzan para decir algo antes indefinido, inexistente. Todas las preguntas posibles pueden ser respondidas por medio de estos dos ejes: aunque algunas realidades sean más temporales y otras más espaciales, el registro espaciotemporal, la hibridación o amalgama de ambos es la dimensión de un concepto filosófico que permitirá resolver el dilema por medio de un binomio, de dos términos contrapuestos pero complementarios e inseparables, porque una realidad no puede ser explicada, ni siquiera pensada, sin requerir la presencia de esta doble idea. (Camarero, 2001: 9)

Esta doble idea a la que refiere Jesús Camarero está presente en toda construcción social, pero tiene la característica de ser lo suficientemente escurridiza cuando se trata de interpelarla de modo directo: ¿Qué es el verano? ¿En qué se fundamenta la idea lineal del tiempo? ¿A qué responde la división del calendario? Como plantea Norbert Elias (2015: 27), “¿cómo puede medirse algo que no se puede percibir con los sentidos?”. También resulta complejo sostener una representación contundente sobre el espacio: ¿Cuáles son los límites de un lugar? ¿Sobre qué datos se levantó el mapa de una ciudad? ¿Cuáles son las escalas y de qué manera un lugar se vincula con aquellos otros? ¿En qué se fundamenta el sistema métrico? ¿Por qué el norte es el norte y el sur el sur? El tiempo y el espacio, categorías que suelen presentarse como totales, se fragmentan en sus usos cotidianos porque en definitiva se trata de experiencias anudadas a la forma primera de organizar el mundo.

Si para cualquier sujeto resulta complicado delinear la concepción social que sostiene la figura del tiempo y el espacio, la correlación de ambos resulta una tarea aún más compleja: ¿Cómo cambia una ciudad en función del tiempo? ¿Cómo impactan las estaciones del año en las experiencias del habitar? ¿Los lugares tienen ritmos? ¿La edad motoriza diversas concepciones del espacio-tiempo habitado?

El trabajo de campo realizado en la ciudad balnearia me permitió observar que los geselinos, por un lado, parecen encontrar en el tiempo algunas claves para definir la clase de espacio que habitan y los modos que tienen de habitarlo, así como el tipo de habitantes que son en relación con ese espacio; pero, por otro lado, también parecen encontrar en el espacio la expresión última de las variaciones temporales. Aún cuando me encontraba persiguiendo otra pregunta de investigación, fue relativamente fácil constatar que gran parte de sus prácticas y representaciones se organizan en torno al clima, las estaciones del año, los ritmos, el tiempo productivo y el improductivo, la historia de la ciudad, las utopías, las proyecciones, los tiempos biográficos, la configuración del paisaje, el montaje y el desmontaje de la ciudad, la espacialidad de los turistas y de los residentes. Es decir, en este lugar –que adquiere notoriedad nacional durante el verano– lo aparentemente intangible se torna aprehensible.

De esta manera, la agencia de la temporalidad en la experimentación del espacio y la agencia de la espacialidad en la percepción del tiempo se postulan como las dos líneas de análisis sobre las cuales avanza esta investigación. Para organizar el abordaje de esta relación, sin dudas sumamente compleja, la tesis propone una tríada analítica cuyos esfuerzos interpretativos se concentran sobre la dimensión más desatendida del par de coordenadas: el tiempo. Bajo la exploración de lo que denomino tiempo estacional, cotidiano y futuro, esta investigación de corte etnográfico buscará comprender una de las bases fundamentales de toda teoría social pero también de toda teoría nativa. Buscará, así, recorrer etnográficamente los senderos del tiempo.

En primer lugar, esta tesis se propone reconstruir los contrastes morfológicos y sociales desencadenados por la alternancia estacional. En segundo lugar, abordar la particularidad del tiempo cotidiano en este tipo de escenarios: los ritmos sociales anudados a las peculiaridades de la escala –una ciudad media– y de la función productiva –una ciudad turística–. Bajo este tiempo, también, me propongo explorar de qué manera los ritmos pueden ser experimentados de múltiples formas e incluso colocarse como un factor de tracción y expulsión poblacional. Finalmente, a partir del tiempo futuro, busco analizar de qué manera interactúan diversas narrativas sobre el pasado, cómo se actualizan en el presente y de qué modo orientan las expectativas sobre el devenir de la ciudad.

En lo que sigue, entonces, el lector podrá encontrarse con lo que he decidido llamar el “tiempo cero” de esta tesis. Esto es, el origen, los motivos, el contexto y el marco

de sentido de la propuesta analítica que estas páginas contienen. Este primer capítulo presenta la trastienda de la investigación: la construcción y el abordaje del objeto de estudio, las razones por las cuales la ciudad de Villa Gesell resulta ser un escenario fructífero, el marco teórico y la estrategia metodológica capaces de albergar una pregunta como la que propongo. Pregunta, vale decir, que será abordada mediante la elaboración de una serie de capítulos en donde la estacionalidad, el tiempo biográfico, el ritmo social, las formas de pensar el pasado, dibujar el devenir y arriesgar utopías de la ciudad se postulan como los nudos problemáticos desde donde tirar.

CAPÍTULO I

EL TIEMPO CERO: ANTECEDENTES, OBJETO Y ESTRATEGIA

Viajé en el tiempo, es cierto, pero no del lado de acá del tiempo, donde lo contamos por horas, días y meses; fue del otro lado del tiempo por donde yo viajé, donde el tiempo no se cuenta con una medida. Transcurre, pero sin que sea posible medirlo.

Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego* (1997)

1. El tiempo fuera de tiempo

Todas las sociedades construyen –transforman y refuerzan– sus propios mitos cosmológicos. Es decir, aquellos relatos capaces de explicar el quiebre o el paso de un estado de caos al establecimiento de un cosmos. Estas cosmologías pueden ser más o menos estructuradas, detalladas o sistemáticas, pero, en definitiva, indican que “el mundo no es ya una masa opaca de objetos amontonados arbitrariamente, sino un cosmos viviente, articulado y significativo” (Eliade, 1991: 61).

Philippe Descola, a partir de un profuso trabajo etnográfico, detalló un contrapunto mítico que le permitió exponer las variabilidades en estas formas de concebir el origen. En su libro *Las lanzas del crepúsculo*, el antropólogo analizó un conjunto de dimensiones de la vida de los Achuar –un grupo indígena que habita en la selva amazónica de Ecuador– y exploró, particularmente, el modo que tenían de recrear la génesis del universo. Siguiendo este interrogante, escribió lo siguiente:

Individualistas declarados y amnésicos por vocación, viven muy bien sin memoria histórica, y todo recuerdo de los acontecimientos que pudieron haber afectado a las generaciones anteriores es cuidadosamente borrado en un olvido desenfadado. Su mitología misma es muda en cuanto al origen de su tribu y dice poco sobre los comienzos de la humanidad. [...] los Achuar no buscan dar al mundo una coherencia que manifiestamente no tiene. Su mitología es descosida y se compone de breves fábulas donde son evocados, sin exhaustividad ni continuidad narrativa, unos pocos acontecimientos que condujeron a la emergencia de ciertas artes de la cultura, a la implementación de una mínima organización del cosmos, a la aparición de dos o tres propiedades de la condición humana o a la adquisición por medio de un animal o una planta de su aspecto definitivo [...]. Estas historias no forman un relato sistemático de la creación cuyas peripecias se desarrollan en secuencias ordenadas a la manera del Génesis bíblico. La existencia de la mayoría de los seres y de las cosas es dada desde toda la eternidad, y nadie aquí se pregunta si Colibrí se ha convertido en pájaro antes de que Ipiak se transformara en arbusto o si Sol ha subido al cielo cuando los Achuar ya existían. (Descola, 2005: 221)

En este relato Descola extiende comparaciones entre las cosmologías producidas por los Achuar y los relatos postulados del génesis bíblico. Sin embargo, sus argumentos se complejizan aún más cuando incorpora una serie de distinciones en base a los contrastes observados entre los Achuar y otros grupos situados en el noreste del Amazonas. Mientras que los Achuar presentan cosmologías desordenadas y mitologías descocidas, dice Descola, existen pueblos cercanos que producen mitos capaces de retratar de manera “obsesiva” los mínimos detalles de la génesis y que, además, utilizan cotidianamente estos relatos para significar sus vidas. Frente al individualismo amnésico de los Achuar, el antropólogo nos habla de la existencia de pueblos “maníacos de la explicación total”.

Más allá del atractivo de esta propuesta, me interesa destacar que las cosmologías o los mitos de origen pueden expresarse del múltiples formas, pero comparten un propósito o, como sostiene el Claude Lévi-Strauss (1988), ciertos patrones de comportamiento. Estos relatos instituyen las escisiones, vinculaciones y delimitaciones entre lo humano y lo no-humano; es decir, las formas de concebir esos universos y sus relaciones. Descola explica, en este sentido, que los Achuar postulan una cosmología en la que la mayor parte de los animales y plantas comparten, total o parcialmente, facultades, comportamientos y códigos morales ordinariamente atribuidos a los hombres. Pero, además, estas narrativas son capaces de dotar de sentido al origen del tiempo y del espacio o, puesto en los términos correctos, a las múltiples formas de concebir los tiempos y los espacios, así como sus relaciones. Descola también avanza en estos aspectos al establecer que el mito de origen “descocado” de los Achuar –que, en apariencia, no identifica un momento de quiebre– encuentra cierta claridad a la luz de experiencias temporales de esta comunidad:

Los mitos Achuar no responden a una duración lineal como la que experimenta nuestra conciencia subjetiva cuyo testimonio nos es provisto por el envejecimiento, día tras día, de los seres y de las cosas. Tampoco introducen una temporalidad cíclica, aquel viejo sueño de un eterno retorno a los orígenes que compartían los mayas y los estoicos. La idea según la cual sucesiones idénticas de acontecimientos pueden renovarse a intervalos regulares supone que se ha impuesto un orden al tiempo, una división en períodos, ya que la repetición del pasado en el futuro es, como se sabe, una creencia particular de los pueblos apasionados por la astronomía y por la ciencia calendaria. Ahora bien, mis compañeros no hacen caso de la duración y de su cómputo; ellos limitan su cronología al lapso de un año cuya recurrencia muy discreta se señala, a mediados de junio, con la aparición poco antes del alba de las Pléyades, que permanecen ausentes del horizonte nocturno durante dos meses. (Descola, 2005: 223)

Los mitos cosmológicos remiten a la génesis, delimitan los modos de concebir las relaciones entre lo humano y lo no humano, entre el espacio y el tiempo, pero también

movilizan representaciones sobre aquello que precedió a la concepción del universo; esto es, aquello que se encuentra, de algún modo, fuera de tiempo. En este sentido, Descola sostiene que más allá de la “elasticidad” de la temporalidad Achuar y la ausencia cortes o quiebres perceptibles desde nuestra mirada, existe en las representaciones de esta comunidad un estado previo, es decir, un punto o tiempo cero que antecede a la concepción del universo. Al igual que la teoría del *Big Bang*⁷, toda cosmología reconoce la existencia de algo –fuera del tiempo y del espacio– que precede al origen del todo.

Sin la intención de introducirnos en una discusión que nos excede, el concepto de tiempo cero será utilizado en esta tesis para remitir –al igual que lo hacen los mitos cosmológicos– al momento previo a la emergencia del cosmos y a la conformación de sus límites, sus dimensiones y sus híbridos. Esta investigación, así, encuentra su origen en aquel punto en el que se delimitan los marcos teóricos y metodológicos capaces de otorgar sentido a los interrogantes. El tiempo cero no es una suerte de vacío, sino todo lo contrario: es el punto que condensa el inicio, es un tiempo fuera del tiempo.

Es importante mencionar, además, que este tiempo es una ficción. Como explica Lévi-Strauss (1990: 144), el mito “no nos dice como pasaron realmente las cosas. Dice como los hombres sienten necesidad de imaginar que las cosas pasaron para intentar superar unas contradicciones”. En un intento por superar aquellas contradicciones que atraviesan todo proceso de investigación, este primer capítulo presenta un armado, una síntesis o una estructura que concentra un conjunto de elementos que luego serán extendidos a lo largo de la tesis. Por este motivo, es preciso postular que este tiempo cero fue creado luego de que el cosmos comenzara a tomar forma. Es el origen, pero también el resultado de un momento crucial para todo proceso de investigación vinculado con una serie de decisiones que hay que tomar con el objetivo de orientar la pregunta de investigación, alcanzar los objetivos propuestos, crear las técnicas de recolección de datos y, finalmente, postular e hilvanar los diversos hallazgos.

En este punto temporal, anterior a la experiencia del tiempo, también profundizo en la selección del caso de estudio y en los argumentos científicos sobre los cuales tal decisión se sostiene. Vale recordar, en este sentido, que la antropología –campo disciplinar donde esta investigación pretende realizar sus principales aportes– construye

⁷ Esta teoría cosmológica –producida por el campo de las ciencias exactas y revalidada por el “sentido común”– explica la creación del universo a partir de una gran explosión que designa la expansión y creación conjunta de materia, espacio y tiempo.

su conocimiento sobre el análisis de casos situados que, por diversos motivos, son capaces de iluminar algunas de las dimensiones nodales de la problemática abordada. Como alguna vez sostuvo Clifford Geertz (2003), el antropólogo parte de una colección de “miniaturas etnográficas”, un “surtido de observaciones y anécdotas” para describir los “paisajes culturales” de un pueblo, una ciudad, una nación, una época, un continente o, incluso, una civilización.

El eje sobre el cual se mueve, se levanta y se construye el tiempo cero de esta tesis es, valga la redundancia, el mismo tiempo. Esta categoría, sin embargo, no puede pensarse de manera aislada de su semejante y, por este motivo, será preciso reponer, brevemente, los enigmas y las respuestas que han surgido en torno a su concepción y relación. Junto al espacio, el tiempo es una de aquellas coordenadas fundamentales para orientar las acciones de los sujetos en el mundo de la vida. El espacio tiende a brindar una materialidad que expresa la espacialización de las relaciones sociales, pero también organiza la experimentación del habitar. El tiempo, por su parte, refiere a la duración de las prácticas y las representaciones, a la sucesión y concatenación de eventos, al ordenamiento de la trayectoria vital, pero también a la experimentación cotidiana del transcurrir. Sin tiempo y sin espacio, perderíamos el sentido de todo lo que se ubica y todo lo que se mueve.

Ambas categorías delimitan fronteras, despliegan transiciones o fases, definen escenarios, identidades y ritmos, constituyen estabilidad y estructura, motorizan la reflexión sobre el cambio y las continuidades: “Forman, en definitiva, los grandes marcos de referencia por los que ordenamos nuestra experiencia, inevitables dimensiones de las ideas y prácticas sociales” (Cátedra Tomás, 1997: 8).

El pensamiento moderno y occidental –con sus diversas pretensiones totalizantes– logró colocar una visión absolutista y cuantificable de estas coordenadas que producen efectos de orden y orientan el desarrollo de la acción social. En un contexto en el que las incertidumbres debían resolverse mediante la aplicación de leyes generales, las coordenadas fueron definidas, además, como variables objetivas e independientes. Isaac Newton estableció, en este sentido, que el tiempo y el espacio eran absolutos, verdaderos y matemáticos, tomados por sí solos, sin relación con ningún cuerpo. Desde su concepción, el primero transcurre, se mueve, de manera uniforme; mientras que el segundo es una sustancia inmóvil e infinita dotada de una estructura euclidiana tridimensional.

La ciencia avanzó, como suele avanzar, desafiando ciertas hipótesis establecidas. Así apareció la teoría de la relatividad, justamente para relativizar las propuestas entendidas como válidas hasta ese entonces. Esta teoría estableció, por un lado, la dependencia entre el espacio y el tiempo y, por otro, que la métrica de estas dos coordenadas es flexible y se transforma según la naturaleza del problema, su densidad y carácter. Albert Einstein –exponente indiscutido de tal movimiento– derribó los conceptos de espacio y tiempo absolutos mostrando que las medidas de longitud, los intervalos de tiempo o la simultaneidad son relativas a cada observador, en función de su estado de movimiento. El espacio-tiempo, así, comenzó a figurarse como un *continuum* esencialmente geométrico. Sin dudas, y a pesar de presentarse con la potencia de la objetividad inquebrantable, “La historia de los conceptos de tiempo, espacio y espacio-tiempo en la física ha estado determinada por fuertes rupturas y reconstrucciones epistemológicas” (Harvey, 1998: 228).

En una reflexión aguda en torno a esta problemática, David Harvey (1994) sostiene que, más allá de los diversos sentidos adheridos, las definiciones del tiempo y el espacio que provienen del campo de la física y la matemática han logrado establecer a estos fenómenos como naturales, homogéneos y determinables cuantitativamente. Esta delimitación se volvió hegemónica y permeó los diversos abordajes científicos que buscaron brindar explicaciones sobre estos fenómenos –en apariencia tan escurridizos– y también los marcos de referencia mediante los cuales los sujetos organizan sus vidas cotidianas.

Para las disciplinas sociales tiempo y espacio –si bien conectados con fenómenos naturales o estructurales– se constituyen, esencialmente, como producciones sociales. Aunque los aportes realizados a este debate han sido diversos, heterogéneos y contrastantes, ambas categorías fueron entendidas, en términos amplios, como el producto del accionar humano que necesita organizar estas experiencias bajo determinadas concreciones sociales. El tiempo y el espacio se postularon, desde estas perspectivas, como el resultado de una serie de acuerdos sociales e intersubjetivos que se tejen, se estabilizan y, también, se transforman.

La construcción social que se esconde detrás de este fenómeno no niega el anclaje que estos conceptos tienen en la materialidad y cotidianidad del mundo. Son expresiones objetivadas y estabilizadas a las cuales los sujetos y las instituciones necesariamente responden porque constituyen los marcos de referencia primarios para organizar la vida

social y compartida. De cualquier modo, los cambios en estas categorías expresan las transformaciones sociales más profundas.

A su vez, desde este campo del conocimiento se ha impulsado un viraje en el modo de abordar estos conceptos. En tal sentido, no se trata de medirlos, cuantificarlos, hacerlos tangibles y universales, sino de conocer los modos en que los sujetos producen diversos artefactos –simbólicos y materiales– para dar cuenta de estas categorías: mapas, relojes, calendarios, movimientos solares y lunares, fronteras sociales y materiales, descripciones físico-geográficas, brújulas, figuras lineales o circulares y otras creencias encarnadas en múltiples objetos. Estos dispositivos son desarrollados por grupos humanos para otorgar sentido y contextualizar espacio-temporalmente sus relaciones, prácticas y representaciones. Tales perspectivas, entonces, comenzaron a preguntarse: ¿Cómo fueron contruidos estos dispositivos? ¿Con qué sistemas sociales y contextos se relacionan? ¿A qué estructuras responden? ¿Qué disputas se esconden atrás de su utilización? ¿Cuáles devienen hegemónicos y cómo? ¿Qué relaciones de poder los atraviesan?

Bajo este conjunto de interrogantes, para las ciencias sociales resultó imprescindible recuperar los procesos de construcción de estas coordenadas primarias –pero a la vez tan complejas– y determinar los modos en que diversos grupos construyen, sostienen y disputan una variedad de concepciones. Así, recuperar esa heterogeneidad transversalmente (entre distintas sociedades), y también longitudinalmente (dentro de una misma sociedad), ha sido una tarea fundamental para consolidar aquellas perspectivas que buscaron –y buscan– comprender el sentido de la vida social.

Si bien la teoría de la relatividad ya había promulgado la comunión indisoluble entre ambas categorías en la figura del espacio-tiempo de Minkowski⁸, fue la teoría social la que buscó desnaturalizar y contextualizar la comunión social de estos conceptos. Como sostuvo Bronisław Malinowski (1923: 23), “el espacio y el tiempo por separado están destinados a desvanecerse entre las sombras y tan sólo una unión de ambos puede representar la realidad”.

Así, las ciencias sociales orientaron sus esfuerzos en común para definir las complejas relaciones que se establecen entre estas categorías tan relevantes para la vida social. Algunas perspectivas pusieron el énfasis en los condicionamientos estructurales

⁸ Hermann Minkowski, en 1907, dotó a la teoría de la relatividad de una estructura geométrica que unificó los conceptos de espacio y tiempo en una única realidad tetradimensional. Le otorgó, así, el mismo tratamiento matemático de la dimensión temporal a las tres coordenadas espaciales.

que cada sociedad despliega; otras, en cambio, en la capacidad de agencia de los actores en el proceso de producción. Emergieron, asimismo, las posturas “conciliadoras” que destacaron la interpelación mutua entre agencias y estructuras.

Dentro de este arco –y más allá de los consensos delineados en torno al cronotopo⁹–, las diversas disciplinas llevaron adelante una tarea de especialización en el tratamiento del tiempo y el espacio. La historia, por ejemplo, puso el énfasis en el devenir cronológico y en los modos, hegemónicos y contrahegemónicos, de conectar sucesos e interpretar acontecimientos. La filosofía tendió a polemizar de manera directa con los postulados de la física, centró su atención en las vivencias humanas y en los distintos procesos anudados a la aprehensión primaria del mundo. La antropología y la sociología, aun con sus diferencias, buscaron resquebrajar la idea de un tiempo y un espacio para hacer emerger la multiplicidad de espacialidades y temporalidades. Desde esta mirada, a cada sociedad le correspondería un modo de representar y practicar el tiempo y el espacio, que se actualizaría en diversos dispositivos –simbólicos y materiales– para medirlos y hacerlos aprehensibles.

Como explica María Cátedra Tomás en el fragmento que se incluye a continuación, abordar el tratamiento que los grupos sociales dan a estas dos categorías nos permite reconstruir diversas formas de ser y estar en el mundo.

Cada cultura define, por ejemplo, qué se entiende por el pasado, cómo se integra con el presente, cómo se concibe el futuro; el tiempo unido al ritmo de la naturaleza y del trabajo; el tiempo como valor, disciplina y ocio, los aniversarios y cumpleaños, los usos de la nostalgia y la memoria y el culto del progreso, el valor simbólico del pasado. Y también la experiencia del medio, las maneras en que se organizan las imágenes de la naturaleza y de la cultura, los usos de lo natural, el campo y la ciudad, el territorio y el problema de las fronteras. La concepción del tiempo y el espacio de una cultura revela mucho sobre la manera en que la gente vive y piensa. (Cátedra Tomás, 1997: 5)

Siguiendo estos postulados, aquí despliego una reconstrucción de los elementos que nos permitirán entender, por un lado, cuáles son los tiempos de la ciudad y qué experiencias temporales se anudan a ella; y, por otro, qué situaciones sociales, situadas geográfica e históricamente, podrían ser productivas para reflexionar sobre la agencia de la

⁹ Mijaíl Bajtín (1989) creó la figura del cronotopo para analizar –desde la teoría literaria– ciertas expresiones artísticas. Para este emblemático autor, el cronotopo es la unidad espacio-tiempo, indisoluble y de carácter formal expresivo. Es un discurrir del tiempo, densificado en el espacio, y un correr del espacio anclado en el tiempo. Ambos elementos se intersectan y se vuelven visibles para el espectador y apreciables desde el punto de vista estético.

temporalidad, cómo se pueden recuperar, mediante qué técnicas y bajo qué caso de estudio.

2. El tiempo de los clásicos

Esta tesis transita por los senderos del tiempo de una ciudad turística y explora la diversidad de sus experiencias temporales. Esta investigación busca, ante todo, leer el tiempo: recuperar sus marcas de expresión y sus recorridos, sus superposiciones y los distintos modos de ser espacio. Con este propósito, ¿qué perspectivas teóricas pueden contribuir a la comprensión del fenómeno? ¿En qué discusiones sociales se insertan estos aportes?

Desde el plano propositivo, ha quedado claro que el tiempo es el suplemento del espacio. Las categorías van juntas: no se puede pensar en el espacio sin referir al tiempo, ni contemplar el tiempo sin recurrir al espacio. Si bien inseparables, las coordenadas han sido atravesadas por relaciones de fuerza que motorizan cierta gravitación sobre alguna de las partes. Lo cierto es que las ciencias sociales, en distintos momentos de sus trayectorias disciplinares, se han dedicado a problematizar con distinto énfasis alguno de los dos elementos del par insoluble.

En los albores del siglo XX, cuando las disciplinas sociales comenzaban a dibujarse, a establecer sus límites y sus injerencias, el tiempo ganó terreno dentro de las primeras aproximaciones. Émile Durkheim, uno de los padres fundadores de la sociología, escribió en ese contexto que el tiempo era algo más que esa sucesión de hechos que delimitan un pasado, un presente e incluso un futuro. El tiempo, dentro de las pioneras incursiones de la sociología, debía concebirse como una institución social capaz de posibilitar el diálogo entre las experiencias subjetivas y colectivas.

No consiste ésta en una rememoración, parcial o íntegra de nuestra vida pasada. Es un marco abstracto e impersonal que envuelve no sólo nuestra existencia individual, sino la de la humanidad. Es como un cuadro ilimitado en el que se despliega bajo los ojos del espíritu toda duración y donde pueden ser situados todos los acontecimientos posibles en relación a puntos de referencia fijos y determinados. No es *mi tiempo* el que está así organizado; es el tiempo tal como es pensado de manera objetiva para todos los hombres de una misma civilización. Esto, por sí solo, ya basta para intuir que una organización tal ha de ser colectiva. Y, en efecto, la observación establece que estos puntos de referencia indispensables en base a los cuales son clasificadas en el tiempo todas las cosas son tomadas de la vida social. Las divisiones en días, semanas, meses, años, etc., corresponden a la periodicidad de los ritos, fiestas y ceremonias públicas. [...] Un calendario da cuenta del ritmo de la actividad colectiva al mismo tiempo que tiene por función asegurar su regularidad... (Durkheim, 2007 [1912]: 9)

Las ideas de Durkheim inauguraron lo que se conoce como “el debate clásico sobre el tiempo”. Un debate que, durante las primeras décadas del siglo XX, fue nutrido de diversos aportes provenientes tanto del campo de la sociología como de la antropología. Gabriela Vargas Cetina (2007) explica que, en términos amplios, las primeras líneas indagatorias destacaron, al menos, dos tiempos: “uno que aparece como repetitivo y se relaciona con la vida cotidiana, y otro que tiene que ver con la sucesión de las generaciones” (Vargas Cetina, 2007: 44). En las próximas líneas iré profundizando algunos de los aportes más relevantes de esta primera discusión para ir construyendo, de a poco, el contexto teórico y las herramientas analíticas que potencian el desarrollo de esta investigación.

Siguiendo la genealogía que propone Eliseu Carbonell Camós (2004), dentro de la tradición británica de antropología los aportes sobre el tiempo se remontan hasta las mismas etnografías de Malinowski quien, en varios de los pasajes de sus textos, nos invita a conocer las formas en que los trobriandeses experimentaban el transcurrir. En *Los Argonautas del Pacífico Occidental* (1973 [1922]), este autor tomó por objeto de estudio al Kula: aquel exótico intercambio fundado en un sistema de dones. Más allá de los hallazgos que reporta este trabajo para la antropología, y específicamente para la etnografía, me interesa destacar aquí la primacía que le otorgó Malinowski al factor temporal.

Aquel intercambio entre collares y brazaletes que practicaban en las islas Trobriand estaba vinculado con una forma muy peculiar de entender el tiempo: “el Kula no es una especie de trueque sino una ofrenda que requiere, al cabo de un cierto tiempo, otra ofrenda recíproca de valor equivalente” (Malinowski, 1973[1922]: 109). Ese “cierto tiempo” representaba para los protagonistas del intercambio una medición anclada en un consenso social específico y situado –distinto al del investigador– que garantizaba que el circuito de dones no se interrumpiera. Además, ese tiempo en que los objetos permanecían en manos de quienes intercambiaban se correspondía, también, con el período en que disfrutaban de la posesión de los artículos, permitiendo “a su propietario temporal obtener renombre mientras los muestra, explica cómo los obtuvo y piensa a qué persona irán destinados” (Carbonell Camós, 2004: 38).

Malinowski también desarrolla un análisis pormenorizado sobre cómo se concebía el calendario en estas islas. Este punto es particularmente relevante porque el autor muestra de qué manera la etnografía logra resquebrajar las expresiones formales para recuperar los sentidos sociales y situados en torno al tiempo. Así, si bien la Luna se

presentaba como la base calendárica de estos grupos, la economía establecida sobre los ciclos de la agricultura se constituía en el factor determinante de la organización temporal.

Edward Evans-Pritchard fue otro de los antropólogos británicos claves en el desarrollo de este debate. En *Los Nuer* –una de las etnografías más influyentes del pensamiento antropológico– destinó un apartado para describir, analizar y posicionar las variaciones del tiempo de esta comunidad y sus vínculos con el espacio. Sus aportes más relevantes residen en la distinción entre tiempo ecológico y tiempo estructural

El tiempo ecológico refiere a los modos en que los Nuer construyen segmentos temporales de sus actividades cotidianas y las incluyen o distribuyen en ciclos anuales. En este caso, el tiempo es el reflejo de las relaciones que los sujetos sostienen con el ambiente. En términos de calendario, el año se divide en doce meses, relacionados con los ciclos lunares, y dos estaciones. Sin embargo, son las actividades económicas las que determinan cuándo cambian los meses y no una sucesión fija de meses la que determina el cambio de las actividades. Con este hallazgo, Evans-Pritchard se acercaba a las consideraciones que Malinowski había desarrollado, algunos años antes, sobre las islas Trobriand.

El tiempo estructural, por su parte, se constituye como la expresión de las relaciones que los sujetos sostienen con la estructura social; es, según el autor, lo que las sociedades modernas y occidentales conciben como tiempo histórico.

Tiempo histórico, en este sentido, es una secuencia de eventos de importancia excepcional para una tribu [...] Sin embargo, los Nuer tienen otra forma de expresar aproximadamente el momento en que los acontecimientos se producen: no mediante números de años, sino mediante la referencia al sistema de grupos de edad. La distancia entre los acontecimientos deja de computarse en conceptos temporales, tal como nosotros los entendemos, para computarse en función de la distancia estructural, que es la relación entre los grupos de personas. (Evans-Pritchard, 1992 [1940]: 122)

Bajo esta perspectiva, el sistema de parentesco y de linaje admite un rol fundamental, ya que esta configuración es la que permite delinear los eventos significativos y sus distancias. Por un lado, el tiempo de los Nuer se manifestaba en bloques delimitados por las ceremonias de iniciación a distintos grupos de edad. Por otro, se reconocían cuatro generaciones en el sistema de parentesco (abuelo, padre, hijo y nieto), que proporcionaban puntos de referencia con respecto a las distancias. Algo similar ocurría con las mediciones espaciales: los Nuer consideraban que existía una distancia más corta con los campamentos de parientes más cercanos, aunque la distancia en kilómetros fuese mayor a la de quienes no eran reconocidos como tales.

Si bien la distinción analítica del antropólogo galés –fundada en una teoría nativa exhaustivamente etnografiada– nos muestra de qué manera los tiempos conviven y se superponen, lo cierto es que en su propuesta el tiempo ecológico es recreado como un reflejo de tiempo estructural. Esto es así porque existe un consenso social sobre los modos de vincular los cambios ambientales con las referencias temporales. “En cierto sentido, cualquier tiempo es estructural, dado que es una formulación conceptual de actividades colaterales, coordinadas o cooperativas: los movimientos de un grupo” (Evans-Pritchard 1992 [1940]: 121). Finalmente, A partir de sus observaciones, el antropólogo entendió que los Nuer eran muy afortunados. Esta fortuna estaba dada por la ausencia de un sistema abstracto de medición que controlase –como en las sociedades modernas y occidentales– el orden lógico de los acontecimientos. Entre los Nuer no existían puntos de referencia autónomos a los que había que adaptarse con precisión.

Otro de los exponentes de este debate fue Edmund Leach. Este autor trató de demostrar que existen formas de experimentar el tiempo que difieren de aquellos definidos por la cultura occidental y moderna. Se trata del tiempo de los procesos irreversibles en el cual ningún hecho parece tener la capacidad de repetirse. Esas otras formas de vivenciar el tiempo están atadas, justamente, a la repetición. Sin embargo, no se trata de una circularidad sino de una oscilación. En otras sociedades, el tiempo es experimentado como “algo discontinuo, una repetición de una reversión repetida, una secuencia de oscilaciones entre opuestos polares: noche y día, invierno y verano, sequía e inundación, vejez y juventud, vida y muerte” (Leach, 1971: 124). Si bien ambos tiempos, el lineal y el pendular, son concebidos por todos los grupos humanos, en las sociedades modernas el tiempo lineal ha oscurecido las expresiones del tiempo pendular.

Para los objetivos de esta tesis, resulta particularmente relevante la importancia que Leach le otorga a la experiencia. Quienes oscilan en ese péndulo entre opuestos son los sujetos. Por lo tanto, la concepción de las secuencias de oscilaciones no es siempre homogénea. A su vez, este autor fue introduciendo la categoría de ritmos temporales en el análisis antropológico: la velocidad de la experiencia difiere según los procesos naturales y culturales de los sujetos y los grupos.

En lo que respecta a la noción de ritmos –otra categoría central para el proceso de esta investigación–, existen aportes clásicos que tempranamente llamaron la atención sobre el fenómeno y se dedicaron a explorarlo. Estas contribuciones provienen, específicamente, de la sociología francesa y su máximo exponente ha sido Marcel Mauss.

Este autor fue quien sostuvo que los ritmos “ponen en juego no sólo las facultades estéticas o imaginativas del hombre, sino a la vez, todo su cuerpo y toda su alma” (Mauss y Beuchat, 1979 [1905]: 284).

En 1905, en su conocido *Ensayo sobre las variaciones estacionales de las sociedades esquimales*, Mauss enfatizó la relevancia de observar la “morfología social” de los esquimales a través de los ritmos de dispersión y concentración de la vida individual y colectiva. Desde su perspectiva, cada función social tenía su propio ritmo, y el investigador tenía que encontrar los modos de relevarlos, analizarlos y comprenderlos. Con este trabajo, que brindaba herramientas para hacerse extensivo a cualquier sociedad, Mauss fue delineando las bases de los estudios rítmicos.

Los aportes de Mauss se engarzan con algunas ideas que Émile Durkheim expresó algunos años después en torno a los ritmos de los rituales colectivos. Para Durkheim, “El calendario expresa el ritmo de las actividades colectivas, y al mismo tiempo su función es asegurar esa regularidad [...] Lo que la categoría del tiempo expresa es el tiempo común para el grupo, el tiempo social” (Durkheim, 2007 [1912]: 9).

Asimismo, Mauss avanzó en el análisis de un tiempo que estructura el recorrido de esta tesis: el tiempo estacional. Este autor fue pionero en demostrar la importancia de observar de qué manera los cambios estacionales se vinculan con la vida cotidiana, volviéndose un lente a través del cual observar las dinámicas sociales de diversos grupos. Si bien su estudio se sitúa en un contexto y un colectivo bien peculiar, este autor fue capaz de extender sus argumentos al establecer que la injerencia del tiempo estacional en la vida social es una suerte de ley general.

Finalmente, resulta necesario incluir en este debate algunas de las ideas que desarrolló Claude Lévi-Strauss, particularmente en lo que hace a la concepción del tiempo histórico y las diferencias observadas entre las sociedades “frías” y “calientes”. Esta distinción la utilizó por primera vez en una conferencia inaugural del Collège de France en 1960, con la intención de dismantelar y reemplazar el binomio tan arraigado en ciertas perspectivas sociales entre pueblos sin historia y con ella.

En términos amplios, el etnólogo francés problematizó los modos en que las sociedades asimilan la historia y la actitud (fría o caliente) que adoptan respecto al paso del tiempo. Esta pregunta le permitió estructurar una tipología que, como explicó el autor, no es más que una distinción ideal-típica: “no existe probablemente ninguna sociedad

concreta que, en su conjunto y en cada una de sus partes, corresponda exactamente a uno u otro tipo” (Lévi-Strauss, 2004: 32). Si bien todas las sociedades se transforman, en las sociedades frías –que intentan congelar su modelo originario–, el tiempo parece transcurrir de otro modo, ya que los cambios apenas alcanzan a evidenciarse. Las sociedades calientes, en cambio, van generando mutaciones de manera ininterrumpida y estimulando, sin pausa, diversas diferenciaciones. Si bien no hay una referencia específica en torno a los ritmos, Lévi-Strauss estaba penetrando en las derivas de la velocidad con la que se experimenta el cambio social y la historia.

El debate clásico en torno al tiempo me ha permitido levantar algunos pilares sobre los que se sostiene esta tesis. En primer lugar, aunque hoy resulte un tanto evidente, estos textos han hecho el esfuerzo de demostrar que existe una multiplicidad de formas de concebir y experimentar el tiempo. Ya sea recurriendo a una comparación entre sociedades consideradas distintas o recuperando las diferencias que pueden encontrarse dentro de una misma sociedad, los autores clásicos han mostrado que el tiempo no es homogéneo, ni universal, ni direccional, ni único. En segundo lugar, han evidenciado que los artefactos, conceptos y sistemas de medición temporal expresan los sistemas de creencias, parentesco, así como las relaciones económicas, políticas y culturales de los grupos humanos. Finalmente, estos autores llamaron la atención sobre la coexistencia de diversos tiempos que se delimitan a partir de las relaciones que los humanos sostienen con la vida cotidiana, pero también con el ambiente en el que habitan.

En este último punto, el tiempo se entreteje bajo las formas en que se expresa la relación “naturaleza/cultura”. Algunos de estos autores han establecido que el tiempo social responde a los modos de concebir el tiempo ecológico; otros, que la relación se establece de manera inversa; y también están quienes consideraron que ambas concepciones se despliegan de manera escindida. Más allá de los matices entre las posiciones, el enigma del tiempo logró actualizar y complejizar otro debate fundante del pensamiento antropológico.

Recuperando los argumentos de Jeffrey C. Alexander, cabría preguntarse por qué los investigadores sociales recurrimos a textos “de autores muertos hace tiempo”, cuando afirmamos estar preocupados u orientados “hacia el mundo empírico y hacia la acumulación de conocimiento objetivo acerca de ese mundo empírico” (Alexander, 1992: 22). El planteo es sumamente pertinente dado que esta investigación se propone abordar las dinámicas temporales contemporáneas de una ciudad balnearia bonaerense que parece

estar bien lejos de aquellas sociedades –los Nuer, los trobriandeses, los esquimales– sobre las cuales los clásicos construyeron sus principales argumentos.

Sin embargo, la centralidad de este debate y sus exponentes se explica, justamente, por la capacidad que tienen de trasvasar los contextos de emergencia y actualizarse bajo otros escenarios y preguntas de investigación, llegando a iluminar problemáticas actuales. Asimismo, el reconocimiento de estos clásicos supone fijar un punto de referencia común, reducir la complejidad y condensar diversas tradiciones en la figura de autores que lograron instalar estos temas en el seno de las disciplinas. Recuperando el epígrafe de Fernando Pessoa, los clásicos, desde mi perspectiva, nos permiten viajar del otro lado del tiempo, allí donde el tiempo no tiene una medida sino formas múltiples de experimentar el transcurrir.

3. El tiempo del espacio

Dada la relevancia que obtuvo el tiempo durante las primeras décadas del siglo XX, hubiese sido lógico suponer que esta dimensión de la experiencia haya continuado ganando adeptos y posiciones destacadas dentro de las discusiones académicas. No obstante, como explica Javier Rodríguez González (2012), ciertas transformaciones operadas dentro de las ciencias sociales derivaron en una mayor focalización y problematización del espacio en detrimento del abordaje temporal. ¿Qué pasó con el tiempo?

A partir de los años sesenta, todas las disciplinas sociales se vieron conmovidas por el reposicionamiento del espacio y la recuperación de su capacidad de agencia. En este contexto, el espacio dejó de ser considerado una escenografía donde las acciones y relaciones sociales “toman lugar”, para desempeñar un rol activo en la construcción de lo social.

El espacio se convirtió en una categoría central para el desarrollo de las disciplinas sociales, ocupó un rol destacado en las discusiones, se constituyó en objeto de estudio de las investigaciones contemporáneas y movilizó distintas disputas por su concepción y definición. Tan relevante se volvió esta categoría que casi cualquier relación social logró espacializarse. Como sugiere en un agudo comentario Georges Perec, con estos movimientos han emergido una multiplicidad de espacios capaces de convocar la atención de los investigadores: la calle, la vereda, la habitación, la esquina, el barrio, la nación, la región, el continente, la ciudad, el campo, la naturaleza, el público, el privado,

el asentamiento, el country, el patio y el balcón. “En resumidas cuentas, los espacios se han multiplicado, fragmentado y diversificado. Los hay de todos tamaños y especies, para todos los usos y para todas las funciones. Vivir es pasar de un espacio a otro haciendo lo posible para no golpearse” (Perec, 2001: 24).

En lo cierto, los aportes que emergieron a partir de este posicionamiento han logrado destrabar algunas visiones impulsadas por las ciencias sociales y hacerlas más productivas en términos analíticos. Henri Lefebvre plantea que a partir de ese entonces el espacio deja de concebirse como pasivo y vacío:

... ya no puede concebirse como pasivo, vacío, como no teniendo más sentido que –al igual que sucede con los otros “productos”– ser intercambiado, consumido o suprimido. En tanto que producto, mediante interacción o retroacción, el espacio interviene en la producción misma: organización del trabajo productivo, transportes, flujos de materias primas y de energías, redes de distribución de los productos, etc. A su manera productiva y productora, el espacio entra en las relaciones de producción y en las fuerzas productivas (mejor o peor organizadas). Su concepto no puede, pues, aislarse y quedar estático. Se dialectiza: producto-productor, soporte de relaciones económicas y sociales. ¿No entra también en la reproducción, la del aparato productivo, la de la reproducción ampliada, de las relaciones que ejecuta de forma práctica “sobre el terreno”? (Lefebvre, 2013: 55)

Este autor señala que el espacio –al igual que el tiempo– es una construcción social, producto de las relaciones sociales, y productor y reproductor de la vida social. Pero Lefebvre parece estar convencido de la necesidad de explicitar y desarrollar el trasfondo social de la producción espacial y desatender, al menos en este texto, lo referido a la cuestión temporal. Al respecto, sostiene: “No creo que hasta ahora el espacio fuera lo más importante; lo que era más importante hasta ahora era el tiempo, el tiempo histórico, el tiempo de trabajo, los ritmos del tiempo” (Lefebvre, 2013: 216). Los clásicos habían logrado complejizar la noción de tiempo y disputarles a las ciencias exactas la totalización de su comprensión; ahora parecía emerger “el tiempo del espacio”.

La urbanización acelerada, la emergencia y multiplicación de ciudades, la fragmentación del espacio en nuevas unidades de sentido y la transformación de los escenarios clásicos (lo urbano y lo rural) potenciaron la preocupación académica por esta categoría. Edward Soja, desde la geografía, vuelve insistir en esta necesidad: “La imaginación histórica nunca es completamente a-espacial y los historiadores sociales críticos han escrito, y continúan escribiendo algunas de las mejores geografías del pasado. Pero es siempre el tiempo y la historia los que proveen las variables fundamentales en estas geografías” [la traducción es propia] (Soja, 1994: 14). Había que restituir el lugar

del espacio respecto del tiempo y para esto resultaba fundamental el desarrollo de un conocimiento práctico y teórico:

... un conocimiento [...] que vea al mundo de la existencia creativamente. Localizado no sólo en la factura de la historia, sino además en la construcción de geografías humanas, la producción social del espacio y transformación de los paisajes geográficos: la existencia social activamente situada en el espacio y el tiempo en una contextualización geográfica e histórica más explícita [la traducción es propia]. (Soja, 1994: 11)

En este fragmento de Soja hay un manifiesto explícito por el equilibrio de las coordenadas. Más aún, como sostiene Carlo Emilio Piazzini Suárez (2006), la cruzada contra “la cronopolítica y cronocentrismo de la modernidad” –la primacía irresoluble del tiempo– llevó a una especie de espacialización radical de la teoría social. A partir de este momento, el tiempo perdió relevancia dentro de los abordajes y esta relativa invisibilización de sus manifestaciones ha dejado un vacío en torno a la cantidad, espesura y complejidad de herramientas teóricas y metodológicas para abordar la temporalidad.

Sin embargo, no todos los efectos de este posicionamiento han ido en detrimento del tiempo. Como sostiene Piazzini Suárez (2006), la restitución de la capacidad de agencia de las formaciones espaciales se empalmó, en muchos casos, con la revisión o la problematización de las categorías del tiempo.

Pensar el tiempo luego de la visibilización crítica de la cronopolítica y el cronocentrismo de la modernidad, más que una operación del restablecimiento del equilibrio entre espacio y tiempo, es la constitución de una nueva mirada, que responda al reto de establecer cómo en(tre) diferentes localizaciones geohistóricas se configura y opera una articulación compleja entre experiencias y conceptualizaciones del tiempo y del espacio. (Piazzini Suárez, 2006: 62)

En esta línea, encuentro, por un lado, que algunos de los planteamientos más fecundos de este “posicionamiento espacial” se han derivado de una fuerte crítica a las principales formas del pensamiento moderno sobre el tiempo, generalmente asociadas con visiones historicistas y evolucionistas, desde las cuales el espacio ha sido considerado un factor secundario al momento de explicar o interpretar los procesos sociales. Por otro lado, el reposicionamiento del espacio implicó también la injerencia del factor temporal para comprender los escenarios.

Como explican Sonia María Vanzella Castellar y Nubia Moreno Lache (2018), la presencia del tiempo en el abordaje de las geografías permitió comprender la variabilidad de los lugares, por ejemplo, a lo largo de las estaciones o en diferentes fracciones del día y la noche. Es decir, aportó nuevas variables para complejizar el estudio de lo espacial. Por último, con este movimiento, han emergido perspectivas que sostienen la importancia

de abordar los “tiempos situados”, esto es, memorias, historias, futuros, ritmos y dinámicas articuladas con las realidades espaciales. Si bien algo marginales bajo la primacía del espacio, estas últimas propuestas fueron, poco a poco, alcanzando visibilidad y atención por parte de los investigadores.

4. El tiempo situado

El tiempo volvió a ponerse en agenda y la antropología logró delimitar una subdisciplina para su estudio. Luego de los movimientos pendulares producidos entre el tiempo y el espacio, la antropología buscó recuperar los aportes clásicos, pero también separarse de algunas formas establecidas sobre cómo explorar y comprender las experiencias temporales. Se inicia, así, otro tiempo para el tiempo.

Alfred Gell (1992) fue uno de los primeros en delimitar el subcampo disciplinar de la antropología del tiempo. En la década del noventa, cuando este autor comenzó a explicitar sus principales ideas, el tiempo ya no constituía una dimensión que debía ser abordada tangencialmente o aquello que permitiría dotar de contexto a las etnografías. Por el contrario, se perfilaba como un objeto específico de la antropología. Además de producir descripciones densas sobre las múltiples formas de representarlo y practicarlo, la antropología debía comenzar a realizar nuevos aportes teóricos, así como delinear herramientas analíticas sobre este fenómeno tan relevante para vida social.

Gell entiende que Émile Durkheim generó algunas confusiones metafísicas sobre el análisis del tiempo porque su posición en el debate fue compleja. Según este autor, Durkheim logró arrebatarse a la filosofía la exclusividad del objeto y, con este movimiento, se posicionó en una suerte de pasaje entre el pensamiento filosófico y antropológico sin terminar de acomodarse. Así, el lugar del tiempo dentro de la perspectiva de Durkheim conservaba “una ambigüedad subterránea” (Munn, 1992: 97). Sin embargo, en esta transición, el sociólogo francés habría deslizado un aporte crucial que sus sucesores retomaron, aunque sin otorgarle el crédito. Se trata de la distinción entre tiempo y temporalidad que Durkheim fue construyendo bajo el análisis de ciertos rituales y que, según Gell, expone el tipo de herramienta teórica que la antropología debería ser capaz de producir.

Gonzalo Iparraguirre reconstruye la genealogía de esta distinción sobre la base de los aportes de distintos antropólogos y la presenta bajo las siguientes ideas:

El tiempo en tanto fenómeno, es intrínseco a todo ser humano; en cambio la temporalidad, además de ser intrínseca a todo ser humano, adquiere un carácter cultural en tanto depende de una experiencia en contexto y por lo tanto conforma una interpretación [...]. Las nociones de tiempo, en tanto conceptualizaciones sobre el fenómeno tiempo, situadas en un contexto socio-histórico, son temporalidades. La distinción es útil a los fines de no reducir el fenómeno (tiempo) a una sola interpretación (temporalidad). (Iparraguirre 2011: 47)

Así, desde este campo que se ha denominado “antropología del tiempo” los investigadores comenzaron a problematizar los modos de percibir, concebir, vivenciar y representar el tiempo, en una multiplicadas de grupos sociales y ante diversos interrogantes. Algunos de estos trabajos exploraron la relación entre temporalidad, memoria y paisaje (Bender, 2002), identidad colectiva (Ramble, 2002) o espiritualidad (Lindenbaum, 2002). También existieron los esfuerzos por conceptualizar, desde la antropología, las aristas de las temporalidades situadas y variables (Gell, 1992; Hughes y Trautmann, 1998; James y Mill, 2005; Munn, 1992; Terradas, 1998).

Esta investigación, como quedará claro más adelante, se construye a partir del análisis de tres tiempos (estacional, cotidiano y futuro), recuperando específicamente las experiencias temporales situadas sobre ellos. Así, si el tiempo puede ser concebido como la forma que asume el devenir, las temporalidades son las expresiones situadas de vivir los tiempos. Teniendo en cuenta esta definición –y los aportes reconstruidos hasta aquí–, la categoría de experiencia se postula como otra de las piezas claves del aparato conceptual de esta tesis.

La experiencia desempeñó un rol protagónico en la renovación de los estudios sociales a mitad del siglo pasado. Si bien diversas tradiciones filosóficas ya habían puntualizado su importancia –en particular, como dimensión constitutiva del individuo–, fue recién durante este período que logró adquirir un lugar preponderante en el abordaje de lo social. En un contexto intelectual en el que las corrientes estructuralistas comenzaban a ser foco de numerosas críticas, la experiencia se posicionó como uno de los conceptos capaces de cuestionar la naturaleza determinada de los lazos sociales. Se trató, en última instancia, de un movimiento interdisciplinar que pretendía rehabilitar la agencia de los sujetos en la producción y reproducción del mundo social.

Esta renovada mirada se oponía a pensar a la sociedad en términos de un sistema que se autorregula y reproduce a sí mismo con prescindencia del accionar creativo de los individuos que la componen. Las estructuras, por sí solas, ya no alcanzaban para explicar ni tampoco permitían comprender la complejidad del mundo social. Como consecuencia,

los sujetos –y con ellos sus prácticas, representaciones, procesos interpretativos, vivencias y conocimientos– fueron colocados en el centro de la escena intelectual (Blanco Esmoris et.al, 2020).

Cada campo disciplinar realizó sus aportes específicos y también desató distintos debates en torno a los modos de caracterizarla, abordarla, definirla y explorarla. ¿Qué era y dónde estaba la experiencia? Sociólogos como Norbert Elias, Pierre Bourdieu o Anthony Giddens, utilizaron la categoría como parte del cuestionamiento dirigido hacia lo que se conoció como el “consenso ortodoxo” establecido por la teoría sistémica de Talcott Parsons durante la década de los cincuenta del siglo pasado (Giddens, 1997). Por un lado, su uso estratégico respondió a la necesidad de dotar de historicidad al pensamiento sociológico, atrapado en un reduccionismo categorial, sistémico y, fundamentalmente, estático durante la primera parte del siglo XX. Pero, por otro lado, la experiencia se postuló como una suerte de material empírico capaz de brindar información sobre los marcos de significación que los sujetos movilizan en sus vidas diarias, así como también de los grandes procesos de transformación social.

La historiografía presentó sus principales contribuciones de la mano de Edward Palmer Thompson quien utilizó la noción de experiencia en un intento por superar la clásica contradicción marxista entre “clase en sí” y “clase para sí”. También fue aquella categoría que le permitió ensayar una respuesta ante la pregunta por la existencia de las clases sociales más allá de los determinantes estructurales u objetivos. Según este autor, la experiencia es una suerte de mediación entre las presiones estructurales de las relaciones de producción y los procesos históricos de formación de las clases. En efecto, sostuvo que los modos en que los sujetos vivencian sus propias condiciones de existencia –es decir, las experiencias– constituyen una variable definitoria en la configuración identitaria de un sujeto colectivo (Thompson, 2012).

Raymond Williams compartió algunos de los postulados de E. P. Thompson, pero también buscó diferenciarse. Involucrado en el debate marxista sobre las tensiones desplegadas entre la estructura y la acción social, este autor utilizó la categoría de experiencia para discutir, al igual que Thompson, las posturas ancladas en un determinismo económico. Williams explicó que durante el siglo XX, la noción de experiencia fue utilizada en dos sentidos bien diferenciados: por un lado, “la experiencia (presente) se propone como el fundamento necesario (inmediato y auténtico) para todo el razonamiento y análisis (subsiguientes)”, por otro lado, la experiencia se entiende como

“el producto de condiciones sociales, sistemas de creencia o sistemas fundamentales de percepción y, por lo tanto, no como material de las verdades sino como evidencia de condiciones o sistemas que por definición ella no puede explicar por sí misma” (Williams, 2003: 140). Disputando esta dualidad, Williams va a hablar de una experiencia social que articula vivencias en un proceso complejo en el que la sociedad ejerce limitaciones y presiones que puede resistirse o no. Al decir de Ramiro Segura:

Para Williams la experiencia y la acción son constituidas en –y, a la vez, constitutivas de– el proceso social total. No son anteriores o exteriores a lo social (es imposible el contacto prístino entre el sujeto y la realidad) pero tampoco son sus efectos ulteriores (que implica reducir a productos dimensiones constitutivas de dicho proceso). No son necesariamente reproductivas o transformadoras, ni ilusorias o verdaderas. Se encuentran configuradas por el proceso social total de determinaciones negativas y positivas, al tiempo que forman parte de su configuración. El modo de experimentar el mundo, de relacionar lo articulado y lo vivido, en fin, esa experiencia social en proceso es precisamente el lugar y el momento en el que las presiones pueden ejercerse o resistirse, las limitaciones encontrarse o superarse, la sociedad reproducirse o transformarse [...]. (Segura, 2008: s/p)

Años más tarde, la historiadora Joan Scott –anclando sus perspectivas en los estudios feministas– problematizó el modo en que los historiadores tendieron a trabajar con la experiencia en tanto fundamento último de cierta identidad cristalizada. En este sentido, reforzó la importancia de aquellos trabajos que se habían propuesto visibilizar la experiencia de grupos hasta entonces marginados por la academia –mujeres, sectores populares, homosexuales, negros, etc.–, pero señaló que esta búsqueda no problematizó lo suficiente el contenido de esa experiencia, así como los procesos de adscripción de estos sectores (Scott, 2001).

“El punto de vista nativo” ya constituía la piedra angular sobre el cual se levantaba el edificio conceptual y analítico de la antropología. Las experiencias, en definitiva, formaban parte de aquello que el antropólogo recogía en campo buscando caracterizar y explicar una variedad de fenómenos sociales. Más aún, en aquel contexto en que la experiencia se visibilizaba y, a la vez, se debatía, la disciplina antropológica se hizo eco de estas discusiones. Así, la experiencia ingresó para cuestionar los modos en que los investigadores accedían a las representaciones y sentidos propios de los grupos humanos analizados, los sistemas de significados con los cuáles se leía ese material y las relaciones de poder que se desplegaban en el marco del encuentro cultural con el otro extraño (Blanco Esmoris et.al, 2020).

Sin dudas, esta reconstrucción es sólo un recorte de los aportes que se realizaron sobre esta categoría tan crucial para el pensamiento social. El posible lector de esta tesis,

encontrará se encontrará, así, con las omisiones, las síntesis y los esquivos. Pero más allá de las derivas generadas por el posicionamiento de la experiencia, me interesa remarcar que la categoría se postuló como una de las herramientas capaces de disputar los sentidos establecidos por las perspectivas “estructuralistas” y “funcionalistas” y, a la vez, revitalizar algunas de las líneas indagatorias desarrolladas por las propuestas de corte subjetivista. Este concepto –entendido como un componente central de la acción de los sujetos en el terreno de lo social– constituyó un intersticio, una suerte de pliegue donde fue posible observar el diálogo entre las dimensiones de lo individual y lo colectivo (Blanco Esmoris et.al, 2020).

Es preciso indicar que esta tesis busca recoger las experiencias del tiempo de actores situados en un contexto espacial, temporal y social específico. Busca, además, problematizar sus variabilidades en función de diversas tensiones, conflictos, cotidianidades, rutinas y acontecimientos. Teniendo en cuenta el derrotero de contribuciones que han tendido a problematizar esta categoría, la experiencia se postula aquí como “los modos de ver, hacer y sentir” (Segura, 2015a: 26). Las experiencias del tiempo, entonces, son las acciones y las representaciones que los sujetos despliegan en un contexto determinado. Las temporalidades están motorizadas por los tiempos del trabajo y del ocio; los tiempos pasados, presentes y futuros; los biográficos y generacionales; los tiempos rápidos y lentos; los tiempos de las movilidades; los tiempos de las actividades cotidianas y de los rituales. En este sentido, como explica Bárbara Bender (2002), no es posible hablar de la existencia de un tiempo. Hay tiempos ceremoniales, tiempos particulares, tiempos excepcionales, pero el tiempo no es una cosa o la otra: diferentes tiempos anidan dentro de cada tiempo y se vinculan entre sí motorizando la emergencia de experiencias temporales diferenciales.

Edward Hall fue uno de los antropólogos que se ha dedicado a explorar, en profundidad, este tipo de experiencias. En *The Silent Language* (Hall, 1959) y *La Dimensión Oculta* (Hall, 2005), analiza, entre otras cuestiones, los modos en que las personas se vinculan sensorial y afectivamente y cómo estas vinculaciones impactan en las formas de concebir y utilizar el tiempo. En estos trabajos, también, problematiza la injerencia de las espacialidades en la articulación de los tiempos. La distinción que realiza entre tiempo monocrónico y tiempo policrónico¹⁰, se inscribe en este sentido.

¹⁰ El tiempo monocrónico, según el autor, es característico de las personas “poco amigas de relacionarse afectivamente” que dividen el tiempo en compartimentos, programan cada cosa para un tiempo específico

Asimismo, Hall avanzó en el análisis de las temporalidades en relación con el cuerpo y las rítmicas. *The Dance of Life: The other Dimension of Time* (Hall, 1983) quizás sea el trabajo que más atención le ha dedicado a este fenómeno. Aquí, el autor establece una relación vital entre el tiempo y la cultura y sostiene que “es imposible separar el tiempo de la cultura [...] el tiempo es un sistema central de la vida cultural, social y personal” [la traducción es propia] (Hall, 1983: 3).

Hall sitúa el problema de la temporalidad en el centro de la génesis cultural, “habla del tiempo como cultura y afirma que las relaciones entre las personas están atadas por invisibles hilos de ritmo y ocultas paredes de tiempo” (Iparraguirre, 2011: 25). En este sentido, sostuvo que para cualquier “extranjero” resulta de vital importancia conocer no sólo la lengua sino también el “lenguaje del tiempo” de cualquier cultura. Además, este autor buscó comprender la interrelación de ritmos, enganches (*entrainment*) y sincronización (*synchronization*) entre grupos sociales. Estos aportes, en última instancia, permitieron conceptualizar los diálogos y relaciones que se extienden entre las rítmicas.

... los procesos de sincronización interaccional o de enganche se establecen entre miembros o grupos de culturas diferentes no solamente cuando los ritmos de estas personas son sincrónicos, sino cuando los interlocutores aceleran o ralentizan simultáneamente sobre el curso de una misma secuencia [...] Una cultura desarrolla ritmos de los cuales una sola generación no podrá percibir nada más que una parte; en estos casos hay personas que no entenderán jamás las sinfonías silenciosas en su completitud. [la traducción es propia] (Hall, 1983: 24)

Hall, a su vez, distingue tipos de espacios en función del análisis de las modalidades de distancia (íntima, personal, social y pública) y las rítmicas culturales que se configuran en torno a estas modalidades. Philippe Descola (2005) incorpora algunas variables interesantes para pensar en la versatilidad de ritmos. En su estudio sobre las prácticas de cacería que desarrollan los Achuar, este autor llama la atención sobre la injerencia de las circunstancias contingentes –producidas por los tiempos ecológicos y culturales– en los ritmos de la caza. Asimismo, observa las diferencias en los ritmos de distintas actividades, del tiempo productivo y el tiempo de ocio, al atender a las diferencias producidas por el género. El antropólogo Víctor Turner también ha desarrollado diversos aportes en torno a la “melodía de la vida”, es decir, las rítmicas culturales. Este autor no sólo determina

y se sienten desorientadas si han de hacer muchas cosas juntas a la vez. Las personas policrónicas, por su parte, “quizá por su fuerte participación afectiva mutua, tienen tendencia a atender a varias operaciones a la vez (Hall, 2005: 212). Hall analiza estas experiencias temporales en distintas ciudades del mundo y explica de qué modo estas ciudades –Nápoles, París, Nueva York, etc.– “pueden” limitar o habilitar su desarrollo.

que los rituales tienen lugar en un espacio/temporal otro, sino que el ritmo de la música y la danza desempeña un rol central de los despliegues rituales (Turner, 1997).

Sin lugar a dudas, las ideas de Henri Lefebvre en torno al “ritmoanálisis” (2007) constituyen otra pieza central del debate en el que esta tesis pretende realizar sus principales aportes. Este autor desarrolla una propuesta teórica y metodológica para abordar aquel cruce –a veces oscurecido– que se produce entre tiempo y espacio. Como es habitual en él, en este texto reúne un conjunto de herramientas analíticas que van desde las teorías musicales y los análisis sobre el cuerpo hasta los estudios urbanos e históricos. Lefebvre explora los ritmos de la calle, de la doma, del mar, de la vida cotidiana mediatizada, de la música y la danza. Cada apartado de este libro invita, en definitiva, a abordar los ritmos que se superponen y se tensionan en cualquier lugar.

Dentro de las nuevas perspectivas sobre el tiempo, se destacan los argumentos de Johannes Fabian (2020) quien, a diferencia de sus contemporáneos, elige situar el análisis del tiempo sobre el propio ejercicio antropológico. Bajo esta consigna, el autor realiza una crítica punzante –sistematizada en *El tiempo y el otro*– sobre los modos en que la disciplina fue construyendo su objeto de estudio –la alteridad– y la injerencia del factor temporal en esa delimitación. Al respecto, sostuvo que la antropología del siglo XIX y principios del XX le negó la contemporaneidad al otro no occidental que emergía en tanto objeto de indagación disciplinar. Esta negación encuentra su fundamento en una operación tempo-espacial que llevaron a cabo los antropólogos: la distancia en el espacio fue concebida como una distancia temporal y, así, vivir en la periferia del mundo occidental se correspondió con la idea de vivir en otro tiempo.

Carol Greenhouse (1996) también se dedicó a discutir las prácticas disciplinares y los modos en que los antropólogos se han enfrentado al problema del tiempo. La autora reconoce que las pioneras investigaciones antropológicas le han otorgado una atención especial a este tema. Sin embargo, como efecto del contexto intelectual que abrazó a estas producciones, el tiempo ha sido destacado como progresivo y lineal, a pesar de la profusión de descripciones etnográficas. Así, Greenhouse se dedica a analizar los trabajos de un conjunto de antropólogos –Leach, Lévi-Strauss, Geertz, entre otros– para evidenciar que en ellos existe una visión teleológica del tiempo que se expresa, en todo caso, en una variación de formas geométricas. Según esta autora, la noción antropológica que indica la existencia de “sociedades sin tiempo” ha sido generada para agrupar –bajo

una lectura sesgada— experiencias sociales del tiempo que no cuadran dentro de las visiones teleológicas del transcurrir.

A su vez, el trabajo de Steffen Dalsgaard y Morten Nielsen (2016) resulta sumamente significativo para el marco conceptual que estoy construyendo ya que, como en los casos anteriores, proponen una reflexión sumamente potente sobre los modos en que los antropólogos generamos diversas tensiones temporales así como perspectivas que permiten leer el encuentro con un otro como un encuentro temporal. En términos específicos, estos autores, por un lado, señalaron el interés analítico y metodológico que presentan los campos antropológicos en tanto fenómenos temporales. Por otro lado, profundizaron en las transformaciones acaecidas en las últimas décadas en torno a la delimitación del trabajo antropológico, indicando una serie de cambios espaciales, pero también temporales que pusieron en cuestión la separación entre campo y hogar del antropólogo.

Por último, es necesario incorporar las contribuciones del antropólogo catalán Eliseu Carbonell (2004). Este autor no sólo realiza un recorrido entre los aportes clásicos y contemporáneos, sino que también muestra cómo desde la antropología del tiempo se han logrado iluminar diversas dimensiones de la vida social. Entre ellas, destaca las siguientes: el impacto del tiempo en la configuración del paisaje, en la constitución de identidades individuales y colectivas o en la configuración de relaciones de poder. Asimismo, repara sobre la distinción entre tiempo y temporalidad. Según Carbonell, si el concepto de tiempo puede ser entendido en el sentido de la física moderna como una cualidad procesual del mundo material, la antropología social emplea el término de temporalidad para designar la manera en que los seres humanos experimentan esta cualidad en distintos contextos socioculturales (Carbonell, 2004: 9).

Todas estas propuestas han generado ecos en nuestras latitudes y, particularmente, en la antropología argentina. Si bien se trata de un campo incipiente y poco articulado en espacios institucionales, los siguientes trabajos han tendido a reflexionar sobre las temporalidades desde perspectivas teóricas y metodológicas distintas, así como también en diversos escenarios: Fernando Balbi (2002), Gonzalo Iparraguirre (2011, 2014, 2016), Adrián Koberwein (2019), Sergio Visacovsky (2017, 2019), Julieta Longo (2015) y Tamara Liponetzky (2018).

Estos primeros apartados han sido escritos con el objetivo de poner en perspectiva a la categoría de tiempo o, en otras palabras, dotar de temporalidad a la concepción

antropológica del tiempo. El recorrido comienza con una aproximación del tiempo algo “esclava” de otros marcos, preguntas y temas de la antropología, para terminar convirtiéndose en un campo de indagación específico. Incluye clásicos y contemporáneos, locales e internacionales, elaboraciones amplias y situadas, propuestas teóricas y metodológicas que han delineado un campo del saber que aún se encuentra en movimiento. Este gran debate funciona como un marco de referencia que problematiza los principales antecedentes analíticos. Como sostiene Pierre Bourdieu, el campo científico debe su especificidad, entre otras cosas, al hecho de que los competidores no podemos darnos por satisfechos sólo por distinguirnos de nuestros antecesores ya reconocidos. Por el contrario, nos vemos obligados –porque así funciona la construcción del pensamiento social– a incluir sus logros dentro de una construcción dialógica, distinta y distintiva (Bourdieu, 1994).

5. El tiempo del turismo

Esta tesis no busca recorrer los senderos del tiempo del universo, del planeta Tierra, de Occidente, del hemisferio sur, ni de una región geográfica en particular. Esa empresa, probablemente, le quede un poco incómoda a la antropología. Busca, por el contrario, recuperar las experiencias temporales que habitan en una ciudad balnearia argentina –Villa Gesell– y comprender de qué manera estas experiencias se vinculan entre ellas habilitando configuraciones espaciales diversas. De este modo, las particularidades del tipo de escenario escogido me empujaron a explorar otras discusiones capaces de nutrir mi perspectiva etnográfica. En particular, aquellas que me han permitido introducirme en los tiempos que interactúan en el campo del turismo.

En esta búsqueda, he podido encontrar que los espacios turísticos en general, así como los balnearios costeros en particular, han sido abordados, principalmente, desde la geografía y los estudios del turismo. Muchos de los trabajos que se han desarrollado desde aquí han analizado la compleja interacción que se despliega entre el territorio y la acción humana en el marco de estos escenarios configurados para recibir turistas. El tiempo, en estrecha relación con el espacio, ha sido una variable que estas perspectivas incorporaron, aunque sus despliegues no han ocupado el centro de las reflexiones.

Por un lado, la geografía física reflexionó sobre la conformación de los suelos (Lúquez, 1987; Marcomini y López, 1995), el uso del recurso natural del paisaje (Benseny, 2006, 2011; Ercolani y Benseny, 2010) y las problemáticas suscitadas por el

avance de las urbanizaciones sobre el medio ambiente (Benseny, 2010; Ordoqui, 2010). Por otro lado, la geografía humana o cultural ha focalizado sus interrogantes en los usos diversos del suelo (Cóccaro, 2009), la intervención y la percepción humana del medio (Dadon, 2005), así como las conformaciones diversas de los paisajes turísticos (Benseny y Padilla, 2014; Benseny, 2015; Dosso y Muñoz, 2011). Se ha conformado así una importante plataforma de estudios que han tomado a las configuraciones turísticas y balnearias como objeto de indagación. Se ha desarrollado, incluso, una rama específica conocida como geografía del turismo (Lozato-Giotart, 1990; Oliveto, 1995), que ha tratado de problematizar la relación entre “el espacio contemplado” y el “espacio consumido” (Urry, 2004). En todas ellas, aunque no de manera directa, el tiempo social del turismo parece tensionar los tiempos de la naturaleza.

A su vez, el turismo, en tanto campo académico, desarrolló importantes aportes en torno a estos escenarios específicos. Si bien las preocupaciones e indagaciones son y han sido diversas, en términos generales podemos sostener que la disciplina ha explorado los siguientes tópicos: el mapa federal de opciones turísticas, las asimetrías observadas entre las opciones, los recursos paisajísticos que involucran las distintas actividades, la dialéctica establecida entre centros, receptores y propulsores de flujos turísticos, la implementación de políticas públicas en torno de esta rama productiva, la potencialidad del turismo como recurso para el desarrollo, los movimientos inmobiliarios y los componentes económicos que se involucran en la actividad.

Las urbanizaciones turísticas localizadas en el territorio litoral –como el caso de la ciudad de Villa Gesell– han ocupado un rol predominante dentro de la producción local. Los trabajos de Juan Carlos Mantero (1997, 2002, 2010), Viviana Juárez y José María Mantobani (2006), Daniela Castellucci y Cristina Varisco (2012), Bernarda Barbini (2011a, 2011b) y Cristina Varisco (2010a, 2010b) son algunos de los que se destacan. Respecto del análisis temporal, es posible sostener que los aportes realizados desde aquí han contribuido a problematizar la cronología histórica y emergencia de los escenarios, los conflictos económicos anudados a la estacionalidad y la tensión entre los ritmos productivos e improductivos que atraviesan al turismo.

Durante un largo período, las ciencias sociales han tendido a relegar el estudio de los escenarios turísticos a la esfera de lo banal y lo anecdótico. Este rechazo fue especialmente agudo en los años en los cuales predominó un estructuralismo –o marxismo– que solo podía ver en el uso del tiempo libre una expresión poco interesante

de procesos que merecían ser estudiados con más esfuerzo, como los relacionados con el mundo del trabajo. Estas ideas explican, quizás, aquella resistencia inicial que experimenté en torno a la potencialidad de la dimensión turística y que explicité con detalle en “Los inicios” de esta tesis. Sin embargo, en las últimas décadas el análisis del tiempo libre llegó a las disciplinas sociales (Pastoriza, 2011). Esta reconfiguración no surgió de manera espontánea, sino que estuvo íntimamente vinculada a la consolidación de la “industria sin chimeneas” como una de las principales actividades económicas del mundo y uno de los *locus* privilegiados para indagar el creciente proceso de globalización y movilidad. Como sostiene John Urry, “El turismo internacional y el turismo interno, en conjunto, suman alrededor del 10% del empleo global y del PBI global. Y este movimiento afecta todos los lugares” (Urry, 2008: s/p).

En este renovado posicionamiento, el trabajo del sociólogo Patrick Champagne (2012) –discípulo de Bourdieu– merece especial atención ya que analiza, desde una perspectiva sociológica, algunos eventos y dinámicas de un conjunto de campesinos franceses que veranean por primera vez en las cercanas playas de Normandía. A su vez, se destacan las apuestas historiográficas; entre ellas, la de John Walton (1983, 2000, 2002) sobre los orígenes y el desenvolvimiento de los escenarios turísticos y la de Louis Turner y John Ash (1991) sobre la genealogía de las distintas facetas por las que ha atravesado el turismo internacional. Para el abordaje aquí propuesto, también resultan antecedentes sumamente productivos los trabajos de Alain Corbin (1993, 2005) acerca de la invención de la playa y las transformaciones de sensibilidades en torno al mar, y los de Jean-Didier Urbain (1994, 2003) sobre la conformación de la playa y las vacaciones residenciales.

Bajo la persecución de otros objetivos, la investigación de John Urry (2004) ha realizado valiosos aportes al analizar los contrastes observados en la mirada del turista bajo distintas sociedades, grupos sociales y períodos históricos. Los relatos de Marc Auge –compilados en su trabajo *El viaje imposible: El turismo y sus imágenes* (1998)– también se distinguen como pioneros en el abordaje etnográfico de un conjunto de escenarios destinados al ocio y el divertimento. Dinesylandia, una exclusiva playa francesa, un ficticio parque tropical montado en Europa, la campiña, París y algunos castillos son los escenarios que este etnólogo recorre para sentenciar la necesidad de volver a viajar, prescindiendo de la tentación del turismo. Las prácticas y los imaginarios del turismo, según este autor, son “responsables de la ficcionalización del mundo [...] son las

responsables de convertir a unos en espectadores y otros en espectáculo” (Augé, 2008: 16).

Todas estas investigaciones instalaron, desde la reflexividad social, una serie de interrogantes analíticos y posibles abordajes de los espacios turísticos y las prácticas –culturales, espaciales, temporales y económicas– que allí se despliegan. También arremetieron contra las supuestas bondades de la “industria sin chimeneas”, mostrando, en cada caso, los reverses del fenómeno.

La preocupación social por el turismo y las vacaciones logró hacer mella en las agendas locales promoviendo, también, el desarrollo de una cantidad de estudios. Muchas de estas apuestas han hecho hincapié en las ciudades o pueblos balnearios y han reflexionado, entre otras cuestiones, sobre el nacimiento de los espacios, su masificación, el proceso de democratización del ocio, las oportunidades económicas vinculadas a este sector, y el desarrollo, el crecimiento y la desigualdad social que los atraviesa. Dentro de estos aportes, destaco la relevancia de los trabajos de Elisa Pastoriza (2002, 2008, 2009, 2011), Pastoriza y Juan Carlos Torre (2019), Melina Piglia (2011, 2012, 2014), Claudia Troncoso y Carla Lois (2005), Troncoso y Analía Almirón (2005) y Perla Bruno (2019).

Los investigadores argentinos, en una primera instancia, empezaron a analizar, desde un abordaje historiográfico, las transformaciones sociales que impulsaron el acceso a un tiempo de ocio, la emergencia de diversos escenarios para practicar ese tiempo y los desplazamientos espaciales por el territorio nacional en busca de ellos. Una vez saldada la explicación histórica del fenómeno local, emergieron otros estudios, más recientes, que fueron tratando de colocar un conjunto de interrogantes en diversos programas de investigación: ¿Qué destinos son los más demandados? ¿Cómo se organiza una movilidad de distancia ocasional? ¿Qué hacen las personas con su tiempo libre? ¿Qué ofrecen los espacios turísticos? ¿Cómo se construyeron? ¿Qué recursos explotan? ¿Cómo se habitan cuando los turistas están y cuando se van? ¿Cuál es la relación entre residentes y viajeros? ¿Qué dificultades y bondades económicas trae aparejado el turismo?

Desde otro ángulo, la antropología del turismo ha desempeñado un rol fundamental en los modos de concebir la complejidad del universo turístico. En 1981 Dennison Nash inauguraba en la revista *Current Anthropology* el debate sobre la pertinencia del turismo como objeto de estudio para la antropología cultural. Si bien se han desatado diversas controversias respecto del cruce entre la antropología y el turismo, lo cierto es que actualmente existe cierta consolidación de este campo de estudio en el

ámbito de la disciplina, en universidades y centros de investigación latinoamericanos, estadounidenses y centroeuropeos (Barreto y Otamendi, 2015).

En términos generales, desde aquí se han abordado cuatro dimensiones: las movilidades involucradas en el turismo, la interacción entre residentes y turistas, la puesta en valor de los patrimonios locales (paisajísticos y culturales) y las configuraciones productivas de estos escenarios atendiendo a las limitaciones que se presentan para su desarrollo (Nash, 1996). Asimismo, la antropología –más allá de estudiar problemáticas similares a las que han analizado otras disciplinas sociales– ha reflexionado ampliamente sobre los desafíos que presentan las etnografías turísticas en tanto formas específicas de análisis. Los trabajos de Valene Smith (1977), Dennison Nash (1996), Vasiliki Galani-Moustafi (2000), Ana María Dupey (2000), Margarita Barreto y Alejandro Otamendi (2015), Antonio Miguel Nogués-Pedregal (2015), entre otros, se presentan como recursos productivos para la investigación que llevé adelante. La antropología del turismo, en definitiva, ha sabido penetrar en las prácticas recreativas de los sujetos, en los deseos e imaginarios de los turistas y, fundamentalmente, en la espacialización del fenómeno.

En cuanto al desarrollo argentino, se trata de un campo relativamente reciente que comenzó a generar sus primeras discusiones en la década del noventa. Como explican Barreto y Otamendi, el turismo se presentó como un objeto desechable dentro de la cultura de los antropólogos, quizás porque el turista es considerado como un “personaje con un *ethos* al que se le adjudica una jerarquía inferior al etnógrafo o al viajero, o porque simultáneamente el turismo es considerado una actividad superficial, moderna e impropia de la investigación etnográfica” (Barreto y Otamendi, 2015: 284).

A pesar de estas primeras disposiciones, en el campo local se han ido produciendo distintos aportes antropológicos que han problematizado la relación entre el turismo y la autenticidad (Dupey, 1995 y 1998), los factores simbólicos que atraviesan a la actividad turística (Flores, 2013), las explotaciones turísticas y los conflictos interétnicos (Valverde, 2005); los patrimonios (Rotman, 2004) y las prácticas discursivas del turismo en la creación de imágenes “del placer” (Otamendi, 2010).

Otros trabajos que no se han enmarcado, específicamente, en lo que se conoce como la antropología del turismo, han realizado grandes aportes etnográficos para problematizar las espacialidades de los territorios costeros. Entre ellos, destaco,

particularmente los siguientes: la investigación de María Carman y Victoria González Carman (2016) sobre las relaciones humano-animal de un grupo de pescadores artesanales que habitan y trabajan en la costa atlántica bonaerense; el trabajo Leticia D'Ambrosio Camarero (2017, 2018) que explora una multiplicidad de experiencias perceptivas y prácticas en torno a lo que denomina las “maritimidades”; y las contribuciones realizadas en el marco de la antropología marítima (Rispoli, 2006; Rubio-Ardanaz, 1994).

Este recorrido recoge textos y conceptos de diversa procedencia que me permitieron elaborar la pregunta de investigación. También han hecho eco en mi trabajo de campo orientando, en muchos casos, los ejercicios indagatorios. La antropología del tiempo –entre clásicos y contemporáneos– me ayudó a definir aquellos tiempos y temporalidades que estructurarían la propuesta central de mi investigación. Los estudios sobre la ciudad turística –los geográficos, los turísticos, historiográficos y sociológicos– me han servido para conocer en profundidad los conceptos expertos y legos que explican las geografías, las economías y las dinámicas sociales anudadas a estas actividades y sus entornos. La antropología del turismo, finalmente, instaló la pregunta por la alteridad: ¿cómo se configura esa relación bajo este fenómeno?, ¿quiénes son los otros y quiénes constituyen el nosotros?, ¿qué características tienen? y, fundamentalmente, ¿cómo producir la experiencia de lo extraño en un marco de lo conocido? Fue así que concebí la posibilidad de realizar una etnografía sobre las temporalidades que surcan un balneario bonaerense. Sin embargo, para terminar de armar este rompecabezas, en el que cada discusión asumió un papel definitorio, me faltaba la pieza maestra: una figura epistemológica que me permitiera hacer dialogar una variedad de temporalidades y reconstruir las huellas que deja el tiempo.

6. Los senderos del tiempo

La categoría de palimpsesto (Capel, 2002; Gorelik, 2004) es utilizada para referir al espacio –y específicamente a las ciudades– en tanto manuscritos que todavía conservan huellas de una escritura anterior en la misma superficie. La ciudad, bajo esta figuración, aparece como un cúmulo de imágenes y prácticas que se constituyen en una serie de capas geológicas superpuestas. Estas capas condensan una articulación entre acumulaciones y sustituciones, itinerarios prósperos y truncanos, proyectos y contraproyectos, así como disputas por delimitar la identidad y la forma del espacio. Quienes piensan que la ciudad

conserva en su superficie las marcas del tiempo invitan a mirar los escenarios buscando aquellas huellas que la materialidad actual conserva. Como bien explica Adrián Gorelik (2011), la ciudad es el mejor espacio para observar que la vida avanza a través de demoliciones y reemplazos.

Me pregunté, entonces, si el palimpsesto podía funcionar como aquella categoría epistemológica que me permitiera abordar la interacción, superposición e imbricación entre diversos tiempos. Es decir, si efectivamente ella representaba la pieza maestra que le faltaba al rompecabezas. No obstante, en este ejercicio reflexivo, encontré que la categoría de palimpsesto –aunque valiosa– pone el acento en la coordenada espacial. A su vez, esta propuesta reconoce la interacción entre el espacio y la temporalidad cronológica o histórica, pero olvida el rol que tienen otras experiencias temporales en la configuración espacial. Finalmente, si tomaba la categoría de palimpsesto y ponía el acento en la coordenada del tiempo –algo así como un palimpsesto temporal–, era probable que como, sugiere Walter Benjamin (2008), me hubiese visto enfrentada a una narrativa acumulativa o aditiva en la que la voz de cada capa del palimpsesto del tiempo fuese acallada por la siguiente capa.

Fue así que emprendí una búsqueda deliberada a través de distintas figuras capaces de condensar la multiplicidad de temporalidades y los mecanismos –superposición, relación, tensión– que se despliegan en un escenario. La primera de ellas resultó ser la de “polifonía”, es decir, la simultaneidad de sonidos diversos que constituyen la armonía. Una composición polifónica consta de distintas melodías básicas y ritmos que conforman una textura musical unificada. Cada expresión musical –sostenida por una voz o un instrumento– ingresa en un diálogo más o menos armónico con otras expresiones del mismo tipo.

Aplicar este concepto –proveniente de la teoría musical– al campo de lo social y, en particular, de lo temporal, me permitiría –pensaba– abordar las temporalidades como distintas expresiones melódicas y rítmicas que componen un diálogo identificable. El lingüista ruso Mijail Bajtín, de hecho, tomó este concepto y lo trasladó al campo de la teoría literaria para sostener que la polifonía constituye la máxima expresión del diálogo. Desde la perspectiva de este autor, en una novela conviven distintos puntos de vista que son movilizados por las voces de cada uno de los personajes. Al profundizar en este entramado, el lector accedería a la relación dialógica que se produce entre diversas cosmovisiones. La polifonía narrativa, según Bajtín (1995: 276), es la “recreación

artística de la naturaleza polifónica de la propia vida”. Esta propuesta, en consecuencia, podría acercarme a un análisis de las temporalidades como expresiones de diversas subjetividades.

Otra de las categorías analizadas fue la de “heteroglosia”, delineada también por el lingüista ruso. Desplazado hacia al campo de la teoría lingüista, con este término el autor buscó explorar algunos de los enigmas y funciones sociales del lenguaje. La heteroglosia refiere a la coexistencia, ya no de distintas voces, sino de distintos tipos de discursos y a la multiplicidad de formas en que el lenguaje es utilizado o apropiado en distintos contextos de la vida social.

Para Bajtín el sujeto aprende a comunicarse verbalmente en situaciones concretas en la medida en que se apropia y adapta a su intención lo que otros han dicho a lo largo del tiempo en distintas situaciones sociales. Bajo esta propuesta, “el hablante no va a buscar las palabras al diccionario antes de hablar; el hablante va a buscar las palabras a la boca de los demás, donde existían ya en otros contextos y con otras intenciones” (Festa, 2016: 19). A través de este concepto, podría haber presentado a las temporalidades –al igual que los enunciados– como la condensación de los ecos de distintos sujetos sociales involucrados en diversos espacios, tiempos y culturas. Aún más, este concepto me hubiese permitido abordar la relación de fuerzas que atraviesan a las temporalidades ya que los enunciados, para Bajtín, son una suerte de campo de batalla simbólica en el que las fuerzas homogeneizantes y las centrífugas empujan hacia la creación de lo diverso y lo múltiple.

Si bien esta última categoría reunía muchas de las condiciones referenciales, aún me faltaba encontrar un anclaje material. Más precisamente, precisaba dar con una categoría epistemológica que –además del diálogo, la relación de fuerzas y la intersubjetividad contenida en la temporalidad– pudiese referir a la espacialidad del tiempo. En definitiva, me proponía usar al tiempo como una variable capaz de explicar algunas dinámicas espaciales. Puse a prueba, también, la noción de Clifford Geertz (2003) de “intertextualidad”, aquella expresión que el antropólogo utiliza para remitir a la relación entre culturas. Sin embargo, aquí también me topé con el mismo problema.

Fue así que –después de volver a leer uno de los cuentos más emblemáticos de la literatura argentina– llegué a la noción de senderos. Jorge Luis Borges escribió “El jardín de los senderos que se bifurcan” en 1941, un cuento que, a simple vista, parece incluirse dentro del género policial. A continuación repongo, en términos amplios, las principales

líneas del argumento para explicitar de qué manera esta narrativa logró completar mi rompecabezas.

Yu Tsun, el protagonista de este cuento, es un espía chino que opera bajo las órdenes del Imperio alemán en el contexto de la Primera Guerra Mundial. El relato comienza con una situación que podríamos denominar tensa: el espía advierte que finalmente ha sido descubierto por su rival –el capitán irlandés Richard Madden– y este descubrimiento postula a su muerte como un destino inminente. El evento desencadena un viaje. El protagonista tiene que huir de su captor, pero sobre todo debe concluir una misión: Yu Tsun tiene que informar en Berlín el sitio estratégico en el que podían producir un ataque y adelantarse a los movimientos de sus contrincantes. Hay un secreto, un móvil y una persecución que empujan el entramado narrativo de esta primera parte.

Yu Tsun baja en la estación de Ashgrove y, luego de una caminata por un paisaje despejado, arriba a destino: una casa donde es recibido por Stephen Albert. Llamativamente, este último hombre no sólo habla el idioma natal de Yu Tsun, sino que parece estar al tanto de su llegada y lo invita, sin titubear, a conocer el jardín de los senderos que se bifurcan. Hasta aquí el lector sigue el argumento con algunos sobresaltos y contratiempos que el propio autor va introduciendo, intencionalmente, en la trama.

Ese jardín había sido creado por Ts'ui Pên, para sorpresa del lector, un antepasado de Yu Tsun. A partir de aquí, el cuento avanza mediante una serie de diálogos que el espía chino sostiene con Stephen Albert en una sala de esta casa misteriosa. Estos intercambios giran en torno a los proyectos de Ts'ui Pên y van postulando diversos puntos de vista para resolver un enigma que había instalado este hombre tras su muerte. De pronto Yu Tsun visualiza a Madden en el jardín y, sin razón aparente, decide fusilar a Albert, su anfitrión. Minutos después, el protagonista es arrestado por su captor y luego condenado a la horca. Sin embargo, su misión ha sido cumplida. La razón del disparo a Albert era la señal que Yu Tsun intentaba enviar a los suyos: Albert era el secreto nombre de la ciudad que debían atacar.

Más allá de las múltiples interpretaciones sobre este cuento, me interesa detenerme en aquellos diálogos, entre Stephen Albert y Yu Tsun, en donde el relato de Borges deja de pertenecer al género policial para inscribirse –como tantos otros cuentos de este autor– en un debate epistemológico sobre el tiempo. Estas discusiones, como ya mencioné, se focalizan en los proyectos a los cuales Ts'ui Pên le habría dedicado su vida: una novela interminable, un tanto caótica, en la que el argumento parecía no portar una

estructura lógica y un laberinto que, a pesar de haberse buscado, nunca lograron hallar. Los protagonistas, mediante el intercambio de ideas y la lectura de algunas cartas, descubren el enigma: por un lado, la novela constituía en sí misma ese laberinto –por eso el caos temporal en la sucesión de hechos–, y, por otro, se presentaba como una enorme adivinanza, o parábola, cuyo tema central era el tiempo.

Así, Stephen Albert le explica a Yu Tsun que la novela –*El jardín de los senderos que se bifurcan*– contiene una perspectiva peculiar del tiempo que desestructura las definiciones exactas:

A diferencia de Newton y de Schopenhauer, su antepasado no creía en un tiempo uniforme, absoluto. Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca *todas* las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos. (Borges, 1974: 85)

El tiempo es considerado aquí como un laberinto sinuoso de estructura ramificada que permite la convivencia de todas las posibilidades ante un evento. Esta es la clave para entender la novela de Ts'ui Pên, el cuento del propio Borges y también el abordaje que le daré al tiempo en esta tesis. Los senderos “se aproximan, se bifurcan, se cortan o secularmente se ignoran” y, a diferencia de las otras categorías, referencian a una huella capaz de ser perseguida, es decir, implican el trazo en el espacio.

Para terminar de definir el abordaje de los senderos del tiempo, fueron claves algunas de las ideas de Tim Ingold sobre la preponderancia de las líneas en las actividades y representaciones humanas. Según este autor, los sujetos –o caminantes– en sus deambulaciones dibujan una marca en forma de rastros, senderos y huellas. Por lo tanto, afirman su presencia en la tierra con la creciente suma de sus senderos. Los senderos, entrelazados, configuran una malla: “La clave [...] está en el reconocimiento de que las líneas de la malla no están conectadas. Ellas son los senderos a lo largo de los cuales la vida es vivida. Y es en las ataduras entre las líneas, no en la conexión de los puntos, en que la malla se constituye” (Ingold, 2015a: 19). Los senderos pueden abrirse en distintas dimensiones y, sin dudas, el tiempo se presenta como una de las bases de estas aperturas.

A partir de la imaginación literaria y los aportes antropológicos de Tim Ingold, llegué a asumir esta categoría como propia. Me convencí de que esta tesis perseguiría, en efecto, los senderos del tiempo. Desde esta propuesta, convoqué a los caminantes, pregunté por los materiales de sus senderos, los recorrí junto a ellos, tomé distancias,

caminé hacia atrás y hacia adelante, me paré a contemplar distintos puntos de las líneas, reconocí sus ritmos rápidos y lentos, sus bifurcaciones, superposiciones y convivencias. Esta categoría, esta última pieza de mi rompecabezas, me ayudó a posicionar mi propia voz en el debate sobre el tiempo. Los senderos, en última instancia, me permitían pensar en lo múltiple, lo diverso y lo que coexiste en tensión o en armonía. Me permitían, también, pensar en la marca que dejan y en lo que atraviesan. En este punto, es importante mencionar que el tiempo y las temporalidades no sólo serán cualificadas, descriptas bajo un formato denso y profuso, sino que también serán claves interpretativas de otros fenómenos sociales que ocurren en el escenario en el cual llevé adelante esta investigación.

El recorrido por aquellas categorías que dieron forma a mi rompecabezas termina aquí, pero como se trata de una tesis etnográfica es preciso avanzar en otros elementos constitutivos de la propuesta: las técnicas de recolección de datos, la metodología a través de la cual organicé mi investigación y el caso de estudio que me permitió problematizar de qué manera conviven, habitan, se tensionan y se disputan las temporalidades.

7. Construcción del objeto de estudio

Como sostuve en “Los inicios”, la pregunta de investigación que guía esta tesis fue elaborada en el curso de un trabajo de campo que ya venía desarrollando hacía algunos años en la ciudad de Villa Gesell: una ciudad turística y balnearia ubicada sobre el litoral atlántico de la Provincia de Buenos Aires (ver Figura I). Esta pregunta, a su vez, fue construida en el marco de un proyecto más amplio que involucró los aportes de otros investigadores sociales que venían explorando distintas aristas de esta ciudad balnearia (Noel, 2020; Fischer, 2019, 2020).

Ahora bien, el lector deberá preguntarse, y con sentido, por qué esta ciudad podría presentarse como un caso de estudio productivo para llevar a cabo una investigación que se interroga por el tiempo, las temporalidades y sus huellas espaciales. Para responder a esta inquietud, comenzaré por poner en perspectiva al caso de estudio; es decir, por presentar un recorrido genealógico que permita comprender el contexto –social, histórico, político y económico– bajo el cual se ejecuta la emergencia de este balneario. Luego estaré en condiciones de presentarles las principales características de Villa Gesell y las razones por las cuales esta ciudad expone sus senderos temporales e invita a otros caminantes a explorar sus tensiones, convivencias, superposiciones y bifurcaciones.

7.1. Los balnearios argentinos en perspectiva

La costa bonaerense argentina ha sido, hasta entrado el siglo XIX, un escenario marcado por la presencia de dos inmensidades: la pampa y el mar. Soledades, monotonías y un lejano horizonte unía la llanura con el océano y conformaba la fisonomía litoral bonaerense desde la bahía de Samborombón hasta el sur de Necochea (Pastoriza, 2002, 2011; Noel, 2016a; Abrantes, 2018). Para esa época, las riberas atlánticas eran zonas habitadas por algunos pobladores dispersos, ya que no ofrecían grandes oportunidades para el desarrollo. Sin embargo, una serie de movimientos estatales, junto a los ecos playeros que resonaban desde el viejo continente, lograron iniciar un conjunto de transformaciones espaciales que desembocaron en la configuración del corredor atlántico bonaerense.

El desarrollo de este corredor presenta varias temporalidades. Las ciudades que lo constituyen fueron emergiendo bajo distintos contextos históricos, así como a partir de diversas intenciones y propuestas sobre qué hacer en estos territorios de complejos dunatarios que desembocaban en playas llanas al océano. José Dadon (2011) explica que, de acuerdo con la Ley de Ejidos de 1870, la elección de sitios para la fundación de pueblos debía tener en cuenta la adyacencia de caminos, vías férreas, ciudades y, excepcionalmente, puertos. El litoral atlántico carecía de esas condiciones y tampoco presentaba aptitudes para la agricultura o la ganadería. Por estas razones, los territorios costeros, mayormente bajos y medanosos, fueron considerados durante mucho tiempo como peligrosos para la navegación, improductivos, inhabitables y carentes de valor, más aún cuando se los comparaba con los fértiles campos linderos (Noel, 2016a).

Hacia finales de ese mismo siglo, la legislatura provincial bonaerense comenzó a cimentar la necesidad de fundar pueblos y delimitar partidos en esta zona desatendida. En este contexto surgieron los primeros pueblos costeros situados en el sudeste de la Provincia de Buenos Aires: Mar del Plata, Miramar y Necochea. Elisa Pastoriza (2011) señala que la fundación de Mar del Plata logró instalar en el imaginario colectivo la valorización de estos espacios. Asimismo, según la autora, la consolidación de la “Perla del Atlántico” fue capaz de motorizar todo un ciclo fundacional de pueblos balnearios que fueron constituyendo y modelando poco a poco el frente urbano costero de la Provincia de Buenos Aires.

Hacia principios del siglo XX, el gobierno de la Provincia de Buenos Aires impulsó otra política de gran impacto sobre este frente costero. Como parte de una serie de

medidas destinadas al saneamiento fiscal y el ordenamiento administrativo, se promovió un procedimiento de actualización catastral de los predios rurales del interior provincial. Este movimiento dio por resultado un sobrante fiscal de tierras que fueron puestas a la venta y adquiridas por diversos inversionistas que, en un primer momento, no supieron de qué manera explotarlas. Eran cordones arenosos y áridos, improductivos y estériles, plantados a espaldas de las fértiles tierras ganaderas de la pampa húmeda. De todas formas, y a pesar de estas limitaciones, un grupo de pioneros se animaron a “domar” las intempestivas dificultades que proponía la arena y fundaron una serie de nuevos poblados costeros que, con el tiempo, lograron convertirse en asentamientos turísticos: Villa Gesell, Pinamar y los balnearios ubicados en el norte bonaerense, en el actual partido de la Costa (Noel, 2016a; Abrantes, 2018).

Ambas iniciativas posibilitaron la aparición de una nueva cultura del ocio y el tiempo libre, que fue desarrollándose en torno a tres elementos centrales: el mar, la arena y el sol. Los primeros “veraneantes” –claro está que el paisaje invitaba a ser “utilizado” en temporada estival– que comenzaron a hacer uso de los incipientes balnearios ejercieron el hábito de la contemplación ante una escenificación desconocida. Todavía el baño de mar no despertaba tanta atracción como el goce del paisaje (Pastoriza, 2011). Además, los primeros balnearios argentinos funcionarían, específicamente, como una suerte de escenario en donde los sectores altos de la sociedad podrían desplegar el espectáculo del buen vivir¹¹.

El descubrimiento del agua como elemento hedonístico inició una serie de desplazamientos corporales que fueron desplegándose en un sentido “evolutivo”: desde breves acercamientos al agua y luego pequeños baños de “refresco”, hasta alcanzar la zambullida (Corbin, 1993; Pastoriza y Torre, 2019). Así, el agua comenzó a motivar la realización de diversas actividades –nadar, flotar, remar, bucear, entre otras– que practicaban los visitantes de temporada. La arena también desempeñó un papel protagónico, ya que representaba un terreno novedoso para los visitantes: cálido,

¹¹ En un fragmento del diario argentino *El Censor* se puede leer el siguiente argumento: “Se entiende que nadie va a Mar del Plata para disfrutar del mar, para admirar los cambiantes juegos de las olas sobre las rocas, la magia de los crepúsculos o de los claros de luna, porque todo el día, con una sinceridad que desarma, las gentes vuelven la espalda al océano, y no tienen ojos más que para los paseantes. Se va a Mar del Plata a lucirse, a lucir su fortuna, a divertirse a las muchachas, y a armar las primeras intrigas que se resolverán en los noviazgos de invierno. Las familias de las provincias intentan mezclarse con las de la capital y hacerse relaciones; las niñas de “tierra adentro” que anhelan lanzarse, no tienen bastante con un mes para exhibir todo su guardarropa” (*El Censor* 4 de febrero de 1889, en Pastoriza, 2011).

moldeable y plano. Pero la actividad que terminó de marcar a fuego el nacimiento de una “cultura playera” fue “el arte de tomar sol”, actividad que acompañaba esa actitud pasiva y contemplativa que asumían los visitantes en esta época.

Las prácticas que podían observarse en los primeros pueblos balnearios argentinos fueron desplegadas a imagen y semejanza de las que se llevaban a cabo en los balnearios europeos creados algunas décadas antes (Pastoriza, 2011). No sólo fueron “importadas” las actividades de mar, sol y arena, sino que también el espacio fue “diseñado” bajo los mismos cánones: la playa, la rambla, el hotel y el casino fueron algunos de los elementos nodales del desarrollo urbano de estos escenarios locales.

Los años treinta trajeron la expansión de la red de caminos y la consolidación del ferrocarril hacia los destinos turísticos. Melina Piglia (2008, 2011) explica que en esta década las acciones estatales volcadas al desarrollo de ese sector se concentraron en una serie de obras públicas destinadas a dotar de caminos, equipamiento y atractivos turísticos a diversos lugares. Detrás de muchas de estas intervenciones, había una confianza en que casi cualquier espacio podía convertirse en un lugar turístico si contaba con los accesos (viales o ferroviarios), la hotelería y algún interés natural, histórico o patriótico. Sin embargo, si bien el Estado comenzó a intervenir tempranamente en la configuración del mapa turístico nacional, la democratización del ocio tardaría algún tiempo más en llegar.

Los destinos costeros fueron, durante varias décadas, propiedad exclusiva de las clases altas –la oligarquía terrateniente, la alta jerarquía militar y la naciente burguesía– para luego extenderse a las clases medias porteñas. Algunos investigadores (Hernández, 2009, 2020; Mantobani, 2000, 2004; Pastoriza, 2011; Piglia, 2008) coinciden en destacar que estas playas exclusivas se volvieron balnearios “democráticos” y populares a partir de la década de 1940, específicamente con la obtención y el reconocimiento del derecho a las vacaciones y el descanso estipulado en la Declaración de los Derechos del Trabajador. En este sentido, bajo el primer gobierno peronista (1946-1952)¹², las

¹² Las vacaciones pagas se incluyeron en un proceso más amplio de democratización del bienestar que se basó en fomentar el consumo de las clases medias y populares hacia una pluralidad de ofertas recreacionales. En lo que hace al turismo, el Estado, en articulación con los sindicatos, implementó toda una serie de políticas públicas que pudieran garantizar el proclamado acceso al descanso: tarifas sociales en los transportes, paquetes turísticos, excursiones populares, descuentos, fomento a la construcción de hoteles sindicales, creación de las colonias vacacionales para los hijos de los obreros, la puesta en marcha de los complejos turísticos de la Fundación Eva Perón (Chapadmalal, Embalse Río III y Mendoza), entre otras. Es importante señalar que, recuperando los planteos de Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre (2019), en este contexto hubo un direccionamiento de un conjunto de beneficios hacia los trabajadores como clase

articulaciones entre empleadores y sus organizaciones, los sindicatos y los poderes públicos impulsaron el acceso de las clases medias y trabajadoras a las vacaciones, iniciando un proceso de masificación del turismo.

Además de los Parques Nacionales –símbolos emblemáticos de las primeras políticas turísticas movilizadas bajo el lema “conocer la patria es un deber”–, Juan Domingo Perón prometió “mares y montes de maravilla a sus descamisados” (Scarzanella, 1998: 75). De este modo, la posibilidad de pasar unos días junto al mar fue incorporada al programa reivindicativo del justicialismo y promovida mediante tres líneas específicas: el impulso provincial y municipal, los sindicatos y la fundación Eva Perón (Scarzanella, 1998). La ya consolidada “Perla del Atlántico” y la recientemente proclamada “Atlántida Argentina”¹³ se constituyeron rápidamente en destinos muy demandados por la clase trabajadora argentina.

Domingo Mercante, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires entre 1946 y 1952, ocupó un lugar destacado en la promoción masiva de los destinos de sol y playa. Convencido de que el Estado tenía que poner al alcance de los trabajadores los medios que pudiesen garantizar el derecho al descanso, implementó diversas medidas provinciales que fueron cruciales para el desarrollo del corredor atlántico: desarrolló una gran cantidad de obras públicas destinadas a mejorar el acceso a los destinos, expropió en la ciudad de Mar del Plata (Playa de los Ingleses) 24 chalets para el uso de los sindicatos, instaló numerosos Clubes de Turismo Social en lugares de veraneo, sancionó la Ley provincial 5254 de promoción al turismo, organizó el primer Congreso Obrero de Turismo Social celebrado en diciembre de 1948 y fue el creador de la famosa consigna “Usted se paga el viaje, la provincia el hospedaje”. Como cualquier ciudadano, los trabajadores –sostenía Mercante– tenían que poder disfrutar “del descanso, del sosiego y de la belleza de las playas argentinas” y era el Estado el responsable de asegurar las condiciones (discurso de Mercante en el Congreso, 1948, en Scarzanella, 1998).

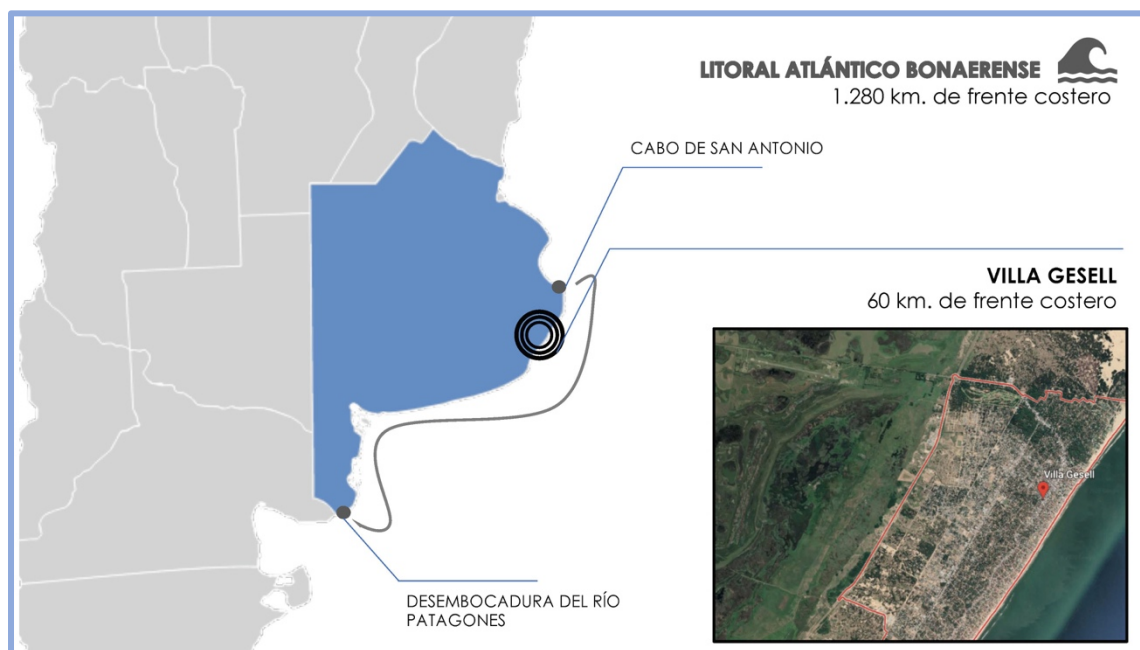
social, bajo la convicción de que las instituciones y empresas turísticas, entidades culturales o clubes de turismo social podían operar como centros de formación de la cultura obrera y popular.

¹³ En diciembre de 1948, en una conferencia convocada por la Dirección de Turismo y Parques Nacionales, se acordó denominar como “Atlántida Argentina” al conjunto de los siguientes balnearios: San Clemente del Tuyú, El Tala, Las Toninas, Santa Teresita, Mar del Tuyú, La Lucila, Costa Azul, Playa Grande, San Bernardo, Mar de Ajó, Pinamar, Ostende, Villa Gesell, Mar Azul y Mar Chiquita (Folleto Turístico de Mar de Ajó, 1951).

Poco a poco, los balnearios bonaerenses se convirtieron en espacios en donde fue posible hallar una gran heterogeneidad social, que sumada al establecimiento progresivo de habitantes permanentes logró transformar a muchos de estos escenarios en verdaderas ciudades balnearias. Aun así, y pese a su gran crecimiento y consolidación, estas ciudades se han visto interpeladas, de manera muy particular, por el fenómeno del turismo y la estacionalidad, es decir, por la concentración de la actividad turística en ciertos períodos que se identifican como la temporada. El turismo estival ha tendido a moldear las formas y tramas urbanas de estas ciudades, el tamaño de sus poblaciones, los movimientos en las tasas de empleo y desempleo, el desarrollo inmobiliario, así como la implementación de políticas públicas de diversa procedencia.

7.2. El caso etnográfico

Villa Gesell es una ciudad balnearia emplazada sobre el litoral atlántico de la Provincia de Buenos Aires y ubicada a tan sólo 350 kilómetros de la capital del país. Se trata de una ciudad de forma lineal –como muchas de su especie– que se ha levantado sobre un frente costero de 60 kilómetros (ver Figura I). Este frente fue urbanizado mediante el desarrollo de cuatro localidades –Villa Gesell, Mar de las Pampas, Mar Azul y Las gaviotas– y conserva una extensión de costa medanosa sin intervenir que es protegida bajo la figura de una reserva natural municipal. En la actualidad, en Villa Gesell viven cerca de 40.000 habitantes de forma permanente y, durante los meses de la temporada alta, a ella llegan más de un millón y medio de turistas.

Figura I: Ubicación de Villa Gesell

Fuente: elaboración propia en base a imágenes de *Googlemaps*.

Según las fuentes historiográficas locales, fue fundada el 14 de diciembre de 1931 por Carlos Idaho Gesell –hijo de inmigrantes alemanes– bajo el contexto y la promoción de la segunda ola fundacional del corredor atlántico bonaerense. Al igual que otros municipios de este tipo, Villa Gesell ha sido diseñada como una villa balnearia que, desde sus orígenes, ha explotado sus cualidades paisajísticas (mar, sol, playa y bosque) en el marco de la industria turística nacional. Al momento de su fundación, Mar del Plata ya se había consagrado y las prácticas del veraneo estaban lo suficientemente extendidas entre los turistas argentinos. Sin embargo, eran las clases altas quienes, en principio, accedían a este tipo de actividad recreativa.

En la década de 1940, con el proceso de democratización del bienestar (Pastoriza y Torre, 2019), los balnearios bonaerenses comenzaron a masificarse. No obstante, durante más de treinta años Villa Gesell se mantuvo como una pequeña villa de veraneo con escasos habitantes y una propuesta turística más anclada en la naturaleza, la rusticidad y la tranquilidad.

En la década del setenta –a partir de una serie de acontecimientos que serán problematizados en el próximo capítulo– Villa Gesell comenzó a subir puestos dentro del ranking de opciones turísticas y se consagró como el segundo destino litoral del país. Como consecuencia de este fenómeno, el proceso de urbanización alcanzó ritmos

vertiginosos y la ciudad se expandió material y demográficamente. Como cualquier otro escenario del país, Villa Gesell se ha visto interpelada por distintos procesos de alcance nacional, elaborando de forma situada las problemáticas y oportunidades que cada contexto movilizó. Sin embargo, nunca abandonó su vocación turística (Abrantes, 2018; Noel, 2020).

Es probable que el lector de esta tesis –especialmente, uno argentino– haya conocido este balneario bonaerense, haya escuchado sobre él o leído algunas de las notas que, año tras año, se publican en los medios periodísticos de alcance nacional. Está claro que cuando las temperaturas suben y las vacaciones se empiezan a planificar, Villa Gesell vuelve a posicionarse en el imaginario de los argentinos y a ocupar lugares destacados entre las narrativas periodísticas que, todas las temporadas, exploran los eventos afortunados y desafortunados que tienen lugar allí.

En los últimos años, por ejemplo, la audiencia nacional ha seguido el caso del famoso rayo que cayó sobre las playas geselinas, las sudestadas y temporales que azotan –de vez en cuando– a esta ciudad, algún incendio que ha puesto en riesgo el frondoso bosque del cual disfrutaban los veraneantes, los excesos de los jóvenes, la violencia, la inseguridad, las muertes, los festivales, el clima, las ofertas culturales y, en esta última temporada en curso, los modos en que el municipio ha ido gestionando las medidas sanitarias de los turistas frente a la crisis desatada, a escala planetaria, por el Covid-19¹⁴.

Más allá de los eslóganes publicitarios, las fotos que circulan en la web, las experiencias de los turistas, las notas periodísticas o las producciones artísticas que se han elaborado sobre este escenario (novelas, cuentos, películas), los argentinos sabemos poco de lo que ocurre en esta ciudad emplazada entre mares y bosques que, sólo durante la temporada, parece colocarse en la vidriera de la especulación y la curiosidad nacional.

¹⁴ La pandemia de Covid-19 es producida por el virus SARS-CoV-2 (coronavirus del síndrome respiratorio agudo grave tipo 2). En diciembre del 2019 se detectó el primer caso en China y en sólo un par de meses el virus se diseminó hasta volverse pandémico. Si bien existen debates en curso sobre los modos de transmisión, prevención y tratamiento, en términos amplios, es posible sostener que se trata de un virus que se contagia de persona a persona a través de pequeñas gotas de saliva que los sujetos emitimos al hablar, toser o respirar. Dado que se difunde rápidamente a partir del contacto estrecho entre personas, los gobiernos nacionales han implementado diversas medidas para contener su propagación: limitaciones a la movilidad, toque de queda, cuarentenas, paro de las actividades económicas, cierre de las instituciones educativas, cierre de fronteras, uso obligatorio de tapabocas, entre otras. En la actualidad, Argentina reporta un total acumulado de más de 2.000.000 de contagios y 45.000 muertes. Si bien existe un conjunto de incertidumbres sobre lo que ocurrirá con este virus tan difícil de contener, en el país ya se ha comenzado con un plan estratégico de vacunación que promete, en un período de tiempo aún indeterminado, reducir la circulación de la enfermedad, las hospitalizaciones y las muertes relacionadas con el Covid-19 y ayudar, así, a restablecer de manera gradual una nueva normalidad.

Existen, sin embargo, algunos trabajos académicos que han tomado a esta ciudad como objeto de indagación.

A este escenario y a sus habitantes se los ha interpelado por diversos fenómenos sociales, económicos, geográficos y culturales. Mayoritariamente producidos por arquitectos, geógrafos, historiadores y licenciados en turismo, los trabajos sobre Villa Gesell abordan una serie de problemáticas asociadas a la condición productiva de la ciudad. Elisa Pastoriza (2011) y Melina Piglia (2014) reflexionan tangencialmente sobre este caso de estudio al reconstruir, en clave histórica, el desarrollo de la región turística. Otros autores como Juan Carlos Mantero, Bernarda Barbini y Marcela Bertoni (1999, 2000) optaron por explorar la relación entre turistas y residentes durante la temporada estival y focalizar en la ciudad de Villa Gesell para problematizar estos vínculos. Por su parte, las benevolencias del turismo en tanto motor del desarrollo territorial y regional fueron abordadas por Graciela Benseny (2011), Gonzalo Cruz (2010) y Daniela Castellucci y Cristina Varisco (2012). Finalmente, los impactos producidos por la industria turística en el medioambiente fueron trabajados por Graciela Benseny (2008, 2012), José Dadon (2011) y Facundo Hernández (2019a, 2019b, 2020).

También han sido problematizadas la configuración espacial de Villa Gesell y las transformaciones urbanas desplegadas allí (Benseny, 2011; Dosso y Muñoz 2013). Estos trabajos han hecho hincapié en el desarrollo urbano acelerado, en los efectos de un proceso de urbanización sin un eje rector, en las experiencias sociales y morfológicas de esa transformación, y en el rol del turismo como fenómeno de tracción poblacional y de crecimiento.

Por su parte, existe una vasta producción local (Masor, 1975; Ortiz, 2010; Oviedo, 2002, 2006, 2009; Provéndola, 2014; Saccomanno, 1994) que se ha interesado en reconstruir diversos procesos históricos de la villa balnearia. Estos trabajos –con intención o sin ella– han reforzado ciertas representaciones sobre lo que este escenario fue, es y debería ser. En este sentido, si bien pueden funcionar en algunos segmentos de esta tesis como antecedentes de investigación, lo cierto es que terminan constituyéndose en objetos de indagación en pos de reconstruir, en palabras de Malinowski, “el punto de vista nativo”. Como sostiene Gabriel Noel, se trata de textos que habrán de devenir canónicos y que “... sentarán las bases de una historia local con ribetes hagiográficos, sobre la base del género que podríamos denominar ‘historias de pioneros’” (Noel, 2012a: 166). Algo similar ocurre con algunas producciones artísticas que se sitúan en este

escenario balneario: en esta tesis son tomadas como expresiones, como formas culturales (Williams, 1997), capaces iluminar un contexto de sentido en particular; es decir, experiencias situadas en un tiempo y un espacio.

En la ciudad de Villa Gesell también ha desembarcado la antropología. Con preguntas distintas a las que orientan esta investigación, mi tesis de maestría –como ya expliqué al comienzo– buscó reponer, desde una perspectiva etnográfica, el conflictivo pasaje de la figura de pueblo a la de ciudad (Abrantes, 2018). Asimismo, Gabriel Noel ha tomado a esta ciudad como objeto de indagación antropológica desde el campo emergente de la antropología de las moralidades¹⁵. Este autor postula una genealogía de los recursos y repertorios que utilizan los habitantes geselinos para explicar distintos sucesos políticos, sociales y culturales. Asimismo, indaga los modos en que estos repertorios de carácter moral son utilizados por los actores cuando se clasifican a sí mismos y clasifican a otros en el marco de coyunturas que son percibidas como críticas (Noel, 2020).

Esta tesis se ha constituido al calor de un diálogo permanente con la investigación de Noel, quien también ha asumido la tarea de dirigirla. Al respecto, la producción de este antropólogo no sólo se postula como un antecedente decisivo, sino que también constituye un insumo recurrente. Esto es así porque, en ocasiones, algunas de las preguntas que él aborda dialogan en estrecha cercanía con los objetivos aquí propuestos. Como resultado de este trabajo en conjunto, elaboramos algunas líneas que hemos tenido oportunidad de exponer en artículos y congresos académicos (Noel y Abrantes, 2014 y 2020). A su vez, durante dos años hemos realizado trabajo de campo en conjunto en Villa Gesell, algunos de cuyos hallazgos etnográficos son utilizados en esta tesis. Por último, los trabajos de Melina Fischer (2019, 2021) –abocados a explorar las representaciones y prácticas culturales en la ciudad de Villa Gesell– se presentan como aportes capaces de complejizar y problematizar algunas de las líneas de análisis sostenidas en esta tesis.

Algunas investigaciones han hecho hincapié en diversas problemáticas asociadas a la condición turística de Villa Gesell y otras han convertido a esta ciudad en el objeto de un ejercicio antropológico y etnográfico. Sin embargo, no existen antecedentes directos del problema aquí propuesto. Asimismo, la convivencia, las tensiones, las

¹⁵ En términos amplios, la antropología de las moralidades engloba aquellos trabajos que han buscado abordar los conflictos y acuerdos involucrados en la construcción, el sostenimiento, la impugnación y la negociación de los múltiples regímenes morales. Asimismo, incluye a aquellos que se han preguntado por las ambigüedades, contradicciones y opacidades que atraviesan la determinación de lo moralmente legítimo e ilegítimo para diversas clases de actores (Noel, 2014b).

superposiciones y las bifurcaciones de las experiencias temporales –estacionales, rítmicas e históricas– constituyen un objeto poco abordado por los estudios locales, en general, y particularmente vacante para los escenarios atlánticos bonaerenses.

Como ya adelanté, el trabajo de campo me ha ido introduciendo en los senderos del tiempo. Es decir, fueron los propios geselinos los que insistieron –con sus preguntas, argumentos, prácticas y conflictos– en señalar que la experimentación del tiempo constituía un problema que merecía ser atendido. Pero más allá de esta indicación, cabe preguntarse por qué esta ciudad se presenta como un caso paradigmático para abordar, desde una perspectiva antropológica, el fenómeno delimitado. En este punto, cabe recordar la célebre frase de Geertz (2003: 33): “El lugar de estudio no es el objeto de estudio. Los antropólogos no estudian aldeas (tribus, pueblos, vecindarios...); estudian en aldeas”. El objetivo de esta tesis es caracterizar esa diversidad de temporalidades (cíclicas, cotidianas e históricas) y problematizar los mecanismos a partir de los cuales entran en relación, coexistencia o conflicto. Villa Gesell, en efecto, constituye ese *locus* privilegiado para indagar –parafraseando a Elias (1998)– esta problemática que se presenta como una “problemática humana universal en miniatura”.

En la actualidad, los municipios costeros de la Provincia de Buenos Aires, emplazados sobre terrenos medanosos, no ofrecen muchas alternativas para el desarrollo económico. Imaginadas, proyectadas, creadas y desarrolladas con el *tempo* de la “industria sin chimeneas”, las ciudades balnearias encontraron en el turismo la única fuente de supervivencia. Se trata, como ya ha quedado claro, de un turismo esencialmente volcado hacia el disfrute de la playa y el sol. Por esto, dependen de la temporada para iniciar el ciclo económico que les permite generar las condiciones de su reproducción.

Mar del Plata, por ejemplo, es una ciudad balnearia que ha logrado sortear las lógicas que impone la temporada turística. Dicha ciudad cuenta con más de 700.000 residentes y ha desarrollado diversos canales productivos y comerciales por fuera de la industria de la recreación y el ocio. Sin embargo, Villa Gesell como tantas otras, no ha conseguido –en sus más de 80 años de vida– diversificar sus actividades. En efecto, ha sido una localidad que ha crecido y se ha desarrollado mediante una serie de políticas turísticas y comerciales que han buscado explotar de manera unívoca el potencial del turismo (Abrantes, 2018). Así las cosas, “la temporada marca un antes y un después en nuestras vidas”, como señalan con frecuencia los geselinos.

Sólo para mencionar algunos ejemplos, una vez concluida la temporada estival, las únicas fuentes laborales son las que provee el Estado municipal y provincial; la oferta comercial que, como dicen los geselinos, “sobrevive al invierno” (algunos supermercados, ferreterías, restaurantes, farmacias, etc.), y unos pocos hoteles que logran mantener abiertas sus puertas con una importante merma de personal. Al no contar con un desarrollo sustantivo de otro tipo de actividad, la estacionalidad se ha vuelto el vector central de la organización, tanto de la vida de la ciudad como de la de sus habitantes.

Desde la perspectiva de sus habitantes y siguiendo las huellas materiales del cambio estacional, Villa Gesell es una ciudad radicalmente distinta en invierno y en verano. Un espacio que parece montarse hacia finales de noviembre para desmontarse entrado el mes de marzo. Es una ciudad de 40.000 residentes permanentes que, a la vez, alberga a 1.500.000 turistas. Es una ciudad de pleno empleo y una ciudad que alcanza altos niveles de desempleo. Es una ciudad “viva” y una ciudad “muerta”. Es un balneario “rico” y un pueblo “pobre” (Oviedo, 2009).

Por estos motivos, el caso de estudio presenta rasgos distintivos para explorar algunas de las dimensiones centrales del “tiempo estacional”, particularmente, en lo que hace a los contrastes morfológicos y sociales que desencadena. Villa Gesell, así, se presenta como un lugar en el que es posible observar los efectos de una temporalidad cíclica –“cada año es la misma historia”, dicen los locales– estructurada en torno al calendario –fechas, vacaciones, tiempo libre– y el clima.

A su vez, se trata de una ciudad de tamaño medio, no metropolitana, que forma parte de una amplia red de aglomeraciones –de distintas escalas– estructuradas en un sistema jerárquico. Este tipo de ciudades, de rango medio, suelen posicionarse como entidades periféricas y desempeñar roles secundarios o relegados dentro de las jerarquías urbanas nacionales (Greene y Abrantes, 2018, 2021). Tal situación –que involucra relaciones de profunda desigualdad con la metrópolis¹⁶– imprime una serie de particularidades en los modos de habitar y en los ritmos sociales que se despliegan en el

¹⁶ El sistema urbano argentino se ha caracterizado por una alta primacía. La primacía urbana no es la mera existencia de una ciudad que se presenta como mayor (poblacional y morfológicamente) que cualquier otra; es una ciudad que es “... demasiado grande con relación a un sistema de ciudades, cuyos tamaños deben ser descriptos en términos específicos –ya sea en términos de población, infraestructura económica, o instituciones burocráticas–” (Smith, 1985: 89). En este sentido, la primacía también involucra el ejercicio de un mayor poder de influencia por parte de la ciudad primada hacia el total del territorio nacional. Ese poder se explica mediante la capacidad de estos escenarios de concentrar los recursos demográficos, económicos, administrativos, culturales y sociales de los territorios nacionales.

espacio público (Lefebvre, 2007). Moviliza, también, una serie de contrastes, cargados de sentidos positivos y negativos, con aquellos que pueden encontrarse en entornos metropolitanos. Dentro de la propia dinámica social de la ciudad, encontramos además ritmos divergentes y usos del espacio diferenciados a partir de las lógicas que establece el turismo estival.

Las características peculiares de la escala y de la especialización económica convierten a Villa Gesell en un caso etnográfico privilegiado para reflexionar sobre la organización del “tiempo cotidiano” y las experiencias que este tiempo motoriza. Este análisis se puede extender en dos sentidos: por un lado, en los contrastes rítmicos que se observan entre las medianas y las grandes ciudades; por el otro, en las divergencias rítmicas que alberga la propia dinámica urbana local. La velocidad con la que es percibida el ritmo cotidiano, aquel que se vincula con las actividades y las esperas diarias, se posiciona como un problema fundamental desde el punto de vista local.

Finalmente, Villa Gesell es una ciudad que reflexiona mucho sobre sí misma y, particularmente, sobre su historia. El proceso de consolidación de la ciudad turística se ha instalado en el imaginario geselino desde sus orígenes y se ha perpetuado hasta la actualidad, siendo recuperado por los medios de comunicación local y por una vasta producción historiográfica, literaria y audiovisual a cargo de actores locales (Masor, 1975; Ortiz, 2010; Oviedo, 2002, 2006, 2009; Provéndola, 2014; Saccomanno, 1994, 2012; Sierra, 1969). El origen de la ciudad, la construcción de un mito asociado a la figura del fundador, la épica de los pioneros, el *boom* de las vacaciones de sol y playa, la llegada del movimiento *hippie* a sus costas, los movimientos migratorios que fueron engrosando la cantidad de habitantes permanentes, las buenas y malas temporadas con sus razones y argumentos, las figuras públicas que vacacionaron en estas playas, entre otros temas, fueron dando forma a un conjunto de narrativas sobre el devenir de esta ciudad.

En este sentido, el caso de estudio elegido se postula como un objeto de indagación pertinente para apuntalar la pregunta por el “tiempo futuro”. Esto es así porque la temporalidad cronológica vinculada con los cambios que propone el turismo y el proceso de urbanización ha sabido desencadenar una serie de disputas entre diversos sectores de la sociedad, que giran en torno a la definición e interpretación de las siguientes preguntas: qué fuimos, qué somos y en qué nos vamos a convertir. Permítanme cerrar este apartado con otro fragmento del libro de Fernando Pessoa:

No sé lo que es el tiempo. No sé cuál es su verdadera medida, si tiene alguna. La del reloj sé que es falsa: divide al tiempo espacialmente, por fuera. La de las emociones sé también que es falsa: divide, no al tiempo, sino a la sensación de él. La de los sueños es errónea: en ellos rozamos al tiempo, una vez prolongadamente, otra vez deprisa, y lo que vivimos es apresurado o lento conforme alguna propiedad del decorrer cuya naturaleza ignoro. Creo, a veces, que todo es falso, y que el tiempo no es más que la moldura para encuadrar lo que le es extraño. En el recuerdo que tengo de mi vida pasada, los tiempos están dispuestos en niveles y planos absurdos, siendo yo más joven en determinado episodio de los quince años solemnes que en otro de la infancia sentada entre juguetes. Se me enmaraña la conciencia si pienso en estas cosas. (Pessoa, 1997: 48)

Haciendo propias las palabras del escritor portugués, entiendo que preguntarse por el tiempo –por esa categoría tan abstracta, amplia y total– podría considerarse un ejercicio absurdo. Efectivamente, cuando tratamos de abordar reflexivamente el tiempo “se enmaraña” la conciencia. Yo tampoco sé lo que es el tiempo y esta tesis está lejos de querer averiguarlo. La investigación de los senderos del tiempo, por el contrario, buscará aportar al debate sobre los modos de experimentar distintos tiempos y la agencia de estos tiempos en los modos de habitar. La selección del caso de estudio, así, responde a los requisitos de esta pregunta ya que, si bien todas las sociedades viven sus vidas cotidianas de acuerdo a diversos parámetros temporales, algunas de ellas dejan en evidencia que el tiempo, más que un problema académico, es fundamentalmente un problema nativo.

8. Estrategia metodológica

La estrategia metodológica escogida para alcanzar los objetivos de esta tesis es la etnografía. Esta elección no ha sido caprichosa: la mirada etnográfica no sólo permite reponer la agencia de las temporalidades en un escenario local, sino también recuperar el repertorio de experiencias anudadas a este fenómeno. Una pregunta de investigación como la que organiza el presente trabajo demanda, así, de una estrategia capaz de penetrar en los sentidos y en las prácticas en torno al tiempo.

El término “etnografía” ha adquirido diversos usos desde sus primeras apariciones a principios del siglo XX. Actualmente, suele emparentarse a la etnografía con casi cualquier trabajo de corte cualitativo y, a su vez, existen distintas –y hasta contrastantes– formas de realizar una investigación etnográfica. Por tales motivos, es oportuno exponer en qué sentido utilizo aquí la propuesta etnográfica, para luego introducirme en los desafíos metodológicos que se presentan cuando se busca abordar etnográficamente las derivas de las temporalidades locales. En esta tesis la etnografía es concebida bajo su triple acepción de enfoque, método y texto (Guber, 2004).

La etnografía como enfoque debe entenderse como una concepción y una práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de los actores involucrados. La especificidad radica en explorar el “qué”, “el por qué” y el “cómo es para sus protagonistas”. En este sentido, se erige sobre los principios básicos establecidos por Malinowski a principios del siglo XX, cuando demarcó que este método atendía a tres dimensiones fundamentales de la vida social: lo que la gente dice sobre lo que hace, lo que realmente hace y lo que piensa.

En tanto método, la etnografía establece un ejercicio de construcción del conocimiento artesanal en el cual el investigador elabora sus datos en una interacción, doblemente reflexiva, con sus informantes. Asimismo, se trata de una estrategia de investigación abierta en la que intervienen diferentes instrumentos metodológicos (entrevistas, observaciones, encuestas, etc.), basada, principalmente, en una residencia con los sujetos de estudio.

El producto de este trabajo lleva a tomar a la etnografía en su tercera acepción: el texto etnográfico. Bajo esta dimensión, debe entenderse como una descripción analítica del comportamiento de una cultura particular y situada. Esta descripción sólo puede realizarse a partir de un trabajo de campo prolongado que permita reconstruir, desde la perspectiva de los actores, los procesos sociales que se busca comprender. A su vez, la etnografía como texto se presenta como instancia de construcción en la que los datos recogidos mediante diversas técnicas son puestos a dialogar con los conceptos y las perspectivas teóricas que sustentan los debates principales.

El trabajo de campo fue construido a lo largo de siete años. Durante este período (2012-2019) realicé diversas incursiones, de tiempo variable: algunos viajes a la ciudad de Villa Gesell se extendieron por veinte días, mientras que otros duraron no más de cinco. Dependiendo de las actividades organizadas con antelación (eventos, entrevistas concertadas, festividades, etc.), así como de los hallazgos e imponderables que el propio campo fue generando, la estadía resultó variable pero nunca interrumpida.

En el marco de este trabajo, entrevisté a una gran cantidad de actores locales y llevé a cabo diversas observaciones o descripciones de situaciones sociales relevantes. Las entrevistas incorporadas a esta tesis –un total de 91– son de carácter semiestructurado, y las guías sobre las cuales se apoyan fueron construidas en función de las devoluciones y hallazgos obtenidos en el propio ejercicio etnográfico. Asimismo, muchas de las descripciones y conversaciones desarrolladas en las situaciones sociales en las que

participé en calidad de antropóloga son incluidas con la intención de reponer el contexto de situación. También realicé distintas observaciones en espacios públicos de la ciudad, buscando recuperar algunas prácticas rutinarias y excepcionales de los geselinos.

Esta investigación también se ha nutrido de un trabajo de archivo en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell. En cuanto a esta técnica en particular, cabe advertir que el análisis de documentos de archivo exige ciertos recaudos metodológicos. Los archivos, según la definición de Mariana Nazar, son "... el testimonio de la actividad desarrollada por una persona física o jurídica, pública o privada" y se caracterizan, entre otros aspectos, por su organicidad y serialidad (Nazar, 2010: 3). Dadas estas cualidades, los documentos que forman parte de un archivo no agotan su valor en sí mismos, sino que alcanzan su sentido pleno dentro del conjunto de documentos más amplio que los engloba: la denominada "serie documental". El examen de esta serie resulta fundamental para restituir las coordenadas de producción concretas de cada uno de los documentos que la componen, poniendo de relieve las putativas motivaciones detrás de su realización, las tensiones que los atraviesan y las representaciones de los cuales participan. Mediante esta operación intelectual es posible trascender el mero examen de los contenidos que, aunque pueda resultar interesante, es insuficiente cuando se considera a los documentos como fuentes para el análisis social.

Si bien esta tesis se basa en una multiplicidad de representaciones construidas por informantes ocasionales –en encuentros de difícil repetición–, también se levanta sobre un trabajo exhaustivo con un conjunto de informantes claves. Como explica Rosana Guber, estos informantes aparecen "como principal fuente de información acerca de una amplia gama de temas significativos de su propia cultura y unidad social" y son "una puerta privilegiada y calificada hacia la cultura que estudia el investigador". Estos actores tienen una "mayor capacidad de abstracción, cierta facilidad para relacionar hechos y suministrar explicaciones tentativas acerca de cuanto sucede a su alrededor". Esto se debe a que "sustentan formas de expresión y conceptualización más afines a las del investigador" (Guber, 2004: 87-88). Es decir, depende, en gran parte, de los vínculos que, en tanto investigadores, establecemos con estos actores. Más aún, recuperando las palabras de Eduardo Restrepo, el trabajo con el informante clave es "una técnica que apunta más a una relación dialogada y bi-direccional, que no es ingenua con respecto a las relaciones de poder que subyacen a la investigación etnográfica" (Restrepo, 2016: 51).

Además de convocar a los informantes claves en tanto actores estratégicos para el análisis de ciertas problemáticas, algunos de los capítulos de esta tesis están organizados en un relato etnográfico que los ubica en el centro de la escena descriptiva y analítica. Esto no implica que la reflexión se sustente, únicamente, en sus prácticas, representaciones y puntos de vista. Por el contrario, se trata de una estrategia metodológica y también expositiva en el que la etnografía, en tanto texto, asume esa deriva. De este modo, sus trayectorias biografías, sus argumentos, su predisposición reflexiva o la sistematicidad de los encuentros e intercambios, me permitieron ir colocando a estos informantes en tanto centros gravitatorios de ciertas representaciones y prácticas asentadas en la ciudad de Villa Gesell. De más está aclarar, que estas perspectivas fueron contrastadas, comparadas, imbricadas en una red de datos etnográficos contruidos al calor de otras voces.

Es importante explicitar que esta propuesta etnográfica no se encuentra reducida a una mera descripción. Como sostiene Noel, aquí se trata de superar "... ese énfasis frecuentemente estéril, periodístico, 'exotista' y circunscripto a lo descriptivo que suele pasar a veces por la etnografía". Para ello, es preciso "... recurrir por fuerza a perspectivas complementarias que nos permitan situar las reconstrucciones que realizamos en marcos sociales e históricos más amplios" (Noel, 2009: 38).

Las preguntas de investigación que impulsaron esta tesis han sido gestadas bajo este doble movimiento indagatorio: la interpelación mutua entre una serie de fenómenos sociales estructurales y un modo situado de experimentarlos; puesto en otros términos, bajo las mediaciones que se despliegan entre ciertos marcos temporales macro-sociales y las prácticas y representaciones concretas –las temporalidades– de los sujetos analizados. En palabras de Noel, difícilmente "... podamos negar la existencia efectiva de relaciones entre las transformaciones en la estructura social, las modificaciones en las subjetividades de los actores [...] y las fricciones entre estas subjetividades y ciertos escenarios institucionales en y con los cuales entran en relación" (Noel, 2009: 38).

El desafío es hallar no sólo un método sino también una serie de herramientas teóricas y conceptuales que permitan hacer inteligibles y comprensibles tales relaciones bajo la luz de una pregunta de investigación específica. En este caso, la pregunta es por las cualidades que asumen las temporalidades circulares, rítmicas e históricas y los mecanismos sociales a través de los cuales se relacionan. Inquietud que logró ser

iluminada a partir de algunos de los lineamientos iniciados por la Escuela Antropológica de Manchester¹⁷ (Gluckman, 1968; Mitchell, 1956; Evens y Handelman, 2006).

Los investigadores de Manchester fueron pioneros en aplicar el método etnográfico en los entornos urbanos de una forma relacional. Si bien la antropología urbana terminó de consolidarse como campo específico del conocimiento recién en la década del sesenta, ya hacia fines de los años cuarenta los investigadores del Rhodes Livingstone Institute habían iniciado las primeras etnografías urbanas realizadas por antropólogos, precisamente en un grupo de ciudades centroafricanas. Con este movimiento, comenzaron a disputar la presunción de que el ejercicio antropológico sólo podía llevarse a cabo en aldeas tomando como objeto de estudio a los pueblos primitivos. A su vez, mantuvieron una discusión intensa con sus coetáneos estadounidenses, los sociólogos de Chicago¹⁸, en torno a la validez universal de lo urbano.

En un contexto de transformaciones globales aceleradas, urbanización creciente, migraciones internas y cambio social, estos intelectuales indagaron etnográficamente de qué manera se redefinían, mediante cambios y resistencias, las identidades étnicas en las ciudades africanas de la administración imperial británica. Ellos observaban que el nuevo contexto urbano motorizaba una recomposición de los vínculos tribales. El proceso de urbanización implicaba una adaptación a circunstancias nuevas a partir de valores, instituciones y prácticas tribales, progresivamente sustituidas por otras más adaptadas a las nuevas circunstancias, y esta problemática merecía ser abordada antropológicamente (Gluckman, 1968; Hannerz, 1986; Kempny, 2006).

¹⁷ Se conoce bajo el nombre de la Escuela de Manchester a un grupo de pensadores que formaron parte del Rhodes Livingstone Institute. Este instituto fue creado en 1937 en Rodhesia del Norte, hoy Zambia, con el objetivo de conocer, problematizar y analizar algunas de las grandes transformaciones por las que venían atravesando distintas ciudades y poblaciones de África en el marco de los cambios establecidos por el imperialismo británico. Los investigadores reunidos en esta Escuela, mayoritariamente antropólogos británicos, fueron conocidos por ser los primeros en desarrollar un instituto de antropología en África, por proponer nuevos lineamientos metodológicos para el ejercicio antropológico y por explorar etnográficamente los conflictos de las ciudades africanas; ciudades, hasta ese entonces, poco frecuentadas por los estudios urbanos, en general, y la antropología urbana, en particular (Hannerz, 1986).

¹⁸ La *Escuela de Chicago* reunió a un conjunto de investigadores sociales que trabajaron durante los años veinte y treinta en una serie de trabajos de corte etnográfico en la ciudad de Chicago. Estos autores fueron denominados como los primeros etnógrafos urbanos que salieron a reponer, mediante el ejercicio del trabajo de campo, algunas de las principales transformaciones por las que estaba atravesando la ciudad en la que vivían: industrialización acelerada, urbanización, movimientos migratorios, etc. Sus investigaciones fueron recuperadas, revisadas y discutidas por diversas perspectivas de los estudios urbanos (Hannerz, 1986).

La presente tesis no debe entenderse como un ejercicio que busca replicar, con exactitud, las propuestas teóricas y metodológicas de los estudios enmarcados dentro de esta Escuela; más bien, es un ejercicio indagatorio que recupera de manera asistemática muchos de los hallazgos, miradas e intuiciones que guiaron sus investigaciones. En este sentido, me interesa recuperar de esta propuesta, por un lado, la intención de “desencorsetar” la etnografía; vale decir, sacarla de un análisis aislado para ponerla a dialogar con los movimientos estructurales y globales. Sergio Tamayo y Xóchitl Cruz (2006) explican que la propuesta de Manchester invita a concebir a la etnografía como una forma de navegar “entre distintos ámbitos”:

... y conectar así los microprocesos con las grandes estructuras, esto es, acoplar el estudio sistémico con los mundos de vida. De este modo, navegar sería la posibilidad de ir y venir entre distintos niveles de análisis, cruzar fronteras epistemológicas, trasgredir límites disciplinarios y encontrar ese punto de interconexión entre lo global y lo local. (Tamayo y Cruz, 2006: 177)

Por otro lado, me interesa destacar la intención de crear las condiciones, desde la antropología, para desplegar una mirada relacional de los procesos sociales a través del análisis situacional. Los investigadores de Manchester insistieron en la aplicación del análisis situacional con el objetivo de observar, comparar y estudiar las variaciones de diversos fenómenos en función de los parámetros contextuales. Aquí radicaba, para ellos, una de las claves interpretativas primordiales de la antropología. Desde esta perspectiva, para penetrar con más profundidad en el verdadero proceso que permite que las personas vivan juntas –esto es, en sociedad–, el antropólogo debe seleccionar y utilizar una serie de casos conectados, eventos o situaciones desplegadas dentro de la misma área de la vida social.

Max Gluckman, uno de los exponentes de esta Escuela, explica que este método etnográfico se focaliza en una serie de eventos significativos para una comunidad y es el etnógrafo quien, a partir de su presencia como observador, los articula. La variabilidad de situaciones, contextos y subjetividades permite reconstruir la estructura social de un grupo humano. En sus propias palabras:

Consiste en un número de eventos que eran articulados por mi presencia como observador, pero ocurridos en diferentes partes del norte del país zulú e involucrando a diferentes grupos de gentes. A través de estas situaciones, y contrastándolas con otras situaciones no descritas, intentaré describir la estructura social del país zulú moderno. Las llamo situaciones sociales ya que las analizo en su relación con otras situaciones en el sistema social del país zulú. Todos los eventos que involucran o afectan a seres humanos son socializados, desde la caída de la lluvia y los terremotos hasta el nacimiento y la muerte, la alimentación y la defecación. (Gluckman, 1968: 30)

Las situaciones sociales constituyen la materia prima del antropólogo en tanto son los eventos –cotidianos, disonantes, conflictivos o normales– que permiten tensionar la validez de las generalizaciones construidas por los investigadores sociales y los nativos (Van Velsen, 1964). La variabilidad de lo observado en las redes de situaciones es lo que revela, en definitiva, el sistema subyacente de relaciones entre la estructura social, sus partes, las formas de la sociabilidad, el ambiente físico y la vida fisiológica de sus miembros¹⁹ (Gluckman, 1968).

8.1. Seguir las situaciones sociales

El tiempo, como sostuve, es un objeto enigmático y escurridizo al que los investigadores sociales han tratado de comprender en distintos contextos, bajos múltiples preguntas y propuestas reflexivas. Tanto el tiempo como el espacio forman parte del sistema básico de orientación de todos los sujetos; constituyen lo que alguna vez Anthony Giddens (2006) denominó el “contexto” de toda práctica social. Más aún, ¿cómo hacer aprehensible una categoría, en principio, tan abstracta y generalizada?, ¿cómo recortarla?, ¿cómo convertirla en un objeto de indagación antropológica? En definitiva, ¿cómo construir una estrategia metodológica para abordarla?

Los antecedentes analíticos me permitieron recortar mi estudio sobre la injerencia de diversos tiempos –el estacional, el cotidiano y el futuro– y entender que estas concepciones motorizan prácticas y representaciones, experiencias temporales, que se entretejen en una malla de senderos que el antropólogo²⁰, en tanto caminante, puede recorrer. Me permitieron, también, extender la reflexión a la relación entre el tiempo y el espacio, en la medida en que mi objeto de estudio se situaba sobre un escenario específico

¹⁹ Uno de los análisis situacionales que ha adquirido más relevancia dentro del espacio académico es aquel que realizó Max Gluckman (1968), a principios de la década del cuarenta, sobre la apertura ceremonial de un puente construido por el Departamento de Asuntos Indígenas en el país Zulu. En este texto pionero no sólo se sientan las bases del análisis situacional, sino que también se ponen en práctica. Es decir, aquí es posible ver de qué manera el antropólogo, en este caso Gluckman, construye esa red de situaciones capaces de develar las tensiones constitutivas de un fenómeno social. Más aún, recuperando el planteo de Terry Evens y Don Handelman (2006), la propuesta metodológica de Manchester no se agota en el análisis situacional. En este sentido, si bien estrechamente vinculados, los antropólogos de Manchester también han desarrollado el estudio de caso extendido (que pone el foco en una serie de incidentes interconectados) y el abordaje del drama social (que pone el énfasis en la forma dramática que asume un fenómeno dado).

²⁰ Es importante mencionar que en esta tesis utilizo el género gramatical femenino y masculino –en consonancia con el contexto de enunciación– porque es el registro que me permite escribir con mayor claridad expositiva y porque contribuye a dotar de mayor legibilidad a mi texto. Esta decisión, no obstante, no implica desconocer el modo en que los estereotipos y prejuicios androcéntricos y sexistas (tendientes a la discriminación, la desigualdad y la exclusión) se promueven mediante el lenguaje, así como tampoco las profundas transformaciones anudadas al uso de un lenguaje inclusivo.

y buscaba comprender, en última instancia, de qué manera estas temporalidades habitan ese espacio. Puesto en otros términos, cómo esas temporalidades podían concebirse como trazos del habitar o huellas capaces de hacer inteligibles los modos de vivir la ciudad (Segura, 2017).

A medida que mi trabajo de campo fue avanzando, y mis primeras intuiciones me indicaban que en esta localidad balnearia el tiempo se hacía presente en las conceptualizaciones y prácticas nativas, me fui acercando a la propuesta metodológica de los antropólogos mancurianos. Así pude arribar a la siguiente pregunta: ¿bajo qué situaciones sociales se expresan y se problematizan las relaciones que sostienen un conjunto de experiencias temporales?, ¿qué situaciones me permitirían recorrer los senderos?, ¿cómo se conectan entre sí? y, fundamentalmente, ¿qué dimensiones de la vida social se iluminan al explorar el modo en que los geselinos experimentan –practican y representan– el tiempo?

Bajo la propuesta de los mancurianos, no es el modelo previo de sociedad lo que indica la manera en que las situaciones serán relatadas o abordadas. Aquí se parte de las situaciones para extraer de ellas premisas generales sobre la vida social; sobre cómo las instituciones conviven e interactúan y acerca el papel dinámico de los sujetos en este proceso de negociación de la vida social común. En este sentido, primero se indaga la situación para luego obtener de ella una regla que se pueda generalizar, o una relación social que perdure en el tiempo.

Así desarrollé mi estrategia metodológica. Seguí situaciones sociales a partir de múltiples técnicas de recolección de datos; entrevisté, observé, conversé, caminé, participé, pregunté, leí sus libros, miré sus películas, me metí en su museo y desempolvé un sinfín de documentos que historizaban el recorrido de Villa Gesell. Algunas situaciones –más biográficas, más generacionales o más colectivas– llamaron especialmente mi atención. En ellas el tiempo era recreado por los sujetos interpelados de distintas maneras: enredos, tensiones, superposiciones, bifurcaciones y paradojas. Es decir, fue la comunidad local la que me advirtió sobre diversos conflictos y normalidades, continuidades y discontinuidades, en torno a los modos de experimentar distintos tiempos.

Una vez concluido el trabajo de campo, y bajo la intención de sistematizar los eventos que había recogido durante mis estancias geselinas, reuní a estas situaciones sociales en pares complementarios. Si el trabajo con los antecedentes analíticos fue

equiparable al ejercicio de armar un rompecabezas (Noel, 2020), el trabajo con los datos etnográficos es comparable con aquellos juegos en los que los participantes tienen que identificar similitudes y diferencias de un grupo heterogéneo de piezas. De este modo, organicé los hallazgos bajo la tutela de distintos tipos de tiempos o concepciones del transcurrir. Al principio, podía observar que las situaciones sociales que recogí iluminaban alguna dimensión temporal y por eso profundicé en ellas, pero en una segunda etapa de la investigación pude reagruparlas en tres tiempos: el primero, el **tiempo estacional** y las temporalidades que se ejecutan de manera circular; el segundo, el **tiempo cotidiano**, aquel que surca las prácticas y representaciones rítmicas o la danza de la vida de esta ciudad; el tercero, el **tiempo futuro** y las temporalidades históricas que, entre pasados, presentes y porvenires, instalaban la pregunta por la ciudad deseada. La organización de los próximos seis capítulos separados en tres partes responde a la intención de hacer dialogar distintas situaciones bajo la pregunta de un tiempo específico; en última instancia, obedece a la propuesta de seguir la ramificación de senderos temporales por los cuales los geselinos transitan.

Este primer capítulo ha presentado al tiempo cero de la investigación y recuperado una serie de búsquedas anudadas a mi propia experiencia como investigadora. Desde la Parte I, entonces, la investigación se va sumergiendo en los diversos tiempos de la ciudad turística, haciendo énfasis en un cúmulo de problemáticas relevadas etnográficamente. Esta primera parte hace foco, como sostuve, en el tiempo estacional y las experiencias circulares de una organización calendárica que responde a los vaivenes del invierno y el verano. El Capítulo II, “La ciudad travestida”, explora las características de una urbe cuya materialidad e infraestructura fueron cimentadas y extendidas en función del proyecto turístico estival. Esta vocación ha desatado formas peculiares de representarla y habitarla: en primer lugar, ha producido una forma urbana escindida que empuja experiencias espaciales fragmentadas; en segundo lugar, ha configurado un paisaje plegable y desplegable, montable y desmontable, en función de los cambios producidos por la alternancia entre el invierno y el verano; por último, ha generado diversos tipos de restos materiales –ruinas y escombros (Gordillo, 2018)– entre los cuales los geselinos transitan, muchas veces, sin saber de qué manera relacionarse con ellos. La pregunta que organiza este capítulo se monta sobre un interrogante nativo que intenta resolver –mediante la

metáfora de las máscaras y el travestismo²¹— cuánto de auténtico y de artificial resulta ser la concepción y la experiencia de habitar un escenario que intenta satisfacer los deseos de quienes no lo habitan.

El Capítulo III, por su parte, se introduce en otras dinámicas sociales profundamente interpeladas por el tiempo estacional. De este modo, “La ciudad mercader” —como así se titula el capítulo— pone el énfasis en las dinámicas del mercado de trabajo y del mercado inmobiliario local. Específicamente, aborda las tensiones que atraviesan estos intercambios al concentrar sus esfuerzos, ganancias, réditos y especulaciones en aquello que ocurre durante el verano. Con este objetivo, el capítulo interpela algunas de las expresiones más sobresalientes de la desigualdad social y la segregación socio-espacial.

La Parte II se desplaza, en dos movimientos, hacia otro tiempo: en primer lugar, se corre del verano para adentrarse en las experiencias que emergen durante ese invierno que, para los geselinos, se extiende por 9 meses; en segundo lugar, se corre de la estacionalidad —ese tiempo circular— para focalizar en las vivencias cotidianas y rítmicas de los habitantes de esta ciudad. ¿Qué ocurre cuando el verano llega a su fin? ¿Con qué ritmos y a qué tempo se despliega la sociabilidad local? ¿Qué percepciones, anhelos, frustraciones o deseos se movilizan en este tiempo? ¿Cuáles son las relaciones que se extienden entre la escala y el ritmo? Y, fundamentalmente, ¿Qué movimientos de salida y de entrada a la ciudad puede habilitar un ritmo lento, reiterado, conectado con la naturaleza y en las antípodas de los estilos metropolitanos?

Siguiendo los itinerarios de estos interrogantes, el Capítulo IV —“El ritmo de los que se van”— sitúa su reflexión sobre un grupo social en particular: los jóvenes. Villa Gesell es conocida, entre otras cosas, por ser el paraíso de las juventudes. Desde los años setenta, y a pesar de las transformaciones acaecidas, esta representación sigue calando profundo en el imaginario de los argentinos. Considerando la emergencia de esta asociación y sus derivas temporales, en este capítulo me pregunto de qué manera ese paraíso —que se extiende cada verano para recibir a los jóvenes turistas— parece desmoronarse cuando el invierno arriba y el ritmo de la ciudad se transforma.

²¹ En el Capítulo II establezco con más claridad de qué manera son utilizadas estas metáforas. Más aún, conviene adelantar que la categoría de “ciudad travestida” fue movilizadora por una informante clave en tanto categoría sedimentada y estabilizada para dar cuenta de una serie de problemáticas que observa en la ciudad que habita.

Utilizando las categorías de “moratoria social” y “moratoria vital” (Margulis y Urresti, 1998, 2008) indago los modos juveniles de habitar una ciudad de escala media que se mueve en cámara lenta. Así, el ritmo –y con él la sociabilidad, el aburrimiento, el control social y el anonimato– emergió como la dimensión que me permitió entender por qué –más allá de las constricciones y posibilidades, más allá de los recursos simbólicos y materiales– la mayoría de los jóvenes geselinos entrevistados desean abandonar la ciudad que los vio nacer y crecer.

El Capítulo V centra su argumento en el reverso; es decir, y como su título lo indica, en “El ritmo de los que llegan”. La propuesta, entonces, recorre las características de otro movimiento poblacional que convierte a la lentitud, la cámara lenta, el contacto con el tiempo de la naturaleza y la comunidad pequeña en los motivos centrales del desplazamiento. Se trata un movimiento que surge en las grandes ciudades para desembarcar en escenarios de pequeña y mediana escala y que encontró en algunas localidades atlánticas un espacio propicio para arraigarse. Estas movilidades suelen estar protagonizadas por familias metropolitanas jóvenes de clase media y alta –con niños en edad escolar– que, hastiadas de los estilos de vida de la gran ciudad, emprenden la retirada.

Para el caso geselino, este fenómeno admitió su mayor expresión luego de que la crisis social del 2001 trastocara los sentidos tradicionales asociados al centro y las periferias. Se localizó en Mar de las Pampas: una de las cuatro localidades que componen el Partido de Villa Gesell y, por esto, esta reflexión también se figura como una suerte de desplazamiento de mi campo original. Con la certeza de que el tiempo constituye un factor clave para entender los movimientos espaciales, este capítulo pone el acento en las temporalidades rítmicas para reconstruir las motivaciones, los efectos y las tensiones involucradas en el proceso.

Finalmente, la Parte III apunta a desentrañar las experiencias del tiempo futuro para problematizar los itinerarios posibles de la ciudad turística. La temporalidad que se experimenta y representa de forma longitudinal no sólo involucra una serie de conflictos en torno al pasado, sino también disputas de sentido que desencadenan la experiencia del presente y las expectativas sobre el futuro. Las figuras de la nostalgia, la “historia oficial”, la memoria, el desasosiego, la proyección, la esperanza, los temores, las utopías o la incertidumbre son algunas de las puntas para reconstruir las representaciones que intentan ubicar una sucesión de hechos en orden cronológico. Estas representaciones –cabe

destacar— intervienen activamente en las prácticas cotidianas, en los usos posibles del espacio, en la definición de los problemas sociales actuales y en sus posibles resoluciones.

Así, el capítulo VI —“La calidad de vida en perspectiva futura: entre espacios de experiencia y horizontes de expectativas”— analiza los modos en que los geselinos conciben el paso del tiempo como un nudo conflictivo. En el 2019 un grupo de investigadores del CONICET publicó un estudio sobre los modos en que se relaciona la escala de una aglomeración con la felicidad (Zunino, 2019). Esta publicación se instaló en Villa Gesell —ciudad destacada entre las más felices— generando diversos tipos de debates, pero apuntalando principalmente uno. Los geselinos parecían considerar que el presente no era un tiempo feliz y que esa excelente calidad de vida que pregonaba el estudio se situaba algunas décadas hacia atrás. El ejercicio analítico de este capítulo, entonces, apunta a desentrañar aquel principio, tan conocido por los argentinos, que sostiene que todo pasado fue mejor. Recurriendo a las trayectorias biográficas de quienes movilizan estas teorías en un contexto situado, me propongo determinar que ese tiempo mejor se sitúa, en lo cierto, en una sucesión difusa de tiempos pasados. A su vez, esta propuesta me ha llevada a vincular la potencia de estas teorías con las formas de imaginar el futuro e, incluso, desplegar utopías.

El Capítulo VII, por su parte, se involucra en una relación conceptual y práctica sumamente relevante para el pensamiento antropológico: aquella que se sostiene entre lo concebido como cultural y natural (Descola, 2012). Una escisión estratégica que podemos encontrar interactuando en una gran variedad de fenómenos. Con el propósito de recorrer las particularidades de esta relación en un contexto espacial y temporal específico, el capítulo busca conocer las aristas de los vínculos que los geselinos sostienen con el entorno que habitan y que, a la vez, explotan con el objetivo de desplegar sus temporadas turísticas estivales. En este sentido, explora un conjunto de causas ambientales con la intención de comprender qué ha ocurrido con esta relación a partir de la percepción de los efectos de la crisis ecológica, la emergencias de organizaciones ambientalistas locales, y la voluntad política de intervenir en el desarrollo de estas problemáticas. En particular, el análisis se focaliza en el proceso de transformación de un área protegida —de reserva municipal a parque nacional— y en los modos situados de experimentar el futuro; es decir, en los argumentos, cargados de esperanzas y temores, ansiedades y convicciones, sobre los posibles cambios asociados con esta nueva figura conservacionista. El futuro de la

naturaleza y la potencia de la naturaleza para garantizar un futuro, se ha colocado, así, como el *locus* de indagación de los últimos senderos temporales que transité.

En esta tesis utilizo una gran cantidad de herramientas teóricas y metodológicas que pueden ser adjudicadas a diferentes tradiciones situadas en contextos espaciales e históricos diversos. A su vez, llevo adelante un trabajo de campo que entremezcla la producción de datos de observación con otra gran variedad de materiales menos visitados por la antropología, con el objetivo de producir una relación analítica entre una pregunta de orden ontológico y un modo situado de experimentarla. De manera que, lejos de enmarcarme en una línea de investigación específica, hago uso de diversos recursos del corpus de investigaciones de los estudios urbanos, los estudios del turismo y la antropología del tiempo. Desde estas discusiones, procuro pensar el vínculo complejo que se sostiene entre el espacio, el tiempo y los sujetos que experimentan esta relación y construyen diversas herramientas simbólicas y materiales para orientar sus prácticas y representaciones.

Cada una de las partes que aglutinan las situaciones sociales sobre el tiempo se levanta, a su vez, sobre un conjunto de categorías analíticas que permiten iluminar las cualidades específicas de cada una de las problemáticas. De este modo, el lector se encontrará con una breve introducción que antecede el desarrollo de los dos capítulos que constituyen las partes. Se trata de una hoja de ruta en la que se establecen los lineamientos generales de la propuesta para iniciar y desarrollar el viaje. En estas hojas asumen protagonismo las categorías analíticas de estacionalidad, mercados, paisaje, morfología, ritmos, biografía, escala, futuros, horizontes de expectativas, utopías.

Finalmente, es preciso indicar que esta investigación, al basarse en una estrategia etnográfica, se fundamenta en una serie de datos que han sido construidos de manera inductiva. Es decir, no se parte de presunciones teóricas que han buscado corroborarse en un caso empírico, sino que se despliega un diálogo estrecho, conflictivo e intenso entre las teorías del investigador y las teorías nativas. Mediante este ejercicio dialógico, que pretende desnaturalizar grandes generalizaciones, he llevado a cabo mi trabajo de campo. De todas maneras, al momento de presentar la etnografía bajo su formato de texto, y otorgar claridad a sus posibles lectores, opté por desarrollar una estrategia de escritura deductiva que puede verse reflejada en la organización de los siete capítulos que componen esta tesis.

El tiempo cero ha concluido. Ese “tiempo fuera de tiempo” –que todo mito cosmológico postula– se cierra para dar lugar al despliegue de tiempos situados. Los marcos teóricos y metodológicos que fueron detallados en este capítulo, por supuesto, no se perderán. Son aquellas herramientas encargadas de organizar las dimensiones conceptuales de esta tesis y los hallazgos etnográficos que fueron construidos en un trabajo de campo sostenido y sistemático. Como sostuvo Descola (2006), en su investigación sobre los pueblos amazónicos, entender de qué manera se instituye y se narra el tiempo cero de los mitos cosmológicos, permite iluminar los modos en que una comunidad experimenta el tiempo. Este primer capítulo desempeña esa misma función, pero cambia la perspectiva: el tiempo cero no nos dice mucho sobre los modos en que los actores situados experimentan el tiempo, sino que instituye las bases –teóricas y metodológicas– para comprender cómo, en tanto investigadora, abordé, relacioné, exploré y analicé las temporalidades de los sujetos bajo análisis. Ahora sí, es momento de introducirnos en los senderos del tiempo, de caminar junto a los nativos y conocer las experiencias temporales que atraviesan, surcan y dibujan los itinerarios de esta ciudad turística.

PARTE I

EL TIEMPO ESTACIONAL

La experiencia temporal circular

La estacionalidad es una variación periódica y predecible que responde a la estructuración de los días del año en estaciones. En el caso de las sociedades occidentales, son cuatro y cada una de estas estaciones agrupan tres meses siguiendo una serie de características meteorológicas, astronómicas y fenológicas que se mantienen relativamente estables durante el período –verano, otoño, invierno y primavera– y son totalmente opuestas entre el hemisferio norte y el hemisferio sur. Los límites que separan una estación de otra están dados, a su vez, por una fecha del calendario: el 20 se cierra una estación y el 21 se inaugura la siguiente.

El tiempo estacional, como hemos visto en el detalle de los antecedentes de esta tesis, ha sido explorado por la antropología en un contexto específico del desarrollo de la disciplina. Las etnografías de principio del siglo XX evidencian que, en los inicios de este campo, los antropólogos asumieron la compleja tarea de analizar el modo en que la estacionalidad se vinculaba con la organización social, económica, morfológica, política y cultural de los grupos humanos.

Marcel Mauss fue uno de los pioneros en emprender esta tarea cuando analizó las variaciones estacionales del pueblo esquimal. Este texto sentó las bases de una línea de investigación que aún continúa nutriéndose de aportes. La piedra angular de su propuesta fue establecer que “la vida social no tiene el mismo nivel durante todo el año, sino que atraviesa por fases sucesivas y regulares, de intensidad creciente y decreciente, de reposo y de actividad, de gasto y de reparación” (Mauss y Beuchat, 1979 [1905]: 428). Estos contrastes, entre alta y baja intensidad, estarían dados por el cambio de estación. Más aún, esas estaciones formalmente divididas en cuatro pueden asumir otras formas dependiendo de las características de cada grupo y de los modos en que esa organización, justamente, se vincula con la vida social.

Los esquimales se constituyeron en el objeto de estudio que le permitió a Mauss arribar a una serie hallazgos sobre la agencia de la estacionalidad en la organización social y morfológica. Por ello, en este texto incluye un análisis exhaustivo sobre este pueblo que presenta características intrínsecas y enfrentadas en función de las transformaciones que se despliegan entre el verano y el invierno, prescindiendo del otoño y la primavera para centrarse en los extremos climáticos de la modalidad.

Sin embargo, este autor dejó asentada la necesidad de escapar de cierto ejercicio etnográfico meramente descriptivo y postuló algunas categorías y formas analíticas capaces de ser utilizadas para pensar distintos grupos humanos en contextos diversos:

Es un error, además, considerar que la credibilidad de un principio científico depende del número de casos en que se puede verificar. Cuando se realiza un informe sobre un caso, aunque éste sea único, pero que se ha estudiado metódica y minuciosamente, la realidad es cierta en distinta medida que cuando para demostrarla se hace uso de numerosos datos dispares o ejemplos curiosos, tomados confusamente de las sociedades, razas y civilizaciones más heterogéneas. (Mauss y Beuchat, 1979 [1905]: 361)

Mauss también estableció –y esto resulta sumamente importante– que no se trata de un problema propio de aquellas sociedades lejanas y distantes. Por el contrario, “no hay más que mirar en torno nuestro, en nuestras sociedades occidentales, para encontrar las mismas oscilaciones” (Mauss, 1979 [1905]: 427). Estas oscilaciones pueden estar –siguiendo sus propios argumentos– más o menos ampliadas, más o menos aparentes para el ojo del observador, pero las estaciones del año intervienen de manera activa en toda configuración social. Si bien está claro que las relaciones entre tiempo estacional y vida cotidiana son más evidentes en algunos contextos, resulta ser un problema que atraviesa la realidad social en su conjunto y más allá de los escenarios específicos y los contextos temporales.

La estacionalidad atraviesa a distintos grupos humanos de diversas formas: hay economías y mercados estacionales, hay producción estacional, hay movimientos demográficos estacionales –nacimientos, decesos, migraciones, etc.– y hay prácticas culturales estacionales. Lo cierto es que el cambio de estación genera transformaciones en la vida de todos los sujetos, algunas más profundas (como la posibilidad de la supervivencia) y otras más superficiales (como lo referido a los gustos o las actividades recreativas).

El tiempo estacional es una de las tantas expresiones para abordar la interacción entre la “naturaleza” y la “cultura” o, puesto en los términos correctos, entre los modos de concebir lo natural y lo cultural. La estacionalidad se dirime en la conjunción entre la posibilidades que habilita el tiempo cosmológico o climático y aquellas referidas al tiempo social. Algunos autores, como Mauss, sostuvieron que el tiempo es un elemento endógeno al cuerpo social que encuentra en las variaciones estacionales un esquema en el que expresarse. Otros, por el contrario, hicieron hincapié en la construcción social de los dos tiempos. Finalmente, un conjunto de investigadores postuló, como explica Ignasi Terradas, la pregnancia de un proceso de “arrastre” entre ambos tiempos: “O bien el ritmo

social trata de arrastrar al ambiental; o bien el ambiental suscita la memoria social” (Terradas, 1998: 247).

En los capítulos que siguen las reflexiones apuntan a comprender la experiencia de una temporalidad circular que, en Villa Gesell, se erige junto a los cambios estacionales. Todos los años, más allá de algunas variaciones, la vida social se estructura de la misma forma; es esto, a partir de un contraste entre un invierno calmo y un verano frenético, un invierno desolado y un verano abarrotado, un invierno “sin trabajo” y un verano que promete “salvar el año entero”. A su vez, esta temporalidad produce transformaciones en la espacialidad y en la sociabilidad local: en verano, los geselinos comparten su territorios con los miles de turistas que eligen en estas playas para vacacionar produciendo un tipo peculiar de alteridad; en invierno, por el contrario, “vuelven a ser ellos mismos”, a replegarse en una sociabilidad que se extiende entre supuestos conocidos.

La estacionalidad, para el caso geselino, es radical porque habilita –como sostiene Rolando Silla (2010)– dos tipos diferenciados de sociedad que a la vez se constituyen como expresiones legítimas del mismo grupo humano. Estos contrastes, a su vez, no responden a los límites estacionales formales sino a la lógica de una sociedad que nació, creció y se consolidó explotando –pero también padeciendo– el fulgor de la proclamada temporada turística.

Las viejas y nuevas contribuciones socio-antropológicas sobre el tiempo estacional aparecen como las herramientas analíticas nodales de las dos propuestas desarrolladas a continuación. Las situaciones sociales que dialogan con esas contribuciones buscan delinear algunas de las dimensiones más significativas de las transformaciones sociales anudadas a una temporalidad circular, predecible y reiterativa. El Capítulo II avanza en las experiencias del habitar un paisaje que, bajo la voz de los nativos, no sólo se transforma sino que se traviste con los cambios de estación. Los aportes de este capítulo hacen foco en el despliegue y el repliegue de una materialidad en tensión. El Capítulo III analiza las dinámicas que asumen dos mercados relevantes para la comunidad local: el mercado laboral y el inmobiliario. El objetivo de este último es explorar las transacciones, los procesos de intercambios y las cualidades de una oferta y una demanda de bienes y servicios atravesada y organizada por las cualidades del verano y del invierno. Sin embargo, el aporte primordial gira en torno a los impactos morfológicos y subjetivos que puede impulsar una dinámica de este tipo.

CAPÍTULO II

LA CIUDAD TRAVESTIDA

... una “loca geografía” que se articula cada verano con la temperatura que sofoca los deseos y fragiliza la memoria en el ondular de “las olas, el viento y el frío del mar”²². Así pareciera que un desate colectivo se despojara del ropaje de traumas ocultos, recalentando una sexualidad ventrílocua perdida en los juegos de infancia. Como un desborde libertario en estos meses de bagaje y ocio en que todo está permitido. Un paréntesis en desliz que borra la huella homosexuada en la última ola de febrero, dispersa en espuma de canción, que sigue salpicando el recuerdo cuando el motor del pullman inicia el regreso.

Pedro Lemebel, *Las locas del verano leopardo* (2005)

1. De proyectos, funciones, formas y paisajes

Las ciudades se sueñan, se planifican, se fundan, se urbanizan, se disputan y se transforman al compás de procesos globales y anclajes locales. ¿Qué proyectos guían estos procesos? ¿Cuáles son las diferencias entre ellos? ¿Qué particularidades tuvieron, dentro de una variedad vastamente amplia, aquellos capaces de impulsar la consolidación de las ciudades turísticas? Henri Lefebvre (2013) escribió, en una de las obras más influyentes para los estudios urbanos, que si bien todos los espacios están producidos socialmente, los escenarios turísticos responden a un proceso particular: son planificados cuidadosamente, centralizados, organizados, jerarquizados, simbolizados y programados al enésimo grado; concebidos, en todos sus detalles, para responder a una serie de necesidades vinculadas al divertimento, la recreación, el descanso y el ocio.

Existen tantos destinos turísticos posibles como grupos sociales o subjetividades que se movilizan en busca de ellos. En la actualidad, el turismo como práctica social se ha diversificado hasta lo inimaginable. El mercado ofrece experiencias exóticas, travesías salvajes, paquetes cerrados, itinerarios históricos, urbanizaciones espectaculares,

²² El fragmento entrecomillado del epígrafe es parte de la canción *Tiritando*. Compuesta por Nono Pugliese e interpretada por el cantante argentino Donald, esta canción se popularizó hacia finales de los años sesenta cuando fue incluida en un famoso comercial de cigarrillos *Chesterfield*. El comercial –protagonizado por la actriz Liliana Caldini– se centra en una joven mujer que escucha música, baila y, por supuesto, acompaña estas acciones con los cigarrillos que promociona la marca. Sin embargo, debido al contenido de la letra y la escenografía elegida para filmar el video de Donald –Mar del Plata–, la canción se consolidó como uno de los “himnos” argentinos capaces de retratar alguna representación en torno a la costa atlántica de la Provincia de Buenos Aires.

naturalezas prístinas, inmensidades y comodidades de lo más excéntricas. Los turistas consumen –apelando a una multiplicidad de condicionamientos, motivaciones, tradiciones y gustos– aquellos espacios o fragmentos de espacios ofertados en un mercado altamente competitivo. Sin embargo, a pesar de presentarse como inabarcables, es posible delimitar una tipificación de los destinos para organizarlos y diferenciarlos a partir de una serie de criterios analíticos.

El primero de ellos remite al tipo de “materia prima” que deviene en objeto de consumo para los turistas y se constituye en el recurso que las sociedades de acogida explotan económicamente. Bajo esta propuesta, por un lado, se encuentran los destinos levantados sobre las características paisajísticas y naturales de su entorno y, por el otro, aquellos que hacen uso de sus patrimonios culturales, tradiciones o costumbres. Aunque los límites entre lo “cultural” y lo “natural” son difíciles de establecer, ambas dimensiones constituyen dos grupos diferenciados dentro del mapa de opciones nacionales e internacionales.

El segundo criterio refiere a la extensión que ocupa la explotación del recurso – natural o cultural– con relación al territorio. En este sentido, hay escenarios que seleccionan y enaltecen fragmentos espaciales destinados al turismo y otros en los que el consumo y el ocio definen la estructura espacial y organizan tanto la dinámica social como económica del lugar. No es lo mismo, en este punto, un parque temático concebido como un producto acabado y cerrado sobre sí mismo que un circuito de sitios históricos –museos, monumentos, etc.– que dibujan un itinerario por una ciudad cuya funcionalidad primaria podría ser otra.

El tercer criterio se vincula a la versatilidad productiva del escenario del que se trate. Atendiendo a esta dimensión, es posible hallar destinos en donde el turismo representa solamente una porción de la estructura productiva y otros en los que se constituye como la única fuente de supervivencia. Estos últimos escenarios pueden ser comparables con un área geográfica destinada a un monocultivo “... y, por ende, igualmente vulnerable; esa vulnerabilidad es agravada debido a que el turismo es una actividad económica no indispensable, reducible en frecuencia, duración y costos, y prescindible en tiempos de crisis” (Dadon, 2011: 43).

Finalmente, el cuarto criterio se posiciona junto a un debate, relativamente reciente dentro del campo de las perspectivas sociales, que postula la pregunta por la

autenticidad. Algunos autores que se incluyeron dentro del posestructuralismo²³, han señalado que la figura del enclave turístico avanza reemplazando cierto encanto original de los lugares por modelos artificiales y empaquetados, idénticos unos a otros, que habilitan experiencias espaciales medidas, controladas y organizadas. Desde esta perspectiva, existen escenarios menos intervenidos o auténticos y otros más prefabricados. Esta distinción, a su vez, responde a la propia dinámica del mercado turístico que se ve obligado a crear diversas ofertas para satisfacer la multiplicidad de motivaciones de los viajeros.

Un lector familiarizado con las perspectivas antropológicas podría postular la improductividad de una taxonomía cuyo objetivo es reducir la multiplicidad de experiencias, representaciones, prácticas y tensiones a un conjunto pareado de opciones: paisaje natural o patrimonio cultural, auténtico o artificial, extensivo o acotado, diversificado o monolítico. Más allá de establecer un acuerdo general con este lector imaginario, la taxonomía sirve para postular las primeras características del caso de estudio sobre el cual se sustenta esta tesis y esclarecer, particularmente, los objetivos de este capítulo.

Atendiendo al universo de posibilidades formuladas en la taxonomía, Villa Gesell es una ciudad proyectada, urbanizada y consolidada a partir del desarrollo del turismo estival y, por estos motivos, fuertemente atravesada por las lógicas de la estacionalidad. Es, además, una ciudad que vive de forma prácticamente exclusiva de las bonanzas que deja la temporada turística y que, para hacerlo, tuvo que explotar sus cualidades paisajísticas y desarrollar la infraestructura de servicios necesaria para alojar, divertir, entretener y brindar descanso a los viajeros. Finalmente, se trata de un escenario que se jacta de “auténtico”, en la medida en que pretende preservar su recurso explotado en su expresión menos intervenida. Como sostiene José Dadon, en este tipo de escenarios el turista es convocado a disfrutar una relación directa con “... el paisaje natural, lo más prístino y virginal posible: playas extensas de arena o canto rodado, limpias y aptas para pasear; aguas transparentes con oleaje suave para la natación o excitante para el *surf*;

²³ Este término se utiliza para denotar un cuerpo de investigadores que, en términos amplios, concibe a las ciudades como un paisaje fracturado por muros, barreras y una geografía de la diferencia y la separación, una forma de desarrollo producida por las influencias económicas y políticas de la globalización. Esta visión plantea un claro distanciamiento de la geografía “modernista” del siglo XX, de la planificación comprehensiva, el desarrollo a gran escala y el objetivo de lograr el orden y la armonía en el ambiente urbano. La interpretación posestructuralista del desarrollo urbano es representada por la conocida Escuela de Los Ángeles.

cielos sin nubes, aire puro; sonidos naturales; vistas amplias de gran calidad escénica; etc.” (Dadon, 2011: 14).

Este capítulo se propone analizar la configuración de esta ciudad turística, costera y estival, priorizando reponer las intervenciones materiales, morfológicas y de infraestructura que fueron desplegándose con el objetivo de diseñar y hacer crecer un espacio destinado al ocio. A partir del despliegue del contexto fundacional, el análisis avanza en la historia material de Villa Gesell y recupera las tensiones y problemáticas surgidas de un diseño de ciudad que responde a las necesidades de los veraneantes. Es decir, a un conjunto de necesidades recreativas que sólo pueden concretarse en un período específico del calendario: el verano.

La propuesta, en lo que sigue, es profundizar en la intersección de cuatro elementos: los ideales que guían los proyectos fundacionales, la especialización económica, la forma o imagen de la ciudad y los modos de habitar estos paisajes. Desde luego, los elementos detallados son abordados a partir del modo que tienen de vincularse e implicarse mutuamente. Asimismo, la interrelación entre los cuatro es leída a la luz de las transformaciones que imprime la temporalidad circular o estacional.

En primer lugar –apelando a los repertorios nativos (Noel, 2013a)– reconstruyo las limitaciones y habilitaciones económicas, burocráticas, políticas y culturales que moldearon, de una manera peculiar, el proceso de emergencia de Villa Gesell y marcaron sus itinerarios materiales posibles. En segundo lugar, caracterizo la especialización económica y analizo cómo interviene sobre la forma de la ciudad y los modos de habitarla. Al respecto –siguiendo el planteo de Ramiro Segura (2015a)–, es importante mencionar que la forma no es entendida como una representación posible de una realidad que está ahí, afuera, esperando ser capturada por alguna subjetividad; el dilema de la forma no se sostiene entre la “realidad” y los “modos de representarla”, sino que se constituye entre la representación y las experiencias del habitar.

Finalmente, exploro de qué manera estos elementos constituyen un paisaje peculiar. No se trata de un paisaje urbano o natural con ciertas características, sino de un paisaje entendido en los términos de Tim Ingold (2013), es decir, en tanto *taskscape*. Bajo esta propuesta, este “paisaje de tareas” no es el espacio visto y dibujado desde afuera; tampoco es tierra, entendida como suelo cuantificable e intercambiable; ni es naturaleza, como algo que podamos separar de las actividades humanas. El paisaje es materia y tiempo, es un proceso que involucra quehaceres, movimientos, itinerarios y prácticas.

Haciendo uso de una categoría nativa que empalma con categorías analíticas capaces de iluminarla de múltiples formas, este capítulo se adentra en las formas y los contenidos de un paisaje que se traviste: se monta y se desmonta, se expande y se contrae, se despliega y se repliega. Un paisaje que, visto de este modo, admite un movimiento aparentemente dual, pero también circular. ¿Cuáles son las experiencias del habitar un entorno de estas características?

2. Concebidas para el placer de otros

Un miércoles frío del mes de junio de 2015, a las 17 horas, después de estar cuatro días realizando trabajo de campo, me encontré con Mariana para entrevistarla una vez más. Era la quinta vez que nos veíamos y todos nuestros encuentros habían resultado ser sumamente productivos. Ella es historiadora, nacida y criada en Villa Gesell, y siempre presentó un gran entusiasmo ante la posibilidad de colaborar con los detalles de mi trabajo. Cada encuentro, mate de por medio, se extendía durante horas en las que conversábamos sobre distintas problemáticas y características de la ciudad balnearia.

La historia de Mariana y su familia había logrado capturar me desde el principio. Sus abuelos habían llegado a Villa Gesell en la década del sesenta. Él era trabajador de la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA) y ella ama de casa, habían sentado raíces en el barrio de Los Polvorines, del Gran Buenos Aires, pero gracias a un amigo –que ya estaba instalado en la localidad balnearia– se enteraron sobre las oportunidades de empleo que empezaban a promoverse en las nacientes urbanizaciones atlánticas bonaerenses.

Con esta información, decidieron migrar junto a sus hijos, para establecerse en Villa Gesell, en una casa que fueron construyendo –gracias al Plan Galopante²⁴– en el paseo 115 y 10 (ver Figura I). Cuando llegaron, cuenta Mariana, su abuelo se dedicó intensamente a realizar tareas en el rubro de la construcción: “hacía de todo, albañilería,

²⁴ El Plan Galopante fue un proyecto de urbanización y venta de lotes implementado en la localidad balnearia en 1961. Este plan, dirigido tanto a residentes como a turistas, consistió en otorgar un 50% de descuento, sobre el valor final del terreno, a aquellas personas que hubiesen terminado de edificar sus viviendas o locales comerciales, dentro del período de los seis meses. Su desarrollo generó un gran ciclo expansivo de crecimiento demográfico y morfológico de la ciudad que fue motorizado por los grandes beneficios otorgados para la adquisición de lotes (Noel y Abrantes, 2014).

electricidad, de todo, había muchísimo por hacer”, y también a militar políticamente. Fue el creador, junto a otros compañeros, de la primera Unidad Básica²⁵ de este lugar.

Mariana, como buena historiadora, me mostraba fotos, repasaba fechas, buscaba libros, leía fragmentos y construía puentes entre su trayectoria familiar y el recorrido de la sociedad local. Conocía la historia de la ciudad como nadie, pero la leía a contrapelo de las versiones más establecidas. La fundación y el crecimiento de la ciudad balnearia no eran, desde su perspectiva, aquellos procesos lineales “que el museo [de Villa Gesell] y los pioneros [familias fundadoras de la ciudad] insisten en contar”.

Le gustaba recordar su infancia feliz –entre dunas y bosques, en una comunidad chica, donde todos se conocían–, pero también destacar los problemas y disputas que enfrentaron sus abuelos: “Esta ciudad fue siempre un bastión radical y, bueno, a los peronistas no los querían. Una ciudad muy gorila²⁶”. Como bien explica Gabriel Noel (2020), el recorrido político de la ciudad balnearia estuvo marcado –al menos hasta el 2007– por una fuerte presencia de la Unión Cívica Radical²⁷.

En el 2015 Mariana tenía 32 años, se reconocía como una militante peronista “de base”, dirigía la Oficina de Empleo local y vivía junto a Joaquín, su hijo de 8 años, en la casa que había sido primero de sus abuelos y luego de sus padres. Sin embargo, ese día de mayo se encontraba cuidando la casa de un amigo que, por motivos laborales, había tenido que viajar a Buenos Aires por unas cuantas semanas. Ante la posibilidad del encuentro en este nuevo escenario situado en la zona “no turística de la ciudad”, ella me explicó:

Y acá el tema de las viviendas desocupadas es todo un tema. No es que estoy diciendo que todas se ocupan, pero es cierto que hay que estar atentos. Es un problema, porque hay mucha gente con grandes dificultades para acceder a una vivienda digna y entonces se motorizan estos procesos de toma. Esta casa, que es hermosa, está en una zona medio

²⁵ Se conoce como unidades básicas a aquellos centro locales o barriales donde suelen reunirse los militantes del movimiento peronista para realizar distintas actividades de corte social o político.

²⁶ El término “gorila” es utilizado, en la Argentina, bajo una connotación política. Fue en la década del cincuenta que esta palabra comenzó a utilizarse para referir a aquellas personas antiperonistas. La expresión fue tomada de un cuadro humorístico creado por Aldo Cammarota y puesto en escena por Delfor Amaranto en un programa radial: *La Revista Dislocada*. Para un análisis pormenorizado de este término ver Grimson (2007).

²⁷ La Unión Cívica Radical (UCR) es un partido político argentino fundado hacia fines del siglo XIX. De larga tradición política, este partido ha pasado por diferentes conformaciones, alianzas y fracturas y ha logrado gobernar el país, desde el ejecutivo, en diversos períodos históricos. La UCR es un partido federal con presencia en todo el territorio argentino y se reconocen como el espacio político “de las libertades públicas, la Constitución y la democracia” (Unión Cívica Radical, 2021: s/p).

complicada. Acá no viene mucho la policía. [...] Entonces las cuidamos, entre todos, así como podemos. (Mariana, 32 años, historiadora)

Con la pava sobre la mesa, empezamos a conversar, una vez más, sobre la historia de Villa Gesell. Mariana hilvanaba datos, los ponía en perspectiva, iba y venía en el recorrido cronológico. Le preocupaban, particularmente, las limitaciones que imponía la expresión de la ciudad turística: “acá está el problema, no podemos salir de esto y es una trampa; es una trampa histórica”. ¿Cuál es el origen de esta “trampa”? Mientras conversábamos en esa casa desplazada del núcleo geselino por excelencia, Mariana me habló de otra casa, la casa mítica, la que se instituye como el símbolo fundante de esta ciudad turística. Algo de la historia de esa fundación, entendería luego, contenía varias claves capaces de desentrañar la presunta trampa en la que los geselinos parecían estar atrapados.

La ciudad de Villa Gesell fue fundada, oficialmente, el 14 de diciembre de 1931. Ésta es la fecha que figura en los registros oficiales como el hito fundacional; el punto de partida de una serie de procesos de crecimiento, expansión y consolidación de la ciudad turística. Su origen se inicia con la construcción, por parte de su fundador, del primer símbolo representativo de la comunidad: una casa emplazada sobre un médano de nueve metros de altura, cuyas paredes se encuentran elaboradas en paneles dobles de madera, revestidos con material desplegable y cubiertos con capas de revoque. Tales paneles están rellenos con papel de diario, utilizado para lograr un efecto aislante. Asimismo, la casa tiene la particularidad de poseer cuatro puertas: cada una de ellas orientada a un punto cardinal diferente para que, cuando los vientos levantan suficiente arena como para bloquear alguno de los accesos, siempre se pueda entrar y salir de la vivienda.

Los habitantes de Villa Gesell indican, con frecuencia, que “la casa de las cuatro puertas”, donde hoy funciona el Museo y Archivo Histórico Municipal de la Ciudad de Villa Gesell, es “el patrimonio arquitectónico más importante de la ciudad”, no porque se trate de una construcción vistosa, sino porque representa el origen y condensa en su arquitectura algunos de los principios fundantes de esta localidad. En 2013 la casa fue declarada, mediante el decreto 784, Monumento Histórico Nacional.

... tras la consolidación de la ciudad de Mar del Plata como destino turístico, aparecen otros balnearios alternativos, que se fundan hacia el norte de esa localidad sobre la costa bonaerense. [...] estos sitios surgen como alternativas menos urbanizadas y masivas, más inmersos en la naturaleza, y que requirieron a su vez trabajos de forestación especiales para la consolidación del suelo. Que entre estos se destaca el ejemplo de la labor desarrollada por Carlos Idaho Gesell en la forestación de dunas marinas, dando lugar a la fundación de una villa balnearia que lleva su nombre [...] Que se ha tomado como fecha de fundación de la ‘villa’ el 14 de diciembre de 1931, momento en el cual Gesell comienza la

construcción de su primera vivienda familiar, hoy sede del Museo y Archivo Histórico Municipal [...], una casa de características especiales. (Decreto 784/2013, Boletín Oficial N° 32666, 25/6/2013)

Cuando Carlos Idaho Gesell –el fundador de la ciudad– emplazó sobre aquel médano esta casa emblemática, tenía el objetivo de llevar a cabo un proceso de forestación del territorio dunícola para proveer de insumos a su comercio: Casa Gesell, un negocio familiar relativamente próspero, de fabricación y venta de muebles para niños, situado en la Ciudad de Buenos Aires (Abrantes, 2018; Noel, 2020). La casa de las cuatro puertas, en este sentido, se construyó con el fin de que pudiera brindarle refugio cada vez que tenía que trasladarse hacia este lugar inhóspito y avanzar con el proceso de plantación de especies foráneas.

Sin embargo, algunos años después, su objetivo mutó radicalmente. Don Carlos – como así lo llaman los geselinos– no sólo se trasladó y se instaló en esta casa de manera permanente, sino que, dadas las condiciones paisajísticas de la zona, la proliferación de destinos turísticos de sol y playa y la consolidación del acceso a las vacaciones, comenzó a soñar con la fundación de una villa balnearia sobre el Atlántico. Mariana explica, en relación a este hecho, que allí se condensa un “símbolo de la derrota”:

Y ahí en esa casa, a orillas del mar, todo cambió [...] o al menos eso es lo que cuentan [...] Ahí perdimos todos, desde ese momento hasta acá, venimos perdiendo. Le vieron la veta al turismo, a la capacidad de generar ganancias y esto se convirtió en una villa de veraneo y desde ese momento, en este lugar, no se pensó nada por fuera del turismo [...] no hay nada más que eso... esperar que llegue la temporada y sálvese quien pueda [...]. Vivir en una ciudad turística es muy difícil. (Mariana, 32 años, historiadora)

Desde ese entonces, para Marina, los geselinos entraron en la trampa circular: “cada año es la misma historia: arranca la temporada turística y creemos que este año nos salvamos todos, pero cuando termina nos damos cuenta que no. Esa es la trampa”. Desplegando una representación que disputa cierta genealogía establecida, sostiene que la lógica del turismo “funcionó” en un momento de expansión, pero terminó socavando la posibilidad de crecer de otros modos.

Este lugar no se fundó como una ciudad turística. Carlos Gesell tenía un proyecto productivo diferente [...], pero, claro, nadie se acuerda de esa parte [...]. La villa balnearia vino después porque este lugar es un paraíso. Fue un éxito, es cierto, pero ya no va más. Nos quedamos encuadrados en eso del turismo porque funcionó durante mucho tiempo y ya no funciona, no podemos pensar en otra cosa: todo se reduce a la temporada turística como si no fuésemos capaces de soñar con algo más. [...] Ahora somos 40 mil habitantes y no podemos vivir todos del turismo, es un sistema muy restrictivo. (Mariana, 32 años, historiadora)

Este sistema restrictivo, desde la perspectiva de mi entrevistada, había logrado escindir la ciudad: de un lado, la pujante ciudad turística, la que está cerca del mar y, del otro, la ciudad invisibilizada, la de los sectores populares, “la que está bien atrás”. La división estaría dada por el Boulevard Silvio Gesell, una avenida que separa material, social y simbólicamente a dos sectores bien diferenciados que habitan el mismo escenario (Noel y Abrantes, 2014).

El corredor turístico está muy urbanizado y hay más servicios públicos. Esto no debería ser así: una persona en verano –el que viene a calentar una salchicha– tiene gas natural, mucha más potencia de luz, accesibilidad a los centros educativos [...], mientras que la gente que vive todo el año, donde está la mayor densidad demográfica, no tiene nada. Esa gente, por ejemplo, tuvo que luchar para tener una escuela después de mucho tiempo. Ahí están los chicos, no en la ciudad turística. De este lado está lleno de casas vacías durante todo el año, todos los hoteles, los servicios, todo. Donde más urbanizado está es donde menos vive la gente. Y, de hecho, muchas cuestiones de presupuesto que venían de Provincia en servicio públicos se han volcado sobre el corredor comercial, que es justamente donde se pueden pagar la obra [...]. Las habas se cuecen en otra zona. (Mariana, 32 años, historiadora)

Para Mariana existen muchos problemas en esta localidad atlántica y la mayoría de ellos parecen encontrar explicación en las lógicas que imprime el turismo sobre la sociabilidad, la economía, la cultura y el territorio. Con esta metáfora del mundo naval, me dijo: “El turismo de sol y playa es así: tres meses navegando con viento de popa y después, bueno, el resto del año estás ahí: abandonado, con suerte en el muelle y, si no, hundido”.

Las metáforas, los dichos locales, las murmuraciones, los contrarrelatos y los datos oficiales, pero también aquellos que surgen de la experiencia del habitar –“yo conozco a la gente de acá, yo pregunto”–, son los pilares sobre los cuales mi entrevistada levanta sus principales argumentos. También despliega un conjunto de indicaciones, referencias y marcas espaciales. Por esto, los encuentros con Mariana me empujaron a utilizar diversos dispositivos para registrar la información que me brindaba. Esa tarde, en particular, además de grabar la entrevista y tomar algunas notas sueltas en mi cuaderno de campo, traté de delinear en una de las páginas las coordenadas espaciales que ella indicaba. A los pocos minutos, y después de repreguntar varias veces sobre los hitos y los procesos, le pedí si podía dibujar sobre un papel todo lo que me estaba contando: “así como si estuvieses creando tu propio mapa”, le dije.

Cuando uno está en el campo –entrevistando, observando, construyendo datos–, tiene que saber posicionarse en ese frágil equilibrio de intercambio de dones: uno puede pedirles a sus interlocutores, pero tiene que saber parar cuando sus solicitudes empiezan a ser excesivas y a superar aquello que, como investigadores sociales, somos capaces de

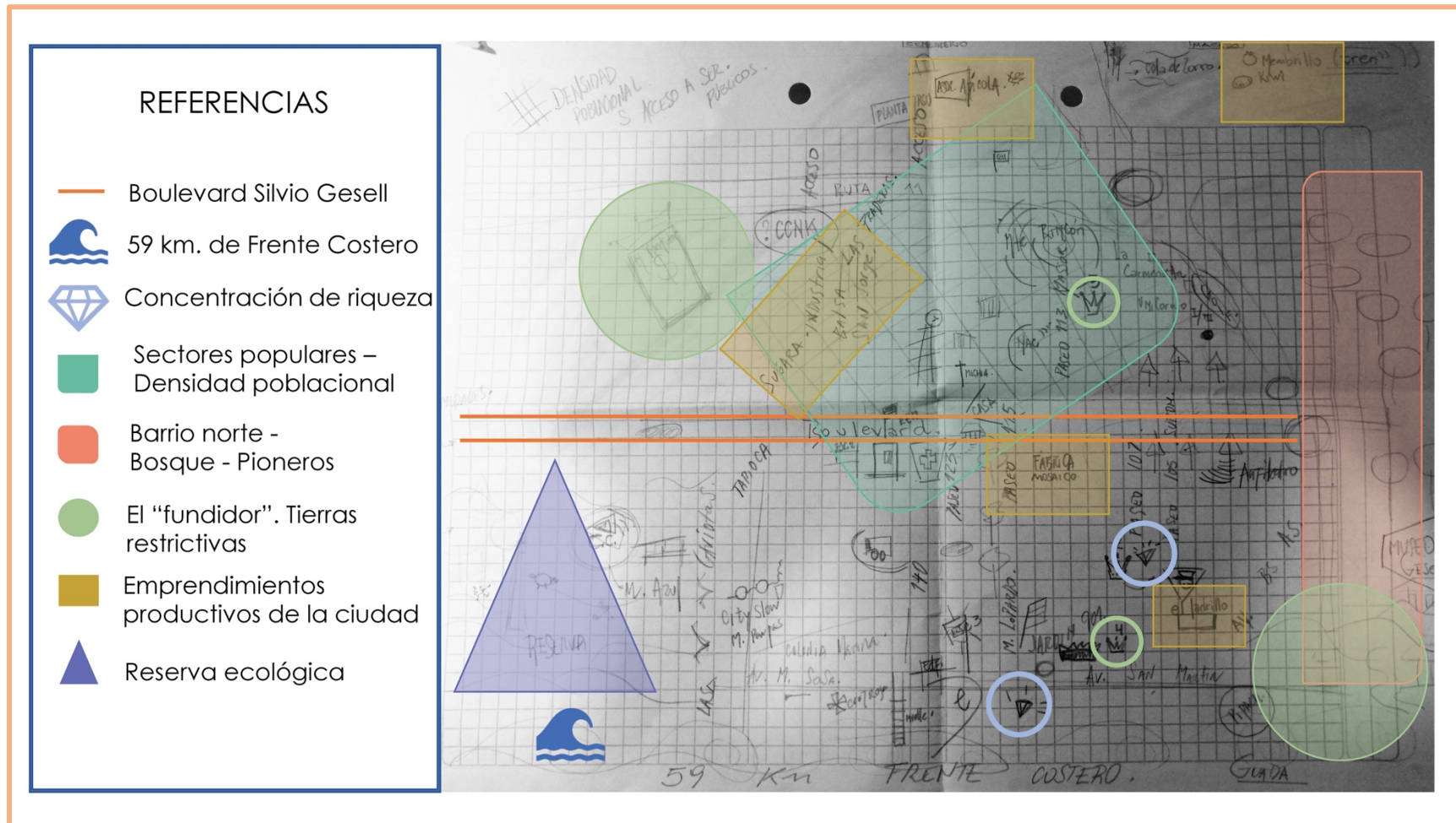
restituir. Al terminar de deslizar la posibilidad del mapeo, me di cuenta de que la propuesta podía resultar un tanto intimidante: estamos, ciertamente, más acostumbrados a representar nuestras ideas con palabras habladas que con formas, colores, líneas y símbolos. Además, solemos reconocer más temores a equivocarnos en un formato que en el otro. Entonces me adelanté y le expliqué que iba a utilizar el dibujo sólo para ubicar espacialmente su relato.

Sin embargo, esta iniciativa, al comienzo algo dudosa, disparó un intercambio sobre las representaciones geográficas y la función de los mapas, que terminó delineando algunas de las bases del presente capítulo: “Cambia todo según el punto de vista, claro. Esa otra parte que te digo, que está después del Boulevard, ni siquiera figura en los mapas locales. Todo es turismo. [...]. La ciudad se muestra para la foto, para la postal”, me dijo Mariana, para enseguida colocar la atención en la lógica que gobierna cualquier representación de este tipo: “Se invisibiliza y se resalta lo que se quiere y no se quiere mostrar. Así son los mapas: un juego de poder, lo que se esconde y lo que se muestra [...] ¿Para para quiénes son los mapas? [...] ¿El mapa te da la municipalidad, a qué sector representa?”.

Estos mapas —empecé a pensar mientras Mariana argumentaba— eran capaces de expresar, justamente, esa imbricación entre proyecto, función, forma y paisaje. No obstante, anexaba un ingrediente al evidenciar que la experiencia del habitar atraviesa el modo en que interactúan estas cuatro dimensiones. Como sostiene Ramiro Segura, estas “imágenes de la ciudad expresan menos a la ciudad que la relación que los actores sociales mantienen con ella” (Segura, 2017: 124).

Entusiasmada con la actividad, corrió la pava y el mate, se puso cómoda, le pidió papel y lápiz a su hijo y comenzó a desplegar sus líneas. Mientras dibujaba, iba explicándome todas las decisiones que tomaba: “acá están las avenidas”, “acá los paseos”, “El Boulevard”, “el frente costero”, “la reserva ecológica”, “el museo”, etc. “Los límites de la ciudad para mí son estos, el Barrio Norte, y toda esa parte no la incluyo porque para mí acá se termina la ciudad”. El Barrio Norte es el sector más antiguo de la ciudad. Allí se instalaron los pioneros que vinieron a fundar este pueblo balneario, pero también se constituyen como las tierras más exclusivas, rodeadas de bosque, cerca del mar y repleta de chalets a dos aguas con techos rojos, donde la Municipalidad invierte sus mayores recursos y donde los turistas buscan hospedarse.

Figura I: El mapa de Mariana



Fuente: elaboración propia en base a un dibujo de una entrevistada

El mapa que dibujó Mariana esa tarde de mayo contenía –como se puede ver en la imagen– una gran cantidad de elementos para reflexionar sobre la espacialidad de esta ciudad turística: los procesos de segregación, la división de la ciudad, los espacios de concentración de riqueza, las tierras vinculadas con la figura del fundador –que ella llama irónicamente “el fundidor”–, las zonas populares y desatendidas por las políticas públicas locales, así como también los límites de la ciudad “real”. A su vez, destacaba algo más: los emprendimientos productivos que no encuadran dentro del modelo económico de la ciudad turística. Proyectos que, en sus propias palabras, “podrían darle otra oportunidad a esta ciudad, pero que [al estar] tan enceguecidos muchos no saben mirar”. Esta historiadora hablaba, como decía ella, con cierto “conocimiento de causa”: trabajaba en la oficina local de empleo y aseguraba que las políticas públicas no siempre podían dirigir sus esfuerzos a levantar toda esa ciudad que no es representada por los mapas “el turismo se lleva todo: nuestra energía, nuestro tiempo, nuestra plata, nuestra voluntad política”.

Eran las 19:30 horas cuando entendí que ya era momento de retirarme, pero Mariana me invitó a cenar. Le agradecí, aunque rechacé su oferta. Ella insistió: “dale, quedate que tengo todo para hacer un guiso; mientras lo hago, seguimos charlando”. Decidí aceptar y me dispuse a un intercambio más relajado, sin grabador. Ella empezó con paciencia la cocción de su guiso: cortó papas, zapallo, batatas, cebollas, carne y abrió dos latas de tomate. Afuera, el termómetro seguía descendiendo, pero adentro de la casa de su amigo todo era más cálido. Joaquín, mientras tanto, me mostraba sus obras: fanático de las historietas y de crear sus propias historias.

En lo que tardó en hacerse el guiso, hablamos, ciertamente, sobre una gran cantidad de temas: la maternidad, las relaciones amorosas, su paso por la Universidad de Buenos Aires, la política local y la nacional, los medios de comunicación y el rol de la policía. De todos modos, la ciudad dividida en dos, la “derrota” de la ciudad turística, cada tanto volvía a hacerse lugar entre nuestros intercambios. En un momento, el tema volvió a instalarse con fuerza y ella dijo:

Qué loco, ¿no?, vivimos en una ciudad que fue pensada para el placer y el deseo de otros. Todos estos hoteles, estas playas, ese bosque, estos restaurantes: ¿para quiénes son?, ¿dónde queda, en el medio de todo esto, nuestro propio placer? Estamos presos del verano, presos de que ese deseo aparezca todos los veranos. Si ese deseo no aparece, acá las cosas se complican porque se desarman, en realidad, nuestros propios deseos. (Mariana, 32 años, historiadora)

Y así, como alguna vez sostuvo Bronisław Malinowski, el trabajo de campo, “el estar ahí”, me permitió vincularme con los imponderables de la vida real. Esa escena, no programada por la agenda que todos los investigadores planeamos antes de acercarnos al campo, había logrado colocarme ante uno de los hallazgos más interesantes. Mariana continuó desarrollando sus ideas hasta delimitar una categoría sumamente potente: “vivimos en una ciudad que tiene que salir a explotar su cuerpo porque no le queda otra, porque el mercado la empuja a eso. Una ciudad que fue creada para ser consumida por otros”. Estas ideas nativas, además, se nutrían de otros elementos: “también nos travestimos, ¿no?... nos montamos en verano y nos desmontamos todos los inviernos [...] es bastante loco lo que pasa acá, esto del cambio constante”. Mariana se refería a esa “geografía loca” –como describe Pedro Lemebel en el epígrafe de este capítulo– que se articula cada verano con la temperatura que sofoca los deseos y fragiliza la memoria. Sin embargo, a diferencia del escritor, ella ponía el acento en las experiencias de quienes habitan en este lugar y no en las de quienes la visitan estacionalmente.

A su vez, a contrapelo del posicionamiento político de Lemebel, Mariana utilizaba la metáfora del travestismo y, a partir de uso, movilizaba una categoría sedimentada y estigmatizante. En esta caso, el travestismo era asociado con el montaje, la falta de autenticidad y también la explotación del propio cuerpo. Sin embargo, el intercambio con ella me permitió eliminar cualquier tipo de confusión respecto de esta referencia ya que su intención era remitir a una asociación “naturalizada” entre esa identidad de género y ciertas prácticas y extrapolar esa sedimentación a una serie de representaciones sobre la ciudad que habita²⁸.

La palabra “montaje” me remitió a un proceso de armado, de construcción, de escenografía que se tiene que amoldar a un público crítico que mira los detalles, que acomoda sus expectativas y que, ante todo, busca encontrar allí algún tipo de entretenimiento. Me remitía a la expresión de un paisaje escenificado que se despliega en

²⁸ Es importante señalar, en relación a la categoría nativa que impulsa el análisis del capítulo, que la intención de este trabajo no es explorar las derivas que pueden desprenderse de ella ni recuperar las relaciones que pueden establecerse, a partir de su uso, con ciertos debates sobre géneros y sexualidades. Si bien podría resultar ser sumamente interesante, este capítulo recupera esta categoría para pensar en los modos en que la forma y la función económica de la ciudad –anudadas a una temporalidad estacional– dibujan un paisaje peculiar y motorizan modos de habitar que se ajustan a un movimiento de repliegue y despliegue. A su vez, es necesario indicar que tanto en la voz de mi interlocutora como en la mía, no se incluye ningún tipo de vocación valorativa sobre el ser travesti, transexual y otras disidencias sexuales; en este sentido, la metáfora se utiliza, simplemente para describir una realidad una cambiante, tensionada y conflictiva.

una materialidad y una temporalidad distinta sólo durante tres meses al año. Pensé en el armado de carpas, en la apertura de los negocios y hoteles, en los restaurantes, en el arreglo de las fachadas de las casas; pensé en cómo la ciudad, a partir de diciembre, se prepara y extiende una morfología diferente para recibir a los turistas. Estas ideas, además, me llevaron a reflexionar en torno a las relaciones que se extienden entre ciertas nociones de la ciudad “auténtica” y la ciudad “artificial”: ¿por qué esta división estaba tan presente entre los geselinos? Por último, la idea de la “explotación” instaló la pregunta sobre las capacidades económicas de este escenario, sobre las limitaciones y posibilidades para desarrollar otro tipo de subsistencia y también sobre las decisiones o las relaciones de poder que sustentan un modelo anclado en un turismo de sol playa que se articula por estaciones.

Aunque la metáfora de la ciudad travestida me pareció reveladora, en ese entonces mis intereses de investigación no estaban anudados a la dimensión turística. Así, cuando terminó la cena, y mientras caminaba de regreso a la casa de otro informante, donde me hospedaba, simplemente anoté las ideas en mi cuaderno. Estas ideas quedaron guardadas allí durante algunos años.

Cuando volví a estas entrevistas con la intención de explorar las marcas espaciales de una temporalidad estacional, la metáfora nativa, de la ciudad travestida, empalmó con algunas apreciaciones que Paul B. Preciado desarrolló, desde una perspectiva de género, en torno a la ciudad de Venecia. Dibujando –ella también– una suerte de metáfora sobre las cualidades que portan las ciudades, escribió que, si el género fuese una característica natural dependiente de la anatomía, sería posible hallar ciudades impetuosamente masculinas y heterosexuales, así como las que presentan una femineidad desbordante. Sin embargo, desde su perspectiva, el género no es una condición inherente a una anatomía, sino un conjunto de “códigos culturales históricamente cambiantes que responden no tanto a características anatómicas sino a características estéticas del cuerpo que son colectivamente aceptadas como normales o que son sancionadas como patológicas, entonces esta caracterización no sólo sería pertinente sino crucial en términos políticos” (Preciado, 2019: s/p).

Teniendo en cuenta este posicionamiento, ¿qué características tendrían, entonces, las ciudades travestidas? Villa Gesell presenta –recurriendo a las representaciones nativas– una forma urbana compuesta por una ciudad turística y una ciudad invisibilizada, es también una ciudad distinta en verano y en invierno; es decir, se levanta sobre dos

dualidades constitutivas. Algo similar postula Preciado en torno a la ciudad de Venecia, cuando decide conferirle la cualidad de ser aquella ciudad travesti por excelencia. Agrega, además, que algo ocurre con este tipo de ciudades que se travisten; es decir, que portan estas dualidades constitutivas. Desde su perspectiva, hay quienes interpretan que en este tipo de escenarios turísticos “todo es pose”, como si existiera una realidad “auténtica” que es velada para el espectador, el transeúnte, el visitante o incluso el habitante. Los posestructuralistas, por ejemplo, indicarían que ese montaje paisajístico que se desenvuelve cada verano es una suerte de simulación, una artificialidad que avanza sobre las características auténticas del lugar convirtiéndolo en un producto, cada vez más similar a otros, que sale a ofertarse a un mercado. Sin embargo, este doble juego no se figura como una máscara que se pone y se saca, sino que, como indica Preciado, esta cualidad forma parte de “su propia piel” (Preciado, 2019: s/p).

A su vez, siguiendo el planteo de Preciado y recuperando los argumentos de Mariana, la función que asume esta ciudad –la turística– la somete, como a muchas travestis, “a una alta presión turística. Una parte de su cuerpo-ficción es consumido como el de una trabajadora sexual. Pero como en cualquier travesti, quedan amplias zonas del cuerpo urbano libres, lugares que aún gozan de una libertad y una belleza inigualable” (2019: s/p). Esto puede vincularse con algunos de los planteos que John Urry (2004) –especialista en estos temas– supo desarrollar a través de las tensiones observadas entre la mirada del turista y aquellas miradas locales ancladas en los territorios que reciben estas masas poblacionales. Para este autor, estos escenarios construyen una imagen de sí mismos que necesariamente tiene que responder al deseo de quien se movilizan hacia allí con fines recreativos. El turismo, así, motoriza la “conversión de la naturaleza y la sociedad en objetos captables, destacando la percepción y comercialización visual de un destino” (Urry, 2004: 142).

La materialidad de Villa Gesell se hacía recurrente en las ideas de Mariana y también en otras voces que fui convocando durante mi trabajo de campo. La ciudad, desde la perspectiva de ciertos sectores locales, aparecía como escindida –dividida por el Boulevard– entre fragmentos reales y artificiales, como consumida –por el turismo que practican otros– y además como montada o escenificada. Estas tres dimensiones de la espacialidad parecían responder, de alguna manera, al tiempo estacional. Es decir, la estacionalidad turística sería la causa de un conjunto de procesos capaces de marcar materialmente a la ciudad de estas formas.

Todos estos procesos se conectan –desde la perspectiva de mi entrevistada– con la presunta “trampa histórica” en la que los geselinos se encuentran “enganchados”. Esta trampa tiene un comienzo: una vez que Carlos Gesell decidió montar sobre este territorio una villa balnearia destinada al turismo, debió enfrentarse con las inclemencias de la naturaleza y las limitaciones de la burocracia local. Esta lucha se convirtió, rápidamente, en un mito ampliamente sostenido por la comunidad local que impulsa a sostener el modelo proyectado en aquellos años. A pesar de las crisis, los cambios en los gustos de los consumidores turísticos, los estancamientos globales del modelo de la figura del balneario, las experiencias escindidas y oscilantes, los geselinos creen, confían, esperan que “la próxima temporada los salve”.

3. Fundar una ciudad imposible

Triunfó mi fe, urbanicé un desierto

Carlos Gesell

El Museo y Archivo Histórico de la ciudad de Villa Gesell funciona, como hemos visto, en la antigua casa de las cuatro puertas. Está emplazado dentro de las catorce hectáreas que conforman el casco fundacional, rodeado de pinos y un importante jardín botánico; contiguo al Centro Cultural Chalet de Don Carlos –la segunda vivienda de Carlos Gesell– y al Museo de los Pioneros, donde originalmente funcionó la primera estafeta postal. Se encuentra, además, a escasos metros del mar. En 1991 este espacio comenzó a exhibir diversos objetos y documentos y se convirtió, como establece la página oficial de la municipalidad, en “el epicentro de la reconstrucción histórica de la localidad balnearia”. Con charlas, actividades culturales y visitas guiadas, el museo se propone recuperar la historia de la ciudad focalizando en la figura –tan emblemática– de Carlos Gesell y en el rol de las familias pioneras que acompañaron su desempeño durante las primeras décadas de vida de la villa balnearia.

María Elida Blasco, especialista en estos temas, sostiene que los museos históricos locales son instituciones que se dedican a la recolección, conservación y exhibición pública de piezas, documentos y objetos materiales del pasado, con el propósito de establecer una perspectiva cronológica capaz de ilustrar un determinado proceso histórico generalmente asociado a la construcción identitaria. Sin embargo, agrega que el modo en que se “exhiben” los objetos, los criterios de exposición adoptados y sobre todo la

clasificación y la selección de las piezas que se exponen en estas instituciones, construyen un ‘relato’ del pasado que hace ‘olvidar’ determinadas imágenes y ‘realza’ otras con una finalidad determinada” (Blasco, 2007: 1). Estas piezas ponen en escena, a la manera de una obra teatral, una memoria del pasado elaborada a través de diversos relatos historiográficos.

Nigel Barley, a partir de sus experiencias como trabajador en el Museo Británico, brinda algunas claves interesantes para pensar en la relación que se extiende entre aquellos objetos que se exponen y las historias que cuentan o, mejor dicho, pueden contar. En un reciente texto, el antropólogo escribió lo siguiente:

... los museos no solo consisten en objetos. También son un enjambre de historias, historias del Norte y del Sur, historias oficiales, extraoficiales, historias que las instituciones tratan de mantener fuera de sus puertas. De hecho, los museos son lugares de encuentro para esas historias. Es un hecho aceptado que en los museos se debe permitir a los objetos que hablen por sí mismos, pero, por supuesto, el tipo de historias que se les permite contar son estrechamente controladas, ya que los objetos tienen una desagradable tendencia a «hablar con lenguas viperinas». Las historias que nuestras instituciones quieren promocionar y divulgar se ven como conocimiento, pero por supuesto el conocimiento viene de muchas versiones. Se encuentra en los libros, en las exposiciones, se construye incluso en los materiales de los edificios. Los museos están lejos de ser espacios culturales neutros donde se reproduce la verdad pura y cristalina. [...] Los museos son máquinas del tiempo que juntan objetos de momentos distintos y los congelan en un presente perpetuo, de tal manera que las fuentes y recursos quedan cuidadosamente doblados para prevenir el cambio. (Barley, 2020: 214).

Durante los años en los que se extendió mi trabajo de campo, participé de muchas de las actividades que propone el museo local de Villa Gesell y también entrevisté a diversos funcionarios y trabajadores encargados de su gestión. La información que recopilé a partir de estos intercambios, y siguiendo la propuesta de Blasco, fue ciertamente enriquecedora pues me permitió delimitar ese relato, lo suficientemente establecido, sobre la fundación y el recorrido histórico de la localidad. Me permitió, al decir de Barley, entender qué tipo de historia o relato contaban esos objetos y documentos atesorados en esta institución local. Un relato que Mariana y otros geselinos tratan de matizar porque todo su recorrido cronológico está organizado por la figura de la ciudad turística, con todo su esplendor y particularidad. En este ejercicio resultó sumamente estratégico acceder al archivo de documentos, fotografías, notas periodísticas, cartas, entre otros, que se atesoran en el museo.

Debo decir que las primeras veces que me encontré frente a una pila de cajas etiquetadas bajo criterios diversos y algo desorganizados, no supe mucho qué hacer. Los antropólogos solemos tener dificultades al momento de trabajar con este tipo de datos:

nos cuesta leerlos, ponerlos en contexto e, incluso, hacerlos dialogar. Luego de insistir y consultar a diversos colegas especializados en estos temas, los materiales fueron, poco a poco, iluminando ese relato historiográfico establecido y aportando otra espesura narrativa.

De este modo, cada viaje al campo me hice el tiempo necesario para visitar el archivo, abrir cajas, leer notas, observar fotografías, comparar folletos turísticos, registrar imágenes, analizar mapas. Desorientada y fascinada a la vez, fui consultando a los trabajadores de esta institución sobre los pequeños o grandes hallazgos con los cuales creía que me iba encontrando. Las paredes de la casa de las cuatro puertas estaban preparadas, según Don Carlos, para soportar temperaturas extremas. Sin embargo, mis recuerdos en este archivo perdido de la Provincia de Buenos Aires se tejen entre climas sumamente fríos, cafés con leche humeantes, varias horas revolviendo papeles y una gran generosidad por parte de quienes allí trabajaban.

Más allá de los itinerarios de campo, los materiales del archivo, junto a las entrevistas, observaciones y producciones locales, me permitieron delimitar el contenido mítico que abraza la historia de este lugar. Es decir, entender de qué manera son leídas y narradas por las voces locales no sólo la fundación de la ciudad turística, costera y estival, sino también las intervenciones materiales, morfológicas y de infraestructura que fueron desplegándose con el objetivo de diseñar y hacer crecer un espacio destinado al ocio. Un espacio que, como me dijo Mariana, está marcado –positiva o negativamente– por la capacidad de travestirse.

Con acierto, algunos investigadores han advertido que los mitos privan de historia al objeto del que hablan. Como sugiere Roland Barthes, el mito lleva consigo “la evaporación milagrosa de la historia” (Barthes, 1999: 129). Sin dudas, los mitos –al igual que los museos– son construcciones narrativas en las cuales se producen operaciones que involucran elecciones y omisiones respecto de los sucesos pasados. Se realizan recortes, se exacerban fragmentos, se anulan ciertos acontecimientos que se articulan en una interpretación particular y sesgada sobre un hecho o un personaje.

Sin embargo, hay que recordar que fue el propio Bronisław Malinowski quien en las primeras incursiones etnográficas estableció que poco importa la verdad de esas narraciones mitológicas. Por el contrario, los mitos se constituyen en narraciones que desempeñan distintas funciones sociales significativas para los nativos y, por este motivo,

el investigador social no puede pasarlas por alto, así como tampoco dudar de su veracidad y eficacia. En este sentido, y haciendo referencia a los mitos de origen, Malinowski sostiene que el mito "... colabora de una manera obvia a la cohesión y el patriotismo local, esto es, a un sentimiento de unión y parentela en la comunidad" (Malinowski, 1993: 43). El mito de origen de Villa Gesell se compone, entonces, de dos elementos estructurantes o, mejor aún, dos luchas: la lucha del hombre contra la naturaleza y la lucha de un hombre (en particular) contra las disposiciones estatales impuestas por otros que poco sabían de lo que ocurría en esas tierras costeras (Abrantes, 2018; Noel, 2012a, 2016b). Al decir de Malinowski, este mito fundante habría colaborado con la cohesión de la comunidad atlántica que encontró en la promesa de la ciudad turística un sitio de identificación colectiva.

Villa Gesell nació de la convergencia entre una necesidad estatal y una necesidad privada que fueron gestadas, en un primer momento, por fuera de la industria turística y sus capacidades productivas. Por un lado, la necesidad estatal se enmarca en el primer decenio del siglo XX, cuando el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, como parte de una serie de medidas destinadas al saneamiento fiscal y el ordenamiento administrativo, decidió llevar a cabo un procedimiento de actualización catastral de los predios rurales del interior de la provincia. La intención era realizar un reajuste de mensura, ya que varios estudios habían indicado que muchos de los grandes propietarios de las tierras bonaerenses ocupaban una superficie mayor a lo que les correspondía por derecho (Noel, 2016a). Una vez determinado el porcentaje de tierras ocupadas irregularmente, éstas debían ser adquiridas por los presuntos propietarios a un precio módico o bien cedidas a la administración provincial en calidad de sobrante fiscal. Algunos propietarios optaron por la primera opción y otros decidieron ceder parte de sus territorios; específicamente, aquellas hectáreas que no representaban ningún tipo de valor productivo.

En este movimiento, el Estado provincial logró recuperar una gran cantidad de hectáreas que fueron puestas a la venta de manera inmediata. Estas hectáreas eran parte del fondo de las estancias, es decir, "... las franjas improductivas de las grandes unidades de producción agropecuaria formadas en los siglos XIX y XX, eventualmente utilizadas por las familias propietarias como lugares de esparcimiento privado" (Pastoriza, 2011: 157). En este contexto, y bajo las condiciones antes delimitadas, la familia Leloir, que

poseía gran parte de las tierras del Partido de General Madariaga²⁹, cedió una fracción de 3.027 hectáreas sobre las cuales hoy se encuentra emplazada la ciudad de Villa Gesell.

Por otro lado, la necesidad privada estuvo asociada a las intenciones de quien finalmente logró fundar un pueblo en este lugar, hasta ese entonces, inhóspito. En 1931 Carlos Idaho Gesell, hijo de inmigrantes alemanes³⁰, empezó a interesarse por las hectáreas que la gestión provincial ponía a la venta. Su objetivo, como ya lo hemos visto, era proveer de materia prima a su comercio de muebles. Según fuentes locales, luego de realizar algunas averiguaciones con otro emprendedor de la zona³¹, decidió comprar 1.648 hectáreas, con una franja de 10 kilómetros sobre la playa y unos 1.600 metros desde la línea de costa, con el fin de llevar a cabo un proceso de forestación. A pesar del ímpetu inicial, para Don Carlos no fue una tarea sencilla materializar sus propósitos, ya que el territorio imponía una gran cantidad de limitaciones.

Entre el 14 de diciembre de 1931, fecha en que se comenzó a construir la primera vivienda permanente de la zona, y 1940, cuando Carlos Gesell logró la forestación del territorio, “combatió cuerpo a cuerpo” (Oviedo, 2006) con los médanos buscando concretar la fijación de esas grandes montañas de arena. Tras varios fracasos que incluyen lo prueba con diversas especies, tanto nacionales como extranjeras, plantó la *acacia trinervis*, traída de Australia, resistente a los vientos y de crecimiento rápido para proteger

²⁹ General Madariaga se encuentra ubicada al sudeste de la Provincia de Buenos Aires y a 50 kilómetros de Villa Gesell. El pueblo fue fundado en 1907 y desde ese momento, en términos generales, sus habitantes se han dedicado a las actividades agropecuarias debido a las condiciones topográficas de la zona: “la pampa húmeda”. Como algunos geselinos nos han indicado, se trata de un pueblo “típicamente rural”, “con hábitos de campo”, “dedicado a la producción agrícola”, “de tradiciones gauchas”, etc. Hasta 1978, año en que la ciudad logró la autonomía administrativa mediante la figura de Municipio Urbano, Villa Gesell formó parte de los límites del Partido de Madariaga y respondió a los requerimientos burocráticos, económicos, políticos y administrativos de ese Partido.

³⁰ Existe una extensa bibliografía producida por escritores locales (Gesell, 1983; Masor, 1975; Provéndola, 2014; Saccomanno, 1994; Ortiz, 2010) en donde se recrea la historia de la familia Gesell. Entre los temas más abordados se destacan el proceso de migración desde Alemania hacia la Argentina; Casa Gesell, el comercio familiar dedicado a la venta y fabricación de muebles; la figura de Silvio Gesell, padre de don Carlos, reconocido economista en las primeras décadas del siglo XX; el arribo de la familia a la ciudad de Villa Gesell y los vínculos establecidos entre Buenos Aires y la naciente localidad balnearia. Sin lugar a dudas, no sólo la figura de Carlos Gesell representa toda una institución para los habitantes de la villa, sino también su familia (padres, hermanos, esposas, etc.), quienes son objeto de diversas indagaciones intelectuales.

³¹ Según estas fuentes, Carlos Gesell tuvo un encuentro casual con Héctor Guerrero durante un viaje que realizó a la ciudad de Mar del Plata. Guerrero, quien había llevado a cabo un proceso de forestación en Cariló, habría conversado con don Carlos sobre la potencialidad de los terrenos que la Provincia ponía a la venta. Don Carlos visitó la zona en 1931 “... llegando desde Ostende por la playa en pleno invierno. Describió: ‘tiene playas con declive suave’, le gustó y se entusiasmó al descubrir que había agua dulce entre los médanos, eso lo motivó a comprar las primeras 1.648 hectáreas y empezar a crear métodos de forestación en la arena” (Rodríguez, 2015).

a los pinos en la etapa inicial (Benseny, 2011). Finalmente, los pinos comenzaron a prosperar recién a inicios de la década del cuarenta.

A pesar de tardar nueve años en conseguirlo, el resultado fue exitoso. Después de todo, Carlos Gesell había logrado forestar un territorio que parecía no admitir tal intervención. Por estas razones, su lucha contra la naturaleza fue reconstruida por distintas personalidades locales bajo caracterizaciones ciertamente heroicas. En el marco de este proceso de exaltación de una serie de cualidades, la figura del fundador y el acto fundacional terminaron constituyéndose en un mito de origen. El fundamento histórico de esta lucha se remite a aquellos años en los que Carlos Gesell combatió el movimiento de los médanos. El fundador “No tenía campos fértiles, ni peones ni enorme fortuna económica. [Por esto] Con justificada desconfianza y escepticismo, los criollos de Madariaga comenzaron a llamarlo ‘el loco de los médanos’” (Palavecino y García, 2007: 13)³². Sin embargo, quienes narran la historia desde adentro invierten la carga negativa de la caracterización y hacen de la locura una cualidad positiva. Mirta, directora del museo geselino, me lo explicó del siguiente modo:

... durante muchos años lo llamaron “el loco de los médanos”, porque, claro yo lo hubiese llamado así también [...] era un tipo, dicho con todo respeto, que tenía cuarenta años cuando compró este lugar, era un comerciante exitoso, [tenía] una familia formada, vivían en Buenos Aires, tenían un buen pasar y uno dice: “¿qué necesidad de venirse acá y dedicarle tantos años de su vida a esto?” Y, bueno, la necesidad era vital para él. Él tenía que enfrentar este gran desafío de su vida que fue esto [...] la forestación, la lucha contra la naturaleza, la posibilidad de construir acá un pueblo, una civilización. Algunos entienden negativamente esta locura, nosotros vemos en esa locura el motor del crecimiento de esta ciudad. (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal)

Por su parte, Dante Sierra³³, uno de los escritores locales que más ha profundizado en la figura del fundador y sus implicancias para la historia de la ciudad, expone que el

³² Cuando se destaca la ausencia de la fortuna económica de Carlos Gesell se están marcando las diferencias observadas con el caso de Héctor Manuel Guerrero –hijo de una de las familias latifundistas más acaudaladas de la zona–, quien llevó adelante la tarea de forestar el complejo dunatario sobre el que se sitúa la ciudad de Cariló. En diversas entrevistas realizadas a pioneros, he observado que, desde el punto de vista nativo, la procedencia de clase habría impactado en las diversas estrategias, inventivas, recursos y creatividad de ambos fundadores.

³³ En algunas entrevistas realizadas observé que, cuando el grabador se apagaba, los entrevistados solían revelar algunas contradicciones de la figura, desempeño y accionar de Carlos Gesell. Si bien en el plano de lo “formal” no dejaban de destacar sus cualidades positivas, cuando parecía no existir registro de lo que se decía algunos geselinos señalaban que “todo no es lo que parece”. Es decir, mostraban que, como planteó un informante, “hay otra historia de Carlos Gesell que no se cuenta”. Respecto de la producción de Dante Sierra, los geselinos indican, *off the record*, que existe una suerte de rumor local que establece que ese libro, en el que se narra la historia de la fundación de Villa Gesell en clave heroica, fue dictado, literalmente, por el propio Carlos Gesell.

“domador de médanos” logró imponer su voluntad a pesar de los malos pronósticos³⁴. En el siguiente fragmento se destaca otra de las cualidades asociadas a esta lucha: la perseverancia de Carlos Gesell.

De 1931, fecha de compra de las 1.648 hectáreas y arreglo de la primera vivienda, a 1934 cuando los fuertes vientos doblegan las primeras plantaciones y se impone la consulta al técnico alemán, en este pedazo de papel son simples citas, fechas frías, nomenclatura híbrida. En la vida de todo luchador son miles de horas de angustia. El técnico llega, analiza el suelo, mide la fuerza de los vientos y la sentencia: nada verde crecerá aquí. Quien se queda es el domador de médanos. Le ha hecho su desafío a la arena y quiere cumplirlo. (Sierra, 1969: 45)

Locura, perseverancia, ingenio, tenacidad, soledad y amor por la naturaleza son algunos de los elementos que componen uno de los ejes centrales de la construcción mítica del nacimiento de la ciudad. Aunque en un primer momento la intención de Carlos Gesell fue desarrollar sobre este territorio su emprendimiento comercial y económico, algo ocurrió durante los años en los que tardó en concretar el proceso de forestación. Su plan original mutó y su objetivo principal pasó a ser la necesidad de crear las condiciones para que allí pudiese asentarse una civilización³⁵.

Con la forestación se inició un proceso de valorización del territorio hasta ese entonces considerado improductivo (Abrantes, 2018; Benseny, 2011; Noel, 2016a). En ese movimiento, se produjo el pasaje del uso de la tierra para la forestación hacia un uso turístico e inmobiliario. Bajo este ímpetu, un pequeño porcentaje de las hectáreas adquiridas comenzaron a ser loteadas. El objetivo era atraer a la mayor cantidad de inversionistas, así como a familias que estuvieran dispuestas a adaptarse a los avatares de una ciudad naciente. El primer loteo fue realizado en una franja de 240 hectáreas ubicadas en forma paralela al mar y dividida en 24 secciones de 10 “quintas” de una hectárea cada una (Masor, 1975). Mientras algunos de los compradores sólo decidieron invertir su capital económico en el proyecto turístico, otros tantos optaron por trasladarse allí.

El primer registro demográfico disponible en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Gesell data de 1947 e indica que, para esa época, el lugar contaba con una

³⁴ Guillermo Saccomanno, en *El viejo Gesell* (1994), sostiene que este libro habría sido dictado por el propio Carlos Gesell quien, según fuentes locales, pagó una suma importante de dinero para consolidar su visión de la historia. Para un análisis pormenorizado sobre las historias de pioneros ver Noel (2012).

³⁵ Los nuevos proyectos de Carlos Gesell coinciden con un quiebre en su trayectoria biográfica. En 1937, con 46 años, se separó de su primera mujer y formalizó su relación con Emilia Luther, Jefa de Ventas de Casa Gesell. En ese momento don Carlos decidió renunciar a su puesto de Gerente Industrial del comercio familiar para dedicarse a tiempo completo a la forestación y trasladarse a vivir a Villa Gesell para estudiar el terreno de cerca e implementar soluciones para las limitaciones que iban surgiendo.

población de 132 habitantes permanentes³⁶. Los primeros pobladores que arribaron a la Villa entre 1940 y 1950 llegaron, mayoritariamente, desde la Ciudad de Buenos Aires y, en menor medida, de las zonas aledañas, especialmente de General Madariaga. Sin embargo, lejos de lo que podría suponerse, aquellas familias que engrosaron los números de estos desplazamientos no fueron argentinas sino de origen europeo: españoles, italianos, alemanes y suizos (Noel, 2020; Oviedo, 2004; Tauber, 1998). Estos habitantes se instalaron en los barrios que en la actualidad –como indicó Mariana– se encuentran emplazados sobre los terrenos más valorizados de la localidad.

A estas familias se las reconoce como “los pioneros” que acompañaron la epopeya de Carlos Gesell. En palabras de los geselinos, son quienes “levantaron la ciudad con sus propias manos”, “inventaron esta Villa de verano” y “lucharon junto a Don Carlos”. Las inclemencias climáticas, el frío del invierno, las sudestadas, la escasez de servicios, la ausencia de caminos asfaltados, la dificultad para acceder a bienes de consumo, entre otros elementos, marcan aquella batalla contra la naturaleza que también fue protagonizada por estos hombres y mujeres que se asentaron en estas tierras poco urbanizadas.

... los primeros años fueron muy difíciles. Don Carlos llegó a regalar muchas veces lotes con tal de que la gente de oficios se instalara. [...] Se necesitaban carpinteros, albañiles, herreros, almaceneros. Se necesitaba darle vida a este lugar y él supo abrir los brazos a toda la gente [...] a todo hombre de buena voluntad y laborioso que quisiera labrarse un porvenir, formar su familia. No era fácil, había que estar dispuesto a luchar contra las dificultades. (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal)³⁷

Ahora bien, la lucha contra la naturaleza se empalmó con otra lucha que el fundador debió librar contra otra especie: los burócratas estatales. Luis Castellani, funcionario del gobierno municipal en varios períodos y uno de los urbanistas más reconocidos dentro de la comunidad local, explica: “... viendo la epopeya de don Carlos, nos damos cuenta que tuvo que luchar con los hombres tanto como con los médanos, fundamentalmente porque

³⁶ En un folleto de promoción turística de Villa Gesell de 1949, fichado en el Museo y Archivo Histórico de la ciudad, se incluye la evolución de las construcciones de la zona. Allí se pone en evidencia el paulatino crecimiento del lugar: 1942 (3 casas), 1943 (5 casas), 1944 (8 casas), 1945 (15 casas), 1964 (25 casas), 1947 (50 casas), 1948 (100 casas), 1949 (200 casas), 1950 (300 casas).

³⁷ Resulta llamativo que algunas de las representaciones locales sobre este contexto tiendan a replicar ideas que forman parte de la forja nacional argentina. En este caso, se remite directamente a los “hombres laboriosos y de buena voluntad”, así como figura en la Constitución Argentina en referencia a su contexto fundacional.

venía a fundar algo distinto a los viejos pueblos de la Provincia de Buenos Aires” (Castellani, 1997: 29).

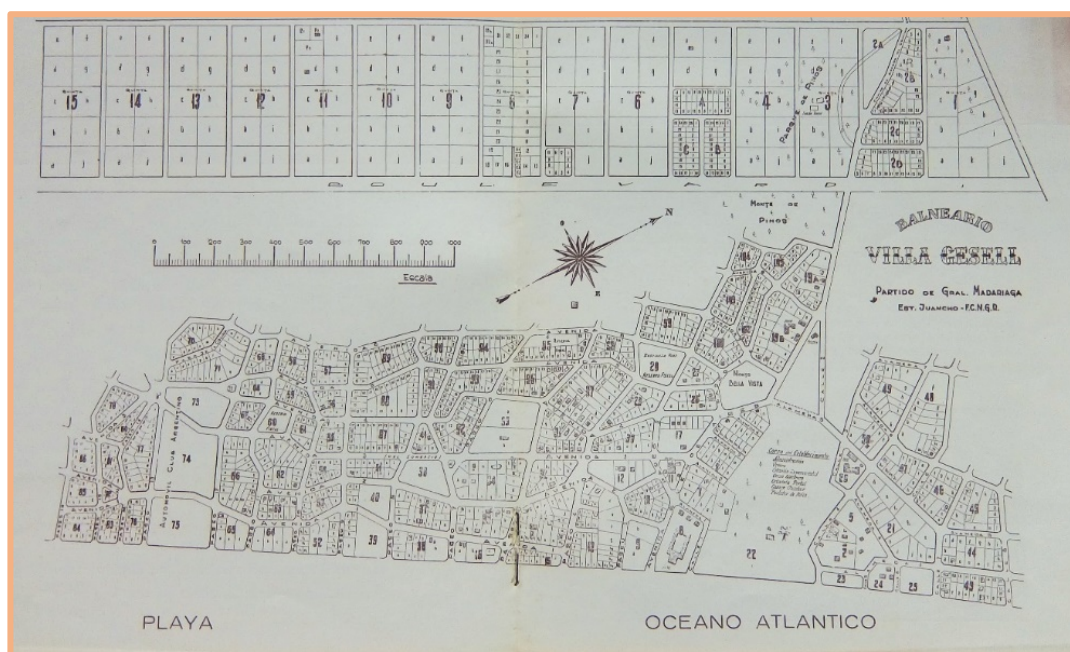
Villa Gesell se creó bajo la antigua Ley de Fundación de Pueblos de Provincia de Buenos Aires decretada en 1913. Tal ley establecía que, para poder fundar un pueblo, era necesario presentar los registros de propiedad de las tierras sobre las cuales se pretendía realizar la fundación, que esas tierras no fueran consideradas terreno inundable, que se realizaran las obras públicas necesarias para garantizar el abastecido de agua potable, que el nombre del pueblo respondiera a ciertos requerimientos históricos (personalidades destacadas, procesos históricos de la región) o geográficos (recursos naturales de la zona, topografía del lugar) y que se cediera un porcentaje de esas tierras para el uso común de los habitantes (plazas, edificios gubernamentales). Estos requerimientos fueron respetados por Carlos Gesell. Sin embargo, los inconvenientes aparecieron en torno a la forma que debía asumir la aglomeración. La administración provincial le solicitaba realizar el loteo en forma de cuadrícula, como lo habían hecho otros pueblos de la zona. Como Villa Gesell no era el típico pueblo de llanura, su fundador debió luchar contra la burocracia estatal para no intervenir ni “deformar” las cualidades naturales del territorio sobre el cual se levantaba esta nueva villa balnearia.

Según Castellani, el fundador solía decir que le “... resultó más fácil domar un médano que conmovier a un burócrata” (Castellani, 1997: 146), al referirse a la ardua lucha con la administración municipal de Madariaga para conservar los diseños originales de la villa. Mediante un profuso intercambio epistolar, cuyo registro se encuentra archivado en el museo local, don Carlos discutió y argumentó en diversos sentidos la necesidad de respetar la topografía al momento de lotear, urbanizar y trazar las primeras calles. Mirta repone este proceso bajo estos términos:

... yo siempre digo que construyó este pueblo desde la arena [...] Creo que Gesell fue un gran urbanista. Cuando él se decide a fundar un pueblo, un pueblo que iba a tener esta doble cara maravillosa que sigue teniendo, es decir, un pueblo para que venga gente a vivir y un pueblo para que venga gente a veranear [...], tuvo absolutamente en cuenta las dos cosas. Respetó la topografía natural, esto le costó muchos trámites y muchos dolores de cabeza, porque fundar un pueblo no es una cosa fácil. Y no es que él dijo [...] “acá voy a hacer lo que quiero”. Había leyes... [...] de hecho él tuvo que respetar la ley de fundación de nuevos pueblos que exigía un trazado en cuadrícula y tradicional. Bueno, don Carlos expuso que él no podía hacer un trazado en cuadrícula puesto que los árboles habían crecido sobre las dunas con muchísimo esfuerzo, las casas se estaban construyendo en lo alto, de manera que él tenía que respetar el trazado natural de las dunas. (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal)

Luego de varias disputas, Carlos Gesell logró su cometido. Como se puede ver en el mapa de la Figura II, que data de 1949, implementó el trazado de calles siguiendo la topografía de las dunas serpenteantes. Sin embargo, realizó un trazado en forma de cuadrícula en un fragmento de territorio que se encontraba lejos del recurso más valioso de la ciudad: la costa, la playa y el mar. Así, trazó el Boulevard Silvio Gesell (nombre que fue otorgado en honor a su padre) y delimitó una serie de lotes con las características que la administración provincial solicitaba (Noel y Abrantes, 2014).

Figura II: La ciudad de Villa Gesell luego de su primer ciclo expansivo de urbanización



Fuente: folleto turístico de 1949 fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de la ciudad de Villa Gesell.

El mito de origen de Villa Gesell reconstruye el nacimiento de la ciudad balnearia haciendo hincapié en las luchas que se desplegaron contra todos aquellos impedimentos que indicaban que el lugar no era propicio para la construcción de una ciudad. Volviendo a la propuesta de Paul B. Preciado y a la metáfora, Villa Gesell es también una ciudad travestida porque se figura como una suerte de prótesis que el deseo levanta sobre los médanos; es decir, sobre un terreno no apto para el establecimiento de una civilización. “Triunfó mi fe, urbanicé un desierto”, sostuvo Carlos Gesell cuando fue consultado por las hazañas de aquellos años. Desde este argumento, Villa Gesell es una ciudad que se resistió a ser condenada a la inexistencia por parte de la mirada experta: por un lado, la de los agrónomos que indicaban la imposibilidad de forestar el terreno y fijar los

médanos; por otro, la de los burócratas estatales que establecían límites a la conformación de una trama ondulante que siguiera la fisionomía de los médanos. Y es en ese lugar prohibido, dice Preciado, “en un suelo que no puede ser fundamento para lo urbano, donde la maravilla será construida [...] es la ciudad fuera de la norma. O más bien donde todas las normas de vida deben ser abolidas y reinventadas” (Preciado, 2011: s/p.).

Este mito fundacional –que narra la historia de un sueño imposible– marcó a fuego los itinerarios posibles de la ciudad; incluso, en su posibilidad de pensarse por fuera de los cánones turísticos. Como me indicó Fernanda, arquitecta y concejal geselina: “Desde ese momento, no nos quedó otra que ser lo que somos, pensás en todo lo que hicieron para que este lugar fuera posible y querés seguir con esa idea [...] No sabemos hacer otra cosa y, en todo caso, tenemos que hacer bien lo que sabemos hacer” (Fernanda, 47 años, arquitecta y concejal).

Villa Gesell, una vez fundada, comenzó a urbanizarse atendiendo a los tempos que marcaba la industria “sin chimeneas”, atendiendo a la función a la cual parecía estar predestinada. Había que desarrollar caminos de acceso, infraestructura de servicios, hoteles, oficinas de informes, comercios y restaurantes, en definitiva, dispositivos de atracciones y descanso para los turistas. ¿Cómo se produce, entonces, una ciudad que sigue el deseo ajeno?

4. Montar una ciudad turística

Teniendo en cuenta el afluente de personas que en esos años vacacionaban en la costa atlántica argentina, en 1940 Carlos Gesell decidió construir la primera casa para albergar turistas: La Golondrina.

Una casa pequeña, a 200 metros de la suya, también frente al mar, que llama con ese nombre pensando que los turistas, al igual que las golondrinas, llegarían en los primeros meses del clima cálido y se irían con los primeros fríos. (Palavecino y García, 2007: 14)

El primer turista que se albergó en La Golondrina fue el ejecutivo porteño de origen suizo Emilio Stark. Su rol es central para comprender el proceso histórico de esta ciudad balnearia ya que fue el encargado de comercializar los primeros terrenos que Carlos Gesell puso a la venta ofreciéndolos a sus círculos sociales porteños de pertenencia. Con esta primera experiencia, la nueva villa balnearia adquirió un eslogan publicitario para los futuros veraneantes: Villa Gesell sería, de ahora en más, “el balneario que se recomienda de amigo a amigo”. En una de las cajas del museo encontré una pequeña

tarjeta blanca que Carlos Gesell ofrecía a los turistas cuando se iban. En esta tarjeta se puede leer lo siguiente:

Señor turista amigo: Cuando vuelva a sus pagos y sus amigos quieren que le cuente de sus vacaciones; muéstrele este folletito y hágales sentir lo lindo que sería si pudiesen disfrutar las próximas juntos en VILLA GESELL, que en cualquier época del año es hermosa. Usted quedará bien con ellos y tenga siempre presente que VILLA GESELL se ha hecho grande y radiante por la recomendación de amigo satisfecho a otro amigo. (Documento de 1950, Museo y Archivo Histórico Municipal)

Figura III: Ubicación y eslogan del balneario que se recomienda de amigo a amigo, 1950



Fuente: folletos turísticos de 1950 fichados en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.

Lejos de los grandes centros turísticos costeros, este pueblo venía a ofrecer “la virginidad de la naturaleza”, un paisaje despejado de las grandes intervenciones urbanas, el buen trato y la calidez de quienes se atrevieron a fundar ese pueblo en un territorio indomable. En 1941 el “Parque Idaho” –nombre que recibió el primer proyecto del lugar– se transformó en “Villa Silvio Gesell”, en honor al padre del fundador y recordando a las villas balnearias europeas. Luego, este nombre dio paso al de “Villa Gesell”: denominación formal con la que se conoce a esta ciudad turística.

“El balneario que se recomienda de amigo a amigo” fue la primera marca con la que salió a competir en un mercado abarrotado de ofertas. Villa Gesell, a diferencia de otras localidades, parecía no “necesitar” más promoción que aquella recomendación que

un amigo podía brindarle a otro. En este sentido, impulsaba el desarrollo de un complejo hotelero sencillo, con marcas propias y una atención directa al veraneante. En línea con estas ideas, los testimonios locales me indicaron que el fundador y la pionera administración de la villa “estaban continuamente atrás de esto”. Mediante intercambios epistolares –donde se desarrollaban las indicaciones del trato esperado con el viajero–, encuentros y visitas de Carlos Gesell, los hoteleros de aquel entonces reforzaban, con sus acciones, el lema de tratar a los huéspedes como familiares. Los turistas tenían que poder sentirse “como en casa”. También se insistía en la posibilidad de ofrecer servicios más allá de la temporada. En la siguiente carta, Carlos Gesell les escribe

Como a un amigo a quien deseo sugerirle cómo acreditar sus ganancias, e complazco en dirigirle esta carta. Se trata, nada menos, que de una tentativa de tener su establecimiento ocupado durante todo el año mediante precios reducidos y su divulgación. Pues Villa Gesell es hermosa y apta para el turismo durante todo el año. Lamentablemente, son pocas las personas que lo saben y muchas, en cambio, las que necesitan descanso y no pueden pagar las tarifas de verano [...]. Además, y esto es muy importante, no olvide las direcciones de sus clientes, satisfechos, ya que representan un capital que hoy, lamentablemente, queda sin aprovechar. Ud. lo puede utilizar con éxito ampliando el slogan de Villa Gesell a su hotel: que se recomienda de amigo a amigo. (Carta de Carlos Gesell a los hoteleros, 9 de mayo de 1962)

Además del despliegue hotelero, Villa Gesell se postuló como un escenario atractivo para que los sectores medios pudieran alcanzar la tan deseada casa de veraneo. Los archivos que resguarda el museo local indican una intensa promoción, durante estas primeras décadas, para adquirir una segunda vivienda. “Compre un lote y tenga su casa frente al mar”, “Venga todos los fines de semana”, “Disfrute, como los geselinos, de este paraíso”. En un folleto de promoción de 1950 se indica, específicamente, lo siguiente:

En la República Argentina comienza a imponerse ahora el concepto de cada familia debe tener su casa de veraneo. Las vacaciones serán cada vez más prolongadas y los días festivos más numerosos. Los terrenos apetecibles serán en breve insuficientes para los millones de personas que desean disfrutar de ellos. No deje, pues, escapar esta oportunidad que se le brinda [...]. Con su casa propia se independizará de los hoteles que suelen estar colmados los mismos días en que Ud. más los necesita. (Folleto Turístico de Villa Gesell, 1950)

Figura IV: Difusión de la compra de la segunda residencia en Villa Gesell, 1954

Fuente: folleto Inmobiliaria Soria de 1954 fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.

El establecimiento de la segunda casa garantizaba tres principios fundamentales para consolidar cierto estilo de la villa: impulsaba un mercado de trabajo en torno a la construcción, fortalecía el ritual de “volver a vacacionar en el mismo lugar” y promovía el desarrollo de una comunidad turística “entre conocidos”. Uno de los ejes para materializar esta propuesta fue el Plan Galopante (ver nota 26), que establecía importantes descuentos ante una construcción rápida de las viviendas. El chalet californiano fue, así como ocurrió en otros balnearios de la zona, la forma arquitectónica preponderante que asumió la trama urbana local (Ballent, 2014).

Había que diferenciarse, posicionarse y lograr que los turistas sintieran atracción por este escenario. Claudia Palavecino y Mónica García, habitantes de Villa Gesell, sostienen que el perfil de este destino turístico no estuvo librado al azar y la naturaleza desempeñó un rol relevante: “Esta Villa sería por completo distinta de Mar del Plata y de cualquier otra localidad de veraneo de la costa atlántica. Sería un lugar donde la gente pudiera disfrutar de la tranquilidad en la naturaleza” (Palavecino y García, 2007: 14).

Beatriz Sarlo (2016) plantea que las ciudades, y particularmente las turísticas, construyen logotipos identitarios bajo la interacción de elementos reales e imaginarios:

El logotipo es la síntesis de las referencias reales e imaginarias que se depositan sobre el nombre de la ciudad [...] entre las que se elige alguna no simplemente por su significación o belleza sino por su celebridad (y esa celebridad no existe, se la produce). [...] El logotipo

permite, como el signo, identificar y diferenciar; [...] Sobre el logotipo, en algunos casos, se acumula un signo verbal: la ciudad que nunca duerme, la meca del cine, la ciudad luz, la ciudad del tango, la ciudad santa, etc. [...] resume cualidades diferentes en un solo rasgo, aunque este no sea una descripción de lo real sino una metáfora. [...] En una época donde la identidad es todo [...] la ciudad multiplica el ícono identitario comunicándolo con las técnicas del *design*. (Sarlo, 2016: 191)

Villa Gesell tenía una propuesta clara: era una ciudad lineal, con calles serpenteantes y trazados irregulares, de apertura e interacción con la naturaleza, principalmente con el bosque. Una ciudad que no le daba la espalda al mar, sino que en su configuración integraba el recurso paisajístico. Poseía un paisaje urbano constituido por una arquitectura cuidada y en consonancia con la topografía del lugar: hoteles de pocos pisos y escasas habitaciones, chalets –a dos aguas, de techos rojos– y una gran presencia de la madera como elemento estético preponderante. Una ciudad, además, como indica uno de los entrevistados, “... que no ha sido diseñada en un tablero de dibujo” sino que “se aferra a las cosas reales (dunas, arena, mar) y ha surgido de este modo, no por capricho de su fundador, sino por el impulso pragmático que marca el curso de la propia naturaleza” (Soledad, 45 años, arquitecta).

El primer ciclo exitoso de expansión estructural, edilicia y demográfica empieza a vislumbrarse hacia finales de la década del cincuenta. Para ese entonces, Villa Gesell, ya contaba con más de 1.300 residentes permanentes, el desarrollo de una embrionaria oferta comercial estructurada en torno a la Avenida 3³⁸, servicios esenciales (luz, transporte, teléfono, etc.), la primera escuela de la zona, el primer destacamento policial y una incipiente red hotelera (25 hoteles con una capacidad de 6.000 plazas) (Tauber, 1998). Sin embargo, además de este impulso, la villa balnearia necesitaba de caminos que conduzcan –principalmente a los turistas– hacia ella. El segundo eje, entonces, sobre el cual se tuvo que avanzar estuvo determinado por el despliegue de la infraestructura necesaria para llegar al destino. En un folleto turístico de 1951 –titulado *Conozca Mar de Ajó*– se establece la conexión directa, para estas localidades emergentes, entre el desarrollo de caminos y el advenimiento del progreso: “Sinceramente lo confesamos: tenemos la firme impresión de que el progreso de toda esta zona surgirá cuando tengamos

³⁸ La Avenida 3 es la arteria principal donde se ubican una serie de comercios de indumentaria, hoteles, bares, restaurantes, multirubros, quioscos, librerías, el edificio municipal, entre otros. Durante la temporada turística se condesan las ofertas de atractivos no vinculados a la playa. Su numeración corresponde a que se ubica a tres cuadras del mar. El modo de ordenar el trazado de la ciudad mediante números no sólo ofrece un mapa para que el turista no se pierda entre sus calles serpenteantes, sino también una manera de jerarquizar la cercanía con su recurso por excelencia, el mar.

hechos los caminos [...] todos estos caminos traerán ese mundo de esperanzas que fue soñado por nuestras poblaciones costeras” (Folleto Turístico de Mar de Ajó, 1951). En un sentido similar, Carlos Gesell sentenciaba la siguiente idea en folleto de promoción de la propia localidad: “es imposible concebir un pueblo próspero sin buenas calles y caminos de acceso” (Folleto Turístico Villa Gesell, 1950).

Las condiciones de accesibilidad a la zona eran, ciertamente, muy rudimentarias ya que no existían los caminos pavimentados. Como me explicó Valeria, “Este tema fue central en aquellos años: sin caminos no había turistas, ni vacaciones, ni villa de veraneo. No había plan [...] por eso, invirtieron mucho dinero y tiempo para concretar los caminos. Mucha gestión con la gobernación de Madariaga y también con la de Buenos Aires” (Valeria, 38 años, trabajadora del museo). Por esto, en los folletos y revistas locales cada uno de los avances en materia de transporte y comunicación terrestre se recrean como grandes triunfos.

Entre los documentos del Museo, un volante de 1943 de la inmobiliaria Furst Zapiola & Co. –empresa pionera en la comercialización de la tierra geselina– expone con toda claridad el esfuerzo por localizar el nuevo destino dentro del mapa de posibilidades turísticas de la Argentina: “Aquí está la nueva villa”. Como parte de la difusión era imprescindible, además, detallar las vías disponibles para el acceso:

Hay distintos destinos para distintos tipos de turistas. Villa Gesell se vendía como rústica, distinta a la ciudad balnearia de Mar del Plata con el casino, las ramblas, los hoteles. Pero igual se necesitaban caminos. Los turistas no iban a venir si no podían llegar. (Valeria, 38 años, trabajadora del Museo)

La opción más difundida para llegar a Villa Gesell era el Ferrocarril Sud, que conectaba Buenos Aires con General Madariaga. “El tren llegaba hasta acá y eso era un impulso enorme”; sin embargo, una vez en Juancho³⁹ –la estación más cercana a la villa de veraneo– los turistas y residentes tenían que atravesar en *sulky* (un pequeño carruaje) 24

³⁹ La estación Juancho fue inaugurada en 1907, dentro del Partido de General Madariaga, cuando el Ferrocarril del Sud habilitó la parada a unos 29 kilómetros del mar. Desde 1908 hasta la década del cincuenta la estación formó parte del camino habitual que el ferrocarril realizaba desde la localidad cercana de General Guido. En un estudio realizado por investigadores y docentes de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad de la Plata en torno a los ferrocarriles (Torres Cano, 2008), se puede leer una reconstrucción histórica de la estación Juancho, que incluye las limitaciones que el Estado aún imponía para la constitución de pueblos balnearios y costeros. Durante los primeros años de vida de Villa Gesell, y hasta tanto no pudieran construir los caminos de acceso directo hacia la localidad, los pasajeros se bajaban en la estación Juancho y eran llevados con carretas hasta la villa balnearia. En la actualidad, la estación se encuentra abandonada, al igual que muchas de las otras estaciones cercanas, las cuales fueron desactivadas luego del desmantelamiento del sistema nacional de transporte ferroviario entre los años setenta y noventa.

kilómetros de campo traviesa⁴⁰: “no todos estaban dispuestos a eso: para algunos era una aventura y para otros un suplicio” (Valeria, 38 años, trabajadora del museo).

Otra de las alternativas era el automóvil. Desde Buenos Aires se podía tomar la ruta nacional pavimentada –RN2– hasta la localidad de Las Armas y desde allí un camino, menos asentado, hasta General Madariaga. El resto del trayecto estaba delimitado por 40 kilómetros de camino de tierra, de 25 metros de ancho, que –según indica el folleto de la inmobiliaria– se encontraba “perfectamente abovedado y transitable”.

Además del automóvil, Villa Gesell contaba con una empresa de autobuses, Antón, que desde 1952 se encargó de realizar distintos viajes –fletes, transporte de materiales para la construcción y, luego, de pasajeros– desde el AMBA hacia la localidad balnearia. En una publicación del diario *La Prensa* de 1968 se puede leer la historia de este emprendimiento. Bajo el título “Nadie se queda sin viajar”, la nota explora los comienzos del servicio y el rol que asumió Don Juan José Antón en el impulso del turismo local. El dueño de esta empresa es comparado –también en clave mitológica– con la figura de Don Carlos Gesell.

La empresa pone a disposición del viajero coches de refuerzo, aunque el número de pasajeros no compense económicamente el costo del viaje. Esto ocurre porque su fundador, Don Juan José Antón, es al transporte lo que Don Carlos Gesell es a la villa que lleva su nombre: un pionero. Ambos comprendieron que los comienzos eran difíciles, y que, por un tiempo, no habrían de obtener beneficios. Pero confiaron en el futuro de la villa y persistieron en una actividad de la que hubiera desertado la mayoría. (*La Prensa*, 1968)

Como bien señala Melina Piglia (2008), el club social del Automóvil Club Argentino (ACA) y la Dirección Provincial de Vialidad –bajo el gobierno provincial de Domingo Alfredo Mercante– también desempeñaron un rol clave en el desarrollo de la infraestructura imprescindible para consolidar los destinos de veraneo. Entre las décadas del cuarenta y del sesenta, con algunas interrupciones vinculadas a la disponibilidad de recursos (insumos o maquinarias) y las posibilidades de desarrollo, se llevaron a cabo una serie de obras públicas con el objetivo de garantizar los caminos para que los turistas pudieran viajar por el territorio argentino. El tramo Dolores-Mar del Plata de la Ruta Nacional 2, el camino Costanero que unía La Plata con Mar del Plata (Ruta Provincial 11) y el camino de tierra de Dolores al Costanero (Ruta Provincial 63) fueron las vías que

⁴⁰ En 1943 Carlos Gesell logró trazar un camino de tierra que surcaba las estancias de la familia Leloir y Fortasín: grandes propietarios de tierras agrícolas. Bajo la condición de que Carlos Gesell alambrara los contornos del camino, los propietarios permitían el paso de turistas y habitantes geselinos (Provéndola, 2014).

fortalecieron el turismo de esta zona. Asimismo, las casillas camineras implantadas en estas rutas por el ACA permitieron que los viajeros contaran con todo lo necesario para “tomar la ruta”.

Los documentos formales a los cuales fui accediendo acompañaban muchas de las representaciones locales que pude ir recuperando mediante entrevistas en mi trabajo de campo. Sin embargo, durante el proceso comencé a entender que algo le faltaba a esta primera aproximación histórica dotada de fuentes del pasado y testimonios actuales que recuperaban un tiempo anterior.

Era la séptima vez que visitaba el archivo: había recorrido los estantes, cajones y cajas que contienen los folletos turísticos, los mapas, las notas en revistas locales y nacionales, los documentos que Carlos Gesell intercambiaba con la gestión de Madariaga, muchas fotografías en blanco y negro y muchas otras a color. Luego de algunas charlas con Marcela –la encargada de los archivos y documentos–, entendí que necesitaba recuperar algunas voces y relatos que pudieran expresarse en un formato menos intervenido. Fue así que accedí a unas cuantas cajas que resguardaban cartas que turistas y residentes le enviaban a Carlos Gesell.

Lidia Nacuzzi y Carina Lucaioli (2011) –bajo una reflexión aguda sobre el trabajo de campo en el archivo– brindan algunas claves para delimitar los contextos que abrazan las producciones documentales históricas y, en particular, este tipo de documentos. En primer lugar, es preciso delimitar el contexto de enunciación: cómo se expresa lo que se escribe. En segundo lugar, cabe atender el contexto cultural que da cuenta de las relaciones sociales entre individuos –quiénes y cómo actúan–, y su relación con el contexto de las situaciones sociales precisas que puede revelar un escrito. En tercer lugar, hay que atender al contexto de los campos del discurso que señala los propósitos oficiales y los intereses de los particulares, esto es, para quién y por qué se escribe. Por último, el contexto temporal indica cambios en la reseña o el relato de una misma situación, o una práctica social a lo largo de diferentes períodos.

Día tras días, entre los cafés con leches de Marcela y el frío de la casa de las cuatro puertas, me dispuse a leer esas cartas. Había historias de todo tipo: casamientos en la playa, compras de viviendas para las vacaciones, experiencias con el mar y el bosque, desarrollos comerciales, propuestas de inversión, urgencias hospitalarias, intervenciones en las fachadas de las casas, pedidos, agradecimientos y quejas. La correspondencia, por

lo general, se intercambiaba entre Carlos Gesell y habitantes de la localidad, habitantes del Área Metropolitana de Buenos Aires, turistas y, también, desarrolladores inmobiliarios o comerciales.

Además de leerlas, fotografié –con paciencia y organización– cada una de las cartas con la certeza de estar ante documentos relevantes para los fines de mi investigación. No obstante, fue más adelante, durante el proceso de escritura de esta tesis, cuando entendí que en estas producciones los contextos a los cuales aluden Nacuzzi y Lucaioli evidenciaban ciertas representaciones no incluidas dentro de las expresiones más instituidas. A diferencia de los textos históricos –que utilicé para enmarcar el contexto de emergencia de la villa– y también de los folletos de promoción o de las publicidades desplegadas en medios locales y nacionales, las cartas traían la experiencia del mundo íntimo o privado que se cuele entre lo público, es decir, una narrativa que complejiza el relato hegemónico.

En estos repertorios producidos en ese contexto cultural “... aparecen individuos concretos [...] que dan testimonio de las más diversas circunstancias de sus existencias singulares, a través de las cuales el investigador munido del instrumental teórico y metodológico apropiado procurará desentrañar, explicar y comprender la vida [...] de otros tiempos” (Ravina, 2009: 2). El siguiente texto corresponde a una de esas cartas, mecanografiada, que un turista, José Fontán, le envió a Carlos Gesell en 1957:

Soy un veraneante peripatético y he tenido la oportunidad de pasar breves temporadas en los balnearios de ésta y la vecina orilla [...] La gente, a veces, es atraída por el mero artificio de una propaganda insincera y ficticia hacia centros balnearios semi artificiales, monocromos, sin atractivos naturales, de vegetación pobre, faltos de comodidad y con una población veraneante de todas las categorías. He visitado esta simpática Villa, por indicación de unos colegas, asiduos amigos de este balneario, y les doy gracias. Queda, pues, bien justificado el slogan de Carlos Gesell referente a su exitosa y ardua empresa: el balneario que se recomienda de amigo a amigo.

¿Qué me importa a mí, que vivo en la metrópoli, de los grandes palacios, las aceras y el asfalto ardiente? Ya bastante hartos estoy de piedra y cemento e indumentaria de la calle... quiero huir del trajín de la complicada e irritada vida diaria de la ciudad; quiero paz, árboles, flores, pájaros y playa vasta; deseo bañarme con holgura y también deseo recibir la bendición del astro rey con toda la comodidad [...]

En algunos balnearios de la costa, los áridos médanos mantienen su aspecto triston; pues bien, en Villa Gesell los mismos han sido vencidos y, casi diría, civilizados. Ellos llevan sobre su velludo lomo su enorme carga de verdor, casas y chalecitos. Aquí la Biblia erró pues el hombre ha edificado sobre la arena.

Aquí hay algo de poesía, intimidad, calma, fruición y paz del alma. Los demás balnearios son también óptimos, no digo que no. Pero Villa Gesell “es otra cosa”. (Carta de José Fontán, 1957. Fichada en el Museo y Archivo Histórico Municipal)

Villa Gesell era un balneario que se recomendaba “de amigo a amigo”, un destino diferente a los otros que ya existían sobre la costa atlántica bonaerense. Un lugar para escapar, huir, de la gran ciudad: agobiante, urbanizada hasta en sus más pequeños detalles, sostenida sobre piedra y cemento, donde las formas del aparentar parecían regularlo todo. Aquello que hacía de Villa Gesell un lugar distinto era la preponderancia de la naturaleza y las formas relajadas del transcurrir. Finalmente, otra vez, el mito originario del hombre que supo domar los médanos más salvajes le otorgaba a este espacio un aura especial.

Don Carlos y la administración pionera de los orígenes apuntaban con firmeza a este público, a este tipo de turistas que pudieran, como me dijo Mirta, “valorar la belleza de la naturaleza, los ruidos de los pájaros, el mar en todo su esplendor, pero también de servicios para el descanso” (60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal). Por esto, al menos hasta los años setenta, la villa trató de mantenerse en ese delgado equilibrio entre la urbanización –servicios, comodidades, atractivos– y el destaque de todos esos elementos que la diferenciaban de cualquier escenario urbanizado masivamente.

Dhan Zunino Singh, Valeria Gruschetsky y Melina Piglia (2021), sostienen que las infraestructuras constituyen una suerte de mediación entre la sociedad y la naturaleza. Se trata de sistemas tecnológicos que requieren de saberes y trabajo humano y que obedecen a las reglas de la organización social. Las infraestructuras intervienen en la concepción de los paisajes, pero a la vez se constituyen como un agente activo en producción de lo social.

El recorrido realizado hasta aquí presenta una suerte de paradoja: el montaje de la ciudad turística –las intervenciones sobre la materialidad del espacio, el desarrollo de la infraestructura, los hoteles, los comercios, los servicios para los turistas y los residentes permanentes– debió realizarse alterando, lo menos posible, esa expresión virgen que porta “lo natural”. Es decir, la supuesta esencia de la ciudad, eso que la hacía única y que le permitía competir en un mercado de ofertas diversas, se sostenía en un montaje “cuidado” de todos esos elementos urbanos que daban confort, pero que no podían ir más allá de los

límites que resguardaban el imperio de “lo natural”. Al respecto, Rodolfo Bertoncetto señala lo siguiente:

Los balnearios bonaerenses también estuvieron relacionados con los cambios en los gustos y las prácticas vinculadas con el tiempo libre. La búsqueda de un mayor contacto con la naturaleza y de contextos más tranquilos y “relajados”, se asoció al objetivo de descanso y restauración física típico de este tipo de turismo. Con esto se relacionan también medidas tales como la preservación del relieve de médanos y la forestación del área que se urbanizaría, o las normas de construcción que definían porcentajes de ocupación del suelo o estilos y materiales de construcción. Si bien los resultados son extremadamente contrastantes entre un balneario y otro [...] todos se reconocieron como diferentes de Mar del Plata, cuya historia y paisaje tenderían a rechazar. (Bertoncetto, 2006: 325)

Perla Bruno en *Una Historia de balnearios: Urbanismo y nuevas fundaciones en el litoral marítimo bonaerense, 1920-1940* (2019), sostiene que entre los años veinte y los cuarenta se produjo una mutación respecto de las condiciones materiales, estéticas y sociales asociadas a la figura del balneario. En su investigación, analiza la transformación de las formas urbanas de los balnearios y la implicancia de distintos actores (gobernantes, ingenieros, arquitectos, turistas, agentes inmobiliarios) en este proceso. Según Bruno, Mar del Plata, en esta época, se figura como el blanco de críticas de un conjunto de urbanistas. Desde allí comienzan a proyectarse los nuevos balnearios cuyos ejes centrales pueden resumirse en los siguientes tópicos: trazados urbanos irregulares que siguen la fisionomía del terreno, estrecha vinculación con la naturaleza y edificaciones de líneas sencillas en relación con las características del entorno.

Así como el mito de origen involucra, en una de sus dimensiones, la lucha del hombre contra la naturaleza, el montaje de la ciudad turística enfrenta –al igual que otras ciudades de este tipo– los impulsos de lo humano y lo no humano, de la cultura y el paisaje prístino. Ese modo de concebir los orígenes de la ciudad, el mito y los impulsos enfrentados pusieron en el centro de la escena la discusión por lo auténtico y lo artificial, por la máscara; discusión que ha sabido impactar, incluso, en la Villa Gesell de hoy.

5. El estancamiento del balneario

“Villa Gesell es el centro urbano de más rápido y sano desarrollo del país” (Folleto Turístico de Villa Gesell, 1950), sostuvo Carlos Gesell en pleno contexto de expansión del balneario y como eslogan capaz de traccionar capitales económicos y demográficos. Sin embargo, hacia finales de los sesenta, esta ecuación comenzó a fallar: ambas características –celeridad y salubridad– parecían no poder desplegarse de manera conjunta sin generar una serie de fricciones.

Algunos sectores de la sociedad local, reunidos bajo una narrativa “progresista”, apostaban a seguir por el camino que había impulsado el desarrollo de la villa: el turismo. Consideraban que el crecimiento urbano y las intervenciones desplegadas sobre la morfología eran un claro síntoma de progreso. “Para algunos urbanizarse era modernizar la ciudad”, dice Valeria (38 años, trabajadora del Museo). Sin embargo, estaban quienes –agrupados bajo una narrativa más conservadora– entendían que todas estas transformaciones avanzaban sobre las cualidades que hacían de este escenario “un destino único” y, sobre todo, desvirtuaban aquel “paraíso donde vivir”. “Para otros, ya en esos años, este crecimiento descontrolado era un problema al que había que ponerle un freno”, sostiene también Valeria (38 años, trabajadora del Museo).

Entre los estantes del museo, encontré otra carta que turistas asiduos le enviaron a Carlos Gesell a finales de los sesenta. En este texto, los veraneantes –haciendo uso del derecho que les otorga “la antigüedad turística”– analizan la villa de aquella época y puntualizan ciertas transformaciones negativas del espacio que los recibía cada verano:

Como asiduos concurrentes a la villa, desde el año 1954, nos dirigimos a Uds. con el derecho que nos da esta antigüedad turística. En aquellos años los jardines y verdes superaban a los edificios en cantidad considerable, pero a pesar de esta desventaja, estos eran orgullosos ejemplos de vida y alegría junto al mar de la villa. Hoy en 1968, a 14 años de nuestra primera visita, tenemos que expresar nuestra queja por algo que no debe seguir ocurriendo en la villa. Este algo es el aumento en la cantidad, pero no en la CALIDAD de la edificación. Es así que nos encontramos con construcciones precarias, sin terminar, desproporcionadas y desubicadas, que sólo tratan de cubrir objetivos económicos descuidando valores estéticos y de vida tales como colores, formas, vegetación, ubicación, que combinadas con un poco de habilidad podrían continuar la obra de paz y belleza que Uds. y sus primeros seguidores comenzaron sabiamente en la década del 30. (Carta de Turistas dirigida a Carlos Gesell, 1968. Fichada en el Museo y Archivo Histórico Municipal)

Recurriendo a imágenes y folletos turísticos que plasman la trayectoria de la ciudad, es posible observar algunos cambios: los chalets fueron dejándole lugar a los edificios en altura, los metros cuadrados construidos se multiplicaron, la “calidad” de las edificaciones comenzó a tornarse “dudosa”, la naturaleza empezó a verse acorralada por el desarrollo del frente urbano y la cantidad de residentes permanentes y de turistas aumentó considerablemente. La infraestructura puesta al servicio del veraneante expandió todos sus límites y la villa logró instalarse como el segundo destino estival del país. Estos datos figuran en el balance sobre el crecimiento de la ciudad publicado en un folleto local de 1975, en donde el saldo se presenta, inequívocamente, como positivo (ver Figura III).

Figura V: Balance del crecimiento 1930-1970



Fuente: folleto turístico de 1975 fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.

Los fragmentos de entrevistas, las cartas y fuentes históricas muestran a una ciudad que se debatía entre el crecimiento—demográfico y urbano— y cierta degradación de su imagen identitaria, su eslogan construido en torno a la forma originaria y a ese mito de fundar una ciudad sobre un terreno imposible. En este contexto, las bondades del turismo comenzaron a ponerse bajo la lupa y los residentes a preguntarse: ¿hasta dónde podemos transformar la naturaleza sin perder el espíritu originario?, ¿seguimos siendo aquel balneario que se recomienda de amigo a amigo?, y aún más, ¿estamos preparados para emprender otras actividades que no se reduzcan a las lógicas turísticas y estacionales? Como señala Jean-Didier Urbain (2003), la playa es una zona fronteriza, un lugar constituido entre la tierra y el mar, pero también entre la mirada romántica del reducto inmaculado y el abarrotamiento impulsado por el turismo de masas. En esa oscilación, la playa ha ido transformándose.

Muchos de los testimonios que pude recoger durante el trabajo de campo establecen, efectivamente, que en aquellos años hubo un quiebre. Algunos interlocutores indican que ese punto de inflexión se radicaliza con un suceso que atravesó fuertemente a los geselinos: la muerte de Don Carlos, quien falleció el 6 de junio de 1979, en el Hospital Alemán de Buenos Aires, pocos meses después de lograr la autonomía de la

ciudad. Ésta se concertó en el marco de la última dictadura militar de la Argentina. Si bien motorizada, principalmente, como respuesta a un Plan de Zonificación que se buscaba imponer desde Madariaga, el llamado Proceso de Reorganización Nacional dejó su impronta en la emergencia de Villa Gesell como municipio urbano, cuyo elemento más destacado es que el primer intendente de la ciudad no fuera un geselino. El gobierno militar de la Provincia de Buenos Aires designó como primer jefe administrativo de la ciudad balnearia a Roberto Esteban Pidal, un comisario de la Policía Federal.

Los geselinos sabían de Pidal probablemente lo mismo que Pidal de Gesell: nada. [...] Pidal firmaba y se presentaba como Intendente, aunque esto no era cierto. Desde el punto de vista administrativo, era apenas un delegado del Gobernador, aunque políticamente excedía incluso las funciones del Poder Ejecutivo, ya que el Delegado Municipal también se encargaba de las tareas legislativas. Aunque nunca quedaron en claro sus virtudes como administrador municipal, Pidal siguió ganándose la consideración de sus padrinos políticos y militares, sobre todo a fines de 1978 y principios de 1979, cuando dispuso el operativo para encubrir uno de los momentos más penosos de la historia geselina: la aparición de distintos cadáveres en la playa. (Provéndola, 2015: s/p)

Las nuevas autoridades, la irrupción de la dictadura y la muerte de Carlos Gesell, implicaron un cambio significativo para la dinámica de la ciudad. Por un lado, en la figura del fundador se depositaban muchas expectativas respecto del rumbo que iría tomando la villa balnearia que se urbanizaba y crecía aceleradamente. Como me explicó Valeria, tanto los “progresistas” como los “conservadores” apelaron a su figura, sus “dichos” y sus “propuestas” para crear argumentos convincentes sobre las intervenciones a desplegar en la villa de veraneo. Sin dudas, el mito fundacional se posicionó como una figura polisémica. Por otro lado, la nueva gestión municipal comenzaba a alejarse del lema originario, afincado en la amistad y la familiaridad con el espacio y sus prácticas.

El desarrollo de la ciudad turística propulsó –como suele ocurrir con estos escenarios– un proceso de mercantilización de la naturaleza, la playa y el bosque, cuya consecuencia fue la reducción de espacios públicos, el avance de los capitales privados, la especulación inmobiliaria y la necesidad de diversificar, cada vez más, la oferta de servicios y productos. La materialidad del espacio y las dinámicas espaciales acompañaron este movimiento. A partir de la década del setenta, como indican los geselinos, los procesos que venían gestándose hace tiempo se profundizaron. Más allá del mito, la epopeya de la fundación y el culto a su figura, Don Carlos Gesell no estuvo ajeno a estos procesos. Como indicaron algunos habitantes de este lugar, “El viejo desde siempre le vio la veta turística a esta ciudad y no dudó en intervenir todo lo que había que intervenir para explotarla turísticamente”; “Dicen que a Gesell le interesaba la naturaleza,

pero para mí lo que más le interesaba era la plata”; “Y, bueno, acá hay muchas cosas que no se dicen, por miedo, qué sé yo, pero el viejo era un comerciante. Todo bien con lo del fundador, pero Gesell lo que quería era comercializar esta tierra”.

Más aún, algunos estudios realizados sobre esta experiencia costera (Benseny, 2011; Tauber, 1998), señalan que hacia comienzos de los años ochenta la ciudad de Villa Gesell parece haber entrado en lo que Richard Butler (1980) denomina una “fase de estancamiento”. Luego de la consolidación –y a modo de tipificar un fenómeno más extensivo– este autor plantea que existe un momento en que los destinos turísticos alcanzan su tope de visitantes, sin encontrar el modo de ser superado. A su vez, empiezan a dejar de estar a “la moda” y otras nuevas propuestas convocan el interés de los veraneantes. El turismo, en este punto, no deja de estar marcado por lo que Pierre Bourdieu (2013) alguna vez denominó “el sentido social del gusto”. Bajo este movimiento –en medio de discusiones locales, políticas y sociales para desentrañar el sentido del estancamiento– los destinos pueden emprender un viraje más conservador o alternativo y, también, empezar a utilizar parte de la infraestructura turística en otro tipo de actividad. Pueden, a su vez, seguir apostando al modelo con el cuál habían crecido, bajo una confianza explícita en el progreso, e incluso seguir desarrollando materialmente la ciudad en busca de la activación del destino.

Para entender este estancamiento, resultan reveladores los aportes del sociólogo británico John Urry (2004) y el sociólogo francés Jean-Didier Urbain (2003). Según este último autor, existen amplias diferencias entre las prácticas turísticas y las prácticas de las vacaciones residenciales que, por lo general, suelen realizarse en entornos balnearios. Mientras que las primeras incluyen el desplazamiento, el descubrimiento y, fundamentalmente, el movimiento; las segundas se configuran a partir de un desplazamiento hacia escenarios ya conocidos con el objetivo de ejercitar el reposo, la contemplación y la inmovilidad. La playa, desde la perspectiva de Urbain, es el espacio por excelencia del sedentarismo. Quienes eligen estos destino no hacen turismo, ya que no realizan grandes movimientos, se quedan allí y repiten día tras día, una serie de rituales y rutinas vinculados con las ofertas culturales y paisajísticas.

El modelo de los balnearios y de estas prácticas de las vacaciones residenciales – sostiene John Urry– han tenido su época dorada. A lo largo y ancho del globo, los balnearios recibieron hordas y hordas de veraneantes que buscaban, justamente, un espacio donde asentarse durante todo el tiempo en que se extendían sus vacaciones. La

infraestructura y los servicios de estos lugares de acogida se adaptó a este movimiento estival de gran escala y, por este motivo, se expandieron material y demográficamente. Sin embargo, hacia finales de los años ochenta comenzaron a instalarse otras formas, en apariencia más atractivas, de emplear el tiempo de ocio. Los balnearios, poco a poco, fueron perdiendo competitividad dentro de un mapa de opciones cada vez más diverso y esas ciudades construidas para satisfacer los deseos de “otros” empezaron a poner en duda su funcionalidad.

En Villa Gesell, este movimiento de los años ochenta se sintió con fuerza y la década del noventa no hizo más que profundizarlo: “en los noventa se nos vino la noche, pensamos que así no podíamos seguir [...]. Estábamos todos preocupados [...]. Los turistas no venían y la ciudad los estaba esperando. Estaba como vacía, como fuera de contexto” (Jorge, 67 años, periodista). “No es que tuvimos una mala temporada y bueno... le teníamos fe a la que venía, fue todo malo, una época muy mala para el turismo nacional y teníamos armada esta ciudad para turistas que no venía” (Natalia, 38 años, periodista).

En este contexto, los destinos nacionales sufrieron un fuerte revés debido al *boom* del turismo en el exterior, al cual accedieron las clases medias altas argentinas gracias a la Ley de convertibilidad decretada en 1991⁴¹. Según los testimonios locales, durante esos años, los geselinos esperaron cada verano bajo la promesa de que la temporada podía revertir el proceso, pero los turistas no llegaban, la ciudad no sabía qué hacer con su infraestructura y sus servicios y la economía local se deprimían.

Como bien lo explicó Mariana al inicio de este capítulo, a partir de los noventa el mismo modelo productivo del origen fue escindiendo a la ciudad en dos. El turismo estival ya no alcanzaba para seguir creciendo y comienza a develar un conjunto de desigualdades que, presentes desde los inicios, se hicieron más explícitas. El Boulevard Silvio Gesell, así, comenzó a representar esa frontera simbólica y material que surcaba un escenario que hasta entonces parecía relativamente integrado: de un lado, la ciudad turística, la que vemos en las postales, la que recibe la intervención estatal, la de los pioneros, la que se cuida y se embellece; del otro lado, la ciudad postergada, la de los trabajadores estacionales, la que crece con diversos tipos de problemáticas. Otros geselinos, me indicaron en un sentido similar, que “la ciudad se partió en dos”, “dejamos

⁴¹ La Ley de Convertibilidad del Austral fue decretada en 1991 por el Congreso de la Nación Argentina y estuvo vigente durante 11 años hasta su derogación en el 2002. Esta ley establecía una relación cambiaria fija entre la moneda nacional y la estadounidense: 1 dólar americano equivalía a un 1 Peso argentino.

de ser unida comunidad unida”, “el balneario dejó de ser autosuficiente y esto empezó a ponerse feo”. Este modelo turístico que responde a las necesidades de los veraneantes se ha convertido –como me explicó el escritor geselino Juan Oviedo– en una especie de “manta corta”:

La práctica del turismo en estos espacios es como una manta corta, te cubre, pero no lo hace completamente, la estacionalidad provoca recesión y ya sabemos lo que eso significa. El resto de la historia la conocemos, pobreza, marginalidad, desocupación, inseguridad o lo que no reluce del oro que es el balneario. (Juan Oviedo, 60 años, escritor)

Con la intención de complejizar este argumento, resulta interesante recurrir a la ópera prima del cineasta Mariano Llinás: *Balnearios* (2002). Esta película –que puede ser interpretada como una suerte de “falso documental”– se estructura en cuatro partes. Cada una de ellas presenta a una urbanización balnearia distinta y, también, recrea algún tópico central sobre los aclamados, fascinantes y conocidos balnearios argentinos⁴². Llinás cuenta que la película se monta sobre una serie de historias que comenzó a escuchar sobre estos lugares y sobre su propia experiencia como turista⁴³:

Su origen y su existencia me parecían fascinantes y extraños [...] me propuse describir esos escenarios próximos al agua, y las cosas que hace la gente acá y en cualquier lugar del mundo donde haya un zanjón con agua. Tenía ganas de hablar de esto y no irme por las ramas, por eso tiene forma de documental. Nunca pensé que a la gente le fuera a gustar tanto. (Llinás en Gambier, 2002: s/p)

En este pequeño fragmento se destacan las intenciones del director y también se refiere a la buena recepción que tuvo el filme entre los espectadores. Sin embargo, a los fines de este trabajo, me interesa destacar particularmente el modo en que Llinás recrea la emergencia y la decadencia de estos espacios, colocando su mirada en la historia material de los balnearios: sus causas, sus conflictos y sus consecuencias. En un breve pasaje, una

⁴² Mariano Llinás cuenta –en una entrevista que le realizaron para presentar su filme– que con *Balnearios* pasó algo “extraño”. La película, desde su perspectiva, es una suerte de “enciclopedia de costumbres e historias relacionadas con lugares que el ser humano ha construido para estar cerca del agua” y, por esto, cuenta con cuatro episodios que exploran distintas dimensiones de estos escenarios. Sin embargo, el público se ha quedado “prendido” del episodio 2 situado, específicamente, en las ciudades balnearias de la costa atlántica bonaerense. El director no ensaya una explicación para este fenómeno, pero sostiene que su intención fue un poco más extensiva: retratar a un “siglo XIX que se despide montando gigantescos palacios sobre el mar” (Llinás en UNITV, 2018).

⁴³ Si bien Villa Gesell no aparece con referencia específica en el filme, Mariano Llinás cuenta que pasó muchas de sus vacaciones en el balneario geselino, en la casa que sus abuelos habían comprado cuando la Villa tenía muy pocas viviendas y pocos residentes. Algunas de las imágenes playeras que se incluyen en la película forman parte del acervo familiar de Llinás y muchas de ellas se corresponden con el paisaje de esta ciudad atlántica (Gambier, 2002: s/p).

voz en *off*—que acompaña una serie de fotografías y fragmentos filmicos de las playas— argentinas, relata lo siguiente:

Los balnearios son las únicas ciudades que dio el siglo, y siempre hay en ellas algo épico. Primero, está la lucha contra la arena. La historia de cada balneario siempre incluye la batalla contra las fuerzas naturales, contra el viento, contra el mar, contra la arena, contra la sal [...]. Los balnearios surgieron como un juego. Los inventó un siglo que todavía jugaba, que todavía era un niño [...]. Al principio eran solitarios y remotos: había poca gente, pocos edificios, pocas cosas. A los pocos años, se habían convertido en monstruos. Se habían convertido en su propia parodia, en su propia caricatura. La fiebre del oro, que los atacaba cada año, cada verano, hizo de ellos, lentamente, otra cosa. Una cosa extraña. [...] A los balnearios los imaginó una época arrebatada y arrogante; y cuando esa época se terminó, cuando sus transatlánticos fueron a parar al fondo del mar y cuando sus dirigibles se prendieron fuego, los balnearios quedaron como los únicos sobrevivientes. Como náufragos. Como seres de otro mundo; como dinosaurios. (Llinás, 2002)

Aquellas únicas ciudades que, según Llinás, dio el siglo XX nacieron de forma épica. Hay una lucha contra la arena y las fuerzas naturales; como ya lo vimos, hay mitos y epopeyas. Al principio, eran escenarios solitarios enclavados entre dunas y bosques. Pero pronto comenzaron a crecer siguiendo la demanda veraniega y fueron convirtiéndose en espacios destinados al ejercicio del placer, la contemplación y el ocio de grandes masas de visitantes. “La fiebre del oro” —dice la voz del filme, apelando a la época dorada de las playas californianas y a las ganancias extraordinarias que acompañaron a estos escenarios— los convirtió en una cosa extraña y esa extrañeza se sintió con fuerza cuando dejaron de ser los destinos predilectos de los argentinos. Los balnearios, su materialidad y su gente, aparecen en esta película como sobrevivientes de un siglo que ya no les pertenece.

Este filme, además, se introduce en la problemática del tiempo estacional y en esa cualidad de travestirse:

Durante la mayor parte del año, estas ciudades permanecen vacías. Las calles están desiertas; los negocios, cerrados; los hoteles, inactivos; los grandes edificios de departamentos, deshabitados. Son literalmente, ciudades muertas, abandonadas, inertes, yermas, baldías, fantasmagóricas [...] Sin embargo, a fines de octubre, el paisaje varía [...] De un día para el otro, dondequiera que uno mire, se perciben cambios abruptos. Un año entero de abandono, de letargo, de olvido, se corrige en pocos días. La actividad se vuelve febril. (Llinás, 2002)

Esta condición estacional, como me explicó Mariana, estuvo presente desde los orígenes geselinos. Villa Gesell se traviste —todos los veranos o todos los inviernos— desde que se definió esencialmente como un balneario. Sin embargo, la caída del modelo playero volvió esta condición aún más problemática. El contraste —entre ese verano abarrotado y extendido, y un invierno despoblado y replegado— “se volvió insoportable”. Así, aquella

ciudad que habían fundado los pioneros se volvió cada vez más ajena a los deseos de los propios habitantes:

Antes lo vivíamos con más ganas, ahora no sé, como que te das cuenta que algo se agotó [...] todo eso que no es nuestro, es como cada vez más denso.... Si vas caminando y mirás te preguntas para qué tanta cosa, si cada vez se usa menos”. (Mariana, 32 años, historiadora)

Algunos geselinos, como Martín (40 años, concejal), entienden que efectivamente hubo un momento en que las cosas pudieron haber tomado otro rumbo: “Tuvimos la oportunidad de torcer nuestro destino, de dedicarnos a otras cosas, de emprender otras actividades económicas que puedan romper con esta estacionalidad que lo hace todo tan difícil, pero no lo supimos hacer”. Villa Gesell continuó por los senderos turísticos, profundizando su modelo económico y también “acomodando” la ciudad para recibir a los turistas que prometen arribar todos los veranos. La ciudad siguió travestiéndose, escindiéndose y respondiendo a un deseo, en apariencia, impropio.

6. La máscara hecha piel

En junio del 2018, y luego de varios intentos, logré entrevistar a Luis Baldo: intendente de Villa Gesell durante tres mandatos consecutivos entre 1995 y 2007 y quien impulsó la creación de una nueva –aunque no tan nueva– imagen de la ciudad motivado por cierto decaimiento del sector turístico estival. Una mañana del mes de junio, Luis me recibió en el Honorable Concejo Deliberante, ubicado en la Avenida 5, entre los paseos 105 y 106, bajo la propuesta de que conversáramos sobre los modos en que esta nueva marca y su comercialización se habían puesto en funcionamiento.

Lo primero que me preguntó, ni bien me senté en su oficina, fue “¿por qué Villa Gesell?”. Le conté mis motivos, tratando de reponer los intereses de investigación ya que no existían en mi biografía lazos sentimentales que me unieran a esta localidad balnearia. Entusiasmado con mis respuestas, me dijo:

Yo no decidí vivir acá, a mí me trajeron mis viejos cuando era chico y siempre me interesó saber por qué la gente viene a Gesell o por qué a la gente le interesa estudiar esta localidad. [...] Yo llegué cuando tenía 6, 7 años. Somos de la migración de los años sesenta. La ciudad en ese momento la estructuraban esos pioneros que fueron convencidos por Gesell de que esto era una maravilla y esos pioneros convencieron a otros. [...] Después, como empezó a crecer, se necesitaron otros actores. Uno de esos actores fue Antón. Don José Antón era amigo de mi abuelo y, por lo tanto, el hijo era amigo de mi viejo. Mis viejos eran de la zona de San Isidro y ahí estaba la parada de Antón. Antón hacía San Isidro, Retiro, Constitución, Villa Gesell. Y el tipo [Carlos Gesell] hacía eso: entusiasmaba a todos los que podía. Y así es como mis viejos un día decidieron venir a hacer la América acá. Esa América que parecía la América de los otros inmigrantes. Una tía mía preguntaba si había nubes, esas cosas de

salir de lo urbano a un lugar con mar. Y bueno, acá llegamos y crecimos acá. Vinimos una sola vez en verano a conocer la playa y en el año 67, 68, mis viejos ya empezaron a venir con más frecuencia y un día nos mudamos con camión de mudanza y todo. (Luis, 65 años, concejal y ex intendente)

Mientras Baldo desplegaba una narrativa en la que —al igual que Mariana— iba hilvanando su trayectoria personal con la historia de la ciudad, un fotógrafo interrumpió nuestra charla, con cámara en mano, y dijo: “¿puedo una foto?”. Ante la pregunta, los tres nos miramos cómplices y lanzamos unas risas. Entonces Baldo recuperó la palabra y me explicó: “es para las redes, para contar un poco sobre lo que estuvimos conversando”. Era claro que ese encuentro, más allá de nuestras intenciones genuinas de saber sobre nuestros proyectos, se enmarcaba en cierto intercambio de dones: yo estaba realizando una investigación sobre Villa Gesell y él estaba tratando de posicionar su nueva candidatura para intendente de esta ciudad. El fotógrafo sacó la foto, me pidió el nombre de mis redes, y Luis y yo continuamos con la entrevista.

Crecí acá, fui a la escuela acá, me desarrollé acá, y un día con la vocación comunitaria que me enseñaron mis viejos terminé en el 82 haciendo política en la apertura democrática, y acá estoy. En el medio de eso, siempre me interesó ver qué procesos de mejora de la ciudad podía haber. Esta ciudad crece exponencialmente. A mí me eligieron como intendente en el año 95 y, tenía 36 años, y, bueno, ahí no tenés mucha conciencia de que es “el político que sabe”. Armé un equipo, ganamos la elección, sin ningún compromiso porque no pertenecía a ningún sector económico y empezamos a pensar la ciudad de otra manera [...]. Me dediqué a mirar procesos de urbanismo en otros lugares del mundo. (Luis, 65 años, concejal y ex intendente)

Luis me mostró distintos folletos, fotos de los congresos en los que había participado y un estudio que realizaron para diagnosticar algunas de las problemáticas centrales de la localidad y desarrollar un plan estratégico forjado al calor de las voces geselinas. Me contó, en este sentido, que en esos años llevaron a cabo un relevamiento cualitativo y cuantitativo, compartieron las discusiones por la TV local e impulsaron el debate en diversos espacios comunitarios y colectivos (Tauber, 1998). En este contexto se creó la marca Gesell.

Los problemas relevados, siguiendo los pronósticos, estaban asociados a la condición turística, estival y estacional de la ciudad. Específicamente, a las condiciones restrictivas de un modelo económico que, como Juan Oviedo me explicó en una entrevista, “permite el desarrollo exponencial de un sector reducido de la sociedad local. [...] impulsando una ciudad esplendorosa en verano y deprimida en invierno. Una ciudad de postal y una ciudad pobre” (Juan Oviedo, 60 años, escritor). Lo llamativo resultó ser que, treinta años después de comenzar a percibir los límites del modelo turístico, la salida

que tomaron para revertir algunas de las problemáticas haya sido, paradójicamente, reforzar el perfil turístico de la ciudad. En medio de la entrevista con el concejal, él tomó un texto y comenzó a leer:

El modelo de desarrollo era recrear la singularidad geselina como centro turístico articulado a su región, potenciando su identidad como valor fundamental, capacitando a su gente en la gestión del turismo y propiciando una ciudad para todos: ambientalmente sustentable, socialmente inclusiva y con acceso equitativo al trabajo. (Luis, 65 años, concejal y ex intendente)

Luis me habló de la necesidad de capacitar a la gente en materia turística para hacer más redituables las temporadas y “para seguir creciendo”. También de la demanda local de construir una ciudad más inclusiva: “no todos podían vivir del turismo, pero al momento era el mejor recurso que teníamos”. Ante esto, no dudé en plantearle: “¡Ah! Era a todo o nada. Digo, en un momento de revisión sobre lo que el modelo permitía, decidieron profundizar la línea”. Luis atendió a mi comentario atónito por su frontalidad y me explicó lo siguiente: “Sí, la verdad que tenés razón. [...] La idea era seguir por el mismo camino, pero hacerlo mejor. [...] Teníamos que recrear la singularidad de este espacio. Seguro te estás preguntando qué es esto, ¿no?”.

Durante la entrevista, Luis destacó las generalidades de la costa atlántica bonaerense, pero también las particularidades de cada balneario: “Tenemos las mismas playas, tenemos un entorno parecido, diez años más, diez años menos, construimos el modelo de ciudad para la segunda vivienda. Guerrero [fundador de Cariló] plantó los árboles del continente hacia al mar, Gesell del mar hacia el continente”. Lo que habían descubierto a partir de los relevamientos era que la villa podía volver a presentarse como un balneario “único” porque contaba con su “propia historia” y una “identidad muy particular”.

Según mi entrevistado, era momento de “salir a vender otra cosa, otra cara de la ciudad. Ya no somos la Gesell de antes y hay que asumirlo”. La renovada propuesta, entonces, se alejaba del mar y del bosque, también del balneario que se recomienda de amigo a amigo, para destacar una historia. El pasado se narraba en presente, pero esta vez, como me dijo Baldo, “aparecería Gesell sin la Villa. Gesell es el sueño de un hombre, el despertar de una ciudad”. La figura del fundador, su tenacidad, la locura de domar los médanos, la historia narrada en clave mitológica comenzaron a desempeñar un rol clave en el armado turístico. Bajo este movimiento, el Museo y Archivo Histórico municipal

reabrió sus puertas y se posicionó como uno de los atractivos más visitados por los veraneantes.

A pesar de ciertas resistencias, y algunos pocos emprendimientos productivos que trataron de consolidarse por fuera de la industria sin chimeneas, el modelo turístico – atado a los cambios estacionales– continuó delineando los contornos materiales, económicos, sociales y culturales de esta ciudad bonaerense. Sin embargo, recuperar la historia y apostar a cierto “patrimonio cultural” se vislumbró como una posibilidad de romper con los ciclos estacionales y que aquella capacidad construida sobre este territorio costero pudiese ser “aprovechada” durante todo el año. “Más allá de los días de sol, la playa, el mar, ¿qué tenía esta ciudad para ofrecer?”, me dijo Baldo, para responder su pregunta retórica con una palabra contundente: “cultura”⁴⁴.

Los estudios abocados a explorar el turismo costero (Dadon, 2011) establecen que esta actividad económica suele postularse como un motor para el desarrollo de las localidades, pero advierten que la estacionalidad –cualidad difícil de sortear– impone dos grandes problemas estructurales: por un lado, una recesión de las actividades comerciales y económicas centrales durante los meses de la llamada “temporada baja”; y, por el otro, la existencia de una capacidad económica ociosa que podría ser aprovechada con otros fines. Sin embargo, el trabajo de campo me permitió relevar, al menos, tres particularidades más.

La primera de ellas, como me lo explicó Mariana, era la forma urbana de una ciudad escindida y segregada. Más allá de las porosidades, cruces y puentes que, indudablemente, vinculan a estos sectores en tensión, en las representaciones nativas fue posible recuperar cierta idea polarizada: “de un lado” y “del otro” de la frontera que constituye el Boulevard Silvio Gesell. El estancamiento del modelo con el cual la ciudad había crecido, parecía profundizar esta grieta y extender la desigualdades sociales en el plano local.

José María Mantobani explica que la preocupación por el bienestar –el “deseo”, al decir de Mariana– de la población estacional junto con el acondicionamiento de espacios que portan y sostienen esos bienestares “es lo que ha originado el dualismo [...] que se manifiesta en la existencia simultánea de dos estructuras espaciales contiguas y

⁴⁴ Para un análisis exhaustivo de las disputas que atravesaron la presentación de Villa Gesell en tanto “ciudad cultural” ver Fischer (2019, 2021).

contrastadas: ‘la ciudad turística’ o ‘ciudad efímera’ y la ‘ciudad permanente’ o ‘la ciudad cotidiana’” (Mantobani, 2000: 98). Una realidad –podemos sugerir recuperando aquella metáfora del inicio de este capítulo– “enmascarada” por la vocación de la comercialización del destino: “esto no sale en las portadas de los diarios nacionales. No puede salir porque tenemos que nos vendemos como un paraíso. El turista, si no, no viene, elige otro destino” (Luciana, 36 años, directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional).

La segunda particularidad remite a la expresión paisajística local. Tim Ingold señala que el paisaje debe entenderse como un registro y un testimonio duradero de las vidas y actividades de las generaciones pasadas que lo habitaron y que al hacerlo dejaron en él algo de sí mismos.

El paisaje cuenta –o más bien es– una historia. Este abarca las vidas y los tiempos de los antecesores quienes, a lo largo de las generaciones, se movieron alrededor de él y jugaron su parte en su formación. El percibir el paisaje es por lo tanto llevar adelante un acto de rememoración, y recordar no es tanto una cuestión de buscar una imagen interna, almacenada en la mente, sino más bien vincularse perceptualmente con un ambiente que está impregnado de este pasado. (Ingold, 2013: 3)

El paisaje geselino –cargado de encadenamientos temporales, mitos, epopeyas, desarrollos y resistencias– es en la actualidad un paisaje plegable que se expande y se contrae, que se extiende más allá de sus propios límites, para doblarse sobre sí mismo cada vez que la temporada llega a su fin. La marcada estacionalidad del fenómeno turístico ha provocado, en este escenario atlántico, un crecimiento desmesurado de la infraestructura, el equipamiento de servicios, las redes de transporte, las zonas comerciales, conforme a los picos de máxima demanda. Un crecimiento que además parece haber quedado desacoplado de la demanda turística actual.

Por un lado, el desarrollo de esta infraestructura –por períodos obsoleta– ha ido modificando, profundamente, la geografía del espacio y los modos de habitarlo. Por otro lado, el mantenimiento de esta materialidad fue exigiendo esfuerzos del capital privado e imponiendo grandes erogaciones al gobierno municipal, provocando alzas especulativas en el valor del suelo y las propiedades. Sin embargo –y aquí lo más significativo–, esta condición configura un habitar que oscila entre escenas fantasmagóricas y luces: “esto en invierno se convierte en un pueblo, un pueblo fantasma. Se termina la temporada y dejamos de ser la ciudad de las luces [...], para volver a ser los mismos de siempre, los del pueblo” (Osvaldo, 70 años, taxista). “En invierno es una ciudad fantasma, te tiene que

gustar vivir en un lugar así... no te digo que abandonado pero sí como un poco desolada, con muchas cosas cerradas, con mucha oscuridad” (Pablo, 48 años, hijo de pionero).

Gastón Gordillo (2018), en una etnografía situada en el noroeste de la Argentina, se propone recorrer un conjunto restos materiales –infraestructuras, ciudades y estaciones abandonadas producidas en la época del colonialismo– con el objetivo de problematizar, entre otras cosas, la noción de progreso. Según este autor, la llegada del presunto “progreso”, en esta zona, se ha presentado como suerte de fuerza creadora de ruinas y escombros mientras avanza. Las ruinas, desde su perspectiva, son aquellos restos materiales capaces de trascender la decadencia y reconvertirse bajo otros usos sociales. Son espacios y objetos museificados o fetichizados, es decir, colocados al resguardo del futuro. Los escombros, por el contrario, no siempre se figuran como ruinas completas y, por esto, suelen constituir restos sin forma ni valor que, como tales, se encuentran a disposición de distintos agentes humanos y no humanos. En última instancia, este autor sostiene que el abordaje de la destrucción del espacio permite comprender los procesos de producción del espacio.

Más allá de las distinciones analíticas que propone Gordillo, entre las ruinas y los escombros, me interesa es recuperar la pregunta que formula a lo largo de su trabajo: ¿cómo se relacionan los habitantes actuales de estos escenarios con estos restos y de qué manera es valorizado el pasado en función de esta relación? Si extendemos esta pregunta al caso geselino, encontramos que la materialidad y la infraestructura desplegada –durante varias décadas– bajo el presunto “progreso” de la ciudad turística ha dejado en el camino ruinas y escombros.

En Villa Gesell, las ruinas del progreso son aquellos restos materiales reconvertidos o resignificados bajo un movimiento que buscó posicionar “la historia del balneario” como una suerte de patrimonio para ofrecer a los turistas y también como un modo de cohesionar a la comunidad local atrás de una identidad colectiva. La casa de las cuatro puertas –hoy convertida en el museo local– se presenta como el símbolo más potente de este movimiento, pero el Acuario de Villa Gesell es otro de los grandes emblemas (Fischer, 2021).

Este acuario –inaugurado en 1973– fue construido por los arquitectos Carlos de Felice y Ernesto Pérez Silva y financiado por el mismo Carlos Gesell y su hijo, Roberto Gesell. Según cuentan los geselinos, durante varios años se constituyó como el acuario

más grande de Sudamérica: “fue una obra monumental, con una arquitectura de avanzada, era de forma circular y todo vidriados y tenía una gran diversidad de fauna marina” (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal). Sin embargo, debido a una serie de conflictos legales y a una demanda turística que no terminaba de acoplarse a la monumentalidad de la propuesta, el espacio cerró en 1986. Desde ese momento, fue abandonado, corroído, intervenido y degradado por el paso del tiempo. “Era como algo [...] como una presencia que nos estaba diciendo que los tiempos buenos quedaron atrás” (Fernanda, 47 años, arquitecta y concejal).

Más aún, en el 2013 un conjunto de vecinos reunidos bajo la “Red Ambiental Querandí” buscó recuperar las instalaciones del acuario con el fin de revalorizarlo como patrimonio histórico, cultural y arquitectónico y, a la vez, refuncionalizarlo como centro de historia natural y de rehabilitación de fauna marina. Ante este suceso, Juan Ignacio Provéndola –escritor geselino–, sostuvo lo siguiente:

Casi 30 años después, mientras el edificio penaba por su ruina, un grupo de vecinos se propuso rescatarlo del abandono para recuperarlo no solo como valor patrimonial sino también como un centro de historia natural. Son jóvenes de la ciudad, algunos profesionales en distintos rubros vinculados al turismo o a la biología. Otros son simplemente entusiastas, pero con la misma vocación [...] Poco a poco, ese viejo emblema comenzó a emerger de entre medio de las ruinas gracias a la mano desinteresada de muchos geselinos que se juntaron todos los domingos con palas y carretillas [...] Los primeros fueron los de la desmemoria, los otros parecen más fáciles. (Provéndola, 2014: 99)

Como indica Gordillo, las ruinas son aquellos objetos sin vida, cosas muertas de un pasado muerto cuyo supuesto valor histórico se origina en tiempos remotos. También el progreso de la ciudad turística ha dejado escombros, es decir, restos sin forma ni valor. Durante mi trabajo de campo, los geselinos han tendido a remarcar la presencia de estas materialidades diseminadas por toda la ciudad y, en particular, han referido al proceso de expansión inmobiliaria y a una cantidad de edificios y viviendas abandonadas y corroídas.

Sin embargo, en Villa Gesell se hace presente otro fenómeno: existe un conjunto de restos materiales que sólo se actualiza como tal a partir del cambio estacional. Esta es la tercera particularidad que encuentro: mientras que en el verano esa materialidad extendida suele acompañar el movimiento demográfico que la ciudad recibe, en invierno se vuelven restos entre los cuales los geselinos transitan sin poder apropiárselos. Una parte de la ciudad parecería entrar en pausa, reservarse, y esperar que vuelva el verano para cobrar vida nuevamente. “Es rarísimo lo que pasa con eso, es una parte muerta de la ciudad”. “Nosotros no vamos mucho a la playa, porque la playa es del turismo”. “Y qué

se yo, en invierno esto es como uno de esos parques de diversiones que cayeron en decadencia, ¿te ubicás?, como que queda todo ahí, oxidándose, esperando que en algún momento la cosa reactive”.

La tensión que se extiende a partir del cambio estacional se vuelve más evidente en momentos de crisis, es decir, cuando el destino turístico no logra capturar ese deseo para el cual fue creado. En estos contextos, los balnearios –como nos muestra la película de Llinás– se figuran como escenarios extraños, imposibilitados y coartados. Las oscilaciones y las escisiones se profundizan. Algunos de los restos materiales del progreso de la ciudad turística y los restos que emergen cada verano, no siempre logran ser reutilizados con otros fines. No obstante, estos representan el fulgor de los tiempos dorados, contienen la fuerza creadora del mito fundacional y, en definitiva, les recuerdan a los geselinos que ante todo son “una ciudad turística”. Por este motivo, la trampa histórica continúa y los geselinos siguen esperando que cada temporada vuelva a “ser como las de antes”, confían en las maniobras del marketing para reposicionar el destino o apuestan a que el deseo del veraneante vuelva a encontrar en estas playas un espacio para actualizarse.

La forma urbana escindida, el paisaje desplegable, las oscilaciones, estos juegos de aparente contraste, actualizan los imaginarios de la ciudad travestida, de la máscara y lo artificial. Como dijo Leandro –quien participó de las reuniones desarrolladas en el Taller del Bosque en torno al urbanismo de la villa–, “Gesell vale por lo que es, no transformada, travestida, con una fisionomía prestada o una máscara” (Leandro en Castellani, 1997: 152). ¿Qué es Gesell? ¿Para qué y para quienes fue creada? ¿Cuál es la verdadera y cuál la transformada? ¿Cuál es la máscara: el turismo, la estacionalidad, la ciudad que sigue el deseo ajeno? Las preguntas son todas válidas y, en definitiva, muestran una preocupación colectiva y genuina en torno a la identidad de esta localidad; una preocupación por desentrañar cierta trampa en la que Villa Gesell parece estar sumergida desde su fundación. No obstante, el trabajo de campo nos ha permitido observar que la trampa, quizá, esté dada por la imposibilidad de asumir que esas máscaras en lo cierto constituyen, como diría Preciado (2009), “su propia piel”.

7. Reflexiones finales

Este capítulo se inicia con una escena etnográfica en donde una joven geselina –Mariana– instala la pregunta por el modelo social y económico bajo el cuál se levantó la ciudad de

Villa Gesell. Un modelo, me dirá después, basado en la explotación de un conjunto de recursos naturales y paisajísticos que sólo pueden comercializarse bajo la temporada de verano. Asimismo, un modelo que ha ido configurando una ciudad que persigue, ante todo, el deseo de un otro y que, por momentos, parece olvidar los propios.

Mariana se pregunta por la confianza y la profundización de este modelo –¿por qué los geselinos seguimos apostando a esto?, ¿por qué no podemos cambiar la historia?– y encuentra que atrás de esta confianza se despliega una suerte de trampa histórica: pensar que el turismo estival sigue representando una actividad económica sustentable capaz de generar diversos tipos de oportunidades para la comunidad local. Como buena historiadora, me invitó a probar su teoría, a recorrer la historia simbólica y material de la ciudad para observar de qué manera se fue construyendo esta confianza y, sobre todo, analizar los efectos que conlleva.

Siguiendo este propósito, fui reconstruyendo la genealogía de este balneario bonaerense acudiendo a los documentos –los folletos turísticos, las cartas, las disposiciones burocráticas– que resguarda el museo local y al análisis de una serie de textos canónicos sobre la historia geselina. También incorporé los aportes de otros habitantes que reflexionan sobre este recorrido y destacan algunos hitos de quiebre, así como también procesos de continuidad. Entre ellos, recorrí las razones del primer proyecto, el cambio de propuesta, la fundación del pueblo balneario, el rol del fundador, el posicionamiento del escenario costero en el mercado turístico, la implementación de las bases materiales –nacionales, provinciales y locales– para su desarrollo, el despliegue de la infraestructura turística, el *boom* del balneario y, también, el estancamiento.

Dentro de todas las dimensiones problematizadas, me focalicé, específicamente, en el armado material de la ciudad turística y en el montaje estacional. Es decir, por un lado, en la creación de un escenario capaz de recibir un gran caudal de turistas y, a la vez, satisfacer sus necesidades recreativas durante el verano; por otro lado, en el mecanismo circular –que se repite año tras año– de despliegue y el repliegue del paisaje habitado. Estos montajes me han permitido arribar a una conclusión: el tiempo estacional impulsa modos de habitar escindidos y oscilantes.

El tiempo estacional –como sostuvo Marcel Mauss (1979 [1905])– resulta una dimensión central para comprender algunas de las transformaciones de la morfología social y material de cualquier grupo humano. Además de producir una alternancia entre

fases sucesivas de intensidad y reposo de la actividad social –entre el apogeo y el hipogeo–, este tiempo produce cambios en el tipo de paisaje habitado. Los esquimales de Mauss, por ejemplo, vivían durante el verano en campamentos dispersos, mientras que en invierno se asentaban en casas más sofisticadas y más conectadas entre sí. “Las casas no son las mismas, la población es diferente y aquellas están construidas sobre el suelo de forma totalmente distinta” (1979 [1905]: 383). Existen, también, otro tipo de sociedades que se desplazan estacionalmente por el territorio a partir de sus actividades sociales, económicas o culturales experimentando paisajes y organizan su vida material de maneras contrastantes (Silla, 2010).

Abordar la relación entre el tiempo estacional y las transformaciones materiales, para el caso geselino, me permitió comprender algunas dinámicas de esta ciudad que también pueden emerger en otros escenarios de su especie. En primer lugar, el montaje de una ciudad turística que depende de la activación estival del deseo ajeno, ha propulsado el desarrollo de una materialidad que hoy se debate entre escombros y ruinas. Villa Gesell nació y creció en un contexto en el que el que los balnearios se posicionaron como una de las opciones más atractivas para el despliegue recreativo y ocioso. No obstante, a partir de los años setenta el desarrollo de este modelo –y en particular de la infraestructura asociada a él– comenzó a presentar algunas fisuras que fueron incrementándose en las décadas subsiguientes. Estas ciudades –siguiendo la propuesta de Llinás y los relatos nativos– parecen haber quedado desacopladas de su presente.

En segundo lugar, el turismo en relación con los movimientos estacionales ha generado un fuerte desarrollo de la materialidad y la infraestructura que se concentra en una zona específica de la ciudad. Esta concentración fue empujando a los geselinos, cada vez más, lejos del mar y de aquellas “comodidades” y “servicios” que se han montado para la satisfacción de aquel deseo ajeno. La ciudad se presenta, así, como dividida entre un escenario propicio para la recepción de turistas y otro en el que habitan los residentes permanentes. En tercer lugar, la centralidad del tiempo estacional habilita un movimiento material de despliegue y repliegue. Los geselinos, todos los años, experimentan un profundo cambio morfológico en la misma ciudad que habitan; los geselinos se transforman a sí mismos y oscilan entre expresiones sociales distintas.

Las transformaciones de la “industria sin chimeneas” –los cambios en los gustos y en las prácticas de los veraneantes, los estancamientos, las crisis económicas, la diversificación de opciones, o “la moda”– han profundizado las escisiones, las

oscilaciones y la dispersión de restos materiales. Los geselinos, así, han comenzado a preguntarse por las máscaras: ¿Somos la ciudad del verano o la del invierno? ¿Cuál es la verdadera Villa Gesell: la turística o la de los residentes; la que está cerca del mar o la que está hacia atrás; la de la fundación, la de la masificación del turismo o la del estancamiento? ¿Somos aquellas únicas ciudades que dio el siglo? ¿Somos dinosaurios? ¿Somos extrañas? ¿La ciudad contempla nuestros deseos o persigue los ajenos? ¿La ciudad explota su cuerpo? Desde su origen, Villa Gesell se traviste, se disfraza, se viste de diferentes formas y se enmascara. Este mecanismo –que resuena en las voces de tantos geselinos, que abre preguntas y debates– es, en definitiva, una dimensión constitutiva de la vida social. De hecho, como plantea Erving Goffman, “en la medida en que la máscara representa el concepto que nos hemos formado de nosotros mismos –el rol de acuerdo con el cual nos esforzamos por vivir–, esta máscara es nuestro «sí mismo» mas verdadero, el yo que quisiéramos ser” (Goffman, 2001: 31). Así, no existe una Villa Gesell “auténtica” que se esconde atrás de un montaje o escenificación ficticia, en lo cierto, ese movimiento cambiante constituye el origen, la extensión y las marcas de su propia piel.

CAPÍTULO III

LA CIUDAD MERCADER

El modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere. En nuestra ciudad, por efecto del clima, todo ello se hace igual, con el mismo aire frenético y ausente.

Albert Camus, *La peste* (1945)

1. Mercados estacionales

El turismo estival –motor de la economía de la mayoría de los municipios del litoral atlántico bonaerense– configura un paisaje plegable constituido por una infraestructura tan productiva como ociosa; un paisaje densamente habitado y, por momentos, escasamente poblado; y, también, un paisaje tensionado por los modos locales y turísticos del habitar. Detrás de esta configuración social, el tiempo estacional se esconde movilizándolo prácticas y representaciones en aparente contraste.

El modelo económico del turismo, atravesado por estas estaciones en expansión y contracción, enfrenta, además, dos tiempos humanos muy significativos: el tiempo productivo y el improductivo. La historiografía local abocada a la emergencia de los balnearios bonaerenses ha realizado grandes contribuciones para reflexionar sobre la particularidad de estos encuentros temporales; específicamente, en lo que hace a ciertas dificultades que han surgido –y aún lo siguen haciendo– en la coalición de dos experiencias: una volcada al trabajo, la otra al ocio recreativo.

A partir del acceso democrático al ocio, los espacios turísticos nacionales (de sierras, montañas, mares y atractivos culturales) comenzaron a masificarse y a recibir, año tras año, cada vez más turistas (Pastoriza, 2011). Como me explicó un geselino nacido en aquel contexto de expansión:

En esos años muchas de las familias argentinas salían de vacaciones. Se había ganado un derecho y la playa fue uno de los lugares más elegidos por los trabajadores. Venían y venían y había lugar para todos. Nosotros no parábamos de trabajar, porque además la temporada era distinta, era mucho más larga. (Daniel, 75 años, pionero)

Con la masificación del turismo se impulsaron dos procesos. El primero de ellos remite a la configuración o reconfiguración de espacios destinados a recibir turistas y sus prácticas

recreativas. En el capítulo anterior, establecí algunas de las dimensiones centrales de este proceso: desarrollo de infraestructuras, rutas, caminos, negocios, hoteles, escuelas, servicios, balnearios, eslóganes, marcas, planes de desarrollo, etc. El segundo se vincula con la “materia viva” necesaria para fundar y hacer crecer una villa de veraneo: las personas y familias dispuestas a movilizarse y establecerse en estos escenarios para participar –de diversas formas– de la prestación de servicios al veraneante.

En Villa Gesell, los residentes permanentes –que fueron migrando en diversos contextos y bajo distintas motivaciones– no constituyen una identidad absoluta. Están quienes, como los pioneros de la epopeya, lograron hacerse de “los medios de producción” locales: dueños de balnearios y comercios estratégicos, agentes inmobiliarios, arquitectos, propietarios de viviendas para el alquiler, poseedores de los fragmentos valorizados del territorio. También los que pudieron acomodarse en un puesto estatal, lograron acceder a un trabajo regular en los comercios y servicios permanentes o en una de las cooperativas de la localidad (luz, gas y telefonía). Finalmente, están los trabajadores estacionales que acompañan el vaivén de la expansión y contracción de las temporadas (Abrantes, 2018; Noel, 2020).

Los estudios volcados a la reconstrucción histórica supieron marcar que, desde sus inicios, este tipo de escenario turístico promovió algo de lo que Juan José Sebreli (1970) denominó –un tanto radicalmente– el imperio de un “ocio represivo” en el que las temporalidades de unos y de otros –turistas y residentes– entran en conflicto. Estas ciudades, bajo la mirada del sociólogo, emergieron como santuarios del consumo y escenografías de un lujo artificial⁴⁵. Atendiendo a esta forma específica, este autor detectó una paradoja temporal de los balnearios: por un lado, los turistas que salen de sus casas para enterrar los pies en las playas argentinas, se predisponen a un tiempo relajado, ocioso

⁴⁵ Sebreli, a partir del análisis del caso emblemático de Mar del Plata, sostiene que estos escenarios constituyen una expresión urbana muy particular: “se gastan fortunas en levantar enormes edificios que permanecerán desocupados la mayor parte del año en tanto gran parte del país, incluida la de Mdp [Mar del Plata], viven en malas condiciones...”. Remarca, además, una paradoja: en estas ciudades que en la década del sesenta presentaban altos índices de construcción, existe una “alarmante crisis de vivienda” (Sebreli, 1970: 103). Sebreli escribió estas ideas en los albores de los años setenta, pensando en una villa de veraneo dirigida, primero, al consumo de las elites porteñas y luego a los sectores medios de la Argentina. Sin embargo, como bien explican Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre (2019), a mediados del siglo XX Mar del Plata, junto con otros balnearios que emergían sobre el corredor atlántico, se posicionaron como espacios dirigidos a todos los sectores sociales. Estos últimos autores, a diferencia de Sebreli, rescatan el trasfondo social y el recorrido histórico que llevó a las playas argentinas a convertirse en verdaderos espacios capaces de albergar una fuerte heterogeneidad social. Para ellos, más que una expresión del lujo suntuario, los balnearios cristalizan el proceso de “democratización del bienestar” iniciado durante el primer peronismo.

y hasta contemplativo, un tiempo que desarma las estructuras cotidianas para transitar el flujo de lo recreativo; por otro lado, emerge la temporalidad local, marcada por ritmos de trabajo intensos centralizados en un período del año: “si no lo lográs en la temporada, estás muerto. Es el momento que tenemos para juntar el mango [dinero]”, me dijo Josefina, una vendedora de 42 años.

Estableciendo un paralelismo con las distancias que separan lo sagrado de lo profano, Sebreli explicó esta dinámica con las siguientes palabras:

Siendo la vida religiosa y la vida profana incompatibles entre sí, no pueden coexistir en un mismo espacio; es preciso, pues, realizar un desplazamiento desde el lugar cotidiano de habitación y trabajo hacia otro lugar consagrado especialmente al culto y donde toda actividad profana esté excluida. [...] Las vacaciones se realizan dentro de un marco limitado, una ciudad o un pueblo exclusivamente dedicados al turismo, y aun dentro de esa ciudad o pueblo, en ciertas zonas también delimitadas. (Sebreli, 1970: 38)

Cuando el turista se sale de esa zona preparada para el ocio, cuando cruza el límite y se cae –como sugerí en el capítulo anterior– de esa “ciudad para la postal”, se adentra en el dominio de la vida cotidiana de los residentes. “El turista que se sale del límite convenido [...] se encuentra intempestivamente en un universo indiferente y hostil que destruye la magia de las vacaciones” (Sebreli, 1970: 42). En este espacio profano para la mirada del viajero, se levanta la “materia viva” de estas ciudades, hecha por trabajadores estacionales que esperan que cada temporada logre, al fin, ser lo suficientemente buena como para subsistir todos aquellos otros meses del año en los que las ofertas de trabajo escasean. Escasez que –hay que decirlo– motoriza una temporalidad improductiva que lejos está de ser recreativa.

El modelo económico del turismo estacional, entonces, potencia el encuentro de dos experiencias temporales –productiva e improductiva– en un tiempo calendario acotado: la temporada turística que coincide, en Argentina, con el receso escolar; entre el mes de diciembre y el de marzo. Este acontecer configura un mercado de trabajo estacional, complejo, dinámico, informal, precarizado y volcado, esencialmente, al tercer sector. Una oferta frenética, atiborrada, “al palo”, como indican los geselinos, que encuentra su respuesta en una demanda que busca la tranquilidad y el letargo.

Por otra parte, las características estacionales antes mencionadas impactan en otro de los mercados significativos para la población local: el inmobiliario. Junto al trabajo, el acceso a la vivienda constituye otro de los grandes desafíos para las comunidades balnearias. La valorización turística del territorio –que en Villa Gesell comenzó a gestarse

en los años cuarenta– implicó la transformación de un bien de uso en un bien de cambio y desencadenó un alza en el valor del suelo. A partir de este proceso, el territorio pasó a ser considerado como un medio de producción para los urbanizadores y promotores turísticos. El territorio, así, “actúa como soporte de la nueva actividad implantada y se convierte en un objeto de consumo, en un recurso productivo para los intermediarios y en una fuente de ingresos para la administración pública” (Benseny, 2015: 14).

Como hemos visto en el capítulo anterior, la ciudad de Villa Gesell ha avanzado, desde su origen, en el desarrollo de dos modalidades para el alojamiento con el objetivo de alcanzar la fidelización del turista: por un lado, hoteles y cabañas para aquellos veraneantes que buscan ciertas comodidades o servicios y que, además –como me explicó un geselino– tengan “menos tiempo para disfrutar del mar”; por otro lado, la venta de segundas residencias y el alquiler de viviendas de veraneo, para los “turistas que podían venirse, porque en esa época se podía, los tres meses completos” (Manuel, 68 años, comerciante). En la década del setenta se sumaron los campings, bajo el conocido *boom* de este escenario que lo posicionó como la meca de la juventud, la bohemia y la contracultura argentina (Noel, 2020).

Villa Gesell –al igual que otras ciudades balnearias de la Provincia de Buenos Aires– fue diseñada para la permanencia, pero también para la transitoriedad⁴⁶; es decir, desarrolló toda la infraestructura necesaria para que los residentes puedan asentarse en estas tierras medanosas y también para que los turistas la visiten en un período de tiempo demarcado por el calendario. Más aún, en estas visitas los turistas despliegan un habitar ocioso implicado en una relación con el espacio que no se reduce a la actitud clásica del *flâneur*. Estos actores desempeñan un rol central en los modos en que esta ciudad se imagina, así como también en los itinerarios morfológicos y su expresión material.

Como sugiere Víctor Pegoraro, durante el siglo XX tanto la iniciativa privada como pública intervinieron de forma activa sobre los paisajes costeros configurando el

⁴⁶ Henri Lefebvre entiende a las ciudades turísticas en tanto mercancías; esto es, espacios que empiezan a ser consumidos no sólo en términos económicos, sino también en términos literales. El turista participa de la producción del espacio a partir de una serie de prácticas de consumo, pero existe una falsa ilusión en este acontecer: la de participar en la obra y comprenderla. Para este autor, el turista transita meramente por el paisaje y recibe una imagen pasiva: “La obra concreta, los productos engendrados y la actividad productora se ocultan o caen en el olvido” (Lefebvre, 2013: 235). Si bien existe algo de la producción del espacio que es velado, la configuración turística de estos escenarios bonaerenses, como espacios destinados a un ocio extendido a través del desarrollo de estas segundas residencias, invita a pensar en la agencia del turista en tanto productores activos del espacio.

perfil del balneario ante la sociedad argentina. En este sentido, “La oferta de alojamientos, la naturaleza y estética de las construcciones, la edilicia turística y la estructura ocupacional de las viviendas estuvieron condicionadas por la demanda de los veraneantes”. A mediados del siglo XX, se lograron consolidar las bases materiales y simbólicas que hicieron posible “... el desenvolvimiento de una lógica a perdurar: la compra/venta/alquiler/remates de lotes y subdivisión de propiedades en pos de un mercado inmobiliario dinámico con piedra angular en la demanda turística” (Pegoraro, 2019: 79). En este sentido, un asiduo turista de Villa Gesell me comentó que comprar una segunda residencia en ciudades balnearias del corredor atlántico era una práctica muy extendida por aquellas épocas en que las vacaciones representaban la posibilidad de trasladarse y permanecer en los escenarios de ocio durante al menos un mes.

Cuando pudieron, mis viejos se compraron un departamento. Era muy común en esa época invertir en estas propiedades. Lo veían como una oportunidad para invertir, pero también de garantizar ese espacio donde vacacionar varios meses al año. Vinimos sin parar desde el 82 hasta el 98. [...] Mis recuerdos de aquella época son los mejores: tenía mis amigos, mis lugares, mis circuitos, era como mi segunda casa, justamente. (Marcelo, 42 años, turista)

El desarrollo de este mercado destinado al ocio ha permitido que las formas de apropiación y los usos del suelo, así como el acceso a la vivienda, se encuentren supeditados a las lógicas que imponen los agentes inmobiliarios y turísticos, quienes ven en estos recursos la potencialidad de incrementar su capital. Como sostiene Pegoraro, el lugar geográfico privilegiado sobre el mar y su cercanía con la Ciudad de Buenos Aires fueron configurando “un mercado urbano inclinado, histórica y preferentemente, al ocio”, que habría logrado supeditar al “submercado de viviendas permanentes”, colocando, también, bajo su lógica “a la industria de la construcción local” (Pegoraro, 2019: 74).

En esta trama conflictiva, distintos actores se disputan la legítima posesión del territorio: residentes, turistas, agentes inmobiliarios, desarrolladores e inversores. A su vez, en esta configuración se dibujan no sólo el derecho a la ciudad y a la vivienda, sino también el derecho a la belleza. En efecto, merecer la ciudad implica para los geselinos lograr el acceso a una vivienda digna y al disfrute de aquellos recursos paisajísticos, morfológicos y naturales de este escenario atlántico (Noel, 2014a). Teniendo en cuenta estas características, el mercado inmobiliario, atravesado por la estacionalidad, se convierte en un *locus* privilegiado para abordar las diferencias entre los modos de habitar de los turistas y los residentes, así como las relaciones de desigualdad que vehiculizan y

obstaculizan las oportunidades de los diferentes grupos sociales que coexisten en este escenario.

Este capítulo explora las lógicas del mercado de trabajo y el mercado inmobiliario, partiendo de la premisa de que las acciones de oferta y demanda de ambos espacios se encuentran fuertemente moldeadas por el tiempo estacional. Como indica el epígrafe de Albert Camus, el modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama, cómo se muere y, aquí agrego, cómo se habita. Recuperando testimonios locales, analizando cartografías y datos estadísticos sobre estas dinámicas, la propuesta consiste en avanzar, además, en un emergente clave: ¿qué problemáticas acarrea, en los espacios de acogida, la llegada estacional de una horda de turistas dispuestos a enterrar sus pies en la arena y disfrutar del mar?

2. Antes que nada: “romper la estacionalidad”

“Lo que necesitamos es romper con la lógica estacional”. Esa frase, pronunciada por una importante persona pública de Villa Gesell –quizás la más pública–, fue la que me llevó a construir las preguntas que organizan este capítulo. ¿Qué implica esa ruptura? ¿Por qué hace tanto tiempo dicen estar tratando de quebrar la lógica estacional, sin poder lograrlo? ¿Se trata de un objetivo de política pública o de una demanda popular? ¿Todos los geselinos demandan lo mismo? Y aún más, ¿todos encuentran los mismos antídotos contra esta lógica temporal?

Durante varios años, creí que hablar con el intendente de la ciudad de Villa Gesell podía brindarme una perspectiva significativa sobre algunas de las dinámicas de este balneario. Si bien esta tesis no explora las peculiaridades políticas y partidarias que se tejen en este campo, tenía muchas preguntas para hacerle a quien ocupa el mayor cargo político local. Básicamente, me interesaba saber cómo se gobierna una ciudad que cambia o se traviste –social, cultural, espacial y económicamente– a partir del tiempo estacional y qué desafíos genera para la gestión local. Pensaba en los recursos que tenían que desplegar durante el verano (seguridad, personal municipal, obra pública), en la capacidad estructural (hospitales, cloacas, servicio eléctrico) y también en la gestión de todas aquellas problemáticas vinculadas al aumento poblacional exponencial que ocurre cada verano.

Ni bien comenzó mi trabajo de campo, traté de contactarme con el intendente que gobernó el municipio –entre el 2007 y 2014– durante dos períodos: Jorge Rodríguez

Ernetá. Mis cuadernos de campo de aquellos años exponen las marcas de mis reiteradas llamadas y mails enviados a la municipalidad, cuadros estableciendo contactos y relaciones para alcanzar mi meta, preguntas a periodistas, médicos y referentes sociales. También referencian que, más allá de mis esforzados intentos, ese encuentro no logró concretarse. En el 2014, sin embargo, de manera algo imprevista, Jorge Rodríguez Ernetá decidió renunciar a su mandato para incorporarse al equipo de trabajo de Florencio Randazzo, como subsecretario del Ministerio del Interior. Su sucesor, Gustavo Barrera, quien asumiría el cargo de intendente por acefalía, representó entonces una nueva oportunidad para alcanzar la ansiada entrevista.

Con las expectativas renovadas, volví a preguntar a mis informantes sobre la posibilidad de encontrarme con el nuevo gobernante geselino. Si bien Barrera estaba en la línea sucesoria de Rodríguez Ernetá, lo cierto es que “sus entornos” –como indicaron algunos geselinos– eran bien distintos. Por esto, extendí un poco más las redes de contactos y así aumentaron las posibilidades de dar con alguna persona que pudiera acercarme mi pedido.

Durante el 2014 y el 2015, viajé a Villa Gesell en varias oportunidades y en cada viaje lograba hablar con alguien cercano que me prometía hacer lo posible para contactarme con él. Sin embargo, las actividades políticas, las agendas abarrotadas y la dificultad de organizar un trabajo de campo a 350 kilómetros de distancia del escenario de estudio me imposibilitaron concretar esa entrevista. Dadas las limitaciones, decidí abandonar la búsqueda y me convencí de que podía reconstruir algunas de las representaciones de la gestión local interpellando a otros funcionarios municipales de diverso rango. Así, logré contactarme con la encargada de Oficina de Empleo –Mariana (32 años)–, la directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional –Luciana (36 años)–, el secretario de Turismo –Emiliano (45 años)–, el ex intendente y actual concejal –Luis Baldo (65 años)– y el ex secretario de Planeamiento –Luis Castellani (70 años)–. Todas estas entrevistas fueron sumamente fructíferas para el desarrollo de esta tesis.

En octubre de 2019 –cuando ya me convencía de finalizar mi trabajo de campo–, el azar conspiró a mi favor. Me encontré en un bar con Natalia, periodista local de 38 años, para conversar sobre las relaciones que existen entre los medios de comunicación geselinos y los metropolitanos. Natalia me hablaba de los consumos mediáticos de los geselinos, de la necesidad de construir “noticias locales” y romper con cierto “centralismo” de la producción periodística: “acá pasan otras cosas y es necesario que

podamos dar visibilidad a nuestros problemas y nuestras alegrías”. En medio de la charla, sonó su celular; la llamada provenía de la municipalidad y, por lo que podía entender, querían hacerle algunas consultas sobre una nota en un colegio que esa misma mañana habían cubierto con el canal de noticias. Natalia respondió a los interrogantes y, antes de terminar, me hizo un gesto con la cara y dijo: “perdoname, te hago una consulta: estoy acá reunida con una antropóloga que hace tiempo tiene ganas de entrevistar a Gustavo: ¿Sabés si está disponible?”. Ella agradeció, cortó el teléfono y me confirmó que en 40 minutos me esperaba el intendente.

Salimos del bar, caminamos dos cuadras –a ritmo lento, como les gusta a los geselinos– por una despejada Avenida 3, y llegamos a la municipalidad. Luego de presentarnos en la mesa de entrada, Natalia me dirigió hacia su despacho. Subimos dos pisos por una escalera bien angosta y entramos a una sala pequeña que tenía varias puertas y cuatro sillas para esperar. Frente a una de esas puertas, que indicaba “oficina privada”, pensé en los límites de lo privado en el universo de lo público. Cinco minutos después, Gustavo Barrera abrió la puerta: “Natalia, Lucía, pasen”.

El despacho del intendente era bastante despojado y ciertamente respondía a una serie de estereotipos sobre espacios municipales: colores verde botella, muebles de madera, pocos ornamentos y muchos papeles. Sin embargo, esa oficina contrastaba con ciertos imaginarios sobre la espacialidad del poder, expresión que me hizo reflexionar sobre las distancias que separan los centros de las periferias, así como también acerca de los modos en que se teje la política en este tipo de escenarios bonaerenses. Esta intuición inicial fue reforzada luego por el propio intendente, quien no dudó en establecer la problemática señalando dos cuestiones: la escala y la estacionalidad.

Este tipo de ciudad tiene una historia muy particular, un tipo de economía difícil, estacional, una relación con la naturaleza, un proceso de fundación muy único [...] La independencia del municipio de Madariaga fue todo un tema, necesitábamos que nos reconocieran con las particularidades de este balneario que no tienen nada que ver con los pueblos rurales o ciudades de la Provincia de Buenos Aires [...] Es todo un tema, además, por el peso relativo que tenemos, ¿no? Digo, si comparás la llegada que puede tener un intendente del Conurbano bonaerense con la que podemos tener nosotros, te das cuenta de ciertas disparidades en las capacidades [...] En verano nos miran todos, claro, porque recibimos dos millones de turistas, pero pasa el verano y ahí quedamos. [...] Es todo un arte aprovechar ese momento del verano para presionar en los reclamos y necesidades específicas. (Gustavo, 55 años, Intendente)

Un escritorio grande de madera disponía la distribución del espacio: a un lado, un sillón donde se sentaba el intendente; al otro, dos sillas para posibles visitantes. Sobre ese

escritorio de madera oscura se depositaban un sinfín de expedientes, que –todo indicaba– estaban allí para ser firmados. Una mujer de unos cuarenta años entraba y salía del despacho con esos expedientes encarpados en colores pasteles (celeste, verde y naranja) y le indicaba a Barrera dónde colocar la firma. El intendente, ante mi mirada atenta, me explicó: “Acá tenemos que seguir todas las cuestiones de la comunidad. Así trabajamos desde la municipalidad”. Esta idea de “seguir las cuestiones de la comunidad” fue constatada, luego, con una serie de acontecimientos que tuvieron lugar durante ese encuentro: distintos geselinos se acercaban, directamente, a golpear la puerta del intendente movilizándolo quejas, agradecimientos, soluciones y problemas. Escuché varias situaciones: un inconveniente de cloacas, el alza de una tasa, la necesidad de conseguir fecha para un casamiento, el arreglo de un comedor ubicado en una zona postergada y la refacción de una garita de colectivos.

Como escribimos en otra oportunidad junto a Ricardo Greene (Greene y Abrantes, 2018), las ciudades no metropolitanas, como Villa Gesell, se posicionan de manera ambivalente en las jerarquías urbanas nacionales. Por un lado –como el propio Barrera lo confirmó–, ocupan posiciones relegadas en relación con las grandes ciudades y centros metropolitanos. Por el otro, suelen destacarse a nivel regional. También –como así pude verificarlo durante la hora en que permanecí en ese despacho–, practican una política que podríamos denominar de “cercanía”: “acá el vecino viene y toca la puerta. Y estamos para eso, para escuchar a los geselinos y tratar de resolver los problemas”, me dijo Barrera.

Sobre la pared que podía observar de frente, había dos retratos que marcaban la afiliación política de la gestión: a la derecha, Juan Domingo Perón y, a la izquierda, Evita. No obstante, Gustavo Barrera no parecía un típico exponente peronista. De hecho, recurriendo a todas las expresiones más o menos establecidas sobre los “modos peronistas de hacer política”, el intendente parecía evitar aquellos lugares comunes que podían emparentarlo con los quehaceres y formas de hacer política de los conocidos “barones del Conurbano”⁴⁷ (Noel, 2014a).

Más aún, este dato fue reforzado con ciertas representaciones locales que luego encontré en varias de mis entrevistas. Estas representaciones, lo suficientemente

⁴⁷ El término “Barón del conurbano” es utilizado para identificar a un conjunto de intendentes de filiación peronista que gobiernan en los municipios más populosos y desiguales del Conurbano bonaerense. El término refiere, además, a ciertas formas de hacer política emparentadas con el clientelismo político, con ciertos negociados y con capacidad de ejercer presión sobre las políticas de alcance nacional.

establecidas en la comunidad local, emparentaban al intendente anterior con “lo peor del peronismo”, mientras que vinculaban a Barrera –su sucesor– con “otros modos de hacer política” que parecían ser más “acordes” a lo que esta comunidad necesitaba: “Barrera es un geselino auténtico, un tipo común, de acá”, solían decirme.

Al momento de indagar más profundamente sobre estas diferencias dentro de la misma fuerza política –Rodríguez Ernetta y Barrera adherían al por entonces Frente para la Victoria⁴⁸–, me encontré con ciertas particularidades situadas que vale la pena recuperar para entender la trama política de esta ciudad turística. Como sostiene Julieta Gaztañaga:

Distinguir las adscripciones de las personas a una familia, un partido, una secta religiosa, una labor, etcétera, sus derechos y obligaciones, las relaciones entre grupos e individuos, las reglas relevantes de conducta en ámbitos específicos, entre otras cosas, nos obliga a contextualizar significantes y significados permanentemente en pos de comprender el desarrollo de un proceso, una relación social o un acontecimiento. (Gaztañaga, 2013: 112)

Contextualizar el posicionamiento de Barrera me obligó a recuperar, entonces, al menos dos datos relevantes. El primero de ellos se vincula a este contraste generado por la comunidad local entre las formas anteriores –vinculadas a Rodríguez Ernetta– y las formas actuales de hacer política. Barrera, sin dudas, quería “despegarse” de la gestión anterior y formular un proyecto –en sus propias palabras– “más geselino”. Este corrimiento se podía notar, como Natalia me explicó luego de la entrevista, “en los modos de hablar, de vestirse, de dar un discurso”.

Lo podés ver en cómo recibe a la gente, en esta idea de estar cerca de la comunidad. Es un tipo común, de acá, y eso a los geselinos, en términos generales, les gusta. Todo eso lo diferencia de Ernetta, aunque compartan la misma fuerza política. (Natalia, 38 años, periodista)

Estas diferencias merecen un breve desarrollo. Rodríguez Ernetta ganó la intendencia en el 2007 con un gran apoyo popular que quedó reflejado en las urnas. Sin embargo, poco a poco fue perdiendo su imagen positiva debido al despliegue de ciertas prácticas que comenzaron a asociarlo con un proceso que los geselinos insisten en llamar “conurbanización” (Noel, 2014a). El siguiente testimonio de Raquel de 58 años –quien

⁴⁸ El Frente para la Victoria (FPV) fue una coalición política argentina de orientación peronista fundada en 2003. En aquel año su candidato, Néstor Kirchner, terminó ganando las elecciones presidenciales cuando el candidato mayoritario de otro sector político –Carlos Menem– decidió retirarse de la segunda vuelta. En el 2007 y en el 2011 volvieron a triunfar en las urnas cuando Cristina Fernández de Kirchner ganó la presidencia con el 46,29 % para el primer período y 54,11 % para el segundo. Al momento de realizarle la entrevista a Gustavo Barrera, se encontraba gobernando –a escala nacional y provincial– la coalición de Cambiemos, opositores al Frente para la Victoria.

desde hace doce es dueña de una cafetería ubicada sobre la Avenida 3– refleja esta representación relativamente instalada en la comunidad: “Villa Gesell se está pareciendo cada vez más al conurbano bonaerense: tenemos delincuencia, asentamientos, violencia, inseguridad, pobreza y gente que tiene hambre y esto es culpa de Rodríguez Erneta”.

El trabajo de campo desplegado durante varios años en Villa Gesell me permitió entender que este supuesto proceso de conurbanización parecía tener un responsable: Rodríguez Erneta. Así, el intendente anterior era acusado con insistencia, entre otros actos, de “importar” un gran caudal de gente del Conurbano bonaerense –para ampliar su base política– y de replicar las gestiones “propias del Conurbano” en un escenario que parecía estar muy lejos de asimilarse (Noel y Abrantes, 2014; Noel, 2020).

El segundo elemento que permite entender el posicionamiento político de Barrera –alejado de ciertas formas peronistas de “hacer política”– remite a esta distancia entre los modos “peronistas del Conurbano” y aquellos que pueden desplegarse en una ciudad periférica como Villa Gesell. Barrera es peronista, pero –como me explicó con gracia– “un peronista hecho al estilo geselino”: “El Conurbano tiene una realidad muy distinta a la que tenemos acá y eso implica el desarrollo de otras políticas públicas y gestiones. Con todos sus pro y sus contras; también ellos tienen una llegada mayor al poder central, es distinto”.

Volviendo a la descripción de la escena etnográfica donde tuvo lugar la entrevista, encontré que sobre la pared izquierda había una ventana hacia la calle, enmarcada por dos mapas de la Villa. Si bien no alcancé a leer los años en los que habían sido producidos, claramente marcaban un contraste entre un antes y un después. En la comparación entre ellos advertí el proceso de urbanización intenso y transformador de la ciudad.

La charla comenzó algo tímida. Gustavo Barrera se disponía simplemente a preguntar y a escuchar las respuestas que yo podía ofrecerle. Quería saber –como casi todos los funcionarios a los que entrevisté– cuál era mi interés por la ciudad balnearia y si tenía algún tipo de vínculo sentimental que me uniera con ella: “¿vos venías de vacaciones a Gesell?”, me preguntó. Tras responderle que no, él se mostró aún más atento a la presentación que hice sobre mi investigación e incluso me pidió que le enviara mis trabajos para poder leerlos. “Estos materiales nos ayudan mucho, porque ven a la ciudad desde otra perspectiva: ni como turistas ni como geselinos”, me dijo.

Cuando me tocaba preguntar a mí, sus respuestas eran concretas, cortas y no incluían grandes análisis. Sin embargo, un hecho fortuito volvió a torcer el destino a mi favor. Estábamos conversando sobre su llegada al sillón municipal, su triunfo popular en el 2015 y los modos en que los geselinos habían “leído” sus formas “distintas” de hacer política, cuando a mí se me ocurrió decir lo siguiente: “Claro, haber nacido en esta ciudad te posiciona de otro modo, ¿no?”. Su respuesta me sorprendió:

Yo nací en Haedo, en la zona de Morón. Me vine a los seis años, en el año 76. Hice la primaria acá, la secundaria y tuve la oportunidad de estudiar Derecho en Mar del Plata, me recibí de abogado. Después, por esas vueltas de la vida, me involucré en la política: empecé siendo concejal en el 2007, presidente de Concejo en el 2009, renové en el 2011 como primer concejal; el intendente se fue en el 2014 y me tocó cubrir una licencia o un interinato de un año y medio, porque él renunció. Ganamos en el 2015 y acá estamos, por renovar. (Gustavo, 55 años, Intendente)

Más allá del derrotero por su trayectoria biográfica, un dato cambió el ritmo de la conversación: Barrera había nacido en el mismo barrio bonaerense que yo y, luego de intercambiar algunos detalles sobre las calles de Haedo, sus casas, plazas y negocios, el intendente se soltó, olvidó la formalidad del encuentro y sus respuestas admitieron más espesura. Así, decidí comenzar con las preguntas vinculadas a mi tema de investigación de manera más directa: “¿Cómo es, entonces, gobernar una ciudad como ésta?”, le pregunté, y enseguida sentenció cuál era el gran desafío de la ciudad balnearia en la cual había vivido casi toda su vida y ahora le tocaba gobernar:

Antes que nada, lo que necesitamos es romper con la lógica estacional. Nuestro gran desafío, desde que nació Villa Gesell hasta la fecha, es romper con la estacionalidad. Porque en verano trabajamos todos y en invierno cuesta mucho mantenerse. Hay que generar nuevos desafíos y puestos de trabajo. El tema del trabajo es un problema que nos cuesta mucho resolver, lo mismo pasa con la vivienda [...] Las cosas cambiaron, antes la estacionalidad era un problema, pero ahora es casi insostenible [...] Antes la temporada duraba tres meses, la gente venía tres meses enteros y se quedaba y se hacían relaciones de amistad. Se volvía siempre al mismo lugar. La temporada rendía, ya no pasa lo mismo. (Gustavo, 55 años, Intendente)

Acceder a la palabra de Barrera no fue fácil. Después de múltiples intentos, llamados, notas y pedidos, una vez concretada la entrevista, pude verificar mi intuición inicial sobre la potencialidad de este encuentro: la conversación con el intendente me permitió dar con un conjunto de hallazgos relevantes para esta investigación e ir delimitando nuevas preguntas capaces de penetrar en los diversos problemas anudados a la estacionalidad. Había que romper la lógica estacional, pero ¿cómo hacerlo?

3. La salida es una puerta de entrada

Las prácticas turísticas de los argentinos cambiaron. Ese tiempo extraordinario destinado a desplegar prácticas recreativas se redujo. Si bien los motivos de esta transformación son varios, aquí enumero los más relevantes. Por un lado, las sucesivas crisis económicas de la Argentina limitaron la capacidad adquisitiva de las familias que tradicionalmente veraneaban en la costa atlántica. Como explica Dadon:

... se redujo muchísimo la tasa de expansión urbana en el litoral marítimo, debido, principalmente, a los cambios de política económica. Las medidas económicas implementadas llevaron paulatinamente a la reducción del poder adquisitivo de los salarios, el incremento de la desocupación y la progresiva pauperización de los sectores medios. Con la dolarización de la economía los paquetes turísticos se tornaron más accesibles y lograron captar una porción importante del mercado turístico argentino [...] La reducción del turismo social, la desindustrialización y la alta desocupación laboral que caracterizaron a la década de 1990 contribuyeron a reducir aún más la afluencia a las costas argentinas. (Dadon, 2011: 39)

Por otro lado, se fue apagando el *boom* de la adquisición de la segunda residencia⁴⁹, y quienes tenían la posibilidad de costear unas vacaciones fueron explorando otros destinos tanto dentro como fuera del país. Las distancias se acortaron, los tiempos se redujeron, los lugares para conocer se multiplicaron, las prácticas del vacacionar fueron mutando y emergieron nuevas formas de distinción. Finalmente, la intensificación de los ritmos del trabajo y la incorporación cada vez mayor de las mujeres al mundo laboral formal fueron achicando los períodos libres destinados al ocio⁵⁰.

Como vimos en el capítulo anterior, Villa Gesell había montado un escenario turístico para un estilo de vacaciones que poco a poco fue perdiendo relevancia entre los argentinos. Así, adaptarse a las nuevas formas del vacacionar implicaron una serie de desafíos para los geselinos y sus gobernantes. Barrera lo explica con las siguientes palabras:

⁴⁹ Fernando Tauber (1998) muestra cómo varió la tendencia en torno a la segunda residencia en Villa Gesell en un lapso de tiempo relativamente acotado. En la temporada 1992/1993 el 76% de los turistas preferían vacacionar en una vivienda—propia o alquilada—, el 17,8 en un hotel y el 5,6% en camping. Para la temporada de 1996/1997 los números ya se comportan de manera distinta: el 58,9% prefieren vivienda, el 31,9% hotelería y el 9,2% camping.

⁵⁰ Algunos entrevistados, al indagar por las transformaciones en las prácticas de veraneo, me explicaron lo siguiente: “antes las mujeres se venían con los chicos toda la temporada y nosotros íbamos y veníamos a capital [...] eso ahora sería imposible” (Roberto, 66 años, turista); “Yo me venía con los chicos y me instalaba [...] Carlos se venía para Buenos Aires los domingos y volvía los miércoles a la noche [...] así nos bancábamos acá todo el verano [...] para mis hijos esa etapa fue hermosa [...]. Mis nietos no tienen esa posibilidad, mi nuera trabaja igual que me hijo, a la par, y no puede instarse tres meses acá [...] si puedo, entonces, me los traigo yo, aunque cada vez estoy más grande” (Liliana, 64 años, turista).

Las temporadas turísticas fueron cambiando tremendamente. Fue cambiando la sociedad en general. Vos imaginate, en el año 76 mis padres compraron un edificio de 10 departamentos y venían inquilinos de temporada completa, las familias se quedaban enero, febrero y parte de marzo. El padre de familia viajaba una semana a Buenos Aires y la familia se quedaba acá y él después volvía. Los alquileres eran por dos meses; si era por un mes, era medio incómodo en esa época y los dueños de las propiedades se podían dar el lujo de decir: “no, gracias, pero nosotros alquilamos por dos meses”. Fue variando por un montón de circunstancias, el mundo se fue acelerando. Antes se llegaba a Villa Gesell en seis o siete horas y ahora, si no llegás en dos horas y media, te parece mal. La forma de encarar la vida era otra, hoy está todo el mundo acelerado y en emergencia. [...] Nosotros tenemos que adaptarnos a eso, cuesta, pero tenemos que adaptarnos a los nuevos veraneantes que vienen una semana y se van, y también tenemos que generar opciones durante el invierno; ese es nuestro desafío. (Gustavo, 55 años, Intendente)

En la Argentina contamos con pocos instrumentos estadísticos que nos permitan medir estas variaciones históricas de las que me habló Barrera. Sin embargo, la Encuesta de Ocupación Hotelera del INDEC permite tener un seguimiento de algunas de las actividades centrales. Este instrumento releva datos mensuales en 47 localidades de 7 regiones turísticas de país (Buenos Aires, CABA, Córdoba, Cuyo, Litoral, Norte y Patagonia). En lo que se refiere específicamente a la Provincia de Buenos Aires, la encuesta releva 3 destinos costeros –Mar del Plata, Pinamar y Villa Gesell– y 2 destinos diversos –Bahía Blanca y Tandil–.

En el análisis de los datos que arroja la encuesta detecté, por ejemplo, que Villa Gesell se desempeña como el segundo destino con mayor cantidad de plazas en hoteles – de distinta categoría– para alojar turistas. Sin embargo, la información más relevante es la que permite reconstruir cómo se comportaron estos centros turísticos durante la última década, haciendo hincapié en cuatro variables: oferta hotelera, demanda y estadía promedio de los turistas. Este relevamiento muestra que la oferta hotelera se ha reducido –ya sea por el cierre de establecimientos o la reducción de plazas–; la demanda ha tenido diversos picos altos y bajos en función los cambios producidos en la economía; y la estadía ha tendido a disminuir año tras años. En este sentido, el promedio de estadía de la temporada 2018 alcanzó el 3,94% de días mensuales y esto representó, para el caso de Villa Gesell, una disminución del 3,6% respecto de la temporada anterior.

Barrera, me contó que, como parte de las políticas turísticas locales, los geselinos vienen desarrollando, hace varios años, una serie de fiestas que se distribuyen durante lo que ellos reconocen como la “temporada baja”.

Nosotros apostamos mucho a las fiestas locales que fueron creciendo año tras año. Son fiestas que se desarrollaron en la temporada baja. La última ChocoGesell [Fiesta Provincial del Chocolate Artesanal] fue un éxito: pasaron 60 mil personas por acá. Y la fiesta de la

diversidad [Fiesta Nacional de la Diversidad Cultural]⁵¹ que viene ahora, en octubre, también promete convocar a mucha gente [...]. (Gustavo, 55 años, Intendente)

La idea detrás de estas fiestas es poder utilizar la infraestructura disponible (hoteles, restaurantes, comercios) y activar el mercado laboral más allá del verano. En el 2014 –según me contó Barrera–, comenzaron a organizar este calendario extendido en el que diversas festividades locales, provinciales y nacionales asumieron un rol central en la promoción del destino.

Luego de preguntar en la oficina turística local y recolectar algunos folletos sobre estos eventos, pude reconstruir el calendario de la fantasmagórica “temporada baja”. En mayo, en Villa Gesell, se celebra la fiesta argentina “La Criolla”, un evento gastronómico de platos típicos y actividades recreativas para la familia. En julio se realizan, primero, la fiesta de “Santiago Apóstol”, en honor al co-patrono de Villa Gesell, que consiste en una peregrinación que recorre todo el Partido, y, luego, la fiesta del “invierno medieval”, cuya propuesta es la recreación de aldeas medievales con ofertas gastronómicas y lúdicas. Agosto es el mes de la “ChocoGesell” –de la que nos habló Barrera–, en donde diversos productores locales de chocolate artesanal montan una feria de venta y degustación, y de la “Winterfest: fiesta invernal de la cerveza”, organizada por la sociedad alemana geselina. En octubre, finalmente, se desarrolla la fiesta con más tradición dentro de Villa Gesell: “La Fiesta Nacional de la Diversidad Cultural”, que consiste en el despliegue de *stands* gastronómicos, ferias, desfile de carrozas y cabezudos, la “Gran Paella de la Amistad”, espectáculos de danza y música, y una variedad de actividades culturales con sede en el Museo y Archivo Histórico Municipal (lecturas, visitas guiadas especiales, charlas, conferencias).

Esta última celebración, que antiguamente era denominada “La Fiesta de la Raza y el Mar”, ya cuenta con 39 ediciones y viene a recrear cierto espíritu de “unidad” entre los geselinos. Como expliqué en el capítulo anterior, Villa Gesell se forjó al calor de un primer movimiento poblacional constituido por diversas nacionalidades europeas.

[Esta fiesta celebra] la convivencia de distintas etnias, la española, la italiana, la alemana y, también, la boliviana y la paraguaya, en la misma ciudad. Es la fiesta que retrata el alma de Gesell: eso de reunir a grupos distintos de distintas procedencias [...] Acá aceptamos a todos. No obstante, en un momento comenzaron a verle la veta turística [...] esta fiesta es

⁵¹ La Fiesta Nacional de la Diversidad Cultural es una celebración típica de la localidad balnearia que se realiza desde 1967 en el mes de octubre. Si bien ha surgido como iniciativa de la colectividad española geselina –para conmemorar el día de la hispanidad–, es la fiesta, como sostiene Oviedo (2006), que busca reafirmar la idea del “crisol geselino”.

el germen de todo lo que vino después. (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Municipal)

Año tras año esta fiesta, y luego las otras, fueron atrayendo a una mayor cantidad de turistas que decidían “escapar unos días de la rutina porteña en busca de actividades recreativas”. Así me lo comentó Andrea, de 38 años, que atiende un puesto de la feria que se monta durante este tipo de eventos. Sin embargo, Barrera considera que no son suficiente:

Con todo esto tampoco alcanza porque son fiestas que cubren algunos días, feriados largos, pero no sirven para que nuestros habitantes del municipio, los geselinos y las geselinas, se oxigenen de tal manera para que les sirvan para subsistir en el invierno. Viene bien, pero no alcanzan. (Gustavo, 55 años, Intendente)

Cuando tuve la ocasión de consultar a comerciantes, hoteleros y gastronómicos sobre las oportunidades motorizadas por estas fiestas, me encontré con respuestas similares a las del intendente: “una buena iniciativa, pero no logramos reponer lo que necesitamos”, “son un aire, pero no alcanza”, “viene mucha gente, pero no alcanzamos a cubrir las pérdidas y los gastos del invierno”. Terminé de entender la relevancia de ese “pero”, que aparece en todas estas construcciones nativas, al visitar el hotel con más cantidad de habitaciones de Villa Gesell. ¿Por qué esta iniciativa no era suficiente para posicionar al destino fuera del verano?

Hernán, de 42 años, dueño del hotel que aquí llamaré “Costa brava”, me contó la historia de su familia y cómo fueron construyendo el establecimiento de mayor cantidad de plazas de la Villa. Hernán nació en Villa Gesell, vivió durante algunos años en el hotel y decidió estudiar gastronomía para hacer crecer el proyecto familiar que emergió en la década del setenta cuando sus padres “decidieron apostar a la Villa”.

Esta es una experiencia más de un prototipo de gente que vino a Gesell a cumplir su sueño [...] La historia de este hotel comienza cuando mis padres –siendo muy jovencitos–, con 19 y 21 años, mi mamá y mi papá, decidieron apostar a la Villa [...] Ellos toda la vida vivieron en Buenos Aires: ella con un trabajo, peluquera, en Flores, y mi papá laburaba para Renault; él tenía muy buen puesto. No eran universitarios, pero sí muy laburantes. Son esos tipos de ciudadanos que necesita cualquier país. Ellos se jugaron su patria viniendo acá, con nada, se iniciaron de abajo en 1970 [...] Alquilieron un primer hotel una temporada: el “Monte Carlo”. Les fue bien y se le dio la posibilidad de comprar un lote y mi papá empezó a construir este hotel con sus manos. Mi mamá se quedó allá, trabajando en Flores, y le mandaba unos mangos [dinero]. Mi viejo tardó un año y medio en construirlo [...] Ellos no querían vivir en capital y terminaron viniendo para acá. En el 78 se construyó este hotel con terrazas y vistas al mar [...] Yo viví en ese hotel, fueron años de mucho trabajo, pero muy lindos. La historia sigue: mi hermano estudió Hotelería y yo Gastronomía. Teníamos oportunidad de crecer. Mi viejo decía: “si ustedes quieren seguir trabajando acá, vamos a necesitar crecer, tenemos 16 habitaciones, no nos va a dar para todos”. Nos aferramos a nuestros sueños, apostamos y hoy estamos acá. El hotel tiene dos módulos:

uno, el del 78, con 16 habitaciones y este, el nuevo, con 20. En el 96 empezamos con el proyecto del nuevo módulo y en el 98 se inauguró. [...] Seguimos creciendo, compramos terreno de por medio, y ahí decidimos ir por la tercera etapa, y en el 2005 concretamos este módulo de servicios que tiene 1.500 metros cuadrados cubiertos. (Hernán, 42 años, hotelero)

Hernán me llevó de recorrido por el hotel, me mostró las instalaciones y me fue contando, a medida que avanzaba, sobre los gastos involucrados en cada uno de los servicios que presta el “Costa brava”: piletas climatizadas, spa, gastronomía, cafeterías, masajes, gimnasios, etc. No pude retener los números ni las cuentas que Hernán hacía a toda velocidad, como si repasara esas operaciones todos los días, pero los gastos parecían ser elevados o muy difíciles de afrontar para un proyecto que seguía reconociéndose “familiar”. Sin embargo, el “verdadero talón de Aquiles”, como me planteó él, era mantener la cantidad de empleados durante todo el año como para que el hotel pudiese abrir las puertas en invierno.

En temporada baja tenemos 26 empleados, pero nos cuesta mucho mantenerlos [...] Antes, cuando las temporadas eran largas, terminaba marzo y bajabas la persiana. Hacías “la plancha” [descansabas] durante los meses del invierno y esperabas a la próxima. Nos pasaba a nosotros y también a los trabajadores, que tiraban [se arreglaban] con lo que ganaban en el verano. Pero las cosas cambiaron: las temporadas ya no alcanzan, se acortaron y son distintas. Por esto pensamos en ofrecer una alternativa para el invierno. (Hernán, 42 años, hotelero)

Las transformaciones de las vacaciones son, también, una de las causas centrales de los problemas que este hotel afronta en la actualidad. A ello obedece la apuesta por este complejo de servicios inaugurado en el 2006, atractivo para un turismo de invierno, junto a la decisión de mantener a 26 empleados en temporada baja. De hecho, comparte la misma necesidad que impulsó el desarrollo de las fiestas de las que me habló Barrera: romper con la estacionalidad y sortear los problemas vinculados al acortamiento de la temporada. Ante esto, Hernán me explicó:

En verano laburamos todos, somos todos Gardel. Nosotros apostamos por un producto que nos asegure el invierno. La onda era romper con la estacionalidad porque en verano no me entra un alfiler, esto está lleno, pero no nos funcionó [...] Con las fiestas lo mismo, tenés gente tres o cuatro días y después volvemos a la misma. (Hernán, 42 años, hotelero)

La idea de este joven hotelero me llevó a pensar en la reconfiguración de la marca Gesell en los años noventa –proceso que recuperé en el capítulo anterior– y también en otros de los proyectos que venían impulsándose desde el municipio, en donde el turismo parecía ser la única alternativa para enfrentar –valga la redundancia– la crisis motorizada por el mismo turismo. Recordé las palabras que Barrera me había dicho en su despacho: “Tenemos varios proyectos, nos gustaría, por ejemplo, generar algunas termas [...]”

También pensamos en la posibilidad de un parque temático. [...] Acá no tenés una solución mágica, hay que buscar variantes para el invierno. Multiplicar las opciones”. El intendente también me contó sobre la creación de un Parque Nacional: “Tuvimos la oportunidad de generar, en la zona del Faro Querandí, un Parque Nacional, pero lamentablemente no se pudo dar legalmente porque el Concejo no acompañó, pero, bueno, era una propuesta muy interesante. Eso fortalece al destino, lo jerarquiza”.

Así comenzó a crecer mi curiosidad por la lógica económica de la estacionalidad y por esa incesante necesidad de romperla. Como puede verse en los fragmentos de entrevistas que fui trabajando, todas las salidas a la estacionalidad postulan una nueva puerta de entrada al turismo: Parques Nacionales, Parques temáticos, fiestas, complejos de spa, termas. La salida es multiplicar, pero también intensificar las opciones turísticas. Desde las perspectivas de estas voces –la de Barrera y la del hotelero–, los geselinos parecen no poder pensarse de otro modo. Villa Gesell es, como me dijo el intendente, “esencialmente una ciudad turística que sabe ofrecer servicios turísticos. Así nacimos y eso somos” (Gustavo, 55 años, Intendente). Esta vocación queda registrada en los números del municipio: la mayor parte de la composición de su Producto Bruto Geográfico (PBG)⁵² está formada por las ganancias generadas por el mercado turístico y los sectores asociados: hoteles y restaurantes; servicios inmobiliarios, empresariales y de alquiler; construcción; comercio al por mayor y el menor; transporte almacenamiento y construcciones, suman cerca del 70% del PBG.

Más aún, esta primera aproximación cambió cuando, luego de interesarme por los efectos de esta temporalidad, comencé a entrevistar a algunos trabajadores de Villa Gesell y pude penetrar en los problemas que se esconden atrás de la estacionalidad o, mejor aún, de un turismo fundamentalmente estival que se levanta sobre la valorización de una serie de recursos naturales. Mantero, Bertoni, Benseny y Barbini (1997) sostienen que el problema generado por la actividad estacional se expresa en dos dimensiones: la primera se vincula a los gastos involucrados en el mantenimiento de los equipamientos e infraestructura que, durante el invierno, sufren una drástica reducción en el ritmo e intensidad de su demanda; la segunda, a las variaciones de producción y beneficio para el sector empresario. Estas dos aristas se relacionan con algunos de los problemas que me comentó Hernán durante el recorrido por el “Costa brava”. Sin embargo, existe una

⁵² El producto Bruto geográfico mide el valor de la producción, a precios del mercado, de bienes y servicios finales, atribuible a factores de producción físicamente ubicados en el país.

tercera dimensión de mayor impacto: las condiciones sociales generadas por las variaciones de empleo y de salario en los trabajadores.

Al interpelar a este sector de la población, encontré que la estacionalidad y los problemas anudados a ella, en rigor, difícilmente puedan ser resueltos con la intensificación de aquello que los sumerge en una lógica inestable, precarizada y desigual. En apariencia, romper con la estacionalidad resulta un movimiento capaz de desarmar la polaridad entre el invierno y el verano, esa temporalidad marcada por cambios bruscos, y ofrecer a los residentes diversos mecanismos para seguir “subsistiendo”. Sin embargo, el problema parece estar constituido de otras aristas que deben ser incorporadas para comprender el fenómeno cabalmente. El testimonio de Agustín, un joven de 29 años nacido en Villa Gesell, presenta algunas claves interesantes:

Después de Semana Santa y hasta la fiesta de Diversidad Cultural, en todo ese período, acá en Gesell no podés tener estabilidad al menos que trabajés en un órgano gubernamental o en las dos o tres cooperativas que tenemos: la telefónica, la de luz o el canal [de noticias]. En Gesell no hay laburo [...] y la gente se va quedando. Todos los años se queda gente, se queda gente, se queda gente porque piensan que con la temporada alcanza. Y en el invierno [...] te morís de hambre. [Están] los que la “levantan en pala” [hacen mucho dinero] en temporada –los propietarios, comerciantes, los hoteleros–, pero la masa de gente, los laburantes, la van estirando. Y no se llega con la guita [el dinero] que se junta en la temporada. Laburamos como negros durante tres meses y después la nada misma [...] ¿Esto se resuelve con más de lo mismo?, ¿la salida es el turismo? Yo creo que no, el problema es más profundo. No podemos salir de este circuito. (Agustín, 29 años, joven geselino)

La estabilidad laboral, las cooperativas y los puestos estatales, los movimientos poblacionales que atraen a más trabajadores que piensan que “la temporada alcanza”, los que laburan y los que “la juntan en pala”. ¿Qué ocurre en el verano? ¿Cómo se levanta ese mercado laboral que parece convertir a todos los geselinos “en Gardel”? Y, fundamentalmente, ¿qué pasa cuando ese verano se acaba?

4. “En verano somos todos Gardel”

El mercado laboral de Villa Gesell se compone de múltiples piezas y está atravesado por diversos procesos de desigualdad. En primer lugar, es importante detallar cómo se comporta la Población Económicamente Activa (PEA) de este balneario bonaerense, cuáles son sus similitudes con otras zonas geográficas del país y cuáles son sus particularidades. Según los datos brindados por el último Censo (INDEC, 2010), el porcentaje de PEA de la ciudad es similar al registrado en la Provincia de Buenos Aires: el 40% de los geselinos tienen 14 años o más y se encuentran ocupados o buscando trabajo. Sin embargo, un dato desentona con la tendencia provincial: del total de los

ocupados de Villa Gesell, cerca del 60% trabajan en el sector terciario, en su amplia mayoría brindando servicios turísticos, cuando el estimado para la provincia ronda el 45%. El hecho de que sea una ciudad turística explica el valor porcentual de trabajadores volcados a esta rama de actividad económica, más aún, ¿cómo se comporta el sector cuando está atravesado por la lógica estacional?

Una gran cantidad de comercios, restaurantes, bares y balnearios que emplean a una masa considerable de geselinos durante el verano cierran sus puertas durante el invierno o reducen drásticamente su personal. Otros servicios –como es de esperar– son exclusivamente estivales (alquiler de sombrillas y carpas, venta de productos playeros, escuelas de surf, etc.) y no pueden persistir cuando las temperaturas descienden. Basta recorrer Villa Gesell en algunos de los meses de la “temporada baja” para verificar el masivo cierre de locales y comercios, así como la escasa cantidad de personas que habitan un espacio público que supo recibir el bullicio y la masividad turística.

Por su parte, y acá sí siguiendo la tendencia provincial, más del 50% de la población geselina desarrolla tareas laborales en el sector informal. Es decir, son trabajadores subocupados, precarizados y con escasas o nulas garantías sociales⁵³. Las características del mercado turístico estacional, con sus contracciones y expansiones, habilita –según los testimonios que recolecté durante el trabajo de campo– a que estas condiciones informales existan y logren perpetuarse:

En verano hay mucho trabajo, es cierto, pero las condiciones son muy malas. Tenés de todo, obvio, capaz tenés suerte y lográs meterte en una empresa que te paga en blanco, pero la mayoría de los trabajos son en negro. Tenés que trabajar 12 horas por día, de lunes a lunes [...] son tres meses así [...] Lo único que hacemos es trabajar sin parar. Y agarrás ese tipo de trabajo porque venís de un invierno duro, entonces, tenés que agarrar lo que hay. (Florencia, 39 años, kiosquera)

Las primeras veces que empecé a hacer las temporadas pensaba que ganaba un montón de plata. Trabajaba dos, tres o cuatro meses sin parar y cuando el verano terminaba me encontraba con que había hecho unos buenos mangos [buen dinero] [...] Después me fui dando cuenta de que es como ilusión, porque acá desde marzo se hace difícil encontrar una changa y lo que juntaste en el verano no te alcanza. Acá todos creemos que la lógica es juntarla durante esos tres meses, pero no. (Nicolás, 45 años, ferretero)

Es bastante inhumano lo que hacemos en el verano. Yo empecé a laburar a los 16 años, cuidaba un estacionamiento a la noche. Trabajé ahí varias temporadas [...] cuando sos pibe

⁵³ El conjunto de trabajadores informales se compone de asalariados no registrados, trabajadores del servicio doméstico no registrados, trabajadores independientes informales (tanto patrones como cuentapropistas), independientes cautivos (es decir, aquellos cuentapropistas que trabajan para una sola empresa, aunque realicen aportes por su cuenta, ya que se los considera asalariados encubiertos) y trabajadores familiares sin salario.

y vivís con tus viejos [padres], esa plata te viene bien. Trabajás 12, 15 horas por día y te da el cuerpo para eso. Pero cuando tenés 30 años y tenés que armar tu vida y las opciones siguen siendo esas, la cosa se complica. (Mariano, 40 años, trabajador de un comercio)

El tema laboral acá es muy jodido [difícil]. Yo tengo laburo todas las temporadas en el mismo lugar, desde hace 10 años: soy mesera en un balneario. Me pagan relativamente bien, pero termino la temporada y tengo que hacer rendir esa plata todo el año. Mi marido, por suerte, tiene un empleo estable. [...] Es difícil acá conseguir algo de eso. Nos acostumbramos desde chicos a que la cosa funciona así, esas son las condiciones. (Ana, 48 años, mesera en el bar de un balneario)

Los fragmentos de entrevistas evidencian que la depresión del mercado laboral durante nueve o diez meses al año impulsa a que ciertos sectores tengan que “agarrar lo que hay” o acomodarse a las “opciones” existentes. El invierno, que siempre llega, interviene en las decisiones laborales de los geselinos quienes, ante el temor de no poder superarlo, se ajustan a un mercado laboral que se despliega, en gran medida, por fuera de las leyes que regulan el trabajo en la Argentina. La incertidumbre laboral encuentra sus ecos en procesos de flexibilización y precarización que se desarrollan con cierta resignación o naturalización de la lógica. Así lo estableció Ana cuando sentenció “esas son las condiciones”, como si existieran escasos canales para reclamar o exigir el cumplimiento de derechos laborales.

Otro de los elementos que visibilizan los testimonios remite a la extensión de las jornadas laborales que superan ampliamente las 8 horas diarias y las 48 semanales estipuladas por ley: “12, 15 horas por día”, “de lunes a lunes”, “lo único que hacemos es trabajar sin parar”. La enorme cantidad de horas concentradas en pocos días de trabajo se vincula con los modos en que los geselinos conciben la remuneración por su trabajo y las estrategias económicas que desarrollan para subsistir. Como ellos indican, durante los tres meses de verano se proponen “juntarla”, ya que con ese dinero intentarán sobrevivir al invierno, y para eso deben trabajar a un ritmo frenético. Insisten, de todos modos, que lo que logran acumular los sumerge en una suerte de “ilusión”, ya que –como he explicitado en más de una ocasión– rara vez logran completar el ciclo anual.

Los procesos inflacionarios que atraviesan a la economía argentina cíclicamente y el establecimiento de “precios estacionales” también impactan en las remuneraciones de temporada. Como me explicaron los habitantes de esta ciudad, cada verano emergen los mismos interrogantes: ¿cuánto subirán los precios en la costa atlántica?, ¿cuánto saldrá vacacionar en las playas argentinas?, ¿qué conviene hacer: mantener los precios o incrementarlos? ¿Cuánto sale vivir, transitoriamente, en las ciudades balnearias durante

el verano? Y, para los locales, ¿con qué precios lograremos recaudar lo suficiente como para afrontar el invierno? Como me indicó Víctor, el presidente de la Unión de Comercio e Industria de Villa Gesell (UCI):

Es difícil el tema de los precios. La incertidumbre sobre cuán buena será la temporada presiona para que los precios suban. [...] En septiembre ya estamos discutiendo eso: si aumentamos mucho, los turistas capaz que no pueden acceder; si no aumentamos lo suficiente, nos come [nos gana] la inflación. (Víctor, 52 años, presidente de la UCI)

Por un lado, la inflación dificulta los cálculos de los trabajadores para conseguir el dinero suficiente para todo el año: “No somos un banco que administra sus activos y maneja la inflación. Este país, bueno, ya sabés, es una lotería. Los precios van subiendo y lo que juntaste en enero va a valer mucho menos en agosto” (Ana, 48 años, mesera en el bar de un balneario). Por otro lado, la estacionalidad genera sobreprecios que pueden llegar a impactar en el afluente de turistas, pero también intervienen en la vida cotidiana de los geselinos que, si bien participan de circuitos paralelos, muchas veces ven cómo se incrementan precios de productos y servicios esenciales. El transporte es uno de ellos y, por este motivo, en la ciudad de Villa Gesell se han registrado una gran cantidad de movilizaciones con el objetivo de solicitar una tarifa diferenciada para los residentes. En diciembre del 2019 lograron acceder a ese beneficio, luego de varios intentos, pujas y conflictos entre el municipio, la empresa de transporte local y los residentes (ver Letra P, 2017, 2018; ImpulsoBaires, 2018; El fundador, 2019).

Por último, los testimonios hacen referencia a la edad en la que los geselinos ingresan al mercado laboral. La flexibilización de leyes laborales encuentra en Villa Gesell a una gran cantidad de jóvenes de entre 16 y 18 años dispuestos a realizar trabajos por una remuneración menor: “nos acostumbramos desde chicos”, “yo arranqué con 16 años”. Sobre esta problemática también habló Mariana, en el 2015, cuando se desempeñaba como directora de la Oficina de Empleo local: “Acá tratamos de que los jóvenes tengan alternativas. Estamos trabajando principalmente en eso, en capacitarlos y en hacer convenios con algunas fábricas industrias [...] es importante para ellos porque sino terminan todos haciendo laburos muy mal pagos durante el verano” (Mariana, 32 años, historiadora).

Además de las entrevistas que realicé entre los geselinos de diversas edades y sectores, durante mi trabajo de campo desplegué un conjunto de observaciones en algunos de los nodos más álgidos de la temporada turística. De este modo, observé las dinámicas de un bar ubicado sobre la Avenida 3, tres comercios situados sobre la misma avenida

(uno de venta de trajes de baño, una pizzería y un kiosco) y un balneario que cuenta con diversas instalaciones para los turistas (bar, chiringuito en la playa, alquiler de carpas). Más allá de las particularidades de cada rubro, encontré algunos lineamientos generales que dan cuenta de las dinámicas laborales de la comunidad y que se solapan con algunas de las representaciones de los sectores trabajadores locales que fui explorando a partir de las entrevistas.

El primer punto para señalar de mis observaciones es la cantidad de trabajadores que alberga cada uno de estos espacios: todos ellos parecen contar con más empleados que aquellos que se pueden intuir como necesarios para atender este tipo de comercios. Sólo para poner un ejemplo, el kiosco contaba con cuatro trabajadores, el local de trajes de baño con ocho y el balneario con veinte. Sin embargo, encontré que la cantidad de trabajadores se veía, en muchos casos, desbordada por la constante demanda turística. Viene bien recordar algo que había comentó Barrera durante nuestra entrevista:

Hay que pensar que esta ciudad recibe cerca de 400 mil turistas mensuales y somos 40 mil habitantes. Es un impacto ese número, ¿no? Bueno es difícil gestionar esa diferencia. Tenemos que pensar en que las cloacas, la electricidad, Internet, el tráfico, no sé, la vida –diría– pueda aguantar a esa masa de gente que circula por nuestras calles y vive en nuestra ciudad durante el verano [...] Con los comercios también pasa eso: están siempre saturados de gente y los trabajadores están a “cuatro manos” [sobrepasados] [...] Se trabaja mucho en el verano para poder recibir bien a los turistas, que se sientan cómodos, que encuentren respuestas a lo que buscan para que después elijan volver [...] como decimos ahora en nuestra propuesta turística “Villa Gesell es querer volver” y, bueno, trabajamos mucho para eso. (Gustavo, 55 años, Intendente)

Los ritmos laborales, en este punto, entran en coalición con la temporalidad del turista en la playa que, como escribió el antropólogo Marc Augé (2008), se levanta en una suerte de inacción, contemplación y descanso que aletarga el tiempo, desacelerando sus usuales ritmos. Como me indicó Ana:

Es una tensión, pero nos acostumbramos a esto. Pensá que lo hacemos desde chicos, ya sabemos que después del invierno la vida en verano acá es así. Nosotros trabajamos a morir [sin parar] y ellos están de vacaciones. Nosotros estamos cansados y ellos vienen a descansar. Es difícil equilibrar la atención, me entendés, ¿no? Estamos cansados de trabajar miles de horas por día, pero hay que poner sonrisas, despachar rápido los pedidos y no interferir el descanso del turista. (Ana, 48 años, mesera en el bar de un balneario)

El segundo elemento que merece ser destacado es la cantidad de horas que permanecen en sus puestos. Aquello que me decían los geselinos efectivamente ocurría: luego de observar los comercios y establecimientos en distintos horarios, pude detectar que seguían allí los mismos trabajadores. No obstante, aquí es oportuno incorporar otra dimensión: en Villa Gesell la intensidad del trabajo está organizada a partir de las

variaciones que imprime el horario del día y el clima. Otro tiempo –dentro del tiempo estacional– venía a revelar, así, un conjunto de dinámicas sociales con convierten a Villa Gesell en un escenario propicio para la pregunta por las temporalidades que habitan en un escenario.

5. Los tiempos del trabajo estacional

El geógrafo Milton Santos postula una serie de categorías centrales para concebir el espacio:

A partir de la noción de espacio como un conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones podemos reconocer sus categorías analíticas internas. Entre ellas están el paisaje, la configuración territorial, la división territorial del trabajo, el espacio producido o productivo, las rugosidades y las formas-contenido. [...] El estudio dinámico de las categorías internas antes enumeradas supone el reconocimiento de algunos procesos básicos [...]: la técnica, la acción, los objetos, la norma y los acontecimientos, la universalidad y la particularidad, la totalidad y la totalización, la temporalización y la temporalidad, la idealización y la objetivación, los símbolos y la ideología. (Santos, 2000: 20)

Siguiendo la propuesta de Santos, procurando abordar los sistemas y las categorías internas del espacio, en Villa Gesell encontré dos grandes circuitos que se despliegan de manera binaria: la playa y el área comercial que se extiende, fundamentalmente, sobre la Avenida 3. Al respecto, Juan Ignacio Provéndola (2014) ofrece una interesante descripción:

Como una aguja fina y larga, la avenida 3 atraviesa la ciudad en toda su extensión acompañando al mar en una línea paralela que, con distintos nombres, llega hasta las últimas profundidades urbanas del partido. Ideada como el eje neural de la ciudad, Carlos Gesell pensó para ella el nombre de “Avenida del Comercio” como una forma muy cabal de poner en evidencia las intenciones que para ésta guardaba. Cambió su denominación por la de “Avenida Don José de San Martín” en un acto que el propio fundador organizó el 17 de agosto de 1950 [...] Pero será por siempre “La 3”, a secas, sin nombres propios ni definiciones viales. [...] En su primer tramo se ve lo que muchos llaman “el Microcentro geselino”, en el cual conviven comercios de toda índole y algunas galerías que reflejan el espíritu que los primeros arquitectos perseguían al procurar integrar el espacio público con el privado [...] A partir de la 106 (que a sus laterales tiene un tramo de 200 metros de tránsito peatonal perpetuo) se extiende “la City”, es decir, la zona de álgida actividad administrativa. Papeles, firmas, cheques, sobres y formularios van y vienen en apenas dos cuadras que concentran el Palacio Municipal, dos bancos estatales, el Correo Argentino y algunos de los cafetines preferidos por los empleados de tan trascendentales instituciones para la vida de la comunidad. (Provéndola, 2014: 57)

Los días de sol, durante la mañana, el mediodía y la tarde, el centro comercial geselino permanece con poca gente. Salvo algunos comercios específicos (los supermercados, kioscos, rotiserías y locales de productos playeros), que mantienen un ritmo de trabajo

sostenido, la Avenida 3 se presenta ciertamente despojada de turistas. Durante mis caminatas observé varios de los restaurantes cerrados, algunos mozos de bares aprovechando el sol y el aire libre –frente a la ausencia de consumidores– y el despliegue de diversas intervenciones en la vía pública: limpieza de calles, arreglo de negocios, recolección de residuos, etc. También es el horario en el que los geselinos se acercan a realizar algunas de las compras necesarias para su vida diaria.

Una de las mañanas de febrero del 2018 me senté en uno de los bares emblemáticos de esta avenida, pedí un café con leche y aproveché para entablar una conversación con el mozo sobre este tópico: “Qué tranquila que está la mañana en Villa Gesell ¿siempre es así?”. Él respondió:

Y sí, mirá el día que es, la gente con estos 30 grados está en la playa. Se acercan a la avenida a comprar algunas cosas, pero los turistas quieren estar en la playa todo lo que pueden. Acá, además, con todo este cemento hace un calor insoportable. Nadie quiere venir a pasear por la Avenida con estos días de sol. Yo también estaría metido en el mar. (Matías, 28 años, camarero)

El argumento de Matías –pronto supe su nombre– coincidía con aquello que se podía observar sobre la avenida y, por esto, continué con mis indagaciones: “¿Es así todo el día?”. Frente a esta pregunta él comenzó a desarrollar algunos matices sobre su hipótesis inicial:

Sí, a nivel comercios es así todo el día. Al mediodía levanta un poquito porque están los que vienen a almorzar o a comprar más víveres para la playa, pero, igual, todos vuelven a la playa. A nivel comercial, la posta [hora pico] es a la noche [...] bah, no a la noche, a partir de las 19:00. Ahí esta parte comercial se llena de gente. (Matías, 28 años, camarero)

El intercambio en el bar continuó brindándome datos sobre la dinámica citadina. Matías no parecía estar apurado y se mostraba predispuesto a la charla:

Acá el problema es el tráfico a las 12:00 del mediodía. Si te quedás, vas a poder darte cuenta de que esta avenida es un embudo. Autos que van y vienen y sin semáforos. Es toda una locura. Los policías en las calles tratando de organizar lo imposible. Esta ciudad, si bien está preparada para el turista, a veces se colapsa. Los que vivimos acá nunca nos terminamos de acostumbrar al ruido del verano. Después, por suerte, se hace peatonal, porque, si no, sería imposible. A la noche no podés ni caminar de la cantidad de personas que hay. (Matías, 28 años, camarero)

Me contó que tenía 28 años, había nacido en Villa Gesell, alquilaba en la zona “no turística de la ciudad” y trabajaba en ese bar –Bacará– desde que tenía 15 años:

Yo arranqué de re pibe acá. En un principio trabajaba sólo los veranos porque después tenía que estudiar. Fui al colegio con el hijo del dueño y, bueno, así empecé en Bacará. Los pibes de acá empiezan todos así, laburando en el verano, juntando unos pesos. Después, por suerte, me contrataron todo el año. Viste que acá es muy difícil tener laburo. Este bar es de

los pocos que abre todo el año porque, como tiene su clientela, se puede sostener. (Matías, 28 años, camarero)

También reflexionó sobre la ciudad turística y las dificultades de adaptarse al ritmo que propone el verano: “Yo nací en esta ciudad y nací con el turismo. Debería estar acostumbrado a esto de que todo cambie, pero la verdad que cada 20 de diciembre me encuentro en el mismo lugar: me sorprende todo, el quilombo, el ruido, la locura”. Durante los treinta minutos que estuve conversando con él, pude recuperar algunos datos vinculados a los modos, un tanto ambiguos, en que los geselinos experimentan el verano: “Igual no me quejo, eh. En el verano estamos todos contentos porque hay laburo y eso es lo importante. El invierno acá es un poco bajón si no tenés laburo”.

Desde otro ángulo, Roberto, turista histórico de Villa Gesell –que desde 1985 cuenta con un departamento de dos ambientes cerca del mar–, me explicó cómo funcionan estas dinámicas temporales del día y la noche y lo que él llamó “los rituales” de veraneo que emergen en este lugar:

Si el día está lindo, no nos sacan de la playa. Llegamos a las 9 de la mañana y nos podemos quedar hasta las 7 de la tarde. Después el ritual de siempre: nos bañamos todos, nos abrigamos y salimos a caminar por la 3. Comemos, tomamos algo, miramos algún espectáculo callejero. Los chicos quieren ir a los jueguitos, en fin, más o menos hacemos eso cada temporada. (Roberto, 66 años, turista)

La playa durante el día se expresa en todo su esplendor. Si bien no mantiene una masa homogénea de gente, lo cierto es que, al menos en los balnearios más céntricos, se hace difícil encontrar un espacio que no esté ocupado por algún cuerpo u objeto playero. Las observaciones en las costas de Villa Gesell –desplegadas en diversos horarios y días– me permitieron reconstruir cómo se estructura ese ritual.

A las 9 de la mañana la playa suele estar “tranquila”. Entre sus concurrentes predominan los adultos de entre 45 y 70 años: en pareja o en solitario. Las prácticas más difundidas consisten en leer el diario o algún libro, tomar mate, aventurarse a nadar en el mar, pasar el tiempo contemplando desde la orilla el movimiento de las olas, o broncearse utilizando diferentes técnicas: parados, en lonas, en sillas de plástico, en reposeras. En ese horario la playa se manifiesta un poco más despoblada y algo quieta. Los veraneantes, tanto en los balnearios privados como en los públicos, se distribuyen de forma dispersa sobre el espacio desarrollando actividades que demandan poco despliegue escénico. El sonido del mar y del viento prevalece sobre algunas pocas conversaciones que pueden escucharse de fondo.

El escenario se transforma radicalmente, cerca del mediodía, cuando comienzan a llegar las familias con una gran cantidad de objetos. Sillas, sombrillas, tejos, paletas, heladeras, pareos, lonas, baldes, palas, rastrillos, pelotas, tablas para barrenar, equipos de mate, entre otros, cambian la estética y el ritmo de la playa. La población se vuelve más heterogénea, el espacio comienza a abarrotarse y las actividades se multiplican. Los turistas almuerzan, arman partidos de fútbol, hacen castillos de arena, leen, miran, conversan, juegan a las cartas, se meten al mar, toman sol y hacen crucigramas.

Sin embargo, a los fines de este capítulo, es importante destacar que con las familias aparecen los vendedores ambulantes y emerge un complejo sistema comercial playero: choclos, churros, barquillos, helados, gaseosas, pulseras, aros, burbujeros, anteojos, sombreros, vinchas, barriletes, vestidos, ensaladas de frutas, empanadas, cervezas son algunos de los productos que se ofrecen en las costas geselinas. Los vendedores despliegan distintas técnicas para la venta. Algunos cargan carros y deciden apostarse en un lugar visible esperando que los turistas se acerquen. Otros, quienes llevan menos peso, se mantienen en movimiento, circulando entre las personas. Están, también, quienes utilizan micrófono para lanzar sus ofertas de manera amplificadas, así como quienes –al estilo del churrero– ofrecen sus productos a viva voz.

Los vendedores ambulantes parecen estar organizados en grupos sociales. Los de churros, barquillos y choclos se presentan, por ejemplo, como los más experimentados. Tienen entre 35 y 50 años y, de hecho, en sus pregones suelen indicar la cantidad de años que llevan en la profesión; “Churros La Jirafa, hace 10 años en Villa Gesell”; “Barquillos de Juan, los originales, los de siempre”. Los vendedores de artesanías y bisutería presentan otras características: con un *look* más *hippie*, circulan a paso lento entre los turistas, estableciendo diálogos y mostrando sus productos en una actitud más intimista. Quienes venden bebidas o helados, por el contrario, suelen pasar por el área de la playa de forma más acelerada y, la mayoría de ellos, visten de blanco. También se hacen presentes los africanos –según dicen, en su mayoría senegaleses–, quienes venden productos importados e imitaciones de primeras marcas.

Los balnearios⁵⁴ –figuras emblemáticas de la costa atlántica argentina– desempeñan un rol clave en este complejo entramado comercial y agregan, además, una

⁵⁴ El avance de concesiones de la superficie de playa del Estado al capital privado actúa en detrimento del espacio público. Esto ha sido interpretado por amplios sectores organizados y usuarios como un cercenamiento del derecho al libre acceso, circulación y permanencia en la playa, para el ocio y la

serie de servicios para el veraneante. Alquiler de sombrillas y carpas, chiringuitos en la playa, venta de bebidas y alimentos, actividades para niños, jóvenes y adultos, campeonatos de todo tipo y clases de gimnasia o deportes acuáticos, son las que más sobresalen. Estas figuras ponen en escena dos cuestiones: por un lado, son la expresión de un proceso de mercantilización y privatización del recurso costero; por otro, marcan fronteras entre los sectores sociales que acuden a la playa.

Recuperando el eje central de este capítulo, como me dijo un geselino, “la playa durante el día es un *shopping*. Acá se mueve el verdadero comercio de Gesell. La plata se hace acá”. Mariana me explicó que muchos de los trabajadores que están en la playa “vienen sólo por la temporada [...] muchos son históricos. Hay como mini redes de rubros. También hay geselinos, claro, que se meten a trabajar en la playa”. Conversando con Mariana y con otros geselinos, pude entender que hay toda una puja de intereses respecto del comercio playero y una legislación municipal que regula quiénes venden y de qué modo se realizan las ventas. Incluso, algunos vecinos se animan a destacar que “atrás del comercio en la playa hay mucha mafia”.

Cuando el sol va cayendo, la playa comienza a vaciarse y la actividad comercial cambia de locación. “A las 18 horas arranca nuestra fiesta”, me dijo Mariano y, efectivamente, a partir de ese horario Villa Gesell ingresa en otra temporalidad. La Avenida 3 enciende sus luces para recibir a los miles de turistas que, horas antes, habían poblado las playas. El ritual, como me dijo Roberto, se despliega con contundencia.

A las 20:00 horas las calles de Villa Gesell se colman de familias que caminan, en ambos sentidos, por esa arteria comercial. Empanadas, helados, pizzas, panchos, hamburguesas, pollos al horno, sushi, matambre, pastas, parrillas y frutos de mar son algunas de las opciones que se ofrecen a los turistas para la cena. Todos los negocios de comida –tanto de *delivery* como para comer allí– se encuentran abiertos y, la mayoría de ellos, presentan carteles con promociones. Entre las 21:00 y las 23:00, en muchos de estos lugares se pueden observar largas colas para entrar a comer, particularmente, en las parrillas y en las pizzerías.

La tradicional feria artesanal, ubicada entre el paseo 112 y el 113, se encuentra en pleno auge. 22 puestos con ofertas de artesanías varias (collares, duendes, macetas,

recreación, debido a que se instalan en los espacios afectados a las concesiones una serie de infraestructuras y servicios al que acceden y consumen quienes abonan la estadía en el sector privado de playa.

anillos, pulseras, tablas de madera, mates, cuadernos, peluches infantiles, velas, sahumerios, etc.) se ubican en una plaza rodeada de camiones de *food truck*. También hay algunos espectáculos orientados, principalmente, al público infantil. Según mis interlocutores, los feriantes y los artistas se dividen entre locales y migrantes estacionales. “Muchos vienen a trabajar todas las temporadas, alquilan un puesto y venden sus productos. Pero acá hay muchos artesanos”, sostuvo

La concentración de gente comienza a aumentar a medida que uno se va acercando a la parte en la que la Avenida 3 se convierte en peatonal. Los negocios también se van concentrando y volviéndose más contiguos y pequeños. Los establecimientos de este sector permanecen abiertos, por lo general, hasta las 2:00 am y quienes los atienden trabajan a un ritmo constante y creciente. Marianela, que atiende el local de trajes de baño donde realicé varias observaciones, “a la noche esto es un delirio. Mirá la gente que hay. No paramos. Entro a las 6 de la tarde y hasta las 2 de la mañana estamos sin parar”.

El neón de los carteles tiñe a la avenida de estridentes colores flúor. El ruido es constante y por momentos ensordecedor. La masa va y viene en ambos sentidos, provocando ciertos nudos en la circulación. La oferta de espectáculos callejeros se destaca entre las calles geselinas provocando muchos de esos nudos. En mis recorridos observé distintas ofertas y las dinámicas de este otro grupo de trabajadores que viene a “hacer la temporada”.

A la 1 de la madrugada el público del centro geselino vuelve a transformarse. Las familias abandonan el espacio público y la juventud se hace presente. Las edades de quienes se adueñan de la calle oscilan entre los 15 y los 22 años. Los jóvenes se juntan en las esquinas y en los bares. Allí se abre un nuevo segmento del espacio que llega a su clímax a partir de este horario específico y que es habitado por los jóvenes que veranean en Villa Gesell.

Durante el día y la noche, Villa Gesell se monta y desmonta en distintos fragmentos de su espacio trazando límites prácticos. No se trata de la estacionalidad del invierno y el verano, sino de los cambios que imprimen, en las dinámicas laborales, la hora punta y la hora valle. Las escalas temporales, como explica Norbert Elias (2008), abren un campo analítico productivo para desarmar la universalidad del tiempo. El tratamiento de las escalas, específicamente, de los modos en que los sujetos vinculan sus actividades con diversos segmentos temporales, permite resquebrajar la totalidad del

tiempo y hacer emerger una multiplicidad de experiencias. Siguiendo la propuesta de este autor, el día y la noche son conceptos temporales “estructurales” que encuentran en el reloj el parámetro de la medición. Más aún, cuando apelamos a las lógicas laborales de esta ciudad balnearia, el día y la noche son también conceptos temporales experienciales que organizan el trabajo y dibujan surcos en los espacios (Margulis, 2005).

Al desarmar la totalidad del tiempo, encontré que no sólo esta escala temporal impacta en las dinámicas laborales de los geselinos. El clima es otro de los factores determinantes o, mejor aún, el modo en que las experiencias laborales se vinculan a los factores climáticos postula nuevas variantes y derivas. Ese mismo febrero del 2018 me tomé un taxi para ir a realizar una de mis entrevistas. Salí del hotel en donde me estaba hospedando y me dirigí hacia la municipalidad. Como suelo hacer durante mis días en el campo, inicié una conversación con el taxista. Raúl tenía algo más de 50 años y, cuando deslicé las primeras opiniones sobre las bondades climáticas, se mostró entusiasmado:

Sí, los días están divinos. Venimos de un enero complicado, así que está buenísimo que los turistas puedan disfrutar la playa. El sol es necesario porque estas playas son muy ventosas. Es un tema, viste, el tema del clima porque no podemos controlarlo, pero te define la temporada. (Raúl, 50 años, taxista)

La claridad de la exposición me motivó a seguir profundizando en una temática que, por lo general, suelo dejar a un lado: “Claro, el éxito de la temporada depende, de alguna manera, del clima, del calor, del viento, de la temperatura del agua”, le dije. Él replicó con una idea extendida sobre los modos en el que el tiempo –en este caso, el climático– incide de distintas maneras en diversos sectores de la sociedad local, generando matices sobre el presunto éxito de la temporada. “El éxito depende para quién”, dijo y continuó:

Pensá que acá los paradores, los vendedores ambulantes, los balnearios, los hoteles, las escolitas de surf sí necesitan de una buena temporada climática. Eso es muy importante para que la gente vuelva. Si te vas de vacaciones a un lugar de playa, querés ir a la playa, obvio. Y para eso se necesita de unos buenos 30 grados, un mar más o menos calmo y un sol que te permita combatir el frío de la costa. (Raúl, 50 años, taxista)

El argumento de Raúl aún no lograba sorprenderme del todo. Emulaba, en este punto, lo que otros geselinos me habían comentado respecto de la incidencia de los factores climáticos en el buen desarrollo de la temporada. Sin embargo, prosiguió complejizando sus ideas: “Los bares, los comercios, los restaurantes e incluso nosotros, los taxistas, estamos esperando que algún día llueva o haga frío o pase algo que haga que los turistas no vayan a la playa y se vuelquen a otro tipo de consumo”.

En sus planteos, también involucró la comparación con otro tipo de escenarios. Raúl entendía que los factores climáticos tenían un impacto en el desarrollo de la vida cotidiana de todas las personas, pero en lugares como Villa Gesell, esa temporalidad –la climática– adquiriría una relevancia significativa: “Acá todos nos levantamos y miramos el pronóstico. Eso lo hace todo el mundo, ya sé. Vos también seguro que te levantás y mirás el pronóstico: si llueve, te ponés campera o te llevás el paragua. Pero acá es distinto: el pronóstico determina quién va a ganar plata. Si llueve, ganan los comercios de la Avenida 3; si hay sol, ganan los hoteleros y los dueños de los balnearios”. Finalmente, remató con esta idea: “Acá la temporada es como los juegos del hambre⁵⁵”.

Tuve la suerte de observar estos contrastes generados por el factor climático que hacen mella en el mercado laboral y el despliegue comercial local. Cuando llueve, está nublado o las temperaturas son menores a los 20 grados, la masa de turistas se vuelca hacia otro tipo de prácticas recreativas. Así, la intensidad que presenta la Avenida 3 durante la noche se adelanta varias horas en el día. Por su parte, la playa, sus trabajadores y comercios permanecen vacíos y esperan que el clima no “les juegue una mala pasada”. Como me explicó Ana, trabajadora de un balneario, hay temporadas en las que el viento, la lluvia o el frío pueden desencadenar consecuencias no deseadas durante todo el año: “me acuerdo de un febrero que llovió 15 días. Fue terrible para nosotros, que también vivimos de las propinas. Fue una temporada malísima, ese año costó mucho mantenerse a flote” (Ana, 48 años, mesera en el bar de un balneario).

“Hay que juntarla”, dicen los geselinos, quienes durante esos tres meses se figuran la posibilidad de sobrevivir todo el año. Los tiempos estacionales no son los únicos que intervienen en este mercado laboral complejo, marcado por la flexibilización y la precariedad, sino que también la temporalidad del día y del clima configuran una puja entre diversos sectores trabajadores: los de la noche y los del día, los de la playa y los de la avenida.

⁵⁵ *Los juegos del hambre* (The Hunger Games) es el primer libro de la trilogía homónima escrita por la autora estadounidense Suzanne Collins. Publicada en el año 2008, esta novela postapocalíptica narra la historia de una joven de 16 años que es convocada a participar de un evento el que distintos sujetos – pertenecientes a diversos distritos de la nación ficticia de Panem– deberán luchar entre ellos. Este evento, en el que se pone en juego la supervivencia de los participantes, es televisado y transmitido en todo el país. En el año 2012 esta primer novela fue llevada al cine, convirtiéndose en un éxito de taquilla.

6. Empleos estables y movimientos migratorios atravesados por la estacionalidad

Más allá de esta puja estival, también existe un porcentaje pequeño de trabajadores que logra acceder a empleos estables y formales durante todo el año. Mariana me contó, en concordancia con el planteo de Agustín, que hay tres sectores donde insertarse de modo estable: “la municipalidad, las cooperativas y aquellos comercios, como los supermercados, los bares de todos los días, alguna librería o kiosco, que están abiertos siempre. Después de eso, pará de contar”. Sin embargo, este último grupo también presenta un conjunto de problemáticas que merecen ser incluidas al momento de abordar el mercado laboral geselino⁵⁶.

En cuanto a la presentación de datos cuantitativos que permiten conocer el fenómeno, resulta interesante destacar los operativos “Media Jornada Costa Atlántica”, que se realizan desde el Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires (2008). Si bien no siempre publican sus resultados ni tampoco son procedimientos sistemáticos, estos operativos tienen el objetivo de “identificar y controlar” un problema frecuente durante la temporada turística: el subregistro de las jornadas laborales. En Villa Gesell, además de constatarse un alto porcentaje de trabajo informal, el empleo registrado no siempre responde a los requerimientos formales. Estos operativos indagan cómo algunas empresas registran trabajadores como si cumplieran una jornada reducida cuando en realidad desarrollan tareas laborales tiempo completo, ahorrándose, de este modo, importantes cargas sociales.

Los datos publicados en el 2008 indican que de las 320 empresas inspeccionadas en Mar del Plata, Partido de la Costa y Villa Gesell, el 50% no cumplía con los requisitos laborales exigidos por ley. Esto refleja, de alguna manera, lo que me indicó Mariana: “durante el verano, acá pasa cualquier cosa. La gente necesita trabajo y, si bien estamos controlando todo el tiempo que se garanticen los derechos de los trabajadores, es difícil. Hay mucha demanda y los empleadores se aprovechan de esa situación”.

Es importante mencionar, además, que según el informe producido por el Observatorio de Empleo y Dinámica Empresarial⁵⁷ (OEDE, 2018) –dependiente del

⁵⁶ Si bien no pude acceder al dato estadístico que permita representar el porcentaje de personas que se desempeñan en estos sectores “estables”, los geselinos suelen declarar que sólo abarca al 20% de la población.

⁵⁷ El informe anual contiene un conjunto de tablas estadísticas con información sobre la situación del empleo y las empresas formales en la mayoría de las Áreas Económicas Locales (AEL) del país. La información es elaborada a partir de los registros administrativos de la seguridad social. El sistema de

Ministerio de Producción y Trabajo de la Nación–, algunas Áreas Económicas Locales (AEL) asociadas al turismo, dentro de las que se destacan Villa Gesell y Pinamar, muestran una reducción del 6% de la tasa de empleo –para el período 2017-2018– y una caída de empleo registrado. Este informe también expone que en los Partidos de Villa Gesell y Pinamar el promedio de las remuneraciones mensuales es más bajo que el indicador provincial y, particularmente, desajustado en el caso del turismo. Sólo para poner un ejemplo, en el rubro de hotelería y restaurantes, para el 2018 el promedio de la Región Metropolitana de Buenos Aires era de \$ 18.675, el del interior de Buenos Aires de \$ 13.729 y el de Pinamar y Villa Gesell –que se relevan de manera conjunta– de \$ 9.958 (OEDE, 2018).

Los testimonios de los trabajadores “con puestos estables y en blanco” remiten a algunas de estas problemáticas, que también responden a los modos en que se comporta este mercado laboral a partir de la prestación de servicios turísticos y la estacionalidad:

Acá los salarios son muy bajos, por eso estamos peleando por los aumentos para municipales. Barrera prometió que iba a darlos. Vienen muy bajos en relación a otros municipios.⁵⁸ (Juan Pablo, 50 años, empleado municipal)

Sí, tenés trabajo todo el año y eso está bueno, pero igual es complicado acá. A veces tenés el salario mitad en negro mitad en blanco. Bueno, eso pasa en todos lados, pero acá no sé, siento que hay más posibilidades para hacer ese tipo de maniobras. (Guadalupe, 40 años, trabajadora en el rubro comercial)

Aumentó mucho el desempleo, en el último tiempo aumentó mucho. Empresas que cerraron, despidos, no sé, está complicado tener trabajo acá. Antes era muy distinto. (Agustín, 29 años, joven geselino)

Por último, queda por mencionar una dimensión central del mercado laboral local: a pesar de la complejidad que lo caracteriza, las ofertas de trabajo durante el verano se constituyen en uno de los factores primordiales de atracción poblacional. “Vienen y vienen y se quedan”, me dijo Agustín, ese joven geselino preocupado por el modelo económico de la localidad. Efectivamente, a Villa Gesell llegan y se van quedando

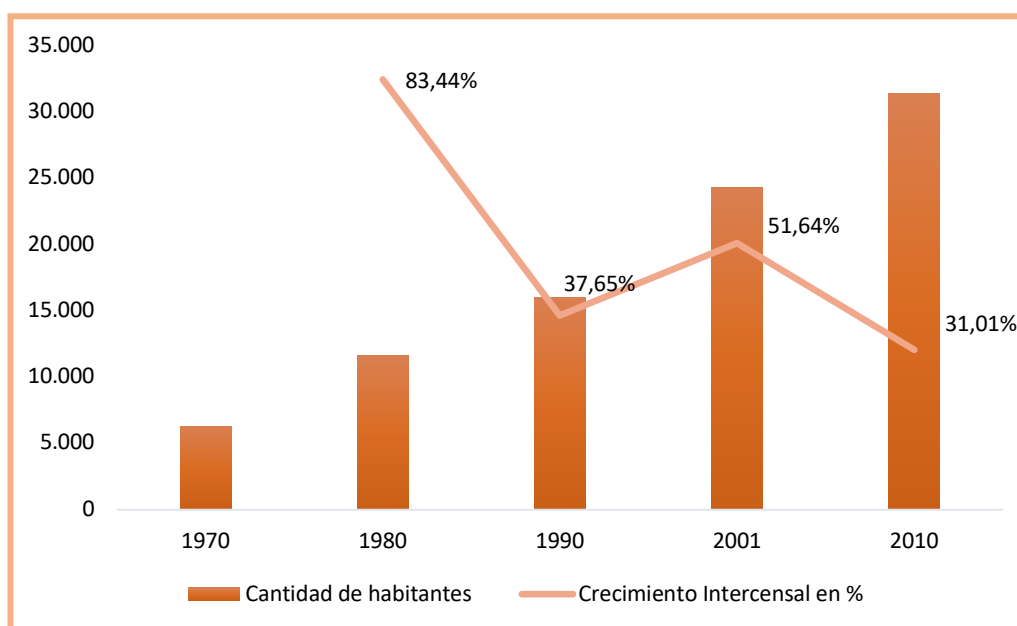
información de las AEL se desarrolla mediante la combinación de tres fuentes de información diferentes: los registros administrativos del Sistema Integrado Previsional Argentino (SIPA); el padrón de empresas de la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP); y, finalmente, los registros del programa Simplificación Registral (AFIP). Esta combinación de fuentes permite aproximar la distribución territorial del empleo registrado y las empresas.

⁵⁸ En febrero de 2020 el intendente otorgó un aumento municipal del 53% sobre los salarios que se realizará de manera escalonada en tres tramos. Con estos aumentos el salario más bajo de escalafón logrará alcanzar, en septiembre del 2020, los \$ 30.600. Ver “Orgullo municipal: el intendente otorgó un 53% de aumento a los trabajadores municipales”, en <https://bit.ly/32OrIqZ> (consultado el 21 de septiembre de 2020).

diversas familias que se movilizan, desde distintos puntos del país, en busca de mejores oportunidades de empleo.

No existen datos cuantitativos que nos permitan abarcar exhaustivamente este fenómeno. Como expliqué en otra oportunidad, los instrumentos estadísticos de la Argentina rara vez relevan aquello que ocurre en ciudades periféricas y de tamaño medio (Abrantes, 2018; Abrantes y Trimano, 2020; Greene y Abrantes, 2021). Sin embargo, según los censos poblacionales, Villa Gesell ha crecido de manera exponencial en las últimas cinco décadas: en 1970 tenía 6.341 habitantes; en 1980, 11.632; en 1990, 16.002; en 2001, 24.282 y, finalmente, en 2010, 31.353 (Ver Figura III). Teniendo en cuenta que durante este largo período la tasa de crecimiento vegetativo –aquella que explica el crecimiento natural de la población– ha permanecido constante –entre 9,1 y 9,2–, los datos indican que Villa Gesell ha ido creciendo a fuerza de movimientos migratorios.

Figura I: Evolución de la población geselina 1970-2010



Fuente: elaboración propia en base a datos del IDEC 1970-2010

A lo largo de la tesis incorporo algunas variables que permitirán matizar y problematizar las características fundamentales de estos movimientos poblacionales que eligen la ciudad balnearia para asentarse. Sin embargo, para los objetivos de este capítulo es importante mencionar que parte de esta masa migrante se moviliza en busca de mejores oportunidades laborales. El trabajo de campo realizado en la Oficina de Empleo local junto a Mariana, su directora, me permitió relevar algunos datos sobre este sector.

En aquellas observaciones registré una gran cantidad de personas que se acercaban preguntando por ofertas laborales. Mariana les comentaba, con paciencia, que desde la oficina trabajaban, más específicamente, con programas de empleo y capacitaciones en diversas ramas de la economía local, pero que no eran una “bolsa de trabajo”. Ante esta imposibilidad, ella los asesoraba sobre las estrategias locales para conseguir empleo y los circuitos de inserción.

En general, quienes se movilizan en busca de mejores oportunidades comparten ciertas condiciones socio-económicas: llegan sin trabajo, ni vivienda, “con una mano atrás y otra adelante”, como me dijo Mariana. Como presento en el próximo apartado, suelen asentarse en las zonas menos turísticas de la ciudad y encuentran muchas dificultades para acceder a una vivienda. En cuanto a las estrategias de inserción en la localidad balnearia, como me explicó Mariana, por lo general llegan entre “septiembre y noviembre, porque ahí saben que tienen más chances de conseguir trabajo en el verano. Después se les complica un montón, porque bueno, ya sabés, los meses restantes está dura la mano [es complicado]”.

A quienes acudían a la oficina, Mariana también les consultaba por sus redes de contactos y los motivos vinculados al desplazamiento. Casi siempre aparecía la misma construcción: algún familiar o amigo les había dicho que en Villa Gesell en verano todos tienen trabajo. No obstante, otra vez el problema de subsistir durante el invierno se instalaba como pregunta para todos aquellos recién llegados a la ciudad balnearia. En mis registros pude detectar que estas familias provienen de lugares bien heterogéneos: algunas del AMBA, otras de Tucumán, Salta, La Rioja, Misiones, etc. De hecho, una ordenanza de 1996 ya instalaba esta dinámica como un problema social local que debía ser resuelto:

La demanda laboral es inferior a la oferta, situación agravada por la permanente migración de mano de obra de localidades vecinas o provincias cuyos habitantes llegan esperanzados en encontrar trabajo. En este punto se debe destacar la influencia de algunos empresarios y comerciantes al contratar a no residentes por un salario más bajo que el habitual, dándose casos que al no poder cumplir con lo prometido quedan a la deriva con el consiguiente costo social dejando a geselinas/os fuera del mercado laboral o trabajando solo un mes de temporada. Se hace necesario poner en marcha mecanismos que a modo de planes piloto permitan corregir la tendencia declinante, la capacidad de los habitantes de Villa Gesell para conseguir trabajo. Para ello debemos combinar el interés del empresariado con la capacitación de los trabajadores. (Ordenanza Municipal Villa Gesell, 1459/96)

La ciudad creció y sigue creciendo, pero el modelo económico no ha logrado reinventarse ni, menos aún, trasvasar los límites que impone la “industria sin chimeneas”. Los testimonios y las observaciones puntualizan en las diversas estrategias que los geselinos

despliegan para romper con las lógicas estacionales; también, en cómo intentan crear puestos laborales que puedan generar recursos más allá de los tres meses “gloriosos” por los que se extiende el verano. Sin embargo, existe una suerte de “hechizo” con la temporada turística: a pesar de saber que “no alcanza”, cada verano la esperanza se renueva y anhelan que esta vez sea lo suficientemente buena como para poder sobrevivir durante el año.

Este modelo económico –que se resiste a cambiar– determina una renta compleja para los sectores establecidos de la ciudad (balnearios, hoteles, comercios, etc.), pero sobre todo configura un mercado laboral plagado de incertidumbres para los trabajadores. La pregunta por el tiempo y las experiencias temporales –en torno a las dinámicas de oferta y demanda laboral, los ritmos de trabajo, salarios y formas de recaudar los recursos necesarios para subsistir– me han permitido comprender que la estacionalidad, el horario del día y el clima establecen limitaciones y motorizan oportunidades. El ejercicio etnográfico, en última instancia, multiplica las dimensiones, ilumina categorías analíticas, genera nuevas preguntas, así como recupera y revela los matices, los conflictos y las estrategias laborales que los actores despliegan en esta ciudad balnearia.

7. El mercado que empuja hacia atrás

Se podría argumentar que el mercado inmobiliario, al igual que el laboral, son, en sí mismos y más allá de las particularidades del caso, espacios tensionados por un conjunto de estrategias disímiles y, muchas veces, en contraste. Villa Gesell se presenta como un escenario fecundo para indagar los modos en que el tiempo y las experiencias temporales desempeñan un rol determinante en la configuración de la oferta, la demanda y los itinerarios posibles de los actores en torno al acceso de una vivienda y la conformación de un hogar. ¿Cómo se accede a una vivienda en esta localidad balnearia? ¿Qué limitaciones y oportunidades habilita la estacionalidad? ¿Cómo incide el turismo, en busca del placer y el atractivo de la naturaleza, en el ejercicio de este derecho para la población local?

Ante todo, resulta importante mencionar que la capacidad de acceder, disfrutar y contemplar los recursos naturales que presume esta ciudad no se encuentra igualmente distribuida. Como me explicó Román –nacido en Villa Gesell, militante político y trabajador estacional–, “no es lo mismo vivir en Villa Gesell que vivir en la playa”:

En verano, cuando salimos a bailar, alguna piba capaz te dice: “qué lindo que vivís en la playa, en el mar”. Y yo le digo que sí, que todo re lindo. Pero, obvio, que no todos vivimos en la playa, o sí, pero vivimos re lejos de la playa y en verano, además, esa playa es como de ellos. En verano nosotros laburamos. No es que sí o sí vivís re bacán en la playa porque vivís en Gesell, te diría que no es lo mismo vivir en Villa Gesell que vivir en la playa, ¿se entiende? (Román, 22 años, joven geselino)

En este testimonio, para ciertos actores la playa aparece como prohibitiva o, al menos, esa playa disfrutable bajo el clima cálido del verano. Como explica María Carman (2011), el culto hacia la belleza prístina de “la naturaleza” tiende fronteras, divide, separa y, fundamentalmente, segrega. ¿Qué lugar ocupa, entonces, la naturaleza en el proceso de segregación geselino? ¿Qué experiencias tienen los actores con ella? ¿Esa naturaleza tiene la misma belleza en invierno que en verano? Para dar respuestas a estos interrogantes, y aunque pueda resultar un tanto obvio, es necesario explicitar que muchos de los turistas que eligen Villa Gesell como lugar para vacacionar buscan el disfrute de ese entorno natural forjado al calor de la playa, el mar, el bosque y, como ya se dijo, el clima que provee el verano.

“Vengo acá desde hace años y espero poder estar todo el tiempo que pueda en la playa. Vengo a la mañana temprano, me traigo el mate y me encanta estar varias horas acá, disfrutando de este lugar”, me indicó Patricia (50 años), una turista asidua de la localidad. Agregó, además, que trata “de estar lo más cerca posible de la playa, por eso en noviembre ya me pongo en contacto con la inmobiliaria y trato de alquilar por esta zona, cerca de la playa. Este sector es el sector del turismo, porque no te vas a ir al fondo, a cien kilómetros de la playa”.

Dado que Villa Gesell es una comunidad que busca satisfacer las necesidades del veraneante mercantilizando los recursos paisajísticos, el mercado inmobiliario se organiza con el objetivo de responder, ante todo, a esa demanda turística que prefiere asentarse en la zona “más bella” de la ciudad y con acceso al disfrute de las cualidades naturales. De este modo, los agentes inmobiliarios comercializan y especulan sobre el valor de las propiedades en función de un cúmulo de deseos turísticos: la cercanía a la costa y al bosque, la capacidad de asentarse en las zonas medanosas con calles de arena y formas zigzagueantes, en edificios con vistas al océano o en los chalets con techos a dos aguas en terrenos espaciosos y con parques, entre otros.

Francisco tiene 38 años, nació en Villa Gesell y estudió para ser martillero público. Su padre, Ricardo, tiene 74, es italiano y llegó a la Argentina en los años

cincuenta. Se radicó en Adrogué, Zona Sur del AMBA, y en los años ochenta decidió migrar a Villa Gesell. Padre e hijo me recibieron en su inmobiliaria situada sobre la Avenida 3 para conversar sobre algunas de las características de este mercado.

El negocio familiar –que ya lleva más de cuatro décadas– se dedica, principalmente, a dos actividades: alquileres de temporada y construcción de departamentos que, al fin y al cabo, también se terminan alquilando durante la temporada. Ricardo –que sabe recrear la mítica del pionero que levantó esta ciudad (Noel, 2020)– me contó que comenzaron de a poco, con ocho propiedades para el alquiler y que construyeron muchas viviendas en la época del Plan Galopante implementado por Don Carlos Gesell:

La ciudad empezó con alguien que llegó a plantar árboles y después se dio cuenta de que podía vender terrenos y así la gente, de a poco, fue viniendo a veranear. En esa época se construía mucho y se alquilaba menos: muchos porteños querían hacerse la casita en la costa y las facilidades del Plan Galopante eran muy buenas. (Ricardo, 74 años, agente inmobiliario)

Esta ecuación de más construcción y menos alquiler, sin embargo, fue mutando o, en palabras de Ricardo, cambiando según “las condiciones económicas de los argentinos y las crisis”. Por eso, para ellos, fue “fundamental estar en ambos rubros, porque si no te caes. La venta deja más, pero los alquileres de temporada son la base”. Ahora tienen 150 propiedades en alquiler y, “si los vientos ayudan”, también se dedican a construir edificios y casas.

Cuando les consulté por el mercado local de viviendas, ambos fueron bastante claros en afirmar que ahí no estaba “el negocio”. Haciendo propio el discurso que parece convocar a gran parte de la población local, Ricardo me explicó lo siguiente:

En verano con los alquileres nos mantenemos. Gesell tiene esa suerte: en todos los programas de televisión de aire [...] en todas las novelas dicen lo mismo: “vamos a Gesell”. Todo eso permite que Gesell sea conocido en todo el país. Hemos logrado instalar el nombre, impusimos el nombre, estamos en una ciudad que la conoce todo el país. No hay película que en el verano no hable de Gesell. Mar del Plata es un pulpo independiente [...] saben manejarlo bien y tampoco necesitan tanto el turismo: tienen el campo, tienen el puerto y, bueno, el turismo es la tercera pata. Nosotros no tenemos otra cosa y hay que cuidar eso [...] Toda ciudad tiene su parte mala. Hay que tratar de que la parte buena tape a esa parte mala. Gesell se tiene que reinventar todos los años. Hay que mirar al turista porque de ellos vivimos [...] Algunos comerciantes no lo entienden, pero nosotros sí, esta ciudad es una ciudad turística. (Ricardo, 74 años, agente inmobiliario)

“Hay que mirar al turista”, repetía Ricardo, convencido de los costos implicados en no hacerlo. Entonces, Francisco trató de profundizar en este tema refiriéndose específicamente a los quehaceres del oficio:

En septiembre comienzan a consultar los inquilinos: el cliente que se quiere asegurar la misma propiedad del año pasado o quiere algo nuevo. Nosotros empezamos a llamar a los dueños y ellos recién te confirman en octubre los precios, las quincenas o si están de acuerdo. [...] Nosotros empezamos a ver las propiedades, porque capaz que desde que la cerramos nosotros en marzo el dueño no vino más. Tenemos que ver cómo está el tema de humedad, cómo está la propiedad, si estuvo cerrada todo el invierno hay que mandar a lavar las frazadas, las almohadas. Es una inversión que muchos propietarios no quieren hacer y nosotros, año tras año, vamos dejando de lado a este tipo de propietarios porque acá lo que vale es lo que quiere el turista. Ese es nuestro cliente [...] El propietario quiere sacar la mayor cantidad de plata posible y te exige a vos “pedí esto”. Antes el inquilino se bancaba cualquier cosa, hoy el inquilino elige. Nosotros, que ponemos la cara, tratamos de responder a sus demandas [...] Nosotros vamos con ojos de inquilino y tratamos de que la propiedad esté lo mejor posible. (Francisco, 38 años, agente inmobiliario)

El testimonio de Francisco pone de relieve la necesidad de contemplar los requerimientos y las expectativas del turista, pero también subraya la extranjería del sector propietario: la mayoría de ellos no son geselinos y, por esto, esas viviendas suelen permanecer desocupadas la mayor parte del año. “La mayoría de los dueños son de Buenos Aires. Algunos compraron la propiedad como inversión, para hacer negocio, otros la compraron para vacacionar, pero la dejan libre para alquiler dos meses. De un modo o de otro modo, el tema del alquiler deja mucha renta y todos alquilan”, completó Ricardo. Estas propiedades son, además, viviendas estacionales que no están preparadas para el invierno.

En invierno, mirá, en vacaciones de invierno no viene nadie. Es el período estacional de vacaciones donde casi no viene nadie porque el clima es muy frío. Viene algún propietario o amigo de propietario, pero no vienen turistas. No pasa nada. Si alguien pregunta por propiedades para el invierno, tampoco tenemos muchas opciones. La mayoría de las propiedades para alquiler no están adaptadas para el invierno: no tienen ni gas natural, ni calefacción. Son ideales para el verano. Las vacaciones de invierno son el punto más bajo del turismo. (Francisco, 38 años, agente inmobiliario)

Los datos relevados en campo adquieren más sentido cuando se los lee a la luz de las tendencias del último Censo nacional. En Villa Gesell la cifra de viviendas y de habitantes es prácticamente la misma: existen 31.215 viviendas para 31.353 residentes, pero, en lo cierto, las viviendas que efectivamente se habitan durante todo el año son sólo 9.971. En efecto, más de 20.000 propiedades permanecen vacías durante el año esperando que los turistas regresen; es decir, son movilizadas por el mercado inmobiliario con fines turísticos y estacionales. Como hemos visto, durante las últimas décadas la población geselina ha crecido a ritmo contante (ver figura I), pero la cantidad de viviendas ha logrado superar, en muchos períodos, el porcentaje intercensal de crecimiento poblacional. Estos crecimientos se encuentran escindidos: la oferta de vivienda no responde a la demanda residente. Al respecto, Ricardo sostuvo: “Desde que se fundó esta ciudad, acá caminó mucho [funcionó] el tema de la construcción. Década tras décadas

hay más casas, más edificios, más zona urbanizada”. Cabe preguntarse, ahora, ¿para quién se construye en esta ciudad?

Mientras que las propiedades se multiplican, Villa Gesell presenta grandes problemas en el acceso a la vivienda. En esta dirección, el Censo expone que más del 50% de los hogares de Villa Gesell no son propietarios de su vivienda, y de ese total cerca del 30% de los hogares se constituyen por ocupantes en relación de dependencia, cesión, préstamo o intrusión.

Uno de mis informantes, Daniel, introduce dos elementos que complejizan aún más la dinámica habitacional: por un lado, la gran proporción de viviendas desocupadas (casas de veraneo o fin de semana) y, por otro, el escaso porcentaje de parcelas fiscales sobre las cuales el Estado podría intervenir para generar políticas de vivienda inclusivas.

Hay mucha gente que se ha quedado en Villa Gesell y no ha encontrado la posibilidad de desarrollarse todavía. La ciudad como que los expulsa y no les ofrece canales para insertarse. Esta situación genera otras situaciones muy complicadas como las casas tomadas o las usurpaciones de viviendas de temporada. Estas casas en invierno están vacías y muchas familias las usurpan. Cuando nosotros llegamos a Gesell, jamás se nos hubiese pasado por la cabeza usurpar un lugar o tomar algún terreno, algún lote [...] Pero, bueno, las condiciones no eran las mismas. La cosa fue variando para peor y hoy la gente con la necesidad a cuestas y quizás la falta, no sé si de leyes pero sí del cumplimiento de las leyes, ha promovido este tipo de cosas. Hoy lo hace la gente, quizás porque las leyes no se cumplen o quizás por la necesidad de cualquier ser humano de tener un lugar digno para vivir. [...] También uno de los problemas que tiene el Estado municipal es que todas las tierras tienen propietarios, entonces no se puede hacer mucho. La mayoría de los terrenos pertenecen a los familiares de Carlos Gesell [...] El Estado local está como atado de pies y manos. (Daniel, 75 años, pionero)

Como señala Julián –abogado y miembro del Observatorio de Políticas Públicas de la ciudad⁵⁹–, la mayor cantidad de los terrenos disponibles en Villa Gesell (ver Figura II) pertenece a los descendientes de Carlos Gesell y a algunos de las familias más emblemáticas de la ciudad. Es decir, se encuentran en “manos del privado que no quiere vender a cualquier precio, que está ahí especulando con el valor del suelo turístico”.

El problema acá es que todo tiene dueño. Hay muchos terrenos ocupados y todos esos terrenos son privados. Y no tenemos alternativa, no podemos decirles: “vengan para acá,

⁵⁹ El Observatorio de Políticas Públicas de la ciudad de Villa Gesell nació en 2013 como un espacio de participación comunitaria que tiene como objetivo principal el diagnóstico, el análisis y la solución de aquellas problemáticas sociales asociadas a la transformación de la ciudad durante los últimos años. En sus propias palabras: “Somos una Asociación Civil compuesta por vecinos de Villa Gesell interesados en estudiar la ciudad para identificar los nudos críticos sobre aquellos aspectos que revelan que las garantías mínimas de los ciudadanos en su gran mayoría no se encuentran siquiera respetadas por el Estado” (Observatorio de Políticas Públicas de la ciudad Villa Gesell, 2015: s/p).

que acá sí pueden armar algo”. No, no hay. Con el tema del Procrear⁶⁰ tuvimos un montón de problemas porque no sabíamos qué parte de la ciudad lotear para poder poner esos terrenos a disposición del programa [...] El valor turístico del suelo acá es muy alto y es muy difícil negociar estas cosas. Se ocupa un lote y estamos viendo de qué manera negociar con los propietarios para encontrar una solución. Es realmente difícil y acá hay mucha gente con problemas habitacionales, gente que no tiene techo, digamos [...] En ese contexto es que se hace comprensible que haya tantas tomas. (Julián, 38 años, abogado)

Figura II – Parcelas no edificadas en Villa Gesell 2018



Fuente: Imagen obtenida del Plan Urbano Villa Gesell. Etapa Diagnóstico, 2018

En el capítulo precedente ha quedado claro que Villa Gesell presenta una morfología particular. Por un lado, una zona con casas emplazadas sobre el territorio con una generosa distancia entre ellas, con escasa concentración poblacional y un gran porcentaje de viviendas desocupadas durante la mayor parte del año. Por otro lado, una zona con una mayor concentración poblacional y una demanda habitacional evidente, que se traduce en situaciones de hacinamiento y formas de asentamiento precarias e inestables. Esta última zona se encuentra organizada sobre un trazado en cuadrícula (típica forma urbana de los pueblos bonaerenses fundados entre fines del siglo XIX y principios del XX), aunque la disposición de viviendas y edificios no responde a los criterios urbanos que se asocian a esta forma espacial. Además, existen grandes dificultades en el acceso a los servicios

⁶⁰ Pro.Cre.Ar es el nombre con el que se conoce el Programa de Crédito Argentino del Bicentenario para la Vivienda Única Familiar, el cual estipula el otorgamiento de créditos para la construcción de viviendas populares. Se trata de un proyecto nacido en el 2012, realizado y gestionado por la Presidencia de la Nación, la Administración Nacional de la Seguridad Social, el Ministerio de Economía y Finanzas Públicas y el Banco Hipotecario.

básicos (trazado de calles, tendido eléctrico, recolección de residuos, cloacas, etc.) y una notoria ausencia del Estado.

En la Figura III y la Figura IV se puede apreciar la tendencia de la que estoy hablando. En Villa Gesell, la mayor cantidad de viviendas por manzana se hallan entre el Boulevard Silvio Gesell y la costa. Sin embargo, en esa zona encontramos una densidad poblacional muy baja. Son, por lo general, las segundas residencias de los turistas y aquellas propiedades construidas para ofrecer en el mercado turístico estacional. Ocurre a la inversa con el otro fragmento espacial que va desde Boulevard hacia el límite posterior de la localidad: menos viviendas y más habitantes. En relación a este fenómeno, Agustín –un joven geselino que vive en esa zona más postergada– me explicó lo siguiente:

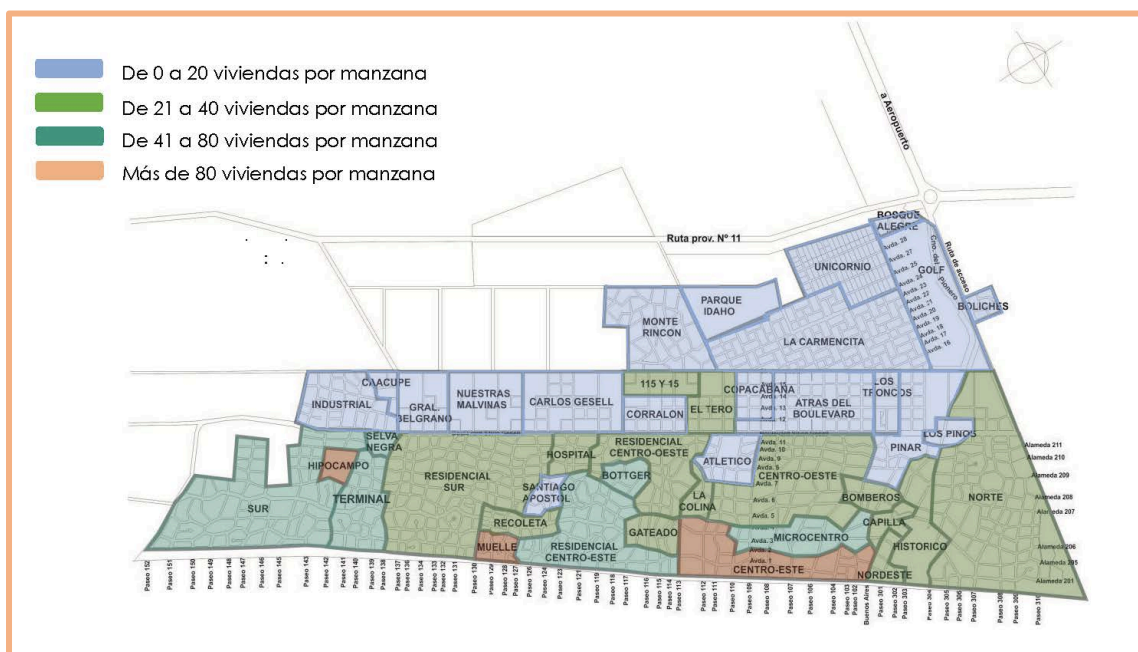
En verano no te das cuenta porque la ciudad está toda completa. Hay personas por todos lados, pero en invierno, cuando quedamos los de acá, ahí se ve la diferencia [...] Para atrás estamos todos apiñados en casas que no son las mejores [...] las mejores casas están adelante y ahí no vive nadie [...] Si, hay muchas tomas de viviendas acá, porque la verdad es que es un bien al que pocos podemos acceder [...] un derecho un poco mal planteado. Te da una impotencia, no sé si pasa en otros lugares del país, pero te da una bronca ver la disponibilidad que hay adelante y atrás nos estamos matando por conseguir un buen alquiler o algo digno donde vivir. (Agustín, 29 años, joven geselino)

Esta “bronca” de Agustín –que remite a un derecho “mal planteado”– coaliciona con otras broncas, temores, deseos y también derechos de quienes habitan circunstancialmente la ciudad. Desde otro ángulo, dos turistas que cuentan con una segunda residencia en estas tierras atlánticas me comentaron lo siguiente:

Yo entiendo que es una situación complicada el tema de la vivienda [...], pero yo no tengo la culpa, esta casa la compraron mis padres y es nuestra [...] Venimos acá hace más de 30 años [...] Cada año es el mismo miedo de que entren que nos roben todo, que tomen la casa [...] Por suerte tenemos unos amigos acá que nos van diciendo si está todo bien. (Liliana, 64 años, turista)

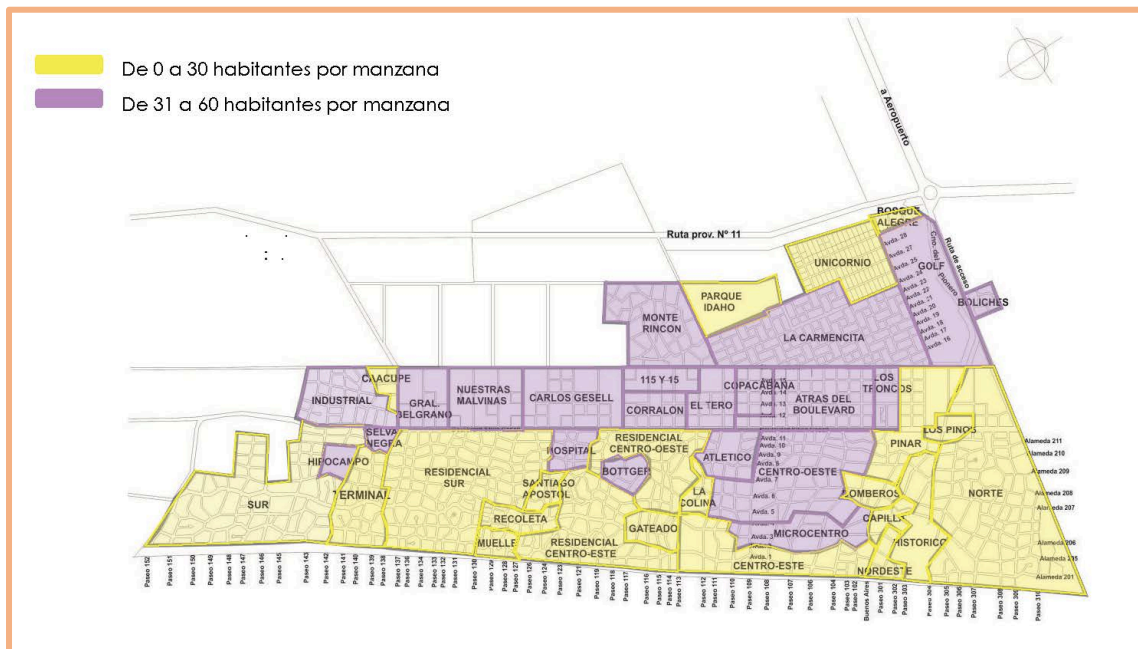
Y bueno, es mi casa también ¿no? Este departamento lo compramos para disfrutar y tenemos derechos [...] Cuando lo compramos en el 85, estas cosas no pasaban [...] ahora me alegro de haberme decidido por esto, porque las casas son más inseguras. Con el tema del departamento evitas más todo el tema de los robos y la ocupación de casas que se da en el invierno [...] Igual tenemos que venir a ver cómo esta la cosa en invierno porque ese tema empeora cada vez más. (Roberto, 66 años, turista)

Figura III: Villa Gesell. Cantidad de viviendas por manzana (2016)



Fuente: elaboración propia sobre la base de los datos geográficos producidos por Tauber (1998) y actualización de los mismos por parte de la Dirección Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional.

Figura IV: Villa Gesell. Cantidad de habitantes por manzana (2016)



Fuente: elaboración propia sobre la base de los datos geográficos producidos por Tauber (1998) y actualización de los mismos por parte de la Dirección Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional.

Villa Gesell se presenta, desde la perspectiva de los actores, como una ciudad fracturada y surcada por un límite material y simbólico que se reconoce en la extensión de Boulevard

Silvio Gesell (ver Figuras III y IV y Noel y Abrantes, 2014). A un lado de este boulevard, se levanta la pujante ciudad turística que algunos geselinos tienen el privilegio de disfrutar durante todo el año, pero que, esencialmente, se organiza en torno a los deseos de los veraneantes. Al otro lado del boulevard, una ciudad un tanto degradada, olvidada e invisibilizada, donde habita la fuerza de trabajo local y donde los turistas rara vez llegan.

Algunos geselinos refieren a esta última ciudad como la “verdadera Gesell”, mientras que otros prefieren omitir todas las referencias. Esa zona, en última instancia, tiene que quedar oculta porque podría hacer tambalear la imagen que “vende” la Villa durante las temporadas: “tenemos que cuidar la vidriera, ¿no? Que todo se vea lindo para que el turista quiera volver”, me explicó Abel, un comerciante de 72 años, o como me dijo Patricia, otra turista: “yo tengo la casa desde hace cuarenta años. La compraron mis padres y después seguimos viniendo nosotros. No vivimos acá, pero tenemos derecho, estamos en contacto con la municipalidad para que todo esto esté bien para cuando llegamos” (Patricia, 50 años, turista).

Esta frontera material y simbólica, que se extiende en el boulevard, ha ido determinando una geografía de oportunidades diferenciales (Abramo, 2003) para aquellos habitantes que viven a un lado o al otro de aquel límite. La división entre “la ciudad de los turistas” y la “verdadera Gesell” se levanta sobre un proceso de segregación socioespacial que fue configurando la preponderancia de un centro y la constitución de una periferia –en una ciudad que hasta ese entonces parecía crecer de manera lineal– y, con ello, una distribución desigual en el acceso a bienes y servicios urbanos. Como desarrollé en el capítulo anterior, las políticas públicas, las intervenciones para embellecer el espacio, las gestiones del cuidado, la infraestructura, entre otros, parecen aplicarse sobre el sector que necesita ser comercializado todos los veranos.

Mariana estableció que el turismo de sol y playa fue empujando “hacia atrás” a la población residente. Los datos cualitativos y cuantitativos indican que ese trasfondo de la ciudad comenzó a crecer exponencialmente a partir de los años ochenta mediante las sucesivas oleadas de pobladores de bajos recursos que provenían de zonas económicamente deprimidas (Abrantes, 2018; Benseny, 2011; Noel y Abrantes, 2014; Tauber, 1998). Sectores trabajadores que, como quedó explicitado, fueron atraídos por la alta tasa de empleo estacional.

Muchas de las familias que migraron a Gesell en este contexto –buscando encontrar nuevas formas de inserción social– se encontraron con una urbe con poca capacidad receptiva, con puestos de trabajo inestables y precarios y con una dinámica habitacional que sólo beneficiaba a los sectores más empoderados. Aunque esta estratificación tiene sus peculiaridades locales, también encuentra sus razones en ciertas transformaciones estructurales de las ciudades turísticas argentinas y –por qué no– de la sociedad en su conjunto. En palabras del escritor geselino Juan Oviedo, esta ruptura es el resultado de un proceso de desigualdad creciente:

Todos los cambios de los últimos tiempos generaron esta división. Desde la playa hasta el boulevard tenés la ciudad de los turistas y de una clase media bien acomodada. Desde el boulevard a la Avenida Circunvalación está la clase trabajadora, la mano de obra de servicios [...] y la clase más paupérrima la encontrás desde Circunvalación hacia la ruta [...] A medida que te vas alejando del centro y de la playa, la pauperización manda y gana. Esa es más o menos, a grandes rasgos, la división social y espacial de la ciudad. Entonces vos decís: “¿dónde vivís?”. Desde el punto de vista espacial y antropológico, eso representa un estatus que opera en un montón de aspectos de la vida de una persona. Sin ninguna duda, acá se observan dos ciudades bien distintas a nivel espacio y a nivel desigualdad social. (Juan Oviedo, 60 años, escritor)

El fragmento de territorio costero y boscoso –donde originariamente se asentaron los pioneros– es habitado, en la actualidad, por los sectores locales establecidos y ofrecido, por el mercado inmobiliario, a los turistas. Los terrenos que se extiendan más allá de boulevard, carentes de interés turístico e inmobiliario por su lejanía del mar y por la falta de infraestructura, es el sector habitado por “la materia viva”: los trabajadores de la ciudad.

La ciudad postergada, que en la actualidad condensa más del 50%⁶¹ de la población permanente, está constituida, como me explicaron Mariana (32 años) y Luciana (36 años) –directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional–, por barrios populares y también por asentamientos informales. Mariana sostuvo que “los barrios populares, con esfuerzo y medio como a presión, fueron incluidos [en la ciudad], pero esto, la idea de tener una villa [asentamientos informales] en una ciudad de 40.000 habitantes... es como inaceptable para la vieja guardia geselina. Esa parte es completamente excluida” (Mariana, 32 años, historiadora). Luciana me introdujo en lo que presume que es, en sus propias palabras, “el verdadero problema de Villa Gesell”:

⁶¹ Según el Censo de 1980, que registra el crecimiento demográfico de la década precedente, esta zona de la ciudad concentraba el 28% de la población estable. Diez años más tarde aglutinó al 39% de los habitantes y en la actualidad concentra más del 50% de la población geselina (Tauber, 1998).

El crecimiento de los asentamientos informales que se inicia a partir de los años noventa con la crisis de Villa Gesell como destino turístico nacional, en particular, y la crisis económica del país, en general. Esto empezó en los años noventa, pero siguió creciendo década tras década. Nunca paró. Acá el acceso a la vivienda es un tema muy importante. (Luciana, 36 años, directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional)

Mediante nuevas sucesiones de movimientos migratorios atraídos por el trabajo estacional, y la imposibilidad de acceder a una vivienda, se han ido constituyendo asentamientos informales, que no sólo no han sido integrados, sino que son desconocidos y rechazados por gran parte de la sociedad geselina. En términos generales –y en función de las diversas charlas que pude establecer con Luciana, directora de Estrategia Habitacional, y con Luis, director de Obras Públicas–, se trata de viviendas informales, “algo amontonadas”, autoconstruidas con elementos relativamente precarios (madera, chapa, etc.), con ausencia de servicios urbanos básicos (agua, electricidad, trazado de calles, limpieza y alumbrado público, etc.), emplazadas sin ningún tipo de “criterio urbano” y construidas sobre tierras ocupadas mediante diversos procesos de toma.

Muchos de los geselinos entrevistados no dudan en sostener que en los noventa se pueden registrar las “peores temporadas de la historia de la ciudad”, “los más altos niveles de desempleo”, “una capacidad ociosa completamente estancada y desaprovechada”, “la pérdida de grandes sumas de dinero por parte de comerciantes y propietarios de la industria turística”, entre otras situaciones que se remarcan de manera constante. Como señala Lisandro –miembro de la sede geselina del Colegio de Arquitectos de la Provincia de Buenos Aires–, la sucesión de temporadas “a media máquina” impactó sobre la estructura de puestos de trabajo de esta localidad, sobre los “números que deja la temporada” y sobre el desarrollo de la construcción de hoteles y viviendas de alquiler. En este contexto, Villa Gesell comenzó a ser experimentada como una ciudad poco sustentable, incapaz de ofrecer a sus habitantes los medios necesarios para su subsistencia. La economía se estancó y el modelo basado en la “industria sin chimeneas” comenzó a mostrar sus fisuras. En una dirección similar, Mariana expone lo siguiente:

En los noventa el neoliberalismo también llegó a Villa Gesell, y con él la pobreza, la desigualdad y la finalización de un modelo basado en la ciudad turística. Empiezan a crecer los asentamientos, las zonas de pobreza [...] la gente se queda sin recursos y empieza a hacer lo que puede en una ciudad que no hace más que rechazarlos y que no ofrece ninguna vía para integrar[los] [...] En esta época el problema habitacional explota. (Mariana, 32 años, historiadora)

A estas dificultades se le suma una problemática específica que suelen compartir muchas de las ciudades turísticas balnearias. Me refiero al proceso de valorización excesiva de

las tierras y a una dinámica particular de alquileres de propiedades. No sólo existe una escasez de suelos dispuestos a precios accesibles para los sectores populares y medios de esta localidad, sino que también los alquileres se ven atravesados por la especulación del mercado estival. Nuevamente Luciana me introdujo en lo que no duda en denominar una “problemática estructural de las ciudades turísticas”:

Un terreno hoy en Villa Gesell sale, el más barato, 20.000 dólares. Y un trabajador tiene un sueldo promedio de 6.000 pesos. Por otro lado, un alquiler en Villa Gesell sale, en promedio, de 3.000 a 3.500 pesos por mes. Acá se especula mucho con la temporada, entonces o te alquilan a 2.500 hasta noviembre y después te tenés que ir o te alquilan a 2.500 hasta noviembre y 4.500 en enero y febrero. Si no, te alquilan todo el año a 3.500. Es todo una movida de especulación de ver cómo le pueden sacar más plata a la propiedad. Entonces se hace muy difícil. El tema de la vivienda en Villa Gesell es muy particular [...] Desde acá [la Dirección de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional] pensamos que esta lógica de la especulación [...] y la falta de acceso a una vivienda digna contribuyó mucho a la explosión de los barrios informales y la toma de terrenos en diversos lugares de la ciudad. Acá también tenemos, por ejemplo, edificios tomados. Que pase esto en una ciudad de 40.000 habitantes es una locura. Acá el tema habitacional es muy complejo⁶². (Luciana, 36 años, directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional)

Siguiendo los argumentos nativos, el mercado turístico estacional empuja el alza del valor de la tierra, de los inmuebles y también de los alquileres. Como me comentaron Francisco y Ricardo —agentes inmobiliarios— “el mercado mira al turismo y desde ahí se mueve. Toda esta parte, de la costa hacia al Boulevard está reservada a la mirada del turista”. Los alquileres no son una alternativa demasiado viable para la población local, esto es así por varios motivos. En primer lugar, porque no existen muchas propiedades en zonas preferenciales que se vuelquen al mercado inmobiliario interno. Los propietarios, así, prefieren afrontar los gatos de mantener sus viviendas vacías durante el invierno, ya que la renta extraordinaria del verano suele permitirles sostener el circuito. En segundo lugar, en muchas ocasiones, cuando los habitantes de este lugar logran encontrar alquileres convenientes se ven obligados a abandonarlos durante la temporada alta para que los propietarios logren incluirlos en el mercado. Como explica Noel,

Muchos geselinos —y que conste que no estamos hablando aquí (o al menos no exclusivamente) de los pertenecientes a los sectores más desfavorecidos— atraviesan año a año este proceso de trashumancia estacional, y muchos de entre ellos terminan finalmente por desistir de esa inestabilidad perenne y procuran solucionarlas de modo definitivo estableciéndose en las únicas condiciones en las que tienen acceso a la vivienda: en los barrios más modestos y precarios de la franja oeste de la ciudad y en condiciones frecuentemente irregulares. (Noel, 2016a: 125)

⁶² Cabe destacar que los valores expuestos en este fragmento de entrevista corresponden al año 2016. En ese entonces, 1 dólar equivalía, aproximadamente, a \$14 pesos argentinos.

Los geselinos, así, no sólo encuentran –como vimos en el capítulo anterior– formas escindidas y oscilantes de habitar su ciudad, sino que ven coartado, en primer lugar, el derecho a aquella belleza de la que esta ciudad se jacta. Jordi Borja (2014) establece que para conocer las desigualdades espaciales y los procesos de segregación hay que preguntarse si los sectores populares tienen derecho a la belleza, a la estética, a viviendas bien diseñadas, entornos agradables, a materiales nobles en los espacios públicos, a equipamientos que sean a la vez funcionales y elementos icónicos. Atendiendo a este postulado, encontramos que en Villa Gesell los sectores populares –aquella “materia viva” que sostiene el modelo de prestación de servicios– son empujados hacia atrás por las lógicas que impone el mercado inmobiliario y la especulación. Es decir, ven limitado el acceso y el disfrute de los fragmentos bellos de la espacialidad que parecen valorizarse en un mercado estacional y reservarse para el uso exclusivo de los turistas que habitan temporalmente esta ciudad. Como me explicó Guadalupe:

Son ellos los que disfrutan de este paraíso. Aprendimos, a la fuerza, a disfrutar la playa en el invierno, porque no nos quedó otra, nos quedó eso: la playa fría del invierno. Cuando los turistas se van, y dejamos de trabajar a un ritmo frenético, nos reconciamos con la ciudad. Pero no es la misma ciudad a la que accedieron los turistas, es otra, es una ciudad que se cierra, que se enfría, que se achica [...] se podría decir que no es esa ciudad tan linda del verano. (Guadalupe, 40 años, trabajadora en el rubro comercial)

Además de la belleza, las intervenciones públicas urbanas suelen realizarse en ese fragmento de la ciudad que es habitado transitoriamente por turistas. En este sentido, Luciana –quien después de varios años decidió renunciar a su cargo de directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional– me habló sobre las dificultades que presenta la gestión urbana en esta ciudad:

Acá llega plata y se para allá, se invierte allá. Las presiones de los sectores más poderosos, asociados al turismo, son muy fuertes [...] La plata se pone en las garitas de los colectivos, en la policía sobre la Avenida 3, la iluminación, la peatonal [...] los tractores para emparejar la arena... todos los recursos van para allá. Así es muy difícil laburar, mirá que yo soy parte de esta gestión, pero cuesta mucho con estos temas, con la calidad de vida de los más pobres en esta ciudad [...] Hay muchos sectores sin cloacas, sin luz, sin gas, sin servicios básicos... la inversión va para otro lado. (Luciana, 36 años, directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional)

Gustavo Barrera, en un sentido similar, reflexionó sobre esta histórica desigualdad que se extiende entre la ciudad turística y la ciudad real:

Es un tema porque la brecha entre las dos ciudades se fue ampliando cada vez más... en muchos sentidos [...] como hablábamos esto se puede ver en la tasas de empleo, en la ocupación de lo urbano, en servicios, en el acceso a viviendas [...] Nosotros tenemos que responder al turismo, pero la ciudad es nuestra, es de los geselinos, y hay que crear estrategias para integrar esas divisiones. (Gustavo, 55 años, Intendente)

En segundo lugar, estos sectores encuentran grandes dificultades para acceder a una vivienda digna. La escasez de suelos, la especulación inmobiliaria estacional de los alquileres y la construcción volcada al desarrollo inmobiliario para el turismo, entre otras dimensiones, limitan el ejercicio de este derecho. Si bien en los últimos años se han implementado diversos planes estatales de acceso a la vivienda⁶³, lo cierto es que las dinámicas de la ciudad turística y estival van imponiendo trabas para el desarrollo de los mismos. Julián, quien trabaja en el observatorio de políticas públicas, señala “el tema de la vivienda en esta ciudad es muy complicado [...] A pesar de la voluntad política, es difícil implementar los planes habitacionales porque los valores de la tierra están completamente desajustados de la realidad” (Julián, 38 años, abogado).

Lefebvre escribió, en uno de sus pasajes más famosos, que la ciudad es una obra ininterrumpida de los sujetos que intervienen, moldean, construyen la ciudad que habitan:

Para quienes la habitan, la ciudad es un superobjeto, percibido como tal por sus “usuarios”, que siguen perteneciendo a clases, fracciones de clases, grupos sociales muy diversos. Pero es también una obra ininterrumpida, un producto de “sujetos” que intervienen prácticamente, sean constructores, dirigentes políticos notables y grupos influyentes, habitantes que modifican el “hábitat”, que transforman sin cesar las funciones, estructuras y formas urbanas. (Lefebvre, 1969: 89)

A este elenco de actores propuesto por este autor, en el caso de Villa Gesell habría que sumar al turista. Éste no sólo encuentra allí un espacio propicio para sus actividades de ocio y recreación, sino que se convierte en agente activo del cambio material del espacio urbano y de las dinámicas del habitar. Aunque ocasional, el turista es usuario de la ciudad: habita, modifica, interviene sobre la forma y la expresión urbana y, fundamentalmente, tuerce el mercado inmobiliario en favor de su demanda.

En la relación de las tres expresiones analizadas—la ciudad dividida por fronteras materiales y simbólicas, las limitaciones al disfrute de la belleza y las dificultades en el acceso a la vivienda— se figura el aclamado derecho a la ciudad. Este término fue acuñado por Henri Lefebvre con el objetivo de problematizar la subordinación del espacio urbano

⁶³ Es importante mencionar que, durante la última gestión municipal, se han ido desarrollando algunas intervenciones con el objetivo de resolver el gran problema habitacional de esta ciudad. En primer lugar, según mis interlocutores, se retomaron las obras de algunas viviendas sin terminar situadas en los barrios populares de esta localidad. En segundo lugar, se trataron de formalizar y avanzar en el desarrollo de otros planes federales de vivienda que habían quedado trancos. En tercer lugar —al menos desde el plano propositivo— se buscó establecer algunas pautas para avanzar con el proceso de urbanización e integración de los asentamientos populares y con la regulación de la propiedad en los barrios populares. Finalmente, en el 2018 se lanzó el programa “Lotes con servicios”; un programa que, mediante un sorteo, asigna y financia la compra de lotes a precios accesibles. Esta destinado a los geselinos sin inmuebles a su nombre y que cuenten con un mínimo de cinco años de residencia en el Partido de Villa Gesell.

a las necesidades de la industria y el capital. Cuando el autor hablaba de este derecho, se refería a la capacidad de los habitantes urbanos de construir, decidir, crear y proyectar la ciudad que habitan más allá de la especulación capitalista. El derecho a la ciudad, sin embargo, fue asumiendo diversos contenidos en la medida en que fue apropiado y reapropiado por diversas tradiciones académicas, sociales y políticas. Mi intención no es involucrarme en el recorrido complejo de esta categoría tan potente y polisémica, sino recuperar una idea bien general –consensuada en la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad en 2004– para pensar de qué manera se articula este derecho en la ciudad geselina.

Según este documento, el derecho a la ciudad involucra el derecho a un hábitat que facilite el tejido de las relaciones sociales, el derecho a sentirse parte de la ciudad, el derecho a la convivencia pacífica, el derecho al gobierno de la ciudad y el derecho a la igualdad de derechos. Charlott Mathivet (2010) –estudiosa del concepto– explica que este derecho opera como motor, causa o garante de otros derechos; es decir, implica el ejercicio pleno de la ciudadanía, la igualdad de derechos, la gestión democrática de la ciudad, el derecho a una vivienda digna, así como a un ambiente sano y sustentable.

El análisis del mercado inmobiliario geselino –estrechamente vinculado con el turismo estacional– me ha permitido observar que en esta localidad balnearia el derecho a la ciudad opera de forma desigual entre los diversos sectores que aquí habitan. Todos los actores intervienen, de alguna manera, en los itinerarios urbanos del habitar. Es decir, tanto los sectores más establecidos, como los más marginales inciden, con sus representaciones, sus prácticas y su habitar, en la expresión que asume su ciudad. Sin embargo, unos pocos poseen ciertos privilegios, de los cuales otros muchos carecen.

Algunos actores deciden dónde y cómo vivir, pero además, tienen la capacidad de comercializar, invertir y especular con el valor de la tierra y las propiedades, interviniendo activamente en los ciclos del mercado inmobiliario y apelando a las ganancias turística. Otros, por el contrario, encuentran muchas limitaciones para tomar esa decisión, se ven avasallados por las decisiones que toman otros y despojados de toda posibilidad de acceder a los bienes y servicios urbanos de esta ciudad. En términos amplios, podemos sostener que los sectores populares geselinos, e incluso ciertos sectores medios, se ven imposibilitados del ejercicio de una ciudadanía plena, experimentan una trama urbana surcada por fronteras materiales y simbólicas, ven limitadas sus oportunidades y la posibilidad de disfrutar de un ambiente sano y bello, y, fundamentalmente, encuentran un sinfín de limitaciones para acceder a una vivienda digna.

8. Reflexiones finales

La pregunta por la cantidad y la cualidad de los diversos fenómenos y actores que intervienen en los movimientos, lógicas e impulsos de los mercados es –sin dudas– un interrogante que este capítulo no busca responder. Los mercados se mueven apelando a un repertorio de situaciones disímiles: condiciones estructurales –locales, nacionales e internacionales–; gestión, intervención y regulación estatal en sus diversas escalas; estrategias, deseos, impulsos, gustos, capacidades o necesidades de una gran variedad de actores que van tejiendo los intercambios entre la oferta y la demanda. Se trata de configuraciones complejas, dispositivos densos encargados de asignar múltiples recursos, bienes y servicios.

La antropología ha explorado desde sus orígenes los distintos tipos intercambios económicos que llevan a cabo los grupos humanos, incluso cuando la figuras del contrato, la moneda y el propio mercado parecían no encontrar lugar en sus campos etnográficos. Sin embargo, desde hace algún tiempo, las formas occidentales y modernas del intercambio –los mercados capitalistas– han ingresado al campo antropológico colocándose como objetos de indagación (Wilkis, 2018). Hay que decir que la vocación antropológica tampoco ha intentado resolver un interrogante tan amplio como el que señalo al comienzo de estas reflexiones. Por el contrario, la antropología ha tratado de situar esta configuración compleja e interpelarla a través de casos anclados espaciotemporalmente y fenómenos específicos. Siguiendo esta propuesta, en este capítulo busqué comprender de qué manera el mercado de trabajo y el mercado inmobiliario se ven interpelados por el tiempo estacional y cuáles son las experiencias temporales implicadas en ese encuentro.

Estos mercados se convirtieron en el foco de mi análisis porque, justamente, el trabajo de campo me advirtió que allí se levantaba un espacio fecundo para desplegar el análisis sobre ciertos conflictos asociados a la alternancia estacional. En un primer momento, la entrevista con el intendente de Villa Gesell me advirtió sobre la urgente necesidad de romper con las lógicas estacionales. Este ejercicio de expansión y contracción social, material y económica generaba diversos problemas entre los locales. Sin embargo, Barrera insistió en remarcar dos: la primera, vinculada a la capacidad de subsistir materialmente, y la segunda, a la posibilidad de acceder a una vivienda.

Su primer argumento, me llevó a entrevistar a un conjunto de actores locales quienes me hablaron sobre las dificultades de mantener los equipamientos e infraestructura durante el invierno y también sobre las variaciones del beneficio económico que reporta este movimiento estacional. Desde este punto de vista, se postulaba como necesario romper con los ciclos estacionales y ofrecer servicios –por supuesto, turísticos– durante todo el año. El despliegue de las diversas fiestas en temporada baja, como hemos visto, se inscribe en este sentido. No obstante, al interpelar a los trabajadores encontré que el problema de la subsistencia material y la estacionalidad era, en lo cierto, un poco más complejo. Los ciclos habían instalado dinámicas históricas en torno a las formas laborales difícil de desandar.

A partir de las entrevistas, las observaciones y los datos estadísticos sobre el comportamiento del mercado laboral, llegué a delimitar una constelación de problemáticas en las cuales los trabajadores geselinos parecen estar inmersos. El histórico modelo económico –atado a las variaciones estacionales– genera, ante todo, mucha inestabilidad e incertidumbre. Las fluctuaciones entre la oferta laboral veraniega y el descenso estrepitoso del invierno, conduce a los geselinos a acomodarse a una serie de patrones que parecen no ser los mejores. Como sostienen ellos, el temor a la imposibilidad de sobrellevar el invierno los incita a “agarrar lo que hay” y a adaptarse a las condiciones que imponen los empleadores. Esta situación facilita la flexibilización, la precariedad y la informalidad laboral, postula jornadas laborales extensivas y habilita un ritmo de trabajo agobiante porque en el verano “hay que juntarla” a como de lugar.

A su vez, cuando me propuse explorar, en profundidad, los tiempos del trabajo estacional encontré que durante esos tres meses en que se extiende el verano, otros tiempos complejizan las dinámicas locales, postulando temporalidades en tensión. El mercado laboral geselino, durante la temporada alta, se encuentra interpelado por el tiempo reloj y el tiempo del clima, configurando una escena similar –como sostuvo un entrevistado– “a la de los juegos del hambre” (ver nota 56). Finalmente, el trabajo estable si bien cuenta con más garantías y se ve menos sumergido en las lógicas de lo imprevisto, también es impactado por esa enorme masa de trabajadores estacionales y por las irregularidades que imprime la temporada.

El segundo punto, me condujo hacia el análisis del mercado inmobiliario; es decir, aquel dispositivo a través del cual los geselinos acceden a una vivienda. Encontré, otra vez, que el modelo económico del turismo estival imponía una serie de restricciones y

dificultades para los sectores trabajadores. La belleza de la naturaleza –recurso que esta ciudad presume– se constituyó, desde el origen, en un elemento definitivo del acceso al suelo. Además, Villa Gesell se urbanizó de forma acelerada, con un gran componente especulativo en el mercado del suelo e incentivando el desarrollo de la segunda residencia para los veraneantes. Todas estas situaciones fueron estableciendo un sinfín de problemáticas en términos de la consolidación de la trama urbana. Los flujos poblacionales que –todos los años– son atraídos por la oferta laboral de la temporada, sumado a una notoria ausencia de planes laborales para su inserción, dificultaron aún más las dinámicas de este mercado y, por supuesto, del mercado laboral.

A partir del análisis de los distintos datos que incluí, pude establecer que en esta ciudad existen profundos procesos de segregación socio-residencial que establecen geografías de oportunidades diversas para los grupos sociales. Mientras que el turismo suele asentarse en las zonas más valoradas y valorizadas de la ciudad –cerca de la costa, sobre los médanos y rodeados de bosques–, los locales tienden a ser empujados hacia atrás –en zonas menos urbanizadas, más densamente pobladas y con menor cantidad de viviendas disponibles–. Esto es así, porque el mercado inmobiliario –y los distintos actores locales y foráneos que intervienen en él– reservan para el turismo estacional aquellos fragmentos espaciales más bellos, con mayor intervención estatal, con infraestructura y servicios; es decir, los reservan para responder a los gustos y expectativas ocasionales de los que arriban durante el verano.

La valorización del territorio a partir de la demanda turística, la escasez de suelos dispuestos para la implementación de planes de viviendas y el establecimiento de precios estacionales para los alquileres –sumado a un aumento significativo de población que llega todos los años a esta ciudad–, han ido generando el desarrollo de un mercado informal constituido por la toma de terrenos, la ocupación del suelo y el desarrollo de asentamientos populares.

Con sus características específicas, ambos mercados –el de trabajo y el inmobiliario– presentan una problemática en común: responden a los cambios de estación y a la demanda del veraneante que parece extender los parámetros de la oferta más allá del verano. El tiempo estacional, en este punto, enfrenta en dos mercados competitivos las temporalidades de los locales y de los turistas y, con ellas, sus deseos, oportunidades, accesos y limitaciones.

Recuperando la reflexión de Román –un joven local– es posible sostener que muchos geselinos habitan una ciudad balnearia que se jacta de un conjunto de recursos y servicios a los cuales no todos pueden acceder. No viven “en la playa”; viven, en efecto, en una ciudad mercader que comercializa su fuerza de trabajo a bajo costo –en un marco de informalidad, precarización y flexibilización laboral– y limita los canales de acceso a un hábitat integrado. Viven, en una ciudad especulativa y desigual que, si bien por momentos parece resistir al avance de las lógicas de los mercados y la ganancia, termina respondiendo a los deseos del turista y acomoda el espacio para recibirlos. Una ciudad que impone restricciones al derecho a la vivienda, pero que también decide cederle al turista el derecho a la belleza. Este capítulo ha demostrado que el modelo turístico –anudado a una estacionalidad polar, sostenido por un mercado laboral plagado de incertidumbres y un mercado inmobiliario especulativo– restringe las estrategias de subsistencia de los sectores trabajadores, los empuja hacia atrás, los despoja de los espacios bellos de la ciudad y, en definitiva, limita el ejercicio pleno del derecho a la ciudad que habitan.

PARTE II
EL TIEMPO COTIDIANO

La experiencia temporal cotidiana de la mediana escala

Aprendemos a medir el tiempo como parte del proceso de socialización. Debemos, en este punto, ser capaces de compartir marcos de referencias que nos permitan organizar la existencia. Con la ayuda del reloj y el calendario, convertimos los segundos en minutos, los minutos en horas, las horas en días, los días en meses, los meses en años. No solemos cuestionar los números que marcan el pasaje: 60 segundos, 60 minutos, 24 horas, 30 días, 12 meses, 1 año. Se trata de unidades, de fragmentos del tiempo que nos permiten ubicarnos, que nos dicen que estamos llegando tarde o temprano, que falta una cantidad de días para celebrar un cumpleaños que acontece en un mes específico, que el 9 de julio se celebra el día de la independencia de la Argentina o que, en promedio, caminamos 90 metros en un minuto, pero dependiendo de las circunstancias podemos caminar 100 o 50.

Existen, sin embargo, una serie de experiencias temporales que no pueden ser medidas en unidades formales. ¿Cómo percibimos el tiempo del espacio público y el privado? ¿Cuál es el tiempo de una ciudad media, de una metrópolis o un pueblo? ¿Cuánto tarda en correr un chisme? ¿Cómo se siente el tiempo de la mañana, de la tarde y de la noche? ¿Cuál es el tiempo del verano? No hay métricas, ni objetos, ni números que logren parametrizar estos sentires.

De cualquier modo, estos intervalos temporales pueden encontrar un lugar donde hallar sentido en un conjunto de categorías y prácticas nativas –y relativas–. En la Parte I de esta tesis, por ejemplo, quedó demostrado que, más allá de las formalidades cuantificables, los geselinos dividen el año en dos: el invierno y el verano. A contrapelo de la división equitativa en grupos de tres meses, el calendario geselino posee un invierno que admite una extensión de nueve meses y un verano sólo de tres. Las fechas que se utilizan para marcar la finalización y la consecuente apertura de los ciclos, además, pueden entenderse sólo si somos capaces de contextualizar la emergencia y el desarrollo de esta localidad: el verano se inaugura el 14 de diciembre –para conmemorar el día de la fundación– y termina, de manera difusa, “cuando el último turista se va”.

Los geselinos utilizan otro conjunto de marcas para identificar este pasaje de un tiempo al otro: la densidad poblacional que abraza la ciudad, el color del follaje del bosque, las alzas de las temperaturas diarias, el reflejo que monta el sol sobre la arena, el movimiento de las mareas, la disponibilidad comercial, el alza de la tasa de empleo, la

oferta inmobiliaria, entre otras. Como indica Robert Levine (2006), en definitiva, ningún diccionario puede definir claramente cuáles son las reglas del tiempo.

Con la intención de recuperar las experiencias temporales que los sujetos transitan y organizan bajo expresiones o marcas no formales, esta parte analiza los tiempos cotidianos, particularmente, los ritmos y los diversos modos de concebirllos y valorizarlos. Dado que en los dos capítulos anteriores la investigación se centró en caracterizar los pasajes temporales –haciendo especial hincapié en la emergencia del verano y en los conflictos de una materialidad y una economía atada a su potencialidad–, el ejercicio reflexivo, ahora, tratará de desandar los sentidos del espacio-temporal del invierno. Es decir, ese tiempo en el que Villa Gesell se achica, se pliega, se aletarga y vuelve a ser una ciudad mediana de 40.000 habitantes.

La propuesta conceptual de esta segunda parte de la tesis se organiza en torno a dos categorías: la escala y el ritmo. La noción de escala remite al tamaño de la ciudad –cantidad de habitantes, extensión de la trama urbana, etc.–, y también a las relaciones que un escenario establece con otros que asumen posiciones diversas y relativas en un entramado territorial jerárquico. David Harvey (2007) explica que las escalas son ordenamientos espaciales que los sujetos construyen, colectivamente, para organizar sus actividades y comprender su mundo. Advierte, además, que “las escalas nunca se mantienen fijas, sino que son redefinidas, impugnadas y reestructuradas en lo referente a su extensión, importancia relativa e interrelaciones” (Harvey, 2007: 97). Julieta Gaztañaga y Andrés Koberwein (2017) toman la definición de Harvey y agregan algo más: la escala es, sin dudas, un problema de orden científico con el que el investigador debe aprender a lidiar, pero sobre todo es un problema de orden social y cotidiano con el que negocian diariamente los sujetos.

“La verdadera Gesell” –como muchos geselinos prefieren denominarla– es un escenario no metropolitano (Greene y Abrantes, 2021). Una ciudad de escala media y periférica que se encuentra engarzada en un sistema territorial que le permite desplegar diversas funciones según el posicionamiento asumido. Los geselinos, cuando ingresan a ese espacio-temporal del invierno, desaceleran el ritmo frenético que acompañó al verano. La morfología se transforma, así como las temporalidades que allí coexisten: no hay turistas, ni trabajadores migrantes, ni infraestructura potenciada. Teniendo en cuenta el repliegue de la materialidad y la sociabilidad local, ¿cómo es la escala de la ciudad de

Villa Gesell?, ¿cómo se experimenta?, ¿qué elementos se valorizan y cuáles no? y, específicamente, ¿cómo es el ritmo de la escala media?, ¿es para todos el mismo ritmo?

El ritmo es la forma en que se suceden y alternan una serie de movimientos, palpitaciones o acontecimientos que se repiten periódicamente en un determinado intervalo de tiempo. Ritmos lentos, rápidos, acelerados, aletargados, repetidos, alterados, progresivos, quebrados o libres. Estas vivencias anudadas al transcurrir del tiempo diario remiten a la secuencia temporal en la que se llevan a cabo las actividades en diversos escenarios y contextos. Constituyen, en palabras del antropólogo Edward Hall (1990), “el lenguaje silencioso de la ciudad” en el que se articulan una diversidad de melodías y danzas.

Antes de sumergirnos en las particularidades de las situaciones sociales capaces de iluminar esta temporalidad cotidiana y rítmica de la escala media, es necesario recuperar algo de lo que se propuso en los antecedentes de esta tesis: ¿Qué rol ocupa el ritmo –y ha ocupado– dentro de los marcos analíticos de las perspectivas sociales? ¿Qué fenómeno estamos observando cuando miramos, oímos o sentimos el ritmo?

En primer lugar, los ritmos de vida condensan un conjunto de representaciones y prácticas sociales; por esto, el análisis rítmico se presenta como una oportunidad única para acceder a la producción social de sentido de la vida. En segundo lugar, el ritmo se compone de temporalidades y espacialidades. Esta categoría, como ninguna otra, expresa el par de coordenadas inseparables y permite abordar la dinámica de la espacialización del tiempo y la temporalidad del espacio. Finalmente, el ritmo abre un campo fecundo para explorar los clivajes de edad, género, oficio o clase social. Los ritmos no son homogéneos ni, mucho menos, unívocos; se acoplan, se articulan, se enganchan y se desenganchan. Como explica Levine (2006: 27), “Hay diferencias drásticas en todos los niveles; de cultura en cultura, de ciudad en ciudad, pero también de vecino a vecino”.

Las perspectivas sociales coinciden en señalar que diferentes lugares y escalas espaciales pueden habilitar distintos tipos de ritmos. Ante esto, Levine sostiene: “los lugares están marcados por sus culturas y sus subculturas, cada uno con sus huellas temporales digitales” (Levine, 2006: 28). Esas huellas digitales son el producto de diversas rítmicas en puja.

El ritmo de un barrio, una calle, un pueblo o una ciudad, es un objeto difícil de capturar por las técnicas de recolección de datos, ya que no siempre se expresa en métricas

cuantificables. Sin embargo, existen propuestas metodológicas para abordar las rítmicas culturales y los modos en que los sujetos las conciben y experimentan: el “método rítmico” o el “ritmoanálisis”.

Henri Lefebvre, uno de los autores que desarrolló un análisis pormenorizado de esta categoría, sostuvo que el estudio del ritmo puede hacerse de dos maneras. La primera de ellas propone comparar los ritmos del cuerpo –respiración, pulso, circulación, las duraciones y las fases de estas duraciones–; la segunda, comenzar el estudio a partir de conceptos y categorías: ir de lo concreto a lo abstracto, o empezar con la plena consciencia de lo abstracto para llegar a lo concreto. “La segunda vía no excluye la primera, sino que la completa” (Lefebvre, 2004: 9).

Los sentidos anudados al devenir del tiempo rítmico resultan sumamente relevantes dentro de esta propuesta; es decir, qué piensan los sujetos sobre esa temporalidad, sobre las melodías y las danzas colectivas. No obstante, también se necesita observar las prácticas; esto es así porque el cuerpo constituye un elemento clave del ritmo. Tanto Edward Hall (1990; 2003) como Henri Lefebvre (2004) han destinado varios pasajes de sus producciones al vínculo entre cuerpos y ritmos. Hall desarrolló diversos estudios “proxémicos” sobre el uso y la percepción del espacio y otros tantos estudios “cronémicos”, enfocados a representaciones sobre el tiempo. En ambos despliegues, el cuerpo en relación con la espacialidad y la temporalidad permiten desentrañar el modo en que se produce la sincronización de ritmos, es decir, aquellos ritmos sociales y compartidos. Los ritmos son, en palabras de Hall, además de un lenguaje silencioso, “la verdadera danza de la vida”.

Por su parte, Lefebvre explica lo siguiente:

En ningún momento el análisis de los ritmos y el proyecto ritmo-analítico pierde de vista el cuerpo. No el cuerpo anatómico o funcional, sino el cuerpo como polirrítmico y eurítmico [...] La teoría de los ritmos se basa en la experiencia y el conocimiento del cuerpo; los conceptos se derivan de este conocimiento, y este conocimiento, a la vez banal y lleno de sorpresas, de lo desconocido y lo incomprendido. (Lefebvre, 2004: 45)

El desarrollo de la perspectiva rítmica para el estudio de lo social se ha inspirado en las teorías musicales: las notas y melodías, acentos y fases. Las metáforas musicales aparecen en los textos de Hall y de Lefebvre, pero también en los de Franz Boas y Marcel Mauss; particularmente, en lo que hace a la relación entre ritmos, armonías y melodías y a las formas de capturar esas vinculaciones.

Levine suma un elemento relevante para comprender el ritmo: el *tempo*. Este término también proviene de la teoría musical y refiere a la velocidad en que es ejecutada una pieza. Al comienzo de las partituras, según Levine, los compositores insertan una marca de tempo no cuantitativa: “*largo* o *adagio*, para sugerir un tempo lento; *allegro* o *presto* para tempos rápidos; *acelerando* o *retardando* para tempos variables”. Al igual que como ocurre en las piezas musicales, el tempo desempeña un rol fundamental para los ritmos sociales: “podemos tocar las mismas notas, en la misma secuencia, pero siempre está la cuestión del tempo. Depende de la persona, la tarea y el contexto” (Levine, 2006: 31).

Para aterrizar en el universo de los ritmos y las escalas –penetrar en las representaciones y las prácticas–, me propuse explorar algunas de las extensiones de la sociabilidad local. Esta decisión está fundamentada en que, durante mi trabajo de campo, cuando me dispuse a indagar sobre los ritmos, los geselinos solían desplegar respuestas acotadas en adjetivos como “lento”, “tranquilo”, “acelerado”, “intenso”. Probé entonces con la observación del espacio público, pero en este caso también mis análisis quedaban reducidos a adjetivos similares, carentes de profundidad analítica. ¿Cómo acceder, entonces, a esos “repertorios sociales” (Noel, 2013a) que van configurando el lenguaje silencioso de esta localidad bonaerense?

Los diversos viajes a Villa Gesell, los intercambios con los geselinos y el trabajo en el archivo local me permitieron comprender que ese lenguaje se articula en los modos en que se expresa la sociabilidad local. Así, el chisme, el anonimato, la libertad, el control social, la fuerza del apellido, el lazo social, entre otras, se erigen como potentes dimensiones de la vida capaces de revelar el sentido rítmico. Como dije, la propuesta es caracterizar los ritmos de la escala media, sus conflictos o superposiciones, y relevar las distintas experiencias vinculadas a ellos; por este motivo, también constituyen campos de indagación de este ejercicio reflexivo la comparación con otros escenarios de diversa escala y las oposiciones e igualaciones que los geselinos realizan al respecto.

Teniendo en cuenta estas consideraciones de orden conceptual, el Capítulo IV explora, particularmente, la fuerza rítmica de esta localidad y atiende a los modos en que ciertas características de esos ritmos ejecutan un conjunto de restricciones para ciertos sectores sociales locales. Propongo, de este modo, reconstruir la genealogía que postuló a Villa Gesell como la meca de la juventud y la libertad, para contrastar estos repertorios con las experiencias situadas que indican, paradójicamente, lo contrario. Cuando Villa

Gesell deja de ser el espacio ocioso y receptivo de masas turísticas, cuando la escala se reduce, el ritmo se experimenta en “cámara lenta”. En el espacio-temporal del invierno, ciertos sectores, como los jóvenes geselinos, encuentran que este ritmo sofoca, controla, aburre, persigue, vigila y constriñe. Ante esta configuración emerge un deseo contundente: abandonar la ciudad que los vio nacer en búsqueda de otros ritmos y otras escalas más acordes con sus expectativas.

El Capítulo V atiende al reverso de esta configuración. La investigación realizada en Villa Gesell me develó que, mientras algunos sectores encuentran limitaciones en el despliegue rítmico del invierno, otros deciden movilizarse hacia allí justamente para experimentarlo. Para estos sectores, el contacto con la naturaleza, la comunidad chica, la periferia o la lentitud parecen habilitar y liberar el desarrollo de estilos de vida “más saludables” que aquellos que practicaban en los escenarios metropolitanos que solían habitar. Este capítulo, así, recupera un proceso de movilidad poblacional –constituido, principalmente, por un conjunto de familias jóvenes de clase media– que se ejecuta desde las grandes ciudades y encuentra en este balneario una gran capacidad receptiva. Entre paraísos e infiernos, el ritmo motoriza tanto expulsiones como atracciones, fantasías y temores, que, al fin y al cabo, constituyen la danza silenciosa de esta ciudad atlántica.

CAPÍTULO IV

EL RITMO DE LOS QUE SE VAN

La ciudad es una para el que pasa sin entrar, y otra para el que está preso en ella; una es la ciudad a la que se llega la primera vez, otra la que se deja para no volver, cada una merece un nombre diferente.

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles* (2007)

1. El paraíso de la juventud y las libertades

A finales de la década del sesenta, Villa Gesell logró presentarse masivamente ante la sociedad argentina. El factor que la catapultó a la fama no se vinculó con los folletos turísticos, ni las publicidades en revistas de gran tirada, ni el boca en boca del eslogan “el balneario que se recomienda de amigo a amigo”. Contra todo pronóstico, el evento que logró colocar a este destino turístico en un lugar destacado de la vidriera nacional fue el estreno de la película *Los inconstantes*, de Rodolfo Kuhn⁶⁴. Hay que decir que esta presentación “en sociedad” marcó, además, un perfil característico para la villa de veraneo que, desde ese entonces, fue considerada “el paraíso de la juventud y las libertades” (Noel, 2020). Aunque, como tendremos oportunidad de ver, este perfil ha ido cambiando, su asociación con la generación juvenil trascendió aquel hito para actualizarse, de diversas formas, hasta nuestros días.

En 1962 el joven –aunque reconocido– director Rodolfo Kuhn eligió este escenario costero como locación para filmar su segunda película. El argumento del filme se centra –siguiendo la línea de su producción anterior⁶⁵– en la historia de un grupo de jóvenes porteños, de clase media, dispuestos a embarcarse en un viaje que los saque de la gran ciudad. La disconformidad con sus estilos de vida se figura como el móvil que los

⁶⁴ Rodolfo Kuhn –cineasta argentino que alcanzó su popularidad en los años sesenta– perteneció a la primera “nueva ola del cine argentino”. Bajo esta etiqueta se conoció a un conjunto de cineastas dispuestos a romper con ciertas estructuras estéticas y narrativas instaladas, promoviendo argumentos con contenido social. También se los conoce por seguir algunas influencias europeas como la *nouvelle vague* (Castagna, 1994).

⁶⁵ *Los jóvenes viejos* es el primer largometraje de Kuhn. Esta película, filmada en Mar del Plata, cuenta la historia de una generación joven y emergente: “Una generación de apolíticos, demasiado preocupados por su abulia [...]. Pertenecientes a sectores medios urbanos, lo que significa que tienen tanto la moratoria social para ‘aburrirse’ así como los recursos económicos para consumir los más sofisticados productos culturales” (Labra, 2013: 100).

impulsa en la búsqueda de experiencias liberadoras y, de alguna manera, reveladoras. En esta síntesis, la playa se ofrece como aquel lugar capaz de recibirlos, pero también de desatar una serie de prejuicios que estos jóvenes cargan consigo.

Norma, una geselina que vivía en Villa Gesell cuando comenzaron con el rodaje, ante mi pregunta por la elección del balneario me contó: “Kuhn necesitaba una playa medio desierta, medio paradisíaca, como para crear el clima, y bueno, Gesell en ese momento era un balneario re chico y muy poco intervenido”. Según su recuerdo, la filmación fue todo un evento para la población local: “tuve la suerte de conocer a todos esos famosos. Fue todo un evento. Imaginate: éramos, no sé, cinco mil habitantes [...] algunos geselinos fueron extras en la película” (68 años, ama de casa).

La historia de los protagonistas –que luego de participar de una insípida fiesta porteña deciden “desintoxicarse en la playa”– se levanta sobre un nudo problemático claro: el aburrimiento existencial de una generación juvenil metropolitana y burguesa que –en medio de un contexto politizado y movilizado⁶⁶– se ve atravesada por el desgano, la inacción y la desesperanza (Labra, 2013). Son, como sugiere el título del propio filme, una generación de inconstantes, con algunas notas de rebeldía, pero expresamente descomprometida.

La salida de esa rutina se efectúa a través de un viaje⁶⁷ hacia el pequeño pueblo costero que *Los inconstantes* recrea como un espacio cargado de aventuras, libertades, experiencias sexuales, amores transitorios, naturaleza, música y vida nocturna. Las escenas, así, exponen una Villa Gesell descontracturada y bohemia, de calles de arena serpenteantes, plagada de espacios recreativos y fiestas. Muestran, además, una pequeña urbanización que interactúa con una playa extensa y poco intervenida, habitada por una comunidad local “relajada”, “artesana” y dispuesta a resquebrajar las normas establecidas

⁶⁶ Resulta difícil resumir en una nota al pie los eventos que delinearon el contexto de los años sesenta. Sin embargo, para los objetivos de este primer segmento del capítulo, es oportuno señalar que aquellos años estuvieron marcados, a nivel internacional, por la emergencia de la contracultura juvenil, las culturas de masas, la revolución sexual de la píldora anticonceptiva, la guerra de Vietnam, los movimientos por la paz, el movimiento *hippie*, las guerrillas, la revolución cubana, la llegada del hombre a la Luna, entre otros eventos. En la Argentina, por su parte, se sumaba la fuerte politización de los jóvenes y el despliegue de las dictaduras militares (Manzano, 2017).

⁶⁷ El viaje, el desplazamiento o la salida de la gran ciudad se postularon como una temática recurrente en diversos filmes de aquella época, particularmente, en aquellos que buscaron retratar a una generación joven, porteña, ambigua y de clase media, inserta en los movilizadores años sesenta (Castagna, 1994).

del “buen vivir”: cierta formalidad, la responsabilidad laboral, el cumplimiento de horarios, entre otras.

El director de esta película expresó, en una nota para la revista *Primera Plana*, publicada antes del estreno, que el argumento reconstruye una catarsis:

El verano es para ellos una especie de catarsis: llegan a la playa resueltos a liberarse de todo prejuicio y compromiso, persiguen una relación amorosa que dure solamente horas, parecen ansiosos por escandalizar a los burgueses, por demostrarles que ninguna convención ni ninguna costumbre establecida les importa. (*Primera Plana*, 1962)

Sin embargo, como toda catarsis, la aventura de los porteños –y ese viaje de experimentación y autoconocimiento– en algún momento tiene que alcanzar su fin. De este modo, en las últimas escenas de la película, los protagonistas vuelven a mostrarse inconformes, inconstantes y aburridos de su existencia, y es así que deciden regresar a la gran ciudad. La frase de Carlitos, uno de ellos, condensa este movimiento: “no sé, todo me parece repetido. Creo que si aterrizáramos en la Luna nos daríamos cuenta de que ya estuvimos”.

Figura I: *Los inconstantes* y Villa Gesell



Fuente: documentos fichados Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.

Más allá de las críticas, positivas y negativas, que recibió la producción de Kuhn – finalmente estrenada en las principales salas del país en septiembre de 1963–, para los fines de esta investigación resulta productivo recuperar el *boom* mediático que desató.

Particularmente, la consecuente caracterización de Villa Gesell como la expresión de *la dolce vita*⁶⁸ nacional y el elogiado reino de la juventud y la bohemia.

“Los inconstantes” se estrenó en 1963, y fue una especie de “boom” entre la juventud porteña. El desnudo de Gilda Lousek sobre las dunas, que dura tres o cuatro segundos, causó escándalo, pero tal vez más que la película, llamaron la atención las tapas y las notas de revistas sensacionalistas en las que se hablaba, por ejemplo, de “la dulce vita en Villa Gesell” o “a la búsqueda de la aventura fácil” y otros conceptos por el estilo, que por cierto no coincidían con la realidad de la Villa. (García, 2016: s/p)

Este fragmento de Mónica García, habitante geselina, pone de relieve dos cuestiones: la primera de ellas, la construcción mitológica de Villa Gesell como aquel paraíso juvenil y libertario; la segunda, el desacople producido entre esta supuesta mitología cinematográfica y lo que efectivamente sucedía en estas playas atlánticas; como sostiene García: eso “no coincidía con la realidad de la Villa”.

Días después del estreno, la película ocupó espacios en la mayoría de los medios de gran alcance nacional. Las notas iban desde una caracterización “limpia” del filme y su argumento hasta críticas moralizantes sobre la historia que encarnan los personajes. En medio de estas posturas cruzadas y tensionadas, emergió con fuerza la polémica sobre el escenario escogido por Kuhn, y sus cualidades. ¿Villa Gesell era, efectivamente, aquello que el filme prometía: una suerte de oasis ante el individualismo, la desesperanza y el aburrimiento de los ritmos de la gran ciudad?

Esta polémica involucró al propio director, a los actores, a los habitantes de Villa Gesell y, claro está, a aquellos turistas que veraneaban allí. Entre los archivos del museo local, encontré diversos registros de aquellos intercambios, dos de los cuales me parecieron particularmente relevantes: una síntesis producida por la revista *Primera Plana* de 1963 –a partir del reportaje realizado a Kuhn– y una nota publicada en 1965 por la revista *7 días*, que eligió titular, directamente, con este interrogante “¿Hay *dolce vita* en Villa Gesell? Una leyenda para aspirantes a iracundos”.

En la síntesis se recuperan distintas opiniones de lectores –residentes y turistas–, algunas de las contestaciones del propio director ante las críticas y la voz del fundador de la ciudad que, ante el revuelo generado por la película, no tardó en decretar que aquello que se representaba artísticamente no se correspondía, de ninguna manera, con el estilo

⁶⁸ La *dolce vita* es un modo de referir a ciertas prácticas y representaciones –vinculadas con un estilo de vida relajado y dedicado a la experimentación de diversos placeres– ancladas en la ciudad de Roma entre fines de los años cincuenta y principio de los sesenta del siglo XX. Es, también, el título de una película italiana dirigida por el cineasta Federico Fellini que, de algún modo, recupera y recrea esta época.

de vida geselino, anclado “en otro tipo de valores”. Los siguientes fragmentos permiten reconstruir algunas de las piezas que dan forma a este evento que marcó gran parte del destino de la localidad balnearia:

“Los inconstantes” es, a pesar de este señor enojado, el testimonio de un clima insólito que me impactó enormemente cuando conocí Gesell. [...] Diéguez lo niega maníacamente y lo tiene delante. No lo quiere ver [...] De todas maneras, agradezco la carta de Diéguez. Es buena publicidad. (Rodolfo Kuhn en *Primera Plana*, 1963)

¿El Sr. Rodolfo Kuhn quiere mostrar vicio, degradación, amoralidad en Villa Gesell? Pues ha perdido parte de su tiempo, ya que los hubiera encontrado seguramente a pocos metros de su casa, en plena ciudad, o en un colectivo, o en Moscú, o en Pakistán. Lo que ocurre es que ha buscado bonitos paisajes para su film, y fue a encontrarlos a Villa Gesell. ¿Los otros señores pretenden demostrar que Villa Gesell es un santuario? También pierden su tiempo si creen que la virtud está en esa Villa, porque la bondad, la amistad, la comprensión, la moral también están cerca y pueden encontrarlas en cualquier lugar donde haya hombres. (Benigno Zapara en *Primera Plana*, 1963)

Creo que el señor director cinematográfico Kuhn y otros que lo acompañan en lo que ellos dan en llamar “testimonial”, no son otra cosa que daltónicos morales. Ven únicamente lo que les permite ver sus sensibilidades deformadas dada su condición de individuos completamente marginales a nuestro tipo de sociedad. El “mundo” que creen ver no es otra cosa que sus propias imágenes en el espejo; el “pulso” que dicen tomar es el de ellos mismos. Son ellos los enfermos y los inadaptados, y no los otros. (Miguel Lanzellot en *Primera Plana*, 1963)

La nota publicada en la Revista *7 días* se propone, por su parte, dismantelar explícitamente “la historia negra de la ciudad” que la película de Kuhn habría logrado instalar de modo inescrupuloso: “En torno a Villa Gesell se ha ido tejiendo una singular mitología hecha de aventura fácil, de libertad sin límites, de algo indefinido (un poco turbio y subterráneo) que nadie sabe explicar con precisión”. Luego de recoger testimonios locales que abonan la hipótesis de la editorial y contradicen la versión de Kuhn, la nota concluye: “así el terrible rumor se va diluyendo. Villa Gesell tiene hermosas playas, hermosas bikinis y hermoso sol. Y nada más”.

Guillermo Saccomanno, escritor y habitante de Villa Gesell desde hace casi tres décadas, señala en uno de sus libros que la película de Kuhn levantó “la indignación de las fuerzas vivas del pueblo, los tenderos defensores de la moral y las buenas costumbres, produciendo un escándalo entre los guardianes de virginidades y propiedades privadas” (Sacomanno, 1994: 26). Sin embargo, más allá de los reiterados intentos de algunos sectores locales y turísticos por mostrar que Villa Gesell era otra cosa⁶⁹, lo cierto es el

⁶⁹ Gabriel Noel reconstruye la disputa entre dos narrativas: una endógena, anclada en la figura de Carlos Gesell y los pioneros que formaron parte del contexto fundacional, y otra exógena, constituida en torno a esa “... ‘horda dorada’ que durante, tres, cinco, diez temporadas invadió las playas geselinas con su estética

que este nuevo mito no sólo logró constituirse, sino que se prendió en los imaginarios de una gran cantidad de jóvenes de diversos espacios de la Argentina que decidieron trasladarse hacia este destino turístico, hasta ese entonces, relativamente desconocido.

Fue increíble, es increíble que una película haya generado todo lo que generó. Los campings se llenaban de gente, en las calles se podía ver miles de pibes con sus mochilas y sus guitarras [...] Los artesanos venían a probar suerte. Claro, también, había mucha marihuana y fiesta y vida de noche. (Romina, 56 años, periodista)

Así, a mediados de la década del sesenta y, fundamentalmente, durante toda la década del setenta, este pequeño balneario atlántico se convirtió en la meca elegida por muchos jóvenes “disconformes, rebeldes, pacifistas, idealistas, desprejuiciados, artistas, *hippies* que buscaban el contacto con la vida natural y la posibilidad de huir de las convenciones e hipocresías de la vida ciudadana” (García, 2016, s/p). Muy lejos de esos personajes inconformistas retratados por Kuhn, Villa Gesell lograba catalizar un espíritu de época – de efervescencia artística, política, estética y existencial– para convertirse en “escenario de una primavera contracultural que representa la encarnación local del momento hippie” (Noel, 2020: 27).

A esto se le sumó la identificación de la ciudad con el rock nacional. Durante aquellos años pasaron por Villa Gesell una serie de personajes vinculados a esa subcultura que poco a poco se fue estableciendo como una de las expresiones musicales más significativas de la escena artística argentina. Miguel Abuelo, Moris, Javier Martínez, Luis Alberto Spinetta o Pajarito Zaguri fueron algunos de los exponentes de este movimiento que consistió en brindar conciertos, producir canciones y organizar giras en torno a la localidad balnearia (Provéndola, 2017).

Los geselinos que vivieron los años sesenta cuentan que “Villa Gesell sudaba una vida cultural inmensa”, “podías respirar una sensación de mucha libertad”, “la verdad que esos años fueron mágicos”, “esto era una verdadera aldea hippie, llena de jóvenes, alegría y movida cultural”, “los jóvenes porteños venían a experimentar este espacio informal y distinto”, “muchísima música, paz, playa, la época dorada”. En sintonía con estas

exuberante y su hedonismo impertinente”. A pesar de las tensiones desplegadas entre las producciones historiográficas locales y las voces geselinas, Noel entiende que en la actualidad ambas narrativas conviven y forman parte de una misma historia: “la historia de una Villa ‘mágica’ y singular, en la cual el designio – ‘locura’ y ‘delirio’– de un visionario libertario, anticonvencional y ecologista *avant la lettre* [...] fue fecundado por una juventud maravillosa imbuida de ideales semejantes a los suyos y que encontró en el paisaje ‘natural’ engendrado por su genio el campo de cultivo de uno de los más maravillosos experimentos culturales, artísticos y existenciales de la historia” (Noel, 2020: 205).

representaciones, un conjunto de fotos atesoradas en el museo de Villa Gesell evidencian este “clima de época”: guitarreadas, fogones en la playa, mochileros, payadas, caminatas descalzas, las primeras bikinis, las ferias de artesanos, los campings, los *café concerts*.

Juan Oviedo (2002), también geselino y escritor, publicó un libro de historiografía local en el que postula que aquellos años dorados constituyeron “el alma” de Villa Gesell. Un alma que poco a poco fue perdiéndose debido a la transformación de la ciudad y a los modos en que se fue masificando el turismo. Cuando tuve oportunidad de entrevistarlo, Oviedo señaló que Villa Gesell logró capturar un imaginario ya instalado entre los argentinos y “se convirtió en un lugar místico, cargado de naturaleza, libertad, hedonismo, informalidad, locura y rock nacional. Pero todo eso cambió: Villa Gesell hoy es otra cosa”. Mirta, geselina y directora del museo local, coincide, en parte, con la reflexión de Oviedo, pero destaca que, más allá de los cambios, toda esa época marcó a la Villa “para siempre”:

Toda esta movida marcó a Villa Gesell como el lugar de la libertad, el rock y el paraíso de los jóvenes. Aquella tranquila villa europea de los años cincuenta se transformó en el lugar de la informalidad y del encuentro. Es cierto que cambió, pero ese espíritu sigue vivo. En referencia al libro de Oviedo, yo creo que esa alma no está perdida. Los años sesenta marcaron para siempre a este lugar. Villa Gesell hoy también es el destino de los jóvenes que siguen viniendo y encuentran acá mucha naturaleza y libertad. (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Municipal)

En diálogo con esta última idea, Juan Carlos, un pionero de 70 años dedicado al rubro de la construcción, me comentó lo siguiente: “En algún momento los hippies dejaron de venir y nos convertimos en otra cosa, pero eso no significó que la juventud haya dejado de elegir Villa Gesell, sino que el perfil cambió, así como cambiaron los jóvenes en general, ¿no?”. Ya sea por azar o decisión, la juventud y esta promesa libertaria siguieron definiendo el *look* de Villa Gesell, logrando diferenciarla de otras localidades atlánticas vecinas. Juan Ignacio Provéndola extiende la siguiente comparación:

Si Mar del Plata fue el primer lugar al que la clase laburante pudo irse de vacaciones tras el decreto firmado por el entonces secretario de Trabajo Juan Perón en 1945 [...], Gesell empezó a transformarse dos décadas después en un rito iniciático para la pibada: la Villa se inscribió como el sitio sagrado en el que los jóvenes experimentaban el trip de viajar sin los viejos sino quizás con amigos, amigas, amigos, alguna pareja o cualquier otra compañía generacional. (Provéndola, 2020: s/p)

Cualquier turista que se aventure a disfrutar las playas geselinas durante el verano podrá encontrarse con estos jóvenes que, año tras año, colman la ciudad y, de alguna manera, “la hacen suya”. Durante el trabajo de campo, recolecté algunas frases de turistas juveniles que eligen este destino en la actualidad: “Venimos acá porque tenemos muchas

cosas para hacer. La playa está piola, pero también salir a la noche y acá hay muchas opciones: bares, boliches, fiestas en los paradores [de las playas]”; “Es el tercer verano que venimos y ya tenemos la movida armada. Alquilamos la misma casa, mi viejo pone la garantía y, bueno, ya lo tenemos organizado. La ciudad está llena de personas de nuestra edad, como nosotros, y eso nos gusta”; “Gesell es lo más. Hay como mucha movida y libertad, ¿no?, hay mucha gente de nuestra edad, entre 17 y 22 años, y eso marca un poco la cosa. No queremos estar entre gente grande, [se ríe] queremos relacionarnos entre nosotros y eso nos da Villa Gesell”.

En medio de una entrevista, Jorge, ex secretario de Turismo, aludió a las estadísticas locales para cuantificar el fenómeno. Los datos, que me mostró sin estar publicados, parecen indicar que Villa Gesell es el destino más elegido por la juventud argentina: “Todos los años recibimos más cantidad de jóvenes que otros destinos de la Costa. Yo te diría que el 30% de los turistas son jóvenes que vienen solos, sin sus familias, a pasar las vacaciones acá”, me dijo.

Una nota publicada por el diario *Página 12*, que recorre y recoge algunas de las prácticas y representaciones de los *millennials* –una generación joven nacida en 1980–, postula un análisis interesante sobre las prácticas de ocio de este sector. A partir del análisis de un informe producido por el sitio *AlquilerArgentina.com*, en esta nota se analizan los destinos más demandados así como la prácticas más difundidas.

El relevamiento arroja detalles muy interesantes sobre las conductas del joven-argentino-veraneante. Como destinos favoritos, por ejemplo, aparecen obviedades como Villa Gesell y Carlos Paz (el eje costa-serrano no es patrimonio exclusivo del teatro de revista), aunque el podio lo cierra un tapado: Colón, Entre Ríos, con su combo camping + playa sobre el Río Uruguay. Les siguen San Bernardo (la más recurrida de las 13 localidades del numeroso Partido de la Costa) y la jujeña Tilcara, que desplaza del Top 5 a la Patagonia como destino del turismo metropolitano que busca despojarse de su urbanidad con la mochila al hombro. Los viajes, normalmente, son en grupos de 4 a 8 personas que prefieren casas o departamentos, en lo posible cerca del mar, el río o el atractivo principal del lugar, para moverse caminando. El “amenity” por excelencia es la parrilla. E intentan optimizar gastos para que todo salga lo más barato posible: el sinceramiento de la economía en su acepción más sincera y económica. (*AlquilerArgentina.com* en Provéndola, 2016: s/p)

Cuando indagué este fenómeno, los geselinos no dudaron en sostener que la pregnancia juvenil se explica, al menos, por tres motivos: el primero remite a ese mito libertario que aún logra actualizarse en los imaginarios juveniles; el segundo, a los costos más accesibles que ofrece esta localidad al momento de vacacionar; y el último, a la cantidad de opciones que presenta “la noche geselina”.

Sin embargo, el ex secretario de Turismo me explicó que esta asociación no siempre es fructífera y, por este motivo, hace algún tiempo vienen tratando de cambiar el perfil.

Queremos menos estruendo y más tranquilidad. Acá vienen muchas familias también, pero los jóvenes se hacen notar, ya sabemos, y eso no siempre es positivo. Tratamos de evitar los grandes festivales que convocan muchos jóvenes, como el Gesell Rock, y desplegar más seguridad a la noche, así Gesell puede ser un destino para todos [...] Los jóvenes además practican un turismo barato y a veces nos ponen en las tapas de los diarios por algunos excesos [...] digamos que no es la mejor propaganda. Pero los jóvenes siguen viniendo, está instalado. (Jorge, 50 años, ex secretario de Turismo de Villa Gesell)⁷⁰

Pero la álgida noche, los excesos, las libertades, las vacaciones sin los padres, el rito iniciático, el ritmo frenético, los boliches, las fiestas, las salidas y el estruendo, todo eso se apaga cuando el verano termina. Así como el movimiento *hippie* pasó por esta localidad sin asentarse en ella, los jóvenes actuales, que encuentran en este escenario la posibilidad de ejercitar la ansiada “independencia”, se van cuando la temporada se acaba. La ciudad vuelve a su curso, olvida su adrenalina y frenetismo, descansa, se acomoda en su escala y admite otro ritmo.

Juan Carlos no reniega de los jóvenes (“y, bueno, son los turistas que vienen [...] No, no me molestan, ya sabemos que Villa Gesell durante el verano es de ellos”), pero encuentra una sensación de alivio cuando estos, finalmente, deciden abandonar la ciudad:

⁷⁰ La madrugada del 19 de enero de 2020 un hecho lamentable irrumpió en la temporada geselina: Fernando Báez Sosa –un joven de 18 años que se encontraba de vacaciones junto a sus amigos– fue brutalmente golpeado y asesinado por otros diez jóvenes, oriundos de la localidad de Zárate, que también veraneaban en esta localidad. La cronología de los hechos postula que la pelea se originó dentro de uno de los boliches bailables de Villa Gesell, pero los jóvenes fueron expulsados del lugar por el personal de seguridad. Según testigos, Fernando sólo trató de impedir la pelea. En la salida, uno de los bandos en conflicto comenzó a buscar al otro y encontró a uno de sus integrantes: Fernando. Así, a la salida de un boliche bailable, en plena calle, y luego de intentar separar y proteger a sus amigos, Fernando fue rodeado y atacado a fuerza de golpes que le produjeron diversos traumatismos y lo dejaron en esta de inconciencia. Fue trasladado al hospital local, y luego de unos pocos minutos falleció. La imágenes de lo ocurrido circularon a gran velocidad por medios de comunicación y redes sociales; los sucesos colmaron las pantallas de los canales de televisión y las tapas de todos los diarios. Este hecho de extrema violencia fue conocido como “el crimen de los rugbiers” –debido al deporte que practicaban los imputados en el asesinato– y también como “el crimen de Villa Gesell”. Estas formas de titular los hechos, desataron dos grandes debates de alcance nacional e, incluso, internacional. El primero de ellos, promovió, la problematización de la violencia de género y clase anudada al tipo de práctica deportiva. El segundo, se enfocó en analizar algunas de las prácticas –consumos, violencia, etc.– que los jóvenes llevan a cabo, durante sus vacaciones, en este escenario balneario. En relación a este último debate, resulta interesante el contrapunto que propone, a modo de interrogante, Juan Ignacio Provéndola: “¿Cómo pasó de ser la localidad balnearia que prometía detox de los malos hábitos urbanos a este desborde donde, por el contrario, hoy se amplifica aquello que antes se rechazaba?” (Provéndola, 2020). Actualmente los imputados se encuentran detenidos y los familiares y amigos de Fernando continúan con su lucha por justicia. Para más detalles sobre este episodio y posibles interpretaciones, de corte social, ver: <https://bit.ly/2WsRssz>; <https://bit.ly/3mHHbDI>; <https://bit.ly/3kM3SEr>; <https://bit.ly/3gE65jH> (consultados el 22 de marzo de 2021).

“es un alivio cuando se van, porque podemos volver a la rutina tranquila, al ritmo pueblerino, a las charlas en las esquinas. Descansamos de todo ese quilombo y, de alguna manera, volvemos a ser nosotros”. Agrega, además, un dato interesante en el que hilvana la genealogía histórica que presenté desde un punto de vista biográfico:

Estamos acostumbrados –desde los años sesenta que estamos acostumbrados a esto– a recibir jóvenes que le dan vida a la ciudad. En ese momento a mí me encantaba que vinieran todos esos locos lindos a veranear acá, era joven y quería vincularme con esa juventud llena de alegría y motivación. Nosotros esperábamos con muchas ganas que vengan [...] Ahora es distinto, soy grande, no me molestan, pero en algún punto quiero que el verano termine [...] Capaz que eso mismo le pasaba a Don Carlos [Gesell] cuando renegaba de todo lo que pasó en los sesenta [...] El tipo quería una Villa tranquila y, bueno, se le fue un poco de las manos. (Juan Carlos, 70 años, pionero)

El tiempo biográfico parece iluminar los anhelos rítmicos de esta ciudad balnearia. Juan Carlos recuerda su pasado en aquellos “años dorados”, y no duda en determinar las “ganas” que tenía de que el verano llegase. Ahora, si bien necesita a la temporada turística para generar recursos económicos, espera con ansias la llegada de su opuesto: el invierno, el descanso y esa sensación de “volver a ser nosotros”. Este testimonio de Juan Carlos se replica en las voces de varios geselinos adultos, de diversos sectores sociales: “Todos queremos que llegue el invierno”; “Sí, esperamos el verano, porque de eso vivimos, pero no te explico las ganas que tengo de que llegue marzo y la ciudad vuelva a ser el pueblo tranquilo que es”; “Yo en verano desaparezco, no se puede estar acá. Me voy lo más lejos del quilombo que puedo. Cuando todo vuelve a la normalidad, vuelvo a vivir a la Gesell que a mí me gusta”.

Los jóvenes de *Los inconstantes* salían, huían, del ritmo de la gran ciudad en busca de nuevas experiencias, aparentemente, atadas a un espacio y un tiempo divergente. Esa representación, tamizada por las industrias mediáticas y culturales, supo calar en las motivaciones de los jóvenes argentinos que convirtieron a esta playa, al menos durante dos décadas, en la cuna de un movimiento contracultural que impulsaba, entre otras cuestiones, el ejercicio de un conjunto de libertades. El mito iniciático trascendió su frontera temporal y otros jóvenes siguen eligiendo este destino.

El entramado etnográfico que fui armando, junto a los geselinos, me presentó una paradoja inquietante. A pesar de las transformaciones, Villa Gesell aún se define como la ciudad de los jóvenes, pero ¿de qué jóvenes?, ¿qué ocurre con los jóvenes locales?, ¿cómo viven aquel ritmo que se inaugura cuando el invierno toca a la puerta?, ¿eligen Villa Gesell?, ¿es para ellos la meca de la informalidad, las libertades y la diversión? Esa

representación gestada al calor del movimiento de los sesenta, extendida –con sus transformaciones– en los veranos que marcan el devenir actual, parece desvanecerse al momento de interpelar las experiencias juveniles locales.

2. Una ciudad sin jóvenes

En uno de mis tantos recorridos por la ciudad balnearia –en pleno invierno–, un taxista que me había recogido en la Avenida 3 para trasladarme a una de las escuelas secundarias de la localidad, me preguntó qué hacía en Villa Gesell. Luego de contarle mis intenciones y de destacar que, en ese momento, me interesaba conocer qué hacían los jóvenes geselinos durante esa etapa del año, me dijo, sin titubear: “Estás perdiendo el tiempo⁷¹. Acá no hay jóvenes, los jóvenes se van. Terminan la secundaria y se van”. Sorprendida por su aseveración, repregunté con el objetivo de profundizar en las derivas de su enunciado: “¿Cómo se van, a dónde se van?”. “Y, se van, ningún joven quiere vivir en un pueblo. Es aburrido y además no hay oportunidades”, me dijo.

En la escuela secundaria –la única pública de toda la localidad– me esperaba Adriana (60 años), la directora del Equipo de Orientación Escolar. La Escuela de Educación Media N° 1 (E.M.) es la primera institución pública y gratuita de educación secundaria de la ciudad. Se encuentra ubicada a unos pocos metros del Boulevard Silvio Gesell, del lado de la “ciudad no turística” y es conocida por ciertos sectores geselinos como la “escuela de los pobres”. La institución fue fundada en 1983 y, como sostiene una de las madres involucradas en este movimiento,

Fue un estallido democrático. La escuela nace con la democracia [...] un grupo de vecinos que teníamos hijos en edad de empezar la secundaria empezamos a movilizarnos. Todos los alumnos se iban a ir a Madariaga porque no había escuelas del Estado en Gesell [...] Golpeamos casa por casa preguntando quién quería mandar a sus hijos a una escuela nueva que queríamos abrir [...] Explicábamos por qué se necesitaba esta escuela. [...] Éramos una cadena solidaria. Cada uno de los padres se arremangó y fue a levantar paredes, colocar vidrios, traer mesas de su casa, traer sillas que sobraban. No fue fácil”. (Bonnie Favelis Schijv en Alumnos de la Escuela de Educación Media N°1, 2012)

⁷¹ Mientras me encontraba siguiendo los “laberintos temporales” de esta localidad balnearia, algunos entrevistados entendían, paradójicamente, que este ejercicio podía resultar una “pérdida de tiempo”. No indagué, en demasía, sobre estas cuestiones, pero sí remarqué en varios pasajes de esta tesis la sorpresa que manifestaban algunos geselinos cuando les comentaba sobre mis intereses de investigación. En esta línea, el testimonio de un joven nos brinda algunas claves sobre este aparente desconcierto: “Qué raro esto del tiempo, no sé, acá la gente viene a estudiar cosas de turismo, geografía, pero del tiempo... ¿Qué pregunta esa del tiempo! Imposible de responder, te va a llevar mucho tiempo [se ríe]” (Santiago, 16 años, joven geselino).

La escuela, que ya tiene más de 30 años, comenzó a funcionar “En lo que actualmente es la comisaría segunda, frente a la terminal [...] Era un viejo edificio [...] sin terminar de construir así que se lo adaptó con unos paneles para armar salones” (Alumnos de la Escuela de Educación Media N°1, 2012). Ni bien comenzó la entrevista, Adriana me contó que hace varios años que forma parte de esta institución que trabaja, desde diversas perspectivas, con los sectores juveniles locales.

Para dar cuenta de este ejercicio, Adriana detalló una variedad de proyectos participativos que realizan con la comunidad juvenil, habló sobre las actividades que organizan “con los chicos” dentro de la escuela y en los barrios, así como también acerca de las problemáticas más comunes que atraviesan a este sector social. Para Adriana, los jóvenes tenían nombres propios –Julián, Martina, Mateo, Helena– y tanto sus triunfos como sus fracasos se vivían “de manera muy personal por todo el equipo docente, porque los conocemos a todos, sabemos sus historias, sus problemas, lo que les pasa”.

Esta reflexión la condujo –sin muchas posibilidades de escape– a desarrollar un tema que, desde su perspectiva, les dejó una “marca imborrable”. En el 2008 un evento inesperado y lamentable acometió entre las aulas de esta institución. Dos jóvenes, de 17 y 19 años, ante la presentación del nuevo código de convivencia, iniciaron una pelea que, en principio, parecía ser una más de las tantas que suelen sucederse en el marco de este espacio⁷². Sin embargo, la profesora a cargo, luego de intentar separarlos con insistencia, se vio obligada –me contó Adriana– a abandonar el aula en busca de ayuda: “la cosa se había puesto difícil y tuvo que salir para que la ayuden a terminar la pelea”. Cuando regresó, “se encontró con el peor escenario: uno de ellos había matado al otro con un cuchillo. A partir de ahí fue todo terrible [...] A toda la comunidad educativa nos costó mucho superar ese momento”.

Además de los hechos trágicos, los medios de comunicación –dijo Adriana– “nos jugaron una muy mala pasada, como siempre”.

Fue realmente terrible, vinieron hasta acá para decir cualquier cosa. Los medios de Buenos Aires, llegaron y dijeron cualquier cosa. ¿Qué saben de esta ciudad? Bueno, saben de Villa Gesell por la temporada, pero no saben de los problemas comunes que tenemos durante todo el año y empezaron a hablar con total impunidad, desconociendo todo. No tienen ni idea de los problemas que tienen estos chicos en esta ciudad, ni idea [...] Echaban culpas, inventaban historias. Criminalizaron a toda la población estudiantil de esta escuela, que ya

⁷² Para más información sobre este acontecimiento ver la entrevista realizada a Montero, Artieda y Parravicini (2009) y las notas publicadas por los principales diarios del país: <https://bit.ly/3gDxt1q>; <https://bit.ly/2WpTWIy>; <https://bit.ly/3ynqD64> (consultados el 22 de marzo de 2021).

de por sí está estigmatizada porque son chicos pobres, de sectores postergados. Pibes invisibilizados [...]. A esos chicos se los vincula, desde una mirada hegemónica, con la delincuencia, la violencia, el consumo de drogas, la vagancia, etc. Están muy limitados en sus posibilidades. Hay mucha discriminación y exclusión. (Adriana, 60 años, directora del Equipo de Orientación Escolar)

Adriana ponía en escena los efectos de una intervención mediática orquestada desde “Buenos Aires” que desconoce las particularidades locales. “Esta ciudad, en invierno, es muy complicada para la juventud [...] Faltan canales de contención, desarrollo de actividades, espacios recreativos, de todo. Cuesta, cuesta un montón y vienen a hablar así como paracaidistas”. Con estas ideas, además, instalaba una problemática contundente: la invisibilización de los jóvenes de sectores populares. Esta última reflexión me hizo pensar en los dichos del taxista y, entonces, decidí consultarle: “¿por qué algunos geselinos sostienen que en esta ciudad no hay jóvenes?”.

Claro que hay jóvenes, hay un montón de jóvenes, pero muchos de los que están son jóvenes invisibilizados, pobres, sin muchas posibilidades de salir de acá. En ciudades como estas tenemos un tema: algunos jóvenes terminan de estudiar y se van porque acá no hay muchas posibilidades de inserción. Eso es cierto, se van a buscar trabajo, a continuar con sus estudios, bueno, a vivir un poco la vida más adrenalínica de la ciudad. [...] Pero no todos se pueden ir, se necesita mucha plata para que los jóvenes puedan desarrollarse en otros lados y no todas las familias cuentan con esos recursos. (Adriana, 60 años, directora del Equipo de Orientación Escolar)

La charla con la directora del equipo de orientación siguió profundizando estos puntos: oportunidades, movilidad, estigmatización, desigualdad. Adriana tejía dimensiones densas con casos concretos, con nombres y apellidos, con historias singulares que resonaban en trayectorias plurales. Hablaba de esa contradicción que se extiende entre la invisibilización y la estigmatización: se los invisibiliza, sostenía, en la medida en que no existen o no se ponen en práctica políticas públicas capaces de contener algunas de las problemáticas más evidentes; se los estigmatiza, en cambio, cuando se los recorta o señala y se impugna la legitimidad de sus demandas (Abrantes y Felice, 2015). Ese encuentro de algo más de una hora –realizado durante mis primeras incursiones en el campo– fue el que me permitió delinear algunas preguntas y una estrategia para abordar las cualidades de los sectores juveniles geselinos. Así, empecé a entrevistarlos para conocer sus experiencias y transité por diversos espacios de sociabilidad: clubes de fútbol, boxeo, militancia social y política, actividades culturales y espacios educativos.

En este recorrido me encontré con matices, contrastes, prácticas y representaciones varias, pero, llamativamente, la mayoría de los jóvenes a los cuales tuve oportunidad de entrevistar querían irse de la ciudad. La diferencia, quizás más notoria,

radicaba en las posibilidades de efectuar esa salida. Un fragmento reducido de jóvenes, en efecto, pueden abandonar la ciudad. Son, como el trabajo de campo me ha permitido comprender, jóvenes de sectores medios y altos que tienen la capacidad de acceder a una serie de recursos materiales y simbólicos como para poder producir la salida. Al respecto, los datos estadísticos del último censo nacional muestran que el porcentaje de jóvenes que habitan en Villa Gesell se corresponde con el promedio provincial: cerca del 25% de la población geselina tiene entre 15 y 29 años (INDEC, 2010).

Así, entendí que Villa Gesell no era una ciudad sin jóvenes –como había planteado el taxista– sino que los jóvenes parecían no encontrar en ese espacio la ciudad que querían, deseaban o necesitaban habitar (Abrantes y Felice, 2015). Como me dijo Fabricio:

Y sí, todos nos queremos ir, algunos pueden y otros no podemos, pero como querer, nos queremos ir todos. Algunos te van a decir que no, que quieren seguir estando en el lugar que nacieron, chamuyo [mentira], todos se quieren ir. Bueno, algunos también aprendemos a encontrar la forma de estar acá y de pasarla bien, pero esta ciudad es difícil para los jóvenes, es muy chica, muy... no sé, aburrida. (Fabricio, 18 años, joven geselino)

Mariana Chaves señala que las “sociedades están compuestas por personas que se encuentran en diferentes situaciones temporales de su vida y a cada uno de esos momentos le otorgan sentidos individuales y colectivos: cuando están en ellos, antes y después de transitarlos” (Chaves, 2005: 29). Una de estas situaciones temporales –biográfica y generacional– se corresponde con la etapa de la juventud⁷³. Aquella población que es identificada y autoidentificada como joven se presenta como un universo sumamente complejo.

Según las herramientas estadísticas de la Argentina, los jóvenes corresponden al fragmento etario que se extiende entre los 15 y los 29 años. No obstante, desde los paradigmas sociológicos y antropológicos, la juventud se presenta como una categoría situacional, relacional y heterogénea; esto es, existen múltiples modos de ser joven, ya que no todos los individuos que tienen la edad de serlo se encuentran, socialmente

⁷³ La juventud, en tanto grupo generacional e identidad social, emergió hace relativamente poco tiempo. A mediados de siglo XX, un conjunto de eventos y transformaciones sociales canalizaron el recorte la juventud como un actor específico o un estrato social independiente. Entre estos se destacan: la aparición de un mercado, un consumo y una industria cultural destinada a los jóvenes; el auge de los medios masivos de comunicación y su incidencia en la cultura juvenil; los efectos producidos por un contexto de posguerra (disrupciones en la vida familiar, violencia, exilio, entre otros); los cambios generados en el ámbito de la educación –particularmente en la creación y masificación de escuelas de educación secundaria y en la extensión de la educación superior– y finalmente, la construcción de estilos juveniles capaces de expresar condiciones de clase, género y generación (Hall y Jefferson, 2010).

hablando, en la misma situación. Esas diferencias, justamente, se revelan cuando somos capaces de penetrar en ciertas características sociales que escapan del criterio numérico y que profundizan en las identidades, prácticas y representaciones de esta franja etaria.

Más aún, existe como una suerte de supuesto generalizado que indica que la juventud es un estado de transición entre la niñez y la vida adulta. Se trata de un tiempo de espera –socialmente legitimado– dedicado a la capacitación, la experimentación y la preparación para la vida futura. En ese período, los jóvenes parecen estar en condiciones de llevar a cabo una moratoria, es decir, suspender o postergar –por el período que media entre la madurez biológica y la madurez social– el ingreso al universo de las responsabilidades de la vida adulta.

Esta “moratoria” es un privilegio para ciertos jóvenes, aquellos que pertenecen a sectores sociales relativamente acomodados, que pueden dedicar un período de tiempo al estudio –cada vez más prolongado– postergando exigencias vinculadas con un ingreso pleno a la madurez social: formar un hogar, trabajar, tener hijos. Desde esta perspectiva, la condición social de “juventud” no se ofrece de igual manera a todos los integrantes de la categoría estadística “joven”. (Margulis y Urresti, 1998: 2)

A grandes rasgos, los estudios de Mario Margulis y Marcelo Urresti (1998, 2008) ponen en evidencia que, mientras los jóvenes pertenecientes a sectores medios y altos tienen oportunidades de estudiar y de postergar su ingreso a las responsabilidades de la vida adulta, los integrantes de los sectores populares encuentran acotadas estas posibilidades, en parte, por no contar con los recursos materiales y simbólicos necesarios. En general, entre estos jóvenes es habitual que haya cortes o intermitencias en el sistema educativo, que se ingrese tempranamente en el mundo del trabajo, cuando las condiciones del mercado laboral lo hacen posible, y es frecuente que contraigan obligaciones familiares a menor edad –casamiento o unión temprana, consolidada por los hijos–.

En cuanto a estas consideraciones de orden estructural, las entrevistas realizadas me permitieron observar que, efectivamente, las oportunidades para transitar esa “moratoria social” no están igualmente distribuidas en Villa Gesell. El trabajo de campo, además, me reveló que esa moratoria, en el contexto local, involucra el despliegue de recursos orientados a facilitar una migración hacia escenarios de mayor escala, en donde los jóvenes se encuentran con la posibilidad de continuar los estudios.

Sandra tiene 40 años, trabaja en el área de la juventud geselina, y durante el 2019 coordinó un relevamiento en torno a las problemáticas de la educación superior en esta localidad. Con los resultados de este relevamiento en proceso, me junté con ella en una

de las dependencias del área municipal y en la entrevista me contó algunos de los problemas más habituales que enfrentan los jóvenes geselinos. Lo primero que remarcó fue que las instancias de educación superior son muy escasas y se reducen, en sus propias palabras, a “un puñado de opciones que no siempre encajan con lo que los chicos quieren”:

No sé de dónde salieron esas opciones, pero a los chicos no les interesan. Cuando empezamos a preguntar quiénes estaban estudiando en Gesell, nos dimos cuenta de que la mayoría de los estudiantes eran adultos, de más de 40 años [...] los jóvenes no estaban utilizando estos espacios y entonces teníamos un problema, ¿no? Porque mantener estas opciones en movimiento requiere de un esfuerzo enorme. Hay que saber lo que los jóvenes quieren... (Sandra, 40 años, trabajadora en el Área de la Juventud)

Ese “puñado” está constituido por los terciarios de Trabajo Social, Enfermería y Gastronomía y las extensiones de dos terciarios de General Madariaga: el de Arte, que es una tecnicatura de Música Popular, y el de Turismo. “Si quieren estudiar otra cosa, se tienen que ir, a Mar del Plata, a Buenos Aires, a La Plata, a otras ciudades más grandes [...]. Tenemos una sede del CBC [Ciclo Básico Común], pero los chicos igual se tienen que ir”, me comentó Sandra mientras me mostraba cómo habían armado el operativo para recuperar datos sobre esta dimensión.

Los jóvenes a los que entrevisté coincidían con estas ideas: “nos vamos a continuar con los estudios, acá en Gesell hay muy pocas posibilidades”, “quería una carrera universitaria y en Gesell sólo hay opciones de tecnicaturas”, “quería estudiar Derecho y sea cual sea la universidad me tenía que ir”, “desde chiquitos ya sabemos que cumplimos 17, 18 años y nos tenemos que ir”, “en mi casa siempre fue importante el estudio, querían que estudiemos, y bueno, nos tuvimos que ir”.

Esta configuración instala una tensión palpable en las representaciones juveniles locales: la posibilidad de estudiar se instala fuera de la ciudad que habitan e implica la movilización de un conjunto de recursos. Si bien esta relación no resulta ser nada novedosa, como me explicó Javier –un geselino que durante algunos años vivió en Mar del Plata para asistir a la universidad–: “Acá no sólo tenés que tener plata para los apuntes, anotarte, viajar, qué sé yo, para la vida de estudiantes en general. Acá tenés que tener plata para armar otra casa desde cero, pagar un alquiler, las expensas, los gastos, la comida” (Javier, 24 años, joven geselino).

Algo similar me comentó Daiana, una geselina de 22 años, que ahora reside en la ciudad La Plata:

Me vine a estudiar arquitectura. Evalué quedarme, lo pensé un montón, pero las opciones no eran las mejores [...] para mis viejos es un esfuerzo muy grande que yo pueda estar acá. Por suerte, cuando me vine, ya estaba mi hermano acá, pero yo sé que hacen un gran esfuerzo para que podamos formarnos. (Daiana, 22 años, joven geselina)

Al respecto, Sandra profundizó: “la conciencia de la cuestión económica sale en todos los casos y genera angustia en los jóvenes: en los que ya saben que no se pueden ir y en los que saben que se van y tienen miedo al fracaso con relación al sacrificio de los padres”. Me comentó, a su vez, que todo este “embrollo” se traduce en una distancia insalvable entre los jóvenes y las oportunidades:

Hay una distancia simbólica con el mundo universitario. La distancia real, esta idea de que hay que irse a buscar la universidad porque acá no hay, que se potencia con una distancia simbólica. Acá los jóvenes no ven estudiantes, no están en contacto con el mundo universitario. Les cuesta imaginar esa posibilidad. (Sandra, 40 años, trabajadora en el Área de la Juventud)

Por su parte, algunos padres a los que entrevisté me hablaron sobre el esfuerzo “extra” que implica generar las condiciones para que sus hijos puedan acceder a los estudios superiores: “Nosotros nos achicamos, ahorramos y durante un tiempo pudimos solventar ese extra. Pero en un momento, mi marido se quedó sin trabajo [...] la opción era que ellos trabajaran o que se volvieran” (Cristina, 65 años). “Mi hija, por suerte, decidió quedarse acá y seguir estudiando. Está estudiando Arte y, bueno, me pone contenta que acá pueda hacerlo, porque no sé si hubiésemos podido ayudarla para que se vaya a otra ciudad” (Margarita, 50 años).

En los testimonios de jóvenes, educadores, gestores de políticas públicas y padres, emergen las escalas –en tanto problema situado– y se extienden múltiples relaciones entre ellas. Estas representaciones, a su vez, muestran que la posición residencial –el punto del espacio físico en el que un agente está situado en relación con las tramas territoriales– habilita y constriñe cursos de vida. La literatura especializada (Bellet y Llop, 2004; Boix Domènech, 2003; Vapñarsky, 1995; Usach y Yserte, 2010) señala, en este sentido, que las ciudades se encuentran ensambladas en un determinado sistema (o red urbana), con distinto nivel de jerarquización entre los núcleos urbanos que lo integran.

En el caso de la Argentina, esa jerarquía urbana se manifiesta con profundas marcas de desigualdad social, ya que presenta la forma de la macrocefalia urbana; esto es, concentración de los flujos de capitales, bienes e informaciones, de las riquezas y de las personas en algunas ciudades que dominan funcionalmente las redes urbanas: las metrópolis. Los autores que han problematizado esta cuestión coinciden en señalar que

esta “organización” urbana presenta diversas formas de desigualdad social plasmadas en accesos diferenciales por parte de los habitantes a diversos recursos y oportunidades que las sociedades promueven (Kessler, 2014).

Según los informes producidos por la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU), ha comenzado a equilibrarse la tendencia a la concentración de universidades, recursos humanos y técnicos en la capital y en las grandes ciudades del país (SPU, 2016)⁷⁴. Sin embargo, lo cierto es que los aglomerados de pequeña y mediana escala aún no logran insertarse con contundencia en estos procesos de federalización y democratización del acceso universitario. Haciendo una comparación con la localidad vecina, Gisela –una joven de Villa Gesell– me dijo: “Y no, no es lo mismo vivir en Mar del Plata que acá. Acá somos 40 mil habitantes, es todo chiquito, todo conocido. No tenemos universidad y Mar del Plata es una re ciudad con un montón de cosas” (21 años).

El recorrido permite observar que en Villa Gesell, al igual que en otras ciudades de su tipo, las desigualdades entre sectores sociales –y, en particular, entre los jóvenes– se conjugan con aquellas derivadas de la posición que ocupan estas ciudades en el “orden interurbano”, es decir, en la jerarquía urbana nacional. Como sostienen Carmen Bellet y Josep María Llop (2004: 6), “no es lo mismo ser la periferia del centro que la periferia de la periferia”. Las desigualdades sociales, así, se montan sobre las desigualdades territoriales, produciendo efectos diversos en las trayectorias biográficas y generacionales de los jóvenes.

3. La encrucijada se narra a dos voces

Cuando indagué por el movimiento de “salida” de la ciudad, también apareció la cuestión laboral como un motivo determinante. Ahora sí, ya fuera de esta “moratoria social”, muchos jóvenes –que no quieren o no tienen la posibilidad de acceder a estudios superiores– se van o desean irse de Villa Gesell con el propósito de encontrar mejores oportunidades laborales y, particularmente, escapar de las lógicas que impone el tipo de actividad económica que predomina.

En el capítulo anterior, hemos podido ver que la concentración de las ofertas de trabajo en un período de tres meses, sumada a la exclusividad del sector turístico,

⁷⁴ Para el caso de la Provincia de Buenos Aires, escenario en el cual se sitúa mi caso de estudio, se destaca, particularmente, el posicionamiento de la Universidad Nacional de Centro de la Provincia de Buenos Aires y la Universidad Nacional del Nordeste de la Provincia de Buenos Aires.

configuran un mercado laboral conflictivo, limitado y particularmente precarizado. Mientras que algunos migran a la ciudad de Villa Gesell atraídos por un mercado estacional que promete “llenar los bolsillos”, otros –en especial, los jóvenes– deciden abandonarla por razones que también imputan a las lógicas del trabajo local. Lucas nació en Villa Gesell y hace tres años que decidió migrar; con estas palabras explica sus motivos y extiende su experiencia a la generación de la cual se siente parte:

Acá hay muchas limitaciones. Yo no me fui a estudiar, pero me fui a buscar un laburo con el que esté tranquilo [...] Trabajé muchos años, así, en el verano, tratando de juntarla, pero cuando cumplí 25 dije “basta”. Yo los vi a mis viejos desde chico renegar todas las temporadas, que no alcanzaban, que no llegaban, todo eso. [...] Vivo en Buenos Aires desde ese momento y no me arrepiento. Yo creo que hay una edad en que esta ciudad, este pueblo, como que te queda chico, que necesitas más, trabajo, estudio, experiencias, lo que sea, pero necesitas más. (Lucas, 28 años, joven geselino)

Tuve la oportunidad de entrevistar a Lucas en dos ocasiones y ambos encuentros sucedieron, paradójicamente, en Villa Gesell. Ante esto, él me explicó que volvía cada vez que podía porque aún se “sentía” geselino: “Acá tengo a mi familia y a mis amigos, no sé, la casa donde crecí, cada vez que puedo vuelvo porque soy geselino”. Lucas sostuvo, en varios momentos de nuestras charlas, “que no se arrepentía” de haberse ido, pero que extrañaba algo de la “vida tranquila” que había dejado atrás: “A veces extraño, es completamente distinto vivir allá que acá [...] Todo es distinto: las personas, la calle, los negocios, el aire, todo”.

Las comparaciones con la Ciudad de Buenos Aires –donde ahora reside– oscilaban entre claros y oscuros. Por momentos, Lucas parecía estar fascinado con la gran ciudad: las ofertas culturales y gastronómicas, la posibilidad de conocer lugares y personas diferentes, la movilidad, los estilos de vida y las luces. Por otros, sin embargo, parecía estar “abrumado” con la experiencia metropolitana: “a veces te cansa, la ciudad un poco que te pasa por encima, y va contra todo límite [...] No hay verde, no hay mar, no hay paz. Qué sé yo, me gusta que no haya paz, pero a veces la extraño. No sé, un domingo [se ríe]”.

A Lucas lo conocí a través de José quien, a diferencia de él, no tuvo la oportunidad de salir de Villa Gesell. Desde que tiene 15 años, José trabaja en un kiosco todos los veranos y durante el invierno “hace changas”. Tiene 28 años, se reconoce como “militante”, colabora en un comedor “peronista” –como lo define él–, le gusta ir a la cancha a ver al club local “que sigue desde chico”, practica boxeo y hace un año que vive con su novia: “Al principio no tuve mucha opción, mis viejos no me podían ayudar a

irme, y, bueno, me las tuve que rebuscar acá. [...] Hay una edad en la que es difícil Gesell, pero me acostumbré y me gusta vivir en la misma ciudad en la que nació”, me dijo cuando le pregunté por qué se había quedado. A través de su historia, José trataba de desarmar esa representación que sugiere que “todos se van”:

Son los menos los que se van. Algunos dicen que acá todos los jóvenes se van, pero la verdad es que la mayoría se queda o se van, prueban unos meses y vuelven. Es difícil, no sólo es una cuestión de plata, es difícil dejar la ciudad en la que viviste toda tu vida. Y muchos vuelven. Acá hay tantos jóvenes como en cualquier lugar, pero es difícil estar [...] Las dificultades son distintas a las de los jóvenes de Buenos Aires, ponele, pero creo que todos tenemos dificultades. (José, 28 años, joven geselino)

José comparte su biografía, pero se esfuerza por traer representaciones sobre una juventud local y heterogénea. En medio de nuestras charlas, me explicó algo que resulta ser central para el desarrollo de esta tesis: “A los jóvenes les encanta venir acá todos los veranos porque esto es un descontrol, un descontrol lindo, eh, pero un descontrol. [...] Hay mucha noche, mucha movida, muchas cosas para hacer, muchos pibes, muchas vacaciones, pero eso se termina en marzo con el verano”. Cuando le pregunté por esas diferencias, me dijo:

Y esto es como [...] un pueblo. No es [...] esa ciudad divertida del verano, es otra cosa, es muy tranquilo todo y por eso algunos se van. Además de las oportunidades laborales o de estudio, este lugar es un poco difícil, medio sofocante [...] No hay muchas cosas para hacer. (José, 28 años, joven geselino)

Estas reflexiones me llevaron a preguntarle, directamente, por esa narrativa que postula a Villa Gesell como “el paraíso de la juventud”. José sostuvo que ese paraíso aparece en verano, pero que en invierno es difícil: el clima, la lentitud, el pueblo chico, la sociabilidad reducida a caras conocidas son condiciones que, de algún modo, desarman ese paraíso estival. “A nosotros también nos copa [nos gusta] que llegue el verano. Lo estamos esperando, porque la ciudad cambia un montón. Hay gente por todos lados, quilombo, movimiento, no sé, está bueno”, me dijo. Además me habló de otro tipo de oportunidades vinculadas a lo recreativo, que parecen no desplegarse durante el invierno:

Más allá del laburo, a los jóvenes les gusta hacer algunas cosas que acá no hay. Salir a la noche, ir a tomar algo, participar de actividades para jóvenes, no sé, cosas que pensamos que acá no hay y que en otro lado sí [...]. Durante mucho tiempo la joda acá era juntarnos en el McDonald's, imagínate. Si no, en las casas, porque no hay muchos espacios para nuestra edad, quizás muchos restaurantes y esas cosas para gente más grande que tiene más plata para gastar. [...] También están las plazas, las calles, no sé, pero al final son siempre los mismos lugares, porque no hay mucho para hacer. (José, 28 años, joven geselino)

Lucas y José –así me lo contaron ambos– compartieron la escuela primaria y la secundaria, sus primeras incursiones laborales en un chiringuito de la playa y vivieron

durante toda su vida a tan sólo diez cuadras. Sin embargo, como me dijo José, “un día nuestros caminos tomaron distintos rumbos, pero igual seguimos siendo muy amigos”. Uno se quedó y el otro se fue, y en ese momento sus itinerarios se bifurcaron. Dadas estas condiciones, sus entrevistas resultaron muy productivas para esta tesis porque iluminaron –en un ejercicio cruzado y comparativo– sentires encontrados y desencontrados.

En ambas historias aparecen los contrastes entre Villa Gesell y la gran ciudad: destacando dimensiones positivas y negativas, Lucas y José hablaron sobre las diferencias que se extienden entre los modos de habitar ambos escenarios. Lucas se fue en busca de nuevas experiencias, y si bien está conforme con su decisión, por momentos parece extrañar la tranquilidad del invierno geselino, “la contención”, “las caras familiares”, “los asados de domingo con familia y amigos”. José se quedó y, si bien sostiene que supo “adaptarse” a lo que “le tocó”, por momentos fantasea con irse a vivir a otro lado: “sí, me adapté, me gusta estar acá, pero a veces con mi novia pensamos en irnos. Es una pregunta que siempre está ahí, como latente, para todos nosotros”.

Los dos coincidieron en un dato relevante: Villa Gesell parece ser un espacio ideal para transitar otro tiempo biográfico. Lucas me dijo: “Cuando sos chico, esta ciudad es lo más. Estás todo el día en la calle, con tus amigos, en bicicleta. No es que tenés a tus viejos encima. Hacés un poco la tuya”. José, por su parte, me explicó –delineando las diferencias que imagina con la infancia en la gran ciudad–: “Acá crecés en la naturaleza, con gente que te conoce, que te cuida. Es otra historia cuando sos chico”.

Para ambos, también, llega un momento en el que ese escenario, que se postula como “ideal” en la infancia, deja de contener su atractivo y comienza a transfigurarse. “Todo lo lindo que ves cuando sos chico, todo eso te empieza a pesar, a joder, y te querés ir”, me dijo Lucas, quien finalmente decidió abandonar la ciudad. José coincidió, a pesar de haberse quedado: “Y sí, cuando tenés 15 años no es lo mismo [...] No tenés mucha libertad [...] Acá todos te conocen”.

Algunos meses después de tejer estos cruces entre las experiencias de Lucas y José, me encontré con Aníbal Zaldívar, un geselino de 62 años, escritor y periodista, quien dirige uno de los semanarios más significativos de la localidad, *El fundador*, que comenzó a circular entre los geselinos en 1987. Dada su trayectoria, intuía que la perspectiva de Aníbal podía ayudarme a pensar en algunos de los fenómenos locales, en particular, los culturales. Él trabajó durante años en una de las escuelas geselinas, luego fundó el

semanario, participó en el canal de TV local, dirigió diversos talleres de lectura y poesía y organizó una gran variedad de eventos culturales. En nuestra entrevista eligió narrar su trayectoria a partir de los siguientes hitos:

Mi historia en Gesell empezó en 1969, hace 50 años. Yo vivía en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, tenía 12 años, tres hermanos [...] Mi mamá era maestra, trabajaba en dos turnos, tenía 38 años. Mi viejo era visitador médico y tenía 45 años [...] Mi viejo estaba enfermo y se agravó su enfermedad. Después supimos que era esclerosis múltiple y perdió el laburo [...] Entonces mi vieja decidió venirse, decidieron venir a poner un colegio [...] Habían conocido Villa Gesell por unos amigos que tenían una casa de verano y, bueno, se vinieron y pusieron el colegio San Patricio, que cumple 50 años este año. Ahora el colegio está a cargo de mi hermano y su mujer, son los dos psicólogos; después de que mi vieja se enfermó, se hicieron cargo ellos. (Aníbal, 62 años, editor y escritor)

Más allá de aportar datos sobre su biografía, Aníbal se concentró, particularmente, en contar los detalles de su participación en una producción cinematográfica dirigida y también actuada por su amigo de la infancia Fernando Spiner: *La boya*. Este filme fue estrenado sólo unos meses antes de que ocurriera nuestro encuentro y Aníbal, movilizado ante tal evento, me contó los puntos de conexión entre su vida y la trama de la película:

... es la historia de un adolescente y su amigo, que es Fernando Spiner. Es la historia de nosotros dos, habiendo vivido en Gesell y nadando hasta un boya desde la adolescencia hasta ahora. Todos los veranos nos metemos en el mar a nadar y es indescriptible ese ritual. *La boya* es un documental, ficcional, pero es biográfico lo que pasa. Es la historia también del que se queda y el que se va. Fernando se fue, primero a Buenos Aires a estudiar Educación Física y después a Italia a estudiar Cine [...] Yo me quedé, me casé muy joven y tuvimos hijos [...] vivíamos en el bosque y éramos como los Ingalls. (Aníbal, 62 años, editor y escritor)

Mientras lo escuchaba, pensaba que otra vez se repetía esa encrucijada que parecen atravesar los jóvenes geselinos: quedarse o irse. Sin embargo, la propuesta de Fernando Spiner y de Aníbal era narrar esa otra “cara” de la salida y focalizarse en quien se queda:

El tópico tradicional se invierte en la medida en que él decide venir a hacer un documental ya como cineasta, del amigo que se quedó, porque piensa que se perdió algo que el amigo tiene y él no tiene. La vida que él habría podido haber hecho. Se invierte ese tópico de que el que se va es siempre el que vive, el que hace la aventura. (Aníbal, 62 años, editor y escritor)

Motivado por estas ideas, Aníbal organizó un evento en la escuela gestionada por su familia: “quiero pasar la película en la escuela y conversar con los chicos sobre este tema”, me comentó cuando nos encontramos en el mes de agosto. Un mes después, proyectaron *La boya* en el San Patricio y, si bien no pude asistir, Aníbal me escribió para contarme. En el intercambio que tuvimos –esta vez virtual– me habló sobre el impacto que había generado la película: “hubo mucho interés, se ve que a los jóvenes el tema les tocó. No sé si es una película para jóvenes, pero hay algo ahí en el trasfondo que los

convoca”. Estaba particularmente sorprendido por el debate que había motorizado la proyección: “Esto de los que se van y los que se quedan. Lo que se gana y lo que se pierde en esa decisión. Las diferencias en las experiencias. Todo eso despertó mucho interés”.

En esa encrucijada entre quedarse e irse –entre poder y no poder elegir– se juegan un conjunto de oportunidades laborales, estudiantiles y recreativas. Aníbal destacó un elemento que había surgido en el debate y que también había aparecido en los testimonios de José y Lucas: “no son sólo las oportunidades, es el tipo de ciudad en la que vivimos, las características de esta forma de vida. Para nosotros eso es un lujo, pero para los jóvenes no es lo mismo”. Sin embargo, estaba convencido de que la película “es muy necesaria para Villa Gesell porque muestra que también acá hay toda una vida interesante para los jóvenes, una vida tranquila quizás menos consumista, pero interesante al fin [...] No todo lo bueno siempre lo encontrás en la ciudad grande”.

En las representaciones nativas, la escala también aparecía con relación al tiempo. Es el “ritmo”, me dijo Aníbal y, cuando volví a las entrevistas de los jóvenes, esa categoría emergió con contundencia. Los contrapuntos que se extendieron entre los testimonios de los jóvenes geselinos –José y Lucas– y el encuentro con Aníbal –quien trajo la historia de otros dos jóvenes que transitaron su juventud en otra época– fueron introduciéndome, poco a poco, en un motivo un tanto subterráneo, en una condición oculta de esta ciudad, que refiere justamente al modo en que, como me dijo José, la ciudad “se mueve”.

Mario Margulis explica que, más allá de “la moratoria social” y de la condición socioeconómica que impacta en las oportunidades de la juventud, los jóvenes se identifican como parte de este sector de la sociedad porque poseen una “moratoria vital”.

... un capital biológico que se expresa en vitalidad y posibilidades que emanan del cuerpo y la energía, y porque están situados en la vida contando con que tienen por delante un tiempo de vida prolongado –del que los adultos mayores no disponen– para la realización de sus expectativas. Son jóvenes porque están psicológicamente alejados de la muerte, separados de ella por sus padres y abuelos vivos, que teóricamente los precederán en ese evento. Son jóvenes para sí mismos porque sienten la lejanía respecto de la vejez y de la muerte, y porque lo son para los otros, que los perciben como miembros jóvenes, nuevos, con determinados lugares y roles en la familia y en otras instituciones. La juventud es, por ende, una condición relacional, determinada por la interacción social, cuya materia básica es la edad procesada por la cultura. (Margulis, 2015: 10)

Villa Gesell, además de postular una serie de limitaciones para el ejercicio “pleno” de esa “moratoria social”, parece tensionar el modo en que los jóvenes experimentan la “moratoria vital”. A partir de algunos testimonios, empecé a entender que, más allá de las oportunidades que la ciudad brinda o no, los jóvenes también están preocupados por el

ritmo y el modo en que, efectivamente, pueden desplegar el ejercicio de su vitalidad. Volviendo a las palabras de José, ¿cómo se mueve la ciudad?, ¿cuál es el ritmo?, ¿cómo impacta ese movimiento en las experiencias y expectativas juveniles?

Mariela, una joven geselina militante de la UCR local, aportó más datos para pensar en este movimiento:

Esta ciudad es aburrida, muy aburrida, es como que sentís que falta vida, movimiento, onda, no sé. La realidad es que por eso nos queremos ir, porque esta ciudad no es una ciudad para jóvenes, es para chicos y grandes para otros momentos [...] acá no pasa nada, te aburrís de lo mismo [...] En el verano esto es una fiesta, pero tres meses nada más. (Mariela, 19 años, joven geselina)

Mariela me decía que en Villa Gesell “no pasaba nada” y además remarcaba, constantemente, el contraste con un verano que se figura como una verdadera “fiesta”. ¿Qué es lo que no pasa? Y, más aún, ¿qué tendría que pasar, entonces, para que los jóvenes encuentren en Villa Gesell una ciudad para ellos? En consonancia con estas ideas, otros testimonios juveniles me indicaron que conocer el ritmo del verano y su potencial, experimentarlo y además encontrar que una ciudad puede, de alguna manera, responder a los ritmos deseados, es lo que impulsaba las fantasías y también los movimientos concretos de salida. Había así como una suerte de desacople de ritmos: entre aquellos que los jóvenes parecían necesitar y aquellos que podían observarse interactuar en esta ciudad. El ritmo, así, comenzaba a posicionarse como una dimensión clave al momento de comprender por qué los jóvenes locales entendían que la ciudad que habitaban no era una ciudad para ellos.

4. A ritmo lento

Atrapar el ritmo no es una tarea sencilla: resulta tan complicado cuantificarlo como cualificarlo. Ante esto, Henri Lefebvre desliza lo siguiente “¿Existe un concepto general del ritmo? Respuesta: sí, y todo el mundo lo posee; pero casi todos los que utilizan esta palabra creen que dominan y poseen su contenido, su significado. Sin embargo, los significados del término permanecen oscuros” (Lefebvre, 2007: 5). La dimensión rítmica, el movimiento de la ciudad, se presentaba como un problema para los jóvenes geselinos, pero ¿cuál era el contenido y cuáles los bordes de este problema?, ¿cómo iluminar un concepto escurridizo y recuperar sus significados? Las observaciones –como planteé al comienzo de esta parte de la tesis– me ayudaron, en un primer momento, a presentar algunas nociones básicas sobre la forma en que Villa Gesell se mueve entre el tiempo y

el espacio. Los significados juveniles asociados a ese ritmo, no obstante, emergieron después.

Durante la mayor parte del año, la ciudad de Villa Gesell admite, en su expresión pública, un ritmo que podríamos denominar “lento”. El primer dato en torno a esta lentitud lo recogí al observar las dinámicas de las calles geselinas que –a diferencia de las casas, comercios y edificios– en principio, en palabras de Georges Perec, “no le pertenecen a nadie”. ¿Cómo mirar el tiempo de una calle? Este escritor nos brinda algunas claves para realizar este ejercicio y avanzar en la captura del ritmo.

Observa la calle de vez en cuando, poniendo alguna preocupación por la sistematicidad. Aplícate. Tómate un tiempo [...] Apunta lo que ves. Cualquier cosa digna de ser anotada. ¿Sabes cómo reconocer aquello que es digno de ser anotado? ¿Hay algo que te llame la atención? Si nada te golpea, es que no sabes cómo mirar. Debes intentar ir más despacio, casi torpemente. Oblígate a escribir acerca de lo que no tiene interés, lo obvio, lo común, lo apagado. La calle: trata de describir la calle, de qué está hecha, para qué es usada. La gente en las calles. Los coches. ¿Qué tipo de coches? Los edificios [...] Las tiendas. ¿Qué venden las tiendas? [...] Los cafés. ¿Cuántos cafés hay? Uno, dos, tres, cuatro [...] Los demás comercios: anticuarios, ropa, hi-fi, etc. No digas, no escribas “etc.”. Haz un esfuerzo por agotar el tema, aunque parezca grotesco, o fútil, o estúpido. Aún no has mirado nada... (Perec, 2001: 84-85)

Como en toda ciudad, la trama urbana de Villa Gesell se compone de distintos tipos de calles: más y menos transitadas, más y menos concurridas, más y menos turísticas, más y menos bellas, más y menos comerciales, más y menos asfaltadas. Recorrí, al menos, una versión de cada una de ellas y, si bien presentan diferencias claras, la vida en las calles de Villa Gesell es esencialmente acompañada y espaciosa. Las personas caminan despacio, asumen una actitud contemplativa en el andar y existe una notoria distancia física entre los cuerpos en movimiento.

En la extensión de la Avenida 3, el Boulevard Silvio Gesell o la Avenida Circunvalación –sus tres calles más concurridas y comerciales– se podría sostener que, desde una perspectiva anclada en dinámicas metropolitanas, aquí sobra tanto espacio como tiempo. En ellas circulan pocos vehículos, una sola línea de colectivo que realiza el mismo recorrido una cuantas veces al día y un puñado de personas realizando trámites, compras o simplemente caminando. No se generan nudos en el circular producidos por la muchedumbre, ni congestiones de vehículos. Tampoco se escuchan bocinazos, ni se observan semáforos para regular el tránsito.

Hay un dato que resulta curioso. En el 2018 la municipalidad de Villa Gesell llevó adelante una encuesta popular con el propósito de conocer la opinión de la ciudadanía

sobre dos posibles medidas: la instalación de semáforos en siete puntos del Boulevard y Circunvalación y la implementación de estacionamiento medido sobre la zona céntrica de Avenida 3. Para esa época, según el registro automotor, en la ciudad existían 26.000 vehículos registrados para un total de 40.000 habitantes. A pesar de esta correlación, y si bien fueron incorporados algunos semáforos, en Villa Gesell parecía ser necesario consultar sobre las medidas ya que, como me comentó Abel (72 años, comerciante), “todavía queremos pensar que vivimos en una ciudad tranquila [...] Poner semáforos sería asumir que nos aceleramos [...] Nos bancamos el quilombo del verano, pero en invierno volvemos a esto”. En una línea similar Luis Castellani escribía y se preguntaba en uno de sus textos:

...de esas cosas [...] hay unas cuantas que para nada afectan a esa vieja nostalgia, y otras tal vez le afectan mucho. Llevando lo de los semáforos al extremo nos podríamos preguntar si queremos que *todo* lo que hay en una gran ciudad esté en la nuestra. (Castellani, 1997: 12)

A pesar de esta cantidad de vehículos y de la relativa ausencia de semáforos, lo cierto es que en Villa Gesell, por fuera de la temporada, no existe un gran problema con el tránsito. Esto es así porque, en su gran mayoría, los geselinos prefieren realizar varios de sus recorridos diarios caminando. Cuando consulté –en diversas entrevistas– por la movilidad local, los medios de transporte y los itinerarios, me encontré con otro elemento capaz de iluminar el fenómeno rítmico. Los geselinos, en sus propias palabras, “prefieren caminar” aunque esto implique “perder” más tiempo para realizar un mismo recorrido. “Es una pena no aprovechar el paisaje. En el auto o el colectivo, no disfrutas igual [...] Además, convengamos que acá todo está al tiro [cerca] no hay mucha necesidad [...] Se pierde más tiempo, sí, pero se ganan otras cosas” (Juan Carlos, 70 años, pionero) Acá se camina mucho, estamos acostumbrados a caminar” (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Municipal).

Las caminatas por la ciudad además incluyen diversas paradas con el simple fin de socializar. En Villa Gesell es muy común observar que las personas se reúnen en las esquinas, paran cerca de alguna mesa de bar, entran a un negocio con el fin de saludar, preguntar o entablar una charla con otro habitante. Estas paradas pueden durar unos minutos, pero también extenderse durante horas.

En el Capítulo II de esta tesis el lector podrá encontrarse con una serie de datos que intentan reconstruir la historia morfológica de Villa Gesell y algunas reflexiones sobre cómo esta historia atada a la funcionalidad turística, logró configurar un paisaje que

trasviste: que se despliega durante el verano y se repliega durante el invierno. Allí también se incluyen algunas notas sobre el proceso fundacional y la forma urbana que admitió esta localidad balnearia. Esta forma constituida por una trama urbana serpenteante, calles de arena sin horizonte y escasas veredas, impacta sobre los ritmos locales. Para cualquier foráneo esta ciudad puede resultar, por momentos, una especie de laberinto. Es por esto que, como me explicó una concejal durante una entrevista, las calles son numeradas:

...para no perderse entre los médanos y para no perder más tiempo en un trayecto [...] Caminar en la arena es más complicado, tardás más tiempo ya de por sí, si a eso le sumás desorientación, fuiste. A nosotros nos gusta porque esa lentitud te permite contemplar el paisaje [...] otro tema es no ver hasta dónde va la calle [eso] también puede generar un poco de impaciencia, porque no sabés sin faltan 20 metros o 200. (Claudia, 45 años, concejal radical y arquitecta)

Otro registro rítmico de la ciudad apareció al observar las dinámicas vinculadas al tiempo de espera. Desde la década del cincuenta, este tiempo “en pausa” –un tiempo que no puede considerarse ni productivo ni ocioso– viene generando interés en diversos espacios de investigación. ¿Qué hacen los sujetos mientras esperan? ¿Cuánto están dispuestos a esperar o, mejor aún, cuál es el tiempo legitimado de espera para lograr satisfacer diversas necesidades?⁷⁵

Analizar algunas situaciones sociales –como la cola en un supermercado, los pedidos en un bar, la realización de distintos trámites en la municipalidad, la espera del colectivo, entre otras– me permitió delimitar que los geselinos tienen cierta tolerancia a la espera. La gente parece no impacientarse o, al menos, no manifiesta con quejas verbales ni corporales la falta “de tiempo”. De hecho, es posible detectar a los foráneos que, al menos en invierno, suelen desplegar una serie de señales sobre las dificultades de adaptarse a estas formas de administrar las esperas. Ante esto, Abel me dijo: “Los que llegan no se bancan el ritmo [...] te das cuenta quiénes son [...] Vienen buscando tranquilidad, pero el mozo tarda y ya están moviendo la patita en tono impaciente...” (72 años, comerciante).

Otro dato relevante es la forma de administrar los tiempos comerciales. Si bien la mayoría de los comercios indican en sus vidrieras los horarios de atención, muchos de ellos rompen con esta “formalidad” y proponen otras expresiones. Haciendo trabajo de

⁷⁵ Para un análisis sugestivo sobre la “espera” ver la siguiente entrevista realizada a Javier Auyero (2013).

campo, pude detectar que estos horarios no siempre se cumplen y que existe cierto conocimiento situado sobre esas faltas.

Silvio, un amigo porteño de Abel que lo acompañó a una de las entrevistas, me comentó en tono jocoso: “¿Qué pasa con los negocios de esta ciudad?, No entiendo cuándo abren y cuándo cierran. Es imposible saberlo [...] no cumplen ni con lo que está escrito. Acá hay otros tiempos” (Silvio, 74 años, porteño). Silvio me contó que necesitaba comprar unos productos para realizar unos arreglos en la casa de Abel y, según sus propias palabras, había ido a tres comercios distintos, alternando estrategias sin lograr alcanzar su objetivo: “fui a tres ferreterías en horarios tradicionales de la mañana. El cartel decía que abrían a las 9 am pero yo estaba ahí a las 9:15 y estaba cerrado. Probé con ir a las 11 a otra, dentro de la atención, y me pasó lo mismo y así, [...] me di por vencido”. Abel, mientras escuchaba el comentario de Silvio, se reía hasta que dijo:

Claro, acá hay una dinámica muy de acá. Capaz que vamos varias veces y está cerrado, se fueron a hacer algún mandado o abrieron más tarde porque sí. No sé, pero no nos calentamos porque sabemos que es así [...] Es ese espíritu relajado que tiene la villa, esa informalidad histórica que se ve también en los tiempos que manejamos. (Abel, 72 años, comerciante)

Los cortes en la atención durante los horarios de “la siesta” son otra constante de esta localidad balnearia. “Acá cortamos porque tenemos otro ritmo. Trabajamos 8 horas como en cualquier lugar, pero tratamos de no enloquecernos [...] La siesta es sagrada. Almorzamos en casa y después volvemos” (Karina, 38 años, mesera). En ese horario de siesta, entre las 14:00 y las 16:00 el espacio público se expresa desierto y la ciudad parece entrar en reposo. No hay caminantes, ni vehículos, ni muchos comercios abiertos.

Caminatas a paso lento, saludos e intercambios, siestas, horarios informales y esperas son algunas de las prácticas locales que me permitieron dar sustento, nutrir o significar la noción del ritmo geselino durante el invierno. Resulta importante mencionar que los ritmos no sólo remiten a la experiencia presente. Como sostiene Jo Lee Vergust (2010), el espacio se forma a través de los ritmos de aquellos que lo usan, lo han usado y lo usarán; es decir, para estudiar los ritmos actuales hay que tener en cuenta los acontecimientos pasados y las perspectivas de futuro. Los ritmos se configuran al calor de un tiempo cronológico que se va sedimentando en la materialidad y en la sociabilidad.

Las observaciones me permitieron detectar que, más allá del crecimiento de la ciudad, de la cantidad de habitantes y automotores, de la multiplicación de viviendas y comercios, los geselinos siguen sosteniendo un ritmo lento. Para diferenciarse del verano,

para no asumir que se aceleraron, para mantener algo del espíritu fundacional de la villa balnearia, los habitantes de esta localidad continúan moviéndose en ese registro rítmico, y muchos de ellos esperan continuar haciéndolo.

Además, el ritmo lento se define a partir de una comparación con otro tipo de ritmo. En este punto, la escala de la ciudad media define las formas en que los geselinos perciben el ritmo propio en relación con otros tipos de ritmos que pueden observarse, experimentarse o imaginarse en otros escenarios. Extendiendo una comparación con las grandes ciudades, el ex director de Cultura de Villa Gesell me dijo lo siguiente:

Nosotros tenemos otros movimientos, otros horarios, otras formas [...] Las pocas veces que voy a Mar del Plata, porque a Buenos Aires no quiero ni ir, me quiero volver al instante [...] Me cuesta el ruido, el tránsito, la rapidez con la que se mueve todo. No estoy acostumbrado a eso, a pesar de que viví muchos años en una gran ciudad. (Eduardo, 65 años, ex director de Cultura)

Como sostiene el escritor Manuel Rojas (2016) –en una crónica sobre las calles de Santiago de Chile–, existe como una suerte de socialización corporal que implica el desarrollo de competencias y destrezas para acompañar el ritmo de los espacios. Conocer, también, la proxémica o distancia con otros cuerpos resulta crucial para desempeñar certeramente los movimientos. Cuando una persona se mueve a otro ritmo – desconociendo estos elementos–, produce cierto desacople y queda en evidencia. Volvamos a ese pequeño testimonio de Abel que incluí unas líneas más arriba: los geselinos detectan a los foráneos por sus expresiones tanto verbales como corporales; en este caso, mover la “patita” en un bar marcando una espera de forma impaciente.

Esta situación pude experimentarla yo misma al hacer trabajo de campo. Socializada en una gran ciudad, en la que viví toda mi vida, Villa Gesell me presentó ciertos obstáculos rítmicos que me empujaron a transformar algunos hábitos y a aprender otros para aplicar durante mis estancias. Algunos de estos aprendizajes fueron animarme a cruzar una senda peatonal confiada en que el conductor detendrá el vehículo, saludar en los negocios al entrar a comprar o consultar algo, adaptarme a los ritmos informales de los comercios, aceptar que los geselinos pueden llegar entre 5 y 30 minutos tarde a una entrevista sin la necesidad de anunciar su demora, reconocer que durante el horario de la siesta no hay ningún comercio ni actividad en marcha, no amucharme ni acercar demasiado mi cuerpo a otros transeúntes cuando camino, aventurarme a disfrutar el tránsito por las calles de arena a ritmo lento, entre otros.

Sin embargo, este ritmo, que a mí también se me presentaba lento y al cual tuve que adaptarme, podía generar otras percepciones en algunos habitantes. En una de las charlas desplegadas durante una visita al museo municipal, Paula, trabajadora de esa institución, me contó que decidió mudarse desde Villa Gesell hacia la localidad de Madariaga –para los geselinos, “el pueblo de identidad rural” situado a unos pocos kilómetros de Villa Gesell– porque el ritmo y las formas de la “ciudad” no le permitían vivir de manera tranquila. Buscando “vivir entre conocidos y gente que cuida del espacio y de sus habitantes”, Paula decidió mudarse con toda su familia para recuperar algo de lo que Villa Gesell parece haber perdido. Para ella, “la Villa” dejó de ser un pueblo constituido por “gente con valores”, “respeto por el otro” y “formas colectivas”, y se parece cada vez más a “todo lo que odiamos de la gran ciudad” (Noel, 2021).

Me fui porque no aguantaba más. No sólo el ruido, el quilombo, los edificios, el cemento me hacían mal, sino todo lo otro que pasa con las personas. Yo quiero la vida de pueblo, esa tranquilidad de dormir con la puerta abierta porque conocés a todos, de dejar la bicicleta en la puerta, de caminar y andar saludando a todos, de pedirle fiado al kiosquero. Yo busco eso para mí, pero sobre todo para mis hijos. La calidad de vida es otra. (Paula, 32 años, trabajadora del Museo y Archivo Histórico Municipal)

A partir de este último testimonio, me interesa señalar tres cuestiones cruciales para el análisis rítmico de cualquier escenario: primero, que un ritmo puede habilitar percepciones diversas en torno a los tempos –veloces o lentos–; segundo, que puede motorizar experiencias y valoraciones diversas sobre esas cualidades; tercero, que no existe un solo ritmo sino una multiplicidad de ritmos que se empalman, se cruzan y se tensionan. No todas las personas perciben ni experimentan de la misma manera los ritmos, no todos sostienen las mismas fantasías rítmicas y no es posible hablar de homogeneidad en torno a esta dimensión social.

De cualquier modo, se puede establecer cuáles son, finalmente, los ritmos hegemónicos de un escenario y de qué manera los sujetos se adaptan –o no– a esas formas rítmicas produciendo desfasajes o ajustes. A su vez, es necesario recuperar de qué manera esos ritmos se engarzan en un ejercicio comparativo: es lento o rápido ¿en relación con qué? Así, el ritmo geselino se figura como lento al compararlo con el de Mar del Plata o el de la Ciudad de Buenos Aires, mientras que podría ser acelerado si lo comparamos con General Madariaga. El ritmo, en última instancia, está vinculado a las actividades sociales de los escenarios, a la cantidad de habitantes, a la forma de la ciudad y su trama, a las trayectorias pasadas, los deseos presentes y las proyecciones futuras.

Este recorrido por el ritmo geselino me ayudó a comprender en profundidad por qué los jóvenes colocan esta dimensión como una de las razones cruciales del deseo de salida. La mayoría de los jóvenes geselinos a los que pude entrevistar entienden que la ciudad se mueve a ritmo lento y señalan muchas de las características que incluí unas líneas más arriba para cualificarlo de ese modo: la vida en el espacio público, la forma de transitar las calles, la tranquilidad de los movimientos corporales, entre otras. Esa lentitud, no obstante, se traduce para ellos en aburrimiento y hastío. En sus propias palabras: “esto es aburrido”, “no pasa nada”, “siempre es lo mismo”, “no hay nada para hacer”, “nosotros queremos otra cosa, otro ritmo, más movida”.

Esta asociación entre ritmo lento y aburrimiento quedaba clara en la superficie, pero cuando fui penetrando en las representaciones y prácticas de los jóvenes emergieron una serie de elementos significativos. El primero de ellos se relaciona con la escala de la ciudad y la imposibilidad, en sus propias palabras, de “sorprenderse con cosas nuevas”. El aburrimiento refiere al cansancio del ánimo originado por falta de estímulo o distracción. Los jóvenes me decían que “no pasaba nada” o que “siempre era lo mismo”, y esta reiteración rítmica se vincula, en lo cierto, con la dificultad que tienen para encontrar espacios propios, por fuera del mundo adulto, sus reglas y sus convenciones; se relaciona así con la falta de estímulos propicios para esta generación. “Esta ciudad la conocemos de punta a punta y llega un momento en que eso te aburre”, me dijo Mariela (19 años, joven geselina).

Como sostiene Urresti, “la vida de los adultos por lo general está circunscripta a rutas poco conmovibles”. Los jóvenes, por el contrario, “descubren las ciudades a medida que se van descubriendo a sí mismos: se buscan y se desencuentran en la ciudad, escapan de los ámbitos habituales de sus familias y, en esas intentonas, son fielmente seguidos por sus pares y amigos” (Urresti, 2002: 9). Esta condición parece encontrarse limitada en ciudades de la escala de Villa Gesell, mientras que tiende a desbordar en otro tipo de espacios. Los consumos mediáticos y las producciones audiovisuales, las redes sociales, las charlas con los jóvenes que se fueron y volvieron para contar sus experiencias de la gran ciudad y la vivencia del verano postulaban, así, otros ritmos posibles; otros ritmos, quizás, más acordes a su moratoria vital.

El segundo de los elementos que ilumina la relación entre ritmo y aburrimiento remite al ámbito de la noche, tiempo privilegiado para los jóvenes.

La ciudad es de los jóvenes mientras los adultos duermen; es otra ciudad. Hay un empleo del tiempo para conquistar el espacio. Al refugiarse en la noche, se resignifica la ciudad y parece alejarse el poder. Ilusión de independencia apelando al juego del tiempo; tiempo no colonizado en que parece resignar el control; tiempo no utilizado plenamente para la reproducción económica, para la industria o la banca. Si todos los espacios están colonizados queda el amparo del tiempo, el tiempo como refugio. (Margulis, 2005: 12)

En Villa Gesell la noche invernal parece reducirse a un grupo de opciones conocidas y reiteradas: la noche geselina presenta un ritmo aún más desacelerado que el día. Durante mis visitas a Villa Gesell, muchos habitantes me dijeron cosas como éstas: “de noche no ves un alma”, “tené cuidado a la noche porque esta ciudad sí que duerme”, “acá de noche es una calma absoluta, no vuela una mosca”, “todo oscuro y todo quieto”. Cuando consulté por este espacio temporal, el de la noche, los jóvenes me comentaron lo siguiente: “y no, no hay mucho para hacer”, “es siempre lo mismo”, “capaz que lo más divertido es ir a una plaza a tomar una birra o algo”, “nos juntamos mucho en la casa de alguno”, “hay algunas fiestas que organizamos nosotros, pero no es que tenemos muchas opciones”.

Todas estas características hoy señaladas como problemáticas para los jóvenes geselinos eran valoradas por los jóvenes de los sesenta, esa generación atravesada por el movimiento hippie y el rock nacional, que encontraba en este espacio el ritmo tranquilo del que carece la gran ciudad, para quienes Villa Gesell era un refugio o una suerte de paraíso. A su vez, los jóvenes turistas que llegan a fines de diciembre no se encuentran con estas limitaciones: la ciudad ingresa en el tiempo del verano, el ritmo se acelera y se multiplican las opciones, los recorridos y las oportunidades recreativas. Emerge, así, otro paraíso, alejado de aquel signado por la naturaleza, la tranquilidad y la comunidad.

Durante el invierno, la imposibilidad de liberarse de la mirada atenta del mundo adulto y de sus recorridos habituales, de encontrar opciones nocturnas –en ese espacio y tiempo privilegiado para ejercer algunas prácticas vinculadas a la generación–, la reiteración, lo conocido, la ausencia del asombro y lo novedoso, entre otros elementos, dieron sustento a la relación contundente –pero un tanto superficial– que emergió como hallazgo etnográfico. Sin embargo, un tercer elemento apareció para complejizar aún más los deseos de salida fundados en esta relación entre ritmo y aburrimiento: la dificultad de ejercer el derecho al anonimato (Segura, 2017; 2019). “En Villa Gesell no podemos ser jóvenes, no podemos pasar desapercibidos, todos se conocen con todos y en tres segundos todos se enteran de lo que hiciste o dejaste de hacer”, me dijo Mariela (19 años, joven

geselina) y, de este modo, colocó al anonimato como una de las condiciones necesarias para ejercitar esa moratoria vital con la que parecen contar los jóvenes, todos los jóvenes.

5. Todos saben quién es quién

El ritmo –el modo en que la ciudad se mueve– y la escala –su tamaño y el rol que desempeña en un sistema territorial nacional y jerárquico– se interpelan mutuamente. Esta relación configura una serie de repertorios sociales (Noel, 2013a) que habilitan y constriñen formas de sociabilidad. Repertorios que, a su vez, iluminan la pregunta por los modos juveniles de habitar Villa Gesell.

La interacción entre estas dos categorías emergió como un problema nativo que encontró un punto de conexión con las dinámicas en las que se expresa la sociabilidad local. Si bien yo buscaba conocer la agencia de diversos tiempos en las experiencias temporales de la ciudad, lo cierto es que fueron los propios jóvenes geselinos quienes me indicaron este dilema: la lentitud y el tamaño de la ciudad –además de restringir oportunidades y “aburrir”– limitaban la posibilidad de ejercer el derecho al anonimato, es decir, su libertad. En otras palabras, las características de la ciudad –y particularmente su temporalidad lenta– promovían, desde sus perspectivas, el encuentro entre personas que ocupan un lugar reconocido en la estructura social local, restringiendo la posibilidad de posicionarse en la arena pública en tanto individuos anónimos. Como sugirió Agustín “acá en Gesell es como jugar al quién es quién⁷⁶, vas descartando opciones y enseguida adivinas” (29 años, joven geselino).

Mientras entrevistaba a José y Lucas, pensé que podía ser útil, para los fines de esta investigación, pedirles que dibujaran el ritmo, que expresaran con líneas y movimientos el modo de percibirlo y experimentarlo. Como ya explicité en varias oportunidades, lograr acercarse a esta experiencia temporal no es una tarea sencilla. Pensaba, en este sentido, que utilizar otro recurso metodológico podía iluminar la oscuridad, como decía Lefebvre, de sus significantes. Y así lo hice con los dos, pidiéndoles, además, que presentaran una comparación entre el ritmo de su ciudad y la gran ciudad. En palabras de Tim Ingold:

⁷⁶ El *Quién es quién* es un juego de mesa, popularizado en la década del noventa, que invita a los participantes a reconocer o identificar a un personaje a partir del descarte de un conjunto más amplio de figuras. El descarte se realiza avanzando en una serie de preguntas vinculadas a la características físicas: forma del rostro, color de los ojos, presentación del pelo, tonalidad de la piel, entre otros.

Dibujar una línea en un croquis se parece mucho a contar una historia. De hecho, normalmente ambas se desarrollan a un tiempo como cadenas complementarias en una misma acción. El argumento avanza *a lo largo de*, como lo hace la línea del mapa. Digamos que lo que cuenta la historia no existe, sino que más bien acontece. En todo momento se trata de una actividad en marcha. En una palabra: estas dos cosas no son objetos sino tópicos. De acuerdo con la lógica de acción y reacción, cada tópico queda identificado por sus relaciones que allanan el camino por el que llegan, que aparecen de hecho con ello y que lo acompañan a su misma venida al mundo. Hay que entender aquí “relación” en su sentido más literal, no como una conexión entre entidades previamente situadas sino como un sendero trazado a través de una experiencia vivida. (Ingold, 2015b: 131)

¿Qué historias tenían para contarnos las líneas de Lucas y José? ¿Cómo me presentaron sus senderos al recurrir a sus experiencias vividas? Los bosquejos rítmicos de los jóvenes interpelados admitieron tanto similitudes como diferencias en función de sus experiencias compartidas, pero también de sus recorridos “bifurcados”. La diferencia más notoria es que, al recurrir a sus propias experiencias, Lucas eligió a la Ciudad de Buenos Aires donde ahora reside, mientras que José prefirió plasmar el ritmo de la ciudad de Mar del Plata: “es la ciudad más grande que tenemos cerca y con la que hay más contacto”, me dijo. Otra discrepancia se puede observar en los diseños de sus dibujos: Lucas escalonó y enredó líneas; José recurrió a “las pulsaciones”, en sus palabras, de las ciudades.

Figura II – Bosquejos rítmicos



Fuente: elaboración propia a partir de unos dibujos nativos realizados durante el trabajo de campo.

Rapidez y lentitud, como contraste, aparecen en ambas expresiones. Claramente, desde sus percepciones, los ritmos son distintos y responden, como ya ha quedado claro, al tiempo, esto es, la velocidad en la que el ritmo se manifiesta. Ambos coincidieron,

también, en que el ritmo del verano geselino se asimilaba bastante al de la gran ciudad Lucas me dijo: “En verano es otra cosa, es parecido a lo que pasa en Buenos Aires, o mejor, [se ríe]. Villa Gesell en verano es lo más. Nosotros muchas veces tuvimos que trabajar, pero no impide que podamos vivir la adrenalina”. Ahora bien, cuando plasmaron sus representaciones a través de los dibujos, los sentidos vinculados a la rapidez y la lentitud admitieron, por primera vez, nuevas expresiones. Ya no se trataba sólo del “aburrimiento”, sino que el ritmo se vinculaba, en palabras de José, con “la posibilidad de que no te reconozcan siempre”.

Conversando sobre la relación entre espacio, prácticas y recorridos, les pedí que ubicaran a los sujetos en esas líneas: “estas líneas no se desarrollan sin sujetos, ¿no?”. Ante mi pregunta, y atento a su dibujo, Lucas recuperó su experiencia en la gran ciudad y me comentó lo siguiente:

Claro, allá todo es rápido, enquilombado, te mezclas en ese quilombo. Nadie tiene tiempo de mirar en profundidad [...] Si comparás los dibujos, te das cuenta: no es lo mismo ser un punto en este bardo [lío] que ser un punto en el otro dibujo, que es como un zigzag [...] Allá sos uno más del montón; acá no, la gente te conoce, sabe quien sos. Están buenas las dos cosas, pero la verdad es que a veces es un poco presionador [sic] que todos sepan todo de uno. (Lucas, 28 años, joven geselino)

Para Lucas el tamaño de la ciudad –su extensión territorial y la cantidad de habitantes–, pero también el ritmo –“el tiempo para mirar en profundidad”– condicionaban los modos en que los geselinos se relacionaban. Él describía una sociabilidad circunscripta y practicada por un conjunto de sujetos que, si bien no se conocen todos entre sí, parecen poder ubicar en un mapa de relaciones a cualquier habitante de esta localidad: “Esto es muy chico [...] Aunque no conozcamos exactamente a todos, onda, somos 40 mil, acá enseguida ubicas a cualquiera: es el hermano de, el tío de, vive al lado de tal, es Gómez de apellido, tienen la farmacia de la 4, y así”, me dijo mientras conversábamos.

José coincidía con esta presentación: “Acá son todas cadenas de conocidos, es una ciudad chica y bueno, nos conocemos, sabemos más o menos en qué anda cada uno”. También refirió a su esquema de pulsaciones y, ante mi pregunta por la agencia del ritmo en esa forma de vincularse entre conocidos, sostuvo:

Qué difícil, pero sí, hay algo de esto que dibujé, ¿no? Lo que yo pienso es que cuanto más rápido más difícil relacionarse así con una persona. Los geselinos vamos lento y, bueno, tenemos tiempo para conocer más de cerca a las personas. (José, 28 años, joven geselino)

Los intercambios desplegados con José y Lucas me motivaron a seguir indagando estas cuestiones. Encontré, así, que otros jóvenes indicaban que ciertos rasgos “personales”

solían delimitar los vínculos que se despliegan en el espacio público. La capacidad de recortar, acceder e identificar a las personas no sólo era posible debido a la escala, sino también al ritmo. “Las elecciones sexuales”, “el apellido”, “dónde trabajás”, “dónde vivís”, “a qué escuela vas”, “de qué hotel sos dueño”, “qué nacionalidad tenés”, “quién es tu papá”, “si te fue bien en la temporada”, entre otros clivajes, son cualidades de los sujetos, desde la perspectiva de los jóvenes interpelados, capaces de determinar los círculos de la sociabilidad local. Estos rasgos dificultarían el ejercicio del anonimato y darían lugar a vínculos estrechos, incluso “asfixiantes” para todos aquellos que buscan “ser libres”. En palabras de Mariana:

Acá todo se mueve por el apellido. Yo vengo de una familia peronista... Bueno, cuando era chica me mandaron a una escuela de la elite; era estatal, pero era a la que iban todos los pibes de la elite. Me costó mucho que me aceptaran. Yo era como la negrita del grado. Me iba re bien en el colegio, pero siempre me discriminaron. En ese contexto es difícil hacer amigos porque la gente se mueve por el apellido. Si tenés un apellido de origen alemán, por ejemplo, te juntás con los otros del mismo apellido [...] Eso pasaba antes y pasa ahora. Hay una escuela de los pobres, que es la media, y varias escuelas para ricos. La gente no se mezcla. Es una ridiculez eso de pensar que somos una comunidad de iguales. Acá todos nos conocemos, pero ese conocimiento es lo que nos permite juzgar y estigmatizar a los otros. (Mariana, 32 años, historiadora y directora de la Oficina de Empleo Municipal)

En las comunidades más pequeñas, la personalidad de los sujetos aparece como uno de los rasgos determinantes de los vínculos. Por esto, como sostiene Rosane Prado (1988), en estos escenarios el anonimato se vuelve un ejercicio imposible: cada sujeto ocupa una posición identificable dentro de la estructura social; cada sujeto es una persona identificada, posicionada y reconocida por sus pares.

Agustín, otro geselino, remarcó la dificultad de ser joven y “pobre” en una ciudad como ésta, y resaltó los problemas que acarrearán la ausencia del anonimato, además de destacar ciertas restricciones impuestas al ejercicio de la libertad. En una de las entrevistas, me explicó de qué manera se maneja la policía local: los modos en que “seleccionan” a quién detener y a quién no, a partir de los “conocimientos previos” que tienen sobre los sujetos.

Acá opera el tema de la cara [apariencia física], pero también el apellido. Si sos hijo de una familia pionera y estás haciendo bardo, te levantan en una esquina y te bajan en la otra. Te dan la mano y todo bien. Si sos un pibito de una familia normal, te llevan. Ni hablar si vivís en los barrios pobres de atrás del Boulevard... bueno, ahí pueden llegar hasta gatillarte. (Agustín, 29 años, joven geselino)

Estas percepciones sobre el propio habitar se comparan con lo que ocurre –o lo que imaginan que ocurre– en las grandes ciudades; allí donde parece reinar el anonimato, la

libertad y la posibilidad de socializar en tanto individuos (Blanc, 2015). “Allá hay más libertad, no están buscando el dato que te diga de qué familia sos, de dónde venís. No digo que no haya persecución ni estigmatización, pero es distinto. Acá saben todo”, me dijo también Agustín (29 años, joven geselino), preocupado por algunos de los efectos de la comunidad chica. En una línea similar, Mariela me comentó: “Y sí, nos queremos ir a buscar un poco esa libertad, esa posibilidad de ser joven sin sentirse que te están controlando o mirando todo el tiempo” (joven geselina, 19 años). Por su parte, Lucas sostuvo que “Allá, en Buenos Aires, es otra cosa, más aire, pero no del aire limpio de acá [se ríe], sino del aire de no tener que dar explicaciones todo el tiempo o estar preocupado por el qué dirán” (joven geselino, 28 años).

Atendiendo a estos testimonios, vale recordar la pregnancia de la dicotomía fundada a principios del siglo XX por las disciplinas sociales, aquella que se dirime entre la sociedad y la comunidad. Esta dicotomía –aún vigente– ha ido asumiendo distintas formas, ha sido vinculada con diversos sentidos y, también, discutida desde múltiples ángulos. Más allá de las transformaciones que asumió este binomio, es posible sostener que mientras que la ciudad representa el espacio por excelencia de la sociedad, la expresión anónima y el individuo, los pueblos o ciudades más pequeñas parecen presentarse como los escenarios capaces de promover lazos sociales estrechos y relaciones entre personas con cierto grado de conocimiento.

Georg Simmel (2005 [1903]) sostuvo que una de las normas sociológicas más amplias y profundas es que la extensión de un grupo es correlativa a la individuación e independencia de sus miembros. Los más pequeños garantizan la estrecha vinculación y la igualdad; mientras que los más amplios, la libertad, la autonomía y la diferenciación. Simmel sitúa su análisis sociológico en las emergentes metrópolis europeas de fines del siglo XIX y principios del XX, pero advierte sobre las transformaciones de las diversas organizaciones socio-espaciales a medida que van creciendo demográfica y morfológicamente. A mayor tamaño de los aglomerados, más anonimato, autonomía, diferenciación y libertad para los sujetos.

En estos espacios y organizaciones sociales, el arquetipo de sujeto que se desarrolla es el individuo. Un individuo que, debido a las amenazas del medio en el que se mueve, no actúa movilizado por el corazón sino por el intelecto.

Todas las relaciones emocionales íntimas entre las personas están fundadas en la individualidad, mientras que en las relaciones racionales el hombre es equiparable con los

números, como un elemento, indiferente en sí mismo. Sólo los logros objetivamente medibles resultan de interés. Es así como el hombre metropolitano juzga [...] a las personas con las que está obligado a tener relaciones sociales. Estas características de la actitud intelectual contrastan con la naturaleza de los pequeños círculos, en los cuales el conocimiento inevitable de la individualidad necesariamente produce un tono más cálido de comportamiento, mismo que está más allá de llegar a sopesar objetivamente los servicios prestados y los recibidos, la prestación y la contraprestación. (Simmel, 2005 [1903]: s/p)

A su vez, se trata de un individuo que sólo puede ser “persona” –es decir, ocupar una posición identificable en una estructura social determinada– en el espacio del mundo privado y en los círculos pequeños en los que se mueve (Da Matta, 1985). En definitiva, las sociedades son, bajo la mirada de quienes alimentaron de diversas maneras esta gran dicotomía, el reinado del anonimato. Un anonimato que promueve la descomposición de un lazo social fortalecido en favor del desarrollo de la libertad⁷⁷.

El ritmo, claro está, se vuelve un factor determinante en la emergencia de estos sujetos arquetípicos. La vida en la ciudad, según Simmel (2005 [1903]), conlleva un acrecentamiento de la vida nerviosa y una intensificación del estímulo de los sujetos. Es decir, la vida en las grandes urbes se sostiene sobre una multiplicación de estímulos breves y cambiantes, así como “... del rápido e ininterrumpido intercambio de expresiones externas e internas” (Simmel, 2005 [1903]: s/p). Estas capacidades intelectuales se erigen como una forma de preservar la vida subjetiva ante el poder avasallador de la vida urbana. Lo que ocasiona la individualización determina a su vez una cierta estandarización. Todas estas condiciones, para este autor, se oponen a aquellas que pueden constatarse en la vida pueblerina –vale decir, en las comunidades–, en donde “... tanto el ritmo de vida, como aquel que es propio a las imágenes sensoriales y mentales, fluye de manera más tranquila y homogénea...” (Simmel, 2005 [1903]: s/p).

Muchas de las observaciones que realicé en el espacio público geselino revelan que la sociabilidad local –lejos de estas características que marcan el habitar de la metrópoli– se despliega entre conocidos con cierto grado de familiaridad. Las recurrentes charlas en las esquinas, el saludo obligado al ingresar a un comercio, las alusiones a los nombres propios, los puestos de trabajo e incluso detalles vinculados a la vida privada e íntima de las familias son sólo algunos de los ejemplos que se inscriben en esta línea

⁷⁷ Cabe destacar que, en este contexto, la libertad no remite a la “facultad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, y de no obrar”, o a la “falta de sujeción y subordinación”. Se trata, más bien, de una libertad asociada a la implantación de la ciudad liberal, lo que ha implicado, también, el desenvolvimiento de un sistema económico particular en el que los sujetos se encuentran subordinados a la construcción de necesidades secundarias que el propio sistema capitalista genera permanentemente (Simmel, 2005 [1903]).

argumentativa. Tales prácticas no sólo se observan en los distintos barrios que componen la unidad geográfica de Villa Gesell, sino también en el espacio mismo del centro de la ciudad. Con esto, me interesa delimitar un contraste respecto de aquello que ocurre en el espacio público de las grandes ciudades o metrópolis en donde el centro parece ser la última expresión del anonimato, del tránsito indiferente, del ritmo acelerado y de la libertad que todas estas condiciones promueven.

Mis primeras incursiones en el campo fomentaron el sentido de la hipótesis que me presentaron los jóvenes. Al llegar a esta localidad balnearia, mi presencia supo despertar la atención –acompañada de acciones y comentarios– de los geselinos. Es decir, mis distintas estancias no pasaron desapercibidas; por el contrario, fueron señaladas como algo extraño. No sólo la mirada desconfiada de quienes se apostaban en algunos bares a observar mis recorridos, sino también los murmullos y comentarios del tipo “ahí va la antropóloga”, “qué estará buscando”, “otra vez acá”, “¿qué quiere?”, indicaban que los geselinos demarcaban el “ruido” que causaba mi accionar en su ciudad. Tampoco faltaron las interpelaciones directas lanzadas en distintos contextos (en un bar, en la calle, en la misma playa): “Nos estamos preguntando qué venís a estudiar a Gesell”; “¿Por qué te interesa este lugar?”; “¿Vas a venir mucho más?”; e, incluso, los anuncios en las radios y en el canal de televisión local⁷⁸: “una antropóloga llegó para estudiar a los geselinos”.

Estas situaciones exponen, sin dudas, que el inicio de mi trabajo de campo no pudo realizarse bajo los marcos del anonimato. Vale destacar que no sólo fue así para aquellos informantes con los cuales, poco a poco, fuimos construyendo un vínculo de cercanía y familiaridad, sino que el recorte de mi tarea aparecía permanentemente en la opinión pública local. Era de esperar que, una vez que el trabajo de campo continuase y que los geselinos se adaptasen a la extrañeza, mi presencia comenzara a ocupar un lugar identificado dentro de la estructura social local: “la antropóloga que nos vino a estudiar”. Así, los geselinos me definieron como una persona con un lugar reconocido y me adjudicaron un conjunto de prácticas esperables y deseables.

⁷⁸ En noviembre del 2016 participé del programa *Nexos*, que se emite por el Canal 2 de Villa Gesell. En esa oportunidad, me convocaron para hablar sobre el proceso de transformación urbana por el que venía atravesando la localidad balnearia. Luego de intercambiar diversos mails con los periodistas, que remarcaban la importancia de discutir estas problemáticas con los geselinos, el 8 de noviembre se transmitió la entrevista que me realizaron. Esa intervención televisiva provocó diversos comentarios de mis informantes, quienes además recogieron el impacto que había tenido la nota entre los geselinos en general. Así, entre mensajes y llamados, dejaron en claro que la comunidad geselina me había identificado, recortado y señalado: “Ya todos saben de vos. No te vas a poder escabullir tan fácil” (Jorge, 67 años, periodista).

Las primeras experiencias de campo, las observaciones realizadas sobre el espacio público, así como las distintas charlas sostenidas con jóvenes geselinos, fortalecían la hipótesis que presentaba a Villa Gesell como una organización socio-espacial que se rige por los estrechos lazos fundados en la personalidad (Blanc, 2015; Prado, 1988). Estas características, desde la perspectiva de los protagonistas, restringían la posibilidad de ser joven “como se debe”. La indiferencia o el individualismo que muchos habitantes de la gran ciudad “padecen” aparecen, en este caso, como objetos de deseo, e incluso como una de las razones por las cuales los jóvenes quieren abandonar su ciudad. “Yo me quiero a ir a vivir todo eso”, me sugirió Mariela (joven geselina, 19 años).

Ramiro Segura (2019) postula que en las grandes ciudades latinoamericanas ha ocurrido una suerte de desplazamiento que implicó el pasaje de una convivencia distante, pero pacífica, a una convivencia tensa y en disputa.

Mientras que en la primera predominarían las formas típicas de organizar la co-presencia entre extraños en el espacio público que Goffman [...] denominó “desatención cortés”, la segunda [...] se caracteriza por una progresiva pérdida del “derecho al anonimato” [...] por parte de diversos actores sociales. (Segura, 2019: 21)

Jóvenes, pobres, migrantes, vendedores ambulantes –de acuerdo con Segura– encuentran dificultades para circular por la ciudad “sin tener que dar explicaciones, fundamentada en diversas formas de la estigmatización, dando lugar a interacciones disputadas” (Segura, 2019: 21). Los jóvenes de la gran ciudad, o al menos un sector de estos jóvenes, parecen estar perdiendo ese derecho que garantizaba, de algún modo, la “convivialidad” de las grandes ciudades latinoamericanas. Sin embargo, en ciudades como Villa Gesell ese derecho no se ha perdido, sino que nunca ha existido: no se puede ser anónimo en una ciudad en la que todos pretenden conocerse con todos. Ante esto, ¿qué sienten los jóvenes al ver coartado el ejercicio de este derecho?

Muchos de los jóvenes entrevistados postularon a Villa Gesell como una “sociedad opresiva”, con “poca libertad” y “escasos canales de expresión”. Las experiencias juveniles parecen tensionar procesos de integración y resistencia, en los cuales las representaciones de libertad adquieren un rol protagónico (Chaves, 2015). Teniendo en cuenta esta consideración, los jóvenes geselinos encuentran un sinnúmero de limitaciones para poder llevar a cabo esta articulación de manera completa.

En efecto, lo que experimentan es una sociabilidad fuertemente regulada, controlada y bajo un estricto sentido de la vigilancia: “Acá no se necesitan cámaras como

en Mar del Plata; acá tenés al vecino que te buchonea [delata] directo y que está mirando cada paso que das [...] Como dice el dicho: pueblo chico, infierno grande”, sostuvo con contundencia Agustín (joven geselino, 29 años). Como explica Juan José Plata la idea del “pueblo chico, infierno grande” es una manera de referir a las angustias y desesperanzas de quienes habitan en escenarios de pequeña escala, pero también una forma de recordar el fuerte control social que se instituye en estos espacios (Plata, 2002: 4).

En línea con estos argumentos, Mary Douglas (1996) sostiene que cuando la escala de las relaciones es lo suficientemente pequeña como para resultar personal, el control social se revela con más fuerza. No obstante, esto no indica que la organización social es más o menos heterogénea, o admite más o menos la “diferencia”, sino que las instituciones sociales proveen un repertorio de clasificaciones más estrecho. Es decir, si bien las instituciones construyen las clasificaciones sociales mediante las cuales se interpreta y se actúa en el mundo cotidiano, son los sujetos quienes eligen entre el repertorio de clasificaciones que las instituciones proveen. Cuando el repertorio es acotado, el control social opera de forma más contundente.

A su vez, es importante señalar que las instituciones sociales sólo logran su cometido cuando pueden pasar desapercibidas; esto es, cuando los sujetos no acusan recibo de las formas en que ellas moldean sus pensamientos, sentimientos y acciones. Sin embargo, en determinadas situaciones sociales, como las retratadas por los jóvenes geselinos, las instituciones se revelan con fuerza indicando, explícitamente, los sistemas de clasificación que brindan a sus habitantes. De este modo, se establecen obstáculos para la tan ansiada libertad.

En una ciudad en la que todos parecen conocerse, los jóvenes visualizan los inconvenientes que esto acarrea: “No te podés mandar ninguna cagada [desliz] porque enseguida se enteran tus viejos”; “Acá hacés un movimiento y al segundo se entera todo el mundo”; “Te querés levantar [seducir] a una piba y no existe eso de conocerla... acá vas por la segura. Nos conocemos todos”; “Ser joven en esta ciudad es re complicado. Eso de trasgredir reglas se complica porque enseguida alguno te buchonea”.

En este entramado narrativo, el chisme apareció como un mecanismo social ampliamente difundido en esta localidad que, además, aparentaba reforzar esta sensación de asfixia que denunciaban los jóvenes: “Todo es un chisme; todo, una historia. Te ven en un lugar y enseguida se arma. Y van y llevan y traen”; “Tenés que tener cuidado qué

haces o dejás de hacer, en esta ciudad siempre hay alguien observando”; “Chusmas por todos lados. Malísimo, no se puede andar tranquilo en esta ciudad”; “Acá te hablan de solidaridad de que nos ayudamos entre todos, pero no es tan así, hay muchas situaciones malas gracias a esos vínculos”.

En términos generales, los chismes son comentarios o noticias, generalmente de carácter negativo, no verificados ni documentados, que circulan entre la gente generando ciertas ideas o representaciones molestas sobre sujetos, situaciones, escenarios. Los chismes –actos comunicacionales con una alta capacidad performativa– tienen un emisor que, en principio, se erige como fuente de la información y diversos receptores que ocupan el rol de emisores a medida que el chisme circula. Por su potencia para otorgar sentido y, en ese otorgar, construir y (re)construir la vida social, los chismes han sido uno de los objetos predilectos del abordaje antropológico⁷⁹.

Las prácticas del chismosear han encontrado en la figura de la comunidad un cómodo lugar para arraigarse (Fonseca, 2000). Recuperando los planteos de la antropóloga Patricia Fasano, el chisme sólo puede operar en una comunidad de sentido compartido. Esto es así, porque, generalmente, los chismes remiten a “... personas necesariamente conocidas por quienes hablan, de las cuales se dicen predicados que sólo interpretan quienes tienen una historia en común” (Fasano, 2006: 31). En Villa Gesell, según los jóvenes, este mecanismo social admite su máxima expresión y logra intervenir en el desarrollo de ciertas libertades que consideran necesarias para experimentar este tramo biográfico y generacional: “Te sentís todo el tiempo vigilado, como controlado. Te movés y ya todos saben, porque nos conocemos y porque... no sé, la gente se ve que tiene tiempo de estar atrás de estas cosas” (Agustín, joven geselino, 29 años).

Volvamos a la entrevista que sostuve con Adriana, la coordinadora del Equipo de Orientación Escolar de la E.M. En ese encuentro ella comentó, en consonancia con los testimonios juveniles, que los chicos tenían una historia, “un nombre propio”. Si bien destacó esta particularidad como una condición positiva, también se explayó en las dificultades que esto implica. Así, mostró las dos caras de este tipo de vinculación al

⁷⁹ Como sostiene Max Gluckman, son uno de “los fenómenos sociales y culturales más importantes que tenemos para analizar” (Gluckman, 1963: 308; traducción propia). Mediante estas singulares prácticas se refuerzan los sentidos de pertenencia (ya que marcan un adentro y afuera) (Gluckman, 1963), se ponen en juego los intereses individuales de los sujetos (Paine, 1967), se disputan fuerzas morales hegemónicas (Eliás, 1998) y se circula, de manera informal, diversas informaciones significativas para el entramado social en el cual se sostienen (Paine, 1967).

mencionar que ese conocerse puede, en ciertas ocasiones, montarse sobre prácticas del chismosear, procesos de estigmatización y exclusión social.

Una vez aquí, contamos con todos los elementos necesarios para responder a una de las preguntas cruciales: ¿por qué el ritmo, anudado a la escala, interviene sobre las experiencias de los jóvenes geselinos motivando el deseo de huir de la ciudad? O, puesto en otros términos, ¿por qué el ritmo limita el ejercicio de la moratoria vital? Los testimonios que he puesto a dialogar en este capítulo permiten sostener que la experiencia temporal cotidiana, la temporalidad de ritmo lento, impone una serie de obstáculos para transitar esta etapa de la vida. La escala, la comunidad pequeña, las relaciones extendidas entre personas que se ubican en mapas de relaciones y en una estructura social, los chismes, entre otros, indican que la sociabilidad se levanta sobre un fuerte lazo social, carente de anonimato, cuya contracara se expresa, para los jóvenes, en la experiencia narrable del control social y la vigilancia.

6. Reflexiones finales

Este capítulo propone un recorrido temporal que atraviesa un conjunto de contextos significativos para develar, finalmente, por qué una ciudad puede ser experimentada como un paraíso, pero también como un infierno (Prado, 1988). Los jóvenes son el sujeto de indagación de esta propuesta, mientras que el objeto de reflexión es su relación con la ciudad que habitan –durante el invierno y el verano–. Los recursos utilizados son de carácter diverso: películas, entrevistas, fuentes periodísticas e históricas, reconstrucción de trayectorias biográficas, historias que se narran a dos voces, croquis dibujados a mano alzada, observaciones en el espacio público. También son múltiples las voces que aparecen para problematizar el fenómeno: si bien los jóvenes son los protagonistas, también resultó enriquecedor incluir las perspectivas de los padres, de los educadores y los hacedores de políticas públicas.

El recorrido comienza en los años setenta, cuando el estreno de un filme logró catapultar a la fama al incipiente balneario geselino y convertirlo en la cuna de un movimiento cultural y artístico de alcance internacional: el hipismo. Comienza, en efecto, cuando Villa Gesell supo posicionarse como el “paraíso de la juventud y la libertad”. El análisis, luego, se traslada hacia las transformaciones que nuevas generaciones juveniles imprimieron sobre este paraíso trastocando aquel símbolo setentista.

Bajo este movimiento, Villa Gesell sigue apareciendo como un escenario paradisiaco para los jóvenes de las generaciones posteriores, pero el contenido de este paraíso ha mutado radicalmente. Los jóvenes del setenta encontraban en esta villa de veraneo la posibilidad de romper con ciertas normas establecidas, conectarse con la naturaleza y la cultura y, fundamentalmente, alejarse del ritmo de la gran ciudad para adentrarse y disfrutar de la informalidad. Era, en algún sentido, un espacio de recreación y libertad. Para los jóvenes que llegaron después, la ciudad turística representa también la libertad, pero en este caso se trata de una liberación de los mandatos adultos, del encuentro con la noche, con prácticas recreativas juveniles y de la posibilidad de vincularse con sujetos de la misma edad. El ritmo aplacado, primero, y exaltado, después, aparece en las representaciones de estos jóvenes que se ven atraídos por distintas cualidades que parece portar este escenario.

Para quienes no vivimos en esta ciudad balnearia, para quienes, incluso, la hemos conocido durante los agitados meses del verano, no caben dudas de que Villa Gesell parece postularse como un escenario propicio para la juventud, o al menos para su tiempo ocioso y recreativo. Sin embargo, al analizar lo que ocurre con la juventud local, con quienes habitan en esta localidad balnearia durante todo el año –que incluye ese largo y tedioso invierno–, otras dinámicas, experiencias y sentires aparecen para disputar este eslogan tan arraigado. El famoso paraíso comienza a desarmarse para hacer emerger algunas cualidades que, desde el punto de vista juvenil, pueden resultar hasta infernales.

La escala de la ciudad –y su inserción en el entramado territorial nacional– limita oportunidades y condiciona la moratoria social de los jóvenes; es decir, la posibilidad de desplegar una pausa temporal dedicada a la capacitación, la experimentación y la preparación para la vida futura. El dato más relevante es que para continuar con sus estudios universitarios los jóvenes no sólo tienen que contar con recursos materiales y simbólicos, sino que deben abandonar el lugar en el que nacieron, ese escenario “ideal para ser niños”.

Esta situación se expresa en una suerte de doble desigualdad: las desigualdades sociales que atraviesan a los sectores juveniles locales, brindando y restringiendo oportunidades, se montan, además, sobre estas desigualdades territoriales, volviendo aún más compleja la posibilidad de ejercitar esta moratoria. La falta de oportunidades educativas se vincula, a su vez, con otras ausencias: oportunidades laborales por fuera del

ámbito del turismo y de un mercado flexible y precarizado, así como también oportunidades recreativas, de algún modo, atractivas para este grupo social.

Al final, “son muy pocos los que se van”, me señalaron en varias oportunidades los geselinos; afirmación que pude corroborar realizando trabajo de campo. Si bien es cierto que los espacios juveniles suelen estar algo invisibilizados en la esfera pública, en Villa Gesell hay tantos jóvenes como en cualquier otra ciudad bonaerense. Más aún, la mayoría de ellos movilizan contundentes deseos de migrar, de abandonar su lugar para establecerse en grandes ciudades donde las oportunidades, los estilos de vida y los ritmos los atraigan tanto como los sorprendan. Algunos logran realizar el movimiento, otros han visitado estos lugares en pocas ocasiones y, finalmente, están quienes sólo fantasean imaginando sus vidas en aquellos escenarios que conocen a través de los productos culturales y mediáticos. En cualquier caso, los jóvenes geselinos parecen entender que existe una ciudad distinta a la propia, que es más adecuada para transitar el tiempo biográfico que atraviesan.

Al profundizar en sus prácticas y representaciones y tratar de entender por qué creen habitar una ciudad que no es propicia para “su tiempo” y por qué sienten deseos de abandonarla, encontré que la temporalidad, el ritmo en el que se mueve Villa Gesell, se colocaba como un motivo contundente. Así, el verdadero infierno parece emerger cuando la ciudad ingresa en su cámara lenta, cuando el ritmo se desacelera, el aburrimiento frustra las expectativas de los jóvenes, la sociabilidad se vuelve “personal” y el anonimato se torna imposible. En esa escala, en esa comunidad chica y en esa temporalidad rítmica, los jóvenes parecen no encontrar la ciudad que necesitan o desean.

Este ritmo no sólo impide el ejercicio del derecho al anonimato –elemento que señalan como clave–, sino que también habilita mecanismos sociales (el chisme, la vigilancia, el conocerse entre todos) que experimentan como un fuerte control social, el enemigo por antonomasia de las juventudes. El abordaje de las temporalidades, una vez más, nos ha permitido penetrar en una compleja dinámica social que motoriza tensiones en múltiples direcciones. Nos ha develado un conjunto de problemáticas anudadas a este tiempo biográfico y, fundamentalmente, nos ha mostrado que Villa Gesell, lejos de ser una ciudad sin jóvenes, parece habitada por jóvenes sin ciudad; lejos de encarnar un tiempo sin ritmos juveniles, en verdad son estos ritmos los que parecen no encontrar su *tempo* en la ciudad.

CAPÍTULO V

EL RITMO DE LOS QUE LLEGAN

Nada incentiva más la reflexión que los viajes. En la noche móvil y ruidosa del colectivo el ojo del viajero sigue abierto, insomne, o alerta más bien, a la música del mundo. Fue en el colectivo, en realidad, que la idea de suplantar un simple acto de autoprotección por un cambio radical de identidad, súbita, febril, se me ocurrió. Empezaría otra vida con otro nombre, otra profesión, otro aspecto físico, otro destino. Emergería, con cinco o seis brazadas vigorosas, del mar de mi pasado a una playa virgen.

Juan José Saer, *Cambio de domicilio* (2018)

1. El tiempo empuja los movimientos

Las ciudades se mueven constantemente: crecen y se achican, se despliegan y repliegan, se aceleran y desaceleran, se bifurcan, se fracturan y se unifican, se desbordan y vuelven a limitarse, expulsan y reciben. Dentro de un amplio espectro de movimientos posibles, las metrópolis suelen postularse como aquellos escenarios más móviles. Esto es así porque los movimientos suelen expresarse con más contundencia y admiten más espectacularidad, pero además porque los desplazamientos espaciales, en general, han sido medidos, definidos y observados atendiendo al comportamiento que asumen en este tipo de escenarios. Es decir, las movilidades metropolitanas han marcado los patrones de las migraciones, los ritmos espaciales, el crecimiento y las transformaciones de la trama urbana, los itinerarios del transporte, los corrimientos, los procesos de segregación, los viajes o el desarrollo de infraestructuras.

Otras ciudades del sistema urbano –más pequeñas, menos centrales, más periféricas, menos densas– se han ido ubicando en una relación comparativa, presentándose, por momentos, como escenarios con escasos movimientos o donde parece regir cierta quietud. Sin embargo, en capítulos anteriores hemos podido ver que Villa Gesell –una ciudad turística de tamaño medio– es un escenario que se mueve, y mucho.

Uno de los objetivos de esta tesis es desplegar reflexiones y generar aportes, desde una antropología urbana curiosa por la agencia del tiempo, sobre estos lugares un tanto abandonados por las agendas de investigación locales. Por este motivo, mostrar y problematizar los trazos de esos flujos que atraviesan de punta a punta ciudades como Villa Gesell resulta un ejercicio productivo y necesario para el desarrollo de las

perspectivas antropológicas locales. Necesitamos, sin dudas, ejercitar una antropología urbana capaz de complejizar el sentido de lo urbano atendiendo a los matices y las relaciones entre diversos escenarios que se extienden a lo largo y ancho del territorio nacional.

El tiempo ha sido un factor crucial para llegar a comprender cómo una ciudad se mueve. Así, hemos visto, por ejemplo, que la agencia del tiempo estacional produce movimientos bruscos en la infraestructura, la morfología y el paisaje, así como también en los mercados laborales e inmobiliarios. Las temporalidades anudadas a este tiempo – es decir, las experiencias temporales situadas– han revelado un movimiento de oscilación entre un verano abarrotado y un invierno despojado. Los ritmos de ambos períodos temporales, también, han mostrado contrastes y tensiones sociales; es decir, nos han dejado ver cómo la ciudad se mueve. Al adentrarnos en las peculiaridades de estas temporalidades cotidianas, hemos podido detectar dos movimientos poblacionales bien instalados en las representaciones y prácticas de los geselinos.

Por un lado, el ritmo agitado del verano –que se extiende entre el mes de diciembre y marzo– y, particularmente, la ilusión de un mercado laboral que ofrece oportunidades ilimitadas, aparece como un factor decisivo de tracción poblacional. Ese ritmo ha logrado motorizar un proceso migratorio que ha encontrado en esta ciudad un espacio propicio para instalarse. Así, familias de sectores populares, provenientes de diversos puntos del país, han decidido desplazarse hasta este escenario balneario en busca de puestos de trabajo provistos por el sector turístico estival.

Por otro lado, este mismo ritmo estival atrae cada temporada a una gran masa de turistas que se movilizan transitoriamente para disfrutar, durante su tiempo de ocio, de las cualidades paisajísticas del entorno geselino –mar, playa, sol, dunas y bosques–, pero también diversos dispositivos de entretenimiento. Dentro de este gran movimiento que impacta cuantitativa y cualitativamente en las dinámicas espaciales de la ciudad, las generaciones juveniles adquieren un rol protagónico. Villa Gesell se ha postulado como el destino más elegido por los jóvenes argentinos que desembarcan en sus playas cuando las temperaturas entran en alza.

Finalmente, exploramos las características del ritmo aletargado del invierno. En esta búsqueda, detectamos que, si bien este ritmo provoca, en palabras de algunos sectores, cierta “relajación”, “paz” o “tranquilidad”, también impulsa profundos deseos

de salida de la ciudad. En efecto, aquí también la experiencia de ese tiempo empuja otro movimiento. Los jóvenes locales encuentran en Villa Gesell una serie de limitaciones para desarrollar sus trayectorias vitales: oportunidades educativas, laborales e, incluso, recreativas. Más aún, durante el tiempo invernal, que parece estructurarse en una cámara lenta, los sectores juveniles manifiestan profundos deseos de abandonar la ciudad. Además de la ausencia de oportunidades, tanto el aburrimiento como el control social – fundado en una sociabilidad entre personas que dicen conocerse– configuran un escenario en el que la juventud parece no encontrar “su” lugar, su ritmo y su tiempo.

Este capítulo profundiza en otro movimiento poblacional que, paradójicamente, parece hallar en esas mismas características rítmicas –que los jóvenes rechazan, buscan abandonar o transformar– un factor atractivo y un motivo fundante del desplazamiento. Durante las últimas cuatro décadas, viene cobrando fuerza un movimiento interno que, a contrapelo del sentido tradicional, se despliega desde las grandes ciudades hacia las pequeñas y medianas, desde el centro hacia las periferias, desde lo urbano a lo rural. Villa Gesell no ha permanecido exenta de este fenómeno que, entre otros elementos, se encuentra atravesado por la experiencia del tiempo.

A pesar de su peso relativo, estas movilidades constituyen un campo de estudio escasamente problematizado en el ámbito de las ciencias sociales locales (Abrantes y Trimano, 2021; Greene, Abrantes y Trimano, 2020; Trimano, 2019). Esta vacancia en las agendas de investigación obedece a motivos diversos. Por un lado, es posible observar que los estudios abocados a los desplazamientos poblacionales han dirigido sus reflexiones, casi de forma exclusiva, a reponer las problemáticas que despuntan las corrientes internacionales, desatendiendo el volumen de los cambios internos (Perren, 2011: 7), descuidando los impactos generados en los sitios de acogida y poniendo el acento en la unicausalidad del moverse del sujeto migrante (Arango, 1998). Estas razones, sumadas a la ausencia de estudios comparativos (Masseroni, 2018), han socavado la posibilidad de conocer cabalmente el fenómeno.

Por otro lado, si bien los investigadores inscriptos en el “giro de la movilidad” (Urry, 2007) señalaron la relevancia de este tipo de desplazamiento al momento de analizar la compleja trama de los territorios, no han terminado de abrazar el problema (Zunino, Giucci y Jirón, 2017). Indicio de ello es la escasa producción de trabajos, impulsados desde este paradigma, que tengan por objeto indagar estos desplazamientos,

los motivos que les dan impulso, así como los efectos producidos sobre los territorios de acogida.

En el Capítulo III presenté una serie de datos cuantitativos que muestran que la ciudad de Villa Gesell ha crecido de manera constante y creciente desde la década del setenta. Los saldos intercensales de este período exponen un aumento poblacional que oscila entre un 30% y un 50%, indicando que el crecimiento se ha basado en una serie de flujos poblacionales que fueron arribando a esta localidad atlántica. La ciudad de Villa Gesell ha estado acostumbrada, desde su fundación, a recibir diversos movimientos poblacionales. Es una ciudad que se movió, se mueve y todo parece indicar que se seguirá moviendo.

Entre los años treinta y cuarenta llegaron las familias pioneras, de tradición europea, que, de acuerdo a ciertos relatos instalados, fueron quienes hicieron nacer una villa de veraneo en un sitio que no parecía propicio para tal fin. En este mismo contexto desembarcaron diversas familias de las cercanías rurales –principalmente, de General Madariaga–, que se incluyeron en la trama social y económica prestando su fuerza de trabajo para la puesta en marcha del proyecto turístico. También formaron parte de estos movimientos los “porteños” que, atraídos por el potencial turístico de la zona, decidieron apostar al desarrollo comercial, hotelero y gastronómico. Muchos de los relatos que incluimos en esta tesis retratan este movimiento con ciertas notas épicas: fundaron escuelas, cooperativas, empresas de transporte, comercios, hoteles, etc. Como me comentó un geselino en una entrevista, “hicieron todo lo que había que hacer para que esto se convierta en la ciudad turística que se puede disfrutar hoy” (Aníbal, 62 años, editor y escritor).

Desde los años setenta, sin embargo, el crecimiento motorizado por las olas poblacionales fue descomunal. A partir de este momento, ya con la ciudad turística consagrada, los desplazamientos generados por el atractivo –como ya se dijo, “algo ficticio”– del mercado laboral estival comenzaron a marcar saltos demográficos significativos y transformaciones profundas en la trama urbana local. Durante varias décadas Villa Gesell fue habitada por un puñado de familias asentadas de manera dispersa en un territorio áspero y con escasos servicios. Estas familias –claro está– no constituían una comunidad homogénea de iguales⁸⁰: estaban quienes contaban con los recursos

⁸⁰ Mary Douglas –una de las exponentes de la antropología simbólica británica– trabajó profundamente en los contrastes establecidos entre las pequeñas comunidades y las sociedades; particularmente, en lo que

materiales y simbólicos para invertir en desarrollo turístico y quienes podían ofrecer la mano de obra necesaria para llevar a cabo los proyectos. Al respecto, Mariana me explicó lo siguiente:

En esa época las diferencias estaban como más invisibles, pero existían. Estaban los ricos y los pobres, como ahora. Sólo que eran menos y los conflictos menos grandes, pero es una locura pensar que antes eran todos iguales y buenos entre sí. Acá siempre existieron divisiones [...] Lo que vino después fue más cruel, más violento, más visible. La ciudad se dividió en dos. (Mariana, 32 años, historiadora)

Según la genealogía nativa, a partir de los años ochenta, con la llegada masiva de sectores populares, comenzó a visibilizarse la fractura entre la ciudad turística y la ciudad “real”. La ciudad crecía para atrás, hacia el oeste, lejos del mar, de las bellezas y las comodidades que se ofrecían en un espacio inmaculado de la localidad, y las distancias entre un sector y otro se hicieron cada vez más amplias e insalvables (Noel y Abrantes, 2014).

En esta época también comenzaron a desarrollarse las llamadas localidades del sur: Mar de las Pampas, Mar Azul y Las Gaviotas (ver Figura I). Estas localidades, lejos de poblarse con habitantes geselinos o de la zona, fueron escenarios elegidos por una nueva oleada poblacional de origen metropolitano cuyos motivos y efectos se presentan como una oportunidad para explorar la relación entre el tiempo y el espacio. Este movimiento, distinto a todos los anteriores, produjo otro tipo de fracturas, tensiones y problemas que merecen ser atendidos.

hace al espacio que ocupa la conciencia colectiva o, bajo sus términos, el poder de las instituciones sociales sobre las acciones, los pensamientos y los sentimientos de los sujetos. En una línea durkhemiana crítica, Douglas (1996) sostiene que ninguna sociedad puede sobrevivir sin confianza ni solidaridad, así como tampoco sin móviles racionales, individuales y egoístas. Desde su perspectiva, no existen sociedades homogéneas en donde los sujetos se brindan de forma altruista al bien común ni, tampoco, sociedades completamente heterogéneas en donde no cabe la confianza y la cooperación mutua. El problema, para esta autora, está en revelar el equilibrio que se establece entre las acciones racionales, las elecciones individuales, las acciones colectivas y las elecciones comunes. Un equilibrio que es organizado dentro de un orden institucional determinado constituido por una serie de instituciones sociales que colaboran en su mantenimiento y reproducción.

Figura I: Los barrios del sur – Partido de Villa Gesell

Fuente: elaboración propia a partir de imágenes de Googlemaps y un mapa oficial de la Oficina de Turismo de Villa Gesell.

En la década del cincuenta el propio fundador, don Carlos Gesell, ya había advertido sobre la necesidad de empujar el crecimiento de la ciudad costera de manera lineal. Así lo explica Claudia, arquitecta local y estudiosa de estos procesos:

Don Carlos quería extender la ciudad de manera lineal, hacia el sur, para que el frente costero sea el atractivo de toda la mancha urbana. Así fue que las localidades del sur comenzaron a crecer. Al principio vivían muy pocas personas, pero a fines de los noventa y principios del dos mil, esto fue un boom. (Claudia, 45 años, concejal radical y arquitecta)

Los terrenos donde hoy se asientan estas tres localidades pertenecientes al Partido de Villa Gesell fueron puestos a la venta a través de una licitación pública en 1957. Su antiguo dueño, Ricardo Bartolomé Astengo Morando, decidió –después de fracasar en la tarea de fijación de médanos– vender parte del territorio que, al igual que Don Carlos Gesell, le había comprado a Eduardo Credaro. Fue así que Antonio Vázquez, Manuel Rico y Jacobo Zceltman lograron hacerse de este fragmento medanoso extendido sobre la costa atlántica de la Argentina (Trombetta, 2010). Recordemos que, para esta época, la localidad vecina de Villa Gesell todavía no era, como sostuvo una habitante de Mar de las Pampas, “la ciudad que es hoy: había una apuesta en el turismo que podía fallar [...] este lugar, igual, era tan mágico, tan virgen que los proyectos turísticos no podían fracasar” (Susana, 50 años, hotelera).

Entre finales de los años cincuenta y setenta, se llevaron a cabo las tareas de forestación, se produjo la subdivisión de estas localidades⁸¹, se comenzaron a lotear los terrenos y se habilitaron las rutas de acceso necesarias. En esta época, eran muy pocos habitantes instalados de manera permanente en esta zona, que contaba con escasos servicios y dependía de la localidad de Villa Gesell para su subsistencia.

Si bien estas localidades presentan su propia génesis, cuando me introduje en el relato comencé a detectar ciertas repeticiones. En esta historia también parecían operar algunos de los núcleos de sentido que componen el gran mito fundador de Villa Gesell. Generando algunas comparaciones con ese otro relato mítico (ver Capítulo II), es posible encontrar que aquí también han desempeñado un rol clave las familias pioneras, los técnicos abocados a forestar el terreno, las luchas contra las burocracias estatales, el trabajo puesto al servicio del crecimiento comunitario, entre otros factores. Cambian los nombres, por supuesto, pero las formas significativas parecen trascender las fronteras temporales y espaciales para encontrar aquí un lugar donde hallar sentido. Una breve reseña del crecimiento de estas localidades retrata el proceso:

Muchas veces los vientos y la arena destruyeron el trabajo de semanas que al día siguiente fue recommenzado, así una y otra vez, hasta que al fin vencieron el trabajo y la técnica dominando los médanos, que se convirtieron en un frondoso bosque de álamos, sauces, pinos, acacias, eucaliptos, cipreses y otras especies que sirven de cobijo a numerosas aves, insectos, alimañas. Todos los que intervinieron en la obra afrontaron intemperies, no conocieron horarios, ni feriados, ni comodidades de ninguna especie, ni techo cuando llovía o el sol calcinaba la arena. (Mardelaspampas.com.ar, 2020: s/p)

La comercialización de las parcelas, finalmente, se inició recién a finales de los años setenta, momento a partir del cual comenzó a ponerse en marcha un estricto plan de zonificación. Vale recordar que, para ese entonces, Villa Gesell ya había ingresado en su *boom* turístico y lo que ocurría en la localidad situada a tan sólo 7 kilómetros de allí servía, de alguna manera, como parámetro. Como me indicaron algunos residentes de Mar de las Pampas:

Ya se sabía que acá se quería hacer otra cosa. Villa Gesell crecía mucho, se urbanizaba sin ningún patrón, cemento por todos lados, bueno, acá la historia era otra [...] No querían ese turismo invasivo, ni los edificios esos que tapan todo; querían un verdadero refugio de la ciudad, un lugar tranquilo, con naturaleza. (Susana, 50 años, hotelera)

⁸¹ Es importante mencionar que donde hoy se asienta la localidad de Las Gaviotas era una suerte de retiro entre Mar de las Pampas y Mar Azul. Los lotes de esta localidad comenzaron a comercializarse recién a fines de los noventa y se instaló como destino turístico y también residencial después de que Mar de las Pampas atravesara un *boom* inmobiliario y mediático.

Las historias son parecidas y también distintas [...] Te podés fijar en lo que resultó cada lugar: uno es una ciudad mega turística con otros servicios y esto es una pequeña villa al lado del mar y en el medio del bosque [...] Acá la naturaleza manda y gana. (Claudio, 48 años, comerciante)

Tratando de evitar el destino geselino, ni bien salieron a la venta los lotes, se estableció el Código de Planeamiento Urbano y Normas de Edificación. Este código organizaba el crecimiento de estas localidades preservando, ante todo, la naturaleza, la tranquilidad y la privacidad. Se establecieron, así, estrictas divisiones en áreas según su uso y densidad ocupacional (comercial, hotelera, residencial), y también se limitó la construcción de edificios en altura. Con el fin de proteger diversas áreas verdes, se restringió el porcentaje de metros cuadrados cubiertos por lote y se establecieron espacios verdes semipúblicos, en el límite de los terrenos privados y las calles, de uso del frentista, pero sin el derecho de ocuparlo con ningún tipo de construcción. De las tres localidades, solamente Mar de las Pampas logró un trazado de calles irregular que –al igual que los barrios fundacionales de Villa Gesell– respetó la fisionomía de los médanos.

Todo parecía indicar que el mito fundacional de las localidades del sur iba a admitir tanta pregnancia como el mito construido en torno a la figura de Don Carlos Gesell; aquel mito que, forjado al calor de los años treinta, aún continuaba modelando los deseos e itinerarios posibles de la ciudad vecina. Sin embargo, no fue fácil encontrar entre las representaciones locales las referencias que pudiesen nutrir de datos estos primeros momentos del proceso histórico, ni tampoco la actualización del mito en formas sociales presentes. Mirta, directora del museo geselino, quien para el momento de la entrevista se encontraba viviendo en Mar de las Pampas, me brindó algunas interpretaciones sobre esta ausencia:

Es distinto por muchos motivos. Primero es importante mencionar que estas localidades forman parte de Gesell; entonces la epopeya de Don Carlos también las engloba. Hay gente que quiere separar, pero somos todos parte de Gesell. En el proyecto de Carlos Gesell estaba la idea de crecer hacia el sur y, bueno, tratar de extender la ciudad en paralelo al mar [...] Lo que pasó allá es muy importante, pero la historia pionera, por decir, es la de acá [...] Tampoco se escribieron libros, ni hay un museo que cuente su historia, no sé, es más contemporáneo todo y distinto [...] Mar de las Pampas tiene su tema, es una localidad muy especial [...] Yo creo que ahí, de alguna manera, se logró hacer lo que quería Carlos Gesell. Lograron armar ese refugio natural, esa villa de veraneo tranquila. (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal)

Así fue que, de las tres localidades del sur, empecé a prestarle más atención a Mar de las Pampas. Si bien no encontraba los rasgos mitológicos en interacción, lo cierto es que la figura de esta localidad, en particular, aparecía en varias de mis entrevistas referenciando

una suerte de comparación constante con Villa Gesell. Por un lado, como me explicaba Mirta, Mar de las Pampas parecía haber sobrevivido a los embates del crecimiento urbano, resistiendo, bajo el Código de Planeamiento, a los procesos de transformación morfológica y resguardando la interacción con la naturaleza: “Lograron lo que acá no se pudo: una comunidad chica, con mucho verde, mucha tranquilidad, un paraíso”, reforzó Mirta.

Por otro lado, el propio intendente del Partido de Villa Gesell, en medio de una entrevista, me había comentado sobre ciertas tensiones que se extendían específicamente con esta localidad: “Hay celos, tensiones, problemas. Mar de las Pampas es distinta, no podemos negarlo, pero lo cierto es que sigue formando parte de este partido. Hay que encontrar políticas públicas capaces de hacer crecer los dos modelos turísticos” (Gustavo, 55 años, Intendente). Un habitante geselino, incluso, había referido a esta localidad “como la república separatista de Mar de las Pampas”; mientras que otro había sostenido, directamente, que este escenario “no es Villa Gesell”.

Las primeras observaciones que realicé en el espacio marpampeano me revelaron estas diferencias. La propia morfología y arquitectura de la zona me advirtió, rápidamente, que este lugar, si bien tejía puentes con las localidades linderas, parecía refugiarse en algo distinto. Al salir de Villa Gesell y culminar los tres kilómetros de ruta de arena que prolongan la Avenida 3, un cartel tallado en madera nos da la bienvenida y anuncia la llegada al balneario. El bosque se extiende frondoso por entre sus exclusivas calles de arena, toda la trama urbana presenta movimientos zigzagueantes, algunos pocos edificios sobresalen en las alturas y predominan las casas bajas emplazadas en terrenos espaciosos con una arquitectura moderna, de líneas sencillas y en diálogo con la naturaleza. El asfalto es inexistente, mientras que la madera, la piedra y los elementos traslúcidos marcan la estética balnearia. En el invierno la ausencia de personas en el espacio público es aún más notoria que en Villa Gesell y durante la tarde es imposible detectar cualquier tipo de movimiento e, incluso, encontrar un comercio abierto. ¿Cuáles eran las características de esta localidad? ¿Quiénes vivían allí? ¿Qué movimiento poblacional había sido capaz de producir algo tan distinto? ¿Cómo intervenía el tiempo en la configuración social, económica y cultural de este escenario? Y, por último, ¿Qué efectos espaciales había desencadenado?

A medida que mi trabajo de campo fue avanzando y logré profundizar en las peculiaridades de esta localidad conectada, pero a la vez desconectada de la cabecera

homónima del partido, empecé a comprender que la verdadera épica del sur –cuyo epicentro se instala en Mar de las Pampas– se forjó en otro contexto histórico, nutrida por un movimiento poblacional que hasta entonces no había tenido mayor presencia en la zona. Si bien el proceso de fundación podía replicarse en algunas pocas voces que habían experimentado, directamente, aquellos años de “sacrificio”, lo cierto es que Mar de las Pampas y sus habitantes elegían otros hitos, otros motivos y otros recorridos para armar su historia.

El libro *La historia de Mar de las Pampas* (Trombetta, 2010) recoge un conjunto de testimonios articulados en las propias voces de sus protagonistas. Entre ellos, se destaca el de María Cabanne, quien, junto a su marido, arribó a esta localidad en el 2000 para montar una famosa crepería local. María cuenta ese recorrido con estas palabras:

Un día la ciudad comenzó a empujarnos. Buenos Aires, la linda –con los museos, con los paseos de Agronomía, con la Costanera Azul, bautizada por Paulita, y paseos por el Tigre, con Palermo y la calle Corrientes, con los cisnes del Parque Centenario, con la biblioteca de la plaza Los Andes, donde iban Alejo y Paula que ya se sentía Matilda, con Las Embajadas de Francia o de Nicaragua, con champagne y ron– nos ahogaba de distancias, de horarios imposibles, de trenes oscuros y cantos peligrosos. Teníamos una escuela de cine y los hijos pequeños. Entonces comprendimos que enfrentar a la ciudad con su furia era una tarea ardua para nosotros que no teníamos mucho de Quijote, no más que los sueños [...] Y vinimos a conocer Mar de las Pampas. Para nuestra sorpresa entre eucaliptus y pinos algunas personas vivían al ritmo de la naturaleza. Si buscabas soledad, acá la tenías. Si olor a mar... Si cantos de pájaros... Si silencio... (María en Trombetta, 2010: 84)

Quienes lograron imprimir su impronta a este balneario no fueron los pioneros de procedencia europea, ni las familias rurales, ni los *hippies* de los años setenta, ni el turismo de masas orientado a la juventud, ni los trabajadores informales que llegaron a estas tierras en busca de oportunidades laborales. Fueron, por el contrario, un conjunto de familias que, cansadas de la gran ciudad, decidieron huir motivados por la fantasía de construir y habitar un espacio que pudiese moverse a otro ritmo: “un lugar para vivir sin prisa”, como reza la leyenda del cartel que nos invita a ingresar al presunto refugio.

El flujo poblacional que dio forma a esta localidad estuvo constituido, en su mayoría, por sujetos metropolitanos pertenecientes a sectores medios y altos que, hastiados de los estilos de vida metropolitanos, decidieron abandonar su lugar para entrar en contacto con otros ritmos, con otros estilos de vida y, fundamentalmente, para practicar un vínculo más estrecho y directo con la naturaleza. Personajes vinculados con el mundo de la cultura –fotógrafos, escritores, pintores, etc.– también constituyeron este flujo poblacional y dejaron sus huellas.

En función de lo que hemos podido recoger etnográficamente, estos sectores no se habrían movilizadado en busca de nuevas oportunidades de empleo u otras formas de inserción social, sino, como sugiere Mirta, “buscando una forma de vida más tranquila y distinta a la que proponen las grandes urbes” (60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal). Además, los relatos indican que, muchos sujetos y familias decidieron trasladarse definitivamente a este “rincón verde donde no existe la prisa”. Luego de conocer el escenario durante alguna temporada veraniega.

Mar de las Pampas, Mar Azul y Las Gaviotas se postulan como escenarios diferentes a la tradicional Villa Gesell; son, como me indicó un joven geselino, “la Villa Gesell *cool* de los ambientalistas y los nuevos hippies” (Agustín, 28 años, joven geselino). No sólo sus habitantes son “distintos”, sino que estas localidades decidieron prestar otro tipo de servicios turísticos –fundados en lo artesanal, lo rústico y el trato personalizado–, orientados a satisfacer las necesidades de un sector de la población argentina con más capacidad adquisitiva que la que tradicionalmente veranea en la localidad de Villa Gesell.

“Distancias”, “horarios imposibles”, “trenes oscuros” y “cantos peligrosos” habrían desencadenado este movimiento que se impulsa en busca del mar, el canto de los pájaros y el silencio. Así, la naturaleza, las formas de vida saludable, la ausencia de bullicio y cemento, pero sobre todo el elogio a la lentitud, parecen marcar el destino de estas localidades sureñas que comenzaron a establecerse luego de que la crisis social del 2001⁸², entre otras cosas, golpeará con fuerza los sentidos asociados a los centros y las periferias.

2. La metrópolis en crisis. Características generales del movimiento de salida

De acuerdo con la bibliografía especializada, los desplazamientos poblacionales internos –cuya salida se inicia en la gran ciudad y su desembarco, en ciudades de pequeña y mediana escala– constituyen un fenómeno que viene adquiriendo relevancia desde los años setenta. Sin embargo, la crisis social, política y económica que estalló en el 2001 impulsó el desarrollo y la consolidación de esta tendencia. Esta crisis habría impactado

⁸² “La crisis del 2001” refiere a un conjunto de eventos sociales, institucionales, políticos y económicos que la perfilan como la más profunda de las últimas décadas en la Argentina. Entre estos eventos se destacan una alta movilización social, la renuncia del presidente a cargo, una fuerte represión policial, saqueos, devaluación y la restricción de la libre disposición de dinero en efectivo de plazos fijos, cuentas corrientes y cajas de ahorros. La eclosión de estos sucesos encuentra su explicación en la implementación de un modelo social y económico anclado en un conjunto de políticas neoliberales que acrecentaron las brechas sociales y desataron conflictos en múltiples direcciones (Svampa, 2008).

en los modos de percibir y experimentar la gran ciudad; colocando a la metrópolis como la cuna de los peores males –delincuencia, violencia, desocupación, estrés, contaminación, enfermedad–, mientras que las periferias emergían como una suerte de esperanza ante las frustraciones y una especie de refugio para protegerse de tales males.

Algo similar ocurrió con aquellos sectores medios y altos que solían habitar en el centro de la ciudad y decidieron desplazarse hacia las periferias para asentarse en urbanizaciones cerradas. Este tipo de urbanización funcionó primero como el reemplazo de la casa quinta de fin de semana, es decir, como una segunda vivienda. No obstante, poco a poco, el formato de vivienda y el estilo de vida vinculado a ella fueron tomando rasgos de permanencia.

Como indica Maristella Svampa (2005: 11), hacia finales de la década del noventa se evidenciaron una serie de “cambios generales ligados a las clases medias y altas, sobre todo en lo que respecta a estilos de vida, espacios de sociabilidad, modelos de socialización y figuras de ciudadanía”. Estas transformaciones desencadenaron en un corrimiento espacial de los sectores medios/altos y altos desde el centro hacia los bordes. En este contexto, el mercado inmobiliario local ofreció una gran cantidad de unidades de este tipo que fueron desarrolladas, principalmente, sobre los ejes Norte y Noreste del AMBA. Este movimiento estuvo constituido, principalmente, por matrimonios jóvenes, de entre 40 y 45 años, con niños en edad escolar, y sus móviles principales fueron la búsqueda de libertad, el contacto con el verde y la seguridad (Svampa, 2005).

Algunos estudios señalaron, tempranamente, que los efectos de la crisis del 2001 podían impactar en el *boom* inmobiliario de estas urbanizaciones cerradas que habían alcanzado su mayor auge durante los turbulentos años noventa. Sin embargo, los eventos producidos en los albores del nuevo milenio no terminaron de desalentarlo. Luego de una interrupción ocasionada por la fuerte recesión económica del 2002 –cuando estas urbanizaciones se consagraron como verdaderos *bunkers* del miedo–, los barrios privados y *countries* volvieron a postularse como opciones atractivas para este tipo de familias que, cansadas de las dinámicas ciudadinas, decidían moverse hacia escenarios resguardados, amurallados y controlados.

En el 2003 se inició una nueva etapa que ilustra la consolidación de este modelo urbanístico, a partir de la reactivación de la demanda. Sin dudas, la reactivación económica y política constituyó un nuevo incentivo para un estilo de vida que, como en otros países (aunque con menos exacerbación que en el nuestro), llegó para quedarse, como fiel reflejo

y consecuencia de las nuevas brechas sociales instaladas por el modelo neoliberal. (Svampa, 2008: 283)

La huida de la gran ciudad –del centro del conflicto y la tensión– estuvo motivada, entonces, por la promesa de un estilo de vida más natural, menos contaminado, más seguro y menos agitado. Esta salida en dirección hacia las periferias en sus múltiples escalas –ciudades más pequeñas, zonas periurbanas, barrios privados, *countries* o chacras– admitió un nuevo impulso luego de la crisis. En el marco de este contexto, estos escenarios se levantaron como una suerte de mito de la “identidad purificada” (Sennett, 2001) donde parecía ser posible encontrar un nosotros de “iguales” protegido, anclado en un lazo fuerte y capaz de limitar el encuentro con grupos sociales distintos. Como señala Richard Sennett, esta búsqueda suele desatarse en períodos de grandes cambios y tensiones sociales; ante el caos de la gran ciudad, la inmensidad, el individualismo y la fragmentación social, establecerse en escenarios de otra escala emerge como una de las respuestas posibles. Facundo Hernández (2009) sostiene que, para el caso de las ciudades balnearias, este proceso puede entenderse como la expresión de “neoexclusivismo” en el que también los protagonistas son aquellos que –en palabras de Svampa, (2005)– “ganaron”:

... el término hace referencia a un nuevo modelo urbano-turístico de carácter exclusivo y selectivo, que difiere del desarrollado a fines del siglo XIX y principios del XX por las nuevas formas culturales de sociabilización, de autosegregación espacial, de interacción y de transformación del medio natural. (Hernández, 2009: 12)

En el 2003, según el análisis de Gabriel Noel (2020), Mar de las Pampas comenzó a ocupar lugares destacados en la mayoría de los medios de comunicación de alcance nacional. Los balnearios atlánticos ya habían entrado en auge y también en desgracia; hacía tiempo que estos escenarios no ocupaban espacios virtuosos dentro de los relatos periodísticos. Sin embargo, contra todo pronóstico y en un contexto movilizado, los medios comenzaron a destacar la emergencia de este balneario, que parecía atravesar un *boom* inmobiliario sin precedentes. “Mar de las pampas: un bosque alejado del mundanal ruido”, así presentó lo *Clarín* el 23 de enero del 2003.

No fue su temporada estival aquello que logró capturar la atención de los argentinos, sino el constante crecimiento de una localidad que nacía en medio de un bosque denso y a orillas de un atlántico poco intervenido. Una localidad que, además, hacía del descanso un culto, y de la lentitud un elogio. Mar de las Pampas se instalaba como un refugio frente a la inseguridad, el colapso, la violencia y el ritmo frenético de

Buenos Aires; como “una aldea paradisíaca”, en palabras de sus habitantes, que permitía emprender una nueva vida. Se postulaba, también, como un reducto immaculado, protegido y estrictamente regulado por una serie de restricciones legales y un conjunto de “emprendedores morales”, encargados de intervenir los modos en que esta localidad iría desarrollándose (Noel, 2020).

Lisandro –miembro de la sede geselina del Colegio de Arquitectos de la Provincia de Buenos Aires– me explicó que esos años fueron “una locura”, e insistió sobre los cuidados implementados para que “la cosa no se les vaya de las manos”:

La construcción no paraba, cada día inaugurábamos varias construcciones nuevas. Los lotes salían como pan caliente [...] No sólo para turismo, sino gente que se quería venir a vivir acá. Estaba esa fantasía de poder hacer un tiempo en Mar de las Pampas y otro en Buenos Aires, como si fuese una casa de fin de semana. Pero la gente se fue quedando, este lugar resultó muy atractivo. Fue una locura, los índices de construcción de aquellos años fueron mucho más altos que en cualquier otro lugar del país. La gente venía y dejaba acá sus ahorros, apostaba al ladrillo como algo seguro; después de la crisis del 2001, el “corralito” y todo eso, esto parecía ser una buena oportunidad para meter la plata que había quedado. Los precios de los terrenos se valorizaban mes a mes [...], pero más allá de lo económico, la gente quería apostar a otro estilo de vida [...] Tuvimos que tener mucho cuidado, y ser exigentes con las limitaciones del Código [de Planeamiento Urbano] para que la cosa no se nos vaya de las manos [...] Lo que pasó en Villa Gesell en la década del setenta nos había advertido que teníamos que tener más cuidado esta vez. Había que respetar la línea costera, utilizar elementos nobles, evitar las construcciones en altura, respetar espacios verdes y recreativos, en fin, lo que se hizo, y así se fue armando este lugar que para muchas personas es otro mundo, con otros tiempos, otros valores, otro paisaje. (Lisandro, 50 años, miembro del Colegio de Arquitectos de Villa Gesell)

¿Cómo era ese mundo y a qué otro mundo se contraponía? ¿Cuáles eran esos otros tiempos? ¿Qué incidencia tuvo la trayectoria metropolitana en el armado de este espacio? ¿Qué había que proteger y cómo? ¿Por qué el tiempo, entre tantos factores, asumía un rol preponderante en las representaciones nativas? Con estas preguntas, comencé a contactar a los habitantes de esta “aldea” que, llamativamente, resultaron poner más reparos al momento de concretar las entrevistas. Mis informantes geselinos no siempre funcionaban como puentes de contacto directo y tampoco lograba dar con algunos de los eslabones de las cadenas migratorias que habían organizado el entramado social de esta comunidad.

Dadas estas condiciones, los primeros datos que fui engarzando en un relato colectivo los obtuve mediante la implementación de otras técnicas. Así, profundicé en la lectura de *El Chasqui de Mar de las Pampas*: un periódico local y gratuito, cuya aparición se remonta a octubre del 2000. Este periódico presentaba trayectorias biográficas que encarnaban estos movimientos poblacionales, el desarrollo de emprendimientos locales, la intervención de voces sobresalientes de la comunidad, y además tenía un rol clave en

los modos de imaginar la comunidad marpampeana. En esta lectura algunos conceptos empezaron a recortarse de modo significativo: “naturaleza”, “tranquilidad”, “comunidad”, “vecindad”, “lentitud”.

Otro recurso resultó ser un libro de cuentos titulado *Qué hacemos en invierno*, escrito por María Mercedes Guerrero, una contadora que, cansada de “no tener tiempo para escribir” –según su biografía–, decidió mudarse a la localidad de Mar Azul, lindera con Mar de las Pampas. Este libro reúne un conjunto de relatos sobre diversos personajes, algo solitarios y obstinados, que se enfrentan, durante el invierno, a un conjunto de situaciones climáticas, sociales, económicas y ambientales. Estos personajes habitan en una localidad ficticia que se levanta entre bosques y mares; una localidad aislada, pero profundamente conectada con los ritmos de la naturaleza y con fuertes lazos de solidaridad. Más adelante, pude detectar etnográficamente que estos personajes encarnaban algunas de las historias que podían encontrarse en las localidades del sur, reforzando también las representaciones más establecidas sobre los modos de habitar en este reducto tan aislado como conectado con el mundo.

Tras insistir y ensayar las primeras hipótesis con los datos incipientes, logré penetrar en las representaciones nativas y delimitar algunas de las prácticas más significativas de aquel espacio. Así, en las primeras incursiones en esta extensión de mi campo original, me concentré en explorar las características generales de este movimiento que había arribado a las playas del sur en el Partido de Villa Gesell.

La mayoría de las personas que entrevisté habían llegado a esta localidad entre el 2001 y el 2005. Tenían entre 45 y 60 años al momento de entrevistarlos y cerca de dos décadas menos, al momento de su llegada. Muchos de ellos, como me indicó Analía, habían venido “con el proyecto de otra vida en familia” (49 años, agente inmobiliaria). Es decir, constituían parejas jóvenes con niños en edad escolar. En aquellos años, según sus relatos, Mar de las Pampas se “vendía como un paraíso” y esa venta, de alguna manera, los motivó para conocer un lugar que, hasta ese entonces, no se presentaba como el objetivo de ningún radar (Noel, 2018). Ellos me explicaron, también, que la crisis del 2001 había sido un factor desencadenante del movimiento, pero que los deseos de emprender “una nueva vida” estaban presentes desde antes.

Nos vinimos después de que estallara todo. No habíamos tenido ningún problema en particular, pero nos terminamos de dar cuenta que la vida que llevábamos acá no era la que queríamos [...] Pensábamos mucho en irnos, pero en el 2002 dijimos: “es ahora” [...]

Como muchos argentinos, teníamos miedo, miedo de un montón de cosas y queríamos un lugar más tranquilo, con una vida más tranquila. (Susana, 50 años, hotelera)

Hay algunos geselinos que viven en Mar de las Pampas, pero la mayoría son porteños o de las grandes ciudades, que vinieron específicamente a buscar este refugio [...] Villa Gesell es demasiado ciudad para eso que buscaban [...] Buscaban algo más chiquito, más acogedor, más natural. (Mirta, 60 años, directora del museo local)

Las cadenas migratorias se habían forjado a partir del verano: conocer Mar de las Pampas durante el tiempo estival había sido el desencadenante para instalarse. Algunos de los migrantes metropolitanos que abandonaron la gran ciudad lo describieron de esta manera: “Vinimos un verano, nos enamoramos y nos quedamos y así fuimos contagiando a otras parejas amigas que también decidieron venir” (Susana, 50 años, hotelera). “Queríamos irnos, buscamos varias opciones, conocimos algunas ciudades chicas y, bueno, terminamos acá [...]. Cuando vinimos en verano vivimos la magia de este lugar y nos imaginamos toda la vida acá” (Silvina, 42 años, comerciante).

Quienes ya habitaban en Villa Gesell y habían estado “siguiendo de cerca el fenómeno” coincidían con estas representaciones. Lisandro –miembro del Colegio de Arquitectos– y Esteban –un geselino que tiene uno de los almacenes más grandes de Mar de las Pampas– me indicaron lo siguiente: “En esa época en esta tierra virgen había muchas oportunidades para todos [...] Amigos arquitectos que primero se hicieron la casita de verano y después se quedaron [...] Montaron inmobiliarias, constructoras y todo con un estilo muy propio” (Lisandro, 50 años, miembro del Colegio de Arquitectos). “Vinieron de Buenos Aires, mucho porteño, de Mar del Plata también, pero siempre de ciudades grandes. Vinieron con la idea de venirse los fines de semana e ir desarrollando algo, pero se fueron quedando” (Esteban, 40 años, almacenero).

El fragmento del testimonio de Esteban destaca algo importante: quienes llegaban a esta localidad lo hacían con la idea de “ir desarrollando algo”. Si bien este movimiento poblacional escapa de las tradicionales razones “económicas” que han marcado el desarrollo de la mayoría de los estudios migratorios, lo cierto es que esos sujetos tenían que encontrar –en sus palabras– “un modo de sobrevivir”. Tal como había ocurrido con la localidad de Villa Gesell en los albores de su historia, el turismo y la construcción fueron los dos sectores fundamentales para su desarrollo. Si bien se trató, principalmente, de sectores medios y altos establecidos que no necesitaban encontrar rápidamente una inserción económica, estas ramas de la economía local prometían incrementar, incluso, sus patrimonios: “Vinimos pensando qué hacer, no teníamos muy en claro qué proyecto

emprender [...] Había mucho para hacer y teníamos algunos ahorros para invertir y esto era un poco la tierra prometida, tirabas una semilla y prendía”, me dijo Juana (47 años), quien había ejercido de maestra en la localidad bonaerense de Ramos Mejía y ahora trabajaba junto a su esposo en una cafetería de la cual eran dueños.

Emanuel tiene 43 años y es el director de la Unión del Comercio y la Industria de Villa Gesell (UCI). Tuve la oportunidad de entrevistarlo en una ocasión, en el 2019, y en nuestra charla postuló rápidamente una historia de vida que puede iluminar de diversas formas este fenómeno que nos convoca. Su relato comenzó con estas palabras:

Nací en Buenos Aires y hace 16 años, por un proyecto familiar, nos vinimos todos para acá, la familia completa. Vinimos para cambiar de aire, pero también con la intención de generar otro modo de subsistencia, armar nuestro propio proyecto económico. (Emanuel, 43 años, director de la UCI)

Había llegado, como tantos otros, en el 2003 cuando la localidad de Mar de las Pampas incrementaba su población y extendía su superficie construida mes a mes. Me contó que, una vez instalados, construyeron “un complejo de apart. Un complejo bastante importante que fue el más destacado durante mucho tiempo”. Emanuel representa a distintos comercios e industrias de todo el Partido de Villa Gesell y, desde su posición, encuentra algunas diferencias para destacar entre las localidades que componen esta figura político-administrativa:

Las localidades son distintas, distintas en invierno y distintas en verano. No comparten el turismo, ni las personas que viven de forma permanente. [...] Se diferencian, Mar de las Pampas y Mar Azul se diferencian. Comparten las condiciones topográficas, pero no venden el mismo turismo. El bosque, el médano, las calles de arena, las playas anchas. En ambos lugares tenés gente que vino quizás de grandes ciudades, en ese sentido se parecen, pero Mar de las Pampas tiene una inversión muy superior, tiene un *target* muy arriba, más arriba que las otras localidades [...] Apuntan a públicos diferentes. Mar de las Pampas, del Partido de Gesell, es la localidad que más trabaja fuera de temporada [...] Acá las calles se abrieron de manera privada... fue el desarrollador. Se zonificó bien: la zona hotelera, la zona comercial, eso lo propuso el desarrollador hace 50 años. El concepto es distinto. En Mar Azul son cuadrículas. En Mar de las Pampas son todas *cul-de-sac*, como te desarrollan hoy un barrio privado [...] Las Gaviotas es un mix entre Mar Azul y Mar de las Pampas. Es muy chiquito, son seis cuadras de frente de playa, muy chiquito. Hay complejos nuevos, con infraestructura, con spa, con piscina cubierta, pero le falta un poco de estilo [...] Y bueno, Gesell es muy distinto, más masivo, menos recursos de los veraneantes, mucha juventud, es distinto [...] Vos me decís con quién venís y cuántos años tenés y yo te digo en qué lugar la vas a pasar mejor. (Emanuel, 43 años, director de la UCI)

Emanuel estaba convencido de que las diferencias hacían crecer al Partido en su conjunto y que había que saber postularlas al momento de ofrecer los destinos.

Esa pelea eterna Mar de las Pampas y Gesell... No entender que son productos diferentes, que hay que venderlos como productos diferentes. En Mar de las Pampas a las 11:30 de la

noche está todo el mundo durmiendo. Acá [Gesell] están viendo a dónde van a comer. Son complejos chicos, Mar de las Pampas es muy familiar, los restaurantes abren a las 8 de la noche. Llega gente muy temprano a comer, con chicos, es todo muy familiar. Es otro concepto. (Emanuel, 43 años, director de la UCI)

También sostenía que, de las tres localidades, Mar de las Pampas tenía mayor protagonismo. Según su perspectiva, esta localidad era como el epicentro de un “estilo de vida”, un “modo de hacer negocios” y de “ofrecer servicios turísticos”; Mar Azul y Las Gaviotas se acercaban, más o menos, a ese parámetro. Al preguntarle por los modos en que Mar de las Pampas se había logrado destacar de esta manera, Emanuel me comentó:

En Mar de las Pampas fue todo sin querer. No hubo un plan maestro, como sí quizás se puede encontrar en Gesell. Acá fue todo sin querer [...] Nosotros vimos, cuando llegamos, que había dos complejos un poquito más importantes y quisimos que el nuestro sea un poco mejor. Y así todos [...] Los que fueron llegando a esta localidad, eran todos de Buenos Aires, con conocimiento, gente viajada, que fue poniendo, dentro de lo posible, sus negocios mejor que el resto. Y eso iba subiendo la vara, y la gente iba mejorando, las cosas. Y bueno, sin querer, Mar de las Pampas se convirtió en lo que es. (Emanuel, 43 años, director de la UCI)

Con un poco de ironía, le pregunté si se trataba de competencia o de una suerte de superación colectiva, y no dudó en elegir la segunda opción. Por su parte, Esteban, quien –como sostenía él– tenía “un pie adentro y otro afuera”, coincidía en que las cualidades de los recién llegados imprimían algunas características a esta localidad que la diferenciaban y la hacían distinta. Sin embargo, los sentidos para él eran otros. Esteban nació en Villa Gesell, vivió allí toda su vida, y Mar de las Pampas sólo representaba una fuente de trabajo. Desde su perspectiva, trabajar en este lugar era muy difícil porque “los porteños son muy individualistas”. Sostenía, al igual que Emanuel, que la localidad se había ido creando a fuerza de intervenciones privadas, pero para él eso era un problema que, más de quince años después, seguía imponiendo obstáculos y desatando tensiones. En sus propias palabras:

Acá no hubo mucha intervención estatal, fue todo privado. El privado acá es muy individualista: “yo vengo bien y no me importa mucho qué le pasa al de al lado. No me importa, no quiero, no me mezcles” [...] A la municipalidad le cuesta mucho llegar hasta acá. Son cerrados, se creen diez veces más que vos. La soberbia que hay acá, no lo podés creer [...] La otra vez, teniendo la discusión de fuerzas, de qué somos, qué no somos, y bueno, Mar de las Pampas representa sólo el 5% de impuestos aportados, pero creen que pueden exigir todo porque, como te dije, se creen superiores. (Esteban, 40 años, almacenero)

Susana, la dueña de un pequeño complejo hotelero, me brindó otra configuración sobre la relación que los recién llegados entablaron con la municipalidad o, como dicen ellos, con “el Estado”. Establecía que, si bien “necesitaban de las intervenciones municipales”,

preferían “trabajar” entre ellos en la resolución de los problemas: “Los vecinos acá somos fuertes, trabajamos juntos, nos relacionamos, nos comprometemos. Hay un problema y enseguida nos ayudamos entre todos”. Mientras que Emanuel veía en esto un conflicto, Susana lo destacaba como una de las peculiaridades más valoradas de esta comunidad. Las páginas del *Chasqui de Mar de las Pampas* reponen muchas de estas tensiones que se despliegan entre los vecinos marpampeanos y la municipalidad de Villa Gesell; tensiones que se levantan sobre la posibilidad de asfaltar, la colocación de una antena de comunicación, las propagandas turísticas, el desarrollo de obras públicas, la creación de una escuela, entre otras (Noel, 2011b).

Dentro de la caracterización de las prácticas y representaciones que dan sustento a este movimiento, es importante mencionar que muchos de los protagonistas me comentaron que decidieron emprender el cambio de residencia porque podían seguir desarrollando sus actividades laborales desde este lugar alejado del bullicio. A su vez, otros tantos sostuvieron que podían poner en práctica un movimiento pendular que conectaba Mar de las Pampas con la ciudad de Buenos Aires. La cercanía con la ciudad de origen posibilitaba “ir y venir” cada vez que lo necesitaban. Esto funcionó, también, para organizar el desplazamiento en etapas: “primero vino mi marido y después yo con mis hijos”, sostuvo Susana (50 años, hotelera). Una nota de *Página 12*, titulada “Los que cumplieron la fantasía de irse a vivir al medio del bosque”, recupera testimonios que se inscriben en la línea señalada:

Yo fui el primer martillero de Mar de las Pampas. Vinimos a vender terrenos y pasábamos todas las temporadas. Desde el 2001 estoy viviendo acá, aunque viajo seguido a Buenos Aires, porque allá siguen viviendo mi esposa, Cristina, con la que estoy casado desde hace 20 años y mi hijo Lucas, que está terminando de estudiar. Ellos viajan seguido para acá y la idea es que nos vengamos todos. (Rodríguez, 2006: s/p)

Esta nota fue escrita por Carlos Rodríguez –ex director del museo municipal–, quien ha realizado diversas colaboraciones para este medio tratando de reponer algunas dimensiones del crecimiento de las localidades del sur. Como una suerte de corresponsal que narra desde adentro el fenómeno que observa, Carlos presenta testimonios, despliega análisis y recupera la historia que conoce de primera mano. Pude entrevistarle en el 2018 cuando ya no vivía en Villa Gesell, pero seguía manteniendo un vínculo fuerte con la ciudad que lo acogió durante más de veinte años. Recurriendo a su experiencia en el campo de la cultura, tanto en la entrevista como en sus notas destacó algunas de las

prácticas de estos metropolitanos, así como también las transformaciones culturales que habían generado.

Así, señaló que distintos personajes vinculados al campo de la cultura habían tenido un rol preponderante en este último movimiento poblacional que extendió el Partido de Villa Gesell hacia el sur y desató diversos procesos de segregación socio-espacial y desigualdad: “Pueden ir y venir, desarrollar su trabajo desde acá y, por supuesto, nutrirse de la inspiración que este lugar genera”. Si bien muchos de estos personajes “extrañaban” el movimiento cultural de la gran ciudad, acá se “encontraron con otra cosa, con el movimiento de la naturaleza que siempre entra en relación con la producción cultural”.

Entrevistar a estas figuras asociados con el mundo cultural porteño que se habían asentado en Mar de las Pampas no fue una tarea sencilla. Sin embargo, una vez más el “estar ahí” de la estrategia etnográfica me permitió encontrar un camino que, fuera de lo esperado, me contactó con Juan Forn: escritor, editor y el ex director de *Radar*, el suplemento cultural de *Página 12*. Juan migró a Villa Gesell, luego de la crisis del 2001, junto a su mujer y su pequeña hija. Vivió en esa localidad, cuando apenas llegó, y también en Mar Azul y Mar de las Pampas, cuando se separó de su mujer. Varios amigos lo cobijaron durante este tiempo, pero uno había sido clave: Tony quien le prestó una de las cabañas que alquilaban durante la temporada. Su amigo Tony también había llegado después de la crisis del 2001: la fábrica textil de su familia, asentada en Caseros, “no daba para más y se vinieron. Se vinieron a Mar Azul y compraron dos terrenos [...] Armaron una cabaña y ahí me quedé durante un tiempo”.

Juan forma parte de “La pandilla de Mar de las Pampas”, un grupo de amigos oriundos del AMBA que se juntan periódicamente a compartir lecturas, comidas y algún vino. ¿Por qué decidió Juan Forn correrse del epicentro cultural del país, abandonar la dirección de *Radar* y formar parte de este movimiento? Me intrigaba, particularmente, el contraste que podía extenderse entre el movimiento cultural en un escenario como Villa Gesell, y la concentración de recursos y posibilidades del lugar que había decidido abandonar. ¿Cómo llegué, entonces, a conocer a Juan?

Tal como solía hacerlo, una tarde de agosto del 2019, en medio de uno de mis recorridos por la ciudad, entré en la librería más importante de Villa Gesell: “Alfonsina”. Allí me atendió María, una geselina de 35 años, con quien me encontraba por primera

vez. La saludé y enseguida le pregunté por algunas recomendaciones de lecturas sobre Villa Gesell. María conocía muy bien estas producciones y, con mucha paciencia, fue repasando los nombres, buscando los libros y leyendo algunos de los fragmentos de las contratapas. Mientras la escuchaba, le conté que estaba realizando una investigación acerca del movimiento poblacional que arribó a esta localidad después del 2001. María me contó que ella también había regresado a Villa Gesell después de la crisis, luego de haber tenido que irse:

Yo nací acá, me fui y volví hace poco. Como muchos de los jóvenes de acá, me fui a estudiar: estudié Arqueología y Artes, pero no terminé. Después decidí viajar, viajé mucho [...], soy medio hija de hippies [...] Ellos se casaron y se vinieron a vivir acá en 1978. Mi viejo era de la JP [Juventud Peronista], tenía una hermana montonera, era medio terrible todo lo que pasaba en las ciudades, vivir en las ciudades era terrible, con amigos desaparecidos [...] Gesell era como el lugar de vacaciones de mi papá cuando era chico. Mi abuelo había venido, con el Plan Galopante, le había comprado un terreno a Carlos Gesell, en la época en que la clase media había venido mucho para esta zona [...] y, bueno, mis viejos se vinieron a vivir acá. [...] Esto era un pueblo, y fue difícil para ellos. Mi viejo dio clases un tiempo, era maestro, y después se dedicó a la carpintería. (María, 35 años, librera)

María recuerda con mucha alegría su infancia en esta localidad y, sin indagar específicamente, su relato me fue llevando hacia los temas que trabajé en el capítulo anterior. Sin embargo, me presentaba una perspectiva que, hasta ese momento, no había tenido en cuenta: la de los jóvenes que se fueron de Villa Gesell pero que, “después de los 30”, habían decidido regresar. ¿Qué atractivo tenía la ciudad para este nuevo tiempo biográfico? “Vivíamos a una cuadra del mar, tuve una infancia muy feliz [...] Hasta los 18 años es un paraíso para estar [...] Después cumplías 18 años y te tenías que ir porque no había nada más para hacer”. Se fue, pero volvió. Un día –según su relato– se descubrió mirando por Internet una cámara del canal televisivo geselino que registra distintas escenas cotidianas de la ciudad: “me quedé por horas mirando el mar de noche y me di cuenta de que extrañaba el mar”. Esa escena que me relataba la ayudó a tomar la decisión: abandonó la ciudad de Tucumán, donde vivía en ese entonces, y volvió a Villa Gesell: “extrañaba vivir cerca del mar, la tranquilidad, el ritmo de esta ciudad”. Al principio, le costó mucho “volver a la chatura del pueblo”, pero después “se acomodó”. Fue en ese momento en que me habló de Juan: “bueno, también influyó mucho que Juan estuviese acá, mi pareja”. Cuando le pregunté, sin sospechar nada, por esta historia de amor, me dijo: “Claro, cuando volví conocí a Juan Forn y empezamos una relación”.

Sin que yo pudiese decirle nada, María, con toda su generosidad, sostuvo: “Ya mismo le mando un mensaje, porque te va a venir muy bien entrevistarle y le va a encantar

charlar con vos”. Agarró el teléfono, escribió un WhatsApp y seguimos conversando. A los diez minutos me lo confirmó: Juan Forn me esperaba la mañana siguiente en la biblioteca popular de Villa Gesell. Seguimos hablando sobre su regreso a la ciudad por más de una hora, luego le agradecí por haber generado el contacto con el ex director de *Radar* y le prometí que volvería a visitarla.

Debo admitir que, en un comienzo, la entrevista con Juan Forn respondía más a una curiosidad personal por este personaje tan relevante para el mundo literario argentino que a una propuesta concreta de mi investigación. No obstante, la charla con él logró nutrir de nuevas características a este movimiento poblacional del cual formaba parte. De hecho, en diálogo con otros testimonios que recolecté durante el trabajo de campo, esta entrevista me permitió adentrarme en los motivos fundantes de este desplazamiento que logró empujar el establecimiento de la aldea atlántica. Un desplazamiento que huyó de la crisis, de los conflictos y tensiones sociales, pero sobre todo, un desplazamiento cuyos motivos se engarzan en una huida metropolitana (Abrantes y Trimano, 2020).

Cabe advertir que no buscaba indagar las razones, directamente, ni determinar una única causa capaz de impulsar a una persona o a un grupo a moverse en tal sentido. Trataba, por el contrario, de enmarcar este proceso de movilidad en un conjunto de prácticas y representaciones que se recortaban en torno “al lugar abandonado” y “al lugar deseado”. Así, entre las representaciones que se despliegan sobre “lo que se dejaba” y aquellas sobre “lo que se venía a buscar” —entre “las elegías y el encanto” (Trimano y Abrantes, 2018)—, logré arribar a una serie de hallazgos etnográficos que luego fueron sistematizados a través de categorías analíticas. Estos motivos, llamativamente, se enredaban todos en los laberintos del tiempo.

3. Una constelación de motivos

A las 9:00 de la mañana, y tal como me había indicado María, me paré en la puerta de la biblioteca popular de Villa Gesell, situada en la Avenida 6, entre los Paseos 104 y 105. Mi entrevistado llegó puntual. Me saludó, sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. “A esta hora no hay nadie y como a mí me gusta venir a la biblioteca, me dieron llave”, me dijo como si tuviese que explicarme la posesión de aquel elemento que le permitía ingresar a este espacio público.

Entramos, encendió las luces y las estufas, y acomodó dos asientos en un salón principal constituido por mesas largas de madera rodeadas por sillas de diferentes estilos

y colores. Desde allí, y con la vista hacia arriba, se podía observar una gran cantidad de libros en amplias estanterías. Estábamos en agosto y el frío golpeaba fuerte. Juan y yo llevábamos mucha ropa de abrigo y tardamos un rato en quitarnos las prendas para sentirnos a gusto en el ambiente. Luego de estos movimientos, me ofreció un té y enseguida fue a prepararlo.

A los pocos minutos regresó con una bandeja, dos tazas de té y unas cuantas galletitas sobre una servilleta de papel. Se sentó y, antes de contarme su historia, me habló del lugar que oficiaba de escenario para nuestro encuentro.

Esta biblioteca es como mi segunda casa, me encanta venir acá. Cuando llegué a Villa Gesell, tenía una barbaridad de libros y seguía recibiendo más y más desde Buenos Aires. Todos los meses me enviaban las novedades para que yo pudiese escribir las contratapas⁸³ de *Página 12*. No sabía qué hacer con tantos libros y me contacté con ellos y, bueno, estos libros que ves fueron una donación que hice. Me pone muy feliz que todos los geselinos puedan disfrutarlos [...] Yo vengo acá a leer, me encanta esta tranquilidad, me encanta este lugar [...] Por eso tengo las llaves, vengo mucho. (Juan Forn, 60 años, escritor)

A Juan no era necesario hacerle muchas preguntas. De hecho, fue él quien comenzó a entrevistarme a mí: “contame qué estás haciendo y cómo puedo ayudarte”. Ante su invitación, presenté algunas de las líneas de investigación de mi tesis y, por primera vez, sentía que podía utilizar algunos conceptos analíticos para postular las ideas. Entonces, esgrimí unas pocas palabras sobre el tiempo, el ritmo, las migraciones y esto de abandonar la gran ciudad para establecerse en una ciudad pequeña rodeada de médanos, mar y bosque. Enseguida él se reconoció en mis palabras o, mejor dicho, se reconoció como un sujeto capaz de aportar a mi investigación: “yo creo que mi historia personal te puede ayudar mucho [...] bueno, mi historia y la de tantos otros que llegan a este lugar huyendo de un conjunto de situaciones difíciles que vivimos en una metrópolis tan intensa como Buenos Aires [...] y es la historia, también, de quienes nos reciben”.

La pregunta por la llegada de Juan Forn a Villa Gesell no podía constituirse –al menos en un primer momento– como un descubrimiento antropológico: había leído su historia en unas cuantas notas que alguna vez le realizaron y en varias de sus contratapas. Con más o menos detalle, sabía el motivo principal que lo había llevado a esta localidad balnearia. Sin embargo, él decidió relatar ese momento, ya que, desde su perspectiva, había que darle un “marco a la entrevista”. Cuando me disponía a juntar los hitos que

⁸³ Desde el 2008 Juan Forn publica todos los viernes la contratapa del diario *Página 12*. Estos artículos tratan diversos tópicos y, según el escritor, todos fueron gestados en sus caminatas por las playas geselinas.

habían configurado el desplazamiento de él y su familia, agregó uno nuevo: más que Villa Gesell como destino, lo que parecía haber desencadenado el movimiento era la “necesidad de huir de la Ciudad de Buenos Aires”.

Yo me vine en una situación forzada. Dirigía *Radar*, el suplemento cultural de *Página 12* y tuve un coma pancreático, una pancreatitis que me mandó al hospital en coma. Estuve muy mal, pero no encontraron la causa y me dijeron que tenía que parar, que tenía que parar antes de estar cansado porque mi registro de cansancio estaba equivocado [...] Yo tenía 40 años, acababa de nacer mi hija y nos vinimos a vivir acá [...] Nosotros habíamos ido un par de veces al viejo Hotel Ostende, siempre me invitaban. Cuando empezamos a buscar lugares, teníamos que buscar lugares cerca de la ciudad, porque íbamos a seguir ganándonos la vida trabajando para Buenos Aires. Tenía que estar a una distancia accesible. Fuimos a ver Ostende y Valeria del Mar y nos dimos cuenta de que no había infraestructura suficiente. Vinimos a visitarlo a Saccomanno y ahí vimos que acá había hospital, escuela, algo de vida en el invierno. Estábamos tan jugados que alquilamos nuestro departamento de Buenos Aires y enseguida alquilamos una casa acá [...] nos vinimos sin saber mucho de este lugar. (Juan Forn, 60 años, escritor)

El desplazamiento que encarna Juan Forn no está motivado por un deseo circunscripto al destino, sino por la necesidad de abandonar el lugar habitado y poder “parar”. Cuando le pregunté qué tenía que parar, él me contestó lo siguiente: “el ritmo de vida que llevaba, el ritmo del trabajo, de quilombo, de movimiento, de eventos, de estrés, con todo eso tenía que parar, tenía que encontrar otra forma”. Así, llegó a esta localidad atlántica en el 2003 al igual que la mayoría de las personas que entrevisté, pero a diferencia de ellos no había en sus representaciones una imagen previa sobre el lugar que los acogería. “De este lugar me enamoré después, una vez que estuve acá”, señaló el escritor en medio de nuestra entrevista.

Cuando avancé en la indagación, me dijo que por ese entonces había leído algunas de las notas publicadas en los medios de comunicación sobre Mar de las Pampas: “esto del bosque, el mar, la tranquilidad y esta idea del paraíso. Bueno, yo necesitaba un paraíso para recuperarme”, pero insistió en que “no importaba en ese momento el lugar, sino la necesidad de irme. Quería algo más chico, necesitaba algo más tranquilo”.

Juan utilizaba conceptos complejos que fueron armados y atravesados por sus múltiples lecturas. No ahorraba en sonrisas y seguía con entusiasmo todas las propuestas temáticas que yo iba sumando a la entrevista. Cada tópico parecía abrirse como una posibilidad de brindar su testimonio y compartir algunas experiencias que él —sabe— “comparte con mucha gente que llegó a esta ciudad”⁸⁴. Sus palabras me permitieron

⁸⁴ Un lector suspicaz bien podría leer algunos de los párrafos que se extienden a continuación en clave de lo que Antonuis Robben (2011) denominó “seducción etnográfica”. Mediante este concepto, el autor refiere

entender que conoce los movimientos de la ciudad como todos los habitantes que la experimentan a diario; sabe, en este sentido, que Villa Gesell, en tanto partido, constituye un escenario que se ha movido de múltiples formas desde su origen hasta la actualidad: “hacia atrás, hacia el sur, hacia arriba y hacia abajo [se ríe]”. Esa faceta geselina le parece “fascinante” y por esto, ni bien llegó, junto con Guillermo Saccomanno, otro escritor radicado en la localidad de Villa Gesell, decidieron emprender la tarea de contar estas historias locales desde las voces y perspectivas de los estudiantes de la Escuela Media N° 1 de Villa Gesell. En una entrevista realizada por *Página 12*, Juan Forn sostuvo: “Gran parte de la gente que vive en Villa Gesell todo el año viene, originariamente, de otro lugar. Y llegó a la Villa en busca de otra vida. Una vida mejor, una vida más digna, una vida que se parezca más a la vida” (*Página 12*, 2004: s/p).

Recuperando uno de los relatos establecidos para explicar el movimiento de la ciudad, Juan entendía que Gesell se presentaba como una especie de refugio al que todos llegan “escapando de algo”:

Gesell tiene una serie de –yo lo llamo– capas geológicas de migrantes o de gente que ha llegado y se ha quedado. La primera fue en la época de la dictadura, que vinieron escapándose; la segunda, por las crisis económicas, la de hiperinflación, etc.; después, la del derrumbe del 2001, que es la que me tocó venir a mí [...] También tenés gente de todo tipo, ¿no? Y eso va generando diferencias. Tenés gente que vino de Santiago del Estero,

a los modos en que los entrevistados pueden, mediante un ejercicio de seducción (inspirada en la contratransferencia psicoanalítica), influir en las interpretaciones del investigador y por tanto en los resultados de una investigación social. Así, a partir de un ejercicio reflexivo respecto de sus propias prácticas etnográficas, Robben postuló que esta operación con frecuencia inhibe al entrevistador de sondear el discurso del entrevistado o de hacerle repreguntas, haciéndole perder la posibilidad de construir una distancia crítica con su discurso manifiesto. Esta seducción opera en dos sentidos: por un lado, puede llevar al entrevistador a identificarse con la visión del mundo que moviliza el entrevistado (lo que en la jerga antropológica se conoce como “comer de la boca del discurso nativo”); pero, por otro lado, también puede impulsarlo a “desconfiar” de la veracidad del discurso e intentar encontrar una verdad más profunda que estaría por detrás del discurso manifiesto. En ambas opciones, la dificultad que presenta la seducción es que “el etnógrafo frecuentemente no es consciente de que está sucediendo, e incluso puede buscarla inconscientemente” (Robben, 2012: s/p). Debo reconocer que, por momentos, las palabras de Juan Forn me condujeron a ciertas instancias en las que sus perspectivas parecía coincidir sin mediaciones con la mías. Juan hablaba con una terminología que me resultaba familiar, traía detalles de su biografía que me parecían “sorprendentes” y asumía además una postura crítica al momento de analizar prácticas y representaciones locales (es decir, buscaba correrse del “sentido común” y propiciaba un análisis que parecía portar otras intenciones). Sin embargo, durante la entrevista pude reconocer esas instancias y volverlas conscientes. De modo tal que, siguiendo las recomendaciones de Robben, busqué “separar el discurso de las apariencias” y así redirigir mis preguntas para restaurar el “desprendimiento empático” (Robben, 2012). A su vez, en una instancia posterior, al analizar los datos trabajé en los contrastes y similitudes entre las representaciones de Juan Forn y otros geselinos, contextualicé su discurso mediante una comparación exhaustiva con otros discursos volcados por él mismo en espacios de carácter público y fui cuidadosa al momento de introducir los fragmentos de la entrevista en mi análisis. Todas estas operaciones me permitieron “vigilar” la seducción y hacer un análisis contundente de los repertorios y representaciones que Juan movilizó durante nuestro encuentro.

que los padres hacían la cosecha y se volvían y alguno decidió quedarse, hasta los ricachones que se vinieron a Mar de las Pampas. (Juan Forn, 60 años, escritor)

Estaba claro, para él, que en Mar de las Pampas habitaban los sectores más establecidos y que los motivos de esos sectores eran bien distintos a los de otros. Cuando decidí contarme sobre sus venturas y desventuras en Buenos Aires, la tierra prometida de la cultura, desbordaron los detalles sobre sus trabajos, los circuitos por los que transitaba, la presión de llevar adelante proyectos culturales de gran envergadura, la falta de tiempo y la adrenalina constante en la que vivía: “Y no me daba cuenta y seguía, pero todo eso en algún momento pasa factura”. Mientras lo escuchaba, me di cuenta de que su testimonio trascendía los límites de lo autobiográfico para postularse como centro gravitatorio de otras experiencias. La diferencia, quizás más notoria, era su expresa voluntad para teorizar sobre el fenómeno.

Los elementos que fui detectando en el relato de Juan Forn me empujaron a explorar con más detalle los modos en que los protagonistas del movimiento recortaban los móviles de su desplazamiento entre representaciones que entrelazaban experiencias del lugar abandonado y expectativas sobre el nuevo lugar de residencia. Algunos testimonios, como el de Juan, estaban más anclados en la huida, en la necesidad de salir de esa gran ciudad que los “agobiaba”, “enfermaba”, “arrastraba” o “consumía”. Había una búsqueda, claro, la de encontrar una serie de dinámicas espaciales, temporales y sociales ausentes en la gran ciudad y que creían poder hallar en escenarios más periféricos o, como establecía la nota de *Clarín* que figura al comienzo, “alejados del mundanal ruido”. Algunos entrevistados habían visitado las playas geselinas, particularmente las marpampeanas, y decidieron que ese lugar podía ser el indicado para emprender una nueva vida. Otros contaban con algún amigo o familiar que ya vivía en la localidad y, como me explicó Susana, “pedían consejos, que les contáramos cómo era vivir acá, no sé, la tranquilidad, la seguridad, esto de que somos todos muy solidarios” (50 años, hotelera).

Todos, en última instancia, querían experimentar un cambio en sus estilos de vida y las localidades del sur –en especial, Mar de las Pampas– parecían ser lugares, como me indicó Juan, “idóneos” para este proceso.

Son lugares bastante idóneos para empezar de nuevo o para gente que empieza de nuevo. La clásica es te vas a la Patagonia o a San Martín de los Andes, o te vas a Nono o cualquier pueblito de Traslasierra en Córdoba o te vas al norte, al noreste, y después también están los que se vienen a la costa, que tiene un departamentito o una casa o, simplemente, lo

conocen de algunas vacaciones [...] La costa, además, está en el imaginario de todos los argentinos. (Juan Forn, 60 años, escritor)

¿De qué se trata este cambio? ¿Qué es lo que se deja y cómo se empieza de nuevo? Con estas preguntas comencé a armar esa constelación de motivos que impulsan este movimiento poblacional. No había una sola causa, sino un conjunto de experiencias que se balanceaban entre claros y oscuros, entre recuerdos metropolitanos y expectativas sobre una vida apacible en una ciudad balnearia de tamaño medio que vive, esencialmente, del turismo. Puesto en otros términos, el movimiento se delimitaba en una comparación entre escenarios sostenidos por diversas fantasías geográficas (Rowles, 1978).

El primer elemento que se recortó entre los relatos fue la necesidad de estar cerca de la naturaleza. Cansados del “cemento”, “los cableados”, “el asfalto”, “el amontonamiento”, “el poco espacio” y “la falta de vegetación”, estos sujetos emprendieron un cambio de residencia buscando “entornos más vírgenes o menos intervenidos por la mano del hombre”. Basta mirar algunas de las grandes ciudades de la Argentina para entender que este tipo de escenarios produce una naturaleza dominada, civilizada y reducida por el despliegue y la preponderancia de lo construido.

Según Simmel (2005 [1903]), la ciudad moderna deviene en el producto de la lucha humana contra la “naturaleza”, y, por ello, su paisaje e imaginarios se componen con artefactos producidos por la técnica: cableados, chimeneas, rascacielos, acero, asfalto, antenas, avenidas, luces y carteles. Lo “natural” parece reducirse o ajustarse a los confines materiales de la ciudad, en cauces soterrados, árboles alineados, ríos domesticados, y cerros y montañas atravesadas por túneles (Greene y Abrantes, 2021). Por este motivo, para quienes habitan en grandes urbes los pocos espacios donde predomina lo “natural” son altamente valorados y vuelven a ellos con atención y placer, aunque reconocen que cada tanto es preciso salir de la ciudad para experimentar un contacto más estrecho con los recursos que brinda la naturaleza (Lynch, 1959).

Florencia es fotógrafa. Llegó a Mar de las Pampas en el 2005. En la reconstrucción del movimiento que realizó junto a su pareja, me brindó los siguientes detalles sobre las experiencias de habitar la gran ciudad y la búsqueda del cambio “natural”:

Vivíamos en un departamento en Palermo, con un balcón de piso de baldosa [...] Tenía un par de plantas en el balcón y adentro, trataba de sentir que no era todo cemento y que había algo vivo en mi casa, más allá de mi pareja y yo [se ríe] que había vida. Todos los días el subte, el lío de la ciudad, no se podía ni estar [...] Yo trabajaba para un diario, me gustaba

el trabajo, pero la verdad estaba cansada de la vida que tenía. Lo pensamos mucho, porque había cosas que se ganaban y se perdían. Para nosotros la vida al aire libre era clave y entonces abandonamos ciertas comodidades de Buenos Aires [...] No sabíamos mucho cómo íbamos a hacer acá, teníamos que tratar de mantener nuestros puentes con Buenos Aires, al menos al principio. (Florencia, 50 años, fotógrafa)

Sabemos que la distinción entre naturaleza y cultura, entre lo pastoril y lo urbano, forma parte de una construcción social que ha ido admitiendo múltiples formas en diversos contextos (Williams, 2017). Esta distinción ha sido tomada por válida tanto por la ciencia como por los sujetos que, en su día a día, organizan su experiencia cotidiana creando conceptos que les permiten interpretar y actuar en el mundo que habitan (Noel, 2017). Algo así como si existiera una necesidad imperiosa de determinar que lo que no forma parte de la cultura es necesariamente parte de la naturaleza, y a la inversa.

Sin embargo, a partir de algunas propuestas antropológicas desplegadas durante las últimas décadas –de la mano de la antropología de Philippe Descola, Tim Ingold, y Bruno Latour–, empezamos a comprender que la naturaleza es una producción tan social como la cultura, aquella categoría capaz de asumir todos sus rasgos artificiales. En tanto producción social, la naturaleza también admite la potencialidad de la agencia; es decir, la capacidad de intervenir sobre los cursos de acción de los sujetos.

A pesar de los intentos por problematizar esta potente dualidad, es posible sostener que, desde una perspectiva nativa, lo urbano –y con ello, todos los artefactos que la urbanidad produce– avanza en detrimento de cierto estado natural que porta las cualidades de pureza y virginidad. Como me comentó un entrevistado, haciendo referencia al lugar que decidió abandonar: “cada vez más edificios, cada vez más altos, más personas por metro cuadrado [...] y eso lleva a menos luz, menos árboles, menos naturaleza. La ciudad va contra eso” (Carlos, 65 años, ex director de Cultura). En definitiva, la ciudad va contra “eso” que ellos salen a buscar.

María Cátedra Tomás (2009), en un trabajo en el que analiza las dinámicas de cuatro balnearios europeos, sostiene que estos espacios –que se levantan entre expresiones lúdicas y terapéuticas– alteran el equilibrio entre el campo y la ciudad. “El balneario se convierte así en un espacio de trasgresión del orden urbano y acercamiento íntimo con el campo y el paisaje” (Cátedra Tomás, 2009: 184). Postulan, así, una especie de ilusión de un regreso a la naturaleza cuando ésta ya ha dejado de ser, en esencia, “natural”.

Los balnearios situados sobre el litoral atlántico de la Provincia de Buenos Aires son –en términos de su clasificación formal– localidades pequeñas o medianas engarzadas en una red de municipios apostados sobre la costa. Es decir, no son pueblos aislados con rasgos rurales, sino ciudades de distinto tamaño que se encuentran más o menos desarrolladas en lo que hace a su infraestructura y servicios. Juan Forn me explicó que “el contacto con la naturaleza era sumamente necesario” porque se “tenía que desintoxicar de la ciudad”. Pero, como hemos visto unas líneas más arriba, en esta búsqueda resultaba esencial encontrar un lugar que contara, además, con escuelas, colegios y diversos servicios.

Federico, quien llegó a Mar de las Pampas en el 2004 junto a su mujer y sus dos hijos, me explicó algo similar. Cuando le consulté por el contexto que lo había llevado a tomar la decisión, me dijo: “Salir del cemento y entrar en contacto con el verde [...] Encontrar otros modos de estar, no sé, es bastante profundo y filosófico, pero necesitábamos eso, vivir en un lugar menos intervenido” (Federico, 48 años, comerciante). Sin embargo, este contacto con la naturaleza no podía realizarse sin ciertas “accesibilidades”: “Claro, tampoco irnos al medio de la nada [...] Tenemos chicos chicos [...] Acá a siete km tenemos todo: escuelas, hospital, centro comercial, todo lo que se necesita”.

Mirta, quien migró primero a Villa Gesell y luego se instaló en Mar de las Pampas, también se refirió a los modos en que la naturaleza dialoga con las cualidades urbanas:

En esta ciudad no tenés que salir a buscar nada, vivís en la naturaleza misma; en el bosque, en la playa, con los médanos, pero no estás aislado en el medio de la nada [...] Es una ciudad, digamos, con estos paisajes dentro de ella misma. (Mirta, 60 años, directora del museo local)

Juan Forn posee esa misma doble pertenencia de Mirta: primero llegó a Villa Gesell y se radicó en una casa que alquiló en el Barrio Norte de esta localidad. Luego se separó y pasó algún tiempo en “casas de amigos”, todas ellas situadas en Mar de las Pampas y Mar Azul. Finalmente, buscó su propia casa, que está emplazada en la emblemática localidad marpampeana. Evidentemente, sintió alguna necesidad de explicar su nuevo “corrimiento”, porque enseguida me explicó que en Mar de las Pampas tenía a “sus amigos”, y que además este lugar respondía, de algún modo, a sus expectativas estéticas.

El primer invierno fue difícil, pero de alguna manera algo pasó, nos encariñamos con el lugar y nos quedamos. Yo llevo 16 años acá y me acabo de comprar una casa, así que ya está, yo creo que va a ser mi casa hasta que me muera. Conseguí una casita en Mar de las Pampas. Esa es otra cosa que no se puede decir mucho, pero Gesell es una especie de

cachetazo estético [se ríe]. El millonario principal es cementero, vende cemento, ahí tenés la explicación [...] Mar de las Pampas tiene eso que decían los diarios, es un paraíso: mar, bosque, paz. Estás cerca de todo, además, entonces la ecuación cierra. (Juan Forn, 60 años, escritor)

En esa mixtura entre las “comodidades urbanas” y “el contacto con la naturaleza” –en esa ecuación de estar lo suficientemente lejos, pero cerca–, la localidad de Mar de las Pampas se postulaba en las representaciones nativas con todo lo necesario para emprender el cambio. En esta conjunción, se destacó otro elemento: la naturaleza posee –desde la perspectiva de quienes se desplazaron– ciertas propiedades curativas o, como señaló Juan, la capacidad de desintoxicarte de aquellos males que parece portar la gran ciudad. Se trata, como indicó Julieta Quirós (2014: 18) de una “suerte de huida conservadora y conservacionista del *si*”. Dentro de la variedad de elementos que señalaron, el mar fue, sin dudas, el más destacado.

Al respecto, resulta importante recuperar un breve repaso sobre el origen de la figura del balneario. Alain Corbin (1993) sostiene que hacia principios del siglo XVIII el vínculo de los hombres con los territorios costeros comenzó a transformarse y las capacidades curativas de los recursos naturales desempeñaron un rol clave en este proceso. Fue la aristocracia inglesa la que, alentada por diversos consejos médicos, empezó a frecuentar un conjunto de *resorts* que se instalaron a orillas del mar bajo la precursora necesidad de cuidar la salud y la higiene. La historiografía coincide en señalar que, si bien existían diversos lugares en donde la nobleza y la aristocracia británica podían tomar sus baños curativos, el primer complejo turístico costero de baños marítimos, que data de 1720, se emplazó en la localidad inglesa de Scarborough. Como señala John Walton (1983), la creación de este balneario se enmarcó dentro de un proyecto terapéutico más amplio dirigido a las clases altas y fue inspirado por el modelo de las estaciones termales ya instaladas en los circuitos recreativos de Gran Bretaña.

El develamiento del mar como fuente de salud y regeneración del cuerpo se vio acompañado por un movimiento artístico que tendió a representar el pasaje del territorio costero desde la figura del infierno hacia la del paraíso. Con el tiempo, los espacios de cura y regeneración –de cuerpo y mente– fueron mutando hacia lugares de veraneo. Así, y bajo cierto impulso comercial, comenzaron a multiplicarse en varias latitudes las estaciones marítimas configuradas específicamente para ofrecer servicios orientados a satisfacer las necesidades de los primeros turistas estacionales de sol y playa.

Al recorrer las entrevistas realizadas a los habitantes Mar de las Pampas, me encontré que el mar volvía a asumir esas cualidades que habrían marcado los inicios de estos destinos turísticos. “El mar cura todo, te conecta con la vida”, sostiene Jazmín (47 años, gastronómica), mientras que Susana entiende que “estar cerca del mar, respirar ese aire puro, influye en la calidad de vida, vivimos de forma más sana acá. Caminas, respiras, te conectas con la naturaleza” (50 años, hotelera).

Leticia D'Ambrosio Camarero postula que existen diversas formas de experimentar y practicar las territorialidades marítimo-costeras; es decir, que los grupos sociales que habitan en las cercanías del mar, sostienen múltiples relaciones con ese entorno.

El mar define un conjunto de actividades y un lugar con una particularidad, donde diversos elementos adquieren una entidad especial [...]. Y donde la agencia pareciera estar en el mar, en la costa que con sus cambios, lleva a los individuos a enfrentarse a situaciones que se transforman en un aprendizaje. (D'Ambrosio Camarero, 2017: 37)

Teniendo en cuenta esta consideración, encontré que para mis entrevistados el contacto con el mar representa “más salud” y, como me dijo Susana, si bien el desplazamiento te hace “perder muchas cosas, amigos, circuitos, movimiento, en realidad ganás sobre todo en salud. Acá caminas mucho, estás tranquilo, mi marido, por ejemplo, ya no tiene tantos problemas de presión, te desconectás” (Susana, 50 años, hotelera).

Juan Forn, por su parte, considera que el mar fue su amparo: lo que le permitió, finalmente, desintoxicarse de aquello que había desencadenado en un coma pancreático. Se había retirado de la ciudad, de la vida pública, del circuito cultural del cual era un referente. Pronto, el mar y la escritura de sus contratapas fueron su refugio.

Estaba enojado con Buenos Aires, con el diario, con el gremio, con mis amigos, con todo. Me fui desenojando, lentamente, con todo, menos conmigo mismo. Este lugar me ayudó mucho [...] Desde los 29 años tenía puestos de mucha responsabilidad y mucho poder. *Planeta, Radar*. Lo tomaba con naturalidad, pero cargaba con esa mochila. Venir acá y volver al llano. La ciudad tiene mucha facilidad para olvidarte y eso ayudó a volverme mejor persona. Una vez alguien me lo dijo: “te prefiero mucho más ahora, que cuando viniste por primera vez de Buenos Aires”, mucha gente de Buenos Aires también lo notó. [...] Apenas llegamos, muy rápido, conseguimos una casa cerca del mar, que era lo que queríamos, y yo de a poco descubrí lo de las caminatas por la playa, que me cambió la vida [...] También voy a nadar a una pileta casi todos los días y camino por la playa. Ambas actividades, estar en el agua, estar suspendido en el agua, yo creo que me ayudaron a encontrar cierto sosiego y paz mental. (Juan Forn, 60 años, escritor)

Juan sostiene, a su vez, que el mar “te acomoda”. En este sentido, me contó que tenía la certeza de que entrar en contacto con esa “inmensidad” podía hacerle bien, pero no sabía

cómo ni cuánto. Tenía, en sus palabras, ciertas “fantasías” sobre lo que el mar podía darle, pero una vez allí terminó de comprenderlo.

El mar te castiga, el mar deteriora tu casa si no la cuidas, es una especie de escuela de carácter. El mar también te da, te da esas piedras que yo pongo en mi biblioteca [...] yo encontré respuestas a muchas preguntas que me hacía: desde el terreno literario y hasta el campo existencial, caminando por la playa. No importa las horas que me hubiese quedado sentado en casa pensando, no hubiese llegado a las mismas respuestas casi con seguridad. Ni siquiera cuando nado lo consigo. Hay algo que ocurre en la playa con el mar. (Juan Forn, 60 años, escritor)

Ese contacto con la naturaleza y las ausencias de grandes polos de consumo abrían, desde los protagonistas que emprendieron del movimiento, otro campo motivacional. Federico, quien vive en una de las casas más alejadas del pequeño centro comercial marpampeano, me dijo: “En Buenos Aires es todo consumo, todo plata, todo ‘comprá, comprá’. Acá es distinto. Ese fue uno de los motivos por el que nos fuimos”. También agregó que tanto ellos como sus hijos se habían olvidado de esa necesidad constante de consumir: “Estar en contacto con la naturaleza te ayuda a encontrar otras cosas, te olvidas de esa necesidad de estar comprándote el par de zapatillas que está a la moda para pertenecer” (48 años, comerciante).

El cambio del estilo de vida involucra a la naturaleza, las prácticas saludables, el autocuidado y la autocorrección, pero también implica una necesidad de “volver hacia el pasado”. Ese pasado se postula como un estado deseado frente a –como sostuvo un entrevistado– un “presente complicado”. Ante el avance de prácticas consumistas, la competencia, la vinculación con la tecnología o el “despilfarro”, este espacio se presenta como libre de esos “males”: “Acá estamos más lejos de todo eso, de esa intoxicación capitalista y consumista que te come”, me dijo Diego, de 62 años, quien tiene un restaurante de pastas que sólo abre durante la temporada turística. Agregó, además, que lo que más le gusta “es la autenticidad: se sigue viviendo como hace cincuenta años”.

Desde este punto de vista, el contacto con la naturaleza posibilitaría la recuperación de una experiencia ancestral y una vida saludable que fue mitigada por el avance de la creciente urbanización. Pero también el estilo de vida que puede practicarse en estas localidades parece erigirse como una recuperación de otros elementos desmantelados por el despliegue del “sistema capitalista y consumista”: la sencillez, el ascetismo y la austeridad (Abrantes y Trimano, 2021). Como explica Julieta Quirós, al analizar un movimiento similar que ha desembocado en el Valle de Traslasierra,

Constituyen, en este sentido, una modalidad de migración interna atípica: se desplazan en pos de un modo de vida que consiste en desandar el camino de la modernidad. Dejar la *ciudad* para irse al campo, lugar de “mejores oportunidades” ya no estrictamente económicas sino esencialmente vitales. Gente que no quiere progreso –se saturó de sus secuelas o de buscarlo sin éxito– sino regreso: regresar a las formas en que, alguna vez, sus padres, abuelos, bisabuelos, supieron vivir. (Quirós, 2014: 17)

La escala y la comunidad pequeña también se presentan como objetos deseados por los metropolitanos que salieron de la gran ciudad en busca del “cambio”. “Somos 200 familias, no más, y nos conocemos mucho entre todos [...] Nos ayudamos y, por lo general, estamos de acuerdo”, me dijo Susana (50 años, hotelera). Federico, al ser consultado por la escala, fue categórico: “Vinimos por eso, porque queríamos dejar de ser uno más del montón [...]. Algo chiquito, cuidado [...] Esos son valores para nuestros hijos, saber que se puede vivir más cerca del de al lado” (48 años, comerciante).

La localidad de Villa Gesell, en comparación con Mar de las Pampas, representa para ellos “otro mundo”. No sólo en lo que respecta al modo de “administrar” los servicios turísticos para los veraneantes, sino también “en cómo organizan su vida”. “Esto [Mar de las Pampas] es más chico, es otra cosa, somos distintos” (Susana, 50 años, hotelera). En un sentido similar, para Juan Forn la comunidad chica y la ausencia de anonimato redundan en un beneficio social. La posibilidad de “conocer” o “identificar” a tus vecinos trae, desde su perspectiva, una ventaja:

Yo hablaba de las grandes diferencias entre una ciudad grande y esto [...]. Yo siempre digo: acá el pobre, el loco tienen nombre y apellido; entonces los ayudas. Lo que te permite la ciudad grande, que es anonimizarte, te da cierta impunidad social en el comportamiento y eso acá... o por buenas intenciones o por conveniencia: “acá somos pocos y te conocen”. De una u otra manera eso redundan en lo que yo llamo cierto beneficio social. (Juan Forn, 60 años, escritor)

En la comparación constante con esa localidad vecina que había dado origen al Partido turístico, Juan y otros entrevistados me recalcaron que Mar de las Pampas y Mar Azul tienen algo que Villa Gesell ha perdido: “Mar de las Pampas y Mar Azul tienen lo que tiene el primer Gesell, la cosa de colono, de pionero, de ayudarse”, me dijo Juan. Y agregó detalles sobre un hito clave en su biografía:

Cuando me separé de la mamá de mi hija, fue terrible, un 22 de diciembre. La cadena de solidaridad marpampeana me sorprendió: fui pasando de casa en casa, me ayudaron mucho. Los primeros meses de separación pude sobrevivir gracias a ellos que me ayudaron hasta a ganar plata. Me cuidaban, preparaban una cama para mí, otra para mi hija. Yo creo que es ese espíritu de los inicios, de los sesenta. (Juan Forn, 60 años, escritor)

Por su parte, Esteban, acudiendo nuevamente a su posicionamiento “mixto”, me explicó la tensión que se desplegaba entre estos “vecinos” que habían forjado la comunidad marpampeana –algo cerrada– y el gobierno local:

Se piensa todo muy desde acá. Nosotros somos nosotros, para ellos no existe Villa Gesell. “no somos Villa Gesell, no pertenecemos a Villa Gesell”. Y si querés hacer algo acá, vení a pedir permiso. Son como los dueños de un *country*. Yo viví en Gesell toda la vida, yo soy sapo de otro pozo y cuesta mucho vincularme. Al gobierno también le cuesta porque no le permiten entrar [...] La parte del Estado nunca se metió demasiado y deberían hacerlo. En Gesell pasa otra cosa, tenés que tener otros controles [...] Estas familias administran la localidad como si fuera un barrio privado [...] Son pocos y se conocen mucho. No se meten en nada colectivo, sólo reaccionan cuando se quiere hacer algo. (Esteban, 40 años, almacenero)

Esteban también habló sobre esa idea de que Mar de las Pampas representa, por decirlo de algún modo, el espíritu de los orígenes de Villa Gesell, pero agregó un dato que revela ciertas lógicas locales: “Acá se jactan de que pudieron mantener un paraíso parecido al de los inicios. Con los médanos, el bosque, la comunidad chica y solidaria, pero, claro, viven de la ciudad fuerte que tienen a siete km. No es lo mismo” (40 años, almacenero). Bajo la expresa voluntad de generar “un contrapunto”, señaló algo que viene observando desde hace tiempo en este lugar: “se jactan de ser solidarios, pero son muy individualistas. Hay mucho lleva y trae, cosas que no podés ni creer. Mucho chismerío”. Juan Forn entiende lo contrario y remarca que esa condición está dada por la cantidad de movimientos que atraviesan de punta a punta todas las localidades que componen Villa Gesell. Sin embargo, asume su posicionamiento un tanto idealizado sobre el escenario en el que habita.

A diferencia del típico pueblo chico, infierno grande, en el que son siempre los mismos que van cambiando de generación –el hijo del panadero es panadero, el hijo del ladrón es ladrón, etc., etc.–, acá en Gesell, como en estos lugares del interior que te digo donde se prueba otra clase de vida, es tal la renovación de gente... no sé cuál es el porcentaje de “NYC”, de nacidos y criados, en Gesell, y de gente que se vino a vivir como nosotros, yo creo que estaremos casi a la par. [...] Además, hay mucha gente que viene y se va, viene y se va. [...] Ese crisol social y de origen geográfico hace que el chismerío local sea menos efectivo, porque yo puedo caminar perfectamente por la 3 y no saludar a nadie [...]. Hay menos sanción social, hay menos puterío [...] Aunque quizás, yo tenga una imagen un poco idealizada de este lugar. (Juan Forn, 60 años, escritor)

La seguridad, sin dudas, es otro factor de tracción poblacional. “Acá nos sentimos seguros, muy seguros y muy contactados entre todos”, “los chicos dejan la bicicleta en la puerta y por lo general no pasa nada”, “nos cuidamos entre todos”, “acá hay robos, no te digo que no, pero son pocos”, “no es un barrio privado, no hay seguridad de cámaras ni

muros, ni rejas, pero tenemos la tranquilidad de que esto es seguro, son los vecinos los que nos cuidamos”, sostuvieron mis entrevistados.

Juan entendía perfectamente la diferencia que el tiempo biográfico puede imprimir en las percepciones de esta localidad balnearia: “no es lo mismo para todos, eso hay que entenderlo. Yo me vine con 40 años, huyendo de una ciudad que me consumía”. Habíamos terminado el primer té y el ambiente ya se había entibiado lo suficiente. Llevábamos más de 40 minutos de entrevista y me preguntó si quería otro té; al aceptar, me dijo: “vení, vamos a calentar agua y te muestro un poco el lugar”. Mientras nos desplazábamos entre estanterías, libros y mesas amplias de madera, trajo a la conversación la experiencia de Matilda, su hija de 18 años que había abandonado la localidad hacía algunos meses. En esa recuperación, él se esforzaba por comprender que aquello que podía resultar atractivo y saludable para él podía, al mismo tiempo, presentarse como “obstáculo” para su hija: “Ella adora Gesell. Tiene buenos amigos acá. Matilda entra a nadar al mar conmigo. Militó acá, hizo muchas cosas [...] Pero se tuvo que ir y está bien”. Me contó que Matilda se había ido a estudiar a Buenos Aires como parte de un movimiento muy anclado en la localidad: “muchos se van porque acá ser joven cuesta mucho”. Un fragmento de una nota escrita por un vecino de la localidad y publicada en *El Chasqui de Mar de las Pampas* muestra con toda claridad este movimiento de llegada y de partida:

Siguieron llegando amigos. Amigos de otros amigos, que contagiados por nuestro entusiasmo decidieron probar. Llegaron hijos y hasta llegaron nietos. Y también hubo partidas. A algunos hijos este proyecto no les podía dar todo lo que buscaban. Y comenzaron a viajar. (Rescia en Trombeta, 2010: 19)

Juan, sin embargo, espera que un día vuelva. Si eso no ocurre, le gusta saber que su hija tiene un lugar para parar del ritmo acelerado de Buenos Aires, “me gusta saber que puede parar y volver”. Una vez que terminamos el segundo té, también acompañado de unas galletitas que Juan volvió a disponer sobre una servilleta, decidí que ya era tiempo de culminar el encuentro. Me pidió que le enviara mi trabajo, ya que tanto él como María – su novia– querían saber “qué puede decir una antropóloga sobre esto”. “Me interesa –me dijo– cómo se puede ver desde afuera, porque yo ya estoy adentro”.

Le agradecí todo la predisposición y el tiempo que me había dedicado y entonces, casi hacia el final de nuestro encuentro, la constelación de motivos volvió a iluminarse bajo un trasfondo contundente cuando él me dijo:

No hay nada que agradecer. Me alegra saber que acá tengo tiempo para estas cosas. Tengo tiempo para leer todos los libros que no leí, que acumulaba en mi biblioteca, tengo tiempo para caminar en la playa, tengo tiempo para hablar con vos, para venir a la biblioteca y conversar con los compañeros. Tengo tiempo para escribir, para mirar y escuchar mejor, tengo tiempo, tengo lo que antes no tenía. (Juan Forn, 60 años, escritor)

“Claro –le dije–, acá el tiempo no es tirano”. Se rio y me dijo que, viviendo en Mar de las Pampas, el tiempo se estiraba, se extendía, se transformaba y que, de alguna manera, el tiempo volvía a ser “propio”. Nos pusimos las distintas capas de abrigo que habíamos dejado sobre las sillas, llevamos las tazas a una pequeña cocina y emprendimos una caminata lenta, conversando, hacia la puerta de salida. Quienes trabajaban en la biblioteca ya habían llegado. Juan me los presentó y les contó acerca de mi trabajo; prometí volver a conversar sobre el proyecto de la biblioteca popular. Forn abrió la puerta, se acomodó una bufanda negra de lana pesada y nos despedimos, entre risas, esperando que “el tiempo vuelva a reunirnos”⁸⁵.

4. Elogio de la lentitud. Entre encuentros y desencuentros

La naturaleza, las propiedades “curativas” o “regenerativas” del mar, “los estilos de vida “saludables”, la posibilidad de una vida “menos consumista”, la escala y la comunidad chica, la seguridad y la presunta solidaridad constituyen esta constelación de motivos que empujaron el movimiento poblacional que arribó a la localidad balnearia de Mar de las Pampas. No obstante, atrás de esta constelación hay un fondo o, mejor dicho, un ligamento que hace que los elementos motivacionales se conecten, se solapen: el tiempo. Primero entre líneas, luego de forma contundente, mis entrevistados fueron dejándome

⁸⁵ El 20 de junio de 2021 una noticia inesperada colmó los principales medios del país y circuló con gran velocidad por las redes sociales: a los 61 años, en Mar de las Pampas, moría Juan Forn de un infarto. A la luz de estos hechos, algunas de las ideas que intercambié con él en nuestra entrevista admiten un tono distinto. La causa de su muerte, por ejemplo, me hace pensar en esa necesidad imperiosa que repetía como mantra: “bajar el ritmo”, “parar”, “empezar desde el llano”. Sin embargo, déjenme compartirles aquí una reflexión que surgió en torno a su cuento *Nadar de noche*: uno de esos relatos que logró colocarlo en el centro de la escena literaria argentina en un contexto –los años noventa– en el que “resultaba difícil, sino imposible, llegar a conmover con un libro”. Como no podía ser de otro modo, mientras charlábamos, recordamos la escena “más significativa”, me dijo él, de este texto: un hijo le pregunta a su padre muerto – que viene a visitarlo en sueños– cómo es la muerte y, ante esa pregunta, el padre contesta: “como nadar de noche, en una pileta inmensa, sin cansarse”. Fue así que iniciamos una conversación sobre las formas de imaginar qué pasa con nosotros cuando la muerte “toca a la puerta”, sobre los encuentros con aquellos seres queridos que ya no están, sobre la necesidad de encontrar alguna explicación y, también, sobre los sueños. Después de las “situaciones difíciles” por las que había tenido que pasar, Juan me dijo que “pensaba mucho en la muerte, más de lo normal”, pero que el impulso de abandonar la Ciudad de Buenos Aires fue, sin dudas, un “movimiento vital”. Las caminatas por la playa, el contacto con el mar y sus nados matutinos lo habían “transformado”. Como me dijo, contemplar y estar suspendido en el agua lo habían “ayudado a encontrar cierto sosiego y paz mental”. Por todo esto, Juan, espero que vos también estés nadando, en una pileta inmensa –o en el mismo mar que te supo acobijar– de noche y sin cansarte.

ver que el tiempo –en sus múltiples formas– constituye aquella dimensión central que enlaza las razones por las cuales emprendieron el viaje. El cambio de vida, como me dijo Juan, implica poder “asumir otro ritmo”. Se trata, en palabras de Gabriel Noel, de una suerte de “conversión”. Al “hombre viejo se le atribuyen todos los vicios de la vida urbana [...]: el stress, el “vivir a mil”, diversas enfermedades orgánicas o psicológicas”. Ese “hombre viejo” se convierte una vez que arriba a este lugar y “es regenerado a través del efecto redentor del paisaje y transformado en un hombre pleno, física, intelectual y moralmente saludable” (Noel, 2009: 222).

Tal como expliqué al comienzo de este texto, Mar de las Pampas se presenta como una ciudad lenta, una ciudad que hace de la lentitud un culto. “Acá no vamos a 100 por hora, vamos despacio y a esa velocidad la vida se te presenta de otro modo”, me dijo Diego (62 años, gastronómico). Ahora bien, ¿cómo se vincula esta lentitud con esos otros motivos que emergen en sus testimonios?

Al respecto, Susana me dijo que la naturaleza tiene un tiempo distinto al tiempo de la ciudad: “una cosa es lo que marca el reloj y otra cosa es lo que marca el bosque, el mar y naturaleza” (50 años, hotelera). Explorando estas tensiones, Manuel Castells contrapone la figura del “tiempo del reloj” con el “tiempo glacial”, y reflexiona sobre las distancias que separan la noción de un tiempo productivo y cronológico, con una percepción del tiempo más consciente del yo cosmológico que propone un ritmo vital de acción pausado, sin presiones y vinculado al contacto con la naturaleza (Castells, 2003). Esta misma contraposición la establecen los habitantes de Mar de las Pampas, quienes se proponen vivir “una vida sin prisa”, anudada a los tiempos que impone la propia naturaleza. “Es el tiempo del bosque”, sostuvo uno de mis entrevistados.

Entre sus principios, que intentan llevar a la práctica, se destaca la promoción de las caminatas, el uso responsable de automóviles, el desarrollo de un consumo “ético”, “orgánico” o de “baja huella ecológica”, el ejercicio de la contemplación, la desconexión de ciertos artefactos tecnológicos, como los celulares o la televisión, entre otros elementos (Noel, 2013b). “Vivimos despacio, poniendo la atención en otras cosas”, sostuvo Federico. Este elogio a la lentitud, al vivir sin prisa, les permitió además elaborar una marca turística con la cual esta localidad comenzó a identificarse: “proponemos un turismo distinto –me dijo Susana–, un turismo de descanso y contemplación, de tranquilidad, de contacto con la naturaleza, porque eso somos nosotros” (50 años, hotelera). Según Gabriel Noel, quien ha explorado la elaboración de esta “marca” –que

alguna vez quiso incluirse en el movimiento internacional del *slow city*⁸⁶, la singularidad de Mar de las Pampas en cuanto “ciudad sin prisa” logró atraer a un sector turístico de alto poder adquisitivo que llegó en busca de los mismos rasgos que defienden los residentes permanentes (Noel, 2013b). En una nota producida por la agencia de noticias *Télam*, se puede leer la siguiente invitación que indica las particularidades, la exclusividad y la filosofía lenta de este lugar:

Un paraíso de amplias y despobladas playas, entre enormes pinos, acacias y eucaliptus, espera por los visitantes a menos de cuatro horas de la ciudad de Buenos Aires, en Mar de las Pampas, una ciudad en la que, a diferencia del resto que componen la Costa Atlántica, el turista encontrará el entorno natural necesario para desconectarse de todas las preocupaciones [...] Como estandarte de la tendencia *Slow City*, esta pequeña y novata urbe costera es un remanso natural donde es prioridad la protección del medio ambiente. Con sólo un centenar de familias residentes, ofrece completos alojamientos en estilo rústico y una amplia cartelera gastronómica [...] La velocidad máxima de tránsito en auto permitida es de 30 km/h y la mayoría de los carteles invitan al visitante a caminar. Este transitar sin prisa es una de las principales características que hacen único al lugar. (*Télam*, 2013)

La ciudad se mueve despacio, atiende al tiempo de los recursos naturales que, a su vez, explota de forma turística para atraer a un sector que, desde sus perspectivas, promulga con el mismo estilo de vida. “No hay apurones, no hay bocinazos, no hay quilombo. Hay disfrute, informalidad y relajación”, me explicó Esteban (40 años, almacenero), destacando algunas de las dimensiones positivas de la localidad en la cual trabaja.

El ritmo de esta localidad es mucho más lento en invierno que en verano, por supuesto, pero aún más lento que en la localidad de Villa Gesell. Esta lentitud está dada por la topografía del lugar –mucho menos desarrollada urbanísticamente: menos asfalto, menos construcción en altura, menos cemento–, por la disposición urbanística, por las calles cortadas, zigzagueantes y la ausencia de veredas, por la cantidad de habitantes

⁸⁶ El trabajo etnográfico de Noel explora por qué Mar de las Pampas no es, no será y no podrá ser nunca una ciudad *slow*. En su investigación, el autor reconstruye el contexto en el cual ciertos sectores marpampeanos decidieron asumirse bajo la etiqueta de *ciudad slow* y algunos incidentes que tuvieron con la organización que se encarga, entre otras cosas, de supervisar los escenarios y decidir si una ciudad puede o no ser considerada una ciudad de este tipo, es decir, certificarla. En este sentido, explica que “... los promotores locales de la identificación recibieron cuenta de las razones por las cuales la certificación como ciudad *slow* no estaba y probablemente nunca estaría al alcance de Mar de las Pampas, todas ellas estructurales y en gran medida insalvables” (Noel, 2012b: s/p). Mar de las Pampas no tenía producción local, no podía imaginarse como un escenario autosustentable. Además, no tenía una historia prolongada y carecía “de una tradición local que pudiera aspirarse a preservar de la erosión metropolitana y cosmopolita” (Noel, 2012b: s/p). Por último, y más allá de las ambiciones, esta localidad parecía no contar con la preservación del entorno satisfactoria para los estándares del movimiento *slow*.

permanentes y por la filosofía que asumen y promueven: “nos tomamos la vida de otro modo, vamos despacio, contemplamos”, sostuvo Susana (50 años, hotelera).

En el recorrido por la localidad, cualquier visitante se encontrará con diversos carteles que indican que la velocidad máxima es de 30 kilómetros por hora y en el centro comercial podrá encontrar otros tantos que invitan al ejercicio de la paciencia y la calma. Este ritmo, sin dudas, es lo que les permite, desde sus perspectivas, llevar adelante la práctica de una vida saludable. En los testimonios, abundan las referencias al estrés, la presión, el desconcierto y el estilo agitado de la gran ciudad de la cual huyeron. Este ritmo, a su vez, los conecta con un consumo “responsable”, “orgánico” y “justo”. Predominan, en este punto, una gran cantidad de tiendas saludables que promueven consumos responsables y acorde al “buen vivir”. En una entrevista con la revista *Ohlalá*, Esteban Pallavicini, vicepresidente de la Asociación de Emprendedores Turísticos de Mar de las Pampas, que migró a esta localidad luego de la crisis del 2001, ante la pregunta por el consumo, sostuvo lo siguiente: “Porque no es el criterio que queremos. Nosotros no nos negamos al consumo, pero no queremos imponer el consumo. La vida lenta hace que seamos para todo más tranquilos” (Pallavicini en *Ohlalá*, 2006).

Diego tiene un restaurante en el que intenta poner a prueba estos parámetros. Me contó que cocinan con productos de estación y orgánicos, y que no hay nada elaborado previamente ni marcado: “Por supuesto, tardamos más en preparar los platos. Hay que tener paciencia, esperar la comida, dejarse llevar por esa espera y disfrutarla, y después tomarse un tiempo para saborear la comida” (62 años, gastronómico). Susana, dueña de un pequeño complejo de cabañas, indica lo mismo en la prestación de su servicio: “nosotros vivimos tranquilos todo el año y no nos montamos a la adrenalina del turista que viene de vacaciones, tratamos de que ellos se acomoden a nuestro ritmo lento y tranquilo” (50 años, hotelera).

Asimismo, es interesante señalar que los habitantes de este lugar se resisten a la instalación de antenas de comunicación, por ser molestas desde lo visual y dañinas para el ser humano. Tratan de evitar los carteles de publicidad y, en caso de que sean necesarios, suelen agregar leyendas que indiquen el ritmo lento que elogian. Las luces de neón tampoco están permitidas, y prefieren la calidez de la luz natural y la utilización de elementos “nobles” como la madera y la piedra. En este lugar son frecuentemente sancionados los ruidos molestos como las bocinas y las alarmas de automóviles. Incentivan, además, el uso de energías renovables y el reciclado de la basura.

Otro elemento temporal clave es que los habitantes entienden que tienen “más tiempo” del que tenían antes. Contar con más “tiempo” les permite optar por las caminatas, saborear los alimentos, “criar a sus hijos con más presencia”, atender “a los movimientos de la naturaleza” y “protegerla”, “mirar las necesidades de los vecinos” y “estar dispuestos a ayudar”, así como “cuidar de la salud y el cuerpo”. Volvamos un instante a la entrevista que sostuve con Juan Forn. En este encuentro, el escritor me comentó que cuando llegó a la localidad se dio cuenta de que tenía tiempo para hacer “muchas cosas que no había podido”.

La primera reacción cuando llegué acá fue, bueno, qué hago. Me traje los libros, los instalé y descubrí por lo menos uno de cada tres libros no leídos y dije: “bueno llegó el momento de leer todo esto [...] Las contratapas surgen de este tiempo, de poder dedicarle tiempo a esto. Y sucedió algo mágico porque me conecté con la pregunta que me hacía siempre: ¿qué tiene que ver esto que estuve leyendo conmigo, pero sobre todo con nosotros? Pensaba en un nosotros, por primera vez, en un nosotros [...] Con estas contratapas en *Página 12*, yo logré una relación con los lectores que nunca había tenido. Hay mucha gente que empieza a quererte, hay mucha gente que te quiere [...]. Yo no soy un tipo popular, no pertenezco al orden de lo popular; mi manera de escribir, mi comportamiento, etc., yo no soy del pueblo, pero algo ocurrió. El tiempo, la lectura, la pregunta, me contactaron con algo que va más allá. (Juan Forn, 60 años, escritor)

El tiempo productivo y veloz, al que parecían estar sometidos en el lugar que abandonaron –ese ritmo que estresó a Juan hasta llevarlo a un coma– acá parece no regir las conductas, la sociabilidad ni los estándares del trabajo. Las experiencias temporales se construyen por fuera de estas dinámicas, pero no hay que olvidar el factor social y económico que lo posibilita. La mayoría de los residentes de esta localidad no trabajan en relación de dependencia; son, como me dijo Esteban, “los dueños de los comercios, hoteles, restaurantes, y después tenés a toda la gente por cuenta propia, independiente. Los aclamados artistas o escritores, que también son sus propios dueños” (40 años, almacenero). Con estas condiciones, la posibilidad de administrar sus tiempos –que el tiempo sea “propio”, en palabras de Juan Forn– se vuelve un ejercicio posible.

Esteban sabe que hay algo que los representantes de esta comunidad no me están diciendo. Por esto, cuando le consulté sobre la fuerza de trabajo que sostiene los diversos servicios turísticos durante la temporada, me dijo:

Claro, la ciudad lenta, a todos nos gusta vivir más despacio, pero ¿es así para todos? Hay que tener en cuenta que toda la gente que viene a laburar durante esos meses [de temporada] está completamente tomada por el trabajo. Ellos no entienden bien los ritmos, no vivieron toda la vida en una ciudad como ésta. Llegan, así medio paracaídas, y tampoco les interesa entender cómo viene la mano. (Esteban, 40 años, almacenero)

Una vez aquí, resulta importante problematizar estas representaciones que parecen pintar una ciudad idílica en la cual cualquier sujeto estaría dispuesto a vivir, e incluso por la que abandonaría su lugar de origen para experimentar aquella prometedora vida apacible. En este sentido, el trabajo de campo me permitió detectar que estas nociones sobre la ciudad lenta y los ritmos de vida sin prisa, la exclusividad y el confort asumían ciertas fracturas al interpelar –ahora sí, directamente– por los modos en que los metropolitanos se habían ido adaptando a las cualidades de la ciudad sin prisa. En relación con este punto, en otro trabajo sostuve lo siguiente:

Los metropolitanos que deciden hacer sus maletas meten en ellas diversas fantasías sobre sus vidas futuras pero, al desempacar, la realidad rara vez se ajusta a sus anhelos. El campo ya no se agota en aquel “rural profundo” alejado de los procesos de industrialización, y las ciudades no metropolitanas, lejos de ser utopías comunitarias, son testigos de profundas cambios y objeto de nuevas vocaciones. La burbuja pronto explota al encontrar que las comunidades receptoras no son lo abiertas que se esperaba, la naturaleza es menos prístina que en la publicidad inmobiliaria, y el trabajo termina siendo tanto o más intenso que en la capital. (Trimano, Abrantes y Greene, 2020: s/p)

Las representaciones que fui recogiendo sobre el cambio de residencia y de estilo de vida –sobre lo abandonado y lo buscado– se levantaban sobre fantasías geográficas (Rowles, 1978) que habían sido construidas al momento de emprender la retirada de la gran ciudad. Lo llamativo fue detectar que aquello con lo que fantaseaban, aquello por lo que emigraron –naturaleza, tranquilidad, seguridad, comunidad–, fue supuestamente encontrado en el escenario de acogida. No sólo encontrado, sino desplegado sin mediaciones ni tensiones. Incluso en los sujetos que como Juan no tenían una representación contundente sobre aquel lugar que los acogería, aunque sí representaban ciertas búsquedas que creían poder encontrar en el escenario que eligieron para asentarse.

De este modo, me propuse reconstruir una serie de encuentros y desencuentros que los protagonistas del movimiento poblacional tuvieron al arribar a esta localidad balnearia. En particular, las tensiones y desfases temporales. La figura de ese otro escritor “famoso” que habita en estas tierras balnearias –Guillermo Saccomanno– me permitió recuperar –como me dijo María, la librera– algo “que todos saben, pero no se animan a decir”. Lamentablemente, no pude entrevistar a este escritor, pero leyendo sus entrevistas, sus novelas y diversas intervenciones públicas pude ir delimitando qué voces locales se fundían en sus expresiones y qué ideas quería representar.

Guillermo Saccomanno parece ser la contracara de Juan Forn; lejos de idealizar las dinámicas locales, expone con toda crudeza y de forma pública muchas de las

problemáticas que atraviesan estos estilos de vida. Como señaló Juan Forn, “Él es algo así como mi hermano mayor y dice que yo soy el gran negador, el que tiene la idea idílica de Gesell, que es la caminata por la playa, la solidaridad, etc. Él, por el contrario, escribió *Cámara Gesell*”.

Guillermo Saccomanno nació en 1948 en Buenos Aires. Es un escritor argentino, guionista de historietas y asiduo colaborador del diario *Página 12* y su suplemento *Radarr*. Nació y creció en el barrio de Mataderos, Provincia de Buenos Aires, y en 1989 decidió trasladarse a la ciudad de Villa Gesell, en donde vive hasta la actualidad. Los motivos de su cambio de residencia están asociados, según lo que puede leerse en diversas entrevistas brindadas por el autor, a la búsqueda de tranquilidad. A continuación una de sus respuestas:

Te preserva de vos mismo y te preserva de la histeria. Buenos Aires es como una mina con taco aguja, te la querés voltear, pero nunca vas a poder. En Buenos Aires tenés toda la información a tu alcance, pero no tenés el saber [...] Si no vas a tal o cual evento, te perdés algo. Todos los días hay un cóctel, fulanita presenta su último tampón y lo convirtió en una instalación. Con todo lo que yo puteo contra Villa Gesell, todavía acá hay barrios de laburantes e impera cierta solidaridad. (Sacomanno en Varela Pagliaro, 2015: s/p)

Guillermo escribe, como Juan, sobre el lugar en el que habita hace treinta años y sobre el proceso que implicó el cambio de escala y residencia. No pertenece a este último movimiento poblacional del que participó Juan y tampoco se arraigó en Mar de las Pampas. Entiende, de todas maneras, que el tiempo de la naturaleza, y en especial del mar, constituyen una fuerza muy poderosa que no sólo determinó su salida de Buenos Aires, sino que también lo “convenció” para quedarse. Como explicó en una entrevista:

... tener el mar delante todo el día tiene una influencia muy poderosa, los estados de ánimo del mar también son tus estados de ánimo y, por otro lado, el mar tiene esa cosa mayestática, como que te apabulla, donde vos te sentís reducido a tu auténtica dimensión humana que es muy pequeña comparada a la magnificencia del mar y sus cambios, yo los llamo cambios de ánimo, pero son los vientos, el sol, los nubarrones, una sudestada, una tormenta... (Sacomanno en Zaldívar, 2019: s/p)

No duda, tampoco, en sostener que en estos escenarios la experiencia temporal transcurre de otro modo: “como si uno tuviese más tiempo”, dice. Al igual que mis interlocutores, Saccomanno entiende que hay más tiempo para dedicarse a otras actividades que se despliegan por fuera del “productivismo” constante. Sin embargo, advierte sobre las dificultades; algo que, en una primera instancia, mis entrevistados parecieron obviar en pos de sostener una imagen idealizada del lugar que habitan. En esta misma nota, explica lo siguiente: “hay que aprender a bancarse la soledad, que no sé si el sujeto urbano está

dispuesto a bancarse”. Para Saccomanno, aislarse es aprender a prescindir de todos los “presuntos atractivos de lo urbano”. Esa ausencia puede resultar difícil para muchas personas; desde su perspectiva, por ejemplo, tener más tiempo en una ciudad de esta escala lleva a “centrarse en sí mismo, a pensar en aquello que desea y si está a la altura de lo que desea. La soledad tiene eso, te enfrenta” (Sacomanno en Zaldívar, 2019: s/p).

También refiere a una suerte de desajuste temporal que se vincula con ese histórico y constitutivo contraste entre el invierno y el verano:

Vos sabes que yo no sé si todo el mundo se lo banca [...] la gente que viene en verano [...] dicen: “ah, estás acá, te voy a visitar”, y yo les digo: “no, no, vení en el mes de agosto, a ver si esto es para vos, no idealices en abstracto”, porque también es cierto que cuando yo elegí este lugar para vivir y para escribir, lo elegí dejando atrás lo otro, acá mucha gente dice “yo soy pionero”. No, no, el pionero siempre te cuenta desde que llegó, nunca te cuenta lo que dejó atrás. (Sacomanno en Zaldívar, 2019: s/p)

Este testimonio pone de relieve la diferencia entre ese origen mítico de Villa Gesell, constituido por la afluencia de familias pioneras, y estas nuevas generaciones de migrantes, quienes –desde su punto de vista– no pueden organizar su experiencia sin contrastar lo que dejaron y lo que salieron a buscar. Saccomanno escribió *Cámara Gesell*, como señaló Juan Forn, una novela publicada en el 2012 por la editorial Planeta e inspirada en ciertas escenas cotidianas y públicas que atravesaron a Villa Gesell durante los siete años previos a la publicación de esta obra.

Sin la intención de introducirnos en el argumento ni en el debate que generó su circulación, resulta interesante señalar que las historias que componen esta novela –trágicas y escabrosas– transcurren en el período de tiempo que se extiende entre temporada y temporada; es decir, durante el invierno. Lejos de idealizarla, el escritor describe una localidad balnearia atravesada por los circuitos del chisme, el control social de la “vecinocracia”, las apariencias, los rencores y un conjunto de sucesos policiales: abusos, suicidios, asesinatos, pedofilia, desapariciones, etc. Ese invierno que transcurre a cámara lenta destapa las peores cualidades de esta villa balnearia. Si bien no sitúa su novela en Mar de las Pampas ni en Villa Gesell, “la Villa” –tal como la llama– es el locus protagónico de sus historias, un espacio que puede identificarse con cualquier localidad del partido geselino.

Al indagar estas cuestiones, me encontré que –sin la ficción que aporta Saccomanno– los recién llegados metropolitanos asumen algunos de los avatares implicados en la adaptación al invierno. Una adaptación que, muchos de ellos, la

presentan como si se tratase de un auténtico rito de paso. En esta línea me contaron lo siguiente: “Acostumbrarnos al invierno, no fue fácil”; “Acá te la regalo en invierno, se te cae un poco la idea del paraíso, pero resistimos”; “Hay que encontrarle la vuelta, esto en invierno puede ser muy bucólico, pero también muy oscuro”; “El primer invierno es determinante: la pasas o te volvés”. Juan Forn, incluso, me explicó que durante ese período del año tienen que realizarse muchas actividades para evitar “los suicidios, ya que el invierno golpea muy fuerte, uno está muy para dentro y no todos pueden con eso”. Agregó, a su vez, que esa suerte de reflexividad puede “salvarte”, pero también “enloquecerte”.

Al igual que la localidad de Villa Gesell, Mar de las Pampas vive de la actividad turística. Si bien “en invierno tiene algún turista más, porque trabajan con la idea de los hoteles con otros servicios y comodidades” (Emanuel, 43 años, director de la UCI), lo cierto es que durante este período el ritmo social se aplaca. Cierran los restaurantes y los bares, se observa una gran cantidad de viviendas desocupadas, la sociabilidad se restringe, fundamentalmente, al espacio privado, entre otros elementos que pude observar y constatar en las entrevistas. Ahora bien, ¿cómo se transforma la concepción del tiempo de un grupo de personas que se traslada de su lugar de origen –vertiginoso y fugaz– a un territorio nuevo –tranquilo y bucólico, aunque amenazante–?

Durante el invierno, el silencio y la lentitud se apoderan de este espacio. Estas cualidades, a menudo, impulsan un pasaje de una secuencia temporal a otra y una suerte de “desfasaje”. Los metropolitanos no sólo tienen que adaptarse al ritmo del invierno, sino también a la alternancia estacional interna que produce un fuerte contraste entre dos ritmos. Si bien deseada, esta transformación supone una ruptura biográfica que no se desarrolla de manera mecánica: “Cuando llegué [...] no sabía qué hacer con el tiempo, era como que me sobraban horas. Estuve bastante confundida hasta que me fui acomodando a la rutina de este lugar” (Claudia, 45 años, concejal radical y arquitecta). “Y todos decimos que veníamos a encontrarnos con ese ritmo tranquilo, despejado, lento, pero cuesta adaptar la cabeza y el cuerpo a eso, cuesta mucho. Te diría que los primeros años estás tratando de entender cómo hacerlo” (Silvina, 42 años, comerciante).

La naturaleza, por su parte, también golpea. Las bajas temperaturas, las lluvias o las sudestadas imprimen dinámicas especiales en esta comunidad emplazada a orillas del Atlántico. Susana me habló sobre esto:

Acá la naturaleza es medio ingobernable [...] No es como en la ciudad que la tenés controlada, acá le tenemos respeto y no te digo que miedo, pero sí respeto y también la cuidamos [...] Cuando nos vinimos la idea de vivir más cerca de la naturaleza era crucial, pero cuando estuvimos acá nos dimos cuenta de que no es tan mecánico, tuvimos que adaptarnos a esa naturaleza. (Susana, 50 años, hotelera)

Entre las problemáticas que acarrea ese contacto “estrecho” con lo natural, los habitantes de Mar de las Pampas se refieren particularmente a la posibilidad de quedar aislados. “Cuando llueve mucho, acá las calles son de arena, no se puede salir”, me dijo también Susana (50 años, hotelera). Pero además temen desconectarse de Villa Gesell, esa ciudad de la cual –de alguna manera– viven. “Y si nos quedamos aislados es un problema: los chicos no pueden ir a la escuela, se complican las compras, es difícil [...] Uno lo tiene medio idealizado el tema, pero la naturaleza tiene su propia vida” (Claudia, 45 años, concejal radical y arquitecta).

Hay que decir, también, que muchas de las intervenciones espaciales que fueron desplegando sobre este escenarios boscoso y medanoso no siempre apuntaron a la protección de ese recurso natural que empujó el desplazamiento. Los desarrollos inmobiliarios y turísticos –si bien más cuidados y reglamentados que en Villa Gesell– tendieron a trastocar algunas de las cualidades del paisaje y generar diversos problemas, en particular, en lo que hace a la saturación de los servicios urbanos básicos. Esto mismo se puede observar con relación al “consumo”. Como me explicaron los entrevistados, existía un fuerte deseo de “romper con ciertas lógicas consumistas” y “regresar” o “recuperar” una relación con el consumo más parecida a la de las generaciones anteriores. Sin embargo, el empuje turístico de la ciudad –fuente de supervivencia de las familias arraigadas– fue desdibujando ese impulso inicial. El desarrollo comercial que fue asumiendo Mar de las Pampas –hoteles, cabañas, comercios, restaurantes, etc.– es un indicio de ello.

Además, el crecimiento de la localidad y el avance del proceso de urbanización pusieron en cuestión la capacidad de este escenario para continuar recibiendo flujos poblacionales. Así, emergió la misma pregunta que alguna vez quiso regular el despliegue urbano de Villa Gesell: ¿hasta dónde podemos seguir creciendo sin perder las cualidades que hacen de este lugar un lugar único en el mundo?

Desde otro ángulo, pude observar que muchos se desplazaron buscando ese lazo comunitario y esa sensación de seguridad que parece brindar la comunidad chica. Si bien mis entrevistados sostienen que han encontrado aquello que salieron a buscar y hablan,

sobre todo, de los beneficios anudados a esta condición, por momentos indican que pueden extrañar “sentirse anónimos”: “A veces extraño la ciudad, extraño caminar por Corrientes, mirar vidrieras, librerías, extraño ser una más en la multitud, sin rasgos, ni nada” (Florencia, 50 años, fotógrafa).

Estas fricciones que fui detectando no desarmaron las representaciones idealizadas de los marpampeños, sino que las complejizan. Muestran, en este sentido, que esas fantasías geográficas que impulsaron el movimiento –esa constelación de motivos anudados a la experiencia del tiempo– siguen siendo actualizadas en las representaciones como un modo de sostener una identidad colectiva; una identidad que, como toda identidad, implica un proceso de identificación y diferenciación. Lo curioso del proceso marpampeño es que la identificación está dada con un conjunto de cualidades estéticas, morales y temporales, que fueron imaginadas desde lejos –desde aquel lugar que abandonaron– y que salieron a buscar. La diferenciación no sólo se establece con esos otros balnearios bonaerenses –masivos, urbanizados, “degradados”–, sino, sobre todo, con la propia versión anterior (Noel, 2012b). Es decir, con la versión de ese sujeto metropolitano que vive a un ritmo frenético, que “no para”, que no se conecta con el tiempo de la naturaleza, “que no tiene tiempo para nada”. Por este motivo, en el proceso de construcción y (re)construcción imaginaria de Mar de las Pampas los sujetos sostienen que las fantasías que los impulsaron a irse de la gran ciudad han sido encontradas, recreadas y sostenidas, aunque paradigmáticamente se encuentren en peligro debido a la presencia de sus hacedores.

5. Reflexiones finales

Villa Gesell se mueve, como me dijo Juan Forn, “hacia atrás, hacia el sur, hacia arriba y hacia abajo”. Las coordenadas espaciales y temporales organizan las tramas de estos movimientos que han ido transformando de múltiples maneras a este partido bonaerense, generando profundos procesos de tensión social bajo el encuentro de alteridades.

Este capítulo buscó iluminar la compleja relación entre el tiempo y los movimientos. Se centró, así, en un tipo de movimiento en particular: aquellos desplazamientos poblacionales que implican un cambio de residencia, pero también un cambio de escala. Esta movilidad involucra una serie de experiencias espaciales y temporales que, bajo la modalidad del contraste, empujaron a un conjunto de sujetos a abandonar el espacio habitado en busca de otras oportunidades. A diferencia de los flujos

más tradicionales, este movimiento se realizó de forma inversa –sale de la gran ciudad– y las oportunidades no fueron económicas. Por el contrario, se trata de un movimiento “vital” cuyos móviles se vinculan a un cambio en el estilo de vida y a la posibilidad de asumir otro ritmo social: más lento, más anclado en la reciprocidad de la comunidad chica, en estrecho contacto con los recursos naturales, seguro y saludable.

La indagación se centra en un escenario particular: una localidad que, embanderada bajo la promesa de una “vida sin prisa”, logró atraer –en el marco de un contexto de turbulencia social– a un conjunto de familias metropolitanas que decidieron, “al fin”, huir de la gran ciudad. Se trata de Mar de las Pampas –“un paraíso escondido”, “un reducto lejos del mundanal ruido”, “un refugio”–, que a partir del 2003 comenzó a crecer vertiginosamente y a colocarse dentro de los imaginarios metropolitanos como un lugar “idóneo”, como sostuvo Juan Forn, para desplegar ese cambio de vida tan anhelado.

Para explorar las derivas de este cambio me propuse utilizar diversas técnicas de recolección de datos. El objetivo, en primera instancia, era poder caracterizar los rasgos generales del movimiento y luego penetrar en los motivos que llevaron a estos sujetos a desplazarse. También había que recoger algunos de los impactos producidos sobre el territorio de acogida para abordar el fenómeno de manera multidimensional. En el marco de esta propuesta, utilicé fuentes periodísticas –de alcance nacional y local– y recurrí a producciones literarias. En el análisis de estos recursos, me propuse reconstruir algunos de los elementos más establecidos sobre la atracción que generaba este escenario y los modos en que se presentaba ante posibles “interesados”.

Asimismo, realicé un conjunto de entrevistas a quienes protagonizaron el movimiento e incorporé algunas voces más externas que aportaron complejidad al análisis. La entrevista con Juan Forn –lejos de los “flashes” y la “farándula”– se postuló como un campo gravitatorio que me permitió ir conectando un conjunto de testimonios que se acoplaban a las representaciones del escritor, pero que también ejercían resistencia.

Más allá de compartir ciertos rasgos generales –perfil socioeconómico, contexto histórico de la salida, proyectos vitales, etc.–, encontré que este movimiento fue empujado por una constelación de motivos enredados al tiempo. Ante todo, el cambio de vida estaba determinado por la posibilidad de asumir otro ritmo. Al reconstruir esta constelación –con los sujetos ya instalados en sus nuevas residencias–, apareció la idealización sobre el territorio de acogida. Así indagué sobre ciertas fricciones, desajustes, transformaciones

y adaptaciones que estos sujetos experimentaron al arribar a Mar de las Pampas y que, en una primera instancia, parecían no emerger en sus narrativas. En efecto, la inclusión de la figura de Guillermo Saccomanno –como aquella contracara de Juan Forn–, “que dice lo que muchos no se animan a decir”, me permitió elaborar una indagación más anclada en las problemáticas locales y capaz de complejizar la narrativa nativa.

La idealización, sin dudas, me llamaba la atención. Pensaba, en este sentido, que nadie podía sentirse tan a gusto en el lugar que habita y, menos aún, seguir promocionándolo como si fuera un paraíso capaz de “salvarnos” del desastre. Sin embargo, entendí –repassando las entrevistas, las narrativas hegemónicas, las producciones literarias y las observaciones– que esas fantasías geográficas construidas desde lejos –cuando el desplazamiento físico aún no había sido desarrollado– no sólo nutrieron los móviles de desplazamiento, sino que formaban parte del proceso de imaginación colectiva narrada en presente: “acá encontramos todo lo que vinimos a buscar”, “acá nos convertimos en otras personas”, “acá renacimos”.

Esa suerte de ruptura biográfica, esa diferenciación contante con el espacio metropolitano y las prácticas que allí desplegaban, resulta en un posicionamiento identitario: “Cada vez que vuelvo a Buenos Aires me quiero volver a ir, no entiendo cómo podía vivir a ese ritmo [...] No me reconozco en eso”, me dijo Claudia (45 años, concejal radical y arquitecta). Así, no se trata solamente de diferenciarse de la localidad vecina de Villa Gesell o de otras ciudades balnearias más masivas y “populares”, sino de reconocerse como parte de un colectivo que huyó de un escenario y sus ritmos para emprender una transformación vital –más o menos exitosa–. Sin embargo, al llegar allí, el tiempo del invierno, la soledad y la comunidad chica se presentaron como otra amenaza: ya no se trataba de diferenciarse de ese otro extraño, apurado y consumista, sino de sobrevivir al diálogo con uno mismo para acercarse cada vez más a la nueva identidad. El hallazgo etnográfico más relevante de este proceso fue descubrir que la alteridad –esa capacidad de encontrarse con un otro, para reconocerse en un nosotros– también puede entrar en tensión con una versión anterior de uno mismo.

PARTE III
EL TIEMPO FUTURO

La experiencia temporal de la historia

A comienzos del 2015, cuando comencé a realizar mis primeras incursiones en el campo, entendí rápidamente que Villa Gesell era una ciudad que se pensaba mucho a sí misma. Esa fue una de las primeras notas que apunté en mi cuaderno de campo, motivada por un conjunto de experiencias que acontecieron ni bien llegué a esta localidad. Mis primeras entrevistas, aquellos recorridos por la ciudad y las observaciones me condujeron indefectiblemente a una conclusión: la ciudad tiene una historia o, mejor dicho, varias historias para contar.

Lo primero que llamó mi atención fueron las imágenes de Don Carlos Gesell –fundador de la ciudad– dispuestas en lugares vistosos de hoteles, casas y negocios. Había fotografías a color y en blanco y negro, grandes y pequeñas, en primer plano, en familia, forestando o recorriendo el terreno geselino. Los símbolos del fundador colmaban los espacios privados y públicos bajo la forma de estatuas, carteles e infografías. Este dato resultaba curioso: quienes hayan visitado algún balneario argentino entenderán que esta suerte de culto que los geselinos rinden a la figura de un pionero no es una práctica extendida. Los balnearios, por lo general, suelen anclarse en sus cualidades “naturales” y “paisajísticas” al momento de construir sus identidades espaciales.

Conocer el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell fue otro hito. Los recorridos guiados y unos cuantos folletos que me entregaron en mi primera visita me indicaron que la institución –construida en la primera vivienda familiar de Carlos Gesell– buscaba, ante todo, rendirle homenaje al fundador y compartir con residentes y visitantes el mito de este hombre que había luchado tenazmente contra la naturaleza y las burocracias para dar nacimiento a esta villa de veraneo. Emplazado en una zona estratégica de la ciudad, el museo se abre hacia un exterior testigo de esta historia. En ese predio se expone una vegetación frondosa, vigorosa y variada que Carlos Gesell logró hacer prosperar, contra todo pronóstico, en un territorio indomable (Sierra, 1969).

Las cajas y cajas de archivos, documentos burocráticos, fotografías, folletos turísticos y notas periodísticas que se atesoran en el segundo piso de este edificio se convirtieron en el soporte de las primeras representaciones históricas que pude construir sobre Villa Gesell. La visita al museo me llevó a la historia de los pioneros, aquellas familias que habían acompañado “la titánica tarea de Don Carlos”. Una pequeña casa emplazada en este mismo predio fundacional comparte una serie de imágenes y objetos

que intentan recrear las historias de los primeros habitantes de estas tierras atlánticas. Con la intención de conocer las experiencias de estas primeras familias, me sumergí en la lectura de una gran cantidad de producciones históricas locales que brindan detalles sobre el esfuerzo, la perseverancia, las dificultades y también la voluntad de quienes se instalaron en esta villa de veraneo en los tempranos años cuarenta.

Las primeras entrevistas no fueron la excepción. Los geselinos traían a la conversación, una y otra vez, ese gran mito fundacional que, como dijo Mirta, “nos da identidad, nos permite entender quiénes fuimos y quiénes somos” (60 años, directora del museo local). Contaban anécdotas personales con el fundador, me explicaban las estructuras de relaciones que los conectaban con él, referían a sus hazañas y rara vez se animaban a señalar alguna cualidad negativa. Luego de hacer trabajo de campo por una semana, ya podía reconstruir el relato que hilvanaba los distintos hitos históricos que conforman el recorrido de esta localidad. Esa historia parecía inmutable: podían sumársele elementos al relato, archivos que iluminaran algún aspecto, pero el argumento parecía sostenerse, actualizarse y reproducirse en el tiempo. Como sostiene Gabriel Noel, a lo largo de sus 90 años de historia, “la ciudad ha atravesado periódicamente una serie de crisis demográficas e identitarias” (Noel, 2016b: 97). Sin embargo, un conjunto de “emprendedores morales” o “guardianes de la historia” han tendido a contener esos cimbronazos para sostener las interpretaciones canónicas del recorrido genealógico⁸⁷.

A medida que fue avanzando mi trabajo de campo, pude establecer distintas relaciones de escala con las narrativas historiográficas. Fui modificando –como sugiere el historiador Jacques Revel (2015)– la distancia focal del objetivo, agrandando y achicando el objeto de observación. También reconstruí historias colectivas ancladas en diversos clivajes: tiempo biográfico, sector social, lugar de origen, temporalidad del arribo a la localidad balnearia, entre otros. ¿Cómo experimentan, entonces, diversos grupos sociales el paso del tiempo? En este ejercicio se fueron revelando otras historias más ocultas, más desatendidas, más resistidas. En definitiva, fui recogiendo múltiples

⁸⁷ En los últimos años ciertos sectores geselinos han insistido en la necesidad de “salir a contar la verdadera historia de Villa Gesell”. Esa historia que se jacta de “verdadera”, en lo cierto, incluye algunos de los hechos que la “tradicción selectiva” (Williams, 1997) tiende a borrar, correr, ocultar o desestimar. En las distintas entrevistas que realicé pude recolectar algunos de los sucesos que complejizan los itinerarios históricos de esta ciudad. Los nudos problemáticos que han aparecido reiteradamente refieren a la “calidad moral” del fundador, a ciertos sucesos “oscuros” ocurridos en el marco de la última dictadura militar, a los negociados inmobiliarios impulsados por las múltiples gestiones municipales y a las distintas expresiones de desigualdad que la comunidad atlántica acarrea desde su origen.

experiencias históricas –o temporalidades cronológicas en coexistencia– que complejizaban el relato consagrado de la localidad y enriquecían el análisis social de los distintos tiempos que esta tesis aborda.

Fue un tiempo después, sin embargo, cuando los geselinos me permitieron ver que la reflexión constante sobre el pasado se traducía, en lo cierto, en una preocupación por el presente y más aún por el futuro. La historia consagrada –esa historia de pioneros, de *hippies* y también de una suerte de crisol construido al calor de los movimientos poblacionales– era recuperada una y otra vez por las voces locales, no sólo para reproducir los detalles genealógicos del desarrollo; la historia consagrada, de algún modo, se postulaba como un campo de disputa que involucraba diversos procedimientos: sostenerla, extenderla, discutirla, transformarla y también reedificarla. Como me explicó Mariana, historiadora y habitante geselina, “lo que está en juego es nuestro presente, pero sobre todo nuestro futuro, ¿hacia dónde vamos? Es la pregunta que nos hacemos siempre, ¿de qué lado estamos?” (32 años, historiadora).

Raymond Williams, en *Marxismo y Literatura*, propone reconstruir aquellos elementos que componen las representaciones canónicas y establecidas o, como lo llama él, “identificar la maquinaria de la tradición selectiva”. Este autor, desplegando un ejercicio crítico de la tradición marxista, sugiere recomponer las tradiciones establecidas como una “versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social” (Williams, 1997: 137). Lejos de considerar a la tradición como una materia “inerte”, para Williams las tradiciones constituyen la expresión más evidente de las presiones y los límites establecidos por la hegemonía. La tradición selectiva, así, incluye y excluye hechos del pasado que se vinculan de manera activa o inactiva con el presente y, también, con las proyecciones de los futuros posibles.

A pesar de que su planteo se enmarca en un debate específico, los conceptos creados por Williams en 1977 son capaces de trascender las barreras para ser utilizados en otros contextos y bajo diversas líneas de indagación. Se trata de propuestas conceptuales que, en el caso de mi investigación, contribuyen a reflexionar sobre la poderosa fuerza de esas tradiciones que no sólo significan un pasado y prefiguran un presente, sino que también marcan surcos futuros.

En efecto, en esta última parte de la tesis me propongo explorar la relación entre los “usos” del pasado en las configuraciones presentes y, particularmente, en los modos de representar los futuros. Sin dudas, el futuro es una categoría multifacética capaz de movilizar una gran variedad de temporalidades. El futuro se figura en problemas existenciales, amplios y colectivos. Emerge en preguntas por el destino de la humanidad, el planeta Tierra y hasta el universo, pero también se vuelve una preocupación más “mundana” o cotidiana que puede dibujarse en inquietudes sobre los itinerarios de las propias biografías, la comunidad en la que se vive o la ciudad que se habita. Teniendo en cuenta la amplitud de la experiencia del tiempo futuro, en los próximos capítulos abordaré dos dimensiones que han emergido como preocupaciones claves de los habitantes de Villa Gesell. Preocupaciones –vale decir– que se proyectan hacia adelante desde un presente que implica, siempre, la significación de diversos pasados.

De esta manera, los capítulos exploran dos dimensiones que se colocan como objeto de reflexión temporal en esta localidad balnearia. Por un lado, la dimensión que involucra el interrogante por la calidad de vida y la felicidad y, con ello, por el desarrollo y el crecimiento tanto demográfico como urbano. ¿Crecer y desarrollarse implica, necesariamente, mejorar la calidad de vida de los habitantes? ¿En qué época se sitúa el ejercicio de la felicidad? ¿Todos los geselinos colocan esas sensaciones en un mismo período histórico? Por otro lado, la dimensión que moviliza la pregunta por la explotación y la preservación de la naturaleza ¿Será posible seguir explotando el recurso natural en beneficio del modelo turístico? ¿Quiénes se benefician de esta explotación? ¿Qué otras formas existen de relacionarse con el ambiente? ¿El futuro depende del recurso natural o el recurso natural depende de los modos de proyectar el futuro?

Con el objetivo de analizar estas problemáticas, los capítulos que constituyen esta última parte de la tesis se centran en dos situaciones sociales que emergieron como hallazgos etnográficos durante el trabajo de campo. Su elección no ha sido aleatoria, sino que respondió a los profundos debates sociales que supieron desatar y a la multiplicidad de voces que se vieron convocadas a participar.

El Capítulo VI –“La calidad de vida en perspectiva futura: entre espacios de experiencia y horizontes de expectativas”– aborda una serie de eventos producidos por la visibilización de un trabajo realizado por un grupo de investigadores del CONICET. Este trabajo, publicado en el 2019, estableció y cartografió una suerte de jerarquía de la calidad de vida de los diversos aglomerados que componen el territorio nacional y catalogó a

Villa Gesell como una de las ciudades con mayor calidad de vida de la Argentina. El Capítulo VII, por su parte, se centra en el debate –gubernamental y ciudadano– que se inició en torno a la propuesta de crear un parque nacional sobre el fragmento de territorio costero y medanoso protegido, hasta ese momento, bajo la figura de Reserva Natural Faro Querandí. Ambas situaciones sociales instalaron el interrogante por el futuro, movilizaron diversas representaciones sobre el pasado, tensionaron la tradición selectiva de esta comunidad atlántica y activaron sentidos encontrados en torno a la idea de desarrollo. El tiempo –en este caso, el tiempo futuro– me permitió, una vez más, adentrarme en las dinámicas sociales de esta ciudad que se narra a sí misma.

CAPÍTULO VI

LA CALIDAD DE VIDA EN PERSPECTIVA FUTURA: ENTRE ESPACIOS DE EXPERIENCIA Y HORIZONTES DE EXPECTATIVAS

... es inútil decidir si ha de clasificarse a Zenobia entre las ciudades felices o entre las infelices. No tiene sentido dividir las ciudades en estas dos especies, sino en otras dos: las que a través de los años y las mutaciones siguen dando su forma a los deseos y aquellas en las que los deseos o bien logran borrar la ciudad o son borrados por ella.

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles* (1972)

1. Algunos datos, un mapa, una posición y un debate

El 7 de octubre del 2019 me encontraba cerrando uno de mis habituales viajes de campo. A la mañana, y antes de salir a realizar algunas entrevistas y observaciones, me dispuse a leer los distintos medios locales con el único objetivo de estar informada. Entre las noticias encontré que un grupo de investigadores del CONICET había publicado un mapa interactivo de todo el territorio nacional en el que se cartografiaba –en una escala variable de colores– un índice de calidad de vida. Fragmentado en 53.000 unidades geográficas censales, el mapa permitía buscar la ciudad de residencia y establecer su posición en una escala del 1 al 10, presentada en una gama de colores que incluía rojos, naranjas, amarillos y verdes (Zunino, 2019).

En estas notas, los investigadores explicaban que el índice fue construido a partir de indicadores económicos y ambientales⁸⁸. Dentro de los primeros, se incluían las dimensiones de educación, salud y vivienda. A su vez, cada uno contenía otras clasificaciones como tasa de mortalidad infantil, población sin obra social, hogares hacinados, entre otras. Los segundos, por su parte, comprendían problemas ambientales que generan impactos negativos sobre el bienestar (uso de plaguicidas en agricultura, industria y minería, contaminación, ruido, congestionamiento, inseguridad, asentamientos precarios, basurales, sismicidad y volcanismo, tornados, inundabilidad, discomfort climático). También involucraba un análisis de los “recursos recreativos” que pueden ser “de base natural” –como las playas, relieves, balnearios o espacios verdes– o

⁸⁸ En las siguientes notas, publicados en los principales diarios del país, se reconstruyen algunos de los objetivos y alcances de esta investigación: <https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/mapa-calidad-vida-argentina-donde-se-vive-nid2294891/>; https://www.clarin.com/sociedad/mapa-calidad-vida-vive-mejor-peor-argentina_0_RnmHtMya.html

“socialmente construidos”, es decir, teatros, centros deportivos u otras actividades de esparcimiento.

En la ecuación realizada se atribuyó un 60% del peso a los componentes económicos y un 40% a los ambientales. Los datos –explicaron los responsables del proyecto– fueron obtenidos a través del Censo Nacional del 2010, estadísticas provistas por el Ministerio Nacional de Salud y el Ministerio Nacional de Desarrollo Social, así como mediante relevamientos que los propios investigadores realizaron sobre el territorio y que les permitieron estimar algunas tendencias.

Este mapa circuló por diversos medios de alcance nacional bajo la siguiente consigna: “Dime dónde vives y te diré cuán bien (o mal) vives” (Zunino, 2019). Los medios geselinos se hicieron eco de esta información para señalar, justamente, que Villa Gesell se posicionaba como uno de los lugares con mejor calidad de vida del país. Esa mañana de octubre, entonces, ingresé al mapa, completé en el buscador “Villa Gesell” y observé cómo este fragmento del territorio se pintaba de un verde oscuro. Pensé que probablemente los indicadores ambientales –en especial, los recursos recreativos– empujaban el índice “hacia arriba”. Como hemos tenido oportunidad de ver, las ciudades turísticas de sol y playa cuentan con una serie de dispositivos paisajísticos y culturales que esta herramienta estadística pondera. Sin embargo, hasta ahí llegó mi reflexión sobre este mapa y los modos en que los medios de comunicación geselinos titulaban el posicionamiento de la ciudad dentro de la escala.

Ese día avancé con las entrevistas tal como las tenía pautadas y a la tarde me reuní con una de mis entrevistadas en un bar. Mientras conversábamos con Romina –periodista local–, un suceso volvió a colocar al mapa y la calidad de vida en el horizonte de mis reflexiones. Marcelo, uno de los mozos que atendían en el establecimiento, se acercó, nos preguntó qué queríamos pedir y enseguida deslizó lo siguiente: “Y ¿qué me contás, Romina, estamos entre los lugares con mejor vida de la Argentina”. Romina se rio, asintió con la cabeza y sostuvo: “Y sí, ya sabemos que acá se vive bien”. A los pocos segundos otra persona se sumó al incipiente debate. Se trataba de Alfredo, dueño del bar donde nos encontrábamos conversando: “Hay que ver qué datos usan para decir eso, ¿no? Calidad de vida puede ser muchas cosas”, dijo él. El comentario de Alfredo me invitó a la participación; yo había leído esa misma mañana sobre la composición del índice y los indicadores y por esto sumé el siguiente comentario: “Por lo que leí, trabajan con

dimensiones socioeconómicas y ambientales. Con esos datos arman el índice y las posiciones”.

Romina, Marcelo, Alfredo y yo mantuvimos una conversación sobre el tema durante más de diez minutos con algunos espectadores que seguían la dinámica desde las otras mesas. Los argumentos de ellos se focalizaban en los modos de medir, como había sugerido Alfredo, la calidad de vida. En ese momento, lejos de festejar el posicionamiento de Villa Gesell, parecían, en cierto modo, desconfiar de los resultados o de los procedimientos que las estadísticas involucraban. “El tema de los datos es todo un tema. Es creer o reventar [...] Todo el tema del INDEC de hace unos años que fue terrible... no sé [...] Acá, por ejemplo, si miden la tasa de empleo en verano es una cosa y en invierno es otra”, señaló Marcelo. También hablaron sobre la ausencia de relevamientos en esta zona de la Provincia de Buenos Aires, un tanto desatendida por las políticas estadísticas nacionales: “¿Cuándo fue la última vez que nos preguntaron algo, sobre cómo vivimos y qué necesidades tenemos?”, dijo Romina. ¿Por qué los geselinos ponían en duda los resultados? ¿Qué escondían estas estadísticas?

Francisco Sabatini, en un texto en el que analiza la potencia y también las limitaciones de las estadísticas territoriales, señala que “... sirven para registrar problemas sociales y económicos en distintas escalas de intervención; y mientras menor la escala, más detalle y mejores posibilidades de reconstruir agregados que puedan fungir de niveles relevantes de intervención pública” (Sabatini, 2005: s/p). En la Argentina, con excepción de los Censos nacionales que se realizan cada diez años, no existe un seguimiento sistemático e integral de diversas variables sociales en escenarios de pequeña y mediana escala. Los habitantes de Villa Gesell, en este punto, no son interpelados habitualmente con relevamientos específicos y ajustados a su escala, como bien señaló Romina durante nuestro intercambio.

El intendente de Villa Gesell –Gustavo Barrera– también se refirió a esta ausencia y a las dificultades que tienen los municipios para llevar a cabo relevamientos particulares: “es muy difícil tener los suficientes recursos para obtener los datos que necesitamos”. A su vez, me comentó que el último gran relevamiento se había realizado en 1998: “Con Fernando Tauber y la Universidad de La Plata, un trabajo que nos sirvió mucho durante mucho tiempo, pero, bueno, la sociedad cambió y las cosas cambiaron y necesitamos producir nuevos datos” (55 años, Intendente). Mariana, quien también se

desempeñó durante varios años en la gestión pública local a cargo de la Oficina de Empleo, aportó otro dato interesante:

Acá quizás vienen a hacer encuestas sobre lo que pasa en el verano, sobre eso hay números: cuántos turistas, cuántos hoteles, cuánto trabajo, no sé, pero somos más que ese verano y las cosas empiezan a complicarse cuando el verano se va y ¿no hay datos de eso? Es raro. (Mariana, 32 años, historiadora)

Sabatini (2005) agrega que las estadísticas, y en especial las geográficas, no siempre superan la ficción “del espejo”, es decir, la tesis, sin mediación posible, de que la sociedad se refleja en el espacio. Algo similar sostiene Hernán Otero (2007) en su análisis sobre la producción del pensamiento censal de la Argentina moderna cuando expone la necesidad de desarmar los datos producidos para develar el carácter social y conflictivo que encierra la producción de cifras. En este sentido, sostiene que hay que preocuparse por la dinámica interna de los sistemas estadísticos estatales y por los efectos simbólicos de sus principales productos. ¿Cuáles eran, entonces, los efectos de este mapa realizado por los investigadores del CONICET en la comunidad geselina? ¿Qué mostraban y qué ocultaban los datos? ¿Qué temores y qué deseos movilizaban?

Los cuestionamientos que algunas perspectivas sociales pueden realizar sobre los datos estadísticos –su construcción, su eficacia o su efecto– resultan algo esperados. Sin embargo, el trabajo de campo me mostró que en la localidad geselina este tipo de datos no son incuestionables y, en lo cierto, pueden estar exponiendo configuraciones que no se experimentan “en la realidad”. En el 2010, de hecho, ocurrió algo similar con las cifras arrojadas por el Censo Nacional. Mientras que los organismos oficiales indicaban que Villa Gesell contaba con 31.170 residentes permanentes, los geselinos se encargaban de cuestionar estas cifras en distintos espacios. Desde sus perspectivas, la ciudad había crecido exponencialmente y los números exponían un subregistro de ese aumento. Ante esta situación, como señalamos con Gabriel Noel, “resultaba habitual que nuestros informantes elevaran rutinariamente la cifra oficial [...] a la más contundente y redonda de 35.000, a la más ambiciosa de 40 o 45.000 habitantes [...] o incluso a la inverosímil cota de los 50.000 habitantes” (Noel y Abrantes, 2020: 8).

Estas anticipaciones y la conversación que mantuve en el bar aquella tarde de octubre me impulsaron a seguir indagando sobre el impacto que había tenido el mapa sobre la calidad de vida en esta localidad balnearia. Sin embargo, un registro me ayudó a terminar de definir la relevancia de esta situación: esas incipientes ideas que aparecieron en el intercambio del bar, eso que había comenzado como una suerte de murmullo, fue

amplificándose rápidamente hasta instalarse en la arena pública local. En los días subsiguientes a la publicación de los resultados del estudio, mi trabajo de campo se vio “invadido” por reflexiones en torno a este suceso: “¿viste lo que salió publicado?”, “estamos en verde”, “los científicos dicen que Villa Gesell es una de las mejores ciudades para vivir”, “yo no lo creo”, “los datos mienten”, “si hubieran medido cómo vivíamos en los años sesenta ahí sí, seguro, que éramos la mejor ciudad”.

En una línea similar, días más tarde, cuando ingresé a una de las publicaciones de un medio geselino, pude detectar una “catarata” de comentarios al respecto. Entre ellas destacué los siguientes:

Calidad de vida es relativa. Desde dónde lo veas, ¿no? Tenemos inseguridad, no contamos con asistencia pediátrica médica integral, no hay trabajo en invierno y los sueldos bajan mucho a partir de marzo. Y muchos deben migrar. Tenemos mucha publi [publicidad] turística y cuando llega el verano no manejamos la seguridad como se debería, por ende, se vende poco a nivel alquiler [...] Gesell no es lo que dice un spot, hay que vivirla de verdad. Y muchos queremos el Gesell de antes, el de los viejos que vinieron a laburar de verdad, la de nuestra infancia tranquila. No es campaña, es realidad y duele.

jaja! Conicet largá la bebida [...] Con la inseguridad que hay en Gesell y la corrupción policial cómo se va a vivir bien.

No hay tren, no hay subte, micro, polución y el estrés de moverse en la ciudad, estamos a un paso de todo. Vemos las estrellas de noche, tenemos el mar a un paso, bosque, fauna... Eso da calidad de vida.

Antes era la tranquilidad y la seguridad, ahora no sé.

Gesell tiene todo para tener una gran calidad de vida, pero si no hay seguridad y orden, es muy difícil, sea la ciudad que sea.

Podría estar mejor si no fuese por los asentamientos que no tienen ni cultura ni educación para vivir en un lugar natural... destruyen, matan y roban.

Gesell no escapa de la realidad nacional. Sólo tiene mar y verde. Te atienden mal en los comercios. Los vecinos no se meten para solidarizarse, cada cual cuida su quinta [...] Los robos al orden del día.

No lo encuentro, hace 10 años atrás quizás sí. La Gesell por la que vine ya no es la misma.

Que vengan a pasar un invierno en Gesell y después vemos.

Gente sacando comida de la basura, también personas en situación de calle pidiendo monedas por el centro.⁸⁹

⁸⁹ Comentarios volcados en una publicación de *Facebook* del medio *La marea Gesell*. Recuperado el 22 de noviembre de 2020 de: https://m.facebook.com/story.php?story_fbid=2554519518163621&id=100008167928301

En ese debate que fue ganando los rincones del espacio público y privado de la ciudad, que fue volcándose en distintas redes, los geselinos empezaron a contrastar los resultados del relevamiento, a pensar en los modos de “medir” la calidad de vida, a reflexionar sobre las transformaciones experimentadas en esta ciudad y, sobre todo, a preguntarse por lo que vendrá: “¿Qué va a pasar con esta ciudad?” “¿Hacia dónde va todo esto?”. Un conjunto de datos y una posición en un mapa lograron movilizar, así, diversas experiencias temporales que hacían interactuar sentidos sobre el pasado, el presente y el futuro.

Si bien las dimensiones tratadas en los intercambios fueron, ciertamente, muy variadas, algunas ideas parecían sostenerse con insistencia. Ese mapa catalogaba a la ciudad con un alto índice de calidad de vida y bienestar, algo que podría haber sido “celebrado” por la comunidad local. No obstante, ante la noticia los geselinos no podían dejar de sostener que antes se “vivía mejor”; que antes “tenían mejor calidad de vida”; que antes fueron “más felices”; asumiendo, con toda claridad, ese dicho popular que indica que “todo pasado fue mejor”.

Estas consignas me llevaron a postular tres campos de exploración: el primero, referido a la delimitación y extensión temporal de ese “antes” (¿a qué época se referían?); el segundo, en torno a las transformaciones que habían desencadenado ese cambio en las percepciones presentes; y, finalmente, el tercero sobre las conexiones entre experiencias pasadas y presentes, y cierto temor sobre los itinerarios futuros de la ciudad y sus habitantes.

2. Todo tiempo pasado fue mejor

Alejandro Grimson (2007, 2012) analiza –con sentido crítico– los modos en que los argentinos narramos nuestra historia nacional, practicamos rituales patrios o rituales de masas y sostenemos distintos mitos de identidad nacional. En este ejercicio reflexivo, el antropólogo postula a la variable temporal como una pieza clave para comprender de qué manera construimos, sostenemos y transformamos ciertos marcos de significación:

... la temporalidad, evidentemente es clave en la configuración de los imaginarios sociales y políticos y, por lo tanto, en la constitución de las más diversas prácticas sociopolíticas. Los modos de narrar la historia social de un país, las percepciones y sentidos del pasado, el presente y el futuro tienen consecuencias en las maneras en que los actores otorgan significado a sus acciones y a las acciones de los otros, especialmente en aquello que puede constituir proyectos colectivos y, más aún, si adquieren escala nacional. (Grimson, 2007: 43)

Los trabajos de este autor exploran los modos en que nos pensamos a nosotros mismos haciendo uso de un conjunto de narraciones o mitos que, como toda construcción de este tipo, suelen configurarse a partir de la exaltación de ciertos elementos en detrimento de otros. De este modo, Grimson busca desaromar esas construcciones con el objetivo de reflexionar sobre la performatividad de los relatos, pero también con la intención de explicar “por qué no somos como muchas veces creemos que somos” (Grimson, 2012: 17).

Uno de los mitos que los argentinos construimos sobre nosotros mismos refiere, justamente, a la idea de que todo tiempo pasado fue mejor. Según el autor, no importa en qué período histórico uno se detenga a observar una dinámica social; siempre encontrará que el pasado que precedió al tiempo presente se postulará, para los argentinos, como mejor. Hay sociedades y culturas que miran al futuro, como Brasil, que imaginan “que el progreso es un proceso inevitable que de uno u otro modo las llevará a un porvenir mejor” (Grimson, 2012: 53). En la Argentina, por el contrario, parece haber perdurado una tendencia decadentista que postula que éste fue un país fantástico, pero que ha ingresado en una “decadencia irremediable”.

Los geselinos no escapan de esta tendencia. Además de ampliar la reflexión al territorio nacional y la identidad de los argentinos, mis interlocutores llevan a cabo un meticuloso ejercicio nostálgico sobre su propia comunidad. Preguntas a quien pregunte, el pasado geselino se figura en una extensión idealizada: como mejor que las experiencias presentes y, más aún, como el futuro que se animan a proyectar.

Durante mis estadias en esta ciudad balnearia, la referencia temporal “antes/ahora” se colocó como un señalamiento constante. Tanto en medio de reflexiones elaboradas como en frases cortas y contundentes, los geselinos suelen entender el paso del tiempo como una suerte de caída en desgracia. Al principio, el contraste temporal parecía un sencillo juego de oposiciones, pero cuando fui profundizando en las representaciones no tardaron en emerger los sentidos morales sobre lo que fue y lo que es este balneario atlántico. “Antes había poquitas casas”, “ahora hay muchas casas”; “antes había gente buena”, “ahora la gente ni te saluda”; “antes era más tranquilo”, “ahora es todo un desorden”; “antes nos conocíamos entre todos”, “ahora desconfiamos de nuestros vecinos”; “antes cuidábamos a la naturaleza”, “ahora la explotamos”; “antes la gente se tenía que ir a otro lado a trabajar”, “ahora viene gente de afuera que quiere vivir

acá”; “antes era un paraíso”, “ahora somos una ciudad más del montón”; “antes éramos felices”, “ahora no sabemos qué hacer con este lugar” (Abrantes y Trimano, 2021).

Incluso, aunque los cambios producidos puedan ser leídos como “positivos” –y, en este punto, el presente representaría una superación respecto del pasado inmediato–, la mayoría de los geselinos sienten que su localidad viene atravesando una suerte de caída libre, que va “de peor en peor”. Marcos, un geselino de 74 años, en medio de una charla, recuperó una de las transformaciones más significativas de los últimos años para explicarme de qué manera “no alcanza con generar buenas cosas” porque, desde su perspectiva, “el pasado no puede recuperarse; lo hecho, hecho está”.

Como vimos en los capítulos anteriores, Jorge Rodríguez Ernetta ocupó el sillón municipal durante el período que se extiende entre el 2007 y el 2014. Los años de Ernetta en la intendencia fueron, en lo cierto, turbulentos. Si bien logró renovar su mandato en el 2011, amplios sectores de Villa Gesell que en un principio lo habían apoyado comenzaron a tejer hipótesis que colocaban al ex intendente y su gestión como responsables de un conjunto de transformaciones morfológicas, estéticas, morales y sociales. No obstante, a pesar de haber abandonado su mandato y ser sustituido por Gustavo Barrera –“un geselino de pura cepa”–, aquellos sectores que pujaron por el cambio, como Marcos, entienden que el pasado no puede ser recuperado:

Y sí, se fue Ernetta y la verdad es que estamos mucho mejor. Este nuevo intendente tiene otras ideas, es geselino, de acá, sabe para dónde apuntar, pero hay cosas que ya no se recuperan [...] Todo lo que se hizo en esa gestión, la gente que se metió, el desorden y el afano, todo eso ya está hecho. (Marcos, 74 años, comerciante)

A pesar de que algunas transformaciones puedan ser leídas favorablemente, ese pasado que se figura como glorioso quedó atrás: “eso no alcanza para remediar todo el mal que se hizo” (Marcos, 74 años, comerciante). Más aún, cuando la pregunta se postula por el futuro, las representaciones temporales emergen con nuevos matices. Igual de idealizado, el pasado parece colocarse también como el horizonte, como el vector o la brújula: “tenemos que volver a ser lo que alguna vez fuimos, tenemos que trabajar para eso, para recuperar esos valores”, me dijo Mario, de 75 años, quien llegó a Villa Gesell en los cincuenta y hoy es el dueño de una de las concesionarias más grandes de la ciudad.

Antes de introducirnos en esta paradoja –de un pasado que se presenta como irrecuperable, pero a la vez como lo esperado–, resulta interesante explorar qué tipo de tiempo pretérito posee esta doble cualidad que se funda en la idealización, la nostalgia y

también en los deseos o fantasías futuras. ¿Qué pasado añoran los geselinos? ¿Qué intentan y no pueden recuperar? ¿Recortan algún momento histórico específico? ¿Qué Villa Gesell extrañan?

Así comencé a indagar sobre las particularidades de ese tiempo “mejor” observado con nostalgia –por lo perdido e irrecuperable–, pero también como aquello a lo que se quiere volver. Encontré, en este sentido, que ese pasado no sólo no es igual para todos, sino que se dispone en momentos retrospectivos distintos dependiendo del interlocutor del que se trate. El señalamiento temporal del contexto depende de un conjunto de clivajes y experiencias que proponen apreciaciones distintas sobre el paso del tiempo.

Raymond Williams escribió sobre esta cuestión en *El campo y la ciudad*. Motivado por conocer las imágenes, las experiencias y los sentidos vinculados con estas dos palabras tan “poderosas”, el autor reflexionó las alternancias de estos tradicionales polos de vida al analizar de qué manera han sido retratadas por la literatura inglesa desde el siglo XVI al XX. Este recorrido incluye el análisis pormenorizado de diversos acontecimientos sociales que entran en relación con las producciones literarias y un conjunto de acontecimientos más íntimos. Más allá de la relevancia que tuvo esta obra para el pensamiento social moderno, resulta particularmente significativa para explorar de qué manera los sujetos construyen y sostienen esa relación con el pasado y por qué es necesario concebir la multiplicidad de retrospectivas virtuosas en interacción.

Con una pregunta similar a la que guía este capítulo, Williams inicia el segundo apartado de su libro destacando “un problema de perspectiva”. ¿De qué se trata este problema que anuncia? El autor identifica en una serie de producciones literarias una profunda nostalgia por la antigua Inglaterra rural que parece haber sucumbido frente a la llegada de un nuevo orden social. Sin embargo, en el repaso de un conjunto de fragmentos literarios, Williams observa un constante retorno hacia un atrás; es decir, un retorno –una “escalera mecánica”– que se mueve cada vez más hacia atrás y que va postulando distintos escenarios. Se pregunta, así, “¿A dónde llegaremos, en efecto, antes de que la escalera mecánica se detenga? Una respuesta, por supuesto, es el Edén; y tendremos que dirigir de nuevo nuestra mirada a ese jardín, al que tan bien recordamos” (Williams, 2017: 29).

Williams sostiene que solemos utilizar el pasado, “los buenos y viejos tiempos”, para “aporrear” el presente, pero que en esa apuesta hay algo más: “Lo que parecía una

única escalera mecánica, un retroceso perpetuo de la historia, resulta ser, si bien lo pensamos, un movimiento más complicado...” (Williams, 2017: 29). Ante esto, el autor sostiene que, cuando retrocedemos en el tiempo, dirigidos con toda decisión hacia un período anterior y más feliz, “no encontramos un lugar ni período en el cual podríamos descansar de verdad” (Williams, 2017: 59). No existe una “edad de oro”, sino un conjunto de “edades de oro” que se significan o se elogian en contraposición a las presiones que motorizan diversas transformaciones. Es preciso, entonces, emprender un análisis específicos de cada tipo de retrospectiva y agrupar los movimientos hacia atrás según criterios que nos permitan echar luz sobre el idilio.

2.1. El tiempo biográfico

El primer elemento clave que me permitió iluminar esta variación en Villa Gesell responde a las peculiaridades que imprime el tiempo biográfico. Sin embargo, no se trata de la lectura personal que un sujeto puede realizar en torno a los diversos momentos etarios de su recorrido. Por el contrario, es la relación entre la propia historia –entendida como un recorrido generacional– y la historia de la ciudad lo que se postula como el objeto de esta construcción. En este planteo el tiempo biográfico permite comprender por qué los adolescentes, los jóvenes, los adultos o los adultos mayores pueden interpretar como “mejores” o “peores” distintos pasados más próximos o más lejanos. Williams se percató de esto mismo cuando en el análisis de las obras literarias encontró que ese pasado idealizado se ubicaba casi siempre en las infancias de los autores. Sin embargo, insistió en avanzar en el análisis para descifrar qué valores, dimensiones, prácticas o imaginarios se asocian a esos momentos biográficos. Esos tiempos pasados “quieren decir cosas diferentes en momentos diferentes; y por su parte, se ponen en tela de juicio valores totalmente diferentes” (Williams, 2017: 29).

¿Cómo hacer, entonces, para articular esa retrospectiva biográfica con el análisis temporal de una ciudad y su comunidad? O, como se pregunta Leonor Arfuch (2019), ¿cómo pensar la ciudad en términos de autobiografía? Con este interrogante la autora apuesta por conjugar dos dimensiones que no han sido lo suficientemente abordadas en su relación:

En general se tiende a considerar la autobiografía –la biografía misma– en el eje temporal, el transcurso de las cronologías, el paso obligado del tiempo marcando acontecimientos significativos de las diversas etapas de la vida humana. Pero toda biografía –como toda inscripción en la memoria– es también inseparable de la dimensión espacial, del entorno,

del sitio, el escenario donde esos acontecimientos tienen lugar. Así, como habitantes de las ciudades, nuestra historia se entreteje en el espacio urbano de modos visibles e invisibles, pero nunca intrascendentes. (Arfuch, 2018: 81)

Los sucesos biográficos que tienen lugar *en, con y dentro* del espacio producen diversas valorizaciones sobre los períodos históricos de una ciudad y se convierten en un *locus* privilegiado para entender por qué los pasados recuperados a través de un ejercicio nostálgico no siempre son los mismos. Como vimos en el Capítulo IV, los jóvenes –de entre 15 y 29 años– tienden a querer abandonar la ciudad que habitan porque entienden que Villa Gesell no es un escenario propicio para su generación. Sin embargo, suelen recordar con nostalgia la ciudad de su infancia. Como me explicó María –quien migró de Villa Gesell a los 18 años–, “La niñez en esta ciudad es increíble [...] El mar, la playa, el bosque y sobre todo la libertad. Todos los geselinos que crecimos acá guardamos con mucho cariño esa época [...] Todos disfrutamos muchísimo de esta ciudad cuando fuimos chicos” (María, 32 años, librera).

Lucas y José –los jóvenes que me permitieron cruzar experiencias distintas y comunes sobre los deseos de abandonar la ciudad– acompañan los dichos de María al delinear fuertes contrastes entre la ciudad de su niñez y la de su juventud: “éramos pocos y eso nos gustaba, era como una gran familia, después crecimos y necesitamos de otras cosas” (José, 28 años, joven geselino). “De chico es otra cosa. Villa Gesell es una buena ciudad para los chicos [...] Me doy cuenta ahora que vivo en Buenos Aires y veo a los pibes encerrados, en el balcón, en la plaza perimetrada” (Lucas, 28 años, joven geselino).

Los pioneros también indican que “la mejor Villa Gesell quedó atrás” y refieren a aquella ciudad que habitaron en su juventud con sus 20, 30 o 40 años. “Esos años fueron los años dorados de Villa Gesell. Este lugar era maravilloso”; “Yo tenía 27 años y mi mujer 26, lo que vivimos en ese momento fue épico”; “Y Villa Gesell en los 60 fue lo mejor [...] nosotros fuimos muy felices con todo lo que pasaba”; “Estaba Don Carlos y éramos muy pocos, sabíamos qué queríamos hacer en este lugar; ahora es todo distinto, la ciudad está a la buena de Dios”; “Era un pueblo en el mar, en un bosque tremendo, todo súper verde con mucha vegetación [...] y nosotros éramos idealistas y creíamos que había que cuidar todo eso [...] Esa es la mejor Villa Gesell; ahora está todo destruido”.

Los geselinos que en la actualidad tienen entre 40 y 60 años también remiten a un tiempo pretérito cuando reflexionan sobre sus experiencias y la calidad de vida en la ciudad que habitan. A modo de ejemplo, incluyo los testimonios de Natalia –quien

reflexiona sobre esta problemática a partir de los resultados de la encuesta que desató diversas controversias— y de Mirta —quien, desde su rol en el museo, hace referencia a los cambios acaecidos en la localidad—.

Volviendo al tema de la encuesta, creo que está bien pensar un poco más en el tema [...] no es todo tan lineal [...] Yo viví en distintas Villas Geselles y es cierto que acá se vive mucho mejor que en Buenos Aires [...] Yo viví en Buenos Aires, cuando estuve estudiando Comunicación y es muy distinto lo que te da esa ciudad y lo que te da Villa Gesell [...] Pero creo que si comparas con la misma Villa Gesell, la de antes y la de ahora, creo que antes vivíamos mejor que ahora [...] Hace 30 años, no sé, se vivía mucho mejor. (Natalia, 38 años, periodista)

Las cosas cambiaron mucho. Algunas para bien y muchas para mal. Para mí Villa Gesell sigue siendo un paraíso, los árboles, los pájaros, todo lo que tiene este lugar no lo encontrarás en cualquier ciudad, pero si me preguntás a mí, en lo personal, te diría que antes me gustaba más [...] Sobre todo la libertad y la mística de los setenta, esos años fueron hermosos [...] Hay que aceptar que las cosas cambiaron, antes en los años setenta, éramos menos habitantes, menos casas, menos ciudad, la Villa era otra cosa [...] Había otro espíritu de época. (Mirta, 60 años, directora del museo local)

Sin mucho esfuerzo analítico, se puede arribar a la conclusión de que esos pasados no están anclados en un mismo tiempo, es decir, en un mismo período histórico. Remiten, por el contrario, a contextos diversos que se van significando de forma positiva a partir de experiencias biográficas y generacionales. Para entender las “estructuras del sentir” (Williams, 2017) en las que se engarzan estas interpretaciones, es importante recurrir a varios de los pasajes presentados en los capítulos anteriores. Estas reflexiones incluyen datos relevantes sobre las transformaciones de la ciudad, relatos nativos vinculados a ellas, formas en que diversos sectores sociales experimentan el espacio y tensiones sociales que atraviesan a esta comunidad atlántica. Estas, en efecto, permiten comprender el entramado temporal que sostiene las distintas interpretaciones recogidas.

Los jóvenes con los que tuve oportunidad de conversar postulan la felicidad de la Villa tan sólo 15 o 20 años atrás, a comienzos de los 2000, cuando “eran chicos” y “eran pocos”. Ese idilio se rompe rápidamente: empiezan a crecer y el ritmo esperado, el movimiento —como me indicaron ellos— no encuentra lugar en la ciudad. Así, aquellos que pueden, deciden migrar hacia grandes ciudades en búsqueda de oportunidades estudiantiles, laborales o vitales. Otros se quedan sosteniendo, de igual modo, ese imaginario que indica que existe un espacio “mejor” para ser joven.

En esa “época dorada” que destacan los jóvenes, otros sectores locales sitúan el ocaso del modelo de la ciudad turística y la gran crisis de la localidad balnearia que comenzaría a evidenciar altas tasas de desempleo, procesos de segregación socio-

espacial, inseguridad, pobreza, entre otras problemáticas (Abrantes, 2018). Es decir, en este punto los significantes biográficos se tensan e indican que ese mismo período para algunos remite a las formas del cuidado, el disfrute y la libertad, mientras que para otros a la consolidación de la decadencia del modelo turístico con el que la ciudad creció y se consolidó.

Quienes tienen entre 40 y 60 años realizan una operatoria similar: colocan sus mejores experiencias en un tiempo anterior vinculado con el ejercicio de su juventud; aquella que se extendió entre los años setenta y ochenta cuando la villa balnearia atravesaba su principal *boom* turístico y crecía a un ritmo acelerado. Una juventud que, también, vivió en la cuna de movimiento *hippie* nacional, el rock y la liberación. Esta superposición de tiempos pretéritos idealizados muestra que mientras los jóvenes actuales entienden que la ciudad “no tiene mucho para ofrecerles”, los adultos se remiten a su juventud para figurar su pasado más dichoso. A su vez, los pioneros, que podrían ubicarse en una generación anterior a la de estos adultos, entienden que, particularmente, en esos años en los que la villa balnearia se vio “vinculada” con este movimiento cultural comenzaron a transfigurarse los valores, prácticas y expectativas del lugar que habitaban: “Muchos entienden que en ese momento Villa Gesell empezó a ser otra cosa. A Don Carlos no le gustaba que la Villa se vinculara con todo eso [...] los valores de él y los pioneros eran otros” (Antonio, 63 años, hijo de pioneros).

En este sentido, los pioneros, si bien reconocen que los años setenta representan la masificación del turismo y el crecimiento de la ciudad, al hablar de los tiempos más felices suelen retrotraer su relato hacia la misma época de la fundación y a las primeras décadas de vida de Villa Gesell. El gran mito de la creación de la villa de veraneo –“la tradición selectiva” más establecida– se empalma, en este caso, con los modos en que este sector de la sociedad local idealiza un tiempo anterior. Haber vivido esos años –contar con experiencias vívidas sobre esos tiempos– habilita la añoranza y la certeza de que, como sostuvo Mario, “en esos años sí que fuimos felices y nadie puede cuestionarlo” (75 años, dueño de una concesionaria).

Mariana no vivió aquellos años pioneros, pero atesora los relatos de sus abuelos que llegaron a Villa Gesell a fines de los cincuenta. Esos relatos, según ella, están cargados de anécdotas sobre cómo era vivir en un pueblo que comenzaba a afincarse de a poco: “mis abuelos la tuvieron difícil, ver nacer una ciudad no es nada fácil” (Mariana,

32 años, historiadora). Cuando conversábamos sobre los pasados virtuosos de la ciudad, y en particular sobre el contexto fundacional, Mariana me comentó lo siguiente:

Hay como una necesidad de pensar en esa época como la dorada, ¿no?... como inigualable. Para los pioneros la felicidad está ahí, en esa villa de 50 familias [...] La vivieron mis abuelos, con un montón de dificultades, pero creo que ellos también pensarían eso. Había mucho trabajo, mucho de todo [...] Yo no la viví, entonces es muy difícil para mí que esa época sea mejor que ésta o que cualquier otra [...] Además el culto al fundador que aprendimos todos los que nacimos y vivimos acá, hay que ponerlo en cuestión. No podemos estar reproduciendo todo sin hacer una sola pregunta. Todo lo que se oculta, lo que se calla, todo ese trasfondo deberíamos investigarlo [...]. Nuestra generación tiene que pensar la Villa Gesell que quiere, no se puede quedar en ese pasado que no es nuestro [...] Para mí esta ciudad atravesó un montón de problemas, pero no puedo separar mi vocación política de lo que veo en mi ciudad [...] Para mí los años dorados de esta ciudad fueron y serán los años peronistas. (Mariana, 32 años, historiadora)

Ella no ubica su relato en ningún período en particular, pero es posible reconstruir ese momento pasado si apelamos a una serie de datos sobre el contexto en que le realicé la entrevista de la cual se extrae el fragmento anterior. A Mariana la entrevisté en varias oportunidades, pero esta conversación ocurrió cuando recién abandonaba su cargo en la Oficina de Empleo local. Para ella los años peronistas se ubicaban en aquel tiempo anterior a su salida del cargo municipal, cuando el Partido Justicialista había logrado llegar al sillón municipal de la mano de Jorge Rodríguez Erneta: “En esa época lo intentamos... intentamos cambiar el rumbo de esta ciudad, pero hay sectores enquistados, es muy difícil”, sostuvo cuando busqué profundizar en el tema. Es interesante destacar que si bien el “peronismo” continúa gobernando esta localidad e incluso ella acompaña a la gestión actual, “los años dorados” se vinculan de manera directa a su gestión o a la posibilidad de participar de aquel gobierno que, para ella, podía impulsar un cambio necesario.

El relato de Mariana, en este punto, pone en evidencia que la recuperación idealizada del pasado –el que sea– siempre se vincula con las experiencias situadas de los sujetos; experiencias que pueden ser más o menos colectivas, más o menos personales. Así, la idea de que el “pasado es mejor” refiere a cosas distintas: el cuidado y la fraternidad del pueblo de la infancia, la gesta heroica de una fundación, la ciudad descontracturada y de la libertad, la prominencia de la naturaleza, el crecimiento económico, entre otras.

Sin embargo, el conjunto de testimonios que fui tratando en estas páginas proponen algo más. En términos de Williams, es posible sostener que la idea de un “pasado ordenado y feliz”, que se compara con un presente perturbado y desordenado,

funciona como un mecanismo social de gran alcance: “Toda idealización, basada en situaciones temporarias y en un profundo deseo de estabilidad, sirvió para encubrir y para evadir las amargas y reales contradicciones de ese tiempo” (Williams, 2017: 71). En este sentido, Luciana –otra de mis entrevistadas– me explicó, con sus propias palabras, cómo la nostalgia de lo que se perdió “borra”, de alguna manera, “los problemas de ese momento” y “las cosas buenas que vinieron”.

Nací acá, soy nieta de pioneros [...] Soy nieta, en realidad, de la gente que venía a trabajar con los pioneros, que no es lo mismo. Yo crecí en otra Villa Gesell, era distinto, pero ya está [...] Lo que rescato del pasado es mi infancia, como crecí [...] Todos íbamos a las mismas escuelas, todos íbamos al mismo club, todos íbamos al polideportivo, todos íbamos al mismo boliche, todos íbamos al mismo bar [...] Los espacios públicos eran para todos y todos nos encontrábamos ahí. Hoy no pasa eso [...] Yo creo que igual a la gente lo que la mata un poco es la nostalgia, una cuestión más tanguera. No sé con qué tiene que ver: si con dormir más tranquilo, irte de tu casa y dejar la ventana abierta, no sé [...] Bueno, yo también lo hacía [...] Ahora no lo puedo hacer y no, no lo puedo hacer, pero puedo hacer otras cosas. No sé... antes uno no accedía a un montón de cosas, por ejemplo, a una educación universitaria, terciaria, ¿entendés? Y nadie se acuerda de eso, de los problemas de ese momento [...] También pasaban otras cosas que no estaban tan buenas, pero esa nostalgia medio que lo borra un poco todo. (Luciana, 36 años, directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional)

El tiempo biográfico, así, me permitió complejizar las perspectivas históricas de los habitantes de esta ciudad. Me mostró matices, contradicciones y tensiones entre distintas temporalidades que postulan concepciones diversas. No existe un pasado mejor; existen, en efecto, distintas formas –ancladas, entre otras cosas, en las experiencias generacionales– de recortar e idealizar el tiempo pretérito: varios pasados mejores que compiten y se solapan en narrativas más o menos articuladas.

2.2. El tiempo del arribo

Otro elemento capaz de iluminar cómo interactúan los “pasados virtuosos” –y los mecanismos sociales que motorizan– refiere a la temporalidad en la que los sujetos arribaron a esta localidad balnearia. Como hemos podido ver a lo largo de esta tesis, Villa Gesell es una ciudad que ha ido creciendo a fuerza de diversas olas migratorias que –movilizadas por distintas razones– fueron asentándose, desde su fundación hasta la actualidad, en distintos espacios de esta localidad. La noción que postula que la vida mejor se encuentra justo detrás de ellos también se vincula al momento del arribo o, puesto en otros términos, a los motivos que empujaron el desplazamiento de la mayoría de los habitantes geselinos.

La periodización nativa sobre las movilidades contempla, al menos, cuatro momentos para el caso geselino. El primero de ellos remite a la llegada de los pioneros y se sitúa entre las décadas del treinta y el sesenta. El segundo, entre 1960 y 1970, y es el que se conoce como el contexto del crecimiento comercial e inmobiliario de la ciudad turística; en ese período señalan la llegada de comerciantes, trabajadores y también del movimiento *hippie* local. El tercero corresponde al del arribo masivo de sectores populares y la emergencia de la supuesta fractura de la ciudad que los geselinos fechan entre los años ochenta y la actualidad. El cuarto es el último desplazamiento poblacional constituido por sectores medios metropolitanos que, urgidos por emprender un cambio de vida, habrían arribado luego de la crisis social del 2001 y aún continúan haciéndolo.

Esta reconstrucción histórica presenta algunos desajustes respecto de la evidencia que muestran los pocos datos estadísticos disponibles y algunos de los documentos históricos o fuentes del Museo y Archivo Histórico Municipal. Sin embargo, ¿quiénes somos nosotros, en tanto investigadores, para cuestionar una periodización que otorga sentido temporal y cronológico a los habitantes de esta localidad? Como sostiene Williams (2017), al emprender esta travesía en el tiempo no está en juego “la aritmética común” o la “historia común”. Si bien tenemos que ejercitar cierto escepticismo ante los “relatos sentimentales e intelectualizados” sobre el pasado, los sujetos reconstruyen la historia recurriendo a la experiencia y esa experiencia no se mide, no se calcula y no siempre se sitúa de manera uniforme en períodos concretos. Como explica este autor, “Lo que tenemos que indagar en esos casos no es el error histórico, sino la perspectiva histórica” (Williams, 2017: 29) que sostiene ese ejercicio. En todo caso, de lo que se trata es de desmitificar, desarmar, comparar y entender los motivos o mecanismos a través de los cuales esas perspectivas se construyen, se sostienen y, también, se transforman.

Al incluir la variable de la periodización en el análisis sobre el mito del pasado bondadoso, comencé a detectar cierta coincidencia entre el señalamiento de ese contexto y el momento de arribo a la localidad. Sea cual sea el período en que hayan llegado, sean cuales sean los motivos que los impulsaron –trabajo estacional, estilo de vida, desarrollo comercial o económico–, los entrevistados suelen recordar que al momento de pisar estas playas “vivían mejor” y que los tiempos “que vinieron después” tendieron a desvirtuarlo todo. En cada una de las entrevistas que realicé durante mis estancias geselinas, me propuse preguntar por el año de arribo y la razón por la cual habían decidido emprender una “nueva” vida en esta ciudad turística. A continuación incluyo un conjunto de

testimonios relevantes ya que profundizan en esa temporalidad en la que diversos sujetos desembarcaban en esta ciudad balnearia.

Antes esto era una maravilla. Cuando recién llegamos, con mis padres y hermanos, no podíamos creer lo que era esto [...] Vivíamos en un cuento. Mucha solidaridad, mucho trabajo, muchas ganas de construir una sociedad mejor, acá, junto al mar [...] No había nada, pero no nos importaba [...] Después fue cambiando todo, no sé, de a poco, y de pronto vivimos en una ciudad que no terminamos de reconocer. (Graciela, 78 años, ama de casa)

Y esto cambió mucho [...] yo me vine hace 25 años, vine por laburo [...] En ese momento había trabajo, en Buenos Aires no se podía vivir, ahora está más difícil acá [...] Además ahora no alcanza para todo el año, lo que juntás en la temporada no alcanza para vivir todos los meses [...] En el invierno tenés que tener mucha suerte para pegar un laburo estable. (Alejandro, 45 años, ferretero)

Con mi marido decidimos venirnos en el 2004 para cambiar nuestras vidas [...] en ese momento había poca gente, era todo muy tranquilo, bueno... estaba el verano que siempre atrae mucha gente, pero en general era muy tranquilo todo [...] después fue cambiando todo así de golpe, más gente, más pobreza, más inseguridad, más delincuencia. (Susana, 50 años, hotelera)

Yo llegué de chico en los años cincuenta. Mis viejos decidieron venirse cuando acá no había nada. Cuando yo vine éramos [...] 7.000 habitantes, nos conocíamos todos; hoy simplemente Mar de las Pampas, Las Gaviotas y Mar Azul está teniendo más habitantes que los que Villa Gesell tenía cuando yo vine. Somos un pueblo, o una ciudad, no sé, de más de 40.000 habitantes. La tasa de crecimiento es altísima... (Antonio, 63 años, hijo de pioneros).

¿Cómo vine? Tenía 22 años, trabajaba en Aerolíneas Argentinas, tenía un vecino que tenía casa acá en Gesell y me decía: "allá no hay nadie que haga electricidad y carburación". Yo recién me había casado y me vine a hacer los tres meses de la temporada, en diciembre de 1966, y no me fui más. [...] La Villa fueron esos 10 o 15 años en que esto fue una explosión [...] Comercialmente te iba muy bien. La primera temporada estuve tres meses sin dormir, trabajábamos a morir. Se trabajaba mucho: eran malas las rutas, malas las calles, malos los coches, que eran viejos [...] Toda la gente que hacía algo en el verano, en un comercio, en el invierno trabajaba para Don Carlos: abriendo calles, construyendo, trayendo tierra, haciendo cosas. Fue un momento único [...] En esa época acá había seis, siete corralones de materiales, para que te des una idea del movimiento que había acá; hoy hay dos. Con eso te das una idea de la diferencia [...] Después hubo una cosa muy interesante: en esa época que vine, se quedó mucha gente de nuestra edad, de 22 o 23 años, que vinieron con el afán de crecer y hoy son los dueños de los comercios, los hoteles. Toda gente con ganas de trabajar y progresar; la Villa crecía. Había mucho movimiento, mucho trabajo. No teníamos estos asentamientos que tenemos ahora del otro lado de Circunvalación que trajeron los políticos; entonces esto era un paraíso. (Mario, 75 años, dueño de una concesionaria)

La vida en la Villa ha cambiado en todos estos años de manera muy interesante. Cuando llegué a Gesell, 1984, hacía sólo cinco años de la muerte de Carlos Gesell, había una población que podría estimarse en menos de la mitad de la actual. Era otro momento histórico. En 1983 empezaba la democracia con el gobierno de Alfonsín en la Nación y del contador Héctor Esteban Allo como primer Intendente electo por voluntad popular. Gesell logró su autonomía política y económica [...] La vida en 1984 era más sencilla en cuanto a la funcionalidad social; era un momento de gran impacto político, social y económico.

La Villa tuvo en ciertos aspectos el espíritu de los 60, el auge de los artesanos, la vida a pleno con derechos y posibilidades que no existían durante los años de la dictadura. Fue también el auge del turismo más amplio y democrático. (Carlos, 65 años, ex director de Cultura)

Algunos arribaron siendo niños, en los años cincuenta, acompañando los planes de sus padres. Otros lo hicieron en los sesenta con el afán de emprender un proyecto económico y cuentan que la villa crecía y “había oportunidades para todos”. Están también los que se desplazaron en la apertura democrática de los ochenta y en los fatídicos años noventa persiguiendo distintas oportunidades, y están, finalmente, los que llegaron en la poscrisis de los 2000 buscando un cambio vital.

Este abanico de retrospectivas sugiere tres hallazgos: no todos llegaron con la misma edad, tampoco todos lo hicieron en el mismo año o década, y las dimensiones que se destacan para llevar a cabo la comparación son, en lo cierto, de diverso orden. No obstante, todos coinciden en señalar que eso que experimentaron al llegar fue mejor que lo que vino después y, fundamentalmente, que lo que ocurre en la actualidad.

Esta idea comenzó a desarmarse cuando pude dirigir la pregunta hacia las dificultades del arribo: “¿Cómo fue adaptarse a Villa Gesell en aquellos años?”, pregunté a mis entrevistados. Fue así que me dejaron ver algunas de las problemáticas que experimentaron: “Estaba bueno ser pocos, pero había que adaptarse”, “estábamos muy solos”, “el trabajo de temporada al principio te encandila, pero enseguida te das cuenta que no alcanza”, “Yo extrañé mucho, de chico, a toda la familia que quedó en Buenos Aires”, “el invierno al principio imposible, uno lo idealiza, lo bucólico, ¿no?, pero acá te das cuenta de que no es así”, son algunas de las ideas que empezaron a emerger.

En el 2018, con motivo del 40 aniversario de la autonomía de la ciudad balnearia, *El Fundador* publicó una entrevista realizada a Julio Longo en 1983, uno de los primeros delegados municipales de Villa Gesell. La entrevista comienza sentenciando un cambio de época y postulando la transformación de la calidad de vida. Las palabras de Longo rememoran los tiempos de los cincuenta:

La calidad de vida era distinta a la de hoy. Cuando me casé en el 52 no había iglesia y la fiesta la hicimos en el hotel *Normandie* –105 e/2 y 3–. El propietario señor Roux lo cedió gratuitamente y así pudo concurrir todo el pueblo. Porque cuando alguien se casaba se invitaba a todo el pueblo, como hoy se hace con la familia. En cosas como ésta la vida tenía más fuerza y valor que la de hoy. Es que la necesidad era el eje que nos impulsaba a mantenernos unidos. Le menciono otro ejemplo: por el 58-59 las inundaciones cortaron los caminos a Juancho, que era la única estación de ferrocarril. Estábamos aislados hasta para poder comer. Grandes y chicos marchaban con una pala al hombro y así, paleando la tierra, se mantuvo el camino abierto. (Longo en *El Fundador*, 2018: 15)

La entrevista continúa y el periodista le consulta por los servicios prestados por el Estado en aquellas épocas en las que aún no eran reconocidos en tanto localidad autónoma del Partido de General Madariaga. Longo contesta lo siguiente: “Prácticamente ninguno. Pero por suerte los pueblos no viven de acuerdo al deseo de sus gobernantes, sino según sus aspiraciones y sus propias conquistas. Si hubiéramos esperado al gobierno hubiéramos vivido muy mal, pero queríamos vivir mejor y lo logramos” (Longo en *El Fundador*, 2018: 15). El entrevistador no duda en formular la pregunta, directa, por la idealización del pasado y la nostalgia. Entonces Longo, casi sin quererlo, comienza a deslizar algunos de los inconvenientes de aquellos años que, en un primer momento, se distancian de la narrativa que tenía para contarnos:

Yo creo que la vida es dura en todas partes. Nadie la regala [...] Cuando yo llegué allá por el 47, la carne y el pan se traían de Madariaga en una camioneta Ford A que llevaba los pasajeros a Juancho. La galleta de campaña –que era el pan que se comía– venía en los guardabarros, porque con solo cuatro pasajeros el vehículo se llenaba. Cuando pasaba por una zanja llena de agua y barro, las galletas se convertían en engrudo. Pues, las secábamos y las comíamos. La carne solía llegar abombada, pues no había electricidad para conservarla. No, la vida de aquel tiempo no era mejor que la de estos días. El espíritu era más comunitario [...]. Las urgencias se resolvían como las resuelven hoy la gente que vive en el campo. No había médicos ni farmacia [...]. Era muy difícil pero nadie se resignaba. (Longo en *El Fundador*, 2018: 15)

En una línea similar, descubrí que mis entrevistados se sorprendían al ejercitar la memoria de ese modo; es decir, corriendo el velo de la idealización sobre lo que alguna vez fue. Como sostuvo Mario en torno a lo que él consideraba la edad de oro de la Villa:

Y sí, desde hoy pensamos en esa época y pensamos que fue mejor [...] pensamos que en realidad hicimos algo heroico, pero la verdad es que fue difícil [...] Me acuerdo que en ese momento trataba de no pensar en lo que había dejado, porque tenía que poner la energía en construir mi proyecto acá y tenía mucho trabajo además, pero no fue fácil. Acá era todo muy áspero, los inviernos, la falta de servicios. (Mario, 75 años, dueño de una concesionaria)

Con Mario también conversé sobre la encuesta y me brindó algunos elementos que complejizan la perspectiva:

Todo depende de con qué nos comparemos, desde dónde y cómo [...] La felicidad se mide en relación a algo, ¿no? [...] Somos más felices que en la gran ciudad, puede ser [...] Y creo que fuimos más felices antes que ahora, porque en ese momento buscábamos un cambio y lo encontramos; entonces en esa comparación, aquel tiempo me parece mejor. (Mario, 75 años, concesionario automotor)

El espacio escogido para emprender una nueva vida portaba, sin dudas, algunas de las cualidades virtuosas que los geselinos le adjudicaban a partir de una comparación –inevitable– con el espacio que abandonaban. Sin embargo, la reconstrucción histórica

de ese pasado involucra nuevas cualidades bajo un mecanismo de idealización, orden, estabilización y, como explica Williams, invisibilización de las propias fricciones de ese tiempo. En la comparación con lo anterior, como me dijo un geselino, “el pasado que está más atrás se viste de fiesta”. Para el caso de Villa Gesell, el tiempo biográfico –la nostalgia por lo perdido e irrecuperable– y el tiempo del arribo –que se narra con cierto heroísmo– se postulan como las claves que permiten entender por qué ese tiempo pasado se recuerda virtuoso.

3. El quiebre

Considerando el recorrido realizado, es necesario analizar si para los nativos existe, en efecto, un quiebre. Es decir, si aquel paraíso que supieron experimentar –en su niñez o su juventud, cuando recién llegaban a Villa Gesell en busca de distintas oportunidades– comenzó a desvirtuarse en algún período específico. Si bien lo sospechaba, fue interesante hallar que los geselinos no concuerdan al momento de identificar ese quiebre. Indican, por el contrario, distintas décadas que pueden ir desde los años inmediatamente posteriores a la fundación hasta la primera década de los años 2000. Sólo para ejemplificar este fenómeno, incluyo pequeños fragmentos que pude recolectar en el campo: “El mismísimo Carlos Gesell inició esta hecatombe”; “Se liberó todo, en los setenta, ahí dejamos de tener reglas”; “Cuando vinieron los hippies”; “Cuando la ciudad se llenó de negros sin educación, ni trabajo ni nada”; “La masividad del turismo fue una condena”.

Admito que en un primer momento pensé en abandonar el ejercicio reflexivo que despuntaba este interrogante. Consideraba que el fenómeno de la variabilidad respondía a las distintas retrospectivas que construían los geselinos; es decir, la referencia histórica de la transformación se vinculaba, casi de manera directa, al momento idealizado del pasado. No obstante, fui encontrando que, más allá de colocar el quiebre –la gran transformación de la ciudad– en distintos hitos o períodos, los geselinos, en lo cierto, estaban señalando un proceso. Un proceso que –más rápido o más acompasado– logró derrumbar el escenario y aquella comunidad que garantizaba cierta calidad de vida y que hoy sólo puede ser figurada bajo un “agradable recuerdo”.

Se trata de un proceso de transformación morfológica, espacial, social y cultural que los geselinos tienden a condensar en la idea del “crecimiento” y del “desarrollo urbano y turístico” de la ciudad (Abrantes, 2018). En el Capítulo III de esta tesis sostuve

que los años setenta marcan –en datos cuantitativos y cualitativos– el punto más alto de la gran transformación urbana de esta ciudad. Se multiplicaron las viviendas, los hoteles, la cantidad de plazas para veraneantes, los comercios, los atractivos turísticos, los servicios y, fundamentalmente, los habitantes. En ese momento Villa Gesell dejó de ser el pueblo o la villa de veraneo para ingresar en un proceso de urbanización acelerado y constante. Pronto supe que había llegado el momento de complejizar esta teoría nativa.

Si bien señalamos aquella década como “el punto más alto”, lo cierto es que se trata de un proceso que involucra diversos hitos, actores, proyectos y períodos históricos. Así, cuando los geselinos son interpelados sobre la “gran pérdida” de ese pasado ejemplar, tienden a indicar que este crecimiento es la causa del gran cambio. Un gran cambio que, en definitiva, transformó la ciudad y también a ellos mismos. Como ya expuse, existen amplias variaciones en torno al inicio de este proceso y su continuidad. Está claro que la tradición selectiva (Williams, 1997) marca un punto que tiende a situarse en la década de 1970, pero algunos, incluso, retrotraen el proceso hasta al propio contexto fundacional. Enzo, quien vive en Villa Gesell hace 23 años, me lo explicó del siguiente modo:

Hay como dos teorías: están quienes creen que Don Carlos arrancó con todo esto, que en realidad era un comerciante y no le importaba el tema de los pinos y todo eso [...] Te vendió primero la Avenida 3 con vista al mar, después la Avenida 2 con vista y después la 1 y nos dejó sin la posibilidad de costanera [...] Vendía lotes sin pensar cómo iba a crecer esto [...] Otros creen lo contrario, como que están en esa línea de la fundación prolija, de la buena gente, de Don Carlos como héroe. (Enzo, 50 años, dueño de un bar playero)

Algo similar plantea la arquitecta María Inés Denevi en *La novela de Villa Gesell: Urbanismo interactivo*, al sostener que desde el inicio el crecimiento se ha postulado como una suerte de padecimiento que logró gestar dos grandes posiciones:

Villa Gesell ha padecido desde su particular gestación un acelerado proceso histórico en el sentido de sus cambios estructurales en relativamente cortos lapsos de tiempo [...] Un primer ciclo, el de la Villa, con un punto de inflexión en el inicio de los años 70 (etapa de descontrolado y patológico crecimiento), queda como mito o período romántico en la memoria de aquellos que ya desconocen este lugar y seguramente no desean volver. La situación actual parece un complejo juego de tensiones que podrían definirse como opuestas: preservacionismo de viejos valores arquitectónicos, de la naturaleza y las costumbre, versus el crecimiento con imagen anodina, que proponen una ciudad enajenada de todo indicio propio. (María Inés en Castellani, 1997: 64)

Más allá de la especificidad en el recorte del contexto, los geselinos ven al crecimiento y al desarrollo turístico de la ciudad como un problema que los aleja, cada vez más, de cierta calidad de vida y del ejercicio de la felicidad. Volvamos por un instante al epígrafe

de Ítalo Calvino, quien sostiene que no tiene sentido dividir a las ciudades en felices e infelices, sino que es importante reconstruir otro tipo de escisión: entre las ciudades “que a través de los años y las mutaciones siguen dando su forma a los deseos y aquellas en las que los deseos, o bien logran borrar la ciudad o son borrados por ella” (Calvino, 2007: 30). ¿Qué pasó en Villa Gesell? ¿La ciudad borró los deseos de sus habitantes o fueron los deseos quienes lograron borrar la ciudad? Calvino arremete una vez más con este tópico en una conferencia de 1983 en la que reflexiona en torno a la obra de la cual extraje el epígrafe:

Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos. Mi libro se abre y se cierra con las imágenes de ciudades felices que cobran forma y se desvanecen continuamente, escondidas en las ciudades infelices. (Calvino, 2007: 10)

¿Será posible, entonces, rastrear los elementos que constituyen ese desvanecimiento de la felicidad? Lo primero que advertí, en el análisis de las entrevistas realizadas, es que los geselinos no interpretan del mismo modo el fenómeno del cambio, es decir, del crecimiento urbano, morfológico y demográfico de la ciudad. Si bien lo leen en términos negativos, como causa del presunto quiebre, es posible agrupar los relatos en al menos tres grandes narrativas nativas. Como explica Norbert Elías (2016), para entender procesos tan complejos como éste, resulta necesario reponer “la polifonía de la historia”, es decir, la interdependencia de experiencias temporales que nos atraviesan.

La primera de las narrativas indica que el crecimiento es en sí mismo un gran problema que habría que haber evitado. Como me dijo un geselino: “Nos tendríamos que haber quedado sin crecer, como mucho 10 mil habitantes, quedarnos ahí, cortarlo de cuajo”. Las voces que sostienen esta hipótesis recrean, así, una suerte de contraposición rotunda entre la figura del pueblo y el devenir de la ciudad. La primera figura –al igual que en las poesías pastoriles que comparte Williams en su libro– es observada con nostalgia; la vida se presenta como ordenada y feliz. Son pocos, se conocen entre sí y mantienen, al menos en sus representaciones, relaciones de cooperación y solidaridad. La consecución de la segunda figura –la ciudad– habría desencadenado un aumento significativo de población, la expansión de la trama urbana, la emergencia de conflictos sociales de diversa índole, la experiencia del individualismo y un conjunto de prácticas y representaciones anudadas al mundo ciudadano. Siguiendo los argumentos de Yanina

Faccio y Gabriel Noel, se trata de un ejercicio reflexivo en el que los pueblos son entendidos como representantes de mejores tiempos:

... es decir, a la vez como resabio y como testimonio de un modo de vida valioso y superior que hoy se encontraría amenazado. Este “tiempo que ya no está” sería el del “buen comer” y el “buen vivir”, un tiempo de relaciones personales y transmisión oral de saberes [...] la confianza en los vecinos y el trabajo duro –manual, se sobreentiende– como eje rector de la vida y garantía de la supervivencia “en los pueblos” de esos “grandes valores que hicieron grande al país en el siglo XX. (Faccio y Noel, 2019: 121)

Lo más significativo de estos relatos está dado por cierta “desconfianza” ante el proceso mismo de expansión. Mario, quien se reconoce como un testigo de lo perdido, sostuvo con cierto escepticismo: “Crecimos, sí, no hubo plan ni nada, yo me pregunto si con un plan hubiesen podido controlarlo [...] ¿Cuál sería el límite ideal del crecimiento? [...] La ciudad trae todo esto, aunque se lo quiera limitar” (75 años, concesionario automotor). Mirta, por su parte, entiende que el legado de Carlos Gesell “no alcanzó”: “El desborde fue tal que con el legado no alcanzó [...] no se puede crecer sin saber hacia dónde. Esto es lo que pasó acá” (60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal). Susana, quien se asentó en Mar de las Pampas –donde los orígenes de la ciudad de Villa Gesell aún modelan las formas futuras de la localidad–, sostuvo: “Nosotros no queríamos directamente que esto crezca. Venimos de Buenos Aires, una gran ciudad, y queríamos vivir en un pueblo” (50 años, hotelera).

Estos sectores, asumiendo una actitud más “conservadora”, reaccionan –al decir de Williams– ante el “cambio social” y se aferran a experiencias seguras, estables y conocidas. Sin embargo, como explica este autor, el contraste entre estos dos estilos de vida “... es una de las principales formas que tenemos de tomar conciencia de una parte central de nuestra experiencia y de la crisis de nuestra sociedad”.

Pero cuando somos conscientes de ello, solemos caer en la tentación de reducir la variedad histórica de las formas de interpretación a lo que, sin mucho rigor, se llaman símbolos o arquetipos; es decir, a abstraer incluso aquellas formas sociales más evidentes y darles una jerarquía primariamente psicológica o metafísica. Solemos caer en esta reducción cuando comprobamos que ciertas formas, imágenes e ideas importantes persisten a través de períodos de grandes cambios. (Williams, 2017: 31)

Esta línea de pensamiento reduce la transformación a un pasaje –cuasi mecánico– entre los dos arquetipos opuestos. Como me explicó Mariana, estos sectores tienden a “sacar una foto” y comparar, olvidando los movimientos que componen el proceso (Abrantes, 2018).

... yo creo que no hay un momento en el que se pueda decir “ya somos ciudad”. Es un proceso largo que tuvo sus movimientos. Pero acá, obvio, sacan una foto, no ven la película completa. No se hacen cargo de lo que fuimos haciendo con nuestro espacio, en lo que nos fuimos convirtiendo. Es la foto de lo que fue Villa Gesell y de lo que es ahora, y eso es lo que comparan. (Mariana, 32 años, historiadora y directora de la Oficina de Empleo Municipal)

Además, el ideal de progreso se pone en tela de juicio porque bajo este concepto se impulsó, en verdad, un proceso de decadencia: “más no siempre es mejor, a veces hay que saber que menos es más” (Graciela, 78 años, ama de casa). Dentro de estas posturas, la crítica suspicaz hacia las “bondades del turismo” articula los principales argumentos, en una concatenación de fenómenos que se presenta más o menos así: más turismo implicaría más progreso y, con el progreso, el advenimiento de más ciudad o, puesto en otros términos, el arraigo de aquellos males que aquejan, específicamente, a esta forma espacial.

El escritor geselino Juan Oviedo publicó un libro sobre esta cuestión donde sostiene que las ciudades balnearias –todas– estarían marcadas por cierto “pecado original”: el de la renta y la búsqueda ilimitada de riquezas⁹⁰:

... la concepción del crecimiento como un hecho basado en el progreso del vigor comercial. Y tal manera de pensar el progreso induciría a una visión unidimensional: la de entender a estos lugares solo desde la mera condición de lucro, visión cautivadora de las sociedades locales, por la cual estas nacerán y crecerán satelizadas bajo tal concepción. (Oviedo, 2007: 13 –cursivas del original–)

El turismo –a través del comercio, la renta y la venta– aparece como la fuente capaz de satisfacer esa búsqueda. Estas condiciones habrían funcionado bien en las primeras décadas de vida de Villa Gesell cuando “el balneario” podía subsidiar el crecimiento “de la ciudad real”. Sin embargo, en algún momento la ecuación se rompió: la ciudad comenzó a desbordar al balneario y el modelo del crecimiento fundado en el turismo empezó a mostrar su revés: desigualdad, pobreza, segregación, inseguridad, entre otras problemáticas que los geselinos insisten en remarcar.

Desde esta perspectiva, el desarrollo del turismo avanzó contra aquellos símbolos, principios, formas y prácticas que sostenían el ideal de pueblo. Es lo que también habría propiciado la emergencia de los males urbanos –cableados, edificios, cemento, indiferencia, anonimato, etc.– que hoy atraviesan de punta a punta a la ciudad y que han trastocado lo que Williams llama “la dulzura del lugar”.

⁹⁰ Para un análisis sobre la articulación de este repertorio ver Noel (2020).

El segundo colectivo de geselinos sostiene otra hipótesis: “había que crecer, pero no de este modo”. Sus argumentos giran en torno a la ausencia de un plan de ordenamiento capaz de regular la expansión de la ciudad y evitar el trágico desenlace. El resultado del proceso, desde esta perspectiva, es similar a lo observado por el grupo anterior –“la ciudad nos dejó sin paraíso y sin calidad de vida”–, sólo que en este caso están convencidos de que podría haberse dado de otro modo.

Desde que llegó hace 23 años, Enzo trabajó en distintos negocios, pero siempre se dedicó al comercio: “tampoco hay muchas cosas para hacer acá. Todo gira en torno al comercio”, me dijo. Hace cuatro años decidió alquilar la concesión de un bar en la playa y comenzó a gestionarlo junto a su mujer, nacida en Villa Gesell. “Abrimos casi todo el año, pero en invierno vamos a media marcha y lo necesitamos porque en verano se trabaja demasiado”. Cuando lo entrevisté, me contó que “era un curioso por la historia de este lugar” y que había leído y preguntado todo lo que pudo sobre los orígenes. En medio de esta conversación fue dejando entrever sus posiciones sobre el modo en que fue transformándose la ciudad que hoy habita:

Esta ciudad fue primera o segunda, a nivel país, en crecimiento. Pasamos de 10.000 habitantes a 30.000 en un período muy corto. La ciudad no soporta ese crecimiento. Te lo llevo al negocio, que es lo que conozco: acá entran 120 personas y, si yo mañana te siento 300 personas, no te da la cocina, no te dan las camareras, no te da la vajilla, no te da el espacio [...] Hay que saber hacer una ciudad: ¿dónde está la ciudad? En una montaña, en el mar, en un puerto, bueno, no da lo mismo [...] Todo lo que vino después es consecuencia de esta mala planificación. Es una ciudad que no tiene identidad, es una ciudad que la gente viene, entra y sale [...] no tiene identidad. Andá a Madariaga y ahí sí te vas a encontrar con la tradición; acá no hay eso, ¿cuántos históricos tenés acá? (Enzo, 50 años, dueño de un bar playero)

Para Enzo no hay una tradición que se perdió, sino que la concepción de la ciudad turística que crece y crece sin ninguna capacidad para contener dicho proceso borra cualquier tipo de historia entendida en términos de “tradición”. “Si las cosas se hubieran hecho de otro modo, capaz que no llegábamos a este lugar”, me dijo para sostener luego que la ciudad no brinda demasiados canales de “arraigo” (Enzo, 50 años, dueño de un bar playero).

Otros testimonios exponen ideas similares y construyen un debate bien nutrido y disputado sobre la noción de crecimiento: ¿qué significa crecer?, ¿se puede crecer de cualquier modo?, ¿siempre es positivo? son algunas de las preguntas que movilizan los geselinos.

Se dio un crecimiento demográfico en una ciudad que estratégicamente no se preparó. [...] siempre ambicionó crecer, pero sin tener claro qué significa conceptualmente crecer. [...] Crecer significa tener mucha gente, significa tener más infraestructura, más territorio,

significa tener más servicios. Nunca hubo un debate de qué significaba crecer. La ciudad fue creciendo para donde se dio [...] Gesell no fue definiendo una estrategia de ciudad y con esto se fue desdibujando su identidad. (Fabián, 41 años, periodista)

No hemos podido controlar algunas cosas con respecto a cómo se fue transformando la ciudad. Acá lo que pasó es que hubo un crecimiento, que es algo básicamente positivo, pero ese crecimiento demográfico fue muy desordenado y sin acompañamiento estatal. (Martín, 40 años, concejal)

Este crecimiento desmedido y desorganizado ha atentado contra todo. Lo que me preocupa es la falta de planificación social. La gente se va quedando en Villa Gesell y no hay planificación de viviendas, de trabajo, de educación, de salud [...] no hay nada. Y todo esto es muy peligroso. ¿Hasta cuándo y dónde podemos seguir creciendo? (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal)

Del tema habitacional nunca se hizo nada en Gesell. Desde los años 80, que es cuando yo llegué a Gesell, que se dejó que todo esto creciera sin un plan rector. Ahí empiezan a aparecer muchos problemas habitacionales en la ciudad y algunas de las diferencias sociales más importantes que nunca pudieron resolverse. No hubo ninguna regulación. En la época de Carlos Gesell, por el contrario, todo estaba controlado para poder hacer de esta ciudad esa villa turística que tanto soñaban. (Lisandro, 50 años, miembro del Colegio de Arquitectos de Villa Gesell)

El planeamiento nunca ha sido un tema para Gesell. Planeamiento más comercial hubo, pero planeamiento de la ciudad, así como espacio en el que todos los ciudadanos puedan convivir, eso no existió nunca. La ciudad creció sin un plan organizador. La gente venía y viene, se queda y así van emergiendo las cosas... como de manera espontánea. (Rodrigo, 30 años, antropólogo)

En el análisis de este repertorio nativo –sobre la necesidad de crecer de otro modo para evitar que la ciudad se desacople o borre los deseos de sus habitantes–, detecté dos núcleos de sentido que vale la pena profundizar. Por un lado, los geselinos que sostienen esta hipótesis no coinciden en aquellas medidas que deberían haberse implementado para controlar el proceso. Las posturas, en este sentido, van desde las más radicales (“no permitir que se quede nadie más”, “darle trabajo sólo a los geselinos y evitar que un santiagueño termine ocupando esos lugares”, “limitar la venta de lotes y viviendas”, “no seguir urbanizando los espacios naturales”) hasta las más inclusivas (“generar planes de vivienda”, “desarrollar otras ramas de la economía para que todos puedan trabajar”, “establecer planes sociales para la inclusión de los que van llegando”). Ante esto, Mirta me dijo: “hay muchas cosas para hacer o podríamos haber hecho muchas cosas, hay ideas de todo tipo” (60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal). Por otro lado, en este repertorio también se lleva a cabo una retrospectiva nostálgica en la que el crecimiento mal planificado sería la causa de la pérdida del paraíso que supieron habitar.

El tercer y último colectivo de geselinos a los que entrevisté sostiene que el proceso de crecimiento, en lo cierto, “quedó trunco”. Depositando la confianza en el

progreso y el proceso de urbanización, desde esta perspectiva la figura de ciudad no se cuestiona, lo que preocupa, en todo caso, es que el proceso de pasaje haya quedado “a medio hacer”. “No somos una ciudad, pero tampoco somos un pueblo, quedamos ahí en el medio”, me dijo Romina (56 años, periodista). Los que más adscriben a esta teoría son los jóvenes geselinos. Recordemos que en esa retrospectiva que realizan postulan a la ciudad de su infancia como su paraíso: una ciudad que los protegía y les daba libertades, pero que también los conectaba con la naturaleza. En un momento ese escenario comenzó a presentarse como insuficiente. Ellos crecieron, pero la ciudad –que para algunos crece y crece sin control– parece no haber asumido el ritmo que esta generación necesita. “Gesell creció un montón, pero sigue siendo una ciudad chica [...] con lógicas de pueblo, incluso, como el tema del chisme o el tema de que no hay muchas cosas para hacer”. “El crecimiento se dio en algunos aspectos y no en otros [...] En invierno acá seguimos siendo muy pocos, hay poco divertimento o lugares para estudiar”. “Y viste... es un tema, porque muchos no quieren este crecimiento [...] Capaz que si fuéramos como Mar del Plata sería distinto, pero esto así medio raro [...] no terminás de explotar, pero como que tampoco sos una villa tranquila”.

En otros trabajos, junto a Ricardo Greene, me propuse analizar esa posición “en medio” que suelen ocupar algunas ciudades no metropolitanas del sistema urbano argentino y chileno (Greene y Abrantes, 2018, 2021). En esta investigación hemos sostenido que las ciudades de este tipo presentan un conjunto de características que hacen estallar el par opuesto entre lo urbano y lo rural. En estas ciudades lo que parece incompatible convive de diversas maneras y también presenta dinámicas sociales propias que no encajan en las características que las ciencias sociales han delimitado para cada uno de los polos. Bajo esta propuesta, exploramos aquello que ocurre con la juventud y cierto tedio sostenido sobre las dinámicas urbanas de las ciudades que habitan. Encontramos, así, que los jóvenes –motivados por imaginarios que se motorizan desde las grandes ciudades– “han sido convencidos de que el lugar donde habitan es un proyecto inconcluso”.

El tedio es el signo visible de una promesa incumplida: la promesa del vértigo, y existe no porque sea una falencia de estas ciudades sino por el desajuste que ocurre en el comercio de los imaginarios. Sus residentes, o al menos algunos de ellos, han sido convencidos de que el lugar donde habitan es un proyecto inconcluso, un capullo que en algún momento florecerá en metrópolis, y por tanto viven guiados por expectativas que no se ajustan a la realidad de ciudades periféricas. Al no hallar la velocidad, el tumulto, el vértigo y la diferencia, viven frustrados por lo que no es, en vez de reconocerse en lo que sí. (Greene y Abrantes, 2021)

Cuando tuve la oportunidad de entrevistarlo, Juan Oviedo (50 años, escritor) me dijo que para estos sectores se trata de “un proceso de urbanización a medias tintas. No somos una cosa ni la otra. Quedamos en el medio como esperando ir para adelante o, peor, esperando volver para atrás. Pero no se puede”. Aquí encontramos la última dimensión clave de esta narrativa: algunos geselinos entienden que el proceso quedó trunco. En sus deseos, el escenario idealizado se narra en retrospectiva, pero también se proyecta hacia el futuro.

4. El pasado como utopía

El mapa, la posición y el debate en torno a la calidad de vida de la ciudad atlántica me llevaron a postular tres grandes campos de exploración que buscan comprender los modos en que los geselinos experimentan e interpretan la historia del espacio en el que viven y también la historia de la comunidad de la que forman parte. El último de los campos abre la pregunta por el futuro. Esta pregunta –hay que decirlo– no ha surgido como una elaboración propia, sino que han sido los mismos geselinos quienes al hablar del pasado indicaban, indisolublemente, una preocupación por su futuro. El tiempo presente en estas reconstrucciones y proyecciones aparecía simplemente como un articulador. Como un tiempo incómodo que, de algún modo, me permitió entender por qué los geselinos se encontraban escépticos ante los resultados publicados por ese grupo de investigadores del CONICET que postulaba a su ciudad como uno de los escenarios con mayor calidad de vida.

El presente incómodo que fui percibiendo en el campo me alentó a recuperar una discusión clásica del campo antropológico que remite a las derivas involucradas en el presente etnográfico. El antropólogo Johannes Fabian (2020) trabajó con detalle los usos del concepto del tiempo por parte de la antropología. En una crítica a los modos en que los antropólogos nos hemos enfrentado al tiempo, a los otros y al tiempo de los otros, propone concebir el presente etnográfico más allá de la fotografía sincrónica, del momento capturado por el antropólogo. Es necesario comprender cómo las sociedades interpretan las continuidades y discontinuidades, es decir, cómo interpretan su propia historia. Historia, aquí, no se entiende como la acumulación de sucesos pasados, sino como la articulación de lo antiguo y lo futuro, el recuerdo y la esperanza.

Bajo esta línea, se vuelve imprescindible explorar los modos en que el pasado puede ser utilizado por los sujetos para interpretar el presente, las formas presentes de proyectar múltiples futuros y, también, los futuros en su capacidad de regular los

movimientos presentes. Williams ya nos había advertido sobre la potencia de las tradiciones selectivas: esas historias establecidas que recortan y seleccionan diversos elementos del pasado y que se constituyen con la fuerza de proyectar escenarios de situaciones tan posibles como imposibles, pero ¿cómo hacer para analizar las formas concretas en que las temporalidades históricas –pasado, presente y futuro– son experimentadas y narradas por los sujetos?

La propuesta de Williams me ayudó a reconstruir las razones de la evocación constante de diversos pasados idealizados. El mito del origen de la ciudad balnearia, sin duda, opera como una tradición selectiva que regula moralmente algunas de las intervenciones que deben y no deben realizarse en esta ciudad. Existe, también, un cúmulo de tradiciones alternativas que pugnan, discuten, reelaboran la historia que nos cuenta el museo, los libros de historiografía local y algunos de los entrevistados con los que conversé. Todas las tradiciones miran hacia atrás, destacando distintos períodos históricos y subrayando las bondades de algunas dinámicas sociales, espaciales, culturales o económicas que parecen haberse extinguido o que, con suerte, sobreviven en su mínima expresión. Sin embargo, sólo algunas logran persuadir los futuros posibles.

La propuesta del intelectual Reinhart Koselleck me permitió avanzar y complejizar mi argumento. Este autor presenta un par de categorías analíticas potentes que incluyen las nociones de recuerdo y esperanza, pero que también las trasvasan. Se trata de la experiencia y la expectativa, en palabras de Koselleck: “dos categorías adecuadas para tamizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro” (1993: 337). Antes de introducirnos en el análisis de estas categorías para el caso geselino, conviene incluir un breve detalle sobre cómo el historiador presenta las características del par analítico que, lejos de oponerse, sólo pueden ser concebidas en relación: “A pesar de estar presentes recíprocamente, no se trata de conceptos simétricos complementarios que coordinan el pasado y el futuro como si fueran espejismos. Antes bien, la experiencia y la expectativa tienen modos de ser diferenciables” (Koselleck, 1993: 338).

La experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. Conjuga la elaboración racional con los modos inconscientes del comportamiento que no forman parte del ejercicio reflexivo. La expectativa se configura en el hoy, “es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir” (Koselleck, 1993: 339). Es esperanza y temor, deseo y voluntad; inquietud pero también análisis racional, la visión receptiva y

la curiosidad. Ambas categorías –y en este punto Koselleck abona la perspectiva que planteamos antes– son propias y ajenas, individuales y colectivas.

Koselleck entiende que conviene concebir el “espacio de experiencia”. Esto es así porque la experiencia está reunida formando una suerte de totalidad en la que se hacen presentes diversos estratos de tiempo. No hay una experiencia cronológicamente mensurable –aunque sí fechable según su motivo–, porque cualquier momento se compone de todo lo que se puede evocar del recuerdo de la propia vida o del saber de otra vida. “Cronológicamente, toda experiencia salta por encima de los tiempos, no crea continuidad en el sentido de una elaboración aditiva del pasado” (Koselleck, 1993: 339). Asimismo, conviene hablar de un “horizonte de expectativa”, es decir, aquella línea tras la cual se abre en el futuro un nuevo espacio de experiencia, aunque aún no se pueda contemplar.

El espacio de experiencia que fue recortándose en mi campo de estudio estaba marcado por una fuerte idealización de un pasado que, en términos comparativos, era percibido como “mejor” que el presente. Sin embargo, en este juego de contrastes, el futuro –o las expectativas– también desempeñaría un rol central. Koselleck advierte, por un lado, que la expectativa no se deduce totalmente de la experiencia: “En la historia sucede algo más o algo menos de lo que está contenido en los datos previos” (Koselleck, 1993: 341). Por otro lado, si bien la modernidad como “tiempo nuevo” se ha caracterizado por alejar las expectativas de las experiencias, todas las expectativas se basan en las experiencias.

Las expectativas de los geselinos se ven atravesadas por la idea de un pasado virtuoso al que, de algún modo, tratan de volver: “tenemos que ser lo que alguna vez fuimos”, “tratar de mantener las cosas que nos hacían bien y distintos”, “recuperar la mística de este lugar”, “ir hacia atrás, porque ir hacia adelante ya se ve que no nos sirvió de nada”. La vuelta al pasado –en función de la variabilidad de pasados idealizados y de las interpretaciones sobre el presunto quiebre del paraíso– es también distinta para los interlocutores con quienes conversé sobre las temporalidades históricas. Algunos pretenden volver a la villa relajada de los años setenta y otros al contexto fundacional o al *boom* turístico de los finales de 1970, cuando “había trabajo para todos”. Están, también, quienes quieren recuperar el escenario que los abrazó durante su infancia o aquel que despertó las libertades de su juventud.

Lamentablemente, no se puede volver al pasado. La máquina del tiempo –que nos permitiría viajar hacia atrás y hacia adelante– sólo se encuentra operativa en algunas de las producciones de ficción que se han animado a sumergirse en las incógnitas que presenta la temporalidad histórica. En estas producciones, incluso, los finales no siempre son los mejores y las moralejas tienden a indicar que resulta mejor no intervenir en el curso temporal que nos toca. Los viajes que recrea la ficción abren, en todos los casos, un sinfín de paradojas temporales que ni la literatura ni el cine aún logran descifrar, a pesar de contar con una gran cantidad de recursos imaginativos para su resolución.

No contamos con la máquina del tiempo y tampoco experimentamos aquellas paradojas. Sin embargo, la temporalidad histórica que rige nuestras prácticas y representaciones nos permite situarnos en un presente que se conecta de formas múltiples con el pasado y también con el futuro. Contamos con nuestras experiencias y, desde allí, logramos proyectar nuestras expectativas que se ajustan más o menos a lo que nuestros recuerdos narran en presente.

Las expectativas de los geselinos contienen experiencias –propias y ajenas– que van configurando narrativas sobre un porvenir. Paradójicamente, este provenir se sitúa en algunas de las cualidades virtuosas de los tiempos anteriores. El pasado idealizado, por las distintas retrospectivas, no sólo se recuerda, sino que se coloca como la base sobre la cual será posible construir un futuro ideal. “Volver a ser lo que alguna vez fuimos” es el deseo de quienes dicen haber visto caer en ruinas su paraíso debido a un proceso de crecimiento urbano y demográfico –completo, mal implementado o a “medias tintas”–.

En la configuración temporal de los habitantes de esta ciudad hay algo más. Ante la libertad de soñar, desear o imaginar un cambio capaz de propiciar otros futuros posibles –distintos a lo experimentado–, deciden también volver hacia atrás.

Prefiero volver hacia atrás, porque adelante no sabemos qué hay [...] Prefiero que recuperemos lo que perdimos y profundicemos en eso [...] Si sueño con algo, es con eso, que esta ciudad vuelva a ser una villa tranquila, segura, con calidad de vida y solidaridad [...] No sé, creo que podemos prescindir de un montón de cosas que nos dio el desarrollo con tal de alcanzar eso. (Mario, 75 años, dueño de una concesionaria)

Como indica este fragmento, la utopía de esta ciudad parece estar constituida por elementos de los tiempos pretéritos que los geselinos recuerdan, extrañan y desean volver a vivenciar. ¿Cómo será posible postular al pasado bajo la fuerza utópica? Una definición amplia de utopía sugiere que este concepto refiere a los proyectos, deseos o planes ideales, atractivos y beneficiosos para la comunidad que los proyecta. Indica, además, que son

deseos que al momento de su formulación resultan irrealizables. En este punto, el pasado como utopía logra encontrar sentido. Como sostuve, el pasado puede ser recuperado, experimentado en sensaciones y objetos capaces de evocar esos tiempos que ya no están, pero difícilmente se pueda volver a él. Bajo las lógicas temporales del presente, el deseo de volver al pasado es, sin dudas, una utopía irrealizable.

En una línea similar, Adrián Gorelik y Graciela Silvestri leyeron el proyecto que guio un conjunto de intervenciones urbanística en la ciudad de Buenos Aires durante los años treinta, en la que el progreso parecía ser el único faro de la sociedad:

Aquí predominó una visión en la que modernización e historia debían confluir en armonía, sosteniéndose la primera en el restablecimiento de lo que la segunda habría dictado; y es posible que, en esta ciudad, la presión elitista de recuperar el destino haya sido lo más parecido a una utopía. (Gorelik y Silvestri, 1992: 22)

El sociólogo polaco Zygmunt Bauman (2017) –en una obra publicada después de su muerte– va un poco más allá y llega a conceptualizar este mismo fenómeno que parece más común de lo que se cree: un mal del cual ningún contemporáneo podría estar exento. Con aquella vocación sociológica que trata de dar respuesta a algunos de los enigmas sociales más relevantes, este autor sostiene que el optimismo en torno a la consecución del progreso colectivo –marca distintiva de la modernidad– ha concluido su ciclo. Los avances técnicos y tecnológicos han plagado de incertidumbre a las expectativas. Como consecuencia de la perplejidad producida, las expectativas se vuelcan a recrear la estabilidad, el orden y la felicidad de lo que se recuerda como pasado.

Se trata de una “retrotopía” que, como toda utopía, cumple distintas funciones sociales: es orientadora, esperanzadora y, fundamentalmente, crítica con el presente.

El siglo pasado inició con utopías, revoluciones y grandes proyectos sociales para concluir sumido en nostalgia y desconcierto. En los pocos años que han transcurrido del nuevo siglo, se han presenciado transformaciones tecnológicas, sociales y políticas, han surgido nuevos riesgos y han renacido nacionalismos arcaicos en todo el mundo. Nuevos mitos sociales e individuales han sustituido a los del siglo pasado; paradójicamente, muchas de estas nuevas narrativas e ideologías reviven símbolos del pasado y fomentan la creencia de que todo pasado fue mejor. (Vázquez Almanza, 2019: 245)

¿Cómo funciona esta retrotopía en Villa Gesell? ¿Qué usos sociales admite? Esta pregunta me llevó a distinguir dos líneas de indagación. La primera consiste en cómo movilizan los geselinos –de distintas edades, sectores sociales y género– esta utopía que se vuelca al pasado; es decir, qué usos sociales le dan. Encontré así que algunas de las cualidades que se rememoran aún sobreviven frente a la avanzada del cambio. Por esto,

muchos de los geselinos se aferran a ellas y tratan de profundizarlas sancionando moralmente las desviaciones observadas. Durante el trabajo de campo pude observar distintas situaciones que iluminan este procedimiento. Entre ellas destaco las siguientes: una profunda discusión en torno a la instalación de semáforos para regular el tránsito; la explícita resistencia colectiva ante el posible asfaltado de algunas calles; la insistencia sobre la necesidad de mantener “el saludo”, incluso entre personas que no se conocen; la oposición al aumento de población como parte de “la autoctonía geselina”; la protección de los patrimonios o puesta en valor de distintos espacios y monumentos vinculados a períodos históricos. En ellas el pasado regula el presente, pero ante todo admite una posición esperanzadora sobre el futuro que, desde el hoy, no se puede más que proteger.

Otra situación capaz de nutrir esta perspectiva la encontré en *La novela de Villa Gesell: Urbanismo interactivo*, publicada en 1997 como resultado de un conjunto de disertaciones sobre urbanismo que se realizaron en la Casa de la Cultura geselina. Las charlas a cargo de Luis Castellani –un arquitecto que durante años se desempeñó como director de Obras Públicas de la ciudad– invitaban a los geselinos a discutir “la entidad, la vocación y el destino de la ciudad balnearia”. En este libro un conjunto de voces reflexiona y debate sobre la historia de la ciudad, sus hitos y sus porvenires.

El moderador del diálogo comienza con una advertencia: “estamos en crisis” y es necesario llevar a cabo una “reconversión de la ciudad”. A partir de este enunciado, la primera parte de esta obra recorre las peculiaridades históricas de la ciudad: su fundador, su fundación, sus calles, su crecimiento turístico, su Avenida 3, sus ausencias, su estacionalidad. La segunda profundiza en la iconología y los símbolos urbanos, aquellos que marcaron la memoria de los geselinos y también de los veraneantes que eligen estas playas año tras año. La tercera, finalmente, se adentra en la novela misma de la ciudad y propone recrear el final: ¿qué tipo de ciudad queremos?, ¿cómo proyectar una “ciudad digna de ser contada”? Para desplegar este ejercicio reflexivo, “Este momento inicial tiene que ser de máxima libertad, sin temor a equivocarse. Ya la realidad va a empezar a acotar las fantasías. Pero si partimos con timidez, nuestra proposición falla por la base” (Castellani, 1997: 171).

El proyecto de ciudad –la utopía que se animan a desplegar los personajes de los diálogos– avanza tímidamente sobre el futuro y arroja expectativas sobre la forma, la sociabilidad, los eventos, las calles, las puertas, las playas y los barrios. “Detener el crecimiento indiscriminado” se postula como el primer problema para resolver. Pero

cuando el principal conflicto queda atrás y se avanza un poco más allá, el peso de la historia vuelve a modelar los imaginarios futuros, incluso aquellos que se reconocen, desde el presente, como irrealizables. El giro que propone este texto, en última instancia, es imaginar la ciudad desde su pasado, independizando la historia de la tutela de su fundador y los hitos de la tradición selectiva. “Hacer historia con la historia” (Castellani, 1997: 171).

En una segunda línea de análisis, detecté que la “retrotopía” era utilizada por distintos funcionarios en sus propuestas de campaña, intervenciones públicas y elaboración de políticas locales. Si bien no es posible “recuperar el pasado”, la utopía se moviliza bajo el formato de promesa, proyecto, plan y también una “marca”.

El caso de la *Marca Gesell* –analizada en el Capítulo III– es uno de los más relevantes porque coloca en un símbolo un conjunto de significantes temporales que son movilizados por los locales y los turistas que veranean en estas playas. Como ya mencioné, en los comienzos del 2000, bajo la gestión municipal de Luis Baldo, se llevó adelante un estudio entre los habitantes geselinos para crear una nueva marca de la ciudad. Una marca que pudiera atraer a los tan apreciados turistas y que además lograra articular una identidad local para los residentes permanentes. Después de algunos años de estudio, pruebas y errores, la marca salió a la luz: “Gesell: el sueño posible” (ver Figura I). A diferencia de lo recorrido hasta el momento, el logo de la ciudad contenía la fuerza misma de la “retrotopía”: el sueño posible era el que había conquistado el fundador, Don Carlos Gesell, y de alguna manera esta imagen invitaba a los turistas y residentes a volver a soñar con esa Villa del pasado. No sólo soñarla, sino también conquistarla, como así lo habían hecho los pioneros.

Figura I: Marcas de Villa Gesell



Fuente: elaboración propia en base a imágenes obtenidas en la web municipal.

En el 2007 Luis Baldo abandonó el sillón municipal y llegó Jorge Rodríguez Ernetta. Su gestión –ampliamente discutida– fue leída como una suerte de “refundación” de la ciudad que borró muchas de las marcas características de la villa balnearia original (Noel, 2014a). Sin embargo, lo cierto es que, al crear una imagen capaz de dotar de identidad al balneario, la gestión de Rodríguez Ernetta volvió a utilizar el tiempo. “Algo está cambiando”, anunciaron en los medios locales con el objetivo de posicionar el nuevo logo. Situados en el movimiento del presente, la marca prometía un “cambio” (ver Figura I). El secretario de Turismo de aquel entonces señaló que “No se trata solamente de haber cambiado una cuestión estética y un dibujo por otro, sino que hay todo un proceso de pensamiento estratégico que tiene su correlato en términos visuales” (Jorge Portas en *Sector informativo*, 13 de junio de 2008). ¿De qué se trataba este nuevo pensamiento estratégico? El secretario de turismo, Jorge Gorostiza, lo explicó con estas palabras:

La nueva identidad visual es el correlato de un proceso que recupera la dimensión humana y rinde homenaje a los pioneros de nuestra ciudad. Hoy, que se cumplen 29 años del fallecimiento de don Carlos, parte de nuestro homenaje es volver a llamar a las cosas por su nombre: y nuestro nombre es Villa Gesell. (Gorostiza en *Sector informativo*, 13 de junio de 2008)

En ese “volver a llamar a las cosas por su nombre” –incluir la palabra “villa”–, el funcionario local le estaba disputando el pasado a la gestión anterior. El nuevo logo estaría marcado por el símbolo de una ola y cuatro círculos que representan el crecimiento de la ciudad, ya que hacen referencia a las distintas localidades que componen el partido. Por otro lado, desde la perspectiva de la nueva gestión, la antigua marca reforzaba el posicionamiento vacacional sólo vinculado al verano, mediante el medio sol naranja, mientras que la estrategia del nuevo gobierno era promocionar a Villa Gesell durante todo el año. Por último, la marca anterior, desde sus perspectivas, “aludía a una utopía y no a una realidad concreta, haciendo referencia al reflejo que podía construir en el inconsciente colectivo la idea del ‘sueño posible’ significando algo ambiguo” (Gorostiza en *Sector informativo*, 13 de junio de 2008). Más allá de los argumentos volcados –y de las incorporaciones–, el eje del símbolo identitario seguía relacionándose con el fundador, los pioneros y “la Villa”.

El intendente actual, Gustavo Barrera, también propuso un cambio de imagen. La Marca Gesell de la actual gestión se constituyó del siguiente modo: “Villa Gesell es querer volver” (ver Figura I). Cuando lo entrevisté a Barrera, él me explicó que esta nueva

marca estaba íntimamente relacionada con la intención de hacer del destino un “espacio agradable, atractivo, al que se quiera volver [...] La idea es mantener la identidad para los turistas y para los geselinos”. Sin embargo, cuando avancé con las preguntas el pasado volvió a hacerse presente para la forma utópica. La justificación de la elección del eslogan estaba dada por la necesidad de “volver a ser el destino que supimos ser. Al que se quiere volver siempre [...] Antes la gente venía todos los años; el turismo cambió y nuestra idea es recuperar eso que perdimos” (Gustavo Barrera, 50 años, intendente).

La “retrotopía” –más o menos silenciosa, más o menos expuesta– opera tanto en el nivel ciudadano como en el gubernamental. No obstante, algunos sectores locales llaman la atención sobre las dificultades que acarrea este movimiento. Si bien la idealización del pasado no está en cuestión, existe una distancia “peligrosa” entre recuperar el tiempo pretérito y postularlo como un futuro posible. Mariana, con su mirada reflexiva de siempre, me dijo: “Yo te digo que los mejores años fueron estos y depende de un montón de cosas, pero estamos todo el tiempo preguntándonos por la mejor Villa Gesell: si la de Carlos Gesell, la de los hippies, la del turismo para todos, la de ayer...”. Para ella ese ejercicio es “peligroso” porque crea una “ilusión” de que “se puede volver”; eso es lo que te deja “sin futuro”: “es una trampa, porque te deja ahí, mirando atrás, sin poder presentar una ciudad mejor, sin futuro” (Mariana, 32 años, historiadora). El futuro, como plantea Koselleck, siempre tiene algo más o algo menos que lo anuncia el pasado.

Mirta, por su parte, advierte algo similar a lo que plantea Mariana y agrega una suerte de propuesta. La “nostalgia”, aquella tristeza melancólica por lo perdido, no “les tiene que jugar en contra”; en todo caso, debería generar un horizonte de expectativas, “un camino de valores hacia el futuro”:

También hay demasiada nostalgia. Entonces, hay gente que se abre y hay gente que se cierra y dice: “no, Villa Gesell ya no es lo que era. Antes dormíamos con las puertas abiertas”. Yo creo que juega un poco en contra de la calidad de vida de todos esto de la pura nostalgia. [...] Vos tampoco sos lo que eras hace diez años, entonces, yo creo que hay que hacer un esfuerzo y tratar de rescatar lo mejor de lo que tuvimos en el pasado, como guía, como raíz, como sostén, como visión, no sé, lo que quieras. Eso nos va a ayudar a seguir construyendo el futuro con lo que el presente nos da y el pasado nos enseñó [...]. Me parece que Villa Gesell tiene una historia de valores altísimos [...]: la solidaridad, la creatividad, la confianza, la relación social de vecino a vecino. Todas estas cosas nos tendrían que ayudar a ver dónde está nuestro norte y no a quejarnos o encerrarnos en la pura nostalgia de lo que fue. Lo que fue ya no va a volver, pero sí tenemos que tener en cuenta todas estas cosas que nos pueden servir, que nos deben servir para hacer un camino de valores hacia el futuro [...]. Tenemos esta historia que es tan fuerte, bueno, activémosla, *aggiornémosla*, para ver hacia dónde vamos y hacia dónde queremos ir, ¿no? (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal)

A pesar de la existencia de algunas voces que se alzan para insinuar las dificultades de este ejercicio, es posible observar que los geselinos llevan a cabo una contienda explícita por y con el pasado. Lo narran, lo idealizan, lo extrañan y también lo proyectan como utopía. Resulta difícil negar la vitalidad de la memoria en esta pequeña ciudad bonaerense; resulta difícil obviar la reflexividad histórica de esta comunidad. Más aún, atrapados en los senderos del tiempo pretérito, los geselinos parecen olvidar que la ciudad, de igual modo, avanza entre temporalidades que se tensionan, se superponen y se disputan legitimidad. En la búsqueda incansable por recuperar el pasado, olvidan que, en efecto, el pasado está más vivo que nunca.

5. Reflexiones finales

Este capítulo se inicia con una situación social concreta: una mañana, al leer los periódicos locales, encontré que un estudio realizado por un grupo de investigadores del CONICET colocaba a Villa Gesell como una de las ciudades como mejor calidad de vida del país. Continúa con el detalle de una charla en un bar –inesperada–, en la que un conjunto de geselinos, tan sorprendidos como ofuscados, discuten sobre la veracidad del estudio y, particularmente, sobre la posición endilgada en el mapa. El texto deja ver de qué manera este evento etnográfico se va amplificando con los días hasta lograr atravesar mi campo de punta a punta. ¿Qué había atrás de esa reacción ante un estudio que, al fin y al cabo, sólo indicaba que los geselinos vivían bien? A partir de esta curiosidad empecé a escuchar con más atención las contraposiciones que realizaban entre un “antes y un ahora”, contraposiciones que lograron convertirse en un verdadero problema de indagación antropológica. Descubrí, así, que detrás de esa reacción social había tiempo, temporalidades, experiencias, expectativas, utopías y, fundamentalmente, historia.

La historia de la ciudad de Villa Gesell ya la había escuchado en varias de sus versiones circulantes. La había leído, la había escrito, la había contado y, también, la había discutido con muchos de mis interlocutores. Sin embargo, esta vez la historia se presentaba en mi campo para invitarme a explorar otro fenómeno social capaz de resonar en otras ciudades y comunidades.

Los geselinos, al igual que otros grupos sociales, tienden a idealizar el pasado y a concebir que los tiempos pretéritos fueron mejores. El paraíso se ubica justo atrás. Este enunciado no dice nada nuevo: la nostalgia por lo perdido tiende a posicionarse como un mecanismo de cohesión por excelencia y a funcionar como un elemento interviniente en

muchos procesos de construcción identitaria. No obstante, la vocación por la pregunta y algunos de los planteos sugeridos por Williams me empujaron a matizar este enunciado. Encontré que no había un pasado, sino múltiples pasados mejores. Es decir, que el paraíso –cuando los geselinos asumen haber tenido una mejor calidad de vida y haber experimentado la felicidad– se sitúa en diversos períodos históricos de la trayectoria de esta ciudad.

Esta variabilidad de retrospectivas tenía que explicarse de algún modo. Sin dudas, existen distintas categorías analíticas idóneas para iluminar la bifurcación de perspectivas en tensión; es decir, distintos clivajes (clase social, género, etc.) podían descifrar esta variación de pasados. Las particularidades del caso de estudio me llevaron a profundizar en dos: el tiempo biográfico y el tiempo del arribo, ya que ambas temporalidades permitían ejercitar una idealización potente del pasado.

Así como el pasado bondadoso se bifurcaba en líneas temporales –subjetivas y colectivas–, el quiebre del presunto paraíso admitió también distintos posicionamientos en la cronología local. Más aún, los geselinos fueron capaces de identificar un proceso común como la causa del problema: el crecimiento de la ciudad y el desarrollo del turismo. No importa cuándo comenzó, en qué momento se intensificó, ni cuáles fueron sus derivas; lo que importa es que desde las perspectivas nativas este proceso habría desatado la gran transformación. En este camino encontré que las interpretaciones sobre ese proceso también variaban y podían agruparse en tres grandes narrativas: algunos geselinos consideraban que el crecimiento es un mal en sí mismo; otros, que fue mal implementado –sin plan ni organización– y, finalmente, un tercer grupo sostenía que fue un proceso a medio hacer, es decir, que quedaron en el medio.

El último apartado del capítulo incorpora una variable central del proceso histórico: el futuro. Aquí, y con la ayuda de las categorías de Koselleck, fui recortando de qué manera las experiencias de los geselinos se entrelazaban con sus expectativas hasta llegar a una presunta paradoja: no sólo pretenden recuperar el pasado, sino que quieren volver a él. El futuro es el pasado; la utopía –en tanto imaginación urbana más arriesgada– postulaba a los tiempos mejores del pasado más allá del horizonte.

El concepto de “retrotopía”, de Bauman, me mostró que este fenómeno es un poco más común de lo que pensamos y que responde, de algún modo, a un mal de época. Frente a la incertidumbre y los miedos, los sujetos prefieren la estabilidad, el orden y la felicidad

con la que recuerdan el pasado y, así, proyectan a este tiempo bajo la fuerza del futuro. La “retrotopía” circula por los resquicios de esta ciudad balnearia, se debate en las esquinas de sus calles, ingresa a la casa de los geselinos, a los comercios, y se sitúa en las discusiones de muchas mesas. Es decir, es movilizada por los ciudadanos haciéndole honor a las cualidades que porta cualquier utopía: ordena, cuestiona y abre el ejercicio de la esperanza. En el plano de la gestión, los gobernantes también recurren a ella: prometen, aseguran, orientan y critican a sus predecesores recurriendo al pasado y en nombre del porvenir.

Está claro que cada ciudad recoge de su pasado aquellos elementos que quiere o puede recordar; vive su presente con el cúmulo de experiencias que el recorrido ha permitido cargar; y abre en su futuro diversos horizontes de expectativas que traccionan múltiples cursos de acción. En definitiva, la tensión entre estos elementos –como diría Koselleck– empuja, desde sí misma, al tiempo histórico.

Más aún, ¿qué ocurre cuando se trata de utopías? Fernando Aínsa ha dedicado su carrera a comprender las derivas de este concepto. En este ejercicio –que se inicia en los años setenta–, ha llegado a plantear que “en la acelerada demolición de sueños y esperanzas” de los últimos tiempos, “la función utópica, que acompañó la historia del imaginario individual y colectivo desde que el hombre es *homo sapiens*, se ha cancelado de golpe” y ha sido arrojada al baúl de los recuerdos (Aínsa, 2016: 152). ¿Las sociedades han perdido su capacidad de imaginar otros mundos, ciudades, pueblos o vidas posibles? Ineludiblemente, ese proceso no ha quedado trunco, pero sí es posible identificar que han emergido formas utópicas más reactivas o prescriptivas de imaginar, desear y proyectar lo posible. Como me advirtieron Mirta y Mariana, la utopía que hoy articula los deseos de los geselinos tal vez los deje sin la posibilidad de soñar con otros futuros que puedan extenderse más allá de la felicidad que parece haber reinado en un pasado difuso, conflictivo y bifurcado. Quizás, entonces, sea momento de recuperar el sentido más profundo de este concepto y animarse a ensayar formas utópicas que puedan proyectarse más allá de la nostalgia y el desencanto.

CAPÍTULO VII

LA NATURALEZA EN PERSPECTIVA FUTURA: ENTRE LA EXPLOTACIÓN Y LA PRESERVACIÓN

La naturaleza no es un lugar físico al que se pueda ir, ni un tesoro que se pueda encerrar o almacenar, ni una esencia que salvar o violar. La naturaleza no está oculta y por lo tanto no necesita ser desvelada. La naturaleza no es un texto que pueda leerse en códigos matemáticos o biomédicos. No es el «otro» que brinda origen, provisión o servicios. Tampoco es madre, enfermera ni esclava; la naturaleza no es una matriz, ni un recurso, ni una herramienta para la reproducción del hombre. Por el contrario, la naturaleza es un topos, un lugar, en el sentido de un lugar retórico o un tópico a tener en cuenta en temas comunes; la naturaleza es, estrictamente, un lugar común.

Donna Haraway, *Las promesas de los monstruos* (1999).

1. La lucha entre la naturaleza y la cultura

En los capítulos precedentes, el lector habrá encontrado una serie de claves que invitan a leer la historia de Villa Gesell como una suerte de lucha que se dirime entre la resistencia que opone la naturaleza y el avance que ejerce la cultura. Si bien esta relación –como tendremos oportunidad de ver– es bastante más compleja que la reducción a dos polos en tensión, les propongo que hagamos el ejercicio de reconstruir y sistematizar los principales trayectos de esa lucha. Una lucha que además de situarse en el centro neurálgico de algunos de los debates más convocantes del campo antropológico, nos permitirá continuar reflexionando sobre las disputas de sentido que se tejen en torno a las expectativas y los futuros. De esta manera, qué hacer con la naturaleza, pregunta nativa que se ha ido resignificando a lo largo del tiempo, constituye un campo de indagación sumamente fructífero para analizar de qué manera los geselinos proyectan, disputan, interviene y representan los futuros, más próximos o más lejanos, de su ciudad.

El comienzo de la historia de esta contienda entre el hombre y la naturaleza se sitúa en el mito fundacional. Es decir, en aquel contexto en el que Don Carlos Gesell y los pioneros batallaron contra las dificultades que imponía el territorio intentando “domar” los médanos más salvajes para instalarse en un escenario despojado. Este primer hito de resistencia que ofreció la naturaleza fue narrado –como hemos visto– de diversas formas, pero siempre se ha resaltado la incesante tarea de aquellos hombres que se aventuraron a intervenir este fragmento medanoso con el objetivo de crear las condiciones

necesarias para la vida humana y, además, concretar un suelo firme que permita levantar una villa de veraneo (Noel 2012a).

La historia cuenta que luego de mucho “sacrificio” Carlos Gesell y los pioneros lograron asentarse –ganaron su batalla– y poco a poco el mito de la lucha, del cuerpo a cuerpo con la naturaleza, se fue haciendo fuerte. Es decir, se colocó como una de las bases del proceso de construcción identitaria local. En esta reconstrucción, la supuesta virginidad del escenario cedió ante los requisitos culturales de quienes se aventuraron a “urbanizar el desierto”.

Un folleto de promoción turística de 1948 indica que Villa Gesell era, antes del acto fundacional, “una franja de nuestra Patria, árida e inhóspita conformada por médanos vivos sin vestigios de vegetación alguna, cuya única atracción –si la tenía– podía encontrarse en sus playas serenas, de arena fina, bañadas por mansas y templadas aguas” (Folleto Turístico de Villa Gesell, 1948). Sin embargo, luego de la intervención de los pioneros, establece otro folleto de 1950, aquellos médanos “... otrora significaban desolación, hoy significan paisaje ondulado y encantador, factible de ser cubierto de frondosa vegetación” (Folleto Turístico de Villa Gesell, 1950).

Una vez lograda la fijación de médanos, la naciente ciudad turística tuvo que salir a ofrecer sus servicios en un mercado cambiante y atiborrado de opciones similares. Dentro de las distintas posibilidades, Villa Gesell decidió explotar sus recursos naturales, mercantilizar el paisaje y desarrollar un montaje “cuidado” sobre el entorno. La naturaleza, así, se puso al servicio del proyecto de ciudad y se convirtió en la marca distintiva de este pueblo atlántico. La dominación –al menos en el plano representacional– implicaba intervenir, explotar o transformar sólo aquello que representaría un avance para la naciente comunidad anclada a orillas del atlántico sin trastocar, en demasía, la “naturalidad” del paisaje.

Siguiendo el argumento de Perla Bruno (2019), los balnearios bonaerenses que emergieron entre los años veinte y los cuarenta presentaron una propuesta “menos urbanizada” y más integrada con la naturaleza. A su vez, sostuvieron una estética arquitectónica y paisajística rústica capaz de dialogar con los recursos naturales del territorio. Se trató, en este sentido, de una propuesta distinta a la de los primeros balnearios atlánticos, como Mar del Plata, que pusieron el acento en un conjunto de

servicios capaces de brindar confort a los veraneantes: ramblas, casinos, grandes y vistosos hoteles, bares, confiterías, etc.

Durante la primeras décadas de desarrollo, Villa Gesell se sostuvo en un delicado equilibrio entre el espacio “natural contemplado” y el espacio “natural construido”. No obstante, hacia finales de los años setenta el equilibrio entre el desarrollo del frente urbano y la protección de los recursos naturales como principal atractivo del balneario, comenzó a desarmarse. Muchos geselinos indican que en esta época las necesidades “de la ciudad” se impusieron ampliamente sobre las “demandas de la propia naturaleza”. Esta inversión provocó un conjunto de tensiones entre diversos actores que se disputaron el sentido último de los recursos. Así, agentes inmobiliarios, comerciantes, planificadores, hoteleros, turistas y también sectores trabajadores locales comenzaron a delinear una serie de argumentos a favor y en contra de la explotación y también de la preservación.

Según las voces locales, es posible reunir a estos actores en dos grandes grupos. El primer grupo proponía –mediante distintas estrategias– detener el avance de la urbanización con el objetivo de resguardar el “patrimonio natural” y los recursos estratégicos, así como también desarrollar distintas medidas para revertir o disminuir los efectos del turismo masivo. El segundo entendía que la ciudad, volcada a los servicios de sol y playa, tenía que avanzar en el desarrollo de ofertas que trascendieran el disfrute de la naturaleza. Desde esta perspectiva, el proceso de urbanización y el despliegue de infraestructura debía acentuarse en lugar de limitarse.

Fue así que la comunidad local se vio sumergida en una disputa –palpable en entrevistas, documentos históricos y en la prensa de época– que supo instalar un conjunto de interrogantes en los que, sigilosamente, comenzaban a figurarse inquietudes sobre el futuro. Luciana me lo explicó con estas palabras:

La pregunta era para dónde avanzar: ¿a favor de la naturaleza o a favor del capital? [...] El resultado lo podés ver con tus propios ojos... perdimos y el negocio le ganó a las ganas de conservar lo que teníamos y ahora, bueno, estamos en un problema [...] La pregunta ahora es si estamos a tiempo de revertirlo, ¿no? [...] ¿qué ciudad les dejamos a los jóvenes que vienen? Nosotros la pudimos disfrutar, pero no sé con qué ciudad se van a encontrar en unos años. (Luciana, 36 años, directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional)

Héctor, un comerciante de 65 años, recreó la misma disyuntiva pero eligió utilizar otro argumento que, en principio, parece centrarse en el revés del planteo de Luciana. Desde su perspectiva, en los años setenta “ya se notaba que había que regenerarse, que ya no vendía la naturaleza por sí misma, que la playa y el sol no alcanzaban y hubo que meter

mano, con cuidado, pero hubo que meterla”. “Meter mano” implicaba seguir creciendo, urbanizándose para ofrecer servicios de confort a los turistas; de eso dependía, para Héctor, “la posibilidad de que esta ciudad siga existiendo”.

Hacia finales de los años ochenta –y en medio de estos debates– un nuevo actor, ahora institucionalizado, se incorporó en la trama local. Se trata de las asociaciones ambientalistas que, ante las transformaciones observadas, comenzaron a alzar su voz. La consigna era defender y proteger aquel recurso que parecía verse acorralado, desvirtuado y retraído por el avance de la urbanidad propulsada por el turismo y el crecimiento poblacional. La figura de Carlos Gesell –enaltecida en la construcción del mito– fue utilizada de distintas maneras por estos grupos. Algunos, veían en Carlos Gesell al primer ambientalista: “fue el primero [...] Lo que hizo con este pinar, lo que hizo con el bosque, con las especies que protegemos, con el modo de pensar la ciudad [...] la trama urbana ondulante, respetando al médano es otro dato que te permite pensar en eso” (Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal). Otros, por el contrario, entendían que Carlos Gesell no “cuidó” lo suficiente el espacio y se vio atrapado en una búsqueda “desquiciada de ganancias y beneficios”. Ese “descuido” habría habilitado el accionar de los sectores más concentrados del capital que, en su mayoría desde la extranjería, intervenían el territorio local en búsqueda de ganancias, sin importar las consecuencias (Oviedo, 2007; Noel, 2016a).

Ahora bien, más allá de los usos de esta figura emblemática, los grupos ambientalistas –y sus distintos actores asociados– fueron rescatando y trabajando en una variedad de “causas ambientales”. Algunas de ellas se delinearón como los ecos locales de grandes problemas nacionales; otras, permitieron extender los esfuerzos geselinos y entablar un diálogo con otras ciudades de la región; y, finalmente, existieron las que se focalizaron en visibilizar o resolver problemas situados. Todas estas causas constituyen nuevos hitos en esta lucha que viene gestándose desde el origen de la ciudad; una lucha en la que la naturaleza ha ido asumiendo distintas posiciones en relación a los grupos humanos que allí habita. Como me dijo el escritor Juan Oviedo: “La naturaleza es medio lo que nosotros queremos que sea. En un momento fue lo que nos dio de comer a todos, digo vivíamos de eso, de explotarla sin ningún tipo de restricciones [...] hace un tiempo aparecieron las trabas, las alarmas sobre lo que estábamos haciendo” (Juan Oviedo, 60 años, escritor).

Este capítulo se focaliza en una de estas causas, quizá la última de mayor resonancia. Se trata del proyecto –impulsado por una diversidad de actores locales, provinciales y nacionales– de crear un parque nacional donde hoy se sitúa la Reserva Natural Faro Querandí. El espacio en cuestión –de 21 kilómetros de frente costero, médanos vivos y 4 hectáreas de bosque– fue declarado como reserva municipal en 1996. No obstante, a partir del nuevo milenio los geselinos comenzaron preguntarse cómo elevar las medidas de protección de la biodiversidad, así como también sobre la posibilidad de jerarquizar ese fragmento de territorio para desarrollar nueva infraestructura y ofrecer una diversidad más amplia de servicios turísticos durante todo el año. En el mes de diciembre de 2019, esta intención tomó forma. Un comunicado de la Administración de Parques Nacionales (APN) anunció la necesidad de valorizar el área y dejó asentada la voluntad por incluir a la reserva dentro de sus áreas protegidas:

Se trata de una zona de alto valor e interés científico, con formaciones que no están representadas en el sistema de áreas protegidas nacionales, donde destacan la albufera, la cadena de médanos y la diversidad de flora y fauna. (APN, 2019).

En principio, convertir a la reserva en parque –sancionando una ley nacional– parecía presentarse como una posibilidad de reposicionar al destino en un mapa internacional, generar nuevos puestos de trabajo, diluir la estacionalidad y asegurar un sello de calidad y sustentabilidad de la explotación turística del paisaje. Cabe mencionar, además, que esta creación proponía impulsar el desarrollo regional en la consolidación de un área costera protegida que incluiría a la Laguna de Mar Chiquita, el predio del antiguo Centro de Experimentación y Lanzamiento de Projectiles Autopropulsados (CELPA), la línea de médanos y el Faro Querandí. Es decir, alentaba el trabajo en conjunto de dos de los municipios turísticos emplazados en esta área: Mar Chiquita y, claro está, Villa Gesell.

Una mirada poco entrenada en estos temas me llevó a ignorar las fricciones que podían desplegarse en torno a este montaje ¿Qué problema podía esconderse detrás de la voluntad ciudadana y gubernamental de llevar a cabo este proyecto? Sin embargo, pronto descubrí que la potencialidad del parque desataba un conjunto de controversias. Implicaba, en un última instancia, una profunda transformación jurídica, económica, ambiental y política capaz de movilizar la intervención pública de distintas voces y, con ello, una multiplicidad de conflictos.

En primer lugar, el cambio de jerarquía de la reserva comenzó a revelar la existencia de distintos sentidos asociados al binomio naturaleza/cultura. ¿Qué es la

naturaleza para los geselinos y cómo se relacionan con ella? La antropología estableció que la división entre naturaleza y cultura es una construcción social que se va transformando y cambiando de signo a lo largo del tiempo y en la especificidad de cada espacio. Los grupos humanos, desde esta propuesta, van delineando diversas escisiones entre el campo de lo humano y lo no-humano, así como adhiriendo sentidos diversos a estos pares. Los geselinos no se vincularon del mismo modo con la naturaleza en la década del cincuenta, en la del setenta y ahora. Los sentidos fueron cambiando e, incluso, en la actualidad la potencia de eso que conciben como natural, sus límites y las formas de protegerlo o explotarlo, admiten variabilidades que merecen ser abordadas. No olvidemos, en este punto, que Villa Gesell es una ciudad de turismo estival que convierte a la naturaleza en un recurso para ser ofrecido en el mercado turístico. Por tanto, la naturaleza no sólo se constituye como problema “ambiental”, sino que también como un problema “económico”. En el marco de la creación del parque, estos sentidos diversos cobraron visibilidad y se incluyeron en el debate público y colectivo.

En segundo lugar, el proceso de instauración de esta figura jurídica logró instalar una discusión sobre las capacidades e injerencias de diversos actores gubernamentales y no gubernamentales, así como una redefinición de las escalas territoriales (nacionales, provinciales y municipales) que son interpeladas. ¿Qué se gana y qué se pierde con un parque nacional? Finalmente, la discusión por aumentar las medidas de protección de la reserva puso en el centro de la esfera pública la pregunta por el futuro. La preservación de que aquello que, bajo distinto signos, se reconoce como naturaleza forma parte de los movimientos que los sujetos realizamos en pos de “colonizar el futuro” (Giddens, 1999). La naturaleza, desde hace ya varias décadas, se posiciona como uno de los campos a preservar o proteger para las generaciones venideras. El cuidado de la naturaleza, por decirlo de algún modo, se presenta como una de las formas de “no hipotecar el porvenir” y el proyecto del parque bonaerense no permaneció ajeno de estas premisas que suelen organizarse en distintos repertorios morales, políticos y económicos.

Para desentrañar estas tensiones –y, particularmente, las temporalidades que interactúan en torno a este fenómeno–, me propongo, primero, realizar una reconstrucción de cómo se fue gestando el discurso ambientalista en Villa Gesell. Es decir, recorrer las características de los principales grupos, recuperar sus argumentos centrales y detallar algunas de las intervenciones o causas ambientales que han defendido. Este ejercicio, permitirá poner en perspectiva la propuesta del Parque Nacional Faro Querandí,

contextualizarla en una serie de prácticas y representaciones que hace tiempo vienen cobrando fuerza en esta localidad balnearia. Como sostiene Gastón Gordillo, “no es posible trazar una línea divisoria entre paisajes naturales y aquellos creados históricamente” (Gordillo, 2010: 77). Los paisajes son producidos histórica, física y culturalmente en relación a las prácticas de múltiples actores sociales; los actores, por su parte, están situados en contextos específicos y tanto sus prácticas como representaciones responden a los marcos temporales y espaciales que habitan. Luego de una introducción, que propone una genealogía ambiental local, estaremos en condiciones de abordar la propuesta del parque nacional, los actores involucrados en este proceso y los modos en que se articulan, bajo esta figura, distintas proyecciones, expectativas y anhelos. Estaremos en condiciones –como sostiene el epígrafe de este capítulo–, de reflexionar en torno a la naturaleza como un lugar común. Un *topos* retórico, como explica Donna Haraway (1999), que es construido activamente por agentes humanos y no-humanos.

2. El discurso ambientalista en Villa Gesell

En Argentina, el discurso ambientalista cobró relevancia en la década del ochenta, cuando la crisis ecológica⁹¹ comenzó a vislumbrar los efectos de la intervención humana sobre la presunta potencia de lo natural. Este discurso logró articularse en una serie de organizaciones, institutos y movimientos, pero también se coló en los espacios académicos instalando el interrogante en los debates de las ciencias sociales y las experimentales. Una década más tarde, la cuestión ambiental ingresó al ámbito gubernamental en forma de discursos, resoluciones, leyes, restricciones y políticas públicas. Sin embargo, como explican Ricardo Gutiérrez y Fernando Isuani (2014), a pesar de su temprano posicionamiento, la cuestión ambiental “siguió un camino errático” durante sus primeros pasos:

... las políticas ambientales como tales comenzaron a difundirse, tanto en el norte como en el sur, principalmente en la década de 1970. A comienzos de esa década, el estado nacional argentino comenzó a transitar los primeros pasos en el desarrollo de una institucionalidad ambiental. De esa misma época datan las primeras organizaciones sociales argentinas dedicadas al estudio y la defensa del ambiente [...] Pese a la temprana emergencia de la cuestión ambiental tanto en el ámbito estatal como en el social, la política ambiental argentina siguió un recorrido errático y la actuación de las organizaciones sociales

⁹¹ Se suele utilizar el concepto de “crisis ecológica” para referir a una crisis planetaria de sustentabilidad y escasez de recursos. En términos amplios, esta crisis puso de relieve que la relación de dominación o “explotación de la naturaleza” ha ido produciendo cambios críticos e irreversibles en el entorno habitado, poniendo en jaque la continuidad de las condiciones de vida de la humanidad.

ambientalistas tuvo poca influencia en la agenda gubernamental hasta principios del nuevo siglo. (Gutiérrez y Isuani 2014: 296)

Es importante sostener que dentro de lo que se conoce como el movimiento ambientalista conviven una multiplicidad de líneas de pensamiento. Fernando Balbi sostiene que, dada la complejidad de los hechos y causas ambientales “y vista la inmensa variedad de actores sociales que enarbolan versiones particulares de postulados ambientalistas, resulta problemático cualquier intento de generalización que los trate como un fenómeno unificado y como un discurso único” (Balbi, 2007: 89). Las causas que se sostienen son tan variadas como las estrategias que impulsan –movilizaciones, petitorios, campañas de concientización, intervenciones públicas y mediáticas– para sostenerlas, visibilizarlas e incluirlas dentro de las agendas gubernamentales y científicas. Más aún, en términos amplios, es posible sostener que los actores y líneas de pensamiento implicados en este movimiento coinciden en la defensa del ambiente y en la necesidad de concientizar sobre los efectos de la antropización sobre el medio.

El ejercicio de preservación de los recursos naturales acompaña la historia de la ciudad de Villa Gesell. Como sostuve, la genealogía geselina puede leerse como una suerte de lucha entre lo humano y lo no-humano, en la que esta última dimensión se ha ido postulando bajo una doble condición un tanto paradójica: a la naturaleza había que explotarla, pero también protegerla. La ocupación del territorio geselino ha tendido a preservar ciertos fragmentos del espacio “natural” para el consumo de los veraneantes y locales, pero también ha desatado intervenciones profundas sobre el entorno. En los primeros capítulos de esta tesis, hemos podido ver de qué manera la estacionalidad –marca distintiva de este tipo de turismo– habilitó la concentración de una gran cantidad de personas y el despliegue de amplias infraestructuras en un mismo período de tiempo: Villa Gesell, en verano, hace estallar todos sus límites sociales y naturales.

Durante varias décadas se asumió que no existía ninguna incompatibilidad entre la conservación de los ecosistemas y el desarrollo de los servicios turísticos que esta ciudad ofrecía. Recordemos que Carlos Gesell se jactaba, en los años cincuenta, de su proceso de forestación y de haber logrado la domesticación de los médanos. También de haber creado un centro urbano que se desarrollaba, crecía y se urbanizaba tan rápida como sanamente (Folleto Turístico de Villa Gesell, 1950). Incluso, en la década del setenta, los folletos de promoción turística continuaban evaluando el proceso de urbanización bajo todos los signos del progreso.

Villa Gesell, durante sus primeras décadas, parecía proponer un modelo de convivencia e interacción entre comunidad local, el colectivo turístico y el ambiente costero, conjugando estas dinámicas para que se elabore un paisaje donde sea posible percibir los elementos naturales de la costa, sin objetos urbanos ostentosos o densos que obturen dicha perspectiva. En este modelo de convivencia, el crecimiento de la localidad no estaba en entredicho. Como me indicó un entrevistado, “el ladrillo y el cemento movían a Villa Gesell, vivíamos del turismo, sí, pero la construcción en esta ciudad no paraba” (Mario, 75 años, dueño de una concesionaria). Facundo Hernández sostiene que en este contexto, los geselinos apostaron “a un modelo de desarrollo que se sujetaba a los beneficios que podía obtener el sector inmobiliario, con la expectativa de que un ‘goteo espacial’ redistribuyera la riqueza generada por la especulación” (Hernández, 2019b: 18).

La apuesta por este modelo, incluso, fue capaz de desatar un conflicto que terminó desencadenando en la autonomía de Villa Gesell del Partido de General Madariaga. A comienzos de 1960 el intendente de Madariaga creó una ordenanza municipal que contenía un nuevo plan de regulación urbana. Este plan buscaba limitar el proceso de urbanización acelerado y, ante todo, frenar la especulación inmobiliaria de la villa de veraneo en pleno auge. Luego de diversos intercambios entre el fundador y el intendente del partido, la intervención de la corporación inmobiliaria y el apoyo de la mayoría de los geselinos, la ordenanza fue derogada. Este hecho, promovió la implementación del Plan Galopante (ver Capítulo II) y cierta movilización comunitaria que, dos décadas después, logró la autonomía geselina y la conversión en municipio (Municipalidad de Villa Gesell, 2008).

La Ordenanza Municipal no limitaba la urbanización sino que la promovía con ciertos objetivos, desalentando, en parte, algunas prácticas especulativas que hegemonizaban el proceso de producción de espacialidades urbanas. Sin embargo, parte de la comunidad local entendió que la medida municipal paralizaría la construcción, que los inversores se irían y los trabajadores perderían su trabajo. Esta tensión inaugura un período en que parte de la comunidad geselina ve como una salida la escisión de Gral. Madariaga, objetando que el crecimiento urbano de la ciudad no correspondía con una cabecera político-administrativa inserta en una economía rural (ganadera). La alianza entre los inmobiliarios, fundadores, “fuerzas vivas”, comerciantes y trabajadores, lograron que el gobierno de L. Jorge dejara sin efecto la medida. (Hernández, 2019b: 11)

Sin embargo, tiempo más tarde la negación de la incompatibilidad –preservación de los recursos, explotación y rápido proceso de urbanización– comenzó a generar efectos percibidos como ambientales. Hacia final de los años setenta, además de la eclosión de una “crisis identitaria” (¿qué tipo de ciudad turística somos y cuál queremos ser?) y la tan

ansiada autonomía, los geselinos y los turistas asiduos empezaron a experimentar –en sintonía ocurría en el plano nacional e internacional– una gran transformación ambiental.

Aquellos recursos que esta ciudad ofrecía en el mercado habían empezado a degradarse, corroerse y agotarse: “las playas ya no son las mismas”, “cuando éramos chicos y veníamos en verano esto era un lugar maravilloso, virgen, vital, maravilloso”. Las playas ya no eran tan extensas, la biodiversidad característica del lugar se iba extinguiendo, el bosque frondoso cedía frente a los procesos de urbanización y los negocios inmobiliarios, las vistas ya no se presentaban despejadas, un sinfín de edificios en altura emergían sobre la primera línea costera y el cemento parecía predominar en la estética del lugar. Como explica Dadon (2002, 2005), los pueblos y ciudades balnearias fueron transformando severamente, y en nombre del turismo, el paisaje original, ocasionando diversos disturbios en el ecosistema. Por su parte, Claudio Bertonatti y Lorena Pérez sostienen que los recuerdos de los turistas y los habitantes permiten reconstruir los alcances de ese gran cambio. Quienes rememoran estos tiempos, plantean que en estos escenarios habitaban una sucesión de interminables médanos, “legendarios cementerios de caracoles”, diversidad y abundancia de peces, almejas y berberechos. Además, “entre los afloramientos rocosos se observaban verdaderos acuarios con anémonas, algas verdes, rojas y pardas, cangrejos, caracoles, arañas y estrellas de mar. Poco queda de aquellos recuerdos en las costas más visitadas” (Bertonatti y Pérez, 2016: 473).

Los recursos que parecían “inagotables” encontraron sus límites y con ello también se tensionó la posibilidad de continuar posicionándose como un destino atractivo para el turismo nacional. Como me indicó un geselino: “sin playa no teníamos nada para dar”. Andrea Mastrangelo argumenta que “los “recursos naturales” no son dados de manera objetiva, sino que “se relacionan con necesidades sociales específicas de manera que, tanto históricamente como en el presente, han sido objeto de disputa entre actores en posiciones sociales desiguales” (Mastrangelo, 2009: 341). Teniendo en cuenta este planteo, en Villa Gesell la relación con los recursos se alteró porque, en definitiva, fueron cambiando las necesidades sociales en torno a ellos. El agotamiento de lo que parecía infinito, la emergencia de una incompatibilidad entre la protección y la explotación de la naturaleza, así como la preocupación por el futuro del entorno habitado, impulsaron el desarrollo de un conjunto de asociaciones civiles con impronta ambientalista. Más aún,

la protección en el caso geselino asumió una particularidad: se ha pensado –siempre– en correlación con la posibilidad de la supervivencia.

Recuperando el planteo de Omar Arach, resulta necesario destacar que “los ambientalistas” son actores situados que elaboran sus prácticas y representaciones en contextos atravesados por condiciones peculiares y globales.

... son sujetos socialmente ubicados y culturalmente contruidos, sus posicionamientos también reflejan la “carga de sentido” heredada, haciendo que nociones nominalmente similares (desarrollo sustentable, biodiversidad, participación, etcétera) puedan adquirir significados diferenciales para cada uno de ellos. A su vez, adscripciones previas ancladas en referencias nacionales, regionales, de clase o étnicas, por citar algunas, pueden adquirir nuevas significaciones a partir de su reacomodamiento a través de mediaciones discursivas de carácter ambientalista [...]. Es decir, tanto el lenguaje global puede adquirir significados particulares como las adscripciones particulares pueden ser resignificadas dentro, o a partir, del lenguaje global. (Arach, 2003: 109)

Los recursos naturales que de un tiempo a esta parte “deben”, moral o idealmente, protegerse, también se presentan, en el caso geselino, como la posibilidad material de reproducirse socialmente; es decir, estos recursos son aquello que les permite continuar siendo un destino turístico atractivo para los veraneantes argentinos. Así, en medio de esta paradoja las asociaciones locales fueron articulando su propio discurso con notas provenientes de movimientos más amplios, pero también ajustándose a los requerimientos del territorio, a la propia historia y a cierta identidad vinculada con la figura de la ciudad turística. Había que empezar a proteger la naturaleza, pero la pregunta consistía, ahora, en identificar y definir de qué había que resguardarla. Nuevamente, como señala Arach (2003), la definición de un “problema ambiental” se construye en un juego de escalas entre lo local, lo nacional, lo regional y también lo transnacional.

Sandro tiene 68 años, llegó a Villa Gesell en 1973 siendo, en sus propias palabras, “muy jovencito”. La familia de su mujer había comprado una casa en esta localidad balnearia y ellos decidieron “venir a probar suerte”. Sandro me contó que al principio no estaba muy convencido de la decisión de migrar:

Yo nací en Tigre, en una isla, y estaba acostumbrado a vivir en el río [...] Al principio no quería irme, pero después algo de la vegetación de Gesell me convenció para quedarme [...] El verde que tiene este lugar, me hacía acordar al lugar en donde nací. (Sandro, 68 años, ambientalista)

Ni bien llegó, comenzó a trabajar junto a Don Carlos. Un familiar de su esposa lo había recomendado para ingresar en la gestión del balneario. Fue así que, durante varios años, trabajó como cadete y en la parte administrativa del ya consolidado destino turístico. Ese

trabajo –explica él– lo ayudó a entender cómo fue creciendo Villa Gesell y a delimitar los impactos de ese crecimiento sobre el entorno que lo recibió. “Ahora puedo mirar para atrás y mirar qué hizo el fundador del lugar. Él en su visión quería hacer una ciudad sobre un campo de dunas y bueno... la creación de la ciudad es lo que generó todo los inconvenientes”. Sostiene, además, que en esos inicios “no hubo un plan director, Gesell fue haciendo y armando una zonificación en función de las necesidades espontáneas que iban surgiendo”. Su mirada es oscilante: por momentos, reconoce intenciones conservacionistas en la figura del fundador y, por otros, destaca los infortunios asociados a su accionar.

A Sandro lo conocí a través de Natalia, una periodista local que me ayudó a armar el mapa de las distintas agrupaciones ambientalistas de Villa Gesell y quien también me contactó con sus principales referentes. Según Natalia, Sandro es una suerte de “pionero en estos temas” ya que comenzó con su actividad “conservacionista” en los inicios de la década del ochenta. “En esa época empezamos varios, porque el impacto de la antropización ya se notaba y yo ya lo venía viendo por mi trabajo, venía viendo cómo se iba urbanizando esto”, me dijo Sandro (68 años, ambientalista). Los años setenta marcaron –para él y para otros tantos geselinos– un verdadero quiebre y fue en ese contexto que comenzaron a trabajar para “frenar” un proceso que parecía llevarse “todo puesto”:

Cuando yo vine éramos, no sé, 10.000 o 15.000 habitantes. No estaban desarrolladas muchas cosas: servicios, cloacas, electricidad. Ahora hay comodidades que antes no había. [...] Se fue haciendo todo eso, pero no había un plan rector muy fuerte sino que todo se basaba un poco en los conceptos que el fundador manejaba [...] Lo que a él le parecía bien o mal. Y bueno se hicieron edificios, se montó asfalto, se sacaron médanos, se produjo basura y se hizo presión sobre el frente marítimo. En los setenta hubo grandes modificaciones en cuanto a lo urbanístico [...] Ahí comenzaron nuestras acciones para intentar frenar todo esto. Se logró disminuir la altura de los edificios, un retiro sobre la costa..., pero bueno Villa Gesell creció así. Se fue loteando todo sin importar nada [...] La idiosincrasia del argentino es llegar al borde del agua con el departamento. En ese momento no se sabía de las consecuencias que podía producir. Las propias autoridades ponían los servicios en playa, creían que era lo que correspondía: hoteles, piletas, estacionamientos, se impactó totalmente la costa. (Sandro, 68 años, ambientalista)

En 1984 junto a otros compañeros fundaron una organización, sin fines de lucro, que comenzó a trabajar en el rescate de animales y que aún continúa en actividad. Sin embargo, sus tareas se fueron extendiendo a distintas áreas que, según él, “necesitaban atención” y su trabajo se fue articulando con otras organizaciones que trabajaban en temáticas vinculantes. Sandro relata sus recorrido conectando los siguientes trayectos:

Hice el curso de guardavidas, siempre tuve mucha relación con el agua [...] Trabajé como guardavidas [...] una tarea digna, muy linda, [que] tiene que ver mucho con el espíritu del servicio. A mí eso siempre me movió, siempre estuve con el socorrismo. En el contacto con el mar me fui encontrando con la fauna marina en estado traumático: como pingüinos empetrolados, lobitos heridos [...] En ese momento, acá, no había nada y vivimos en este entorno, somos parte de este entorno, la relación con el mar es continua [...]. Así, comenzamos con esa tarea que me fue llevando gran parte de mi vida. Me capacité también como guardaparque, me capacité sobre el manejo y el cuidado del litoral marítimo bonaerense, sobre este ecosistema. Quería comprender los distintos tipos de playas [...], las dinámicas de las costas como las nuestras: con el campo de dunas que es único en la costa argentina, de arenas finas y blandas, muy fácilmente erosionable [...]. También me fui formando en cuestiones ambientales más globales, las discusiones que se estaban dando en el mundo [...] Ante la presión urbanística empezamos a pensar en cómo proteger el lugar en el que vivimos. (Sandro, 68 años, ambientalista)

Desde su perspectiva, en los años ochenta las agrupaciones geselinas, con impronta conservacionista, empezaron a intervenir en un repertorio de problemáticas emergentes: limpieza de las playas, rescate de animales, cuidado de la flora autóctona, concientización sobre las características, debilidades y potencialidades del entorno, entre otras. Sin embargo, el foco que logró concentrar los distintos esfuerzos de los espacios en movimientos fue el “proceso de urbanización, la especulación inmobiliaria y los efectos producidos por la carga del turismo masivo” (Sandro, 68 años, ambientalista).

César tiene 47 años y participó de otra organización que, en esa misma época, nucleaba a jóvenes geselinos “comprometidos con el medio ambiente”. Me cuenta –en línea con lo que plantea Sandro– que en aquellos años “se loteaba todo sin criterio, sin ningún criterio y había que frenar eso. [...] Fuimos juntando esfuerzos y ganas para trabajar en estas cosas y tratar de parar los negociados que iban contra todo”. Para César, además, el turismo masivo se constituía en un problema que impactaba directamente sobre la calidad de vida de los habitantes de este lugar: “nosotros éramos jóvenes y veíamos cómo quedaban las playas después del verano [...] empezamos a limpiarlas [...] la basura que genera el turismo masivo es impresionante y eso impactaba en nosotros que vivíamos acá todo el año” (César, 47 años, ambientalista).

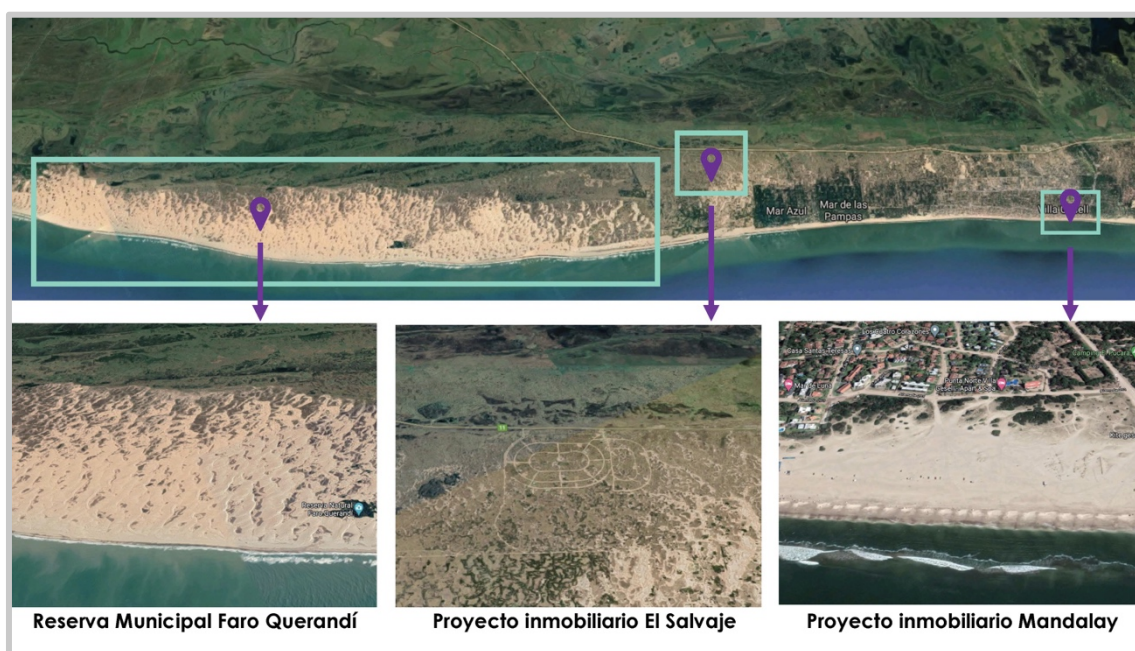
Mariana, historiadora de 32 años, también participó de una de estas organizaciones creada en los años 2000 a partir de un proyecto inmobiliario que pretendía emplazarse sobre un sector del territorio constituido por diversos cordones de médanos vivos. Desde sus experiencias, ella me explicó que “el enemigo del medio ambiente era la ambición, la especulación del mercado inmobiliario que extrae y no deja nada acá [...]. El mercado era imparable y teníamos que hacer algo” (Mariana, 32 años, historiadora).

Los entrevistados relatan que las acciones desarrolladas en aquel contexto fueron de distinta índole: movilizaciones, juntada de firmas, acampes, escraches, discusiones en el concejo deliberante, campañas de difusión en la radio, entre otras. El objetivo era cuidar lo que aún permanecía “libre de antropización” y avanzar en el conocimiento del territorio habitado para definir un “protocolo de manejo costero”. En esta trama de argumentos, la defensa y protección del médano ocupó un rol preponderante.

3. Causas y estrategias

Los geselinos involucrados –con distinto grado de compromiso– en la defensa del medio ambiente me explicaron que existieron tres grandes momentos en el derrotero de intervenciones ambientalistas. La siguiente figura expone la “territorialización” de este proceso que se organizaron en torno tres causas ambientales que fueron capaces de movilizar la voluntad y el accionar la comunidad local.

Figura I: Tres grandes causas ambientales de Villa Gesell



Fuente: elaboración propia en base a imágenes de Googlemaps.

La primer causa de gran alcance –en la que participaron todas las organizaciones geselinas– fue la creación, en 1996, de la reserva municipal de usos múltiples sobre un fragmento del frente costero geselino: la Reserva Natura Faro Querandí. Sandro reconstruye este proceso con las siguientes palabras:

Empezamos a buscar gente que nos ayudara y tuvimos suerte: un geólogo muy conocido [...] especialista en geología de costas, nos dio bolilla [atención]. Él entendía que había que hacer un informe para evaluar el campo de dunas y, bueno... se elevó el informe,

prosperó con las autoridades de turno y por ordenanza se creó la reserva. Hoy existe: son 5.746 hectáreas al sur del Partido que están protegidas. Eso ocurrió en la década del noventa. [...] Nosotros creamos la reserva de uso múltiple y no la intangible que no tiene ningún tipo de uso. Las intangibles han sido desbastadas, no se las han podido conservar [...] La idea fue una reserva de usos múltiples que se pueda manejar de forma sustentable. Crear espacios de investigación, de amortiguación y otros experimentales siempre relacionado con los fines del conservacionismo. (Sandro, 68 años, ambientalista)

Mariana, por su parte, recuerda este hecho como el hito que la convocó a participar de este tipo de iniciativas:

La reserva me ayudó a darme cuenta que había que luchar por lo nuestro. Fue como un hito importantísimo. Las organizaciones civiles, los gestores, los vecinos, todos laburando para que se concrete esa protección. (Mariana, 32 años, historiadora)

Natalia es periodista local y cubrió algunos de los eventos ambientales más significativos para Villa Gesell. En relación a la reserva, me contó que en el momento de su creación ella todavía era “muy chica”, pero que, a pesar de no haber intervenido activamente, recuerda lo siguiente: “fue muy importante lo que pasó [...] Antes se hacían acciones como más aisladas, a partir de ese momento se empezaron a coordinar las tareas”. Camilo, por su parte, tiene 25 años y hoy participa activamente de una organización en defensa por el médano costero. En 1996 no había nacido, pero en la reconstrucción que realiza sobre las principales causas sostenidas por la comunidad local él destaca la emergencia de la reserva como el “momento en que empezó a tomarse conciencia”.

Esto ya venía mal. Nosotros tenemos imágenes satelitales sobre cómo se fue erosionando el médano y cómo avanzó la urbanización. La reserva fue como el puntapié, lo que nos impulsó a seguir laburando en otras cosas [...] Yo creo que a partir de ese momento se empezó a tomar conciencia de que teníamos que cuidar el lugar en el que vivimos. (Camilo, 25 años, ambientalista)

La Reserva Natural Faro Querandí –una de las pocas de su especie en la Provincia de Buenos Aires– fue creada en noviembre de 1996 a partir de la ordenanza N° 1.487, sancionada por el gobierno local. Como me explicó Sandro, luego de algunos estudios coordinados con investigadores de la Universidad Nacional de Buenos Aires y la Universidad Nacional de La Plata se dispuso la protección de 5.757 hectáreas de dunas y pastizales con el objetivo de preservar la biodiversidad, el ecosistema, la fauna y la flora característica de la zona. Este fragmento de territorio protegido se extiende por sobre 21 kilómetros de frente costero y 3 kilómetros de ancho variable. Se sitúa al sur del partido homónimo y su ingreso sólo puede realizarse con vehículos especializados para el tránsito en arena. La reserva, desde la perspectiva de una activista local, se creó para proteger un “recurso invaluable”:

Se trataba de los últimos médanos en estado natural de la Provincia de Buenos Aires. Esos médanos son los que le dan vida a este lugar [...] cumplen la función de ser un filtro natural de agua potable y reservorio de arena para alimentar las playas de todo Gesell. (Rosario, 65 años, ambientalista)

En la zona también se emplaza el Faro Querandí, de allí el nombre del área protegida. Este faro, de 54 metros de altura y un alcance de 33 kilómetros, fue construido en 1922 por la Armada Argentina y es considerado la primera construcción de la localidad. Su creación se dio junto a la de otros 13 faros sobre las costas del país y hoy forma parte de los atractivos que promueve la reserva.

Es importante mencionar que el objeto de preservación de este complejo ambiental no estuvo aislado de la promoción turística. Quienes participaron del proceso de armado de la reserva me contaron que las medidas de protección se implementaron con dos finalidades específicas: por un lado, evitar que el proceso de urbanización siga interviniendo, transformando y agotando los recursos de la zona; por otro lado, visibilizar los efectos que el turismo masivo había propiciado en la ciudad. En relación a este último punto, la reserva venía a proponerle a los turistas “una forma diferente de disfrutar del entorno, con menos cosas o servicios y más en contacto con la inmensidad de la naturaleza” (Rosario, 65 años, ambientalista). En el siguiente fragmento se puede leer de qué manera empezó a promocionarse este lugar:

Como todo área natural protegida cumple con la trascendental misión de poner en contacto al hombre –especialmente el proveniente de las grandes metrópolis, generalmente muy alejado de poder tomar contacto con elementos naturales– con la naturaleza, la que puede colmar su espíritu con emociones y sensaciones que únicamente experimenta aquel que se dispone a desentrañar sus misterios, indagar sus porqués, hurgar cada rincón, cada espacio y cada vegetal o animal que se anteponga en su camino.⁹²

Todas las veces que me acerqué a la oficina de turismo de Villa Gesell, me comentaron sobre este lugar. Entre las opciones promocionadas, me recomendaron visitar el faro, observar las aves playeras alimentarse en la orillas, reconocer la diversidad de plantas que habitan en las dunas costeras y realizar dos o tres senderos de caminata. Como parte de los protocolos habituales, desde la oficina me indicaron ciertos cuidados que tenía que tener una vez dentro de este espacio: evitar circular por entre las dunas y pastizales con vehículos, no arrojar basura ni alimentos, tratar de no interrumpir las prácticas habituales de la fauna, no hacer fuegos y, finalmente, no recolectar ningún elemento de la naturaleza. Me indicaron, también, que al ingresar iba a encontrarme con un guardaparque –figura

⁹² Recuperado el 15 de marzo del 2021 de:

<http://www.patrimoniounatural.com/HTML/provincias/buenosaires/faroquerandi/descripcion.asp>

clave de esta organización– quien iba a explicarme sobre los modos correctos de transitar por el espacio. Esto indica que la reserva continúa promocionándose como una forma de practicar un turismo “responsable con el entorno”, distinto a aquel que se despliega a tan sólo unos kilómetros de allí: “En la ciudad es otro mambo, otra historia. Un turismo que hace bolsa [destruye] todo [...] Acá [en la reserva] la propuesta es distinta, los turistas son bienvenidos, pero tienen que ser respetuosos con la naturaleza” (Camilo, 25 años, ambientalista).

Los geselinos habían logrado proteger esos “recursos invaluable” para la comunidad y, también, “para toda la Argentina”. Luego de este evento, las asociaciones ambientalistas continuaron trabajando en sus actividades cotidianas y capacitándose sobre el entorno habitado. Sin embargo, con el nuevo milenio, otras problemáticas ambientales volvieron a “agitar el avispero” y las asociaciones “respondieron” (Rosario, 65 años, ambientalista).

Como señala Hernández, a partir del año 2003 –y luego de la crisis desatada en el 2001– se inició una lenta recuperación de la tasa de empleo y el poder adquisitivo de los sectores medios⁹³. Esta recuperación tuvo un impacto en las ciudades turísticas⁹⁴:

En esta etapa, la movilidad turística comenzó a recuperarse luego de la caída histórica en la temporada estival de 2002, incrementándose, además, los gastos per cápita. Esto trajo aparejado un acrecentamiento de las inversiones sectoriales que contribuyeron a la reactivación del mercado inmobiliario. En este período hubo un retorno a los destinos tradicionales de “sol y playa”, pero el mayor volumen de negocios apuntaron a perpetuar el esquema instalado en los 90’, dirigido a un consumidor de clase media-alta y alta, con una tendencia a reproducirse espacialmente en nichos costeros propios, ampliando el frente costero urbano y densificando el uso de la playa. El acelerado desarrollo de urbanizaciones privadas y de complejos habitacionales exclusivos en el área costera son indicadores de la continuidad en la tendencia socio-espacial. (Hernández, 2019b: 14)

Bajo este renovado contexto, los recursos estratégicos volvieron a ponerse en el centro de la escena y las agrupaciones ambientalistas debieron implementar otras tácticas para participar –como señalan sus protagonistas– de “los nuevos frentes que se abrían”. Desde ese entonces, las controversias se fueron articulando en torno a una serie de

⁹³ Para un análisis pormenorizado de este proceso ver Kessler (2014).

⁹⁴ Además de los impactos producidos en el turismo, la crisis social del 2001 y su salida generaron otros impactos en el espacio costero. En el Capítulo V de esta tesis analizo de qué manera el último movimiento migratorio que llegó a Villa Gesell –entre el año 2003 y la actualidad– buscó huir de la gran ciudad para asentarse en escenarios de pequeña y mediana escala, en donde predomine una relación estrecha con la naturaleza y otros ritmos de vida. Este movimiento desencadenó la expansión urbana de las localidades del sur del Partido de Villa Gesell, la reactivación del sector inmobiliario y un aumento sostenido de la actividad de la construcción.

urbanizaciones proyectadas en espacios valorizados de la ciudad por sus cualidades naturales y paisajísticas (ver Figura I). Se trató de emprendimientos destinados a sectores medios y altos metropolitanos interesados en la adquisición de una segunda residencia en la costa bonaerense y que, dada su capacidad adquisitiva, buscasen “descansar en la mismísima playa”.

Muchos geselinos me habían hablado del “derrumbe” del modelo turístico basado en el desarrollo de la segunda residencia. Como me explicó Susana, la segunda residencia “estuvo de moda entre los cincuenta y los ochenta [...]. Después fue cayendo, sobre todo en los noventa. [...] Hoy en día hay muchas casas y departamentos a la venta en toda la costa argentina. El turista busca otra cosa” (50 años, hotelera). Este cambio había “complicado las temporadas geselinas” y, como señaló el mismo intendente de la localidad en capítulos anteriores, el derrumbe los obligó a reinventarse; específicamente, en lo que hace a las formas de ofrecer servicios para los emergentes estilos veraneantes y en las estrategias implementadas para que la temporada estival logre ser sustentable. En este acontecer, las propuestas inmobiliarias de las nuevas urbanizaciones podían ser entendidas como un modo de resolver algunas de las falencias implicadas en el cambio de prácticas de los veraneantes.

Por su parte, los desarrolladores –externos a la comunidad– necesitaban convocar a ciertos actores estratégicos de Villa Gesell para llevar a cabo su cometido y, como me comentó Natalia, “medio que se aprovecharon de los problemas que teníamos y apuntaron a eso, prometieron cosas que muchos geselinos querían” (38 años, periodista). De este modo, el “repunte” de la construcción, la posibilidad de volver a temporadas extensas con “familias conocidas” todos los veranos y el “alto perfil de los destinatarios”, se colocaron como los argumentos centrales de quienes comercializaron estos proyectos. Muchos geselinos –incluso la clase gobernante– vieron en estas propuestas una oportunidad de mejorar la calidad de vida local. No obstante, muchos otros comenzaron a cuestionar “las virtudes” de estos proyectos y a reparar en los impactos ambientales que acarreaban. Ante esto, Mariana sostuvo lo siguiente: “¿Quiénes eran los que venían a hacer estos negocios? Esa era la pregunta. No eran geselinos, eran capitales extranjeros y a ellos no les importaba este lugar” (Mariana, 32 años, historiadora).

Existe otro dato que necesita ser desarrollado. En el año 2006 los geselinos habían logrado aprobar –gracias al impulso de las organizaciones ambientalistas en diálogo con el gobierno municipal– el Plan de Manejo Integrado del Frente Costero de Villa Gesell.

Este plan estipulaba una serie de restricciones para el accionar del desarrollo turístico e inmobiliario y desde aquí se desarrollaron una serie de acciones: se estipuló el desmantelamiento de la avenida Costanera, se construyó una rambla peatonal semielevada de madera con el método de enquinchado para atrapar y acumular la arena – es decir, “amigable con el ecosistema”– y se estableció un lapso de tiempo para que los balnearios asentados sobre la costa cambien el cemento por materiales más aptos. Más aún, como señala Hernández (2020), en contradicción con la política de promover medidas que estimulen la recuperación ambiental, en el 2009 se anunció la creación de uno de estos proyectos inmobiliarios: un complejo habitacional de gran escala proyectado en la intersección de la calle 310 con la playa, es decir, sobre parte de la reserva dunar relictual de la localidad (ver Figura I). Este episodio volvió a convocar a las agrupaciones ambientales y así se fue estructurando la segunda gran causa ambiental que movilizó profundamente a la comunidad local.

El proyecto fue conocido con el nombre de Proyecto Mandalay y estuvo motorizado por referentes políticos locales y una empresa constructora de origen española. Se trató de un emprendimiento “singular” y “extenso”, destinado a un público “exigente” que buscaba la “solidez”, el “diseño” y el “confort”. Un proyecto, además, enclavado en un “paisaje de ensoñación” (ver Figura II). La inmobiliaria definió la comercialización del emprendimiento con las siguientes palabras:

*Se lanza un **proyecto residencial** único en Villa Gesell. **Mandalay**, con diseño del estudio DDM Diaz Dib Monfort Arquitectos y una inversión de U\$S 20.000.000, se realizará por etapas y comenzará a construirse a fines de temporada. Este singular emprendimiento se emplazará en el privilegiado parador Punta Norte, zona costera de Villa Gesell lindante con Cariló, con una fracción de terreno total de 56.400 m², 400 metros de frente a la playa virgen (sin calle de por medio) y más de 250 metros de arena hacia el mar. Este **proyecto de cuatro edificios** se inspira particularmente en las **mandalas hindúes basadas en los cuatro elementos: Ignis, Terra, Aqua y Ventus**, conforman un complejo edilicio de diseño, solidez, y detalles constructivos de calidad. **Mandalay**, con diseño del estudio **DDM Diaz Dib Monfort Arquitectos**, es único en el casco urbano de Villa Gesell. Ofrecerá el mayor confort para un público exigente que desea conectarse con el universo, con la esencia de la vida en un paisaje de ensoñación: bosque, mar y dunas. (Las itálicas y el resaltado es del original)⁹⁵*

Muchos de mis entrevistados, señalaron que el anuncio de Mandalay representó un quiebre con la gestión municipal. El expediente del proyecto había sido iniciado por el entonces intendente Luis Baldo en el año 2007; es decir, dos años antes de que el complejo

⁹⁵ Recuperado el 15 de marzo del 2021 de: https://www.arquimaster.com.ar/especiales/nota_mandalay.htm

de viviendas se constituyera como un problema público. En ese momento –me comentó Baldo durante una entrevista que tuvimos– el proyecto parecía no encontrar grandes resistencias populares y “por eso avanzó sin problemas. Tampoco sabíamos mucho de los problemas que traería a nivel ambiental” (Luis, 65 años, ex intendente y concejal). No existen, en este sentido, rastros de una tensión social en los medios locales o, incluso, en las representaciones de los geselinos interpelados. Sin embargo, hacia fines del 2008 el proyecto comenzó a promocionarse y con ello emergieron algunos planteamientos en torno a la “peligrosidad ambiental” del complejo y a la vulnerabilidad de los “derechos ambientales” de los habitantes.

Figura II: Proyecto Mandalay – Villa Gesell



Fuente: *renders* del proyecto Mandalay. Imágenes obtenidas de www.arquimaster.com.ar

En 2009 el nuevo intendente –Jorge Rodríguez Ernetta– promulgó por la aprobación del proyecto en el Concejo Deliberante, pero incluyó algunas modificaciones para presentar su faceta más “sustentable”. Luis Castellani, que en ese momento oficiaba de secretario

de Planeamiento, me contó que negociaron con la empresa inmobiliaria, por ejemplo, “que cedieran espacios verdes, desarrollaran la apertura de una calle y le bajaran al altura al complejo [...]. También el tema del acceso a la playa” (Luis, 70 años, ex secretario de Planeamiento y arquitecto). A pesar de estos pequeños cambios –y de las supuestas intenciones– la aprobación del emprendimiento y las primeras obras realizadas en la zona emergieron como un conflicto socioambiental en la medida en que venía contradecir “algunas batallas ya conquistadas”. Mis entrevistados me contaron que a principios del 2010 y en “contravención” con lo estipulado en las ordenanzas ambientales, la empresa constructora comenzó con las obras: “alambraron la zona”, “pusieron seguridad privada” y “removieron arena” para preparar el terreno.

Rosario me explicó lo siguiente: “Habíamos logrado un plan de manejo costero, la creación de la reserva, estábamos trabajando para revertir los errores de muchos años y de pronto cae este martes 13” (65 años, ambientalista). Agregó, además, que muchos de ellos se sintieron defraudados ante las decisiones tomadas por el municipio: “Sinceramente, era una locura que se realice esta obra, iba en contra de todos los principios por los cuales habíamos trabajado tanto [...] Nos sentimos defraudados”. Sandro me explicó que no sólo se ponía “en riesgo los campos dunares del norte del partido” sino que también “la identidad geselina” ya que este proyecto iba a trastocar “aquellas cualidades por las cuales los turistas elegían Villa Gesell”.

Así, muchos habitantes –la mayoría de ellos nucleados en la Asamblea Popular en Defensa del Médano Costero– comenzaron a desplegar un repertorio de actividades con el objetivo de frenar la obra. El conflicto fue tan potente que logró hacer mella no sólo en los medios locales y sino también en los de alcance nacional. Una nota del diario *Clarín* expone la disputa a través de las siguientes voces:

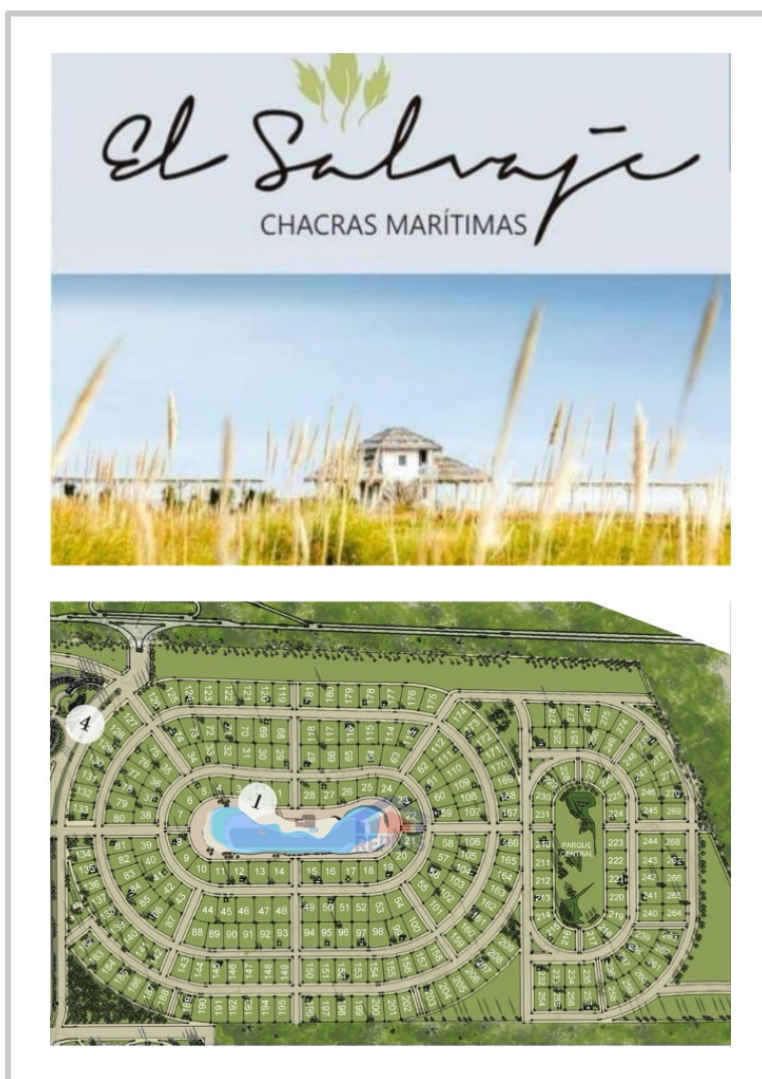
Hay un sostenido contrapunto entre vecinos, concejales y el gobierno municipal. “Aunque el proyecto no está aprobado se autorizó el movimiento de suelo en 60 mil m³ de arena y además de vulnerar leyes de Política Ambiental y lo que establece el Código de Ordenamiento Urbano, se presenta un estudio de impacto ambiental desactualizado”, contó a *Clarín* el concejal opositor Jorge Martínez Salas. Pero Daniel Algarín, vocero del intendente Jorge Rodríguez Erneta, del Frente para la Victoria, lo desmiente: “Todo es legal, el estudio de impacto ambiental fue aprobado, es apto y no se vulnera el Código de Ordenamiento Urbano, que se respeta a rajatabla”. (*Clarín*, 2010)

En el lapso de unos pocos meses, hubo acampes, petitorios, medidas cautelares ante la justicia, notas en medios de comunicación, entre otras acciones. Luego de distintas instancias de negociación entre la asamblea, el gobierno municipal y la empresa

desarrolladora, la justicia finalmente falló a favor de los sectores que señalaban el vulneramiento de la política ambiental local y ordenó a los titulares del fideicomiso paralizar los trabajos sobre la playa.

En línea con estos acontecimientos, en las representaciones locales aparece otro hito significativo de la “lucha ambiental” que se gestó, a partir del 2015, en torno a un proyecto inmobiliario de características similares a Mandalay, pero con un desenlace distintos. Conocido como “El Salvaje”, este emprendimiento se proyectó hacia el sur del Partido de Villa Gesell, a la altura del kilómetro 427 de la Ruta 11, a escasa distancia de la Reserva Natural Faro Querandí (ver Figura I y Figura III). Se trató de un complejo de chacras marítimas⁹⁶, de baja densidad poblacional, emplazadas sobre 379 hectáreas y organizadas bajo la figura de un barrio privado que se retira del frente costero para ofrecer una transición “perfecta entre el campo y el mar”.

⁹⁶ El término de “chacra marítima” refiere a un tipo de vivienda en la que se yuxtaponen elementos estéticos provenientes de los estilos de casa de campo y también de los acentos estéticos asociados con las viviendas marítimas (predominio de la madera, la piedra y elementos traslucidos). Además, se trata de unidades que se emplazan en grandes extensiones de tierra, de ahí también el nombre de chacra. Para más información sobre este estilo arquitectónico en auge ver: <https://elsalvaje.com.ar/prensaynews/tendencias-chacras-en-el-mar/>; https://www.clarin.com/arq/chacras-maritimas--nuevas-estrellas-costa_0_osRRLgpT.html; <https://maderayconstruccion.com.ar/la-belleza-de-la-madera-en-su-esplendor-del-paisaje-maritimo/>

Figura III: Proyecto El Salvaje – Villa Gesell

Fuente: imágenes del folleto publicitario del El Salvaje. Obtenidas de: <https://www.elsalvaje.com.ar/>

Con capitales foráneos a la economía local, las chacras buscaban atraer a sectores medios y altos metropolitanos para que –al igual que Mandalay– pudiesen concretar la adquisición de la segunda residencia de veraneo. Una vez más, volvieron a presentarse los interrogantes: “¿Este emprendimiento podrá reactivar el turismo?”, “¿Podrá darnos un aire después de algunas malas temporadas?”. Más aún, Rosario me explicó que El Salvaje implicó un proceso más complejo, porque también buscaron “tentar” a los geselinos de mayores recursos y ofrecer el barrio como residencia permanente. “Tenían la idea de promocionar la casa permanente [...]. Era distinto al tema del departamento de esos complejos tipo Mandalay [...] Acá promocionaban la casa, la seguridad, lo privado en el campo y cerca del mar y eso prendió” (Rosario, 65 años, ambientalista).

El Salvaje se diseñó, se proyectó y se presentó en sociedad. En línea con sus objetivos, en la publicidad del emprendimiento circularon conceptos como los siguientes: “primer emprendimiento ambiental sustentable de la costa”, “baja densidad poblacional”, “respeto por la naturaleza y la ecología”, “preservación de la tranquilidad original de la vida de campo”, “playas inmensas y vírgenes” y, fundamentalmente, “proyecto aprobado ambientalmente”. En el año 2015 una ordenanza de zonificación –promulgada en el boletín oficial del Concejo Deliberante– aprobó el desarrollo de la urbanización y, en especial, su comercialización mediante la figura del fidecomiso.

Ante estos hechos, distintos actores locales –nucleados en este movimiento asambleísta– comenzaron a movilizar algunos de los recursos ya utilizados en experiencias anteriores con el objetivo de frenar –una vez más– un proyecto que parecía poner en jaque los derechos ambientales de los habitantes de esta ciudad. “Pensamos que íbamos a lograrlo [...] Teníamos jurisprudencia y toda la comunidad a favor”, me dijo Mariana (32 años, historiadora). Desde la perspectiva de quienes participaron de esta batalla, el proyecto ponía en peligro los recursos naturales de la región y, por esto, representaba un problema para el futuro de la sociedad.

A continuación incluyo algunas de las ideas sobre El Salvaje que pude recoger durante mis estancias en la ciudad de Villa Gesell: “Las urbanizaciones de este tipo, que están ahí en lugares maravillosos, representan una oportunidad para las familias que buscan contacto con la naturaleza, pero se privatiza el acceso a esos recursos que son de todos y eso no está bien”. “Estos negocios inmobiliarios van en contra de nuestras leyes y el gobierno no hace nada para frenarlos”. “En nombre del crecimiento destruyen todo”. “Por plata baila el mono, a nadie le importa que un proyecto como éste, que no tiene nada que ver con este lugar, se instale acá”. “Y además, escuchame, ¿vos viste donde está?, en el medio de la naturaleza, ¿qué va a pasar con el agua, las cloacas, la basura, todo eso?”. “No se hicieron los estudios correspondiente para evaluar el impacto, lo único que importó fue la guita [dinero]”. “Esto representa una injusticia, acá hay muchos problemas para acceder al suelo, porque no hay terrenos y de pronto arman una urbanización de este tamaño”. “¿Y la recarga que va a generar esto?, ¿quién evaluó la recarga?”.

Este proyecto también impulsó el desarrollo de distintas estrategias: acampes en la zona, junta de firmas, difusión en medios de comunicación y judicialización de los reclamos. Las protestas se fundamentaban, además, en la inexistencia de una declaración

de impacto ambiental emitida por una autoridad competente y el explícito incumplimiento de diferentes requisitos administrativos.

Como en toda disputa de este tipo, algunos sectores locales estuvieron en desacuerdo con los reclamos de las asociaciones ambientalistas y propulsaron por la materialización del emprendimiento. Las líneas de este argumento pueden leerse en la nota, titulada “Con las temporadas no alcanzan”, que publicó un periódico digital local en medio del litigio:

Sería una necesidad que por cuestiones políticas o personales el proyecto no se cristalice. No cabe duda que le daría a Villa Gesell una impronta que no tiene. No es poca cosa tener en el Distrito desarrollos de este nivel. Hacen faltas inversiones que tengan que ver con lo permanente y no únicamente con la fugacidad del verano. Esta es una de ellas y ojalá que no sea la única. (*Los Girasoles*, 2015)

Además de la gestión municipal y algunos medios geselinos, un conjunto de comerciantes me indicaron que, desde su perspectiva, el proyecto representaba “un salto para la ciudad”. “Va a movilizar más turismo y con eso mejores temporadas”, “es un proyecto de alto nivel que apunta a sectores de altos poderes adquisitivos y eso representa turistas con mayor ganas de invertir en lo local”, “también está bueno para nosotros, acá hay mucha inseguridad [...] con mi marido pensamos comprar un lote” son algunas de las ideas que compartieron conmigo. No realicé una inmersión profunda en las representaciones de los agentes inmobiliarios sobre esta temática. Sin embargo, en una de mis entrevistas pude detectar la tensión que se desataba al respecto. Francisco, dueño de una inmobiliaria que no comercializa este proyecto, me comentó lo siguiente:

Y, la verdad, lo que hicieron con ese proyecto es un desastre. Se incumplieron todas las ordenanzas municipales y se avanzó en un sector que debería estar protegido [...] Además, ¿este tipo de urbanización a quién beneficia? ¿a nosotros?, déjame dudar. (Francisco, 38 años, agente inmobiliario)

En medio de estas controversias –entre sectores que se manifestaban a favor y en contra– el proyecto avanzó con su comercialización a través de un convenio de adhesión de inversores a un fideicomiso que otorgaba a los mismos el carácter de aportantes de riesgo con un derecho en expectativa. No podían vender los lotes ya que no existían como tales, pero el montaje del barrio continuó su curso.

En uno de mis viajes a la ciudad de Villa Gesell, decidí visitar El Salvaje en calidad de “interesada” en la compra de un lote. Por supuesto, tuve que organizar mi visita a través de una serie de intercambios con un operador inmobiliario asentado en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires quien me dirigió con Martina, una representante local de la

inmobiliaria. Martina me esperó en el centro comercial geselino, me mostró algunas carpetas con fotografías de la zona y *renders* del estilo de vivienda que predominarían en el barrio. También me habló de los servicios y áreas comunes proyectadas. Luego, me presentó algunas ofertas de lotes –que oscilaban entre 35.000 y 50.000 dólares– y me invitó a conocer el lugar. El Salvaje es un barrio despojado, con escaso movimiento y unas pocas viviendas emplazadas. Está cerrado, loteado y se despliegan algunas calles internas. A pesar de las pocas viviendas concretadas, el interés por los lotes –señalado por distintos sectores geselinos– parece proyectar un futuro próspero para la urbanización privada que avanza a pesar de los múltiples intentos por detenerla⁹⁷.

Los ambientalistas locales me han indicado que esta lucha representa un hito “de la derrota” para el movimiento: “perdimos contra El Salvaje”, me dijo Mariana (historiadora, 32 años). No obstante, el proceso parece haberse asentado en las representaciones de los principales actores como una suerte de enseñanza: “aprendimos lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer, aprendimos en quienes confiar y en quienes no, aprendimos que luchamos contra intereses poderosos”, sostuvo, con toda claridad, Rosario (65 años, ambientalista).

4. Las vueltas del Parque Nacional Faro Querandí

4.1. Primera vuelta

Un año más tarde, las organizaciones ambientalistas recobraban fuerza y se encolumnaban atrás de la última gran causa que llevaron adelante: convertir la Reserva Natural Faro Querandí en el Parque Nacional Faro Querandí. El recorrido por las anteriores causas ambientales me permitió armar la red, reconocer a los actores e interpretar –con más agudeza– las representaciones que los geselinos movilizaban en torno a este pasaje o reconversión. Cabe destacar, en este sentido, que los hitos –las victorias y las derrotas– aparecían sedimentadas en las teorías nativas de mis entrevistados y, por esto, resultaba necesario recorrerlos. Más aún, mi interés se centró

⁹⁷ Es oportuno volver a mencionar que uno de los tantos efectos producidos por la crisis sanitaria del Covid-19 ha sido el interés residencial de los sectores medios y profesionales metropolitanos por estos proyectos inmobiliarios. Alejados de la gran ciudad, la condensación del virus y los confinamientos estrictos, las urbanizaciones cerradas emplazadas en la costa atlántica bonaerense se han posicionado en los imaginarios de quienes desean emprender un cambio de vida. En otros artículos (Abrantes, Greene y Trimano, 2020 y Greene, Abrantes y Trimano, 2020) he abordado en profundidad los efectos de este movimiento que despuntó la pandemia.

en esta última “gran causa” porque se trata de una controversia no estabilizada (Latour, 2008). Es decir, la conformación del parque, si bien comenzó a gestarse en el 2016, es una causa abierta que me permite enlazar los hechos del pasado, en un presente disputado que se proyecta hacia el futuro.

Elizabeth Jelin sostiene que cuando los movimientos con los que trabajamos son contemporáneos, cuando estamos observando fenómenos en curso, “a la dificultad analítica se agregan las dificultades empíricas, ya que a la fluidez de límites de los protagonistas y de sus estrategias se suma la fluidez del tiempo y del espacio”. En estos contextos de investigación, se presentan nuevas oportunidades vinculadas a la trama social, cultural, económica y política que atraviesan las causas ambientales: “Hay ciclos de movilización, hay períodos de repliegue y latencia, hay alianzas coyunturales y otras que van a permanecer” (Jelin, 2004: 242). Hay, en definitiva, un abanico de posibilidades que se abren hacia el porvenir.

En noviembre de 2019 me encontraba realizando trabajo de campo en Villa Gesell. En una de mis reuniones habituales con Natalia –periodista local de 38 años– surgió el tema del Parque Nacional Faro Querandí: “Es un tema muy candente [...] Recién acaban de volver a presentar la propuesta del parque nacional [...] Es un tema interesante porque hay muchos actores involucrados, de distintos niveles, con distintos criterios y búsquedas”, me dijo. Cuando me dispuse a investigar sobre este tema encontré que el primer proyecto había sido presentado en el año 2016; es decir, 10 años después de que la ordenanza municipal diera nacimiento a la Reserva Natural Faro Querandí. ¿Qué había pasado con esta propuesta?

En ese contexto, el intendente Gustavo Barrera –quien todavía se desempeña en esta función– había iniciado distintas conversaciones con la APN, logrando incluir el área de la reserva geselina dentro de los intereses de la administración nacional. Con el aval correspondiente, y el apoyo de algunas organizaciones ambientalistas, Barrera presentó el proyecto a la comunidad con la intención de elevar el nivel de protección por amenazas a la conservación del lugar. “Es muy difícil para el municipio sostener este tipo de cuidados sobre el ambiente, se necesitan muchos recursos”, me dijo Gustavo (55 años, intendente) en una entrevista que sostuvimos en su despacho algunos años después.

Antes de discutir el proyecto en términos políticos e institucionales, el gobierno municipal organizó un acto informativo para explicar los alcances de la propuesta y,

luego, llevó a cabo una jornada de debate sobre la transformación en la que participaron funcionarios y especialistas en la temática. Las organizaciones ambientalistas ante este movimiento, se posicionaron de manera ambigua: algunas, recurriendo a las experiencias pasadas, desconfiaron de los intereses del gobierno, mientras que otras optaron por acompañar, sin mediaciones, la iniciativa. Natalia me indicó que ese hito “fue parte aguas [...] si bien todas terminaron acompañando, muchas desconfiaban al principio del gobierno, como de lo que había atrás, de las intenciones, ¿me entendés?” (Natalia, 38 años, periodista). Lo que pasó con El Salvaje había dejado huellas en las interpretaciones de algunos sectores que veían en las intenciones de la gestión local una presunta amenaza.

El 9 de mayo de 2016 la propuesta logró llegar al Consejo Deliberante. El bloque oficialista de concejales, recurriendo a una serie de argumentos establecidos y estabilizados, reforzó la necesidad de elevar las medidas de protección, señaló el potencial de incluir el espacio dentro de un mapa de destinos turísticos internacionales y la posibilidad de crear nuevos puestos de trabajo para los geselinos. También hizo hincapié en la urgencia de empezar a practicar un turismo responsable con el ambiente. Ignacio – un concejal al que tuve oportunidad de entrevistar– sostuvo en medio de la discusión parlamentaria lo siguiente:

Puede ser un paso muy importante para la ciudad porque podemos formar parte del ciclo turístico internacional de parques nacionales y además es fundamental tener esta parte de nuestro territorio protegido y cuidado por las agencias más importantes de preservación ambiental a nivel mundial. (Debate Concejo Deliberante, 9 de mayo de 2016)

A su vez, este bloque estableció la importancia de construir alianzas estratégicas con las universidades y el saber científico, así como también con las otras áreas administrativas de la región involucradas en este proceso. Los argumentos eran potentes y se alineaban con aquellos postulados globales que indican los beneficios anudados a este tipo de figura conservacionista. La propuesta además parecía anclarse en cierto prestigio internacional con el que cuentan los organismos como la APN o las agencias nacionales e internacionales especializadas en conservación del medio ambiente. Así, todo estos agentes emergieron como una suerte “cita de autoridad”.

A pesar del despliegue realizado, los concejales de los bloques opositores –Unión Cívica Radical (UCR) y Cambiemos– vetaron la cesión de tierras al Estado Nacional e imposibilitaron el proceso de conversión. Una nota del diario *El Federal*, publicada el 13 de mayo de 2016, titulaba, con sentido crítico, “En Villa Gesell no quieren que haya un Parque Nacional” (*El Federal*, 2016). En esta misma nota, se pueden leer una serie de

categorías morales con las que el medio de comunicación intentaba clasificar el accionar de quienes decidieron rechazar el proyecto: “mezquindad política”, “egoísmo”, “desconocimiento”, “poco criteriosos”, “inentendibles”, entre otras.

Leyendo las intervenciones que se realizaron en el recinto local, pude reconstruir los argumentos opositores que colmaron un debate que se extendió, según Natalia, por “más de cuatro horas”. El problema principal giraba en torno a la “entrega del territorio”: “El proyecto es preocupantemente escueto, sólo media página, son cuatro artículos donde plantea la cesión lisa y llana de las 5.700 hectáreas”, sostuvo uno de los concejales. (Debate Consejo Deliberantes, 2016). En términos generales, acordaban con la necesidad de reforzar las medidas de protección, pero insistían en la “irresponsabilidad” y “la poca información” con la que se movilizó la conversión del parque.

Ahora bien, llamativamente el argumento del tiempo fue utilizado por ambos sectores. Los opositores del proyecto no sólo recurrieron al pasado, sino que también hicieron hincapié en la incertidumbre del futuro. En relación al primer punto, por ejemplo, un concejal sostuvo que: “[el proyecto] nos deja sin una parte de nuestra identidad, la historia de nuestro fundador está íntimamente ligada a esto”. Otro, por su parte, movilizó algunas ideas vinculadas al futuro: “Hay mucho para discutir, pero la decisión de ceder las tierras es la peor de todas, nos dejaría sin la posibilidad de tomar ninguna decisión al respecto” (Debate Consejo Deliberantes, 2016). Al ceder ese fragmento del territorio y permitirle al Estado Nacional tomar decisiones ocurrían, desde sus perspectivas, dos procesos: por un lado, se desvirtuaba cierta identidad geselina histórica y tradicional anclada en la pertenencia de esos recursos; por el otro, se perdía la posibilidad de decidir sobre el futuro: económico, ambiental y, también, identitario.

Los oficialistas hicieron lo suyo: movilizaron la historia para recordarles a sus contrincantes “que los geselinos siempre estuvieron preocupados por la naturaleza” y proyectaron expectativas al sostener que “el futuro de Villa Gesell depende de lo que vamos a hacer con esas 5700 hectáreas” (Debate Consejo Deliberantes, 2016). Los testimonios esgrimidos de un lado y del otro, colocaron a la protección de la naturaleza en nudo temporal atravesado de argumentos, experiencias y representaciones diversas.

Natalia me explicó que si bien, “se sentía como que la gente estaba copada [entusiasmada] con el tema”, lo cierto es que, en el 2016, “había muchos desconocimiento sobre lo que era formar un parque [...] Los geselinos tuvimos que avanzar en materia de

conciencia ambiental y cuidado de nuestro lugar” (Natalia, 38 años, periodista). También señaló la necesidad de que las organizaciones ambientalistas locales tuvieran una participación más activa en la definición de las estrategias y la posibilidad de involucrar a la comunidad en la toma de decisiones. En esta “primera vuelta” los geselinos recién comenzaban a interiorizarse sobre las virtudes y problemáticas vinculadas a este movimiento. A su vez, en este contexto –y a diferencias de las causas anteriores–, parecía no existir un enemigo en común o mejor dicho un acuerdo sobre aquello de lo que había que proteger a la naturaleza: ¿de los proyectos inmobiliarios? ¿del accionar humano? ¿de los capitales ajenos a la comunidad local? ¿de la gestión municipal? ¿por qué era tan necesario cambiar la figura de la protección?

4.2. “Una vuelta de tuerca”

En diciembre de 2019, los ambientalistas, el gobierno municipal, los concejales del bloque oficialista, las organizaciones nacionales e internacionales y aquellos geselinos que se habían involucrado con la causa, volvieron a reactivar el proyecto del Parque Nacional Faro Querandí. Como señalé con anterioridad, en ese momento me encontraba realizando trabajo de campo en Villa Gesell y este acontecer me permitió llevar a cabo un registro pormenorizado del fenómeno. Es decir, recolectar una serie de datos capaces de iluminar los sentires, representaciones y argumentos que fueron emergiendo en torno al movimiento de la propuesta.

Gustavo Barrera había sido reelecto en su cargo de intendente y en su discurso de asunción, el 9 de diciembre de este año, decidió comprometerse con dos temas estrechamente vinculados con el medio ambiente geselino. Por un lado, el intendente manifestó su compromiso con la sanción del Código de Ordenamiento Urbano (COU) de Villa Gesell. Este código, desde su perspectiva, avanzaba en el ordenamiento del territorio, la preservación de los recursos y venía a ponerle un freno a la especulación inmobiliaria. Por otro lado, volvió a poner en discusión la necesidad de convertir la Reserva Natural Faro Querandí en un parque nacional. Esta vez, a diferencia de lo que había ocurrido solo tres años atrás, el intendente remarcó que para hacerlo había que informar a los geselinos y, además, eran ellos quienes tenían que decidir los alcances de este cambio. Por esto, propuso realizar un consulta popular con el objetivo de evaluar la iniciativa del ejecutivo. Sandro me explicó que las organizaciones ambientalistas y el mismo gobierno local le habían dado “una vuelta de tuerca” al proyecto al “incluir

directamente a los geselinos en la decisión. Se sabía que había que hacer una campaña de información, explicarle a la gente por qué este proyecto era tan importante” (Sandro, 68 años, ambientalista). Rosario también me explicó que “el tema de la cesión de tierras era crucial, había que explicar un poco cómo se iba a realizar [...] mucha gente tenía miedo de perder todo” (65 años, ambientalista).

Brian Ferrero (2008, 2013 y 2018) sostiene que en las últimas décadas asistimos a un pasaje desde un modelo de conservación clásico, hacia otro más participativo. El primer modelo, se basaba en el ejercicio de una presencia estatal totalizante a partir del control territorial. Esta corriente que marco el nacimiento de los parques nacionales de la Argentina, sostenía que la figura del parque era la alternativa principal para salvar porciones de naturaleza afectadas por los efectos destructivos del desarrollo urbano e industrial. El segundo modelo, por el contrario, comenzó a proponer distintas formas de integrar poblaciones locales en la gestión de las áreas protegidas que habitan. Las áreas, así, dejarían de ser concebidas como “islas amenazadas por los fenómenos que tienen lugar en su entorno” (Ferrero, 2018: 107).

El interés en incorporar a las poblaciones locales responden a distintos procesos. En primer lugar, a la movilización de las comunidades que exponen que ignorar o contradecir los anhelos locales puede generar diversos tipos de resistencia a los proyectos de conservación (MacDonald, 2003). En segundo lugar, a la presión de agentes, con poder político y científico, que vienen demandando la participación local o alguna forma de co-manejo como condición para el financiamiento. Finalmente, a los argumentos de los sectores técnicos y académicos que han tendido a debatir las clásicas categorías de conservación y a demarcar la necesidad de avanzar en nuevas formas de proteger el ambiente (Ferrero, 2018).

Teniendo en cuenta estos nuevos lineamientos, la nueva propuesta del Parque Nacional Faro Querandí incluía una fuerte llamada a la participación comunitaria y detallaba, ahora sí, las virtudes vinculadas con el co-manejo del territorio: “los geselinos no perdemos, ganamos en todos los aspectos [...] Además, en el proyecto se incluye el armado de un consejo consultivo con participación de los geselinos” (Ignacio, 40 años, concejal). A su vez, la propuesta recogía la preocupación acerca de los modos de implementar la oferta turística: “El parque va a traer infraestructura y equipamiento y va a fortalecer este destino como destino turístico, no sólo nacional sino también internacional [...] eso se va a traducir en una mejora para todos” (Sandro, 68 años,

ambientalista). Finalmente, apuntaba contra el problema histórico de esta localidad: la posibilidad de romper con la estacionalidad. Como sostuvo Gustavo Barrera: “El parque nos va a potenciar, es la posibilidad que tenemos de terminar con esa lógica que hace tan difícil la vida en las ciudades atlánticas” (Gustavo, 55 años, intendente).

Durante ese verano, la creación del parque parecía ser inminente. Su figura se coló en las discusiones cotidianas de los habitantes, colmó las primeras planas de los diarios geselinos, resonó en cada intervención radial o televisiva y movilizó el interés de las distintas escalas gubernamentales. En relación a este último punto, encontré distintas intervenciones producidas por el gobierno provincial, e incluso nacional, acompañando explícitamente el movimiento iniciado por el gobierno municipal.

El proyecto se había puesto en marcha y los geselinos, esta vez, parecían seguir de cerca aquello que prometía, de una forma o de otra, producir un cambio profundo en sus vidas. En este contexto decidí que era momento de visitar la reserva natural y le pedí a Rosario, una de las ambientalistas geselinas, si podía acompañarme.

Un martes de diciembre –cuando la temporada ya comenzaba a sentirse– Rosario me pasó a buscar por el hotel en el cual me estaba hospedando. Llegó en una 4x4 y me explicó que necesitábamos este tipo de vehículo para ingresar a la reserva, pero que no se podía “andar por cualquier lado” por que los “médanos estaban muy expuestos”: “Ahora te vas a dar cuenta que tenés una parte para que podamos entrar con los vehículos. En ese fragmento se puede andar sin problema, pero la gente se mete con los cuatriciclos y las camionetas en el medio de las dunas y eso no está permitido” (Rosario, 65 años, ambientalista)

Luego de un viaje de 40 minutos, que incluyó el tránsito por arena, llegamos a la entrada de la reserva: una tranquera y un cartel nos indicaron que estábamos dentro de un área protegida. Durante el camino, el paisaje se fue transformando de a poco y el dato más relevante es el modo en que la urbanización –sus artefactos y materialidad– parece desvanecerse a medida que uno avanza. En la reserva no se visualizan construcciones, con excepción del imponente faro, una casa situada en sus inmediaciones y la casilla del guardaparque encargado de regular las prácticas dentro de este espacio.

Estábamos en el inicio de la temporada turística, pero sólo pude contabilizar a unas 6 personas dispersas en el gran predio. En la reserva no hay cemento, ni balnearios, ni sombrillas, ni pelotas, ni reposeras. Tampoco pueden escucharse aquellas melodías de

los parlantes que colman los sonidos de las playas geselinas. El movimiento del viento, el mar y la arena ganan espacio sonoro cuando uno ingresa en este escenario protegido. El cambio es rotundo y las explicaciones de Rosario fueron subtitulando aquello registré durante el trayecto. Las tradicionales prácticas turísticas que suelen habitar en los balnearios argentinos aquí no se despliegan y con ello tampoco parecen emerger aquellos dispositivos materiales que acompañan este tipo de acción recreativa. La reserva propone un turismo de contacto con los recursos naturales, de educación sobre el medio ambiente y de recorrido. En relación a estas percepciones Sandro me había comentado lo siguiente:

Esta es una oferta que está dirigida a un público específico. Hay ya una gran convocatoria al faro, pero todo el campo circundante de dunas, más el frente de mar, todo eso a nosotros nos perite dar una oferta distinta. Es distinto el turismo masivo de la zona urbana, de la playa con uso intensivo. Se está trabajando en una folletería acorde, ahora hay guardaparques. Se está avanzando en esa línea. Por lo menos, se está reconociendo que es una oferta que podemos ofrecer que nos sirve a todos, que nos jerarquiza, que estamos cuidando el ambiente, tratando de entenderlo. (Sandro, 68 años, ambientalista)

Los médanos son, sin lugar a dudas, los protagonistas del espacio. Las ondulaciones del territorio brillan en una multiplicidad de tonalidades arena que se producen en el encuentro de la luz y los relieves. Se expanden en lo ancho y lo alto, invitando a la contemplación permanente. En algunos trayectos, el paisaje dunícola se interrumpe con la emergencia de los bosques de coníferas (ver Figura IV).

Figura IV: Reserva Natural Faro Querandí

Fuente: fotografía Daniel de Abrantes

Esa mañana de diciembre, Rosario me mostró con paciencia y entusiasmo cada recoveco del lugar, me explicó sobre la importancia de conservar las dunas en estado natural y me detalló la variedad de especies vegetales y animales que viven allí. En nuestro recorrido también conversamos sobre los cambios ocurridos en la reserva:

Y bueno acá pasaron dos cosas: por un lado, se activaron un montón de medidas, se promocionó mucho la reserva como parte del turismo geselino, se hicieron charlas, folletería y cartelera sobre la importancia [...], pero también la propia idiosincrasia del verano, de las temporadas y los turistas que llegan y llegan, fue [...] generando problemas en este lugar [...] por eso pedimos más medidas, porque las que hay no alcanzan o no se alcanza a que se apliquen bien. (Rosario, 65 años, ambientalista)

Rosario estaba convencida de que el proyecto del parque nacional, esta vez, iba a concretarse: “estamos todos tirando para el mismo lado y se hicieron un montón de modificaciones para que los concejales que no estaban de acuerdo puedan repensar su posición” (Rosario, 65 años, ambientalista). Sin embargo, Natalia –que seguía las noticias “de cerca”– me fue advirtiendo que las controversias se mantenían vigentes y que la resolución no sería directa. Desde su perspectiva, la disputa no sólo iba a extenderse en el recinto legislativo, sino que también entre los geselinos que ahora parecían contar con más herramientas para evaluar el proceso de transformación.

Durante ese mes pude recoger algunas ideas que se ponían en tensión al momento de hablar sobre el parque. Los ambientalistas sostenían con insistencia los beneficios de esta nueva figura. La gran mayoría de ellos se habían agrupado en una red que contenía organizaciones, fundaciones y también actores individuales comprometidos con esta causa. De manera similar a cómo operó la Asamblea por el Médano Costero en las causas anteriores, La Red Querandí participó activamente en el debate del 2016, pero en el 2019 admitió mayor relevancia. Sandro, por ejemplo, que participa de la red, defendió la propuesta del parque con estas ideas que, al parecer, no se sustenten en ningún tipo de dato concreto:

La figura del Parque nos da muchas cosas positivas, primero el soporte científico, después el soporte logístico y también figurar en la folletería de Parques Nacionales. Si estuviéramos ahí seríamos el segundo destino para cualquier persona que llega a la Argentina. El primer destino de parques sería el Palmar, por distancia, y el segundo el nuestro. Toda la región se vería muy beneficiada. Además, claro, la cuestión ambiental que es lo principal [...] (Sandro, 68 años, ambientalista)

César, por su parte, decidió hacer hincapié en el compromiso y conocimiento asumido por la comunidad geselina y en las potencialidades que presenta el “ecoturismo”.

Hay un debate, charla con la comunidad, con muchas inquietudes. En algunos casos hay falta de información, digo, ¿no? Nosotros entendemos que ponerla en categoría en parque nacional le daría una garantía a la reserva. Entendemos que es un predio que hay que protegerlo para la posteridad, en este caso el campo de dunas frente al mar, sumado a Mar Chiquita que es otra reserva provincial es un reducto muy importante para preservar. Lo bueno es que eso fue tomando consenso político y comunitario. La gente entiende que la reserva es de todos y se va instalando. La figura del ecoturismo era uno de los fundamentos con lo que pedimos la creación como también de fauna endémica, había algunas especies endémicas y con eso era suficiente para pedirlo y tuvimos esa suerte de que prosperó. (César, 47 años, ambientalista)

Otros entrevistados, algunos de ellos asociados a la red y otros no, compartieron muchas de las ideas que sostenían quienes movilaron esta causa en el debate público bajo las organizaciones ambientalistas: “nos va a ayudar a posicionarnos de otra manera en el mapa turístico”, “es un avance para la costa atlántica en general”, “no podemos seguir permitiendo que se sigan destruyendo las dunas, el parque va a frenar eso”, “el Estado Nacional va dar una garantía que el municipio no puede”, “es otra cosa, jugamos en otra liga”, “más puestos de trabajo durante todo el año, eso es lo que necesitamos”.

Como me explicó César, el debate se había instalado entre los geselinos quienes –en medio de esta renovada propuesta– intervenían públicamente con sus argumentos. Sin embargo, no todos los habitantes estaban de acuerdo con el proyecto. Tal como había ocurrido en el 2016, muchos de ellos temían sobre los efectos que podían producirse en

ese “traspaso de tierras” a la escala nacional: “vamos a perder algo que es nuestro”, “no está bien este proyecto, no somos nosotros los beneficiados”, “¿entregamos el territorio así sin más?”. También desconfiaban de que los beneficios de este montaje llegaran efectivamente a la comunidad. “¿Cómo sabemos que van a cumplir lo que prometen? Acá todos mienten, estoy seguro que una vez que tengan el parque se olvidan de las promesas. No creo que vayan a repartir los beneficios”, me dijo Horacio (68 años, trabajador estacional).

Desde otro ángulo, comerciantes y hoteleros –que desde hace tiempo vienen trabajando en la oferta de servicios turísticos– manifestaron su preocupación por esta “nueva forma de hacer turismo”: “¿Qué va a pasar con nuestra forma de hacer turismo?”, “claro, ahora es todo en esta movida más ambiental, pero hace años que la playa se comercializa de otra manera”, “yo lo veo como un problema, la verdad creo que va a perjudicar mucho a Villa Gesell”, “va a pasar como pasa con Mar de las Pampas que es como una competencia interna y, al final, siempre pierde Gesell porque los recursos se quedan ahí, en las zonas *top* y de guita [plata]”.

Una vez aquí, es necesario destacar una serie de cualidades sobre estas figuras emblemáticas: tan valoradas y temidas a la vez. Los parques nacionales de la Argentina comenzaron a gestarse en los albores del siglo XX en el marco de un proyecto de nacional que buscó en la naturaleza “la encarnación simbólica de la patria para ofrecerla al culto cívico” (Scarzanella, 2002: 6). Los primeros parques se emplazaron en zonas limítrofes reforzando el sentido de las fronteras (Nash, 1979), aportando a la delimitación de la soberanía territorial, impulsando el poblamiento de zonas dispersas y convirtiéndose en verdaderos emblemas de la patria y la identidad nacional (Silvestri, 1999; Scarzanella, 2002; Piglia, 2012). En la base de esta creación, los parques representaban la posibilidad de salvaguardar a la naturaleza de diversas intervenciones humanas, pero rápidamente también de volverla accesible y disfrutable para quienes decidieran visitar estos escenarios prístinos y emblemáticos en calidad de turistas.

La gestión y protección de estas “bellezas naturales” conformaron un proyecto pedagógico y conservacionista, pero también económico y turístico cuyos ecos se extienden hasta nuestros días. Dada su posición estratégica para entender la constitución del Estado Nacional, los cambios anudados a las agendas gubernamentales y el trasfondo social de la política turística argentina, los parques nacionales fueron vastamente abordados por las perspectivas historiográficas locales (Scarzanella, 2002; Ballent y

Gorelik, 2002; Lois y Troncoso, 2004; Navarro Floria, 2008; Pastoriza, 2011; Piglia, 2012).

En la actualidad la Administración de Parques Nacionales (APN) protege 49 áreas naturales distribuidas por todo el país. Estas áreas se distribuyen en distintas categorías de conservación: parques nacionales, monumentos naturales, reservas naturales estrictas, reservas naturales silvestres, reservas naturales educativas y áreas marinas protegidas. La ley 22.351 –sancionada en 1980– estipula las diferencias entre estas categorías que, en términos generales, responden a las actividades que pueden o no desarrollarse dentro del predio protegido. Específicamente, esta ley establece que los parques nacionales son:

Áreas a conservar en su estado natural, que sean representativas de una región fitoogeográfica y tengan gran atractivo en bellezas escénicas o interés científico, las que serán mantenidas sin otras alteraciones que las necesarias para asegurar su control, la atención del visitante y aquellas que correspondan a medidas de Defensa Nacional adoptadas para satisfacer necesidades de Seguridad Nacional. En ellos está **prohibida toda explotación económica con excepción de la vinculada al turismo**, que se ejercerá con sujeción a las reglamentaciones que dicte la Autoridad de Aplicación. (Ley 22.351/1980)

Además de estas cuestiones, en los parques se prohíbe: la enajenación y arrendamiento de tierras; la explotación de recursos naturales (minera, agropecuaria, forestal, etc.); la instalación de industrias; la pesca comercial; la instalación o instrucción de flora y fauna exótica; los asentamientos humanos –salvo que impliquen preexistencia–; la construcción de edificios o instalaciones, salvo las estipuladas por la autoridad de aplicación; cualquier tipo de intervención que suponga la modificación del paisaje y el equilibrio biológico; y, finalmente, la realización de sobrevuelos en aeronaves impulsadas a motor.

La protección del fragmento de territorio geselino ya tenía varias décadas de vigencia, pero, esta vez, la novedad radicaba –como quedó explicitado en uno de los lineamientos del proyecto de ley– en un despliegue diferente: “Si bien es cierto que algunas de estas áreas figuran con algún grado de protección, no menos cierto es que tienen un marco legal vulnerable y una situación frágil en cuanto al manejo y desmanejo”; por esto, la intención es que “sea la Administración de Parques Nacionales (APN), miembro de la Unión internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), la que lleve en adelante la conservación” (Proyecto de Ley Parque Nacional Faro Querandí, 2019). El Estado Nacional aparece, en este argumento, como el último garante del bien común, legitimado por el carácter necesario de la preservación. No obstante, la garantía implica el traspaso de jurisdicción del territorio y la gestión de los recursos que allí se localizan. Algunos habitantes de Villa Gesell entienden que la naturaleza no puede quedar

sujeta a una ordenanza municipal y pujan por la sanción de la ley. Observan, además, una gran cantidad de beneficios con este traspaso: puestos de trabajo, visibilidad internacional, reactivación del turismo y el quiebre de la lógica estacional. Otros sectores, por el contrario, llaman la atención sobre las consecuencias negativas del “traspaso de mando” y observan en esa misma figura de Estado centralizado “un peligro”, la posibilidad de “una pérdida” y hasta la expresión de “un avasallamiento”.

La definición de lo natural, los límites y sus usos entraron en conflicto con la emergencia de este proyecto que fue capaz de poner en escena que la “naturaleza” es, como alguna vez sostuvo Raymond Williams (1980), una de las palabras más complejas del lenguaje, recorrida por todo tipo de historias, significados, fantasías, geografías e imágenes. A raíz de estos eventos, los geselinos empezaron a preguntarse, en primer lugar, qué era y dónde estaba la naturaleza: ¿eran las playas del sur de dunas vírgenes y mares extensos?, ¿los balnearios ubicados en secuencia sobre las costas urbanizadas? ¿el bosque que había forestado Carlos Gesell? ¿los fragmentos del territorios que habían resistido la intervención inmobiliaria? A su vez, para qué querían a la naturaleza: ¿para contemplarla, para comercializarla, para protegerla o para proyectarla? Quiénes eran los responsables o tutores de estas acciones: ¿los geselinos, el municipio, el gobierno provincial, el gobierno nacional, los argentinos? Y, finalmente, cuál era la función de la naturaleza: ¿reforzar una identidad construida históricamente en torno a estos recursos?, ¿transformar una práctica del presente?, ¿garantizar un futuro?

En este debate, las experiencias temporales volvieron a cobrar fuerza y, particularmente, los horizontes de expectativas (Koselleck, 2017). La inminencia del parque abría la pregunta por el futuro, pero las distintas concepciones sobre la naturaleza y sobre cómo relacionarse con ella, fueron capaces de poner en escena la coexistencia de distintos modos de imaginar y proyectar el porvenir.

5. El parque del futuro

La naturaleza se presenta como un *locus* en dónde es posible observar cómo conviven, se tensionan, se superponen y se rechazan las temporalidades futuras. Esto es así porque esta dimensión ha sabido expresarse bajo la potente forma de recursos estratégicos, esenciales o necesarios (Mastrangelo, 2009). Aquellos que, en definitiva, garantizan la supervivencia humana: vivimos *de, para y con* la naturaleza. Como me explicó Rosario: “no se trata de pensar quién maneja esto, se trata de hacer lo correcto, de proteger los

recursos, porque las generaciones que vienen van a necesitarlos tanto como nosotros” (65 años, ambientalista).

Bruno Latour (2008, 2012, 2017) ha abordado en profundidad las relaciones que se entablan entre aquello denominamos “natural” y aquello que denominamos “social”; puesto en sus propias palabras, ha tendido a problematizar las relaciones, límites, fronteras y porosidades que se extienden entre “lo humano” y “lo no-humano”. En este ejercicio, el autor ha realizado un aporte superlativo al considerar –dentro del análisis social– la capacidad de agencia de ambas dimensiones de la interacción, así como también al historizar las formas que ha asumido el vínculo.

Actualmente –y urgido por comprender una crisis ecológica sin precedentes– el sociólogo francés remarcó un pasaje fundamental. Desde su perspectiva, los humanos hemos pasado de sentirnos ínfimos, supeditados, maravillados por el carácter sublime de la naturaleza a sentirnos responsables por lo que hicimos con ella.

Lo sublime, advertimos, se ha evaporado cuando ya no se nos considera humanos endebles dominados por la “naturaleza” sino, por el contrario, un gigante colectivo que [...] ha crecido tanto como para convertirse en la principal fuerza geológica de las que modelan la Tierra. La desconexión ha cambiado por completo y ya no genera ningún sentimiento de lo sublime, porque ahora se nos insta a sentirnos responsables por los cambios rápidos e irreversibles en la superficie de la Tierra. (Latour, 2020a: 68)

La relación ha cambiado, además, en torno a la interpretación de los efectos de esa fuerza geológica y humana que ejerce presión sobre el universo de lo no-humano: “la inconsciencia ha dominado primero, luego la negación, y aquí estamos entrando en una fase de ansiedad” (Latour, 2020a: s/p). Por un lado, esta genealogía que propone Latour se ajusta a lo que los geselinos me contaron: primero ignoraron los efectos “destructivos” de las intervenciones que desplegaron sobre el ambiente costero; luego la negaron entendiendo que no existía ninguna incompatibilidad entre el desarrollo urbanístico y turístico de la localidad y la preservación de los recursos naturales; finalmente ingresaron en la “fase de ansiedad” al entender que los recursos se habían transformado radicalmente. Por otro lado, la propuesta latouriana me permite entender por qué la configuración del parque se engarza en un cúmulo de expectativas futuras que fueron gasteadas bajo cierta ansiedad. Como me indicó Sandro: “hicimos pelota todo [destruimos]. No tenemos mucho más tiempo, es ahora, hay que proteger lo que quedó limpio de la antropización” (Sandro, 68 años, ambientalista). Como explica Latour,

La ansiedad que se siente sobre el futuro viene del hecho de que deberíamos haber actuado antes. Entonces, tal vez, podríamos haber cambiado la situación, encontrar soluciones [...]

A partir de ahora, nos vemos reducidos a limitar los daños, a ajustarnos a una catástrofe irreversible. Por eso el futuro se ve afectado por el retorno del discurso apocalíptico. (Latour, 2020b: s/p).

Futuro, ansiedad, irreversibilidad, urgencia y supervivencia, parecen ser las claves para leer los procesos en los cuáles emerge la pregunta por los recursos naturales o, al menos, por aquellos que aún, consideran, pueden salvarse. Además, siguiendo el planteo de Latour, la visión del futuro –bajo este contexto de crisis ecológica global– ha admitido un cambio más:

... hemos pasado de una versión temporal a una espacial. En la tradición progresista, el futuro estaba sin espacio. A partir de ahora, cualquier proyección temporal se ve superada por el hecho de que también debemos definir el espacio en el que tendremos un futuro. Esto cambia el juego, y las ideas de progreso, emancipación, esperanza [...] Uno debe ser capaz de respirar, tener oxígeno, beneficiarse de una cierta temperatura, etc. ¿Dónde vamos a vivir y con quién? (Latour, 2020b: s/p)

Tim Ingold (2013) propone realizar una lectura del paisaje como si se tratase de un cúmulo de registros de vida de generaciones pasadas que alguna vez lo han habitado y han dejado allí su huella. Más aún, al incluir el análisis de las disputas por los recursos, no sólo el tiempo pasado asume un rol significativo, sino que también la experiencia del futuro emerge como una temporalidad decisiva del paisaje. Así, espacio y tiempo, naturaleza y cultura –aquellas categorías que han marcado el devenir del pensamiento antropológico– fueron tomando cuerpo en mi trabajo campo ante el proceso de conversión de una reserva que se gestiona municipalmente en parque nacional.

Teniendo en cuenta todas estas consideraciones de orden reflexivo, es posible sostener que esta conversión de figuras –de reserva a parque– se gestó ante una necesidad y una ansiedad generalizada de proteger la naturaleza y con este movimiento “no embargar” el futuro. A su vez, se insertó en el marco de la pregunta por el tipo de espacio que se quiere, se desea o se puede habitar. Como suele ocurrir con estos mecanismos, las experiencias del pasado delimitaron las extensiones de ese futuro imaginado, deseado, concebido y proyectado. En el capítulo anterior, a partir de los aportes realizados por Koselleck (2017), he señalado que los horizontes de expectativas siempre se levantan sobre los espacios de experiencia; es decir, recuperan el cúmulo de experiencias pasadas para extenderse sobre los horizontes de posibilidades. El presente, en este caso, se configura en ese diálogo entre los pasados y los futuros que movilizan diversos sectores locales. La culpa por lo hecho, la urgencia de protección y la apuesta por no embargar el futuro representaba, así, distintas cosas para los sectores implicados.

En este sentido, para analizar las posturas desplegadas en torno a la figura del parque nacional, en un primer momento me resultó productivo incluir la tipología de paradigmas de Gils Pálsson (2001). Este autor sostiene que es posible agrupar las experiencias de la relación naturaleza/cultura en tres grandes paradigmas: el orientalismo, el paternalismo y el comunalismo. El primero de ellos remite a todas las actividades de explotación, extracción, exploración y conquista del medio natural por el hombre. La naturaleza es concebida como amenazante, pero también como “propiedad” y por esto debe ser domesticada y sistematizada bajo la concepción de recursos estratégicos que puedan ser “útiles”. El segundo paradigma se sitúa, en apariencia, en las antípodas: se trata de una relación de protección, por parte de los humanos, de todo lo que referido al universo de lo no-humano. Si bien podrían considerarse completamente opuestos, lo cierto es que ambos paradigmas se levantan sobre la dicotomía naturaleza/cultura, colocando a la cultura en una posición de superioridad respecto de la naturaleza. Sin embargo, el tercer paradigma no se levanta sobre la escisión, sino que sostiene una relación de mutua cooperación que se extiende entre ambos universos.

Estos paradigmas se recortaron rápidamente en mi caso de estudio. Algunos sectores empujaban por la creación del parque y argumentaban que, ante todo, “tenían la obligación de cuidar a la naturaleza” que parecía escurrirse o acorralarse ante cada una de las intervenciones humanas. “Si somos parque nacional eso no pasa más”, me dijo Ignacio (40 años, concejal), “es lo correcto”, planteó Rosario (65 años, ambientalista). Otros sectores, por el contrario, ponían en duda que la creación de esta figura efectivamente lograra elevar las medidas de protección y proponían, con firmeza, la necesidad de que el municipio y sus habitantes pudiesen continuar decidiendo sobre esa porción del territorio. En particular, lo que parecía preocuparles era el destino de los recursos o, más precisamente, las ganancias generadas a través de su explotación. Finalmente, en los testimonios –como en el de Sandro– encontré que algunos actores humanos reafirmaban la necesidad de sostener una relación de cooperación, de intercambio y reciprocidad con aquellos agentes que forman parte del universo de lo no-humano “Vivimos acá, con ellos [haciendo referencia a los animales que habitan el entorno marino] y nos necesitamos, ellos a nosotros y nosotros a ellos” (Sandro, 68 años, ambientalista).

En el caso geselino la pregunta por la naturaleza incluye a la pregunta por el futuro y viceversa. Sin embargo, cuando los habitantes de esta localidad se preocupan por el

futuro de la naturaleza o por la naturaleza en su posibilidad de garantizar un futuro, también piensan en la capacidad de supervivencia y la sustentabilidad de sus prácticas. Es decir, en la posibilidad de seguir reproduciéndose material y simbólicamente a través del turismo y el desarrollo inmobiliario. En el marco de estas características, la propuesta conceptual de los paradigmas de Pálsson encontró algunas limitaciones para reflexionar sobre las controversias que generaba el parque nacional en su capacidad de condensar distintos senderos futuros.

Sergio Visacovsky, en un pasaje bien instructivo, explica que el futuro

... puede ser algo esperado con ansias, pero también temido; puede percibirse como algo cercano, a punto de llegar o, por el contrario, algo tan distante que quizá no podemos entreverlo. Pueden llevarse a cabo acciones para acelerar su llegada o, en cambio, para que se aleje y no llegue jamás; es decir, para que sobrevenga más rápido o para prevenir su venida. Puede ser visto como dúctil, flexible, maleable o como algo rígido, inmutable. Puede ser fruto de una construcción activa y más o menos responsable de las personas, o algo inevitable, fatal. Podemos esperanzarnos por lo que vendrá o sumergirnos en la apatía y el desaliento. Aún más, podemos imaginar el futuro como familiar (incluso, como algo repetido, ya vivido) o algo completamente desconocido. (Visacovsky, 2009: 7)

El futuro habilita un conjunto de interrogantes, miedos, esperanzas, temores, soluciones, sentencias y deseos. El futuro estimula, pero también limita el despliegue de prácticas y acciones. En Villa Gesell, todas estas derivas se activaron ante la inminente decisión de construir un parque nacional. Esa decisión implicaba implementar medidas sobre un fragmento del territorio estratégico de la localidad y, en definitiva, los geselinos veían en ese movimiento la posibilidad de torcer, promover, intervenir, mejorar o cambiar el destino de esta comunidad atlántica. Así, las trayectorias históricas de la ciudad, el modo en que la villa balnearia se montó en un mercado consolidado de opciones turísticas, la habitualidad al turismo de masas, las expectativas vinculadas a la capacidad económica de esa forma de practicar el turismo, la relación entre desarrollo turístico y desarrollo urbano e inmobiliario, configuraron de manera peculiar el despliegue de argumentos y la interacción entre los paradigmas.

De este modo, comencé a observar que los paradigmas –que parecían expresar distintas concepciones y relaciones con la naturaleza– se fueron ajustando a estas trayectorias locales y demarcándose de sus formas más estáticas. María Carman y Victoria González Carman complejizan la apuesta conceptual de Pálsson que, si bien iluminadora en muchos aspectos, tiende a reducir las experiencias en una tipología algo estanca. Estas autoras plantean que los argumentos que sostienen cada uno de los paradigmas pueden –y en la mayoría de los casos así ocurre– cruzarse. Es decir, los

paradigmas, por un lado, pueden yuxtaponerse o solaparse y, por otro lado, pueden alternarse porque en un mismo grupo humano es posible hallar la coexistencia de dos o incluso tres visiones sobre la naturaleza (Carman y González Carman, 2016).

Atendiendo a los senderos temporales que abría esta iniciativa, comencé a analizar en profundidad las representaciones recogidas en campo y observar que los paradigmas no se mantenían inalterables. Como ya ha quedado claro, quienes se encontraban defendiendo con firmeza el proyecto del parque nacional apelaban a una posición paternalista respecto de la naturaleza y la certeza de que esa forma permitiría garantizar un futuro sostenible:

La riqueza pública preservada en un parque nacional no es una reserva de valor transable en el futuro, es un bien de capital acumulado permanente, del que pueden obtenerse beneficios. ¿Para quiénes? Para lo que sepan sacar provecho de los usos permitidos. Pero también y sobre todo para quienes sepan hacer uso del valor inmaterial: la marca “parque nacional” y los productos que resulten de la diferenciación inevitable entre los ambientes preservados y los destruidos, que favorecerá a este sitio por sobre otros en la consideración social. (Martín, 2016: s/p)

Sin embargo, en ocasiones –como me lo demostró Sandro–, estos mismos sectores podían plantear la relación en términos comunialistas. En estas situaciones los actores locales hacían hincapié en la comunión de las historias: la de los habitantes del lugar y la del escenario natural. Esta relación más recíproca entre ambos universos emergió cuando yo busqué movilizar sus experiencias temporales en torno a los modos de relacionarse con el entorno habitado. Como me comentó Rosario:

Somos nosotros, pero también lo otro, todos los elementos de la naturaleza: el bosque, el mar, las dunas, la arena... y nos relacionamos de igual a igual [...] La naturaleza te da, pero también te quita y genera cambios en nuestras formas, como nosotros que le damos y le quitamos [...] No se puede pensar en nuestra historia sin pensar en la historia de la naturaleza geselina [...] y si hablamos de futuro, el parque más formalmente lo que vendría a garantizar es la protección, pero yo creo que también promovería formas más piolas de relacionarnos con el ambiente” (Rosario, 65 años, ambientalista).

Si el contexto de interlocución cambiaba, incluso, estos mismos actores podían asumir la postura de la explotación, aunque siempre, destacando la necesidad de elevar las medidas de protección. Este tipo de argumentación aparecía, por lo general, para contrarrestar o convencer a los actores involucrados con las prestaciones de servicios del turismo de sol y playa quienes exponían algunos interrogantes sobre la capacidad económica de las nuevas formas del ecoturismo:

Acá lo que se plantea es una explotación responsable de los recursos, no decimos que nadie va a poder pisar este lugar, sino que con cuidado, con respeto, con reglas, con formas claras

[...] Sabemos que vivimos de esto, pero podemos hacerlo bien, sin destruir lo que necesitamos para el futuro (Ignacio, 40 años, concejal).

Los otros sectores –convencido de los peligros que acarrearaba el pasaje de reserva a parque– también hicieron un uso contextual, ambivalente, superpuesto y alternado de los paradigmas. En su discurso la interrelación entre moralidad y supervivencia aparecía con contundencia, pero los elementos relacionados eran otros. La preocupación por el futuro estaba ligada a la naturaleza, pero de una forma más extractivista: “de algo tenemos que vivir, entiendo el punto de la protección, pero necesitamos que esta ciudad siga siendo una ciudad turística con todo lo que eso implica” (Candela, 58 años, comerciante).

Fernando Balbi (2007) analiza cómo el discurso ambientalista y de la sustentabilidad es apropiado y utilizado en el curso de procesos sociales que no se centran, necesariamente, en la dimensión ambiental. En particular, explora estos usos en una comunidad de pescadores del Departamento de Victoria de la Provincia de Entre Ríos. Entre sus argumentos centrales, este autor plantea que ante la pregunta por el futuro, las experiencias temporales de estos actores se bifurcan: entre garantizar el futuro del recurso y garantizar el futuro de las comunidades que viven de esos recursos. Lo que encontró Balbi, en lo cierto, es que esa contradicción era aparente porque en definitiva la preocupación central de esta comunidad giraba en torno a los modos de proyectar “un futuro para sus hijos”. En ocasiones, ese futuro se veía sostenido por la protección del recurso, pero en otras por la posibilidad de seguir realizando la explotación que les permitía subsistir. Algo similar encontré en Villa Gesell en torno a la discusión por el parque: quienes se encontraban en contra de su creación, sostenían que este movimiento podía hacer peligrar, justamente, el futuro de la comunidad que vive, ha vivido y seguirá viviendo de la comercialización de los recursos naturales a través del turismo.

Más aún, entre estos sectores, también, apareció el paradigma paternalista: había que proteger a la naturaleza, pero el garante de esa protección debía ser el municipio que –con una trayectoria en el mercado turístico– sabía de que manera regular las intervenciones y las medidas conservacionistas sin desvirtuar el proceso “productivo” de esta localidad: “Tenemos una reserva natural que está regulada por el municipio, es un poco único este caso y eso está bueno, es el municipio el que controla cómo se establece la protección” (Salvador, 62 años, hotelero). A su vez, entendían que no existía incompatibilidad entre cierta explotación “cuidada” u “orientada” de los recursos paisajísticos y la posibilidad de salvaguardar fragmentos del territorio. Finalmente estos

sectores, señalaban un problema concreto: el trasfondo político de estas propuestas que terminan beneficiando a sectores específicos de gran capital económico y político. Sectores que, vale decir, no habitan en el territorio que buscan gestionar.

A su vez, durante mi trabajo de campo encontré que muchos geselinos por momentos acordaban con la propuestas y por otros se enfrentaban. Es decir, iban y venían entre un posicionamiento y otro. En estos casos la utilización de los paradigmas fue concatenándose a medida que el problema de parque nacional se instalaba como un problema público. En líneas con estas ideas, Natalia me comentó lo siguiente: “Yo veo que van cambiando de opinión porque es un problema neurálgico y muy importante, es como que se definen un montón de cosas con el parque nacional” (38 años, periodista). En este sentido, la conservación, como explica Brian Ferrero (2018), no sólo involucra el mantenimiento de especies de flora y fauna, sino que sus programas y agentes, en definitiva, proponen formas de organizar los espacios públicos o, como diría Haraway (1999) los lugares comunes.

Poco tiempo después de recoger estos datos en campo, la crisis sanitaria del Covid-19 se interpuso en las agendas globales, nacionales, provinciales y, también, municipales. La consulta popular por el parque que había pregonada el intendente quedó sin efecto. Tampoco se avanzó en la aprobación del proyecto en el Concejo Deliberantes geselino: las veces que el oficialismo –motivador del proyecto– intentó llevar a cabo la discusión, no logró el *quórum* necesario. Sin embargo, los geselinos continuaron problematizando estos temas: en redes sociales, en medio de comunicación, en espacios de intercambio más institucionalizados (conferencias, seminarios, etc.) y también en los espacios cotidianos. Qué hacer con ese fragmento de la naturaleza es un interrogante que todavía se encuentra en movimiento y motoriza el encuentro y el conflicto entre diversos sectores locales, provinciales y nacionales.

La centralidad de este proceso radica, justamente, en la definición del futuro. Los geselinos encuentran que esta decisión “marcará”, de alguna manera, el devenir de su ciudad, su economía y su comunidad. El proceso involucra interrogantes y anhelos diversos, argumentos organizados en paradigmas –de la relación naturaleza/cultura– que se solapan y se intercambian, así como también temporalidades pasadas, presentes y futuras en tensión, contradicción, comunión y disputa.

Por tanto, no se trata, tan sólo, de elevar o no elevar las medidas de protección ni de crear áreas de conservación que puedan alinearse con las expectativas –la mayoría de las veces, morales– que movilizan los agentes estatales y no estatales; globales, nacionales o internacionales. Tampoco se trata de lo que ocurre o dejará de ocurrir dentro de las fronteras que hoy resguardan la Reserva Natural Faro Querandí. Como sostiene Brian Ferrero: “La conservación no se reduce a los límites de las áreas protegidas, sino que involucra procesos políticos, sociales y económicos de amplios territorios” (Ferrero, 2018: 102). De este modo, el proceso de transformación se ha convertido en una arena social y política en la que distintos actores puján por la definición de un lugar común. Se ha convertido, además, en un conflicto cuya resolución transformará, en buena medida, la vida cotidiana de quienes habitan este territorio atlántico.

6. Reflexiones finales

Recuerdo que la primera vez que me hablaron sobre el Parque Nacional Faro Querandí, desestimé las potencialidades etnográficas del caso. No me había formado lo suficiente en temas ambientales, carecía de las herramientas conceptuales capaces de iluminar la problemática y no terminaba de visualizar las aristas, tensiones y argumentos que atravesaban al fenómeno. No obstante, el trabajo de campo en Villa Gesell y los argumentos recurrentes en las voces de los geselinos me convencieron de la centralidad que asumía este pasaje que buscaba convertir una reserva municipal en parque nacional.

Así, fui descubriendo que el proyecto se presentaba como un problema social complejo y por esto me embarqué en la tarea de reconstruir los sentidos movilizados por una multiplicidad de actores. ¿Por qué la potencialidad del parque bifurcaba y solapaba experiencias pasadas y expectativas futuras? ¿Cuáles eran las controversias que atravesaban la emergencia de una nueva figura de conservación?

A lo largo de esta tesis hemos podido ver que la comunidad geselina ha montado parte de su identidad colectiva en una suerte de lucha que los hombres libraron contra la naturaleza con el objetivo de crear las condiciones de asentamiento. También sobre la peculiaridad de aquello que, durante mucho tiempo, supieron ofrecerles a sus turistas: un paisaje poco intervenido, playas extensas, mares abiertos, médanos salvajes y bosques frondosos. Es decir, una naturaleza que dialogaba en aparente armonía con las construcciones generadas por la cultura. Sin embargo, estas cualidades identitarias encontraron su límite hacia finales de los años setenta cuando la crisis ecológica –global,

nacional y local— evidenció que el manejo despreocupado de los recursos había comenzado a poner en entredicho la posibilidad de seguir explotándolos.

La lucha entre la cultura atlántica y el medio ambiente costero fue asumiendo nuevos hitos en su devenir y, desde hace algunos años, las organizaciones ambientalistas locales se han convertido en protagonistas. Tal como lo presenta la organización de este capítulo, lo primero que hice fue reconstruir la genealogía del discurso ambiental local: en qué época había surgido, quiénes eran sus principales referentes, en qué organizaciones se había articulado, cuáles eran las causas que habían llevado adelante, por qué esas causas eran tan relevantes, qué lugar ocuparon los agentes estatales en ellas y, finalmente, cómo se fueron vinculando hasta llegar a la actualidad. Los tópicos ambientales más relevantes del recorrido fueron: la defensa del médano costero, la protección de fragmentos de naturaleza virgen, el cuidado de la flora y la fauna local y, puntualmente, la crítica sostenida hacia el proceso de urbanización y la especulación inmobiliaria.

Entre victorias y fracasos, las organizaciones ambientalistas geselinas han ido construyendo una trama de relaciones con agentes conservacionistas nacionales e internacionales, con agentes estatales y también con la ciudadanía. En efecto, recorrer la lucha entre la resistencia de la naturaleza y el avance de la cultura —en clave local— y reconstruir la trama de actores, escenarios y causas ambientales, me permitió comprender de qué manera se había articulado el proyecto del Parque Nacional Faro Querandí.

Durante esta primera etapa de trabajo, las técnicas de recolección de datos que implementé fueron, esencialmente, un conjunto de entrevistas que realicé entre distintos actores geselinos y el análisis de fuentes periodísticas. El objetivo era indagar cómo impactaba este derrotero de acciones, estrategias y representaciones en la última causa ambiental que venían sosteniendo diversos sectores ciudadanos y gubernamentales.

La idea de convertir la Reserva Natural Faro Querandí en parque nacional había nacido en el año 2016. Más aún, en ese entonces, no logró prosperar. Ese debate se dirimió entre fracciones del oficialismo y la oposición, quienes movilizaron distintos argumentos —a favor y en contra— dentro del recinto del Concejo Deliberante. Además, se centró, en términos generales, en las potencialidades y los problemas asociados al traspaso de tierras a la gestión nacional. El temor a perder “el control del territorio” —y con ello sus beneficios asociados— pareció dominar este debate político y partidario que marcó la “primera vuelta del parque”.

En el año 2019 el intendente, el bloque oficialista de concejales, las organizaciones ambientalistas y actores vinculados, volvieron a presentar la propuesta. Esta vez procuraron involucrar a la comunidad local, informar sobre los distintos puntos de la ley que sostenía la creación del parque, comunicar las instancias de co-manejo y detallar los beneficios que acarrearía la conversión. Es decir, existió una suerte de “vuelta de tuerca” sobre el proyecto. Como sostuvo Brian Ferrero (2018), este último movimiento pareció incluirse en un modelo de conservación más participativo de las áreas naturales. Asimismo, en este nuevo contexto, el debate logró trascender los límites del Concejo Deliberante para instalarse en todos los resquicios del espacio público: los geselinos no sólo se informaron, sino que fueron construyendo sus propias teorías nativas sobre lo que este parque podía representar para la comunidad local.

En una segunda etapa –entre noviembre y diciembre del 2019– visité la reserva, entrevisté a distintos referentes locales, a gobernantes y ex gobernantes, reconstruí la red de organizaciones activas y escuché lo que los geselinos tenían para contarme cuando el proceso se encontraba en pleno movimiento. El parque parecía ser inminente y, bajo esta consigna, no tardaron en aparecer distintos sentidos asociados a la naturaleza y a los recursos naturales. ¿Dónde está la naturaleza? ¿Para qué la queremos? ¿Cómo nos relacionamos con ella? ¿Cuáles son sus beneficios? ¿Es nuestra? ¿Vivimos de ella? En medio de estos interrogantes –y con la ayuda de Natalia (38 años, periodista)– comencé a entender que la aprobación de este proyecto aún continuaba movilizand o esperanzas, pero también temores y, por esto, su concreción no iba a ser una tarea sencilla.

El parque se proyectaba hacia adelante y prometía trastocar la vida cotidiana y el destino de los geselinos. Es decir, la emergencia de esta figura involucraba una profunda transformación jurídica, económica, ambiental y también política. Por este motivo, cuando comencé a indagar sobre las temporalidades futuras que se abrían a partir de esta discusión encontré que el parque instalaba múltiples interrogantes vinculados a las formas de practicar el turismo, a la capacidad de supervivencia, a la injerencia municipal en la toma de decisiones sobre el territorio y sobre los sectores que se verían beneficiados o perjudicados con este cambio de figura.

Dada las características de la comunidad atlántica y el ambiente costero, los recursos que debían protegerse eran también aquellos que los geselinos explotaban para hacer de su ciudad un destino turístico atractivo. Con esta paradoja en ciernes, la posibilidad de convertir una reserva municipal en parque nacional fue articulando

distintas temporalidades futuras con diversos sentidos sobre la naturaleza. Así, entre posturas proteccionistas, extractivistas y comunistas, esperanzas y temores, incertidumbres y certezas, los geselinos convirtieron al proyecto del parque nacional en un lugar común, en un *topos* retórico.

Es posible que algunos lectores terminen interpretando este capítulo como una suerte de crítica hacia las políticas conservacionistas que buscan elevar las medidas de protección de un área que posee una gran variedad de recursos naturales estratégicos. Sin embargo, esa sería una lectura errónea de los propósitos y argumentos que organizan este texto.

No caben dudas de que la crisis ecológica ha atravesado –y resignificado– la relación entre lo humano y lo no-humano en los diversos sistemas escalares en los que se expresa. Las organizaciones ambientalistas, desde los años ochenta, vienen señalando que aquello que parecía inagotable ha comenzado a agotarse, han difundido muchos de los efectos generados por nuestras intervenciones sobre el medio, han instalado la pregunta por las generaciones futuras y han mostrado, fundamentalmente, que existen formas menos “nocivas” de entablar relaciones con el entorno que habitamos. En este contexto, las áreas protegidas –reservas, parques, etc.– se posicionan como uno de los intentos más valiosos de revertir o frenar algunas de las consecuencias anudadas a esta crisis.

Mi propósito no ha sido evaluar las características del proyecto Parque Nacional Faro Querandí en términos de lo correcto o lo incorrecto; en términos de lo necesario, lo urgente, lo efectivo o lo obligatorio. Esto sin, sin dudas, es tarea de los propios actores. Por el contrario, el objetivo de esta reflexión ha sido demostrar que atrás de estos procesos ambientales se esconde una trama de disputas sociales, políticas, económicas y morales. En efecto, una trama que se iluminó con el tiempo. La pregunta por el futuro de la naturaleza y la naturaleza en su posibilidad de garantizar un futuro, me permitió comprender que un parque puede ser mucho más que un parque.

LOS DESENLACES

Antes de brindar las últimas reflexiones de esta tesis, me gustaría incorporar una breve explicación sobre el modo en que elegí titular el apartado que las reúne. El lector que haya llegado a este punto habrá encontrado que el texto presenta un apartado que narra “los inicios” de la investigación. Allí, en términos generales, postulé cuáles fueron las motivaciones y contradicciones que delinearon la emergencia del objeto de estudio y, para hacerlo, recurrí a una de las estrategias por excelencia de la antropología: describir, densamente, una escena etnográfica.

Esta escena comienza con la planificación de un viaje de campo hacia la ciudad de Villa Gesell, aquel escenario sobre el cual había construido una investigación anterior que buscó comprender algunas de las transformaciones –sociales, morfológicas, identitarias– asociadas a un proceso de urbanización creciente y acelerado. Después de algunos meses, decidí volver para explorar algo que había obviado, deliberadamente, hasta ese entonces: las lógicas turísticas que organizan la vida cotidiana de este balneario bonaerense.

Con algunos indicios forjados en mis encuentros previos con los geselinos, me inicié nuevamente en el trabajo etnográfico mediante la participación en un evento clave para mis nuevos objetivos: el inicio de la aclamada temporada de verano. Durante años visité la ciudad de Villa Gesell, entrevisté a los geselinos, observé, participé y analicé los archivos históricos que nos hablan de la historia de esta emblemática localidad atlántica. En todas aquellas ocasiones, miré a la ciudad, a sus habitantes y a sus procesos, más allá de esa especialidad económica que, de algún modo, los define. Pese a mis dudas o resistencias iniciales, en el 2018 –y con la perspectiva de comenzar una nueva investigación– decidí conocer más en profundidad lo que ocurre en esta ciudad cada vez que el largo invierno llega a su fin para darle lugar al tan ansiado verano.

No hay dudas de que los argentinos sabemos algunas cosas sobre Villa Gesell. Cada vez que las temperaturas suben y el verano se instala, esta ciudad aparece como una de las principales opciones para los turistas, quienes comienzan a comparar precios, a mirar fotografías de hoteles o casas de los principales portales inmobiliarios y a realizar consultas, a familiares, amigos o conocidos, sobre sus experiencias veraniegas. A su vez, durante este mismo período, los medios de comunicación de escala nacional suelen

reportar diariamente algunas noticias de temporada vinculadas al clima, la seguridad, las ofertas recreativas, los precios, las prácticas habituales que se despliegan en las playas, así como la cantidad de plazas disponibles en este destino. Durante el verano, Villa Gesell, junto con otras ciudades del corredor atlántico, se pone en el centro de la escena mediática y también en el centro de los deseos de quienes salen de vacaciones.

Sin embargo, los geselinos me advirtieron, en reiteradas oportunidades, que en lo cierto “los argentinos no conocen la verdadera ciudad” y, menos aún, lo que ocurre con ese pasaje estacional de cierre y apertura que se reedita cada año. Lo que me decían, en definitiva, era que en el turismo estival que ellos practican había mucho más que un mero cruce de oferta y demanda, métricas y datos que se consumen y se enuncian.

Como podía intuir lo que sostenían mis interlocutores, aposté por explorar esa faceta de la comunidad atlántica y, así, participar en lo que creí que sería una apertura institucional de la temporada turística. Sin embargo, la observación de este evento –que terminó configurándose como un auténtico ritual– me permitió descubrir la potencia de las teorías geselinas. Descubrí, así, que más allá de las formalidades, existe un conjunto de dimensiones temporales comprendidas en la actividad económica que sostiene la ciudad desde su origen. Algo se abre y se cierra y, en ese movimiento, los geselinos depositan emociones, deseos, frustraciones, esperanzas y miedos. En ese movimiento temporal, además, llevan adelante una profunda transformación de sus prácticas cotidianas.

Fue así que los cambios anudados a las temporadas altas y bajas aparecieron como el primer problema que pude detectar en torno al tiempo. Un sendero para explorar diversas experiencias situadas. Más aún, a medida que fui introduciéndome en las prácticas y representaciones locales, emergieron otros tiempos y otras temporalidades en tanto nudos problemáticos capaces de ser abordados antropológicamente. La estacionalidad fue la puerta de entrada para descubrir un universo temporal, pero ¿qué otros tiempos organizan la vida de esta ciudad balnearia y sus habitantes? A su vez, las lecturas y perspectivas antropológicas, tanto clásicas como contemporáneas, me recordaron que construimos experiencias temporales en casi todo lo que hacemos: sin tiempo no hay acciones, ni movimientos, ni sucesos. La vida social *es* tiempo y transcurre *en* y *con* el tiempo.

Fueron los propios geselinos quienes me hicieron comprender que el análisis de las experiencias temporales –que se solapan, se chocan, se cruzan, se superponen y se resisten– son un canal de acceso estratégico para complejizar un conjunto de procesos sociales. Es decir, fueron ellos quienes me permitieron poner en cuestión una categoría naturalizada y enraizada, y así elaborar preguntas significativas. ¿Qué tiempos intervinieron en la vida cotidiana de los geselinos? ¿Cuáles son las experiencias temporales movilizan? ¿Qué podemos conocer cuando nos preguntamos por los modos de practicar y representar distintos tiempos? ¿Qué se esconde y qué se ilumina al mirar los tiempos? ¿Cuáles son los senderos temporales que surcan esta ciudad bonaerense?

Los inicios, entonces, exponen cómo fui encontrando en el tiempo y las experiencias temporales un *locus* privilegiado para explorar una multiplicidad de dinámicas situadas, pero capaces de resonar en problemáticas más amplias. Estas reflexiones preliminares también son una suerte de contexto inaugural cargado de todas las incertidumbres que los comienzos acarrearán. Allí defino mi pregunta de investigación y siembro algunos de los interrogantes que recorrerán todo mi trabajo.

Los desenlaces tienen un propósito distinto: contienen una serie de reflexiones asentadas en el nudo de mi trabajo; es decir, en aquellos siete capítulos que se constituyen como el sustrato teórico y empírico de la investigación. Si los inicios anticipan, convocan e invitan a explorar la trama, los desenlaces, desde mi perspectiva, proponen volver a ella con la intención de tejer conclusiones. Esto es, desenlazar aquellos hallazgos que cada capítulo contiene para volver a enlazarlos en reflexiones más amplias.

La elección por el título de este último apartado responde, además, al modo en que esta tesis fue construida textualmente: como una trama en la que la temporalidad también ha desempeñado un rol decisivo. Si bien es cierto que cualquier proceso de investigación antropológico no se desarrolla de manera lineal ni de forma deductiva, en el armado de esta etnografía como texto he priorizado organizar el material con algún tipo de orden expositivo, narrativo y argumentativo.

El proceso de construcción del texto de una etnografía involucra diversas operaciones, pero me interesa destacar, particularmente, tres. En primer lugar, fue necesario desarrollar una interpretación exhaustiva de la información recogida en campo –mediante diversas técnicas de recolección– y una consecuente construcción de los datos antropológicos a la luz de diversas perspectivas. En segundo lugar, resultó ineludible

analizar aquellos datos mediante un ejercicio dialógico con categorías analíticas que complejizan, de distintas formas, los hallazgos descubiertos. Finalmente, fue importante recrear la “autoridad etnográfica” o, puesto de otro modo, brindarle al lector aquel contexto que le permita trasladarse hacia aquella ciudad, comunidad, espacio o problema investigado. En este último punto, resultó esencial definir qué posición ocuparía la voz de quien investiga y cómo ésta dialogaría con las voces protagonistas de los procesos.

Todas estas operaciones impactaron en la estrategia textual de la investigación y me condujeron a tomar ciertas decisiones que han quedado expresadas en la concatenación de tres momentos bien diferenciados: los inicios, los nudos y los desenlaces. Los nudos, a su vez, presentan un primer capítulo introductorio y tres partes que exploran, en profundidad, las derivas temporales de esta ciudad balnearia. Es allí donde los hallazgos se convierten en datos y los argumentos se entrelazan en reflexiones profundas. Esta estructura es, de algún modo, el *tempo* del texto, pero otro es el tiempo de la investigación etnográfica y otros los tiempos de los geselinos; es decir, los tiempos que esta tesis toma por objeto de indagación antropológica.

El objetivo de esta estructura no fue, simplemente, despertar el interés del lector –creando diversos estados–, sino facilitar la lectura de las principales líneas argumentativas que despliego. Teniendo en cuenta estas consideraciones, es importante mencionar que este último apartado, lejos de contener finales –sellados o definitivos–, ofrece aproximaciones reflexivas sobre las dimensiones y problemáticas de esta tesis. Lo que se desenlaza, en este punto, vuelve a enlazarse hacia el final al señalar nuevas aperturas o, como indica el título de esta investigación, al proponer nuevos recorridos por los senderos del tiempo. En definitiva, los desenlaces plantean tres movimientos: recuperar lo que decanta de los recorridos argumentativos, desanudar los hallazgos de cada capítulo para proponer nuevos enlaces más amplios y, finalmente, señalar el potencial de otros itinerarios posibles.

Volvamos, ahora sí, al nudo de esta tesis para ir recuperando las reflexiones más significativas. El Capítulo I, “El tiempo cero”, se coloca antes del tiempo o de las experiencias temporales que problematizo. Es decir, presenta un escenario previo a la existencia de los argumentos centrales. Se trata de un tiempo para los antecedentes, los marcos teóricos y metodológicos que organizan el curso de la investigación. Un tiempo, además, en el que se explicitan los motivos por los cuales la ciudad de Villa Gesell resulta un escenario productivo para abordar la pregunta de investigación.

Recuperando algunos de los argumentos de Philippe Descola (2005), el tiempo cero es lo que permite conocer los modos en que los sujetos conciben sus propios tiempos. En el caso de esta tesis, este momento previo –ese tiempo fuera de tiempo– introduce al lector en los modos en que esta investigación concibe analíticamente a los tiempos y cuáles son las perspectivas que permiten problematizar las experiencias que motorizan. Si bien este capítulo puede resultar un tanto teórico o propositivo, era necesario establecer la señalética para avanzar por senderos temporales tan sinuosos como aquellos que nos conducen por la serpenteante trama urbana de la ciudad geselina.

En este primer capítulo, entonces, recupero los aportes socio-antropológicos –clásicos y contemporáneos– sobre el tiempo; delimito la subdisciplina de la antropología del tiempo e indico sus mayores contribuciones; reparo en la potencia de la categoría de temporalidad para pensar en los modos de experimentar el transcurrir; exploro los antecedentes analíticos sobre las ciudades balnearias argentinas y los aportes de los estudios del turismo; y, finalmente, tensiono algunas de las contribuciones de los estudios urbanos en relación con los tiempos de estas ciudades. Aquí también incorporo qué y cómo se investigó sobre Villa Gesell: aquel escenario tan conocido por los argentinos en el verano, pero a la vez tan invisibilizado durante el invierno.

Bajo la propuesta de los desenlaces, es preciso detallar la complejidad de este ejercicio: un armado de perspectivas diversas. Si bien todas las investigaciones me ayudaron a delinear una propuesta teórica consistente, lo cierto es que no existían antecedentes directos para mis inquietudes. Algunos de los estudios que indagué priorizaban incluirse en un debate más amplio y disciplinar sobre los tiempos; otros recurrían a casos empíricos “extraños” para poner en cuestión, entre otras cosas, cierta hegemonía moderna y occidental en la concepción del transcurrir. También me encontré con muchos trabajos que sólo les daban un tratamiento marginal a las experiencias temporales en el marco de otros intereses. Más difícil aún fue encontrar antecedentes que hicieran dialogar las coordenadas tempo-espaciales bajo casos situados y a la luz de diversas problemáticas.

Lo mismo ocurrió con los aportes vinculados al caso de estudio: muchas investigaciones habían abordado la condición turística o geográfica de Villa Gesell, mientras que otras habían interpelado a la ciudad desde una pregunta antropológica o, incluso, sociológica. Sin embargo, ninguna de ellos había tenido por objetivo problematizar la relación que se extiende entre diversos tiempos y las formas situadas de

experimentarlos. En un principio, esta ausencia impuso algunos problemas, pero luego fue asumiendo la expresión del desafío. En definitiva, estas limitaciones marcaron la vacancia del problema planteado e impulsaron –como indica la metáfora que titula esta tesis– a abrir nuevos senderos analíticos.

La estrategia metodológica escogida también tuvo sus claros y sus oscuros. Como sostuve tan sólo unas líneas más arriba, durante mis primeras incursiones en el campo detecté rápidamente que la estacionalidad se postulaba como un nudo temporal para los geselinos. Pero luego de unos cuantos encuentros con mis interlocutores, comenzaron a iluminarse otros tiempos: los del trabajo y del ocio, los biográficos, los generacionales, los cronológicos, los cotidianos, los de las movilidades, los espaciales, entre otros. Una vez que coloqué las temporalidades en el blanco de la indagación, todos los procesos –prácticas y representaciones– se revelaron atravesados por el tiempo. Es decir, cualquier registro parecía indicarme la apertura de un sendero temporal. El tiempo se abrió en múltiples dimensiones, se volvió materia fundante de muchas situaciones, apareció reflejado en cada movimiento y se desarmó en partículas pequeñas, conectadas y densas.

Así, los senderos del tiempo comenzaron a bifurcarse, extenderse y superponerse. También a enredarse y cortarse. Explorarlos y transitarlos me llevó a registrar diversos fragmentos de la vida temporal de los geselinos. Sin embargo, aquel tránsito estimulante se abrió hacia una deriva. Si todo puede ser tiempo, ¿qué nos dice, en definitiva, la pregunta por esta coordenada? A partir de ese momento, el trabajo me exigió tres movimientos: identificar qué tiempos resultaban ser más significativos para los geselinos; definir qué situaciones sociales desplegaban más controversias en torno a esos tiempos, y establecer ciertas relaciones entre las situaciones registradas. ¿Cómo llegué a ejecutar estos movimientos?

Mi trabajo de campo culminó en diciembre del 2019. Ese fue el último viaje que realicé a Villa Gesell en calidad de etnógrafa. Después de muchas entrevistas, recorridos, observaciones, conversaciones desestructuradas y trabajo de archivo en el museo, las categorías habían comenzado a condensarse y emerger con mucha claridad analítica. Aquellas dos palabras, tan utilizadas por los antropólogos, por primera vez admitían sentido en mi investigación: “saturación teórica”. Las experiencias temporales ya se habían solapado y contrastado, y las representaciones o prácticas que registraba comenzaban a reiterarse.

En un primer momento me resistí a abandonar aquel escenario que tantas veces me había recibido y elaboré distintas excusas para volver. Sin embargo, en una de mis tantas caminatas por las calles sinuosas y serpenteantes de la ciudad –cuando volvía de realizar lo que luego supe sería mi última entrevista–, repasé el material etnográfico con el que contaba. A diferencia de otras veces, ese mosaico de experiencias empezó a organizarse, anudarse y vincularse. Las grandes preguntas por el tiempo se volvieron interrogantes situados y fueron anotadas de este modo en mi libreta de campo: ¿Cómo cambia una ciudad en función del tiempo? ¿Cómo impactan las estaciones del año en las experiencias del habitar? ¿La estacionalidad produce transformaciones en el paisaje? ¿Cuáles son los ritmos de los espacios? ¿Estos ritmos atraen y expulsan? ¿Cómo se relaciona la escala con el ritmo? ¿La edad motoriza diversas concepciones del espacio-tiempo habitado? ¿Qué relación sostienen los geselinos con el pasado, cómo ese pasado se cuele en el presente y se proyecta hacia el futuro? ¿Cuáles son sus utopías? ¿Por qué las concepciones de la naturaleza –protegida y explotada– permiten reconstruir las expectativas futuras?

Así, los movimientos de especificación temporal y la convicción de que el campo había culminado me condujeron a armar una tríada conceptual de tres tiempos: el tiempo estacional, el tiempo cotidiano y el tiempo futuro. Ampliar el foco temporal me permitió comprender que existen otros tiempos plausibles de ser explorados, pero estos tres fueron los que articularon de manera más consistente las situaciones sociales relevadas, así como las experiencias con las que fui trabajando. El orden en el que fueron presentados en esta tesis responde, simplemente, a la necesidad de organizar el recorrido para el lector, de crear una trama y un argumento que pueda ir desplegándose por partes.

La primera parte de esta tesis, entonces, se sitúa en el tiempo estacional y recoge una multiplicidad de temporalidades que se organizan en torno a él. Como sostuve en una breve introducción a este capítulo, la estacionalidad es una variación periódica y predecible que responde a cierta estructuración del año. Aunque este tipo de variaciones nos atraviesan de distintas formas, más allá de las particularidades y la intensidad con la que se manifiestan, los cambios de estación generan transformaciones en la vida de todos.

En Villa Gesell estos cambios son profundos y se estructuran en un contraste que parece condensar todos los matices en dos grandes polos estacionales: el invierno y el verano. A esos polos, según los geselinos, se les anexan distintas realidades, condiciones económicas, ritmos, experiencias, dinámicas sociales y oportunidades. Así, y con el

propósito de conocer esta realidad tensionada, el Capítulo II –“La ciudad travestida”– se centró en las experiencias del habitar un paisaje que, desde la perspectiva de los actores, no sólo se transforma, sino que se traviste con los cambios de estación.

Villa Gesell es una ciudad que ha sido proyectada, urbanizada y consolidada a partir del desarrollo del turismo estival y, dadas estas condiciones, fuertemente atravesada por las lógicas de la estacionalidad. Sostiene un modelo social y económico anclado en las supuestas bonanzas de “la industria sin chimeneas” que, para este caso, se activa fuertemente durante el período temporal comprendido por los meses del verano. A su vez, en el mercado de opciones turísticas, esta ciudad ofrece a los veraneantes el disfrute de sus playas, el sol de temporada, los bosques y algunos pocos dispositivos recreativos concentrados en una avenida comercial. Es decir, explota, esencialmente, sus recursos naturales y paisajísticos en un movimiento circular que se reitera año tras año.

Como indiqué en más de una oportunidad, Villa Gesell es el segundo destino turístico costero de la Provincia de Buenos Aires (en la actualidad, recibe cerca de dos millones de turistas entre diciembre y marzo). ¿Cómo llegó a convertirse en la ciudad que es? Y, fundamentalmente, ¿cuál es la historia material de una ciudad que fue y es concebida para satisfacer los deseos de quienes la visitan estacionalmente? Con estas preguntas, gestadas al calor de mis intercambios con los geselinos, fui reconstruyendo la historia del balneario y detectando sus principales transformaciones y continuidades morfológicas. El objetivo, en última instancia, fue conocer y analizar cómo se construye, se establece y se expande una ciudad de estas características, así como los efectos en los modos habitar el espacio.

Este capítulo se coloca estratégicamente como una buena presentación para el lector, porque lo introduce en el proceso de fundación del pueblo balneario. Problematisa, en este sentido, el rol del fundador, el mito de origen, el establecimiento de este escenario costero en el mercado turístico, la implementación para su desarrollo de las bases materiales –nacionales, provinciales y locales–, el despliegue de la infraestructura turística, el *boom* del balneario y la segunda residencia y, también, su estancamiento. A su vez, propone leer este proceso a la luz de movimientos más amplios producidos en torno a las prácticas de los veraneantes argentinos.

El objetivo central de este recorrido fue sentar las bases para comprender algunas de las problemáticas del modelo social y económico definido por el turismo de sol y playa.

Más aún, su propósito específico consistió en mostrar cómo la estacionalidad produce un tipo de materialidad urbana conflictiva para quienes habitan esta ciudad. ¿Cuál es, entonces, el contenido de esta conflictividad?

El montaje histórico de la ciudad balnearia se realizó siguiendo los movimientos del tiempo estacional y los requerimientos del turismo de sol y playa. Es decir, se fue construyendo para ser capaz de acompañar no sólo el crecimiento poblacional transitorio, sino también la demanda recreativa y ociosa de quienes la visitan durante las temporadas. Algunas de las marcas de este proceso son la creación de hoteles y el impulso de las segundas residencias, el despliegue de avenidas comerciales, el desarrollo de infraestructura vial, los servicios asociados a la estadía de los turistas, entre otras.

El sostenimiento de una materialidad destinada al ocio parece haber funcionado sin muchas fisuras durante un tiempo. Al menos, así lo ven los geselinos cuando piensan en retrospectiva y evocan aquellos años en el que los balnearios atlánticos se presentaban como las opciones más atractivas para los veraneantes argentinos. Es decir, cuando esa materialidad era “respondida”, “colmada” o “demandada” por el turismo nacional. En relación con este punto, Ricardo, uno de mis entrevistados, planteó lo siguiente:

Antes era glorioso, los turistas venían y venían porque esta ciudad era espectacular, tenía mucho para ofrecer [...]. Había como una correspondencia entre lo que se ofertaba y lo que se demandaba. Después nos quedamos atrapados en esa situación, sin cambiar mucho, creyendo que ese era el modelo [...] pero los argentinos cambiamos y si bien la vimos venir, no hicimos mucho para evitarlo. (Ricardo, 74 años, agente inmobiliario)

Algo cambió y la investigación etnográfica me permitió comprender que ese “quedarse atrapados” significaba, entre otras cosas, que los geselinos comenzaron a experimentar una ciudad que se debate entre ruinas y escombros (Gordillo, 2018). A partir de los años setenta, el desarrollo del modelo geselino comenzó a presentar algunas fracturas que fueron incrementándose en las décadas siguientes: las temporadas se acortaron, los destinos turísticos se diversificaron, las crisis económicas afectaron la disponibilidad monetaria de los veraneantes, las concepciones y las prácticas del ocio fueron mutando y surgieron, también, otros escenarios atlánticos “más a la moda”.

Frente al estancamiento, algunos geselinos –como Ricardo– consideran que tuvieron la oportunidad de adaptarse a los cambios en tanto destino turístico; otros, como Mariana –una historiadora–, que podrían haber pegado “un volantazo” y empezar a desarrollar “camino económicos más inclusivos o sostenibles”. Pero, más allá de la estrategia que deberían haber asumido, los geselinos parecen habitar una ciudad que ha

quedado desacoplada del presente; es decir, una ciudad plagada de restos materiales asociados a un ideal de progreso que hoy ya no admite la misma potencia.

Este capítulo aborda otra dimensión conflictiva de la materialidad anudada a la estacionalidad: la división, material y simbólica, que produce la concentración de recursos e infraestructura en una zona específica de la ciudad. Esta concentración –que sigue las lógicas del turismo estival– los fue alejando, cada vez más, del mar y de aquellas “comodidades” y “servicios” montados para satisfacer el deseo ajeno. La ciudad se presenta, así, dividida entre un escenario propicio para recibir a los turistas y otro en el cual habitan los residentes permanentes.

Finalmente, la estacionalidad motoriza una transformación cíclica del paisaje cotidiano. Cada verano, desde la perspectiva de los actores, la ciudad se traviste: se extiende, se monta, se “arregla” y se “prende”. Así, los geselinos oscilan entre una ciudad llena y vacía, extendida y reducida, prendida y apagada, condensada y dispersa, desplegada y replegada. Estos movimientos generan incomodidades, desafíos, frustraciones y también reactivan esperanzas.

El análisis de los nudos conflictivos de una materialidad constituida por restos, escisiones y oscilaciones me permitió entender que, en definitiva, los geselinos se están preguntando por las máscaras; es decir, se están preguntando qué hay de auténtico y de ficticio en su ciudad. Villa Gesell, desde su origen, parece colocarse distintas máscaras. La ciudad es verano y es invierno, es de los turistas y es de los residentes, satisface deseos ajenos y persigue los propios, se explota y se preserva, está constituida por escombros y convierte sus restos en ruinas. Atender a las experiencias temporales que la estacionalidad impulsa me llevó a sostener que no se trata de una cosa o de la otra, que no existe una “autenticidad” que se esconde detrás de cierta escenificación ficticia o que seguir los deseos de los veraneantes no siempre implica olvidar los propios. En definitiva, esos mecanismos que se expresan de forma dual constituyen el origen, la extensión y todas las marcas de la piel de la ciudad.

El Capítulo III, “La ciudad mercader”, recoge y problematiza experiencias temporales vinculadas a las ofertas y demandas de dos mercados: el laboral y el inmobiliario. Estas configuraciones complejas encargadas de asignar múltiples recursos, bienes y servicios presentan, sin dudas, sus particularidades. Sin embargo, el trabajo de campo me permitió comprender que en Villa Gesell los movimientos de estos dispositivos

responden a las lógicas que establece el tiempo estacional. Es decir, la expansión y la contracción social –material y económica–, que se repite cada ciclo anual, impacta en la capacidad de subsistir a través de un empleo y en la posibilidad de acceder a una vivienda permanente.

Este capítulo comienza recuperando distintas historias y trayectorias locales para iluminar algunos de los efectos laborales e inmobiliarios de los movimientos estacionales. La voz del intendente de la ciudad y también las de los hoteleros y los comerciantes admiten cierta centralidad en los primeros apartados. En términos amplios, estos sectores me hablaron sobre la necesidad de “romper con las lógicas estacionales” y establecieron las dificultades que encuentran para mantener el despliegue de servicios e infraestructura. Además, me explicaron que la renta asociada a este movimiento resulta no sólo compleja sino inestable. Bajo esta preocupación, vienen impulsando el desarrollo de distintas actividades y servicios turísticos más allá de la temporada de verano. Sin embargo, al interpelar a los trabajadores geselinos encontré que el problema de la estacionalidad era, en lo cierto, un poco más complejo. Es decir, no alcanzaba con extender las ofertas más allá del verano, porque los históricos ciclos altos y bajos habían instalado dinámicas laborales difíciles de desandar.

En primer lugar, desde sus perspectivas, la estacionalidad genera inestabilidad e incertidumbre. Las fluctuaciones entre la intensa oferta laboral veraniega y el brusco descenso durante el invierno conducen a los geselinos a acomodarse en un conjunto de patrones laborales “desgastantes”. Los testimonios de los trabajadores, de distintos sectores locales, me indicaron que el temor a no poder sobrellevar el invierno –a la falta de empleo, recursos y dinero– los coloca ante la necesidad de trabajar bajo condiciones poco favorables durante el verano: flexibilización, precarización, ritmos acelerados y jornadas muy extensas. Una lógica que parece estar naturalizada y a la cual se deben adaptar porque, como sostuvieron, “es lo que hay”. Los pocos datos estadísticos disponibles, a su vez, me permitieron corroborar estas hipótesis y complejizar las perspectivas.

En ese afán de develar qué experiencias interpelan y se ven interpeladas por los movimientos estacionales, encontré que “en temporada” el mercado laboral responde, además, a ciertas variaciones propulsadas por el tiempo reloj y el tiempo del clima. Es decir, el apogeo del verano se ve atravesado por otras dinámicas temporales que complejizan aún más la subsistencia de los sectores trabajadores locales. Estas dinámicas,

en articulación con el tiempo estacional, configuran disputas, estrategias de adaptación y también de resistencia. Por lo tanto, durante ese fragmento de tiempo en el que los geselinos “deben juntarla” –porque en el invierno “no se sabe”, “no hay garantías” o está la certeza de que “no hay trabajo”–, también se despliegan diversas pugnas entre sectores trabajadores por alcanzar aquellos recursos necesarios para sobrellevar el largo, tedioso y difícil período invernal.

Finalmente, exploré qué ocurre con el trabajo estable: con aquellos puestos laborales que se mantienen durante todo el año. Al respecto, encontré que, si bien los trabajadores cuentan con más garantías y se ven menos sumergidos en las lógicas de lo imprevisto, también se ven impactados por esa enorme masa de trabajadores estacionales y por las irregularidades que imprime la temporada. Más allá de las derivas o de aquellos casos que contrastan la tendencia laboral preponderante, el mercado de trabajo geselino se balancea con las contracciones y expansiones estacionales, lo que instala múltiples problemáticas sociales.

El mercado inmobiliario es otro dispositivo que se devela de un modo particular cuando intentamos conocerlo a partir de los efectos que imprime la estacionalidad. A lo largo de toda esta tesis, el lector puede encontrar datos y argumentos que permiten aseverar que la ciudad de Villa Gesell se urbanizó de forma acelerada y que su territorio fue valorizándose de acuerdo a la demanda turística. Este acontecer fue configurando una trama urbana peculiar con una distribución desigual de recursos y oportunidades.

Lo interesante de esta ciudad es que en los procesos de segregación socio-espacial no sólo intervienen los clásicos clivajes identitarios o sociales, sino que además desempeñan un rol determinante los gustos, prácticas, *habitus*, representaciones y expectativas de esa masa poblacional transitoria que habita este territorio durante el verano. En este sentido, el Boulevard Silvio Gesell –aquella frontera material y simbólica que surca el territorio geselino– separa, divide, pero también esconde o invisibiliza a la “ciudad no turística”.

En Villa Gesell, el mercado inmobiliario especula, valoriza y resguarda para el turismo aquellos sectores bellos de la ciudad, mientras que impone restricciones para el acceso a la vivienda de los locales. Responde a la demanda estacional, pero extiende las reglas más allá del verano. Los sectores trabajadores, así, se ven obligados a desplegar distintas estrategias móviles para tener una vivienda durante todo el año. Además, la

escasez de suelos disponibles para implementar planes de viviendas y la fijación de precios estacionales para los alquileres –sumado a un aumento significativo de población, que todos los años llega en busca de trabajo estacional– han ido generando un mercado informal constituido por la toma de terrenos, la ocupación del suelo y el desarrollo de asentamientos populares.

Mientras que el turismo suele asentarse en las zonas más valoradas y valorizadas de la ciudad –cerca de la costa, sobre los médanos y rodeados de bosques–, los locales tienden a ser empujados hacia atrás. Se asientan, así, en las zonas menos urbanizadas, más densamente pobladas y con menor cantidad de viviendas disponibles. Como me dijo un joven, los geselinos “no viven en la playa”. Con esta idea, mi interlocutor me ayudó a comprender que el espacio que habitan los locales está lejos de parecerse a aquella postal que representa cierta faceta espectacular de Villa Gesell, e incluso que sus experiencias urbanas distan mucho de las turísticas. A partir del análisis de este mercado –que distribuye los bienes de acuerdo a una demanda temporal y transitoria–, he podido visibilizar que los sectores trabajadores locales encuentran múltiples limitaciones no sólo para acceder a una vivienda, sino también para disfrutar la belleza del paisaje, la infraestructura, los servicios y las oportunidades.

La estacionalidad configura un mercado laboral plagado de incertidumbres y un mercado inmobiliario fuertemente especulativo. La articulación entre ambos dispositivos restringe las estrategias de subsistencia de los sectores trabajadores y los empuja hacia atrás, los despoja de los recursos valorizados y, en definitiva, limita el ejercicio pleno del derecho a la ciudad que habitan. Como sostuve, el tiempo estacional enfrenta, en dos mercados sumamente competitivos, las temporalidades de los locales y de los turistas y, con ellas, sus deseos, frustraciones, accesos y limitaciones.

“Hay que romper con las lógicas estacionales”, sostienen los geselinos, y los motivos vinculados a esta necesidad han quedado plasmados en estos dos capítulos, que exploran distintas dimensiones materiales y simbólicas de la vida de esta comunidad atlántica. Sin embargo, el desenlace más significativo de los argumentos aquí trabajados es que, a pesar de las dificultades que el tiempo estacional imprime, los geselinos acompañan los movimientos elaborando una suerte de configuración representacional cíclica que se reactiva año tras año. En este sentido, parecen –como me indicó Mariana, una de las entrevistadas– estar encerrados en una “trampa” circular.

Los testimonios, teorías nativas y prácticas observadas indican que los habitantes de esta ciudad fluctúan entre una crítica contundente hacia las “evidentes” limitaciones del turismo estival, una confianza en que –a pesar de los “malos tiempos”– la próxima temporada “sí que los va a salvar” y cierta resignación ante las dinámicas instaladas. Las pocas instancias propositivas, a su vez, no logran desarmar esta configuración. Salvo contadas excepciones, los geselinos tienden a proponer salidas “turísticas”, conformadas por patrones ya conocidos, para contrarrestar algunos de los efectos experimentados por las lógicas a las cuales parecen enfrentarse.

Esta primera parte invita al lector a transitar los senderos de un tiempo cíclico que se organiza a partir de la sucesión de estaciones. Invita, a su vez, a recorrer un tiempo que interactúa con otros: el del clima, el del ocio, el del reloj. La pregunta central apuntó a recuperar los efectos, transformaciones o cambios que imprime la estacionalidad en los modos de habitar un escenario de este tipo. Así, invoca ciertas etnografías clásicas –como las de Mauss, Evans-Pritchard o Lévi-Strauss–, en las que la temporalidad de las prácticas y las representaciones en torno a los tiempos estacionales asumen lugares estratégicos dentro del abordaje de lo social.

Más aún, el análisis de estas transformaciones cíclicas me ha llevado a explorar algunos de los núcleos más significativos de la desigualdad social. Está claro que es posible observar diversos procesos de desigualdad y segregación a lo largo y a lo ancho del país. Resulta difícil –sino imposible– explorar un escenario de la Argentina sin pensar de qué modo es producido por las desigualdades y cómo, a la vez, las reproduce. No obstante, estos capítulos realizan un aporte crucial para pensar algunas de las particularidades que asume la desigualdad en aquellas ciudades que viven, como los geselinos, de un turismo estacional. Más relevante aún resultó encontrar, en el tiempo y sus temporalidades, claves analíticas potentes para abordar y problematizar la desigualdad social en cualquier tipo de escenario.

La segunda parte de la tesis propone un corrimiento: si en los capítulos anteriores la llave analítica se construyó sobre el contraste entre el verano y el invierno, en estos nuevos capítulos el lector se introduce, lentamente, en ese tedioso y largo invierno. Es decir, cuando la temporada turística termina, la ciudad se repliega, el ritmo frenético del verano se aletarga y los geselinos, poco a poco, vuelven a acomodarse en un escenario de 40.000 habitantes. Está claro que el verano nunca deja de estar presente y, por esto, se actualiza o se resignifica durante cada invierno: se lo extraña, se le teme, se lo espera, se

le pide. Sin embargo, en estos capítulos busqué conocer, específicamente, cuál es la melodía de esta ciudad, cuál es su ritmo cuando los turistas se van.

Así, este par de capítulos exploran la relación entre ritmo y escala. Es decir, analizan el modo en que se suceden y se alteran los movimientos, palpitaciones y acontecimientos en un período determinado de tiempo y en un tamaño específico de espacio. ¿Cómo se mueve o cuál es el ritmo de una ciudad turística –de 40.000 habitantes– cuando la temporada alta llega a su fin?

Los ritmos pueden ser adjetivados de diversas maneras y clasificados a partir del *tempo*, los enganches y relaciones en que se establecen entre los movimientos o sucesos. Las experiencias temporales del ritmo son aquellas vivencias de transcurrir cotidiano y, por esto, remiten a la secuencia temporal en la que se llevan a cabo las actividades en diversos escenarios y contextos. Los ritmos no son homogéneos ni, mucho menos, unívocos; se acoplan, se articulan, se enganchan y desenganchan. Por estos motivos, las rítmicas de las ciudades se presentan como campos fecundos para analizar distintos clivajes de edad, género, oficio o clase social. ¿Qué piensan distintos sectores sobre los ritmos? ¿Con qué adjetivos los clasifican? ¿Cómo los experimentan?, ¿cómo los practican? Y, finalmente, ¿qué expectativas y desilusiones movilizan?

Con estas preguntas, el Capítulo IV abre la discusión sobre las rítmicas geselinas y se enfoca en un segmento específico de la población: la juventud. Dado que Villa Gesell es conocida, entre otras cosas, por ser la ciudad “de los jóvenes y las libertades”, fue necesario explicitar aquellos motivos por los cuales este destino turístico se consagró de tal manera. Para reconstruir esta representación, propuse un recorrido analítico por los siguientes hitos: una película estrenada en los años setenta que presentó de un modo peculiar a este destino ante la sociedad argentina; un movimiento juvenil y contracultural que encontró en Villa Gesell un espacio con el cual identificarse; y una sucesión ininterrumpida de temporadas en las que las juventudes argentinas vienen eligiendo esta ciudad para vacacionar. En estos hitos se problematizan las voces de diversos actores que van iluminando los contenidos y los bordes de la identificación de Villa Gesell con la juventud.

Esta identificación –debo decir– tiene su correlato en la práctica. Las tendencias estadísticas indican que, efectivamente, en la actualidad la ciudad sigue siendo uno de los destinos más demandados por los jóvenes que se movilizan turísticamente desde distintos

puntos del país. Como sostuve, se trata de una representación reforzada por ciertos sectores locales, pero también resistida por otros tantos, ya que –como muchos indican– “la juventud es difícil: gasta poco y hace ruido”.

Una vez establecidas estas cuestiones, el capítulo pega un giro –o se introduce en su verdadero objeto– cuando los interpelados comienzan a ser los jóvenes locales: ¿cómo habitan ellos una ciudad de esta escala?, ¿qué experiencias urbanas tienen?, ¿qué les gusta?, ¿qué buscan transformar? Al contrastar aquella representación con las experiencias situadas de los jóvenes, encontré que Villa Gesell, lejos de ser la meca de la juventud y la libertad, resulta un escenario con pocas oportunidades y sumamente asfixiante. El paraíso de los jóvenes veraneantes de antaño y también de los actuales se transfiguró en infierno; pude comprender ese pasaje al indagar las experiencias rítmicas de los jóvenes locales.

Las entrevistas me mostraron, rápidamente, que la escala de esta ciudad, el modo en que se engarza en la jerarquía urbana nacional y, también, el tipo de especialización económica que sostiene, limita sus oportunidades educativas, laborales y recreativas. A pesar de los intentos y de algunas pocas políticas públicas que buscan revertirlo, Villa Gesell se presenta como una ciudad con escasos canales de inserción para la juventud. Por este motivo, muchos de ellos –los que pueden– deciden migrar hacia otros escenarios de mayor escala donde anhelan alcanzar aquellas oportunidades restringidas en su lugar de origen.

Esta situación configura de un modo peculiar la “moratoria social” (Margulis y Urresti, 1998); es decir, esa posibilidad de suspender, por el período que media entre la madurez biológica y la madurez social, el ingreso al universo de las responsabilidades de la vida adulta. Para alcanzar aquellas “oportunidades” ausentes en el escenario que habitan, los jóvenes necesitan la “oportunidad” de desplazarse, moverse o migrar. Ese movimiento requiere desplegar un conjunto de recursos materiales y simbólicos, a los cuales la mayoría no puede acceder. Por esto, si bien existe una idea sedimentada local de que los “jóvenes se van”, lo cierto es que en Villa Gesell hay tantos jóvenes como lo indica el promedio para la Provincia de Buenos Aires.

Lo que sí resulta interesante es que, efectivamente, la mayoría de ellos desean o fantasean con abandonar la ciudad en la que nacieron. Cuando me dispuse a investigar las razones que delineaban de este deseo, detecté la centralidad de las limitaciones

educativas, laborales y recreativas. Sin embargo, otro elemento definía realmente su consolidación: el ritmo del invierno. Leer la encrucijada –entre quedarse o irse– a la luz de dos voces –los que se quedan y los que se van– me permitió entender que, más allá de los elementos “estructurales”, el modo en que la ciudad se mueve habilita ciertas formas de sociabilidad que resultan definitorias al expresar ese deseo de salida. Si bien Villa Gesell se figura en los recuerdos de los jóvenes como un espacio atractivo, amigable o ideal para transitar la niñez, llega un momento en que ese espacio se transfigura y comienza a experimentarse como opresivo y limitante.

Apelando a una serie de observaciones realizadas en el espacio público, describí ese ritmo que se establece cuando el invierno se instala. Como sostuve, Villa Gesell durante esta época del año se mueve en una auténtica cámara lenta. Las calles se presentan despejadas, con escasos vehículos y pocas personas. Los geselinos, por lo general, prefieren caminar, y en esas caminatas realizan distintas paradas con el fin de socializar. Sus cuerpos se desplazan por el espacio de manera parsimoniosa y en distancias amplias. Expresan, además, relativa tolerancia a los tiempos de espera que se desencadenan en distintas situaciones sociales. Los ritmos comerciales admiten informalidades y, luego del mediodía, la práctica de la siesta parece extenderse de manera generalizada. En ese espacio público que se mueve a ritmo lento, resulta difícil pasar desapercibido, es decir, transitar como un anónimo.

Observar el ritmo del espacio y de sus habitantes me llevó a problematizar algunas dimensiones de la sociabilidad local. Esa conexión es, sin dudas, uno de los hallazgos más significativos que presenta este capítulo. Encontré, así, que la cámara lenta habilitaba ciertas formas de vinculación que a los jóvenes geselinos parecían quedarles incómodas. Para ellos, esa lentitud se traducían en aburrimiento y hastío; limitaba la capacidad de sorpresa ante situaciones nuevas y, a su vez, les impedía escapar del “mundo adulto”, sus reglas y sus convenciones. La reiteración, lo conocido, la ausencia del asombro, la imposibilidad de dibujar circuitos generacionales propios, las pocas opciones nocturnas, entre otras experiencias, colmaron de contenido a ese deseo de huir, tan presente en las representaciones juveniles locales.

No obstante, mientras realizaba trabajo de campo emergió otra dimensión que me impulsó a complejizar aún más estas experiencias: la dificultad de ejercer el derecho al anonimato. Los jóvenes geselinos entienden que esa lentitud en la que la ciudad se mueve

—esa cámara lenta— recorta, hace foco y segmenta en detalles observables. Debo reconocer que pude experimentar esa sensación, en mi condición de investigadora foránea.

Desde sus perspectivas, el ritmo no sólo aburre, sino que sofoca, controla, persigue, vigila y constriñe. Es decir, habilita el despliegue de un lazo social estrecho que los jóvenes experimentan como un fuerte control social. La fuerza del apellido, la sensación de que todos parecen conocerse con todos, el chisme, la vigilancia del mundo adulto, los vínculos fundamentados en las características “personales”, entre otros elementos, emergen como aquellos mecanismos sociales capaces de estimular las expectativas juveniles de salida. Así, los jóvenes locales no sólo ven limitada su “moratoria social” en la ciudad que habitan, sino también su “moratoria vital” (Margulis y Urresti, 1998), es decir, aquella posibilidad vital y generacional de ser jóvenes.

Hay que decir que ciertos imaginarios metropolitanos sobre los modos de transitar esta etapa de la vida —movilizados por producciones culturales y mediáticas— fomentan la construcción de la salida. Más allá de los que se quedan y los que se van, los jóvenes geselinos parecen entender que existe una ciudad distinta a la propia, que es más adecuada para transitar el tiempo biográfico que atraviesan. Una ciudad, en definitiva, que se parece más a Buenos Aires o a Mar del Plata, y que promete habilitar el ritmo que ellos necesitan experimentar.

Los senderos temporales por los que transitan los jóvenes geselinos —con todas sus distinciones, matices y contradicciones— muestran las particularidades de los modos de habitar ciudades medias. Ciudades periféricas cuya distribución desigualdad de oportunidades se monta sobre históricas relaciones jerárquicas del sistema urbano argentino. Como me dijo Agustín, un joven local, “Es corta: para tener oportunidades te tenés que ir porque todo se mueve allá [...] ¿Vos te pensás que todos tenemos esa posibilidad de irnos?” (28 años). No obstante, este recorrido devela que, al pensar en esas oportunidades —para generarlas, ampliarlas o transformarlas desde la implementación de políticas públicas—, no sólo basta con asumir la centralidad de la educación y el trabajo. Como sus propias voces lo expresan, el deseo de los jóvenes se posa también sobre el asombro, los circuitos propios, el derecho de ser anónimos y la posibilidad de habitar una ciudad que se mueva al compás de sus expectativas vitales.

Así, el Capítulo IV explora “El ritmo de los que se van” —como indica el título— y de todos aquellos que, viendo limitadas sus oportunidades para partir, sólo pueden

desarlo. Lo móvil y lo inmóvil, y el ritmo como impulso de dicho movimiento. Por su parte, el Capítulo V, “El ritmo de los que llegan”, propone un ejercicio inverso: analizar un movimiento poblacional que surge en el Área Metropolitana de Buenos Aires y se arraiga en Villa Gesell.

Hallar en el ritmo un motivo para irse me condujo a la pregunta por el movimiento contrario: ¿será el ritmo geselino del invierno un elemento de arrastre? Esta fue la reflexión que me llevó hacia una investigación sobre una de las localidades del sur del Partido de Villa Gesell: Mar de las Pampas. Una localidad que, al menos desde el año 2003, viene recibiendo desplazamientos poblacionales oriundos del AMBA. Con un estilo paisajístico, arquitectónico y estético bien diferenciado de su vecina y tradicional ciudad de Villa Gesell, Mar de la Pampas se presenta como un lugar en el que los habitantes parecen “vivir sin prisa”.

La indagación se centra en este escenario que fue caracterizado por los principales medios de comunicación como “un paraíso escondido”, “un reducto lejos del mundanal ruido” y “un refugio” dentro de la Argentina. Después de que la crisis del 2001 mostrara algunas fisuras urbanas y metropolitanas, este escenario comenzó a ser elegido, principalmente, por profesionales de clase media o alta, de entre 30 y 50 años, quienes decidieron emprender un cambio en sus estilos de vida. El capítulo, entonces, se propuso caracterizar y reconstruir la constelación de motivos que empujó este tipo de desplazamiento poblacional originado en la gran ciudad para desembarcar en un aglomerado urbano de mediana escala –y periférico– de la Provincia de Buenos Aires.

Esta movilidad involucró una serie de experiencias espaciales y temporales que, bajo la modalidad del contraste, impulsó a estos sujetos a abandonar el espacio habitado en busca de otras oportunidades. Tales oportunidades no se parecen a las que perseguían los jóvenes geselinos cuando me hablaban de su desplazamiento o de su deseo de realizarlo. Sin embargo, existe un punto de contacto: aquí también hay una búsqueda vital, cuyos móviles se vinculan con la posibilidad de asumir otro ritmo social.

Al igual que lo ocurrido con los jóvenes geselinos, al entrevistar a estos sectores “recién llegados” los contrastes se delinearon con imágenes y experiencias sobre el área metropolitana. Así también, los paraísos y los infiernos se dibujaron a partir de las experiencias rítmicas. La diferencia es que aquel ritmo social que los metropolitanos habían salido a buscar se hallaba, en lo cierto, en las antípodas de las búsquedas juveniles.

Se trataba de un ritmo más lento, anclado en la reciprocidad de la comunidad chica, en estrecho contacto con los recursos naturales, seguro y saludable.

A partir de entrevistas, trabajo de archivo, participación en algunos eventos y observaciones sobre el espacio público marpampeano, en este capítulo tuve la oportunidad de explorar, con más profundidad, qué ocurre con las idealizaciones rítmicas que empujan el desplazamiento. En ambos capítulos el trabajo de campo fue realizado en el Partido de Villa Gesell, pero en un caso este escenario se presentó como el abandonado –o el que se deseaba abandonar– y, en el otro, como el escenario anhelado. En efecto, al tratarse de posiciones distintas y direcciones inversas, las dimensiones iluminadas reflexivamente fueron distintas, y allí radica la riqueza de este cruce.

Si bien en el Capítulo IV ya había señalado algunas de las dificultades que presentaban los jóvenes geselinos en los nuevos territorios de acogida, me centré fundamentalmente en el contenido y los bordes de ese deseo extendido de querer salir de ese ritmo lento, aburrido y opresivo. En cambio, en el Capítulo V el espacio abandonado se representa en recuerdos y contrastes que configuran los motivos de salida, pero la reflexión además se extiende hacia las fricciones, los desajustes, las transformaciones y las adaptaciones que los sujetos experimentan al arribar. En otras palabras, este pasaje de la tesis también permite explorar lo que ocurre con las “fantasías geográficas” que se construyen, desde lejos, al momento de desplazarse en búsqueda de otro ritmo vital.

Siguiendo esta línea reflexiva, descubrí que estos movimientos abren múltiples problemáticas en los escenarios de acogida porque, en definitiva, la metrópolis que quieren abandonar termina –la mayoría de las veces– viajando junto a quienes se desplazan: en sus prácticas, sus aspiraciones y sus expectativas. Por un lado, estos movimientos producen distintos efectos o transformaciones en los escenarios de acogida, provocando tensiones con aquellos grupos sociales que ya habitan en el territorio. Esto se hizo visible, particularmente, en algunas de las disputas de sentido y pertenencia desplegadas con los “auténticos” geselinos, quienes viven a tan sólo unos pocos kilómetros de esta localidad que hace de la cámara lenta un verdadero culto. Por otro lado, aquellas idealizaciones que impulsaron el movimiento de estos sujetos no siempre fueron alcanzadas. Se producen, así, algunos desfasajes entre lo imaginado y lo experimentado, patentes en las dificultades que han tenido para adaptarse a ese estilo de vida y ese ritmo tan añorado.

Sin embargo, descubrí que, a pesar de las fricciones y los desfases, las fantasías geográficas que impulsaron el desplazamiento siguen siendo actualizadas en las representaciones como un modo de sostener una identidad colectiva; una identidad que –en esencia– implica un proceso de identificación y diferenciación. Lo curioso de este proceso que aquí describo y analizo es que la identificación está dada con un conjunto de cualidades estéticas, morales y temporales que fueron imaginadas desde lejos. Un conjunto de cualidades –vale decir– que no siempre se materializan en una experiencia presente: el contacto con la naturaleza, la protección de los recursos, el ritmo apacible, la solidaridad, entre otras. La diferenciación, por su parte, no sólo se establece con otros balnearios bonaerenses –masivos, urbanizados o “degradados”–, sino con la propia versión anterior, es decir, con la versión de ese sujeto metropolitano que intentan dejar atrás.

Este par de capítulos presenta sus peculiaridades y esboza reflexiones para cada una de las problemáticas analizadas. Más aún, también funcionan como una unidad en la medida en que proponen algunas líneas argumentativas que pueden servir para pensar en fenómenos similares. Volviendo a la propuesta de generar enlaces más amplios a partir de los desenlaces, me gustaría señalar cuatro de estas líneas que –considero– este momento de la tesis consolida.

En primer lugar, las situaciones sociales analizadas en los Capítulos IV y V ponen de relieve que resulta difícil pensar en las movilidades sin recurrir a la dimensión temporal. Un recurso que no suele ser tan considerado por aquellos estudios que analizan desplazamientos residenciales dentro y fuera de las fronteras nacionales. Hay motivos económicos, políticos, laborales que impulsan y, en ocasiones, fuerzan estos movimientos. Pero también existen los motivos vitales; esto es, aquellos que versan sobre determinados cambios en los estilos de vida. Los ritmos funcionan como piezas claves dentro de la constelación de motivaciones y definen situaciones de tracción o expulsión. Al momento de abandonar un lugar, o soñar con esa posibilidad, es factible que se construyan fantasías geográficas sobre otros escenarios, que no sólo portan cualidades espaciales sino también temporales.

En segundo lugar, estas reflexiones evidencian que los ritmos no pueden medirse, pero sí clasificarse a partir de aquellas temporalidades que suscitan. Hay ritmos lentos, rápidos, acelerados, aletargados, repetidos, alterados, progresivos, quebrados o libres. Las observaciones de distintas dinámicas sociales –movimientos en el espacio público,

formas en las que se expresa la sociabilidad, desplazamientos corporales, entre otras— son canales de acceso para capturar algunas de las representaciones y prácticas rítmicas.

En tercer lugar, los casos exponen que los ritmos pueden ser deseados, temidos, esperados o necesitados. Pueden, además, motorizar experiencias positivas o negativas, así como habilitar o constreñir diferentes oportunidades. Esas representaciones se construyen, por lo general, a partir de oposiciones tajantes. En estos contrastes es posible observar cómo las escalas espaciales —y, con ellas, una serie de mecanismos sociales— inciden en los modos de percibir, practicar y representar los ritmos. En relación con los dos argumentos anteriores, ambos capítulos revelan que las temporalidades rítmicas —que se abandonan, se transforman o se buscan— intervienen activamente en los procesos de identificación: constituyen elementos centrales de la construcción identitaria de un colectivo en movimiento.

Finalmente, las propuestas aquí delineadas conducen a un desenlace potente. Los ritmos son clasificados y valorados de diversas formas y el tiempo biográfico o las expectativas vitales —que se construyen en diversas etapas— resultan dimensiones decisivas al problematizar dichas valoraciones. Al igual que en la primera parte de la tesis, aquí ha quedado demostrado que un tiempo específico —en este caso, el cotidiano— puede presentar distintas tonalidades, mostrar destellos o reflejos, y replegarse en sombras cuando es leído a la luz de otros tiempos —por ejemplo, el biográfico—.

Llegamos, así, a la tercera parte del recorrido, aquella que se propuso generar sus principales contribuciones sobre un problema bien complejo: ¿cómo se experimenta el paso del tiempo? ¿Cómo se imagina el futuro? Debo confesar que cuando comencé a explorar un repertorio de experiencias cronológicas o históricas para dar forma a lo que sería el último apartado de la investigación, pensaba articular mis hallazgos en torno a las relaciones que se extienden entre los modos de reconstruir el pasado y las formas de experimentar el presente.

Villa Gesell es una ciudad que —como dije en más de una oportunidad— se piensa mucho a sí misma, y en ese movimiento consagra a su pasado en un lugar destacado del proceso de identificación colectiva. La “historia oficial” se vuelca en una serie de dispositivos, producciones culturales, instituciones e, incluso, *slogans* turísticos que se convierten en objetos atractivos y accesibles para cualquier indagación antropológica. La historia está ahí —viva, rememorada, invocada, potenciada—, al alcance de cualquiera que

esté dispuesto a conocerla. Sin embargo, al analizar los distintos modos de narrar esa historia oficial, así como otras historias más ocultas, desatendidas o resistidas, encontré que los geselinos estaban, ante todo, delineando cursos futuros de su ciudad. Es decir, esa reflexión constante por el pasado se configuraba, una y otra vez, en una preocupación punzante por el presente y se traducía, además, en un conjunto de expectativas sobre el futuro.

Con más preguntas que certezas, emprendí un viaje al otro lado del tiempo, como sostiene el epígrafe de Pessoa; en este caso, hacia el tiempo futuro. La intención fue comprender de qué manera esos modos de narrarse a sí mismos configuraban diversos itinerarios del porvenir. Para ello, recurrí a distintas perspectivas teóricas y analíticas que me ayudaron a entender que la pregunta por el futuro puede anidarse en inquietudes bien amplias y existenciales, pero también en preocupaciones mundanas, concretas o cotidianas.

Teniendo en cuenta este amplio abanico de circunstancias en las que el futuro se hace presente, los últimos capítulos recuperan dos situaciones sociales específicas que, en definitiva, nos hablan sobre los modos en que los geselinos proyectan sus vidas y su ciudad. Por un lado, exploré qué ocurre con los modos de experimentar la calidad de vida y la felicidad; y, por el otro, cómo se concibe la preservación de ese recurso que, de algún modo, parece presentarse como el garante del porvenir: la naturaleza. El pasado de los geselinos –imposible de evadir– continuó desempeñando un rol central en el análisis; más aún, arriesgué una lectura de las temporalidades cronológicas que busca decirnos algo sobre aquello situado más allá del horizonte. Sobre lo que se imagina, se proyecta y se espera; sobre la potencia de la posibilidad.

El Capítulo VI –“El pasado en perspectiva futura: entre espacios de experiencia y horizontes de expectativas”– comienza con el detalle de una escena etnográfica en la que se desencadena una situación imprevista. Una encuesta publicada y mapeada por un conjunto de investigadores del CONICET indicaba que Villa Gesell era una de las ciudades con mayor calidad de vida y, por esto, sus ciudadanos parecían contar con vidas más felices que otros argentinos. Aquella noticia –intuía yo– despertaría cierto orgullo entre los geselinos, ya que señalaba una faceta sumamente bondadosa de este balneario bonaerense.

No obstante, y muy a pesar de mis convicciones, el impacto fue el contrario. Algunas de las situaciones que registré en los días sucesivos me adentraron en un debate en torno a las aseveraciones que sostenía aquella investigación. Lo geselinos no sólo “desconfiaban” de los datos, sino que convenían que la calidad de vida actual era, en lo cierto, “mucho peor” que aquella que habían podido experimentar “antes”. Lejos de celebrar aquella condición presente, los geselinos parecían lamentarse por todo lo perdido. Esta construcción no tardó en decantar en una visible idealización sobre un pasado virtuoso; esto es, un paraíso perdido en el que, aparentemente, habían sabido vivir.

Apelando a una serie de entrevistas y herramientas analíticas, confirmé que los habitantes de Villa Gesell, al igual que otros grupos sociales, tienden a idealizar el pasado y a concebir que los tiempos pretéritos fueron mejores. Este resultado no postulaba nada novedoso. En última instancia, la nostalgia por aquello que no puede recuperarse tiende a presentarse como un mecanismo de cohesión por excelencia y a funcionar como un elemento central en muchos procesos de construcción identitaria.

Sin embargo, al profundizar en esta pregunta –y recurrir a los aportes generados por Raymond Williams y Reinhart Koselleck–, logré desarmar la idealización pretérita y postular algunos argumentos sobre el sentido que asume este movimiento. A la caza de esta nostalgia extendida, encontré que en Villa Gesell no existe un solo pasado idealizado, un momento que se recorta al unísono, sino múltiples tiempos pretéritos que son evocados como virtuosos.

Este capítulo se encarga de presentar, en detalle, cómo diversos grupos locales van colocando a la felicidad, la alta calidad de vida y el paraíso en distintos períodos históricos: en los setenta, en los ochenta, en los noventa y también en los dos mil. Además, arriesga algunas hipótesis para explicar estas variaciones, y aquí sí se figuran los primeros hallazgos potentes. El trabajo de campo y la pregunta constante por esta idealización del tiempo perdido me revelaron qué otras experiencias temporales podían explicar los distintos modos de construir las retrospectivas sublimadas.

Encontré que –otra vez– el tiempo biográfico agrupa matices y variaciones entre las distintas representaciones. Es decir, las trayectorias o experiencias generacionales –la niñez, la juventud o la adultez– son capaces de configurar diversos pasados mejores, que compiten y se solapan en narrativas más o menos articuladas. Otra de las formas de organizar estas retrospectivas es el tiempo en el que los habitantes arribaron a esta ciudad

balnearia, en búsqueda de nuevas oportunidades. En términos amplios, el arribo en aquel escenario elegido para emprender una nueva vida se recuerda como un movimiento virtuoso capaz de colmar de sensaciones positivas –plenitud, alegría, bienestar– aquel momento histórico. Ambos tiempos, aunque disímiles, no sólo permiten extender una crítica sostenida sobre el presente, sino que ponen a funcionar un mecanismo de idealización que otorga orden, estabilidad y también invisibilización de las propias fricciones del tiempo recuperado.

Ahora bien, siguiendo estos indicios temporales, encontré que los distintos sectores establecen una suerte de quiebre para explicar la pérdida del paraíso en el que supieron habitar. Es decir, elaboran teorías sobre aquel período o momento en que Villa Gesell, efectivamente, dejó de ser una ciudad con alta calidad de vida o un paraíso que propiciaba una vida feliz para sus habitantes. Si bien los distintos sectores interpelados no coinciden al precisar el tiempo histórico de la “debacle”, acuerdan en atribuir las causas a un mismo proceso: el crecimiento acelerado de la localidad balnearia.

Bajo estos interrogantes, los senderos temporales se bifurcaron y se empalmaron, pero volvieron a separarse una vez más. Esto es así porque los geselinos no interpretan del mismo modo el fenómeno del cambio, es decir, del crecimiento urbano, morfológico y demográfico de la ciudad. Aunque lo leen en términos negativos, y lo imputan como la causa de la presunta pérdida, es posible agrupar los relatos en al menos tres grandes narrativas: “el crecimiento es un problema en sí mismo”, “el crecimiento podría haberse conducido de otro modo” y, finalmente, “el proceso de crecimiento quedó trunco”.

Las discusiones, derivas, tensiones y solapamientos en torno a los modos de evaluar la calidad de vida, postular pasados virtuosos y establecer qué es lo que generó la pérdida de aquello que se añora me impulsaron a pensar en el futuro. En el análisis de las distintas retrospectivas –con sus acuerdos y desacuerdos–, pude detectar que no se trataba simplemente de idealizar un tiempo pretérito, o de extrañar aquello perdido, sino de volver a él. En las voces de mis entrevistados, el pasado se presentaba con todos los elementos de una verdadera fuerza utópica o, puesto en términos correctos, varias fuerzas utópicas que compiten por la hegemonía.

Los geselinos, así, sostienen colectivamente una retrotopía (Bauman, 2017); esto es, una utopía que para proyectarse hacia adelante necesita mirar para atrás, porque allí se ubica el bienestar, la felicidad o la plenitud. Una utopía que, paradójicamente, se resiste

a la implementación de algunos cambios, se esfuerza por sostener inmutables algunas dimensiones de la vida social y tiende a desconfiar de lo “nuevo”. Una utopía que cumple con distintas funciones sociales, como cualquier representación de este tipo: es orientadora, esperanzadora y, fundamentalmente, crítica con el presente.

Más allá de comprender el mecanismo por el cual el pasado vuelve una y otra vez en los anhelos de los habitantes de esta ciudad, este capítulo intenta generar algunas preguntas sobre las dificultades que pueden aparecer cuando la utopía se ubica en un pasado difuso, conflictivo y bifurcado. En este sentido, me gustaría recuperar un fragmento de entrevista, que muestra la potencia de esta precisión. Los geselinos, como indica Juan, “tiran para distintos lados”, pero siempre tiran para atrás. No se preguntan por el mundo que quieren construir a futuro, sino por el tiempo específico al que quieren volver, como si ese mundo fuese un espacio-tiempo perdido.

Y ahí estamos pensando que está todo perdido, que no hay nada por hacer, que sólo se puede volver atrás. ¿A dónde nos lleva esto? A ningún lado [...] Es peligroso, además, porque apuntamos para distintos lados y los esfuerzos se pierden [...] Al final estamos un poco perdidos, porque detectamos que no vivimos bien, pero no sabemos cómo vivir mejor. (Juan Oviedo, 60 años, escritor)

Asimismo, es preciso señalar que este caso de estudio presenta notas productivas para realizar un ejercicio comparativo con otras comunidades o grupos que tiendan a delinear sus utopías más allá de los horizontes. En este sentido, podría ser fructífero conocer cuál es el rol del pasado en esas construcciones utópicas que parecen mirar sólo hacia adelante y qué elementos podrían servir para agrupar o iluminar las distintas formas de proyectar esas miradas. ¿El pasado se cuele en todas las utopías? En definitiva, este capítulo presenta algunas claves analíticas para problematizar las experiencias cronológicas que pueden ser extendidas a otros casos de estudio e, incluso, bajo perspectivas comparadas.

El Capítulo VII pone “en perspectiva futura” a la naturaleza o, mejor dicho, a los modos locales de construirla. ¿Por qué recurrir a la naturaleza para pensar en el futuro? Porque la naturaleza es capaz de abrir distintos senderos temporales que instalan controversias sobre lo posible, lo deseable, lo imaginado y lo necesario. Esta última reflexión se focaliza en un proceso en movimiento: la propuesta de crear un parque nacional sobre un territorio protegido, hasta ese momento, bajo la figura de una reserva municipal: el Parque Nacional Faro Querandí. Se trata de un fragmento de territorio costero constituido por médanos vivos y una gran diversidad de fauna y flora local. Un

territorio que denominan como “único” y que, desde la década del noventa, es protegido por el municipio en pos de preservar el recurso para las generaciones venideras.

Esta propuesta, que puede ser vista bajo todos los signos del “progreso”, ha despertado entre los geselinos una serie de disputas sobre qué hacer con ese fragmento medanoso, cuál es la mejor forma de conservarlo y quiénes pueden desempeñar mejor esa función: ¿el municipio, la provincia, la nación? Es decir, la posibilidad del parque no admite una lectura lineal, sino que suscita una serie de experiencias heterogéneas.

Cuando comencé a indagar en los motivos de esta controversia, los geselinos me fueron introduciendo, poco a poco, en otra lectura posible de la historia de esta ciudad; una historia que se levanta sobre una suerte de lucha que se habría librado entre la cultura atlántica y el medio ambiente costero. En la reconstrucción de estas narrativas, detecté cómo la naturaleza fue produciéndose de distintas formas y cómo esa producción se ha ido adaptando a las necesidades contextuales de cada período.

El recorrido comienza con la proeza de la fundación y la forestación del territorio. Los geselinos, después de diversos intentos, habían logrado “domar” a la naturaleza y crear las condiciones para el asentamiento de su comunidad y su proyecto turístico. Continúa con la posibilidad de posicionar a Villa Gesell como un destino turístico “más rústico y natural”, y así diferenciarse de otros escenarios costeros y atlánticos.

En los años setenta, cuando el crecimiento turístico y residencial fue notorio, se reforzó la convicción de que no existía ninguna incompatibilidad entre la conservación de los ecosistemas y el desarrollo de los servicios turísticos que esta ciudad ofrecía. En este contexto, suele recurrirse, una y otra vez, a aquella frase de Carlos Gesell que indicaba que esta localidad, como ninguna otra, llevaba a cabo un proceso de urbanización tan “acelerado” como “sano”. El último hito de esta narrativa, movilizadora por las voces locales, se recorta cuando, finalmente, aquellos recursos paisajísticos que venían explotándose con fines turísticos empezaron a mostrar sus límites. Como me indicaron ellos: “la playa, el bosque y el mar dejaron de ser lo que eran”.

En este aparente desenlace disruptivo, se inscribe la emergencia de las primeras organizaciones ambientalistas locales. Nacidas al calor de los debates ambientales de los años ochenta, estas organizaciones comenzaron a intervenir en la defensa de los recursos naturales geselinos y a proponer un conjunto de transformaciones sobre el territorio. El capítulo, entonces, va hilvanando la genealogía del discurso ambiental geselino para

presentar a sus principales referentes, las organizaciones en las que este discurso se articuló, cuáles fueron las causas que llevaron adelante, por qué esas causas resultaron tan significativas, y cómo se fueron organizando hasta llegar a la actualidad. La genealogía incluye, también, el análisis de la trama de relaciones que estos espacios locales sostuvieron –y sostienen– con agentes conservacionistas nacionales e internacionales, con agentes estatales y también con la ciudadanía.

En la articulación con un discurso ambiental más amplio, las organizaciones locales fueron construyendo un conjunto de tópicos sobre los cuales intervenir activamente: la defensa del médano costero, la protección de fragmentos de “naturaleza virgen”, el cuidado de la flora y la fauna local y, puntualmente, la crítica sostenida hacia el proceso de urbanización y la especulación inmobiliaria. Junto con las transformaciones en los modos de percibir la naturaleza, este recorrido –que incluye victorias y fracasos– me permitió llegar a la inminente creación del Parque Nacional Faro Querandí: la última gran causa ambiental en la cual se encuentran trabajando. Me brindó, además, el contexto necesario para entender cuáles eran los actores involucrados en esta disputa y qué roles desempeñaban.

El proyecto del parque –como así lo presenté en el capítulo– tuvo “distintas vueltas”. Desde el 2016 la idea de elevar las condiciones de protección sobre aquellos 21 kilómetros de frente costero, médanos vivos y bosques frondosos viene pivotando las agendas ambientalistas y también invocando el apoyo de ciertos sectores gubernamentales, en sus diversas escalas. En términos amplios, la propuesta consiste en construir un área costera protegida entre el municipio de Villa Gesell y Mar Chiquita, elevar y equiparar las medidas de protección en toda la zona, jerarquizar ese fragmento de territorio para desarrollar nueva infraestructura y ofrecer una diversidad más amplia de servicios turísticos durante todo el año. Se propone, en efecto, desplegar una protección de la naturaleza “más atenta” o “estricta”, y también impulsar una nueva faceta turística para la ciudad: más responsable con el entorno y por fuera de la lógica estacional.

Quienes vienen pulsando por este proyecto entienden que el parque nacional representa una posibilidad hacia el futuro que incluye a “todos los geselinos”. Sin embargo, sostienen que no es nada fácil convencer a los habitantes de esta localidad de que aquí radica una transformación promisoriosa. En las primeras presentaciones del proyecto, la comunidad local permaneció un tanto ajena de la discusión, pero, una vez involucrada, las opiniones encontradas sobre las presuntas “bondades del parque”

inundaron las discusiones públicas y privadas, tanto ciudadanas como gubernamentales. Es decir, emergieron un conjunto de teorías locales que empezaron a puntualizar en los problemas asociados a un movimiento que, en principio, se presentaba como limpio de cualquier conflicto.

Al explorar estas teorías situadas –tanto las que se postulan a favor como en contra–, pude recuperar los distintos modos de concebir a la naturaleza en una ciudad que, como ya dije, fue produciéndola de acuerdo a las posibilidades turísticas. Dadas las características económicas de Villa Gesell, los recursos que deben protegerse son también aquellos que vienen explotando para hacer de esta ciudad un destino turístico atractivo para los veraneantes. Con esta paradoja en ciernes, la posibilidad de convertir una reserva municipal en parque nacional fue articulando distintas temporalidades futuras con diversos sentidos sobre la naturaleza. Fue generando ansiedades, temores e interrogantes sobre el porvenir.

El primer punto de la controversia gira en torno “al traspaso de tierras”. La creación de un parque nacional implica ceder al Estado Nacional el fragmento de territorio que se busca proteger. Esta cesión representa, para muchos, la entrega de los recursos estratégicos para que –como me dijo un geselino– “la rueda siga girando”; es decir, para manipularlos turísticamente y así percibir las ganancias vinculadas a este ejercicio. De acuerdo con esta problemática, se instalaron dos preguntas bien contundentes entre los locales: ¿Quiénes serían los beneficiarios de los nuevos servicios turísticos que este parque traería consigo? ¿Por qué ceder la posibilidad de proteger “lo que es nuestro” si, de alguna manera, “lo estamos haciendo bien”? Más allá de que la nueva propuesta, presentada en el 2019, insiste en el “co-manejo” del parque, muchos geselinos apelan a experiencias previas y desconfían de las promesas del gobierno y de los sectores asociados. Desde sus perspectivas, en este traspaso se perdería la posibilidad de decidir sobre el futuro: económico, ambiental y, también, identitario de la localidad balnearia.

El segundo punto, movilizado principalmente por comerciantes y hoteleros geselinos, radica en ciertos temores sobre estas nuevas formas de practicar el turismo que el parque propone. Para muchos, este movimiento “puede terminar de hundir” a la ciudad de Villa Gesell, en la medida en que la oferta turística de esta localidad se dirime, claramente, de otra manera. Podría, además, generar nuevas fracciones dentro del partido

geselino, segmentando y jerarquizando las opciones turísticas y, con ellas, los beneficios turísticos.

Los que impulsan la emergencia del parque también hacen hincapié en el futuro; de hecho, ese es el argumento central de toda la propuesta. Desde sus perspectivas, la naturaleza debe protegerse de la mejor manera, y el Estado Nacional cuenta con las mejores estrategias y herramientas para cumplimentar las medidas de resguardo. Pero, además, la posibilidad de instalar un parque nacional en territorio geselino posibilitaría los siguientes “avances”: generar lazos regionales con otros municipios de la Costa, abrir el espacio para la investigación científica, desarrollar infraestructura, generar nuevos puestos de trabajo y, puntualmente, servicios turísticos durante todo el año. Todos estos elementos permitirían, de algún modo, garantizar un futuro prominente para una localidad balnearia que, desde hace algunas décadas, viene presentando dificultades en sus modos de subsistencia.

El capítulo muestra que la discusión por el cambio de figuras –de reserva a parque– se gestó ante una necesidad y una ansiedad generalizada por proteger la naturaleza y, con este movimiento, “no embargar” el provenir. Tanto de un lado como del otro, fue posible encontrar cierta preocupación por los recursos y el modo de gestionarlos, es decir, por el destino del territorio geselino y de la comunidad que lo habita. Como suele ocurrir con estos procesos, las experiencias del pasado delimitaron las extensiones de ese futuro imaginado, tan deseado como temido.

La creación del parque, aún no concretada, se proyecta hacia adelante y promete trastocar la vida cotidiana y el destino de los geselinos. A diferencia del capítulo anterior, aquí sí hay una apuesta por imaginar otras vidas posibles: otra forma de proteger a la naturaleza, de practicar el turismo y de gestionar un territorio con diversas figuras jurídicas. En definitiva, se trata de una profunda transformación jurídica, económica, ambiental y política. Una transformación gestada al calor de la pregunta por el futuro de la naturaleza y, también, por la naturaleza en su posibilidad de garantizar un futuro.

Este capítulo deja algunas perspectivas analíticas plausibles de ser aplicadas a otros casos de estudio. Es decir, si bien se sitúa en un espacio y un tiempo concretos, sus hallazgos pueden atravesar los puentes de lo situado para delinear nuevos senderos analíticos. El primero de ellos –y quizás el más potente– es que, en medio de una crisis ecológica como la actual, la pregunta por la naturaleza acarrea, indudablemente, una serie

de incertidumbres sobre el mundo por venir. La naturaleza y lo que hagamos con ella parecería definir, de algún modo, nuestra supervivencia.

Sin embargo, el análisis del Parque Nacional Faro Querandí dejó en evidencia que existen diversas formas de concebir a la naturaleza en su función de garantizar el futuro; es decir, que la garantía no siempre redundaría en establecer mejores estrategias para protegerla o preservarla. Las personas que viven en las inmediaciones de aquellas áreas movilizan diversos sentidos sobre qué es la naturaleza, para qué sirve y, fundamentalmente, qué esperan de ella. Estos sentidos son los que permiten cruzar o desarmar algunos de los discursos más “empaquetados” sobre la necesidad de resguardar todos aquellos espacios en donde la naturaleza parece verse acorralada por el avance de una cultura inquieta y “desalmada”.

En segundo lugar, el capítulo muestra que las temporalidades futuras delineadas en torno al parque, y sus recursos, son atravesadas por los tiempos económicos, los del turismo y los de la política. El análisis expone que los geselinos, al proyectar el futuro, no sólo piensan en los modos “correctos” de vincularse con la naturaleza; piensan, además, en los modos de subsistir económicamente, en la posibilidad de extender y sostener sus servicios turísticos, y en los enredos políticos y partidarios que se esconden detrás de estas propuestas.

El par de capítulos que conforman esta última parte de la tesis proponen analizar un conjunto de experiencias temporales que imaginan, proyectan, sueñan y crean realidades de lo posible. Experiencias que se vuelcan hacia el futuro como un espacio al que se desea y también se teme llegar. Dicho futuro se construye entre predicciones, incertidumbres, promesas, miedos, ansiedades y expectativas dibujadas desde un presente que acumula diversos cursos de tiempos pasados. Más allá de las situaciones concretas que opté por problematizar, el análisis transita interrogantes sobre lo que se conserva, lo que se cambia, lo que progresa y, también, lo que se trunca. Problematiza la potencia y los límites de las utopías, así como los cursos de posibilidad de determinados proyectos que prometen generar cambios profundos. En definitiva, estos capítulos nos muestran que entre lo que sucedió, lo que acontece y lo que podrá ser –entre el espacio de experiencias y el horizonte de expectativas (Koselleck, 1993)– se abre un campo de análisis fecundo para penetrar la complejidad de la vida social.

En este recodo de los senderos, me gustaría cerrar estos desenlaces con cuatro reflexiones más amplias. En primer lugar, si bien esta tesis buscó generar sus principales contribuciones en torno al tiempo –o al modo de experimentar diversos tiempos–, el espacio no quedó relegado a un rol secundario. El espacio, de hecho, se figuró como el reflejo o el eco de todas aquellas experiencias temporales registradas y conceptualizadas en esta investigación. Más allá de lo que indican las perspectivas teóricas o analíticas, el trabajo de campo me fue demostrando que no hay forma de practicar o representar el tiempo que esté por fuera del espacio. La relación es dialógica, intrincada y conflictiva, pero lo cierto es que las coordenadas temporo-espaciales van juntas, son inseparables.

En esta tesis ha quedado plasmado que interrogarnos sobre los senderos temporales implica recuperar los surcos que estos caminos realizan en el espacio. Así también, que para reconstruir las temporalidades situadas es necesario contextualizarlas espacialmente. El tiempo está hecho de espacio, así como el espacio de tiempo y, por esto, las situaciones sociales tratadas en cada capítulo exponen diversos procesos de espacialización del tiempo, así como también de temporalización del espacio.

Los senderos del tiempo me condujeron a explorar los distintos modos de habitar esta ciudad turística y balnearia. Una ciudad que parece travestirse con los cambios de estación; una ciudad mercantilizada que excluye, separa, segrega y limita las oportunidades de diversos sectores locales; una ciudad de la que se quiere huir, pero también a la que se quiere llegar; una ciudad que se proyecta en un pasado difuso; una ciudad que se debate entre la preservación y la explotación de los recursos de los cuales vive.

En segundo lugar, esta tesis puso el énfasis en las prácticas y representaciones temporales que se entretajan en una malla de senderos que como antropóloga, y caminante, pude recorrer. Hacer foco en estas temporalidades impulsó el análisis de lo múltiple y lo diverso, lo que convive en armonía o en tensión, y también lo que se anuda bajo la expresión de conflictos, tensiones o problemas sociales. Como hemos podido ver, hay diversos tiempos y también distintas formas de experimentar esos tiempos. Esta tesis avanza en esos dos sentidos. Por un lado, repone la agencia de tres tiempos poco problematizados por las agendas de investigación locales y, en este sentido, repone la agencia de la estacionalidad, el ritmo y el futuro en la delimitación de problemas concretos que atraviesan a un balneario bonaerense de punta a punta. Por otro lado, recupera los distintos modos de experimentar los tiempos a partir del análisis de un

conjunto de situaciones sociales diversas: las máscaras que se hacen piel; los mercados que especulan y siembran incertidumbre; los ritmos que expulsan, pero que también convocan; los pasados idealizados que se vuelven fuerzas utópicas; y, finalmente, los parques nacionales que instalan tantas confianzas como sospechas sobre el futuro.

En esta línea reflexiva, la investigación ensaya algunas hipótesis para explicar la variabilidad de experiencias observadas y analizadas en virtud de las situaciones sociales. La categoría de “experiencia” me permitió focalizar en esos modos de practicar y representar los tiempos en un contexto específico; es decir, me permitió recuperar múltiples “temporalidades”. Esas temporalidades –suscitadas por los cambios estacionales, las actividades cotidianas o los procesos históricos y cronológicos– no existen por fuera de los tiempos, pero se posicionan, a la vez, con el potencial de transformarlos. La experiencia del tiempo, así, se articula o emerge entre la fuerza de la estructura y la potencia de la agencia.

En tercer lugar, la investigación nos ha conducido a una suerte de laberinto borgeano: cada tiempo contiene diversos tiempos enredados dentro de sí. Como sostiene Bárbara Bender (2002), diferentes tiempos anidan dentro de cada tiempo y se vinculan entre sí motorizando la emergencia de experiencias temporales diferenciales. Si bien la investigación se centra en una tríada temporal, lo cierto es que otros tiempos han asumido lugares estratégicos al momento de explorarla. Se han convertido, así, en algunas de esas dimensiones sociales que iluminan, complejizan y matizan los fenómenos temporales abordados.

El tiempo se ha posicionado como el punto de partida del proceso de investigación: ¿qué es el tiempo?, ¿dónde se observa?, ¿cómo se captura?, ¿qué tipos de tiempos interactúan en la vida social?, ¿cómo se experimentan?, ¿qué tipo de conflictos sociales empujan? Todos estos interrogantes, bien amplios, se fueron moldeando de acuerdo a las formas situadas –a los bordes– del caso de estudio escogido.

El tiempo también fue tránsito. Como sostuve en reiteradas ocasiones, esta tesis invitó a sus lectores a recorrer un cúmulo de senderos que se despliegan en el tiempo o, para ser más específica, en diversos tipos de tiempos. Esos senderos, o temporalidades, fueron recorridos junto a los geselinos, que nos indicaron sus rumbos, sus cortes, sus bifurcaciones, sus cruces, sus solapamientos, sus comienzos, sus derivas y también sus finales. En este tránsito, el tiempo pasó a ser una excusa; es decir, la excusa que me

permitió abordar un conjunto de problemáticas sociales que, a simple vista, poco tenían que ver con los modos de concebir y practicar los tiempos. Así, las temporalidades –esas formas situadas de experimentar el tiempo– fueron arrojando luz sobre los procesos de desigualdad social y segregación, los movimientos poblacionales de entrada y de salida, los modos de construir y movilizar utopías y, también, sobre las formas de construir y vincularse con la naturaleza. Estos grandes problemas sociales pueden, sin dudas, ser abordados desde distintas aristas, pero el tiempo logró posicionarse como una dimensión social estratégica, productiva y potente para develar la complejidad social de dichos fenómenos.

Finalmente, el tiempo emergió como un punto de llegada. Este recorrido sinuoso a través de los senderos presentó algunos nudos temporales donde nos detuvimos a observar, explorar en detalle y reflexionar sobre la multifacética experiencia del tiempo en la ciudad de Villa Gesell. Cada capítulo es, de algún modo, una encrucijada que se abre entre los caminos. Pero, si nos tomamos el trabajo de mapear esas líneas temporales que fuimos dibujando junto a los geselinos, encontraremos que, más allá de los aportes específicos, esta investigación coloca al tiempo en el corazón mismo de lo social. El tiempo constituye y es constituido por los movimientos, las desigualdades, las rutinas, los acontecimientos extraordinarios, las transformaciones, las biografías, las generaciones, los rituales, las experiencias y las expectativas. El tiempo, en definitiva, enlaza y desenlaza a la vida social de múltiples formas. Es, como se dice del horizonte, una línea que siempre está más allá

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abramo, P. (Org.) (2003). *A cidade da informalidade. O desafio das cidades latinoamericanas*. Río de Janeiro: Sette Letras. FAPERJ.
- Abrantes, L. (2018). *Habitar entre polos. Una etnografía de las experiencias de transformación urbana en una ciudad media bonaerense*. Tesis para optar por el título de Magíster en Antropología Social. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Argentina.
- Abrantes, L. y Felice, M. (2015). “¿Ciudad sin jóvenes o jóvenes sin ciudad? Reflexiones sobre el derecho a la ciudad en jóvenes que habitan en ciudades intermedias”. En *Cuaderno Urbano*, vol. 19, núm. 19, pp. 115-136.
- Abrantes, L. y Trimano, L. (2021). “Entre motivaciones y efectos. Movilidades residenciales en la Argentina contemporánea”. En *Cadernos Metrópole*, vol. 23, núm. 50, pp. 127-153.
- Abrantes, L., Greene, R. y Trimano, L. (27 de junio de 2020). “Huir de la metrópolis y de la pandemia”. En *CIPER Académico*. Recuperado el 15 de marzo de 2021 de: <https://www.ciperchile.cl/2020/06/27/huir-de-la-metropolis-y-de-la-pandemia/>
- Administración Nacional de Parques Nacionales (APN) (18 de diciembre de 2019). Convenio para la creación de un Área Protegida. Recuperado el 17 de marzo de 2021 de: <https://www.argentina.gob.ar/noticias/convenio-con-mar-chiquita-para-la-creacion-de-un-area-protegida>
- Aínsa, F. (2016). “Los senderos de la Utopía también se bifurcan. 45 años de viaje buscando llegar a alguna parte”. En *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 21, núm. 75, pp. 139-154.
- Alumnos de la Escuela de Educación Media N°1 (2012). *Historia de la Escuela de Educación Media N° 1 de Villa Gesell - 30 aniversario*. Trabajo presentado en el marco del taller "Morfología Visual" coordinado por Mariel Galarza. Villa Gesell. Recuperado el 04 de diciembre de 2016 de: <https://www.youtube.com/watch?v=W8fWt6Oa6eI>
- Arach, O. (2003). “Ambientalismo, desarrollo y transnacionalidad: las protestas sociales en torno a la represa de Yacyretá”. En E. Jelin (Comp), *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Arango, J. (2000). “Enfoques conceptuales y teóricos para explicar la migración”. En *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. 53, núm. 3, pp. 282-296.
- Arfuch, L. (2018). “La ciudad como autobiografía”. En R. Greene (Ed.). *Conocer la ciudad. Imaginarios, métodos, cartografías, sentidos*. Santiago de Chile: Bifurcaciones.
- Augé, M. (2003). *El tiempo en ruinas*. Barcelona: Gedisa.
- Augé, M. (2008). *El Viaje imposible. El Turismo y sus Imágenes*. Barcelona: Gedisa.
- Auyero, J. (2013). “Etnografía y teoría social. Entrevista al sociólogo Javier Auyero” (Jefferson Jaramillo Marín y Carlos del Cairo entrevistadores). En *Universitas Humanística*, núm. 75, pp. 359-377. Recuperado el 15 de abril de 2021 de:

<file:///Users/luciadeabrantes/Downloads/5959-Texto%20del%20art%C3%ADculo-23096-2-10-20130724.pdf>

- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación*. Madrid: Taurus.
- Bajtín, M. (1995). *Estética de la creación verbal*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Balbi, F. (2007). “Entre el futuro del recurso y el futuro de los hijos: usos de términos y expresiones ambientalistas entre los pescadores del Delta del río Paraná”. En *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 26, pp. 87-105.
- Ballent, A. (2014). “Entre el mercado y la obra estatal. Itinerarios del chalet californiano”. En A. Ballent y F. Liernur *La casa y la multitud. Vivienda política y cultura en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ballent, A. y Gorelik, A. (2002). “País urbano o país rural: la modernización territorial y su crisis”. En A. Cataruzza (Dir.), *Nueva Historia Argentina, tomo VII, Los años treinta*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Barbini, B. (2010a). “Diagnóstico de factibilidad para la implementación de estrategias de reconversión turística: el caso de Mar del Plata”. En *Aportes y Transferencias*, 14(2), pp. 101-120.
- Barbini, B. (2010b). “Dimensión socio-cultural: actividad turística y capital social local. A propósito de Tandil y Villa Gesell”. En J. C. Mantero (Ed.), *Turismo y territorio. Del diagnóstico a la proposición de desarrollo turístico. A propósito de la Provincia de Buenos Aires*. Mar del Plata: CIT.
- Barley, N. (2015). *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*. Barcelona: Anagrama.
- Barley, N. (2020). “Exposiciones de nosotros mismos”. En *Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 15, núm. 2, pp. 212-232.
- Barreto, M. y Otamendi, A. (2015). “Antropología y turismo en los países del Plata (Argentina y Uruguay)”. En *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, vol. 13, núm. 2, pp. 283-294.
- Barthes, R. (1999). *Mitologías*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopía*. Ciudad de México: Paidós.
- Bellet, C. y Llop Torné, J. M. (2004). “Miradas a otros espacios urbanos: las ciudades intermedias”. En *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VIII, núm. 165, pp. 1-28.
- Bender, B. (2002). “Time and Landscape”. En *Current Anthropology*, vol.43, Supplement, pp. 103-112.
- Benjamin, W. (2008). “Sobre el concepto de Historia” en W. Benjamin, *Obras, Libro 1, volumen 2*. Madrid: Abada Editores.
- Benseny, G. (2015). “Cuestiones ambientales en destinos costeros. El caso Santa Clara del Mar”. En G. Benseny (Ed.), *Turismo y desarrollo en destinos costeros de la Provincia de Buenos Aires. Una aplicación en Santa Clara del Mar, Argentina*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.

- Benseny, G. (2006). "El espacio turístico litoral". En *Revista Aportes y Transferencias Tiempo Libre Turismo y Recreación*, año 10, vol. 2, pp. 102-122.
- Benseny, G. (2008). "La problemática ambiental en urbanizaciones turísticas litorales". En *Aportes y Transferencias*, 12(1), pp. 105-125.
- Benseny, G. (2010). "La percepción ambiental del turista en destinos de litoral. Estudio comparativo entre Villa Gesell y Pinamar (Argentina)". Ponencia presentada en *IV Congreso Latinoamericano de Investigación Turística*, Montevideo, 22-24 septiembre 2010.
- Benseny, G. (2011). *La zona costera como escenario turístico. Transformaciones territoriales en la Costa Atlántica Bonaerense. Villa Gesell (Argentina)*. Tesis de Doctora en Geografía: Universidad Nacional del Sur.
- Benseny, G. (2012). "Turismo y territorio. La cuestión ambiental en urbanizaciones costeras de la Provincia de Buenos Aires (Argentina)". En *IX Bienal del Coloquio de Transformaciones Territoriales, San Miguel de Tucumán*. 8-10 agosto 2012.
- Benseny, G. y Padilla, N. (2014). Análisis del paisaje costero de Santa Clara del Mar, Argentina. En *Revista Geográfica Digital*, año 11, núm. 21.
- Bertonatti, C. y Pérez, L. (2016). "Turismo en las costas bonaerenses: entre el desarrollo que destruyó y el progreso que conservará". En J. Athor y C. Celsi (Eds.), *La Costa Atlántica de Buenos Aires: naturaleza y patrimonio cultural*. Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara.
- Bertoncello, R. (2006). Turismo, territorio y sociedad. "El 'mapa turístico de la Argentina'". En A. Geraiges de Lemos, M. Arroyo y M. L. Silveira /Eds.). *América Latina: cidade, campo e turismo*. San Pablo: CLACSO. Recuperado el 5 de junio de 2018 de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/edicion/lemos/18berton.pdf>
- Blanc, M. (2015). "Efeito 'pequena cidade': ensaio por uma sociologia da vida cotidiana". En *Reunión de Antropología del Mercosur*. Departamento de Antropología Social, Universidad de la República, Montevideo.
- Blanco Esmoris, M. F., Confino, H., Abrantes, L. González Tizón, R., Raffaele, A. y Verdenlli, J. (2020). "Introducción". En M. F. Blanco Esmoris, H. Confino, L. Abrantes, R. González Tizón, A. Raffaele y J. Verdenlli (Comp.) *Experiencias en contexto*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Blasco, M. (2007). "Los museos históricos en la Argentina entre 1889 y 1943". En *XI Jornadas Interescuelas*, Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.
- Boix Domenech, R. (2003). *Redes de ciudades y externalidades*. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Borges, J. L. (1974). "El jardín de los senderos que se bifurcan". En *Obras Completas* Buenos Aires: Emecé.
- Borja, J. (2 de julio de 2014). La ciudad y el derecho a la belleza. En *El Respetable*, México. Recuperado el 18 de julio de 2021 de: <https://www.jordiborja.cat/la-ciudad-y-el-derecho-a-la-belleza/>

- Bourdieu, P. (1994) “El campo científico”. En *Redes: revista de estudios sociales de la ciencia*, vol. 1(2), pp.129-160.
- Bourdieu, P. (2013). *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bruno, P. (2019). *Una Historia de balnearios: Urbanismo y nuevas fundaciones en el litoral marítimo bonaerense, 1920-1940*. Mar del Plata: EUDEM.
- Butler, R. W. (1980). “The Concept of a Tourist Area Cycle of Evolution: Implications for Management of Resources”. En *Canadian Geographer*, vol. 24(1), pp. 5-12.
- Calvino, Í. (2007). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela.
- Camus, A. (2012 [1947]). *La peste*. Buenos Aires: Edhasa.
- Capel, H. (2002). *La morfología de las ciudades. Vol I. Sociedad, cultura y paisaje urbano*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Carbonell Camós, E. (2004). *Debates acerca de la antropología del tiempo*. Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona.
- Carbonell, E. (2004). *Debates acerca de la antropología del tiempo*. Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona.
- Carman, M. (2011). *Las trampas de la naturaleza: medio ambiente y segregación en Buenos Aires*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Carman, M. y González Carman, V. (2016). “La fragilidad de las especies: tensiones entre biólogos y pescadores artesanales en torno a la conservación marina”. En *Etnográfica*, vol. 20, núm. 2, pp. 411-438.
- Castagna, G. (1994). “La generación del '60: paradojas de un mito”. En S. Wolf (Ed.), *Cine argentino. La otra historia*. Buenos Aires: Letra Buena.
- Castell, M. (2003). “El reverdecimiento del yo: el movimiento ecologista”. En: M. Castell, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad. V. II*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Castellani, L. (2011). “El pensamiento urbanístico de Carlos Gesell”. En J. Dadon (Ed.) *Ciudad, paisaje, turismo. Frentes urbanos costeros*. Buenos Aires: Nobuko.
- Castellani, L. (Comp.) (1997). *La novela de Villa Gesell. Urbanismo interactivo. Búsqueda de la entidad, la vocación y el destino de una ciudad*. Villa Gesell: Ediciones de autor.
- Castellucci, D. y Varisco, C. (2012). “Turismo, desarrollo y empresas: el caso del Partido de Villa Gesell, Argentina”. En *Congresso Latino-Americano de Investigaçãõ Turística*, 5, São Paulo, 3-5 de septiembre.
- Champagne, P. (2012). “Los campesinos van a la playa”. En *Revista Del Museo De Antropología*, 5(1), pp. 101–106.
- Chaves, M. (2005). *Los espacios urbanos de jóvenes en la ciudad de La Plata*. Tesis de doctorado en Ciencias Naturales (or. Antropología. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Recuperada el 10 de julio de 2018 de: http://naturalis.fcnym.unlp.edu.ar/repositorio/_documentos/tesis/tesis_0875.pdf

- Clarín (23 de enero de 2001). “Mar de las pampas: un bosque alejado del mundanal ruido”. En *Clarín*. Recuperado el 15 de junio de 2019 de: https://www.clarin.com/sociedad/mar-pampas-bosque-alejado-mundanal-ruido_0_S10Z2sMxRYg.html
- Clarín (26 de junio de 2010). “Un grupo de capitales locales construye un condominio de us\$ 20 millones. Polémica por un proyecto inmobiliario sobre los médanos de Villa Gesell”. En *Clarín*. Recuperado el 15 de marzo de 2021 de: https://www.clarin.com/sociedad/Polemica-proyecto-inmobiliario-Villa-Gesell_0_B18mhw1AD7e.html
- Cóccaro, J. M. (2009) “El litoral, ¿un espacio con vocaciones específicas?”. En *Geografía y Espacio Oceánico Costero. Hacia una propuesta teórico-metodológica para la acción desde nuestra situacionalidad*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, pp. 1- 20.
- Concejo Deliberante de Villa Gesell. *Debate 9 de mayo*. Recuperado el 15 de marzo de 2021: <https://hcdvillagesell.com>
- Corbin, A. (1993). *El Territorio del Vacío. Occidente y la Invención de la Playa*. Barcelona: Mondadori.
- Corbin, A. y Richard, H. (2005). *El mar. Terror y Fascinación*. Buenos Aires: Paidós.
- Cruz, Gonzalo (2010). *Análisis del entramado institucional involucrado en la gestión de destinos turísticos. Los casos de Villa Gesell y Pinamar (Argentina)*. Tesis para optar por el título de magíster, Universidad Internacional de Andalucía.
- D'Ambrosio Camarero, L. (2017). “La experimentación perceptual de la costa y el mar: un estudio con surfistas, biólogos y pescadores artesanales”. En *Tessituras*, vol. 5, núm. 1, pp. 29-55.
- D'Ambrosio Camarero, L. (2018). *Leer el mar: habitando la costa, la tierra y el mar con surfistas, pescadores artesanales y biólogos, en la Costa Este de Uruguay*. Tesis de doctorado en Antropología Social, Universidad Nacional de San Martín.
- Da Matta, R. (1985). *A casa e a rua*. San Pablo: Brasiliense.
- Dadon, J. (2002). “El impacto del turismo sobre los recursos naturales costeros en la costa pampeana”. En R. Dadon y S. D. Matteucci, (Eds.), *Zona Costera de la Pampa Argentina*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Dadon, J. (2005). “Historia ambiental y turismo en la costa bonaerense: De playas, vacaciones y ecología”. En *Revista Todo es Historia*, núm. 450, pp. 54-62.
- Dadon, J. (2011). “Patrones de urbanización turística costera”. En J. Dadon (Ed.) *Ciudad, paisaje, turismo. Frentes urbanos costeros*. Buenos Aires: Nobuko.
- Dalsgaard, S. y and Nielsen, M. (Eds.) (2016). *Time and the field*. New York: Berghahn Books.
- Descola, P. (2005). *Las lanzas del crepúsculo. Relato jíbaros. Alta Amazonia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Descola, P. (2012). *Más allá de la naturaleza y de la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Dosso, R. y Muñoz, M. J. (2011). *Caracterización paisajística de la localidad de Villa Gesell*. Mar del Plata: Centro de Investigaciones Turísticas.

- Douglas, M. (1996). *Cómo piensan las instituciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dupey, A. M. (1995) “El poder escondido de los símbolos en las inversiones en turismo”. En *Estudios y Perspectivas en Turismo*, núm. 4(1), pp. 7 -11.
- Dupey, A. M. (1998). “Folklore y Turismo”. En *Estudios y Perspectivas en Turismo*, núm. 7(1), pp. 24 -31.
- Dupey, A. M. (2000). “La práctica del antropólogo en los proyectos turísticos”. En *Estudios y Perspectivas en Turismo*, núm. 9(1), pp. 72-83.
- Durkheim, E. (2007 [1912]). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- El Federal (13 de mayo de 2016). “En Villa Gesell no quieren que haya un Parque Nacional”. En *El Federal*. Recuperado el 16 de marzo de 2021 de: <https://www.elfederal.com.ar/en-villa-gesell-no-quieren-que-haya-un-parque-nacional/>
- El fundador (18 de diciembre de 2019). *Aumento y tarifa diferenciada para geselinos*. Recuperado el 1 de enero de 2020 de: <https://elfundadoronline.com/nota/53793-aumento-y-tarifa-diferenciada-para-geselinos>
- El Fundador (6 de julio de 2018). Entrevista a Julio Longo: el primer delegado municipal. En *El Fundador*, pp. 15. Recuperado el 5 mayo de 2020 de: <https://issuu.com/elfundador/docs/edicion-06-07>
- Eliade, M. (1991). *Mito y realidad*. Barcelona: Editorial Labor.
- Elias, N. (1998). *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma.
- Elias, N. (2008). *Sobre el tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Ercolani, P. y Benseny, G. (2010). “Aportes metodológicos para la configuración del espacio turístico a través de la dimensión espacio-temporal”. En *Revista Aportes y Transferencias Tiempo Libre Turismo y Recreación*, año 10, vol.1, pp. 59-80.
- Evans-Pritchard, E. (1992 [1940]). *Los Nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Evens, T. y Handelman, D. (2006). *The Manchester School. Practice and Ethnographic Praxis in Anthropology*. New York, Berghahn Books.
- Fabian, J. (2020). *El tiempo y el otro. Como construye su objeto la antropología*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Faccio, Y. y Noel, D. (2019). “Nostalgia is a Weapon”. Utopías Metropolitanas y Ruralidad Hiperreal. En *Quid 16*, núm. 11, pp. 109-136.
- Ferrero, B. (2013). “La conservación de la naturaleza como arena de acción política: dos conflictos en la provincia de Misiones”. En *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, vol. XI, núm.15, pp. 33-54.
- Ferrero, B. (2018). “Tras una definición de las áreas protegidas. Apuntes sobre la conservación de la naturaleza en Argentina”. En *Revista Universitaria de Geografía*, vol. 27, núm. 1, pp. 99-117.
- Ferrero, B. (2008) “Más allá del dualismo naturaleza-sociedad: poblaciones locales y áreas protegidas en Misiones”. En: L. Bartolomé y G. Schiavoni (Comp.), *Desarrollo y estudios rurales en Misiones*. Buenos Aires: CICCUS.

- Festa, C. (2016). "Corto y pego. Corto y pego. Corto y pego". En *Letras*, núm.5. pp. 15-19.
- Fischer, M. (2019). *Villa Gesell: ¿Ciudad cultural? Las representaciones en torno a la actividad cultural de una ciudad no metropolitana*. Tesis para optar por el título de Magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural. Universidad Nacional de San Martín.
- Fischer, M. (2021). *Las dinámicas de la "cultura" en dos ciudades no metropolitanas de la Provincia de Buenos Aires*. Tesis para obtener el título de Doctora en Sociología. Universidad Nacional de San Martín.
- Flores, F. (2013). "Turismo y religión. El caso de Luján como espacio turístico-religioso". En *X Reunión de Antropología del Mercosur*. UNC, Córdoba. 10 a 13 de julio.
- Fonseca, C. (2000). *Familia, fofoca e honra: etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre: Editora da Universidade/UFRGS
- Galani-Moustafi, V. (2000). "The Self and the Other. Traveler, ethnographer, tourist". En *Annals of Tourism Research*, núm. 27 (1), pp. 203-224.
- Gambier, M. (15 de diciembre de 2002). "Mariano Llinás sobre la costa. El director de Balnearios cuenta pormenores de una película que resultó desopilante". En *La Nación*. Recuperado el 1 de mayo de 2019 de: <https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/mariano-llinas-sobre-la-costa-nid457753/>
- García, M. (2016). "Villa Gesell, paraíso de la juventud. Reflexiones y nostalgias de los '60 y '70". En *Revista de Historia Bonaerense*, año XXIII, núm. 45, s/p.
- Gaztañaga, J. (2013). "Trabajo político: hacia una teoría etnográfica desde las relaciones causales y la importancia de las acciones". En *Alteridades*, vol. 23, núm. 46, pp. 111-126.
- Gaztañaga, J. y Koberwein, A. (2017). "Etnografía, comparación y procesos regionales: el problema de la escala". En F. Balbi (Comp.), *La comparación en antropología social: problemas y perspectivas*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gell, A. (1992) *The Anthropology of Time*. Oxford: Berg.
- Gesell, R. (1983). *Carlos Idaho Gesell. Su Vida*. Villa Gesell: Edición de autor.
- Giddens, A. (1997). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Madrid: Amorrortu.
- Giddens, A. (1999). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Gluckman, M. (1963). "Gossip and Scandal". En *Current Anthropology*, vol. 4, núm. 3, pp. 307-316.
- Gluckman, M. (1968). *Analysis of a Social Situation in Modern Zululand*. Manchester: Manchester University Press.
- Goffman, E. (2001). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

- González, J. (2012). “Las categorías de espacio y tiempo en el marco teórico de la postmodernidad”. En *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, núm. 27, pp. 19-28.
- Gordillo, G. (2010). “Historias de los bosques que alguna vez fueron pastizales: la producción de la naturaleza en la frontera Argentino-Paraguaya”. En *Población y Sociedad*, vol. 17, núm. 1, pp. 59-79.
- Gordillo, G. (2018). *Los escombros del progreso. Ciudades perdidas, estaciones abandonadas y deforestación sojera en el norte argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gorelik, A. (2004). *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gorelik, A. (2011). “La memoria material: ciudad e historia”. En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, núm. 33, pp. 181-187.
- Gorelik, A. y Silvestri, G. (1992). “El pasado como futuro. Una utopía reactiva en Buenos Aires”. En *Punto de Vista*, núm. 42, pp. 22-26.
- Greene y Abrantes (2021). “Ni urbano ni rural: lo ‘citadino’ como tipología para pensar la ciudad no metropolitana”. En *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, vol. 47, núm. 141, pp. 231-250.
- Greene, R. y Abrantes, L. (2018). “El modo de vida en ciudades no-metropolitanas: disolviendo el binarismo urbano/rural”. En R. Greene (Ed.). *Conocer la ciudad. Imaginarios, métodos, cartografías, sentidos*. Santiago de Chile: Bifurcaciones.
- Greene, R., Abrantes, L. y Trimano, L. (2020). “Nos/otros: Fantasías geográficas, fricciones y desengaños”. En *Revista ARQ*, núm. 106, pp. 92-103.
- Greenhouse, C. (1996). *A Moment's Notice. Time Politics across Cultures*. Ithaca: Cornell University Press.
- Grimson, A. (Comp.). (2007). *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Grimson, A. (2012). *Mitomanías argentinas. Cómo hablamos de nosotros mismos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guerrera, M. (2019). *Qué hacemos en invierno*. Mar Azul: Ediciones de Autor.
- Gutiérrez, R. y Isuani, F. (2014). “La emergencia del ambientalismo estatal y social en Argentina”. En *Revista de Administración Pública*, vol. 48, núm. 2, pp. 295-322.
- Hall, E. (1959). *The Silent Language*. Nueva York: Doubleday & Company.
- Hall, E. (1983). *The dance of life: the other dimension of time*. New York: Anchor Books.
- Hall, E. (2005). *La dimensión oculta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hall, S. y Jefferson, T. (2010). *Resistencia a través de rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la posguerra*. Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata.

- Hannerz, U. (1986). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. Ciudad de México: Fondo Nacional de Cultura Económica.
- Haraway, D. (1999). “Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/ble”. En *Política Y Sociedad*, vol. 30, pp. 121-163.
- Harvey, D. (1994). “La construcción social del espacio y del tiempo: una teoría relacional”. En *Simposio de Geografía Socioeconómica*. Asociación de Geógrafos Japoneses en la Universidad de Nagoya. Japón, 15 de octubre. Recuperado el 15 de abril de 2019 de: <https://es.scribd.com/document/215228441/La-construccion-social-del-espacio-y-del-tiempo-Harvey-David>
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, D. (2007). *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal.
- Hernández, F. (2009). “Cultura de la Playa: Socialización, Ocio y Territorio en los Balnearios de la Costa Atlántica Bonaerense”. En *Argos*, vol. 25, núm 51, pp. 48-66.
- Hernández, F. (2019). “Estudio sobre la mercantilización de las playas en la costa marítima bonaerense”. En *Estudios Socioterritoriales*, núm. 25, pp. 1-26.
- Hernández, F. (2019b). “De la defensa del mercado inmobiliario a la defensa del médano costero. Gobierno municipal y protesta social en Villa Gesell (1961 y 2011)”. En *XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado el 16 de febrero de 2021 de: <https://cdsa.aacademica.org/000-023/223.pdf>
- Hernández, F. (2020). “Estudio geográfico de un litigio judicial. Un caso en Villa Gesell (Provincia de Buenos Aires)”. En *Geograficando*, vol. 16, pp. 1-23.
- Honorable Concejo Deliberante. Municipalidad de Villa Gesell (1996). *Ordenanza Municipal 1459/96*. Recuperada el 2 de marzo del 2020 de: <https://hcdvillagesell.com/ordenanza-1459-96/>
- Hughes, D. O. y Trautmann, R. (1998). *Time: histories and ethnologies*. Michigan: University of Michigan Press.
- ImpulsoBaires (22 de abril de 2018). *Crece el conflicto por el transporte público en Villa Gesell, que no funciona hace dos meses*. Recuperado el 19 de noviembre de 2019 de: https://www.impulsobaires.com.ar/nota/263204/crece_el_conflicto_por_el_transporte_publico_en_villa_gesell_que_no_funciona_hace_dos_meses/
- INDEC (2010). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas. Argentina: Instituto Nacional de Estadística y Censos. Obtenido de Instituto Nacional de Estadísticas y Censos: http://www.indec.gov.ar/nivel4_default.asp?id_tema_1=2&id_tema_2=41&id_tema_3=135
- Ingold, T. (2013). “La temporalidad del paisaje” (M. Lepori, Trad.). Recuperado el 30 de agosto de 2019 de: <https://cupdf.com/document/ingold-la-temporalidad-del-paisaje-trad-lepori.html>

- Ingold, T. (2015a). "Contra el espacio: lugar, movimiento, conocimiento". En *Revista Latinoamericana de Políticas y Acción Pública*. vol.2, núm. 2, pp. 9-26.
- Ingold, T. (2015b). *Líneas. Una breve historia*. Barcelona: Gedisa.
- Instituto de la Espacialidad Humana (2018). *Plan Urbano Villa Gesell. Etapa Diagnóstico*. Recuperado el 15 de septiembre de 2019 de: <https://www.1036.com.ar/proyectos/urbanismo/pu-vg/>
- Iparraguirre, G. (2011). *Antropología del Tiempo. El caso mocoví*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- Iparraguirre, G. (2014). "Temporalidad, espacialidad y rítmicas culturales: etnografía y dinámicas sociales". Ponencia presentada en *XI Congreso Argentino de Antropología Social*, Rosario, julio 2014.
- Iparraguirre, G. (2016). "Imaginario social y rítmicas culturales del desarrollo territorial. Patrimonio, turismo y producción agropecuaria en el Sudoeste Bonaerense, Argentina". En *RUNA, Archivo Para Las Ciencias Del Hombre*, 37(2), pp. 115-116.
- James, W. y Mills, D. (2005). *The Qualities of Time. Anthropological Approaches*. New York: Berg.
- Jelin, E. (2004). "Reflexiones (localizadas) sobre el tiempo y el espacio". En A. Grimson (Comp.), *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Juárez, V y Mantobani, J. (2006). "La costa bonaerense: un territorio particular". En F. Isla y C, Lasta (Eds.) *Manual de Manejo Costero para la provincia de Buenos Aires*. Mar del Plata: Editorial Universitaria de Mar del Plata.
- Kempny, M. (2006). "History of the Manchester 'School' and the Extended-Case Method". En T. M. Evens y D. Handelman, (Eds.), *The Manchester School. Practice and Ethnographic Praxis in Anthropology*. New York: Berghahn Books.
- Kessler, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad: 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Koberwein, A. (2019). "Temporalidades e incertidumbre en el contexto de una crisis hídrica en la provincia de Córdoba, Argentina". En *Astrolabio*, núm. 23, pp. 266-293.
- Koselleck, R. (1993). "«Espacios de experiencia» y «Horizontes de expectativa». Dos categorías históricas". En R. Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Labra, D. (2013). "La duda y la ironía. Un recorrido de los años sesenta a través de la filmografía selecta de Rodolfo Kuhn". En *Estudios de Teoría Literaria. Revista Digital: artes-letras-humanidades*, vol. 1, núm. 3, pp. 99-112.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Latour, B. (2012). *Nunca fuimos modernos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Latour, B. (2017). *Cara a cara con el planeta tierra*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Latour, B. (2020a). “Esperando a Gaia. Componer el mundo común mediante las artes y la política”. En *Cuadernos de Otra Parte*, pp. 67-76. Recuperado el 24 de marzo de 2021 de: <http://www.bruno-latour.fr/>
- Latour, B. (2020b). “L’histoire terrestre entre dans l’histoire humaine”. En *Philosophie Magazine*, s/p. Recuperado el 24 de marzo de 2021 de: <https://www.philomag.com/articles/bruno-latour-lhistoire-terrestre-entre-dans-lhistoire-humaine>
- Leach, E. (1971). *Replanteamiento de la Antropología*. Barcelona: Seix Barral.
- Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (2007). *Análisis del Ritmo. Ritmo-análisis. Espacio, tiempo y vida cotidiana*. Paris: Ediciones Syllepse.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lemebel, P. (2005). “Las locas del verano leopardo”. En P. Lemebel *La esquina es mi corazón*. Santiago de Chile: Seix Barral.
- Letra P (12 de octubre de 2017) *Crisis de transporte en Gesell: Nación no gira los subsidios y continúa el paro*. Recuperado el 19 de noviembre de 2019 de: <https://www.letrap.com.ar/nota/2017-10-12-13-49-51-crisis-de-transporte-el-gesell-nacion-no-gira-los-subsidios-y-continua-el-paro>
- Letra P (20 de febrero de 2018). *Conflicto de transporte en Gesell: la UTA rechazó cooperativizar el servicio*. Recuperado el 19 de noviembre de 2019 de: <https://www.letrap.com.ar/nota/2018-2-20-10-38-0-conflicto-de-transporte-en-gesell-la-uta-rechazo-cooperativizar-el-servicio>
- Lévi-Strauss, C. (1988). *Mitológicas I. Lo crudo y lo cocido*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Lévi-Strauss, C. (1990). *De cerca y de lejos*. Madrid: Alianza.
- Lévi-Strauss, C. (2004). *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*. Buenos Aires: Siglo XXI .
- Levine, R. (2006). *Una geografía del tiempo. O cómo cada cultura percibe el tiempo de manera un poquito diferente*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ley N° 22.351. Parques Nacionales, Monumentos Naturales y Reservas Nacionales. *Publicada en el Boletín Oficial*. (4 de noviembre de 1980). Recuperado el 17 de marzo de 2021 de: <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/15000-19999/16299/texact.htm>
- Lindenbaum, S. (2002). “Fore Narratives Through Time: How a Bush Spirit Became a Robber, Was Sent to Jail, Emerged as the Symbol of Eastern Highlands Province, and Never Left Home”. En *Current Anthropology*, vol. 43, pp. 63-73.
- Liponzky, T. (2018). *Temporalidades juveniles, territorio y memoria. El Programa Jóvenes y memoria en Córdoba*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Longo, J. (2016). “Temporalidades de los jóvenes en el trabajo. Sentidos del trabajo y experiencias del conflicto de empleados de empresas de supermercados durante la posconvertibilidad”. En *Theomai*, núm. 33, pp. 101-122.

- Los Girasoles (2015). “Con las temporadas no alcanza”. En *Los Girasoles*. Recuperado el 15 de marzo de 2021 de: <http://www.cnagirasoles.com.ar/>
- Lozato-Giotart, J. (1990). *Geografía del turismo: del espacio contemplado al espacio consumido*. Barcelona: Editorial Masson.
- Luquez, J. A. (1987). *Característica Morfológica de la Playa. Una Contribución a su conocimiento*. Villa Gesell: Delegación Minera. Municipalidad de Villa Gesell.
- Lynch, K. (1959). *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Infinito.
- MacDonald, K. (2003). *Community-based conservation: A reflection on History*. Unpublished MS. Recuperado el 16 de marzo de 2021 de: https://www.researchgate.net/publication/253611473_Community-Based_Conservation_A_Reflection_on_History/citations
- Malinowski, B. (1973 [1922]). *Los Argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Península.
- Malinowski, B. (1993). *Ciencia, magia y religión*. Barcelona: Planeta.
- Mantero, J. C. (2002). “Turismo y ambiente: centros turísticos del litoral atlántico. Diagnóstico y proposición”. En J. C. Mantero *Ocio y desarrollo personal. Enfoques y perspectivas II*. Buenos Aires: USAL.
- Mantero, J. C., Bertoni, M. y Barbini, B. (1999). “Encuesta a Residentes”. En *Aportes y Transferencias*, 3 (1), pp. 125-208.
- Mantero, J. C., Bertoni, M., Benseny, G. y Barbini, B. (1997). “Afrontar la estacionalidad: Mar del Plata”. En *Aportes y Transferencias*, 1(1), pp.75-107.
- Mantero, J.C. (2010) (Comp.) *Turismo y Territorio. Del Diagnóstico a la Proposición del Desarrollo Turístico a propósito de la Provincia de Buenos Aires*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Mantobani, J. (2000). *Más allá de la ciudad del actor y el sistema. Repensando el proceso de producción del espacio urbano a partir de los aportes de Norbert Elias*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Mar del Plata. Recuperado el 22 de septiembre de 2018 de: http://nulan.mdp.edu.ar/532/1/mantobani_jm.pdf
- Mantobani, J. M. (2004). *El papel de la sociabilidad en la construcción del territorio de la Costa de la Provincia de Buenos Aires, un enfoque geográfico. Mar del Plata, fines del siglo XIX*. Mar del Plata: Suárez.
- Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marconini, S y Lopez R. (1995) *Estrategias para el manejo costero de Villa Gesell*. Villa Gesell: Municipalidad de Villa Gesell.
- Mardelaspampas.com.ar (2020). *Historia de Mar de las Pampas*. Recuperado el 1 de mayo de 2019 de: <https://mardelaspampas.com.ar/historia.php>
- Margulis, M. (2015). “Juventud o juventudes. Dos conceptos diferentes”. En *Voces del Fenix*, pp. 6-13. Recuperado el 7 de mayo de 2018 de: https://vocesenelfenix.com/sites/default/files/pdf/1_18.pdf
- Margulis, M. (Ed.) (2005). *La cultura de la noche*. Buenos Aires: Biblos.

- Margulis, M. y Urresti, M. (1998). “La construcción social de la condición de juventud”. En AAVV, *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central – DIUC.
- Margulis, M. y Urresti, M. (2008). “La juventud es más que una palabra”. En M. Margulis (Ed.) *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- Masor, O. (1975). *La Historia de Villa Gesell*. Villa Gesell: Gesatel.
- Masseroni, S. (2018). “Los estudios sobre migraciones y la formación de investigadores en Argentina”. En @-migrinter. *Poitiers*, vol. 17, s/p.
- Mastrangelo, A. (2009). Análisis del concepto de recursos naturales en dos estudio de caso en Argentina. En *Ambiente & Sociedad*, vol. VII, núm. 2, pp. 341-355.
- Mathivet, C. (2010). “El derecho a la ciudad: claves para entender la propuesta de crear ‘otra ciudad posible’” En A. Sugranyes y C. Mathivet (Ed.) *Ciudades para tod@s: Por el derecho a la ciudad, propuestas y experiencias*. Santiago de Chile: Habitat International Coalition.
- Mauss, M. y Beuchat, H. (1979 [1905]). “Ensayo sobre las variaciones estacionales de las sociedades esquimales”. En M. Mauss (Ed.) *Sociología y antropología*. Madrid: Técnos.
- Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires (2008). *Informe de gestión. Ejercicio 2008*. Recuperado el 2 de marzo del 2020 de: <https://www.trabajo.gba.gov.ar/informacion/Publicaciones%20P%C3%A1gina/Informe%20de%20Gesti%C3%B3n%202008.pdf>
- Mitchell, J. C. (1956). *The Kalela Dance: Aspects of Social Relationships Among Urban Africans in Northern Rhodesia*. Manchester: Manchester University Press.
- Montero, D., Artieda, M. y Parraviccini, S. (2009). “El largo día después” (Judith Gociol entrevistadora). En *El monitor de la educación*, núm. 20, pp. 4-8. Recuperada el 9 de julio de 2018 de: http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/monitor/monitor/monitor_2009_n20.pdf
- Monumentos históricos nacionales. Decreto 784/2013 (Boletín Oficial N° 32666 25 de junio de 2013).
- Municipalidad de Villa Gesell (2008). *Autonomía Municipal de Villa Gesell. Historia y Documentos*. Villa Gesell: Municipalidad de Villa Gesell.
- Munn, N. (1992) “The Cultural Anthropology of Time: a Critical Essay”. En *Annual Review of Anthropology*, vol.21, pp.93-123.
- Nacuzzi, L. y Lucaioli, K. (2011). “El trabajo de campo en el archivo: campo de reflexión para las ciencias sociales”. En *Publicar*, año IX, núm. X, pp. 47-62.
- Nash, D. (1996). *Anthropology of tourism*. Oxford: Pergamon.
- Navarro Floria, P. (2008). “El proceso de construcción social de la región del Nahuel Huapi en la práctica simbólica y material de Exequiel Bustillo (1934-1944)”. En *Revista Pilquen, Sección Ciencias Sociales*, vol. 10, pp. 1-14.

- Nazar, M. (2010). “En torno a la especificidad del archivo como territorio para la investigación”. En *Sextas Jornadas sobre etnografía y métodos cualitativos*. Buenos Aires, 11, 12 y 13 de agosto.
- Noel, G. (2009). *La conflictividad cotidiana en el escenario escolar. Una perspectiva etnográfica*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Noel, G. (2011a). “Cuestiones disputadas. Repertorios morales y procesos de delimitación de una comunidad imaginada en la costa atlántica bonaerense”. En *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, núm. XI, pp. 99-126.
- Noel, G. (2011b). “Guardianes del paraíso. Génesis y genealogía de una identidad colectiva en Mar de las Pampas, Provincia de Buenos Aires”. En *Revista del Museo de Antropología*, vol. 4, pp. 211-226.
- Noel, G. (2012a). “Historias de pioneros. Configuración y surgimiento de un repertorio histórico-identitario en la costa atlántica bonaerense”. En *AtekNa*, vol. 2, pp. 165-205.
- Noel, G. (2012b). “Mar de las pampas no es ni será slow”. En *Revista Anfibia*. Recuperado el 11 de julio de 2018 de: <http://revistaanfibia.com/ensayo/mar-de-las-pampas-no-es-ni-sera-slow/>
- Noel, G. (2013a). “De los códigos a los repertorios: algunos atavismos persistentes acerca de la cultura y una propuesta de reformulación”. En *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, vol. 3, núm. 2, pp. 1-30.
- Noel, G. (2013b). “De la Ciudad Slow al Vivir sin Prisa: Algunos Encuentros, Desencuentros y Disputas en torno del Movimiento Slow en una Localidad Balnearia de la Costa Atlántica Argentina”. En *Contenido*, núm. 3, 18-42.
- Noel, G. (2014a). “La autoctonía como garantía moral de la política: retóricas de la legitimidad en una ciudad Intermedia de la Provincia de Buenos Aires (Argentina)”. En *Papeles de Trabajo*, pp. 54-76.
- Noel, G. (2014b). “Presentación. Las dimensiones morales de la vida colectiva. Exploraciones desde los estudios sociales de las moralidades”. En *Papeles de Trabajo*, pp. 14-32.
- Noel, G. (2016a). “La prosperidad y la codicia: transformaciones en los repertorios morales y políticos en una ciudad intermedia de la Costa Atlántica bonaerense”. En *Territorios*, núm. 35, pp. 101-125.
- Noel, G. (2016b). “Los llamados y los elegidos. Los cambiantes sentidos morales de la categoría Pionero en una ciudad de la Costa Atlántica Bonaerense”. En *Revista de Estudos e Investigações Antropológicas*, año 3, vol. 3(1), pp. 93-118.
- Noel, G. (2017). “Ni lo uno ni lo otro, sino Todo lo Contrario. Las Limitaciones del Dualismo Rural-Urbano en el Abordaje de la Región Costera del Río de la Plata y Algunas Propuestas de Reconceptualización”. En *Tessituras: Revista de Antropología e Arqueología*, vol. 5, núm. 1, pp. 129-170.
- Noel, G. (2018). “¿Cuánto vale vivir en el ‘paraíso’? Valuaciones monetarias y morales en un mercado inmobiliario de la costa atlántica argentina”. En A. Wilkis *El Poder de (e)valuar. La producción monetaria de las jerarquías sociales, morales y estéticas en la sociedad contemporánea*. Buenos Aires: UNSAM Edita.

- Noel, G. (2020). *A la sombra de los bárbaros. Transformaciones sociales y procesos de delimitación moral en una ciudad de la Costa Atlántica bonaerense (Villa Gesell, 2007-2014)*. Buenos Aires: Teseo.
- Noel, G. (2021). “Los Pueblos y la Vida Moral. ‘Pueblo’, ‘ciudad’ y ‘campo’ como categorías de la práctica en las localidades del partido de Punta Indio (Buenos Aires, Argentina)”. En *Revista del Museo de Antropología*, vol. 14, núm. 1, pp. 181-196.
- Noel, G. y Abrantes, L. (2014). “La gran división: crecimiento y diferenciación social en una ciudad balnearia de la Costa Atlántica Bonaerense”. En *Argumentos. Revista de crítica social*, vol. 16, pp. 141-166.
- Noel, G. y Abrantes, L. (2020). “La larga sombra del Conurbano. Conflictos y disputas en torno de la ‘conurbanización’ en dos localidades de la Provincia de Buenos Aires”. En *Punto Urbe*, núm. 26, pp. 1-22.
- Nogués Pedregal, A. (2015). *Etnografía bajo un espacio turístico: Sus procesos de configuración*. Tenerife: Pasos Edita.
- Observatorio de Políticas Públicas de la ciudad de Villa Gesell (22 de noviembre de 2015). *Presentación*. Recuperado el 5 de junio de 2018 de: <http://www.oppgesell.com.ar/imsitemap.html>
- OEDE. Observatorio de Empleo y Dinámica Empresarial (2018). *Áreas Económicas Locales - Empleo, empresas y remuneraciones 2018*. Recuperado el 2 de marzo del 2020 de: <https://www.trabajo.gob.ar/estadisticas/oede/estadisticasregionales.asp>
- Ohlhalá (15 de enero de 2006). “Mar de las Pampas: vacaciones en cámara lenta”. En *Revista Ohlhalá*. Recuperado el 8 de noviembre de 2018 de: <https://www.lanacion.com.ar/turismo/viajes/mar-de-las-pampas-vacaciones-en-camara-lenta-nid772280/>
- Oliveto, J. A. (1995). *Destinos. Una geografía turística del mundo*. Buenos Aires: Editorial Pinter.
- Ordoqui, J. (2010). “Gobernabilidad ambiental y turismo en el litoral marítimo: el caso de Mar de las Pampas, Provincia Buenos Aires – Argentina”. En *Estudios y Perspectivas en Turismo*, vol. 19, núm. 4, pp. 534-552.
- Ortiz, C. (2010). *Los incautos. Historia de Villa Gesell y sus alrededores*. Villa Gesell: Ediciones Alfonsina.
- Otamendi, A. (2010). “Descubriendo paraísos mágicos y mundos soñados: análisis de las prácticas discursivas del turismo” En M. Barretto (Coord.) *Turismo, reflexividad y procesos de hibridación cultural en América del Sur austral*. Tenerife: ACA y PASOS, RTPC.
- Otero, H. (2007). *Estadística y nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna (1869-1914)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Oviedo, J. (2002). *El Alma perdida de Gesell. Ensayo sobre los años sesenta y parte de los setenta en la Villa*. Villa Gesell: Edición de Autor.
- Oviedo, J. (2006). *No Todo lo que reluce es oro (Primera parte)*. Villa Gesell: Edición de autor.
- Oviedo, J. (2009). *Balneario rico. Pueblo pobre*. Villa Gesell: Edición de Autor.

- Página 12 (28 de noviembre de 2004). “Libros - Villa Gesell en 100 historias de vida. En una playa junto al mar”. En *Página 12*. Recuperado el 23 de julio de 2020 de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-1854-2004-11-28.html>
- Paine, R. (1967). “What Is Gossip About? An alternative Hypothesis”. En *New Series*, vol. 2, núm. 2, pp. 278-285.
- Palavecino, C. y García, M. (2007). *Las fundaciones de Villa Gesell*. Villa Gesell: Ediciones de autor.
- Pastoriza E. (2008). “Estado, gremios y hoteles. Mar del Plata y el Peronismo”. En *Estudios Sociales*, núm. 34, pp. 121-146.
- Pastoriza, E. (2002). *Las puertas al mar: consumo, ocio y política en Mar del Plata, Montevideo y Viña del Mar*. Buenos Aires: Biblos.
- Pastoriza, E. (2009) (Dir.). *Un mar de memoria*. Buenos Aires: Edhasa.
- Pastoriza, E. (2011). *La conquista de las vacaciones. Breve historia del turismo en la Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Pastoriza, E. y Torre, J. C. (2019). *Mar del Plata, un sueño de los argentinos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Pauls, A. (2006). *La vida descalzo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Pegoraro, V. (2019). “La crisis del ‘mercado inmobiliario del ocio’ en Mar del Plata: retroceso y desaceleración de la industria de la construcción (1975-1989)”. En *Registros*, vol. 15 (2), pp. 73-93.
- Perec, G. (2001). *Especies de espacios*. Barcelona: Montesinos.
- Perelman, P. (2011). “Ciudades costeras turísticas argentina”. En J. Dadon (Ed.) *Ciudad, paisaje, turismo. Frentes urbanos costeros*. Buenos Aires: Nobuko.
- Perren, J. (2011). *Las migraciones internas en la Argentina moderna. Una mirada desde la Patagonia: Neuquén, 1960-1991*. Buenos Aires: Prometeo.
- Pessoa, F. (1997). *Libro del desasosiego*. Barcelona: Seix Barral.
- Piazzini Suárez, C. (2006). “El tiempo situado: las temporalidades después del giro especial”. En D. Herrera Gómez y C. Piazzini Suárez (Eds.) *(Des)territorialidades y (No)lugares: Procesos de configuración y transformación social del espacio*. Medellín: La Carreta Editores.
- Piglia, M. (2008). “La incidencia del Touring Club Argentino y del Automóvil Club Argentino en la construcción del turismo como cuestión pública: 1918-1929”. En *Estudios y Perspectivas en Turismo*, núm. 17, vol. 1, pp. 51-70.
- Piglia, M. (2011). “The awakening of tourism: the origins of tourism policy in Argentina, 1930–1943”. En *Journal of Tourism History*, vol. 3, pp. 57-74.
- Piglia, M. (2012). “En torno a los Parques Nacionales: primeras experiencias de una política turística nacional centralizada en la Argentina (1934-1950)”. En *PASOS, Revista de Turismo y Patrimonio*. Universidad de la Laguna (España), vol. 10, núm. 1, pp. 61-73.

- Piglia, M. (2014). *Automóviles, turismo y caminos. Los clubes de automovilistas y la formación de las políticas turísticas y viales en la Argentina (1918 -1955)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Plata, J. J. (2002). “De Pueblos, Ciudades Y Metrópolis: Urbanitas Y Urbanismo”. En *Revista de Estudios Sociales*, núm. 11, pp. 63-71.
- Prado, R. (1988). “Cidade Pequena: paraíso e inferno da pessoalidade”. En *Cuadernos de Antropología e Imagem*, núm. 4, pp. 31-56.
- Preciado, P. B. (13/05/2019). “Venecia, la ciudad travesti”. En *Ara*. Recuperado el 16 de junio de 2019 de: https://es.ara.cat/opinion/paul-preciado-venecia-ciudad-travesti_1_2676564.html
- Provéndola, J. I. (28 de enero de 2016). “Un perfil del turista millennial. Jóvenes sin fronteras”. En *Página 12*. Recuperado el 22 de enero de 2020 de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/no/12-8325-2016-01-28.html>
- Provéndola, J. I. (2014). *Historias de Villa Gesell*. Buenos Aires: Ediciones Alfonsina.
- Provéndola, J. I. (2017). *Villa Gesell Rock & Roll*. Villa Gesell: Edición de autor.
- Provéndola, J. I. (21 de enero de 2020). “Villa Gesell: de la ciudad hippie y fraternal a los ataques piraña”. En *Página 12*. Recuperado el 22 de enero de 2020 de: <https://www.pagina12.com.ar/242780-villa-gesell-de-la-ciudad-hippie-y-fraternal-a-los-ataques-p>
- Provéndola, J.I. (2015). “Dictadura en Villa Gesell: Marea negra”. En *Pulso Geselino*. Recuperado el 8 de septiembre de 2018 de: <http://www.pulsogeselino.com.ar/dictadura-en-villa-gesell-los-muertos-que-pidal-nunca-quiso-mostrar/>
- Proyecto de Ley Parque Nacional Faro Querandí (2019). Presentado en el Concejo Deliberante de Villa Gesell. Ex 12822/20.
- Quirós, J. (2014). “Neoluvión zoológico. Avatares políticos de una migración de clase”. En *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 39, pp. 9-38.
- Ramble, C. (2002). “Temporal disjunction and collectivity in Mustang, Nepal”. En *Current Anthropology*, vol. 43, pp. 75-84.
- Ravina, A. (2009). “Archivos revisitados: la correspondencia epistolar como fuente para la historia social”. En Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social, La falda, Córdoba, 13-15 de mayo. Recuperado el 20 de diciembre de 2018 de: <https://cehsegreti.org.ar/historia-social-2/mesas%20ponencias/MESA%201/Ponencia%20Aurora%20Ravina.pdf>
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá: PUJ-envión.
- Revel, J. (2015). *Juegos de escalas. Experiencias de microanálisis*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Rispoli, F. (2006). “Trabajar de Pescador. Aportes desde la Antropología Marítima”. En *el VIII Congreso Argentino de Antropología Social*, Salta. Recuperado el 20 de diciembre de 2018 de: <https://www.fcnyu.unlp.edu.ar/catedras/mtiantropologica/Trabajar%20de%20pescador.pdf>

- Robben, A. (2011). "Seducción Etnográfica, Transferencia, y Resistencia en Diálogos sobre Terror y Violencia en Argentina". En *Aletheia*, vol. 1, núm. 2, s/p.
- Rodríguez, C. (2015). Gesell, un oasis en los médanos. (*Sectorinformativo*, Entrevistador) Villa Gesell. Recuperado el 12 de agosto de 2015, de <http://www.sectorinformativo.com/informes/67-gesell--un-oasis-en-los-medanos/>
- Rodríguez, C. (9 de febrero de 2016). "Los que cumplieron la fantasía de irse a vivir al medio del bosque". En *Página 12*. Recuperado el 5 de octubre de 2019 de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-62813-2006-02-09.html>
- Rojas, M. (2016). *A pie por Chile*. Santiago de Chile: Catalonia.
- Rotman, M. (2004). *Antropología de la Cultura y el Patrimonio. Diversidad y Desigualdad en los procesos culturales contemporáneos*. Córdoba: Ferreyra Editor
- Rowles, G. (1978). *Prisoners of space? exploring the geographical experience of older people*. Boulder Colorado: Westview Press.
- Rubio-Ardanaz, J. (1994). *La antropología marítima subdisciplina de la antropología socio-cultural. Teoría y temas para una aproximación a la comunicad pescadora de Santurtzi (Biskaia)*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Sabatini, F. (2005). "Alicia en el país de las estadísticas: sobre espejos, escalas y desigualdades" En Instituto Nacional de Estadística de Chile (INE), *Chile en la tarea de superar las brechas de desigualdad. Aspectos conceptuales y de medición*. Santiago de Chile: INE.
- Saccomanno, G. (1994). *El viejo Gesell. Vida e historia de Carlos Idaho Gesell, fundador de Villa Gesell*. Villa Gesell: Ediciones Alfonsina.
- Saccomanno, G. (2012). *Cámara Gesell*. Buenos Aires: Planeta.
- Saer, J. J. (2018). "Cambio de domicilio". En J. J. Saer *A medio borrar*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio*. Buenos Aires: Ariel.
- Sarlo, B. (2016). *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Scarzanella, E. (1998). "El ocio peronista: vacaciones y turismo popular en Argentina (1943-1955)". En *Entrepasados*, núm.14, pp. 65-86.
- Scarzanella, E. (2002). "Las bellezas naturales y la nación: Los parques nacionales en Argentina en la primera mitad del siglo XX". En *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 73, pp. 5-21.
- Scott, J. (2001). "Experiencia". Traducido por M. Silva. En *La ventana*, núm. 13, pp. 42-73.
- Sebreli, J. J. (1970). *Mar del Plata, el ocio represivo*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Sector Informativo (13 de junio de 2008). "Presentaron la nueva marca de Villa Gesell". En *Sector informativo*. Recuperado el 13 de marzo de 2021 de: <https://www.sectorinformativo.com/noticias/213-presentaron-la-nueva-marca-de-villa-gesell/>

- Segalen, M. (2005). *Ritos y rituales contemporáneos*. Madrid: Alianza.
- Segura, R. (2008). “Superar dualismos: determinación, proceso, totalidad, prácticas. Raymond Williams, una tradición selectiva”. En *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, núm. 3, s/n.
- Segura, R. (2015a). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Segura, R. (2015b). “La imaginación geográfica sobre el conurbano. Prensa, imágenes y territorio”. En G. Kessler (Ed.), *Historia de la Provincia de Buenos Aires. Tomo 6: El Gran Buenos Aires* (págs. 129-159). Buenos Aires: Unipe y Edhasa.
- Segura, R. (2017). “Ciudad, barreras de acceso y orden urbano Reflexiones sobre juventud, desigualdad y espacio urbano”. En *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, núm. 11, E 016, pp. 1-12.
- Segura, R. (2017). “Trazos del habitar. Experiencias, líneas y puntos de vista en el análisis de cartografías urbanas”. En *Revista Ensamblés*, año 3, núm. 6, pp. 121-138.
- Segura, R. (2019). “Convivialidad en ciudades latinoamericanas. Un ensayo bibliográfico desde la antropología”. En *Mecila Working Paper Series*, núm. 11. Recuperado el 11 de agosto de 2020 de: https://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Veroeffentlichungen/Mecila_Working_Papers/WP-11-Segura-Online-Final.certo_-1.pdf
- Sennet, R. (2001). *La vida urbana e identidad personal*. Buenos Aires: Península.
- Sierra, D. (1969). *El domador de médanos*. Buenos Aires: Ediciones Gesell.
- Simmel, G. (2005[1903]). “La metrópolis y la vida mental”. En *Bifurcaciones*, s/p. Recuperado el 15 junio de 2019 de: <http://www.bifurcaciones.cl/004/reserva.htm>
- Smith, C. (1985). “Theories and Measures of Urban Primacy: a Critique”. En M. Timberlake (Ed.) *Urbanization in the World-Economy*. London: Academic Press.
- Smith, V. (1992). *Anfitriones e Invitados. Antropología del Turismo*. Madrid: Endymion.
- Soja, E. (1994). *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*. Nueva York: Verso.
- SPU – Secretaría de Políticas Universitarias. (2016). *Datos generales del sistema universitario*. Recuperado el 3 de junio de 2019 de: <http://estadisticasuniversitarias.me.gov.ar/#/home/1>
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Svampa, M. (2008). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrio privados*. Buenos Aires: Biblos.
- Tamayo, F. y Cruz, X. (2006). “Espacio etnográfico, hermenéutica y contexto socio-político: un análisis situacional”. En P. Ramírez Kuri y M. A. Aguilar Díaz, *Pensar y habitar la ciudad: afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. Madrid: Anthropos.

- Tauber, F. (Comp.) (1998) *Villa Gesell: Reflexiones y Datos para una Estrategia de Desarrollo*. La Plata: Secretaría de Extensión de la UNLP.
- Télam (30 de agosto de 2013). “Mar de las Pampas: la Slow City argentina”. En Sección Turismo, Télam. Recuperado el 17 de septiembre de 2019 de: <https://www.telam.com.ar/notas/201308/30688-mar-de-las-pampas-la-slow-city-argentina.php>
- Terradas, I. (1998) “CIRCA Antropología del tiempo y la inexactitud”. En *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, núm.14, pp.233-253.
- Thompson, E.P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.
- Tomás Cátedra, M. (1997). “Presentación de Dossier Sociedad, espacio y tiempo”. En: *Política y Sociedad*, vol. 25, pp. 5-8.
- Tomás Cátedra, M. (2009). “El agua que cura”. En *Revista de dialectología y tradiciones populares*, tomo 64, Cuaderno 1, pp. 177-210.
- Torres Cano, M. (Comp.) (2008). *Historias ferroviarias al sur del Salado*. Mar del Plata: EDUDEM.
- Trimano, L. y Abrantes, L. (2018). “De elegías y encanto. Pensar la gran ciudad desde afuera”. Ponencia presentada en el *III Congreso Internacional de Vivienda y Ciudad*. FAUD, UNC, Argentina.
- Trombetta, J. (2010). *El Chasqui de Mar de las Pampas. Diez Años en Mar de las Pampas*. Mar de las Pampas: El Chasqui.
- Troncoso, C. y Almirón. A. (2005). “Turismo y patrimonio. Hacia una relectura de sus relaciones”. En *Aportes y Transferencias*, 9(1), pp. 56-74.
- Troncoso, C. y Lois, C. (2004). “Políticas turísticas y peronismo. Los atractivos turísticos promocionados en *Visión de Argentina (1950)*”. En *Pasos. Revista de turismo y patrimonio cultural*, 2(2), p.p.281-294.
- Turner, L. y Ash, L. (1991). *La horda dorada. El turismo internacional y la periferia del placer*. Madrid: Endymion.
- Turner, V. (1997). *La selva de los símbolos: Aspectos del ritual Ndembu*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Unión Cívica Radical (2021). “Lo que somos”. En *Unión Cívica Radical*. Recuperado en enero de 2021 de: <https://ucr.org.ar/lo-que-somos>
- UNITV (14 de octubre de 2018). *Contracampo: “Balnearios” (2002) de Mariano Llinás*. Recuperado el 10 de mayo de 2019 de: <https://www.youtube.com/watch?v=WBLKupCgCPY>
- Urbain, J. -D. (2003). *At the Beach*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Urbain, J.-D. (1994). *Sur La Plage. Moeurs et coutumes balnéaires*. Paris: Payot.
- Urresti, M. (2002) “Adolescentes, consumos culturales y usos de la ciudad”. En *Revista Encrucijadas UBA 2000*, año II, núm. 6, pp. 1–11. Recuperado el 22 de marzo de 2021 de: <https://isfd87-bue.infed.edu.ar/sitio/upload/URRESTI1.pdf>
- Urry, J. (2004). *La mirada del turista*. Lima: Universidad de San Martín de Porres.
- Urry, J. (2007). *Mobilities*. Cambridge: Polity.

- Urry, J. (2008). "La globalización de la mirada del turista. Sobre turistas y turismo". En *Metrópolis, Revista de información y pensamiento urbanos*, s/n.
- Usach, N. y Garrido Yserte, R. (2009). "Globalización y ciudades en América Latina ¿Es el turno de las ciudades intermedias en América Latina?". En *Documentos y Aportes en Administración Pública y Gestión Estatal*, vol. 13, núm. 9, pp. 7-38.
- Valera Paglirio, N. (29 de octubre de 2016). Entrevista a Guillermo Saccomanno: "La literatura es un oficio de paciencia". Recuperado el 15 de septiembre de 2019 de: <https://medium.com/@varelapagliaro/entrevista-a-guillermo-saccomanno-la-literatura-es-un-oficio-de-paciencia-3c28ca26fda6>
- Valverde, S. (2005). "Explotaciones turísticas y conflictos interétnicos: las comunidades mapuches próximas al cerro Chapelco". En G. Wilde, G. y P. Schamber (Comp.) *Historia, Poder y Discursos*. Buenos Aires: Editorial SB.
- Van Velsen, J. (1964) *Politics of Kinship. A Study of Social Manipulation among the Lakeside Tonga of Nyasaland*, Manchester: Manchester University Press.
- Vanzella Castellar S. y Moreno Lache, N. (2018). Editorial. "Cartografía, lenguaje y representación del espacio para la enseñanza de la geografía". En *Anekumene*. Núm.15, pp. 5-6. Recuperado el 24 de agosto de 2019 de: <https://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/anezumene/article/view/11834>
- Vapñarsky, C. (1995). "Primacía y Macrocefalia en la Argentina. La Transformación del Sistema de Asentamientos Urbanos desde 1950". En *Desarrollo Económico*, vol. XXXV, núm. 138 (julio-septiembre), pp. 227-254.
- Vargas Cetina, G. (2007). Tiempo y poder: la antropología del tiempo. En *Nueva antropología*, vol. 20, núm. 67, pp. 41-64.
- Vargas Cetina, G. (2018). "Tiempo y poder: la antropología del tiempo". En *Nueva Antropología*, vol. XX, núm. 67, pp. 41-64.
- Varisco, C. (2010a). "Dimensión socio-económica: cluster turístico productivo. A propósito de Pinamar y Chascomús". En J. C. Mantero (Ed.). *Turismo y territorio. Del diagnóstico a la proposición de desarrollo turístico. A propósito de la Provincia de Buenos Aires*. Mar del Plata: CIT.
- Varisco, C. (2010b). "La contribución del turismo al desarrollo económico local. Hacia una tipología de clusters turísticos". En *Congreso Latinoamericano de Investigación Turística*, 4, Montevideo, 22-24 de septiembre.
- Vázquez Almanza, P. (2019). Reseña a *Retrotopía* de Zygmunt Bauman. En *Nueva Época*, núm. 13, suplemento especial de invierno, pp. 245-247.
- Verdenelli, J. y Abrantes, L. (2015). "Jam de escritura: improvisando sobre cuerpos y espacios. Diálogos, vínculos, fronteras y ritmos". En E. Betancourth López, L. B. Merlos, A. S. Mora, M. Provenzano, M. Sáez y J. Verdenelli (Comps.), *Hacer espacio. Circulaciones múltiples entre cuerpos y palabras* (págs. 47-66). La Plata: Ediciones ECART y Club Hem Editores.
- Vergunst, J. (2010). "Rhythms of Walking: History and Presence in a City Street". En *Space and Culture*, vol. 13, núm. 4, pp. 376-388.
- Visacovsky, S. (2019). "Futuros en el presente. Los estudios antropológicos de las situaciones de incertidumbre y esperanza". En *Publicar*, núm. XXVI, pp. 6-25.

- Visacovsky, S. (2017). “Intérpretes públicos, teodiceas de la nación y la creación del futuro en la crisis de inicios del siglo XXI en Argentina”. En A. Castillejo-Cuéllar (Ed.). *La Ilusión de la Justicia Transicional: Perspectivas críticas desde el Sur global*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Walton, J. (1983). *The English seaside resort: a social history 1750-1914*. Leicester: Leicester University Press.
- Walton, J. (2000). *The British seaside: holidays and resorts in the twentieth century*. Manchester: Manchester University Press.
- Walton, J. (2002). “Aproximación a la historia del turismo en el Reino Unido, siglos XVIII-XX”. En *Historia Contemporánea*, núm. 25, pp. 65-82.
- Wilks, A. (2018). *El Poder de (e)valuar. La producción monetaria de las jerarquías sociales, morales y estéticas en la sociedad contemporánea*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Williams, R. (1980). *Problems of Materialism and Culture*. Londres: Verso.
- Williams, R. (1997). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.
- Williams, R. (2003). “Experiencia”. En *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 137-140.
- Williams, R. (2017). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Zaldívar, A. (2019). “Entrevista a Guillermo Saccomanno para la producción del film La Boya”. En *El Fundador*. Recuperada el 17 de septiembre de 2019 de: <https://elfundadoronline.com/nota/51312-saccomanno-el-mar-te-obliga-a-ser-discreto>
- Zunino Singh, D., Giucci, G. y Girón, P. (Eds.) (2018). *Términos clave para los estudios de movilidad en América Latina*. Buenos Aires: Biblos.
- Zunino Singh, D., Gruschetsky, V. y Piglia, M. (Comps.) (2021). *Pensar las infraestructuras en Latinoamérica*. Buenos Aires: Teseo.
- Zunino, A. (7 de octubre de 2019). “Dime donde vives y te diré cuán bien o mal vives”. En *Portal del CONICET*. Recuperado el 18 de enero de 2020 de: <https://www.conicet.gov.ar/dime-donde-resides-y-te-dire-cuan-bien-o-mal-vives/>

FUENTES CITADAS EN EL TEXTO

- Diario El Censor (4 de febrero de 1889). *Mar del Plata*. Fuente recuperada de Pastoriza, 2011.
- Folleto Turístico de Mar de Ajó (1948). Fichado en el Museo y Archivo Histórico de la ciudad de Villa Gesell.
- Folleto Turístico de Villa Gesell (1949). Fichado en el Museo y Archivo Histórico de la ciudad de Villa Gesell .
- Documento “Recomendaciones de Carlos Gesell a los hoteleros” (1950). Fichado en el Museo y Archivo Histórico de la ciudad de Villa Gesell.
- Folleto turístico Dirección de Turismo y Parques (1950). Fichado en el Museo y Archivo Histórico de la ciudad de Villa Gesell.

- Folleto de promoción turística de Villa Gesell (1950). Fichado en el Museo y Archivo Histórico de la ciudad de Villa Gesell.
- Folletos de promoción inmobiliaria “Inmobiliaria Soria” (1954). Fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.
- Folleto turístico de Mar de Ajó. “Conozca Mar de Ajó” (1951). Fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.
- Folleto de promoción turística de Villa Gesell (1948). Fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.
- La Prensa (15 de agosto de 1968). *Nadie se queda sin viajar*. Fuente recuperada en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.
- Carta del turista José Fontán (1957). Fichada en el Museo y Archivo Histórico Municipal
- Carta enviada por seis asiduos turistas de Villa Gesell a Carlos Gesell (1968). Fichada en el Museo y Archivo Histórico de la ciudad de Villa Gesell.
- Folleto turístico de Villa Gesell (1975). Fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.
- Revista Primera Plana (noviembre de 1962). *Los inconstantes*. Recorte archivado en el Museo Histórico y Municipal de Villa Gesell.
- Revista Rumbo Argentino (1967). *Un balneario que ha entrado en órbita con la juventud*. Archivada en el Museo Histórico y Municipal de Villa Gesell.
- Póster Promocional de *Los inconstantes* (1963). Archivado en el Museo Histórico y Municipal de Villa Gesell.
- Revista Primera Plana (agosto de 1963). *Entrevista a Rodolfo Kuhn*. Recorte archivado en el Museo Histórico y Municipal de Villa Gesell.
- Revista 7 días (febrero 1965). *¿Hay dulce vida en Villa Gesell? Una leyenda para aspirantes a iracundos*. Recorte archivado en el Museo Histórico y Municipal de Villa Gesell.

PELÍCULAS

- Arbio, A. (Dirección). (2014). *Pioneros de la Nación – Carlos Gesell* [Película].
- Llinás, M. (Dirección). (2002). *Balnearios* [Película].
- Spiner, F. (Dirección). (2018). *La boya* [Película].
- Kuhn, R. (Dirección). (1963). *Los inconstantes* [Película].

ANEXO I

REFERENCIAS DE LOS ENTREVISTADOS

1. Miguel, 42 años, chofer de colectivo
2. Jorge, 67 años, periodista
3. Natalia, 38 años, periodista
4. Mariana, 32 años, historiadora
5. Mirta, 60 años, directora del Museo y Archivo Histórico Municipal
6. Fernanda, 47 años, arquitecta y concejal
7. Soledad, 45 años, arquitecta
8. Valeria, 38 años, trabajadora del museo
9. Marcela, 50 años, encargada de los archivos y documentos del Museo y Archivo Histórico Municipal
10. Juan Oviedo, 60 años, escritor
11. Martín, 40 años, concejal
12. Luis, 65 años, concejal y ex intendente
13. Luciana, 36 años, directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional
14. Osvaldo, 70 años, taxista
15. Daniel, 75 años, pionero
16. Manuel, 68 años, comerciante
17. Marcelo, 42 años, turista
18. Gustavo, 55 años, intendente
19. Roberto, 66 años, turista
20. Liliana, 64 años, turista
21. Andrea, 38 años, feriante
22. Hernán, 42 años, hotelero
23. Agustín, 29 años, joven geselino
24. Florencia, 39 años, kiosquera
25. Nicolás, 45 años, ferretero
26. Mariano, 40 años, trabajador de un comercio
27. Ana, 48 años, mesera en el bar de un balneario
28. Víctor, 52 años, presidente de la UCI
29. Matías, 28 años, camarero
30. Raúl, 50 años, taxista

31. Juan Pablo, 50 años, empleado municipal
32. Guadalupe, 40 años, trabajadora en el rubro comercial
33. Román, 22 años, joven geselino
34. Patricia, 50 años, turista
35. Ricardo, 74 años, agente inmobiliario
36. Francisco, 38 años, agente inmobiliario
37. Luis, 70 años, ex secretario de Planeamiento y arquitecto
38. Julián, 38 años, abogado
39. Norma, 68 años, ama de casa
40. Romina, 56 años, periodista
41. Juan Carlos, 70 años, pionero
42. Jorge, 50 años, ex secretario de Turismo de Villa Gesell
43. Adriana, 60 años, directora del Equipo de Orientación Escolar
44. Santiago, 16 años, joven geselino
45. Fabricio, 18 años, joven geselino
46. Sandra, 40 años, trabajadora en el Área de la Juventud
47. Javier, 24 años, joven geselino
48. Daiana, 22 años, joven geselina
49. Cristina, 65 años, madre
50. Margarita, 50 años, madre
51. Gisela, 21 años, joven geselina
52. Lucas, 28 años, joven geselino
53. José, 28 años, joven geselino
54. Aníbal, 62 años, editor y escritor
55. Mariela, 19 años, joven geselina
56. Abel, 72 años, comerciante
57. Claudia, 45 años, concejal radical y arquitecta
58. Silvio, 74 años, porteño
59. Karina, 38 años, mesera
60. Eduardo, 65 años, ex director de Cultura
61. Paula, 32 años, trabajadora del Museo y Archivo Histórico Municipal
62. Susana, 50 años, hotelera
63. Claudio, 48 años, comerciante
64. Lisandro, 50 años, miembro del Colegio de Arquitectos de Villa Gesell
65. Analía, 49 años, agente inmobiliaria

66. Silvina, 42 años, comerciante
67. Esteban, 40 años, almacenero
68. Juana, 47 años, maestra
69. Emanuel, 43 años, director de la UCI
70. María, 35 años, librera
71. Juan Forn, 60 años, escritor
72. Florencia, 50 años, fotógrafa
73. Carlos, 65 años, ex director de Cultura
74. Federico, 48 años, comerciante
75. Jazmín, 47 años, gastronómica
76. Diego, de 62 años, gastronómico
77. Marcos, 74 años, comerciante
78. Antonio, 63 años, hijo de pioneros
79. Mario, 75 años, dueño de una concesionaria
80. Graciela, 78 años, ama de casa
81. Alejandro, 45 años, ferretero
82. Enzo, 50 años, dueño de un bar playero
83. Fabián, 41 años, periodista
84. Adrián, 30 años, candidato a diputado
85. Rodrigo, 30 años, antropólogo
86. Héctor, 65 años, comerciante
87. Sandro, 68 años, ambientalista
88. César, 47 años, ambientalista
89. Camilo, 25 años, ambientalista
90. Rosario, 65 años, ambientalista
91. Ignacio, 40 años, concejal